Wilhelm Reich

Psicología de masas del fascismo

Única edición autorizada por el
WILHELM REICH INFANT TRUST FUND

ESPA PDF

Obra fundamental del pensamiento de Wilhelm Reich, **Psicología de masas del fascismo** es su más original y lúcida aportación al campo de la psicología social.

El indudable auge que en el mundo moderno están teniendo los regímenes autoritarios —a pesar de la trágica experiencia histórica que supuso el nazismo alemán— pone de nuevo sobre el tapete de la actualidad la tan debatida cuestión de los móviles que crean y sustentan el poder.

El esfuerzo por armonizar el

psicoanálisis freudiano con la doctrina económica de Marx, proporcionó a Reich la clave para introducir la sexología en sus análisis de la ciencia social y mostrar así sus consecuencias en la formación de la estructura humana. Su concepción del fascismo como la expresión políticamente organizada de la estructura del carácter del hombre medio que no está ligada ni a razas, naciones o partidos determinados, sino que es general e internacional, cobra de nuevo una enorme vigencia a la luz de la historia más reciente.

En su interpretación del fascismo como una concepción de la vida y una actitud con respecto al hombre, al amor y al trabajo, Reich nos revela sus íntimas conexiones con la teoría de la raza, la familia, la religión y la sexualidad, al tiempo que nos propone una vía más justa para lograr una verdadera liberación del ser humano.

Wilhelm Reich

Psicología de masas del fascismo

Tercera edición corregida y aumentada

ePub r1.0

KayleighBCN 04.11.16

Título original: *Die Massenpsychologie des Faschismus*
Wilhelm Reich, 1946
Traducción: Roberto Bein
Diseño de cubierta: Neslé Soulé

Editor digital: KayleighBCN
ePub base r1.2

más libros en espapdf.com

«Amor, trabajo y conocimiento son la fuente de nuestra vida. También deberían gobernarla».

Nota del editor digital

A propósito de las ediciones de *Psicología de masas del fascismo*

Psicología de masas del fascismo se publica por vez primera en setiembre de 1933 y lo conforman ocho capítulos. La segunda edición ve la luz unos meses después, en abril de 1934. Ambas ediciones se publican en Dinamarca, en donde Reich vive desde mayo de 1933.

Emigrado más tarde a Estados

Unidos, en 1942 ofrecen a Reich publicar por vez primera en inglés *Psicología de masas del fascismo*. El autor decide revisar los ocho capítulos de la primera edición, le añade varios capítulos nuevos y entrega el manuscrito en alemán a Theodore P. Wolfe, quien lo traduce al inglés para su publicación. Esta versión, que consta de dos capítulos nuevos (el noveno y el décimo), es conocida como la *tercera edición, revisada y aumentada* o bien como *primera edición en inglés*, y aparece en 1946.

El 1970 se realiza una nueva traducción del alemán al inglés de la *tercera edición, revisada y aumentada*,

de la mano de Mary Boyd Higgins, heredera de los archivos de Reich tras la muerte del autor en 1957. En esta edición se incluye un glosario y el capítulo 10, muy extenso ya en la traducción de Wolfe, queda reorganizado en 4 capítulos (que pasan a ser los capítulos del 10 al 13).

El libro aparece por primera vez en castellano en 1972, en una edición traducida por Juan González Yuste (disponible también en ePubLibre). Es traducción de la primera edición en alemán de 1933, pero contiene sólo los cinco primeros capítulos de los ocho originales. Incluye un prólogo escrito

por el propio Reich para esa primera edición.

Una año más tarde, en 1973, aparece una segunda traducción al castellano, de la mano de Raimundo Martínez Ruiz. También es traducción de la primera edición en alemán de 1933, y contiene los cinco mismos capítulos que la traducción de González Yuste, pero no incluye el prólogo del propio Reich.

Finalmente, el 1980 aparece una tercera traducción al castellano llevada a cabo por Roberto Bein a partir los archivos usados por Mary Boyd Higgins en 1970. Esta traducción —que es la que aquí presentamos— contiene, por lo tanto, los trece capítulos de la *tercera*

edición, revisada y aumentada, además de un prefacio de la propia Mary Boyd Higgins y un glosario. Esta edición no incluye el prólogo de Reich a la primera edición, aunque sí un prólogo del autor a propósito de la tercera edición.

PREFACIO

En la primera edición inglesa de *Psicología de masas del fascismo*, aparecida en 1946, Reich afirmó que su teoría sexo-económica, aplicada al estudio del fascismo, había soportado el paso del tiempo. En la actualidad, casi cuarenta años después de la publicación de la primera edición en alemán, esta nueva y más exacta traducción presenta todos los indicios de que no se trata simplemente de una obra de valor histórico sino que sigue superando el paso del tiempo. Hoy día, en medio de la violenta pugna que se está

produciendo entre las fuerzas represivas y la autorregulación natural, el hecho de que la validez de las concepciones de Reich está más firmemente enraizada que en el pasado se ha convertido en una evidencia innegable. Cualquier intento de refutación de su validez esencial debe enfrentarse ahora con el conocimiento de la energía física del orgón, el principio fundamental general aplicable a todos los fenómenos biológicos y sociales. Por muy extravagante que esto suene, por muy fantástico que pueda parecer su descubrimiento, puede predecirse que sigue manteniendo su vigencia frente al rechazo irracional derivado de los

rumores, el desinterés y la mala interpretación mecanicista, así como frente a la aceptación mística irracional o la selección fragmentaria, las cuales establecen de modo arbitrario la línea que separa lo que es deseable de lo que no lo es. Este último problema resulta especialmente difícil de resolver a causa de la habitual tendencia a juzgar la obra de Reich sobre la base de los propios y limitados intereses y prejuicios, sin ninguna capacidad para adentrarse en los ignotos dominios del conocimiento. Por ejemplo, resulta bastante evidente que los jóvenes contestatarios, a despecho de la advertencia de Reich de que sus

descubrimientos no debían ser utilizados políticamente, están ávidos por apoderarse de ciertas porciones de sus primeros trabajos para utilizarlos dentro del marco de sus propios fines, sin tener en cuenta su desarrollo lógico dentro del campo físico y biológico. En la actualidad, los primeros trabajos de Reich en el campo de la higiene mental y su estudio de la estructura del carácter humano ya no pueden ser separados de su último y crucial descubrimiento de la Energía de la Vida, del mismo modo que no se pueden separar el animal llamado hombre y la vida misma. Si *Psicología de masas del fascismo* ha de ser entendida y utilizada de un modo

práctico, si la vida «frustrada» ha de liberarse a sí misma, y si la *paz* y el *amor* quieren convertirse en algo más que palabras hueras, la existencia y el funcionamiento de la Energía de la Vida deben ser comprendidas y asimiladas. Por más que ésta sea ridiculizada y despreciada, no se la puede ignorar si el hombre quiere reconciliarse con las hasta ahora misteriosas fuerzas contenidas dentro de sí mismo.

En esta obra en concreto, Reich ha aplicado a la escena política y social sus conocimientos clínicos sobre la estructura del carácter humano. Rechaza firmemente la idea de que el fascismo sea la ideología o actuación de un

individuo o nacionalidad aislados; o de cualquier grupo étnico o político. También niega la simple interpretación socioeconómica propuesta por los ideólogos marxistas. En cambio, entiende el fascismo como la expresión de la estructura caracteriológica irracional del ser humano medio, cuyas necesidades e impulsos primarios y biológicos han sido reprimidos durante miles de años. La función social de esta represión, y el papel crucial que desempeñan en ella la familia autoritaria y la Iglesia, son analizados cuidadosamente. Reich muestra cómo cualquier forma de misticismo organizado, incluyendo al fascismo,

descansan sobre el deseo orgástico insatisfecho de las masas.

Hoy día no puede ser infravalorada la importancia de este trabajo. Todavía existe la estructura caracterológica humana que creó movimientos fascistas organizados, y aún domina nuestros presentes conflictos sociales. Si el caos y la agonía de nuestro tiempo tienen que ser eliminados, debemos volver nuestra atención hacia la estructura caracterológica que los crea; debemos comprender la psicología de masas del fascismo.

MARY HIGGINS, TRUSTEE
The Wilhelm Reich Infant Trust Fund

N. Y., 1980

PRÓLOGO A LA TERCERA EDICIÓN CORREGIDA Y AUMENTADA

Un trabajo terapéutico vasto y concienzudo sobre el carácter humano me ha llevado a la convicción de que, al juzgar las reacciones humanas, debemos contar en principio con tres capas distintas de la estructura biopsíquica. Según lo expuesto en mi libro *Análisis del carácter*, estas capas de la

estructura del carácter son sedimentos del desarrollo social que funcionan autónomamente. En la capa superficial de su personalidad el hombre medio es reservado, amable, compasivo, responsable, concienzudo. No existiría una tragedia social del animal humano si esta capa superficial de su personalidad estuviera en contacto inmediato con el núcleo natural profundo. Ahora bien: trágicamente, esto no es así; la capa superficial de la cooperación social no está en contacto con el núcleo biológico profundo del individuo; es soportada por una *segunda*, una capa intermedia del carácter, que se compone exclusivamente de impulsos crueles,

sádicos, lascivos, rapaces y envidiosos. Representa el «inconsciente» o «lo reprimido» de Freud, la suma de todos los llamados «instintos secundarios» en el lenguaje de la economía sexual.

La biofísica orgónica logró *comprender* el inconsciente freudiano, *lo antisocial en el hombre, como resultado secundario de la represión de impulsos biológicos primarios*. Penetrando más profundamente a través de esta segunda capa de lo perverso hasta el fundamento biológico del animal humano, se descubre regularmente la tercera y más profunda capa, que llamamos el «*núcleo biológico*». En lo más hondo, en este

núcleo, el hombre es en circunstancias sociales favorables un animal honrado, laborioso, cooperativo, amante o, si hay motivo para ello, un animal que odia racionalmente. Con todo, en ningún caso de relajación del carácter del hombre de hoy se puede avanzar hasta esta capa tan profunda, tan prometedora, sin antes eliminar la superficie inauténtica y, sólo en apariencia social. Caída la máscara de lo civilizado, no aparece primero la socialidad natural, sino sólo la capa sádico-perversa del carácter.

Esta desgraciada estructuración es la responsable de que todo impulso natural, social o libidinoso que quiera pasar del núcleo biológico a la acción

deba atravesar la capa de los instintos perversos secundarios, y en esto se distorsiona. Esta distorsión modifica el carácter originariamente social de los impulsos naturales y los vuelve perversos, convirtiéndolos así en fuerzas que inhiben cualquier expresión genuina de vida.

Trasladamos nuestra estructura humana a lo social y político.

No es difícil reconocer que los diversos agrupamientos políticos e ideológicos de la sociedad humana corresponden a las diversas capas de la estructura del carácter humano. Naturalmente, no caemos en el error de la filosofía idealista de suponer que esta

estructura humana existe de modo inmutable desde siempre y por siempre. *Después que condiciones y cambios sociales transformaran las exigencias biológicas originarias del hombre en la estructura de su carácter, ésta reproduce la estructura social de la sociedad bajo la forma de ideologías*.

A partir del ocaso de la primitiva organización democrática del trabajo, el núcleo biológico del hombre ha quedado sin representación social. Lo «natural» y «sublime» en el hombre, aquello que lo vincula con su cosmos, sólo ha hallado expresión genuina en las grandes artes, sobre todo en la música y en la pintura. Pero hasta ahora ha quedado sin una

influencia fundamental en la modelación de la sociedad humana, si por sociedad no se entiende la cultura de una pequeña capa superior pudiente, sino la comunidad de todos los seres humanos.

En las ideas éticas y sociales del liberalismo reconocemos la representación de los rasgos de la capa superficial del carácter, que cuida del dominio de uno mismo y de la tolerancia. Este liberalismo acentúa su ética con el fin de refrenar al «monstruo en el hombre», nuestra segunda capa de los «instintos secundarios», el «inconsciente» de Freud. El liberal desconoce la socialidad natural de la capa más profunda, la tercera, la

nuclear. Lamenta y combate la perversión del carácter humano mediante normas éticas, pero las catástrofes sociales del siglo XX demuestran que no ha llegado muy lejos en esta tarea.

Todo lo genuinamente revolucionario, todo arte y toda ciencia verdaderos provienen del núcleo biológico natural del hombre. Hasta ahora, no han ganado masas ni el auténtico revolucionario, ni el artista o el científico, ni las han conducido, o si lo han hecho, no han podido mantenerlas de modo duradero en el ámbito de los intereses vitales.

Muy distinta, y opuesta al

liberalismo y a la verdadera revolución, es la situación del fascismo. En su naturaleza no están representadas la capa superficial ni la más profunda, sino esencialmente la segunda, la capa intermedia del carácter, la de los instintos secundarios.

En la época de la primera composición de este libro, el fascismo en general se consideraba un «partido político», que abogaba por una «idea política» del mismo modo que los demás «agrupamientos sociales». En consecuencia, «el partido fascista implantó el fascismo mediante la violencia a través de "maniobras políticas"».

Contrariamente a esto, mis experiencias médicas con personas de muchas clases, razas, naciones, credos, etc., me habían enseñado que este «fascismo» no es sino la expresión políticamente organizada de la estructura del carácter del hombre medio, de una estructura que no está ligada ni a determinadas razas o naciones ni a determinados partidos, sino que es general e internacional. En este sentido del carácter, «fascismo» es *la actitud emocional básica del hombre autoritariamente sojuzgado de la civilización maquinista y de su concepción vital místico-mecanicista.*

Es el carácter místico-mecanicista

de los hombres de nuestra época el que crea los partidos fascistas, y no a la inversa.

El resultado del pensamiento político erróneo es que, aún hoy día, el fascismo se concibe con una peculiaridad nacional específica de los alemanes o de los japoneses. Esa concepción errónea inicial engendra todas las interpretaciones erróneas siguientes.

Sigue concibiéndose el fascismo, como antes y en detrimento de los auténticos esfuerzos en pro de la libertad, como la dictadura de una pequeña camarilla reaccionaria. Hay que atribuir la persistencia de este error

al miedo a reconocer el verdadero estado de cosas: el fascismo es un fenómeno *internacional*, que invade todas las instituciones de la sociedad humana de *todas* las naciones. Esta conclusión concuerda con los procesos internacionales de los últimos quince años.

Mis experiencias de análisis del carácter me convencieron, en cambio, de que hoy día no hay un solo hombre vivo que en su estructura no lleve los elementos del sentir y pensar fascistas. El fascismo como movimiento político se distingue de otros partidos reaccionarios por el hecho de que *lo sustentan y defienden masas de*

hombres.

Soy plenamente consciente de la gran responsabilidad que entrañan tales afirmaciones. En interés de este mundo lacerado desearía que la masa de gente trabajadora tuviera igual de clara su responsabilidad por el fascismo.

Hay que distinguir nítidamente el militarismo común del fascismo. La Alemania guillermiana era militarista, pero no fascista.

Como el fascismo aparece siempre y en todas partes como un movimiento sostenido por masas de hombres, revela todos los rasgos y contradicciones de la estructura del carácter del hombre-masa: el fascismo no es, como generalmente se

cree, un movimiento puramente reaccionario, sino que constituye una amalgama entre emociones *rebeldes* e ideas sociales reaccionarias.

Concibiendo el ser revolucionario como la rebelión racional contra estados insoportables de la sociedad humana, como la voluntad racional «de ir al fondo de todas las cosas» («radical» – «radix» = «raíz») y de mejorarlas, el fascismo *jamás* es revolucionario. Podrá aparecer recubierto de un ropaje de emociones revolucionarias. Pero no se llamará revolucionario a un médico que proceda contra una enfermedad con revoltosos improperios, sino a aquel que investigue y combata tranquila, valiente

y concienzudamente las causas de la enfermedad. La rebeldía fascista se origina siempre allí donde una emoción revolucionaria es convertida en ilusión por miedo a la verdad.

En su forma pura, el fascismo es la suma de todas las reacciones *irracionales* del carácter humano medio. Al sociólogo limitado, al que le falta el valor para reconocer el papel muy destacado de lo irracional en la historia de la humanidad, la teoría fascista de las razas le parece un mero interés imperialista o, más indulgentemente, un «prejuicio». Lo mismo le ocurre al politicastro irresponsable y de lengua fácil. El ímpetu y la gran difusión de

estos «prejuicios raciales» demuestra su origen en la parte irracional del carácter humano. La teoría racial no es una creación del fascismo. A la inversa: el fascismo es una creación del odio racial y su expresión políticamente organizada. Por tanto, existe un fascismo alemán, uno italiano, uno español, uno anglosajón, uno judío y uno árabe. *La ideología racial es una expresión auténticamente biopática del carácter del hombre orgásticamente impotente*.

El carácter sádico-perverso de la ideología racial delata también su naturaleza en su postura ante la religión. Se dice que el fascismo sería un retorno al paganismo y un enemigo mortal de la

religión. Lejos de ello, el fascismo es la expresión extrema del misticismo religioso. Como tal aparece en una configuración social especial. El fascismo apoya aquella religiosidad que proviene de la perversión sexual, y convierte el carácter masoquista de la religión de sufrimiento del viejo patriarcado en una religión sádica. En consecuencia, transporta a la religión desde el dominio del más allá de la filosofía del sufrimiento al más acá del asesinar sádico.

La mentalidad fascista es la del «pequeño hombre» mezquino, sometido, ávido de autoridad y a la vez rebelde. No es casual que todos los dictadores

fascistas provengan del ámbito vital del pequeño hombre reaccionario. El gran industrial y el militarista feudal aprovechan este hecho social para sus fines, una vez que se haya desarrollado en el ámbito del sojuzgamiento general de la vida. La civilización autoritaria mecanicista obtiene del pequeño hombre, en forma de fascismo, todo lo que ha sembrado desde hace siglos en forma de mística, sargentismo y automatismo en las masas de los pequeños hombres sojuzgados. Este pequeño hombre imita demasiado bien la conducta del gran hombre y la reproduce distorsionada y aumentada. El fascista es el sargento mayor en el

ejército gigantesco de nuestra civilización profundamente enferma y muy industrializada. No se le representa impunemente al pequeño hombre el tam-tam de la alta política: el pequeño sargento ha superado al general imperialista en todo: en la música de marchas, en el paso de ganso, en el mandar y obedecer, en el miedo mortal a pensar, en la diplomacia, estrategia y táctica, en el uniformar y desfilar, en el condecorar y dar medallas. Todo un emperador Guillermo demostró ser en estas cuestiones un verdadero imbécil comparado con el hambriento hijo de funcionario llamado Hitler. Cuando un general «proletario» cubre su pecho con

medallas en *ambos* lados y además desde el cuello hasta el ombligo, está evidenciando al hombrecito que no quería quedarse detrás del gran general «auténtico».

Hay que haber estudiado en profundidad el carácter del pequeño hombre sojuzgado durante años, tal y como se desarrollan los hechos detrás de la fachada, para comprender sobre qué poderes se apoya el fascismo.

En la rebelión de la masa de los animales humanos maltratados contra las amabilidades vacías del *falso* liberalismo (no me refiero al liberalismo *genuino* ni a la *verdadera* tolerancia) salió a luz la capa del

carácter de los instintos secundarios.

No puede volverse inocuo al loco homicida fascista si, según la coyuntura política, se le busca sólo en el alemán o italiano, y no también en el americano y en el chino; si no se le rastrea *en uno mismo*, si no se conocen las instituciones sociales que le incuban a diario.

Al fascismo sólo se le puede derrotar si se le afronta *positiva y prácticamente* con un bien fundado conocimiento de los procesos vitales. Nadie puede imitarle en el politiqueo, en la falsa diplomacia ni en los desfiles. Pero no posee una respuesta a las cuestiones vitales *prácticas*, pues lo ve

todo únicamente en el espejo de la ideología o bajo la figura del uniforme estatal.

Cuando se oiga predicar a un carácter fascista, sea cual fuere su color, el «honor de la nación» (en vez del honor del hombre) o la «salvación de la santa familia y de la raza» (en vez de la sociedad de la humanidad trabajadora); cuando se infla y se llena la boca de frases hechas, pregúntesele públicamente con toda sencillez y tranquilidad:

«¿Qué haces en la práctica para alimentar a la nación sin asesinar otras naciones? ¿Qué haces como médico contra las enfermedades crónicas, qué

como educador para promover la felicidad infantil, qué como economista contra la pobreza, qué como trabajador social contra el agotamiento de las madres con muchos hijos, qué como constructor a favor de la higiene de las viviendas? Ahora no parlotees. ¡Da una respuesta práctica y concreta o cállate!».

De esto se sigue que el fascismo internacional no será vencido jamás mediante maniobras políticas. Sucumbirá a la organización natural internacional del trabajo, del amor y del conocimiento.

En nuestra sociedad, el trabajo, el amor y el conocimiento todavía no disponen del poder necesario para

determinar la existencia humana. Más aún, estos grandes poderes del principio vital positivo todavía no son conscientes de su magnitud, de su irremplazabilidad, de su importancia sobresaliente para el ser social. Por eso la actual sociedad humana, un año después de la derrota militar del fascismo partidario, sigue al borde del abismo. El derrumbe de nuestra civilización será incontenible si los sustentores del trabajo, los estudiosos de las ciencias naturales de todas las ramas de la vida (y no de la muerte), y los que dan y reciben el amor natural no cobran pronta conciencia de su gigantesca responsabilidad.

Lo vivo puede existir sin el

fascismo, pero el fascismo no puede existir sin lo vivo. Es el vampiro en el cuerpo de lo vivo, que da rienda suelta a los impulsos asesinos cuando el amor clama por realizarse en la primavera.

«¿Se impondrá pacífica o violentamente la libertad humana y social, la autoadministración de nuestra vida y de la vida de nuestros descendientes?». Así reza respetuosa una pregunta. Nadie conoce la respuesta.

Pero quien conozca las funciones de lo vivo en el animal, en el niño recién nacido, en el obrero trabajador, sea mecánico, investigador o artista, deja de pensar en términos de los conceptos que ha introducido la infestación de los

partidos en este mundo. Lo vivo no puede «apoderarse violentamente de un poder», pues no sabría qué hacer con el poder. ¿Implica esta conclusión que la vida está entregada por siempre al gangsterismo político, que siempre será su víctima y mártir, que el politicastro siempre chupará la sangre de esa vida viva? Ésa sería una conclusión equivocada.

Como médico debo curar enfermedades. Como investigador debo desvelar conexiones naturales desconocidas. Si viniera un fantoche político para obligarme a abandonar a mis enfermos y mi microscopio, no me dejaría molestar, sino que lo echaría por

la puerta en caso de que no quisiera irse por propia voluntad. El que yo deba aplicar violencia para proteger mi trabajo ante los intrusos no depende de mí o de mi trabajo, sino del grado de impertinencia del intruso. Imaginemos ahora que todos los que realizan el trabajo en lo vivo pudieran reconocer al fantoche político *a tiempo*. No actuarían de otro modo. Quizás en este ejemplo simplificado se halle una parte de la respuesta a la cuestión de cómo lo vivo se defenderá tarde o temprano de sus perturbadores y destructores.

La *Psicología de masas del fascismo* nació en los años de la crisis alemana de 1930-1933. Se escribió en

1933; la primera edición se publicó en setiembre de 1933 y en abril de 1934 en segunda edición en Dinamarca.

Desde entonces han pasado diez años. La revelación de la naturaleza irracional de la ideología fascista aportó al libro una aprobación a menudo demasiado entusiasta, libre del peso del conocimiento y de la acción, en todos los campos políticos. Atravesó masivamente —a veces con nombre fingido— las fronteras alemanas. El movimiento revolucionario ilegal en Alemania lo acogió con alegría. Estableció un contacto de varios años con el movimiento antifascista alemán.

Los fascistas prohibieron el libro en

1935 junto con toda la literatura de la psicología política[1].

Partes del mismo se reprodujeron en Francia, Estados Unidos, Checoslovaquia, Escandinavia, etc., y se lo encomió con extensos artículos. Sólo los testarudos socialistas economicistas de partido y sus funcionarios a sueldo, que tenían el control de los órganos de poder político, no supieron ni saben qué hacer con él. Los órganos de dirección del Partido Comunista, en Dinamarca y Noruega, por ejemplo, lo atacaron con virulencia y lo tildaron de «contrarrevolucionario». En cambio, es significativo que jóvenes con mentalidad revolucionaria pertenecientes a

agrupaciones fascistas comprendieran la explicación sexo-económica de la irracionalidad de la teoría racial.

En 1942 llegó la propuesta inglesa de que se tradujera la *Psicología de masas del fascismo* al inglés. Ello me impuso la tarea de comprobar la validez del libro diez años después de su redacción. El resultado de dicha comprobación refleja exactamente las enormes modificaciones en el pensamiento de la última década. También era la piedra de toque para ver si podían seguir sosteniéndose la economía sexual y su relación con las grandes transformaciones sociales de nuestro siglo. No había tenido este libro

en las manos durante varios años. Al comenzar a corregirlo y ampliarlo, me estremecí por los errores de pensamiento cometidos quince años atrás, las revoluciones en el pensamiento y las exigencias científicas que plantea la superación del fascismo.

Al principio pude concederme celebrar un gran triunfo. El análisis sexo-económico de la ideología del fascismo no sólo había salido airoso de la crítica del tiempo, sino que había sido confirmado brillantemente en lo esencial por los últimos diez años. Había superado el ocaso de la concepción economicista, marxista vulgar, con la que los partidos marxistas alemanes

intentaron echarle mano al fascismo. Habla *en favor* de la Psicología de masas *del fascismo* el hecho de que diez años después se pida su reedición. De ello no puede jactarse ningún escrito marxista de la época de 1930, cuyos autores habían condenado la economía sexual.

Las transformaciones de mi pensamiento se plasmaron del siguiente modo en mi reelaboración de la segunda edición:

Alrededor de 1930 yo no tenía idea de las naturales *relaciones de democracia laboral* de los hombres trabajadores. La joven comprensión sexo-económica de la formación de la

estructura humana estaba situada en aquel entonces en el marco del pensamiento de los partidos marxistas. En aquella época yo trabajaba en organizaciones culturales liberales, socialistas y comunistas, y estaba obligado a emplear, por rutina, los habituales conceptos sociológicos marxistas en conexión con las exposiciones sexo-económicas. Ya en aquel entonces la enorme contradicción entre la economía sexual social y el economicismo vulgar se manifestó en penosas discusiones con diversos funcionarios de los partidos. Pero como seguía creyendo en la naturaleza fundamentalmente científica de los

partidos marxistas, no lograba comprender por qué los miembros de partidos atacaban más duramente los efectos sociales de mi trabajo médico justo en el momento en que masas de empleados, obreros industriales, pequeños comerciantes, estudiantes, etc., afluían a las organizaciones de orientación sexo-económica para obtener un conocimiento de la vida viva. Jamás olvidaré a un «profesor rojo» de Moscú, que en 1928 tenía la orden de asistir a una de mis conferencias para estudiantes en Viena, para defender contra mí el «punto de vista del partido». El hombre declaró, entre otras cosas, que «el complejo de Edipo es una

tontería», que algo así no existe. Catorce años después, sus camaradas rusos se desangraban bajo los tanques de los hombres-máquina alemanes esclavos del Führer.

Era de esperar que partidos que afirmaban luchar por la libertad humana no estarían sino contentos por los efectos de mi trabajo político-psicológico. Tal como demuestran convincentemente los archivos de nuestro Instituto, ocurrió justo lo contrario. Cuanto mayores resultaban los efectos sociales del trabajo de psicología de masas, tanto más fuertes eran las contramedidas de los políticos de partido. Tanto las organizaciones

socialistas como las comunistas, pese a la enérgica protesta de sus miembros, prohibieron ya en 1932 la distribución de los escritos de la Editorial para Política Sexual en Berlín. Se me amenazó con fusilarme en cuanto el marxismo llegara al poder en Alemania. En 1932 las organizaciones comunistas, contra la voluntad de sus miembros, le cerraron las puertas de sus locales de reunión al médico sexo-económico. Ya en 1929-1930 la socialdemocracia austríaca vedó el acceso a sus organizaciones culturales a los conferenciantes de nuestra organización. Mi expulsión de ambas organizaciones se debió al hecho de haber introducido

yo la sexología en la ciencia social y de haber mostrado sus consecuencias en la formación de la estructura humana. Entre los años 1934 y 1937 siempre fueron funcionarios del Partido Comunista los que alertaron a los círculos europeos de orientación fascista sobre la «peligrosidad» de la economía sexual. Hay documentos que lo prueban. En la frontera ruso-soviética se rechazaron los escritos sexo-económicos del mismo modo que a las multitudes de fugitivos que trataban de ponerse a salvo del fascismo alemán. Contra esto no hay ningún argumento válido.

Estos acontecimientos, que me parecían tan carentes de sentido en aquel

momento, me resultaron totalmente comprensibles al reelaborar la *Psicología de masas del fascismo*. Las comprobaciones de los hechos sexo-económico-biológicos estaban constreñidas en la terminología marxista vulgar como un elefante en una cueva de zorro. Ya en 1938, al reelaborar mi libro de la juventud, había comprobado que todo término de la economía sexual había conservado su significado ocho años después, mientras que toda consigna partidaria incluida en el libro había perdido su sentido. Lo mismo sucedió con la tercera edición de la *Psicología de masas del fascismo*.

Hoy día queda claro para todo el

mundo que «fascismo» no es la acción de un Hitler o un Mussolini, sino *la expresión de la estructura irracional de los hombres-masa*. Hoy día está más claro que hace diez años *que la teoría racial es misticismo biológico*. Hoy resulta de más fácil acceso que diez años atrás la comprensión de los anhelos orgásticos de las masas, y ya se sospecha universalmente que el *misticismo fascista es el anhelo orgástico bajo la condición de la distorsión y represión místicas de la sexualidad natural*. Las afirmaciones *sexo-económicas* sobre el fascismo son hoy aún más válidas que hace diez años. Los conceptos marxistas de partido del

libro, en cambio, tuvieron que ser eliminados en su totalidad y sustituidos por otros nuevos.

¿Significa esto que la teoría económica del marxismo es fundamentalmente falsa? Quisiera ilustrar esta cuestión mediante un ejemplo. ¿Son «falsos» el microscopio de la época de Pasteur o la bomba de agua que construyó Leonardo da Vinci? El marxismo es una teoría económica científica que proviene de las condiciones sociales de principios y mediados del siglo XIX. Pero el proceso social no se detuvo, sino que se prolongó en el proceso fundamentalmente distinto del siglo XX.

En este *nuevo* proceso social hallamos todos los rasgos esenciales del siglo XIX, del mismo modo en que en el microscopio moderno encontramos la estructura fundamental del microscopio de Pasteur o en la cañería moderna de agua el principio fundamental de Leonardo da Vinci. Pero hoy no nos servirían para nada ni el microscopio de Pasteur ni la bomba de Leonardo da Vinci. Están superados por procesos y funciones esencialmente nuevos que corresponden a una concepción y una técnica esencialmente nuevas. Los partidos marxistas de Europa fallaron y sucumbieron (¡esto está dicho sin malicia!) porque trataron de captar al

fascismo del siglo XX, que es un fenómeno esencialmente nuevo, con conceptos que correspondían al siglo XIX. Sucumbieron como organizaciones sociales porque omitieron conservar vivos y seguir desarrollando las posibilidades de desarrollo vivo inherentes a cada teoría científica. No lamento haber actuado como médico durante muchos años en las organizaciones marxistas. No he adquirido mis conocimientos sociológicos a partir de libros, sino esencialmente a partir de estar involucrado en la práctica en las luchas de las masas humanas por una existencia digna y libre. Los mejores

reconocimientos sexo-económicos provienen justamente de los *errores* en el pensamiento de esas mismas masas humanas, errores que luego les aportaron la peste fascista. Como médico, el hombre trabajador y sus problemas me resultaban más accesibles que a cualquier político de partido. Este sólo veía a «la clase obrera», a la que quería «infundir conciencia de clase». Yo veía al *hombre como ser viviente*, que había caído en condiciones sociales de la peor índole que él mismo había creado y llevaba arraigadas en su propio carácter, y de las que intentaba en vano liberarse. La brecha entre la concepción economicista y la biosociológica se

volvió infranqueable. A la teoría del «hombre de clase» se le enfrentó la naturaleza por lo general *irracional* de la sociedad del animal «hombre».

Hoy día todos saben que las concepciones económicas marxistas han penetrado en mayor o menor grado en el pensamiento de la humanidad moderna y han ejercido una influencia sobre él, a menudo sin que los economistas y sociólogos sean conscientes de cuál es el origen de sus concepciones. Conceptos como «clase», «beneficio», «explotación», «lucha de clases», «mercancía» y «plusvalía» se han convertido en patrimonio común. No hay en cambio hoy día ningún partido que

pueda erigirse en heredero y representante vivo del bien científico del marxismo, cuando de hecho se trata de hechos del desarrollo sociológico y no de frases hechas que ya no concuerdan con su contenido originario.

En los años entre 1937 y 1939 se desarrolló en círculos obreros escandinavos y holandeses en el terreno de la economía sexual el nuevo concepto de «*democracia laboral*». La tercera edición de la *Psicología de masas del fascismo* contiene la exposición de los rasgos fundamentales de este nuevo concepto sociológico. Comprende los mejores hallazgos sociológicos del marxismo que siguen siendo válidos hoy

día. Además, toma en cuenta los cambios sociales producidos en el «obrero» en el transcurso de los últimos cien años. Sé por experiencia que serán precisamente los «únicos representantes de los trabajadores» y los pasados y futuros «líderes del proletariado internacional» los que combatirán este desarrollo del concepto social de trabajador como «fascista», «trotskista», «contrarrevolucionario», «hostil al partido», etc. Las organizaciones de trabajadores que excluyen a los negros y que practican el hitlerismo no merecen ser consideradas creadoras de una sociedad nueva y libre. El hitlerismo no se detiene en los límites del partido nazi

o de Alemania; se infiltra en las organizaciones de trabajadores, en los círculos liberales y democráticos. El fascismo no es un partido político, sino una determinada concepción de vida y una actitud respecto del hombre, del amor y del trabajo. Ello no modificará el hecho de que la política de los partidos marxistas de antes de la guerra esté acabada y ya no tenga futuro. Del mismo modo en que el concepto de la energía sexual sucumbió en el seno de la organización psicoanalítica y renació joven y fuerte en el descubrimiento del orgón, se perdió también el concepto del trabajador internacional en las prácticas de los partidos marxistas y resurgió

convertido en algo nuevo en el marco de la sexo-economía social. Pues las actividades del economista sexual sólo son posibles en el marco de todo el otro *trabajo socialmente necesario* y no en el marco de la vida reaccionaria, mistificada y no-trabajadora.

La sociología sexo-económica nació del esfuerzo de armonizar la psicología profunda de Freud con la doctrina económica de Marx. Procesos instintivos y socioeconómicos determinan la existencia humana; pero debemos rechazar los intentos eclécticos que intentan combinar arbitrariamente «instinto» con «economía». La sociología de la economía sexual

resuelve la contradicción que hizo olvidar al psicoanálisis el factor social y el origen animal del hombre al marxismo. Como lo formulé en otro lugar: el psicoanálisis es la madre y la sociología el padre de la economía sexual. Pero *un hijo es más que la suma de los padres*. Es un ser viviente nuevo, independiente, cargado de futuro.

De acuerdo con la nueva concepción sexo-económica del concepto de «trabajo» se procedió a las modificaciones siguientes en la terminología del libro: los conceptos «comunista», «socialista», «conciencia de clase», etc., se sustituyeron por palabras sociológica y psicológicamente

inequívocas, como «revolucionario» y «científico». Significan «subvertir radicalmente», «actividad racional», «coger las cosas por la raíz».

Esto tiene en cuenta el hecho de que hoy se vuelven cada vez más revolucionarios no los partidos comunistas o socialistas, sino, *en contraposición a ellos*, muchos grupos *no-políticos* de hombres y capas sociales de cualquier matiz político, es decir que ambicionan un orden social fundamentalmente nuevo y racional. Se ha convertido en conciencia social generalizada, y hasta los viejos políticos burgueses así lo han expresado, que por su lucha contra la peste fascista el

mundo ha caído en una transformación gigantesca, internacional, *revolucionaria*. Las palabras «proletario» (sustantivo y adjetivo) fueron creadas hace más de cien años para caracterizar a una capa social sin derecho alguno y reducida en masa a la miseria. Siguen existiendo tales grupos de hombres, pero los bisnietos de los proletarios del siglo XIX se han convertido en obreros industriales *conscientes de su habilidad*, especializados, con un alto grade de formación técnica, indispensables y responsables. Las palabras «*conciencia de su habilidad*» o «*responsabilidad social*» reemplazan a la «conciencia de

clase».

En el marxismo del siglo XIX, la «conciencia de clase» estaba restringida a los trabajadores *manuales*. *Los* trabajadores que se dedicaban a otros oficios vitalmente necesarios y sin los cuales la sociedad no podría funcionar, como los «intelectuales» o «pequeña burguesía» eran opuestos al «proletariado de trabajadores manuales». Esta contraposición esquemática y hoy día inexacta jugó un papel muy importante en el triunfo del fascismo en Alemania. El concepto de «conciencia de clase» no sólo es demasiado estrecho, sino que ni siquiera se corresponde con la estructura de

clase de los trabajadores manuales. Por consiguiente, los conceptos «trabajo industrial» y «proletario» fueron sustituidos por «trabajo *vitalmente necesario*» y «*trabajador*». Estos dos conceptos abarcan a *todos los hombres que realizan un trabajo indispensable para la sociedad*. Además de los obreros industriales, esto incluye por tanto a los médicos, educadores, técnicos, ayudantes de laboratorio, escritores, administradores sociales, campesinos, trabajadores científicos, etc. Así se suprime una brecha que ha contribuido no poco a la atomización de la sociedad humana trabajadora y, por tanto, al fascismo en sus variantes negra

y roja.

La sociología de Marx, al desconocer la psicología de masas, contrapuso el «burgués» al «proletario». Esto es psicológicamente erróneo. La estructura del carácter no está restringida al capitalista, sino que abarca a los trabajadores de todos los oficios. Hay capitalistas liberales y obreros reaccionarios. *No hay límites de clase relativos al carácter*. Por eso los términos económicos de «burguesía» y «proletariado» se sustituyeron por los conceptos relativos al carácter, como «*reaccionario*» y «revolucionario» o «*liberal*». Esta modificación fue impuesta por la peste fascista.

El materialismo dialéctico, cuyos rasgos fundamentales había desarrollado Engels en su *Anti-Dühring*, progresó para convertirse en el *funcionalismo energético*. Este desarrollo *hacia delante* fue posible gracias al descubrimiento de la energía biológica, el orgón (1936-38). La sociología y la psicología adquirieron un fundamento biológico sólido. Un desarrollo semejante no podía dejar de ejercer su influencia sobre el pensamiento. Con el desarrollo del pensamiento se modificaron conceptos antiguos, y en lugar de los que se habían vuelto inservibles aparecieron otros nuevos. La palabra de Marx «conciencia» fue

sustituida por «*estructura dinámica*», las «necesidades» por «*procesos orgonómicos del instinto*», la «tradición» por «*rigidez biológica y caracterológica*», etc., etc.

El concepto marxista vulgar de la «empresa privada» había sido tan mal interpretado por la irracionalidad de los hombres, que se entendía que el desarrollo social en libertad implicaba la supresión de *toda* propiedad privada. Naturalmente, esto fue extensamente aprovechado por la reacción política. Desde luego, el desarrollo de la libertad social e individual nada tiene que ver con la llamada «abolición de la propiedad privada». El concepto de

Marx de la propiedad privada no se refería a camisas, pantalones, máquinas de escribir, papel higiénico, libros, camas, ahorros, viviendas, terrenos, etc., de las personas, sino que atañía exclusivamente a la propiedad privada de los medios de producción *sociales*, que determinan el curso general de la sociedad; es decir: ferrocarriles, sociedades de aguas, centrales eléctricas, minas, etc. La «socialización de los medios de producción» se convirtió en un revulsivo precisamente por confundírsela con la «expropiación privada» de los pollos, camisas, libros, viviendas, etc., conforme a la ideología de los desposeídos. La estabilización de

los medios sociales de producción ha comenzado a descomponer en el último siglo la disponibilidad privada de éstos en todos los países capitalistas, en algunos más, en otros menos.

Dado que los trabajadores no se adaptaron en su estructura y capacidad de libertad al gigantesco desarrollo de las organizaciones sociales, fue el *Estado* el que realizó los actos en realidad reservados a la *«comunidad» de los trabajadores*. En la Rusia soviética, la pretendida ciudadela del marxismo, no puede hablarse de una «socialización de los medios de producción». Los partidos marxistas simplemente habían confundido

«socialización» con «estatalización». En esta última guerra se ha demostrado que el gobierno norteamericano tiene el mismo derecho y la misma posibilidad de estatalizar empresas que funcionen mal. Una *socialización* de los medios sociales de producción, su transferencia de la propiedad privada de algunos individuos a la propiedad social, suena mucho menos horrenda si se tiene presente que hoy día, como consecuencia de la guerra, no quedan más que unos pocos propietarios individuales y en cambio muchos propietarios colectivos con responsabilidad estatal; y que, además, en la Rusia Soviética las empresas

sociales no están de ningún modo a disposición de los obreros que trabajan en ellas, sino que son manejadas por grupos de funcionarios estatales. *La socialización de los medios sociales de producción estará madura y será posible tan sólo cuando las masas de trabajadores estén maduros, es decir, sean conscientes de su responsabilidad para administrarlos*. La inmensa mayoría de ellos no está hoy día madura ni dispuesta a hacerlo. Es más: una socialización de grandes empresas en el sentido de que las administren sólo los trabajadores manuales, sin tener en cuenta a los técnicos, ingenieros, directores, administradores,

distribuidores, etc., es algo sociológica y económicamente carente de sentido. Hasta los propios obreros manuales rechazan hoy día una idea tal. Si no fuera así, los partidos marxistas habrían tomado el poder en todas partes hace tiempo.

Éste es el motivo ideológico esencial por el que la economía privada del siglo XIX se está convirtiendo cada vez más en todas partes en una economía planificada de capitalismo de Estado. Hay que decir claramente que tampoco hay un socialismo de Estado en la Rusia soviética, sino un estricto *capitalismo de Estado; esto en el estricto sentido marxista del término*. La condición

social de «capitalismo» no está dada, como creen los marxistas vulgares, por la existencia de capitalistas individuales, sino por la del específico «modo de producción capitalista». Es decir, por la *economía de mercancías* en vez de la *economía de uso*, por el *trabajo asalariado* de las masas y por la producción de *plusvalía*, independientemente de que esta plusvalía beneficie al Estado *a través* de la sociedad o a capitalistas individuales a través de la apropiación privada de la producción social. En este sentido estrictamente marxista, pues, en Rusia persiste el sistema capitalista. Y persistirá mientras las masas sigan

irracionalmente infectadas y ávidas de autoridad como hasta ahora.

La psicología sexo-económica de la estructura agrega a la descripción económica de la sociedad la descripción del carácter y la biológica. Con la eliminación de los capitalistas individuales y la construcción del capitalismo de Estado en vez del capitalismo privado, en Rusia *la estructura del carácter típicamente indefensa y autoritaria de las masas no se ha modificado en lo más mínimo*.

Además, la ideología política de los partidos marxistas de Europa operaba con condiciones puramente económicas, que correspondían a un período de unos

doscientos años, aproximadamente de los siglos XVII-XIX, en los que se desarrollaron las máquinas. En cambio, el fascismo del siglo XX planteó la cuestión básica de la *conformación del carácter humano, de la mística humana y de las ansias de autoridad*, que corresponden a un *período de unos cuatro a seis mil años*. También aquí el marxismo vulgar intentó meter a un elefante en una cueva de zorro. La sexo-economía social no se ocupa de una estructura humana que surgió en los últimos doscientos años, sino de una que refleja una civilización autoritaria y patriarcal de muchos milenios. Es más, incluso afirma que los oprobiosos

excesos de la era capitalista de los últimos trescientos años (imperialismo depredador, privación de derechos de los trabajadores, opresión racial, etcétera) no habrían sido posibles sin la estructura ávida de autoridad, incapaz de asumir la libertad y mística de las ingentes masas que soportaron todo eso. Que esta estructura no sea innata, sino que haya sido engendrada social y educativamente no modifica sus efectos, pero permite la salida de la *reestructuración* hacia la libertad. En el estricto y buen sentido, el punto de vista de la biofísica sexo-económica es, por tanto, infinitamente más radical que el de los marxistas vulgares, si por radical

se entiende el «ir a la raíz de las cosas».

De todo ello surge la conclusión de que no puede superarse la peste de masas fascistas con medidas propias del marco de los últimos trescientos años, al igual que no puede introducirse por la fuerza a un elefante (seis mil años) en una cueva de zorro (trescientos años).

Hay que considerar el descubrimiento de la democracia laboral biológica natural en las relaciones humanas internacionales como la respuesta al fascismo. Esto a pesar de que ningún economista sexual, biofísico orgónico o demócrata laboral contemporáneo pudiera llegar a ver su realización completa y su victoria sobre

la irracionalidad en la vida social.

Maine, agosto de 1942

WILHELM REICH

GLOSARIO

BIONES: vesículas que representan fases de transición entre sustancia no-viviente y sustancia viva. Se forman constantemente en la naturaleza por un proceso de desintegración de materia inorgánica y orgánica, proceso que ha podido reproducirse experimentalmente. Están cargados de energía orgónica y se convierten en protozoos y bacterias.

BIOPATÍA: un desorden que resulta de la perturbación de la pulsación biológica en el organismo.

Comprende todos aquellos procesos de enfermedad que se producen en el aparato vital autónomo. El mecanismo central es una perturbación en la descarga de la excitación biosexual.

CARÁCTER, ANÁLISIS DEL: una modificación de la acostumbrada técnica psicoanalítica del análisis de los síntomas, mediante la inclusión en el proceso terapéutico del carácter y de la resistencia del carácter.

CARÁCTER, ESTRUCTURA DEL: la estructura típica de un individuo, su manera estereotipada de actuar y de reaccionar. El concepto orgonómico

de carácter es funcional y biológico, y no un concepto estático psicológico o moral.

ORGÁSMICA, ANSIEDAD: ansiedad sexual causada por una frustración externa de una gratificación de los instintos y fijada internamente por el temor de la excitación sexual reprimida. Forma la base de la ansiedad de placer en general, que es una parte integral de la estructura humana predominante.

ORGÁSTICA, IMPOTENCIA: la ausencia de potencia orgástica, es decir la incapacidad para entregarse por completo a la convulsión involuntaria del organismo y

descargar completamente la excitación en la cima del abrazo genital. Es la característica más importante del actual ser humano medio y —al contener la energía biológica (orgónica) en el organismo — provee la fuente de energía para todo tipo de síntomas biopáticos y de irracionalidad social.

ORGÓNICA, ENERGÍA: Energía Cósmica Primordial, universalmente presente y demostrable por medios visuales, térmicos, electroscópicos y por contadores Geiger-Müller. En el organismo vivo: Bioenergía, Energía Vital. Descubierta por Wilhelm Reich entre 1936 y 1940.

ORGONÓMICO (ENERGÉTICO), FUNCIONALISMO: la línea de pensamiento funcional que guía la investigación orgónica clínica y experimental. El principio guía es el de la identidad de variaciones en el principio funcional común. Esta línea de pensamiento creció en el curso del estudio de la formación del carácter humano y llevó al descubrimiento de la energía orgónica funcional organísmica y cósmica, con lo cual demostró ser el correcto reflejo de los procesos naturales básicos tanto vivientes como no-vivientes.

SEXUAL, ECONOMÍA: el término se

refiere a la forma de regular la energía biológica o, lo que es lo mismo, la economía de las energías sexuales del individuo. La economía sexual es la forma en que un individuo maneja su energía biológica a la porción que contiene y a la que descarga orgásticamente. Los factores que influyen en este modo de regulación son de naturaleza sociológica, psicológica y biológica. La ciencia de la economía sexual consistía en aquel cuerpo de conocimientos derivado del estudio de estos factores. Podía aplicarse este término a la obra de Reich desde la época de su refutación de la

filosofía cultural de Freud hasta el descubrimiento del orgón, cuando fue reemplazada por la orgonomía, la ciencia de la Energía Vital.

SEXUAL, POLÍTICA: el término «política sexual» o «sexo-política» se refiere a la aplicación práctica de los conceptos de economía sexual en la escena social sobre una base de masas. Esta tarea se realizó dentro de los movimientos de higiene mental y de libertad revolucionaria en Austria y en Alemania desde 1927 hasta 1933.

SEXPOL: nombre de la organización alemana que se ocupaba en actividades sexo-políticas de masas.

VEGETOTERAPIA: con el descubrimiento de la armadura muscular, el proceso terapéutico de análisis del carácter se modificó para liberar las energías vegetativas no desatadas, restaurándosele así al paciente su movilidad biofísica. La combinación de análisis del carácter con vegetoterapia se conocía como vegetoterapia analítica del carácter. El posterior descubrimiento de la energía orgónica organísmica (bioenergía) y la concentración de energía orgónica atmosférica con un acumulador de energía orgónica exigió el ulterior desarrollo de la vegetoterapia analítica del carácter

en una terapia orgónica inclusiva y biofísica.

DEMOCRACIA LABORAL: la democracia laboral no es un sistema ideológico, tampoco un sistema «político» que pueda ser impuesto en la sociedad humana mediante la propaganda de un partido, de políticos individuales o de cualquier grupo que comparta una ideología común. La democracia laboral natural es la suma total de todas las funciones de la vida gobernadas por relaciones interpersonales racionales que hayan llegado a nacer, crecer y desarrollarse de un modo natural y orgánico. Lo nuevo

de la democracia laboral es que, por primera vez en la historia de la sociología, una *posible* regulación futura de la sociedad humana no se deriva de ideologías o de condiciones que deben ser creadas, sino de procesos naturales que han estado presentes y se han ido desarrollando desde el comienzo mismo. La «política» de la democracia laboral se distingue por el hecho de que *rechaza toda política y demagogia*. A las masas de trabajadores y trabajadoras no se les quitará su responsabilidad social. Se las *cargará* con ella. Los demócratas laborales no tienen

ambiciones de ser *führers* políticos. La democracia laboral desarrolla conscientemente la democracia formal, que se expresa en la mera elección de representantes políticos sin exigir una responsabilidad ulterior por parte del electorado, en una democracia genuina, efectiva y práctica a escala internacional. Esta democracia es producida por las funciones del amor, del trabajo y del conocimiento, y se desarrolla orgánicamente. Lucha contra el misticismo y contra la idea del estado totalitario, no a través de actitudes políticas, sino a través de funciones prácticas de la vida, que

obedecen a sus propias leyes. En resumen, la democracia laboral natural es una función redescubierta biosociológica, natural y básica de la sociedad. No es un programa político.

1

LA IDEOLOGÍA COMO PODER MATERIAL

1. La brecha

El movimiento de liberación alemán anterior a Hitler se sustentaba en la teoría económica y social de Karl Marx; por tanto, la comprensión del fascismo alemán debe partir de la comprensión del marxismo.

En el curso de los meses posteriores a la toma del poder por el nacionalsocialismo en Alemania a menudo podían percibirse dudas sobre la corrección de la concepción marxista fundamental acerca del acontecer social incluso en aquellos que habían demostrado en la práctica su firmeza

revolucionaria y su disposición libertaria. Esas dudas se basaban sobre un hecho en primera instancia incomprensible pero innegable: el fascismo, que por sus objetivos y por su naturaleza era el representante más extremo de la reacción política y económica, se había convertido en una realidad internacional y en muchos países superaba visible e innegablemente al movimiento revolucionario socialista. El hecho de que este fenómeno hallara su máxima expresión en los países altamente industrializados no hacía más que agravar el problema. Al fortalecimiento internacional del nacionalismo le

correspondía el hecho del fracaso del movimiento obrero en una, según afirmaban los marxistas, «fase de la historia moderna que había llegado a madurar económicamente para producir la destrucción del modo de producción capitalista». A ello se añadía el recuerdo imborrable del fracaso de la Internacional obrera al estallar la Primera Guerra Mundial y el estrangulamiento de los alzamientos revolucionarios de 1918 a 1923 fuera de Rusia. Las dudas citadas, por tanto, se relacionaban con hechos de enorme gravedad; si resultaban justificadas, si la concepción marxista fundamental era errónea, se necesitaba una decidida

reorientación del movimiento obrero si quería alcanzarse de todos modos su objetivo; pero si las dudas eran injustificadas, si la concepción sociológica de Marx era correcta en su *fundamento*, entonces se necesitaba un análisis exhaustivo y polifacético tanto de las causas del continuo fracaso del movimiento obrero como —y sobre todo— un total esclarecimiento del movimiento de masas del fascismo, que tiene un carácter nuevo para la historia. Sólo de ese análisis podía emerger una nueva praxis revolucionaria[2].

Pero en ningún caso podía esperarse una modificación de la situación si no se lograba demostrar lo uno o lo otro. Era

evidente que no podía llevar a la meta ni una llamada a la «conciencia de clase revolucionaria» de los obreros, ni el método *à la Coué*, tan popular en aquel momento, de cubrir con un velo las derrotas y embellecer hechos graves con ilusiones. Tampoco podía contentarse con el hecho de que el movimiento obrero «avanzaba», luchaba y hacía huelgas aquí y allá. Pues lo decisivo no es el avance, sino a qué ritmo se produce respecto del fortalecimiento y del avance internacionales de la reacción política.

El joven movimiento de la sexo-economía democrática del trabajo está interesado en un esclarecimiento cabal

de estos problemas, y no sólo porque constituye una parte integrante de la lucha de liberación social en general, sino sobre todo porque la consecución de sus objetivos está ligada indisolublemente al logro de los objetivos económico-políticos de la democracia laboral natural. Por eso queremos intentar exponer, a partir del movimiento obrero, en qué punto se entrelazan las cuestiones específicamente sexo-económicas con las sociales generales.

En algunas reuniones en Alemania había revolucionarios inteligentes y honestos, aunque de pensamiento nacionalista y metafísico, como Otto

Strasser, que alrededor de 1930 les reprochaban a los marxistas:

«Vosotros, los marxistas, soléis apoyaros en la doctrina de Karl Marx. Marx enseñaba que la teoría sólo se confirmaba en la práctica. Pero vosotros no hacéis más que justificar una y otra vez las derrotas de la Internacional obrera. Vuestro marxismo ha fracasado: explicáis la derrota de 1914 por la "deserción de la socialdemocracia", la de 1918 por su "política traidora" y sus ilusiones. Y ahora nuevamente tenéis "explicaciones" a mano por el hecho de que en la crisis mundial las masas tendieron a la derecha en vez de a la izquierda. ¡Pero vuestras explicaciones

no eliminan el hecho de que hayáis sido derrotados! ¿Dónde está, desde hace ochenta años, la confirmación práctica de la doctrina de la revolución social? Vuestro error fundamental es que negáis u os burláis del alma y del espíritu, sin comprender que son los que todo lo mueven».

Argumentaban así o de modo parecido, y los oradores marxistas no sabían responder tales preguntas. Cada vez era más evidente que su propaganda política de masas, al limitarse a la discusión de los procesos de crisis socioeconómicos *objetivos* (modo de producción capitalista, anarquía económica, etc.) no alcanzaba más que a

la pequeña minoría ya encuadrada en las izquierdas. No bastaba la denuncia de la miseria material, del hambre, pues eso lo hacían *todos* los partidos políticos, incluso la Iglesia; y, finalmente la mística de los nacionalsocialistas, en medio de la más profunda crisis económica y miseria, triunfó sobre la doctrina económica del socialismo. Se imponía la conclusión de que la propaganda y la concepción global del socialismo entrañaban serias lagunas que explicaban sus «errores políticos». Se trataba de fallas en la captación marxista de la realidad política, fallas para cuya eliminación estaban dadas todas las condiciones en el método del

materialismo dialéctico. Pero estas posibilidades habían quedado sin utilizar; para anticiparlo en breves términos: *la política marxista no había tenido en cuenta, en su práctica política, la estructura caracteriológica de las masas ni el efecto social del misticismo*.

Quien haya seguido y experimentado prácticamente la teoría y la práctica del marxismo entre, digamos, 1917 y 1933 en la izquierda revolucionaria, debía comprobar que estaban restringidas al terreno de los procesos *objetivos* de la economía y a la política de Estado, pero que ni seguían atentamente ni captaban el llamado «factor subjetivo» de la

historia, la ideología de las masas, en su desarrollo y en sus contradicciones; sobre todo, omitían aplicar una y otra vez su propio método del materialismo dialéctico, de mantenerlo vivo, de captar de modo nuevo todo fenómeno social *nuevo*.

No solía aplicarse el materialismo dialéctico a fenómenos históricos *nuevos*, y el fascismo era un fenómeno que Marx y Engels ignoraban y que Lenin había percibido sólo en sus primeras manifestaciones. La concepción reaccionaria de la realidad pasa por alto las contradicciones y condiciones reales de ésta; la política reaccionaria se sirve automáticamente

de aquellas fuerzas sociales que se oponen al desarrollo; ello lo puede hacer con éxito sólo mientras la ciencia no descubra *por entero* a las fuerzas revolucionarias que *deben* superar a las reaccionarias. Según veremos más adelante, en la base de *masas* del fascismo, en la pequeña burguesía rebelde, no habían hecho su aparición sólo las fuerzas sociales regresivas, sino también unas fuerzas enérgicamente progresivas; nadie había visto esta contradicción, y es más: hasta poco antes de la toma del poder por Hitler, el papel de la pequeña burguesía se hallaba en un segundo plano.

Una vez comprendidas las

contradicciones en cada nuevo proceso, la práctica revolucionaria en todo campo de la existencia humana se da por sí sola; consistirá en una identificación con aquellas fuerzas que actúan en el sentido del desarrollo hacia *delante*. Ser radical, de acuerdo con lo que decía Karl Marx, significa «ir a la raíz de las cosas». Si se va a la *raíz* de las cosas, si se comprende su proceso contradictorio, estará asegurada la victoria sobre lo reaccionario. Si no se las comprende, se aterriza, voluntariamente o no, en el mecanicismo, en el economicismo o también en la metafísica, y necesariamente se sucumbe. Por tanto, una crítica tiene un sentido y un valor

práctico sólo si está en condiciones de mostrar en qué punto se *pasaron por alto* las contradicciones de la realidad social. La acción revolucionaria de Marx no consistió en que redactara unos llamamientos o en que señalara objetivos revolucionarios, sino esencialmente en que reconoció en las fuerzas productivas industriales la fuerza progresista de la sociedad, y en que describió las contradicciones de la economía capitalista de acuerdo con la realidad. Los fracasos del movimiento obrero significan que nuestro conocimiento de las fuerzas que retardan el desarrollo social progresivo es *limitado*, e incluso nulo en algunos

puntos fundamentales.

Como tantas obras de grandes pensadores, también el marxismo degeneró y se transformó en fórmulas vacías al perder su contenido científico-revolucionario en manos de los políticos marxistas. Estaban tan sumergidos en las luchas políticas cotidianas que no siguieron desarrollando los principios de una concepción vital viva, tal cual había sido legada por Marx y Engels. Para confirmar esto basta con comparar, por ejemplo, el libro del comunista alemán Sauerland sobre *Materialismo dialéctico* o cualquier obra de Salkind, Pieck, etc., con *El Capital* de Marx o con *El socialismo utópico y el*

socialismo científico de Engels. Métodos vivos se convirtieron en fórmulas, y la investigación científica de los hechos en rígidos esquemas. Entretanto, el «proletariado» de la época de Marx se había convertido en una gigantesca clase obrera industrial, y la clase media de los pequeños industriales en ingentes masas de empleados industriales y públicos. El marxismo científico degeneró en «marxismo vulgar». Muchos excelentes políticos marxistas han llamado así al economicismo, que reducía toda la existencia humana al problema de los parados y al del salario mínimo.

Ahora bien: este marxismo vulgar

afirmaba que una crisis económica de la magnitud de la de 1929-1933 *debía* llevar *necesariamente* a las masas afectadas a un desarrollo ideológico hacia la izquierda. Mientras que en Alemania seguía hablándose de un «auge revolucionario» aun después de la derrota de enero de 1933, la realidad mostraba que la crisis que de acuerdo con las expectativas debería haber producido una evolución ideológica de las masas hacia la izquierda, había llevado a un desarrollo hacia la extrema derecha en la ideología de las capas proletarizadas de la población. El resultado fue una brecha entre el desarrollo de la base económica, que

empujaba hacia la izquierda, y el de la ideología de amplias capas que se derechizaban. Esta brecha no fue advertida. Por eso tampoco podía formularse la pregunta de cómo es posible que las amplias masas se vuelvan nacionalistas en medio de la pauperización. No puede explicarse la tendencia del pequeño burgués arruinado hacia la derecha radical con palabras como «chauvinismo», «psicosis» o «consecuencias de Versalles», porque no comprenden el proceso real que se produce en esta tendencia. Además, la tendencia hacia la derecha no se presentaba sólo en los pequeños burgueses, sino también en

sectores amplios del proletariado, y no siempre en los peores. No se percibió que la burguesía, alertada por el éxito de la Revolución rusa, recurría a medidas preventivas nuevas, en aquel entonces incomprendidas, no analizadas por el movimiento obrero, y que parecían extrañas (como el plan Roosevelt); no se advirtió que en los comienzos de su desarrollo, al transformarse en un movimiento de masas, el fascismo se dirigió primero contra la gran burguesía, y que no se le podía neutralizar calificándole de «mero guardián del capital financiero», aunque sólo fuera porque se trataba de un movimiento de masas.

¿Dónde residía el problema?

La concepción fundamental de Marx comprendía la explotación de la mercancía fuerza de trabajo y la concentración del capital en pocas manos, hechos que llevaban aparejada la pauperización creciente de la mayoría de la humanidad trabajadora. De este proceso dedujo Marx la necesidad de la «expropiación de los expropiadores». Según esta concepción, pues, las fuerzas productivas de la sociedad capitalista rompen el marco del modo de producción. La contradicción entre la producción social y la apropiación *privada* de los productos por parte del

capital sólo puede resolverse restableciendo el equilibrio entre el modo de producción y el nivel de las fuerzas productivas. La producción social debe complementarse con la apropiación social de los productos. El primer acto de esta equiparación es la revolución social: éste es el principio económico fundamental del marxismo. Ello sólo puede lograrse, así se decía, si la mayoría arruinada establece la «dictadura del proletariado» como dictadura de la mayoría de los que producen, sobre la minoría de los dueños de los medios de producción ahora expropiados.

De acuerdo con la teoría de Marx, se

daban las condiciones económicas para la revolución social: el capital se hallaba concentrado en pocas manos, el desarrollo de la economía nacional hacia la economía mundial se contradecía totalmente con el sistema aduanero de los Estados nacionales, la economía capitalista apenas llegaba a la mitad de su capacidad productiva y además había revelado por completo su anarquía. La mayoría de la población de los países altamente industrializados vivía en la miseria; unos cincuenta millones de europeos estaban en paro; cientos de millones de productores se hallaban en un estado de miseria. Pero la «expropiación de los expropiadores»

no llegaba y, contra las expectativas, ante la alternativa de «socialismo o barbarie» la evolución se desarrolló primero en el sentido de la barbarie. Pues el fortalecimiento internacional del fascismo y el hecho de que quedara rezagado el movimiento obrero no era sino precisamente esa evolución. Quien aún tenía esperanzas seguras en un desenlace revolucionario de la inminente Segunda Guerra Mundial, que entretanto había estallado, quien confiaba, por así decirlo, en que las masas dirigirían las armas que les llegaban a sus manos contra el enemigo interior, no había seguido el desarrollo de la técnica bélica moderna. No debía

desecharse desde un principio la idea de que el armamento de la gran masa en la guerra próxima sería muy improbable. De acuerdo con esta concepción, las acciones bélicas se dirigirían contra las masas desarmadas de los grandes centros industriales y serían unos pocos técnicos, muy escogidos y de confianza, los que llevarían a cabo la guerra. Por tanto, el aprender a repensar y reflexionar sobre este problema de un modo nuevo era la precondición de una nueva práctica revolucionaria. La Segunda Guerra Mundial confirmó estas previsiones.

2. La estructura económica e ideológica de la sociedad alemana de 1928 a 1933

Desde un punto de vista racional podría esperarse que las masas obreras reducidas a la miseria económica desarrollaran una aguda conciencia de su situación social y que madurara en ellas la voluntad de eliminar la miseria social. Igualmente sería de esperar que un trabajador en una situación social mísera se rebelara contra los abusos y se dijera:

«Soy un mantenedor responsable del trabajo social. El bienestar social

descansa sobre mí y los de mi condición. Asumiré por mí mismo la responsabilidad por las tareas que me incumben».

En ese caso, el pensamiento («conciencia») del obrero se correspondería con su situación social. Los marxistas llamaban a esto «conciencia de clase». Nosotros lo llamaremos «conciencia de trabajador especializado» o «conciencia de responsabilidad social». Pues bien: la brecha entre la situación social de las masas obreras y su conciencia de la misma no conduce a mejorar, sino a empeorar, esta su situación social. Fueron precisamente las masas

pauperizadas las que ayudaron a que el fascismo, la reacción política más extrema, tomara el poder.

Es, pues, una cuestión del papel que cumplen la ideología y la actitud emocional de estas masas como factor histórico, una cuestión de la «*repercusión de la ideología sobre la base económica*». Si la miseria material de amplias masas no ha llevado a una convulsión en el sentido de la revolución social; si de la crisis han surgido ideologías objetivamente opuestas a la revolución, entonces la evolución de la ideología de la masa durante los años críticos ha inhibido el «desarrollo de las fuerzas productivas»,

la «solución revolucionaria de la contradicción entre las fuerzas productivas del capitalismo monopólico y su modo de producción», para emplear conceptos marxistas.

La composición de las clases en Alemania revelaba el siguiente cuadro (según Kunik, «*Versuch einer Feststellung der sozialen Gliederung der deutschen Bevöllkerung*» [«Intento de establecer la articulación social de la población alemana»], *Die Internationale*, 1928, editado por Lenz: *Proletarische Politik*, Internationaler Arbeiterverlag, 1931):

Resumen

	Asalariados	con los familiares
Obreros industriales[3]	21.789.000	40.700.000
Sectores medios urbanos	6.157.000	10.700.000
Campesinos pequeños y medios	6.598.000	9.000.000
Burguesía (comprendidos los terratenientes y los grandes campesinos)	718.000	2.000.000
Población (sin niños ni amas de casa)	34.762.000	62.400.000

Capas de los sectores medios urbanos

Capas inferiores de los	

pequeños industriales (industria doméstica, arrendatarios, empresas individuales y de hasta dos asalariados)	1.916.000
Pequeñas industrias con tres o más asalariados	1.403.000
Empleados y funcionarios medios	1.763.000
Profesiones liberales y estudiantes	431.000
Pequeños rentistas y pequeños propietarios	644.000
	6.157.000

Capas de los sectores trabajadores

Trabajadores de la industria, del transporte, del comercio, etc.	11.826.000
Trabajadores agrícolas	2.606.000
Trabajadores a domicilio	138.000

Empleados domésticos	1.326.000
Rentistas sociales	1.717.000
Empleados inferiores (hasta 250 marcos mensuales)	2.775.000
Funcionarios subalternos (y pensionados)	1.400.000
	21.789.000

Capas medias rurales

Pequeños campesinos y arrendatarios (hasta cinco hectáreas de campo)	2.366.000
Campesinos medios (de cinco a cincuenta hectáreas)	4.232.000
	6.598.000

Estas cifras corresponden al censo de la población alemana de 1925, pero debemos remarcar que sólo reflejan la

articulación de la situación socioeconómica, no la ideológica, que era distinta. Por tanto, la distribución *socioeconómica* de Alemania en 1925 era la siguiente:

Distribución socioeconómica

	Población activa	con familiares
Obreros	21.789.000	40.700.000
Sectores medios	12.755.000	19.700.000

Según una estimación grosera, la estructura *ideológica*, en cambio, se presentaba del siguiente modo:

Según la estructura ideológica (I)

Obreros en la industria, en el	

comercio, transporte, etc. y agrícolas	14.433.000
Sectores medios pequeñoburgueses	20.111.000

Según la estructura ideológica (II)

Trabajadores a domicilio (producción individual)	138.000
Empleados del hogar	326.000
Rentistas sociales	1.717.000
Empleados subalternos (experiencia en grandes empresas, por ejemplo, la Nordstern en Berlín)	2.775.000
Funcionarios subalternos (por ejemplo, revisores de impuestos, empleados de correos)	1.400.000
	7.356.000 (de

	«proletarios» económicos)
Sectores medios urbanos	6.157.000
Sectores medios rurales	6.598.000
	20.111.000

Sea cual fuere el número de integrantes de los sectores medios que hayan votado por los partidos de izquierda y, viceversa, de obreros que hayan votado por las derechas, no deja de llamar la atención que las cifras de la *estratificación ideológica* calculadas por nosotros *coincidan aproximadamente con los resultados electorales de 1932*: los comunistas y los socialdemócratas reunieron entre

ambos al final unos doce a trece millones de votos, el NSDAP y los Alemanes Nacionales juntos unos 19 a 20 millones de votos. Eso significa que *lo decisivo no fue la estratificación económica, sino la ideológica*. Por lo tanto, los sectores medios pequeñoburgueses tienen mayor importancia que la que se les asignaba.

En la época del vertiginoso descenso de la economía alemana entre 1929 y 1932 se sitúa el gran salto del NSDAP de 800.000 votos en el año 1928 a 6,4 millones en otoño de 1930, a 13 millones en el verano de 1932 y a 17 millones en enero de 1933. Según un cálculo de Jäger («Hitler», *Roter*

Aufbau, octubre de 1930), ya los 6,4 millones de votos nacionalsocialistas contenían unos tres millones de votos de trabajadores, de los cuales un 60-70% eran empleados y un 30-40%, obreros.

Quien a mi juicio ha captado con mayor claridad lo problemático de este proceso sociológico es Karl Radek, quien ya en el año 1930, después del primer triunfo del NSDAP, escribía:

> Nada parecido se conoce en la historia de las luchas políticas, sobre todo en un país con una diversidad política firmemente establecida, en el que cada partido político nuevo tiene que entablar una dura lucha para conquistar un sitio en torno a la mesa ocupada por los viejos partidos. Nada

> más significativo que el hecho de que ni en la literatura burguesa ni en la socialista se haya dicho nada sobre este partido que ocupa el segundo lugar en la vida política alemana. Es un partido sin historia, que surge repentinamente en la vida política de Alemania a modo de una isla que de pronto se eleva en el mar a consecuencia de fuerzas volcánicas («Elecciones alemanas», *Roter Aufbau*, octubre de 1930).

No nos cabe duda de que también esta isla posee su historia y su lógica interna.

Según todas las reflexiones anteriores, la alternativa marxista de «naufragio en la barbarie» o «ascensión hacia el socialismo» dependía de si la

estructura ideológica de las capas dominadas responde a su situación económica, o si diverge de ésta, ya sea porque la explotación se soporte pasivamente, como en las grandes sociedades del Asia, ya porque la ideología de la mayoría de los sojuzgados sea contraria a su situación económica, como hoy día en Alemania.

El problema fundamental estriba, pues, en qué es lo que condiciona la divergencia descrita o, dicho de otro modo, qué es lo que impide la consonancia de la situación económica con la estructura psíquica de las masas. Por consiguiente, todo depende de que se capte la naturaleza de la estructura

psicológica de las masas y su relación con la base económica de la que surgió.

Para comprender esto, debemos liberarnos en primer lugar de las concepciones marxistas vulgares que obstruyeron el camino hacia la comprensión del fascismo. Son esencialmente las siguientes:

El marxismo vulgar separa esquemáticamente el ser económico del ser social en general, y afirma que el ser económico determina por sí *solo* y *de modo inmediato* la «ideología» y la «conciencia» de los hombres. Así llega a una contraposición mecanicista de economía e ideología, de «base» y «superestructura»; hace depender la

ideología esquemática y unilateralmente de la economía e ignora que el desarrollo de la economía depende del de la ideología. Por eso se cierra ante el problema de la llamada «repercusión de la ideología». Pese a que habla del «retraso del factor subjetivo» tal cual lo entendía Lenin, en la práctica no puede dominar este retraso porque antes lo hizo surgir unilateralmente de la situación económica, sin buscar en primer lugar las contradicciones de la economía en la ideología y en segundo lugar, sin considerar la ideología como una fuerza histórica.

De hecho, el marxismo vulgar se resiste a captar la estructura y la

dinámica de la ideología, motejándolas de «psicología», que sería «no-marxista», y deja librada la manipulación del factor subjetivo, de lo que se llama la «vida del alma» en la historia, al idealismo metafísico de la reacción política, a los Gentile y a los Rosenberg, que ven en el «espíritu» y en el «alma» los *únicos* motores de la historia, con lo cual, por extraño que parezca, tienen un éxito descomunal. El descuido de *esta* parte de la sociología es un proceder que Marx ya le había criticado en su época al materialismo del siglo XVIII. Para los marxistas vulgares la psicología es *a priori* y en sí un sistema metafísico, y se niega a

separar el carácter metafísico de la psicología reaccionaria de los elementos fundamentales que esclarece la investigación psicológica revolucionaria y que debemos seguir desarrollando.

El marxismo vulgar simplemente niega, en vez de ejercer una crítica productiva, y se siente «materialista» cuando desecha por «idealistas» hechos como «impulso», «necesidad» o «proceso anímico». Al hacerlo, chocan con innumerables dificultades y no cosechan más que fracasos, puesto que en la práctica política se ven obligados constantemente a hacer psicología práctica, hablando de las «necesidades

de las masas», de la «conciencia revolucionaria», de la «voluntad huelguística», etc. Cuanto más niegan la psicología, tanto más se hunden en el psicologismo metafísico o, lo que es peor, en un estéril *couéismo*, por ejemplo explicando una situación histórica a partir de la «psicosis hitleriana», o consolando a las masas al decirles que confíen en ellos, que pese a todo se está avanzando, que la revolución no puede ser vencida, etc. Finalmente se hunden inyectando ánimos quiméricos, sin decir en verdad algo objetivo respecto de la situación, sin comprender lo que realmente ha sucedido. Nunca dejará de ser un

misterio para ellos que jamás habrá una situación sin salida para la reacción política, y que una crisis económica aguda puede llevar tanto a la liberación social como a la barbarie. En vez de deducir su pensamiento y su acción de la realidad social, los marxistas vulgares transforman la realidad en una fantasía que se corresponda con sus deseos.

Nuestra psicología política no puede ser sino la búsqueda de este «factor subjetivo de la historia», de la estructura caracteriológica de los hombres de una época y de la estructura ideológica de la sociedad que ellos forman. No se opone, como lo hacen la psicología reaccionaria y la economía psicologista,

a la sociología de Marx, contraponiéndole una «concepción psicológica» del hecho social, sino que se subordina y se integra, en un punto muy preciso, a esta teoría que hace derivar la conciencia del ser.

La tesis marxista de que lo «material» (el ser) se transforma en la cabeza del hombre en lo «ideal» (la conciencia), y no al revés, como al principio, plantea dos preguntas: primero, *cómo* sucede eso, qué es lo que ocurre «en la cabeza del hombre», y segundo cómo repercute sobre el proceso económico la «conciencia» así generada (de ahora en adelante hablaremos de *estructura psíquica*).

Esta laguna la llena la psicología del análisis del carácter al poner al descubierto aquel proceso en la vida psíquica del hombre, aquel proceso determinado por las condiciones del ser. Por eso la psicología del análisis caracteriológico puede captar ese «factor subjetivo» que los marxistas no llegan a comprender. La psicología política tiene, pues, una tarea bien delimitada. No puede explicar, digamos, el surgimiento de la sociedad de clases o el modo de producción capitalista (en caso de que lo intente, sus resultados son estupideces reaccionarias, como decir que el capitalismo es una manifestación de la codicia de los

hombres). En cambio, tan sólo ella —y no la socioeconomía— está capacitada para investigar cómo se estructura el carácter del hombre de una época, cómo piensa, cómo actúa, cómo se manifiestan en él las contradicciones de su existencia, cómo intenta dominar su vida, etc. Es cierto que ella sólo examina al hombre individual; pero cuando se especializa en la investigación de los procesos psíquicos típicos y *comunes* a una capa, clase, sector de ocupación, etc., descartando las diferencias individuales, se convierte en *psicología de masas*.

En este punto se conecta con una expresión del propio Marx:

Las premisas de las que partimos no son arbitrarias, no son dogmas; son premisas reales de las que sólo se puede uno abstraer en la imaginación. *Son los individuos reales, su acción y sus condiciones materiales de vida*, tanto las halladas cuanto las engendradas por la acción (*La Ideología Alemana*, I).

El propio hombre es la base de su producción material, así como de cualquier otra producción que realiza. Por tanto, todas las circunstancias que afectan al hombre, al sujeto de la producción, modifican en mayor o menor grado todas sus funciones y actividades en su calidad de creador de la riqueza material, de las mercancías. En este sentido puede demostrarse en los hechos que *todas las condiciones y*

> *funciones humanas, de cualquier manera y en cualquier momento en que se presenten, influyen sobre la producción material y repercuten sobre ella de modo más o menos determinante*[4]. (*Teorías sobre la plusvalía*, 1905, I).

Por lo tanto, no innovamos ni revisamos a Marx, como tantas veces nos reprocharon: «*todas* las condiciones» que afectan al hombre, dice Marx; en ese «todas» se incluyen las condiciones del proceso del trabajo, al igual que los logros más personales, más privados y más elevados de la vida impulsiva y del pensar humanos: por ende, también *la vida sexual de las*

mujeres y de los jóvenes y niños, así como el estado de la investigación sociológica de estas circunstancias y su aplicación a nuevos problemas sociales. Hitler ha podido hacer historia con cierta clase de esas «circunstancias que afectan al hombre», y burlándonos de ello no lo hacemos desaparecer. Marx no podía desarrollar una sociología sexual porque en aquel entonces no había una ciencia del sexo. Ahora, hay que integrar en el edificio de la sociología no sólo las condiciones económicas, sino también las de la economía sexual, y destruir la hegemonía de los místicos y metafísicos en este terreno.

Si una «ideología repercute sobre el proceso económico» es porque se ha convertido en una fuerza material. Si una ideología se convierte en fuerza material cuando se apodera de las masas, debemos seguir preguntando: ¿de qué modo sucede eso? ¿De qué modo un estado de cosas ideológico, por ejemplo una teoría, puede producir un efecto material que conmocione la historia? La respuesta a esta cuestión debe ser a la vez la respuesta a la cuestión de la psicología de masas reaccionaria, es decir la eliminación de la «psicosis hitleriana».

La ideología de cada formación social no sólo tiene la función de

reflejar el proceso económico de la sociedad en cuestión, sino sobre todo la de *enraizarlo en las estructuras psíquicas de los hombres de esa sociedad*. Los hombres están sometidos a sus condiciones existenciales por vía doble: directamente, por el influjo inmediato de su situación económica y social, e indirectamente por la estructura ideológica de la sociedad; por tanto, siempre tienen que desarrollar en su estructura psíquica, una contradicción que se corresponde con la existente contradicción entre el influjo de la situación material y el de la estructura ideológica de la sociedad. El obrero está expuesto tanto a su situación laboral

como a la ideología general de la sociedad. Pero dado que los hombres de las diversas capas no son sólo objetos de estos influjos, sino que también los reproducen como hombres *activos*, su pensar y su actuar tiene que ser tan contradictorio como la sociedad de la que surgen. Ahora bien: *una ideología social, al modificar la estructura psíquica de los hombres, no sólo se ha reproducido en el interior de estos hombres, sino que además —y esto es aún más importante—, en la forma del hombre así concretamente modificado y que por lo tanto actúa de modo distinto y contradictorio, esta ideología se ha convertido en fuerza activa, en poder*

material. Así y *solamente* así se explica la repercusión de la ideología de una sociedad sobre la base económica de la que ha surgido. La «repercusión» pierde su carácter aparentemente metafísico o psicologista cuando se la puede captar en su forma funcional como la estructura caracteriológica del hombre que actúa socialmente. Como tal se convierte entonces en objeto de la investigación caracteriológica científica. Adquiere aquí determinada precisión la constatación de que la «ideología» se modifica más lentamente que la base económica. Las estructuras del carácter, que corresponden a determinada situación histórica, se forman en sus

rasgos fundamentales en la primera infancia, y tienen un carácter mucho más conservador que las fuerzas productivas técnicas. De ello resulta que con el tiempo *las estructuras psíquicas van retrasándose respecto del desarrollo de las condiciones sociales que les dieron origen y que evolucionan rápidamente, y entran en conflicto con las formas ulteriores de vida*. Éste es el rasgo fundamental de la llamada «tradición», es decir de la contradicción entre la vieja y la nueva situación social.

3. La propuesta de la psicología de masas

Hasta ahora hemos visto que las situaciones económica e ideológica de las masas no tienen por qué coincidir, y que incluso pueden diverger considerablemente. La situación económica no se traduce inmediata y directamente en conciencia política. Si así fuera, la revolución social ya se habría concretado hace tiempo. Siguiendo esta dicotomía entre la situación social y la conciencia social, el análisis de la sociedad debe seguir dos líneas diferentes: aunque la

estructura se deriva del ser económico, es preciso estudiar la situación económica con un método distinto del que se emplea para estudiar la estructura caracteriológica: aquélla requiere la socioeconomía, ésta la biopsicología. Un ejemplo simple ilustrará lo que estamos diciendo: si los obreros entran en huelga porque su salario ya no les permite vivir, su actuación deriva directamente de su situación económica. Lo mismo vale para el hambriento que roba comida. No es necesaria una ulterior explicación psicológica para comprender el robo por hambre o la huelga como consecuencia de la explotación. En este caso, la ideología y

la acción se corresponden con la presión económica. La situación económica y la ideología coinciden. En este caso la psicología reaccionaria suele querer explicar cuáles son los motivos pretendidamente irracionales por los que se roba o se hace la huelga, lo cual lleva invariablemente a explicaciones reaccionarias. La psicología social, en cambio, se formula la pregunta contraria: lo que hay que explicar no es por qué roba el hambriento o hace huelga el explotado, sino por qué la mayoría de los hambrientos *no* roba y por qué la mayoría de los explotados no entra en huelga. Por tanto, la economía social explica por completo un estado

de cosas social cuando las acciones y las ideas son racionales y adecuadas a su fin, es decir cuando sirven a la satisfacción de las necesidades y reflejan y prolongan directamente una situación económica. En cambio, falla cuando el pensar y el actuar de los hombres se *contradicen* con la situación económica, es decir cuando son *irracionales*. El marxismo vulgar y el economicismo, que rechazan la psicología, se encuentran desarmados frente a este tipo de contradicción. Cuanto más mecanicista y economicista sea la orientación de un sociólogo, cuanto menos conozca la estructura del hombre, tanto más recaerá en el

psicologismo superficial en su práctica de la propaganda de masas. En vez de averiguar y de eliminar la contradicción psíquica en el individuo-masa, se dedica al *couéismo* estéril o explica el movimiento nacionalista a partir de una «psicosis de masas»[5]. Es decir: la problemática de la psicología de masas se aplica precisamente en el punto en que falla la explicación socioeconómica *inmediata*. ¿Es que entonces la psicología de masas se opone a la socioeconomía? No, pues el pensar y el actuar irracionales de las masas, que se contradicen con la situación socioeconómica inmediata, son ellos mismos la consecuencia de una situación

socioeconómica anterior, *más antigua*. Suele explicarse la retardación de la conciencia social a partir de la llamada tradición. Pero hasta ahora no se ha investigado qué es esa «tradición», en qué fenómenos psíquicos se traduce. Hasta ahora el economicismo no se ha dado cuenta de que la cuestión esencial no es la de que el trabajador posea conciencia de su responsabilidad social, ni de cómo la posea (¡eso se sobreentiende!), sino la de averiguar *qué es lo que traba el desarrollo de la conciencia de responsabilidad*.

El desconocimiento de la estructura caracteriológica de los hombres-masa conduce a plantear preguntas

improductivas una y otra vez. Por ejemplo, los comunistas explicaron la toma del poder por parte del fascismo como consecuencia de la política desencaminada de la socialdemocracia. Esta explicación llevaba, en definitivas cuentas, a un callejón sin salida, puesto que la difusión de ilusiones no era sino un rasgo inherente a la socialdemocracia. Por tanto, esta explicación no conduce a una práctica nueva. Igualmente improductiva es la explicación de que la reacción política disfrazada de fascismo habría «obnubilado», «seducido» e «hipnotizado» a las masas. Ésta es y será la función del fascismo mientras

exista. Tales explicaciones son improductivas porque no sugieren solución alguna. La experiencia enseña que revelaciones de este tipo, mil veces repetidas, no convencen a las masas, es decir que no basta el planteo de la cuestión socioeconómica aislada. ¿No es muy natural preguntarse *qué ocurre en el seno mismo de las masas* para que éstas no puedan ni quieran reconocer la función del fascismo? No sirven las respuestas típicas de «ahora los obreros *deben* reconocer…» o «no lo hemos comprendido…». ¿Por qué los obreros no reconocen o por qué no hemos comprendido? También hay que considerar un planteo improductivo por

ejemplo, el que subyacía a la discusión entre la derecha y la izquierda en el movimiento obrero. Las derechas afirmaban que los obreros no estaban dispuestos a luchar, mientras que las izquierdas aseguraban que eso era falso, que los obreros eran revolucionarios y que la afirmación de las derechas significaba una traición al pensamiento revolucionario. Ambos planteos, al representar los dos polos de una opción, eran rígidos y mecanicistas. En realidad, debería haberse comprobado que el obrero medio está sometido a una contradicción y que, por tanto, no es ni inequívocamente revolucionario ni palmariamente conservador, sino que se

encuentra en conflicto: su estructura psíquica se deriva, por una parte, de su situación social, que le prepara para una actitud revolucionaria, y por otra de la atmósfera general de la sociedad autoritaria, que contradice esa actitud.

Es decisivo reconocer esa contradicción y averiguar cómo se manifiesta concretamente en el obrero lo reaccionario y lo progresista y revolucionario. Desde luego, el mismo planteo vale para los sectores medios. Nos resulta evidente que un integrante de estos sectores se rebele contra el «sistema» cuando éste está en crisis. Pero lo que la socioeconomía no logra explicar por sí sola es que, a pesar de

que ya esté económicamente arruinado, sin embargo tema al progreso y se vuelva extremadamente reaccionario. También él lleva en sí una contradicción entre sus sentimientos rebeldes y sus fines y contenidos reaccionarios.

Sociológicamente, no logramos explicar por completo una guerra si sólo descubrimos las leyes económicas y políticas específicas que la determinan *directamente*, como por ejemplo las tendencias anexionistas alemanas que antes de 1914 se dirigían hacia las cuencas mineras de Briey y Longwy, hacia la zona industrial belga, a la ampliación de las posesiones coloniales en el Oriente Próximo, etc.; o los

intereses del imperialismo hitleriano en la Segunda Guerra Mundial sobre los yacimientos petrolíferos de Bakú, las instalaciones industriales de Checoslovaquia, etc. Los intereses económicos del imperialismo alemán fueron el factor decisivo *inmediato*, pero también tenemos que darle su sitio a la *base psicológica de las masas*, debemos preguntarnos por qué las masas llegaron a estar en condiciones psicológicas de absorber la ideología imperialista y de traducir en los hechos las consignas imperialistas, en flagrante contradicción con la mentalidad pacífica y apolítica de la población alemana. No basta con responder que ello fue posible

gracias a la «capitulación de los dirigentes de la Segunda Internacional». *¿Por qué millones de trabajadores liberales y antiimperialistas se dejaron traicionar?* Sólo en una minoría puede tenerse en cuenta el miedo a las consecuencias de negarse a prestar el servicio militar. Quien haya participado de la movilización de 1914 sabe que hubo actitudes diversas en las masas trabajadoras, comenzando por un rechazo consciente en una minoría, pasando por una extraña resignación ante el destino a una apatía entre capas muy amplias, hasta llegar a un vivo entusiasmo bélico no sólo entre los sectores medios, sino incluso entre

numerosos círculos de obreros industriales. No cabe duda de que tanto la apatía de unos como el entusiasmo de otros eran fundamentos estructurales de masas para la guerra. Esta función de la psicología de masas en ambas guerras mundiales sólo puede entenderse desde el punto de vista de que la *ideología imperialista modificó las estructuras de las masas trabajadoras concretamente en el sentido del imperialismo*. No pueden explicarse las catástrofes sociales etiquetándolas como «psicosis de guerra» o como «obnubilación de las masas». Creer que las masas son susceptibles de una mera obnubilación significa tener una muy

baja opinión sobre ellas. En realidad, *todo orden social produce en las masas que lo forman las estructuras* necesarias *para alcanzar sus fines principales*[6]. Sin estas estructuras psicológicas de masas la guerra sería imposible. Existe una importante relación entre la estructura económica de la sociedad y la estructura psicológica de sus miembros; no sólo en el sentido de que las ideologías dominantes son las de la clase dominante, sino —lo que es más importante para la solución de problemas prácticos en política— en el de que también las *contradicciones* de la estructura económica de una sociedad

están enraizadas en las estructuras psicológicas de las masas oprimidas. De otro modo, sería impensable que las leyes económicas de una sociedad no consiguieran llegar a una eficacia concreta más que a través de la acción de las masas sometidas a sus leyes.

Los movimientos liberales alemanes no ignoraban la importancia del llamado «factor subjetivo de la historia» (a diferencia del materialismo mecanicista, Marx concibe al hombre en principio como sujeto de la historia y Lenin desarrolla especialmente este aspecto del marxismo); lo que faltaba era la *comprensión del actuar irracional, inadecuado*, dicho de otro modo de *la*

divergencia entre la economía y la ideología. Debemos ser capaces de explicar cómo fue posible que la mística venciera a la sociología científica. Y nuestra tarea sólo tendrá sentido si nuestro planteo es de una naturaleza tal que de su respuesta surja espontáneamente una nueva práctica. Si el trabajador no es inequívocamente reaccionario ni revolucionario, sino que se halla en una contradicción entre inclinaciones reaccionarias y revolucionarias, el descubrimiento de esta contradicción debe generar necesariamente una práctica que oponga las fuerzas psíquicas revolucionarias a las conservadoras. Toda mística es

reaccionaria, y el hombre reaccionario es místico. Si nos burlamos de la mística, calificándola de «ofuscación» o de «psicosis», y no la explicamos, no obtendremos ninguna medida práctica para combatirla. Pero si la captamos correctamente, por fuerza surgirá un antídoto contra ella. Para hacer frente a esta tarea debemos comprender, hasta donde nuestros medios cognoscitivos nos lo permitan, las relaciones entre la situación social y la formación estructural, y en especial las ideas *irracionales* que no tienen una explicación socioeconómica inmediata.

4. La función social de la represión sexual

Ya a Lenin le había llamado la atención el comportamiento extraño e irracional de las masas antes de las sublevaciones o durante el desarrollo de éstas, Éste es un relato sobre las revueltas de soldados en Rusia en 1905:

> El soldado estaba lleno de simpatía por la causa del campesino; sus ojos relucían con la mera mención del campo. A menudo el poder sobre las tropas había caído en manos de los soldados, pero casi nunca hubo un aprovechamiento pleno de ese poder; los soldados vacilaban; unas horas

> después de haber dado muerte a un superior odiado dejaban a los demás en libertad, entablaban negociaciones con las autoridades, y luego se dejaban matar y azotar, y aceptaban de nuevo el yugo… (*Sobre la religión*).

Cualquier místico explicará tal actitud por la naturaleza moral perenne del hombre, la cual impediría una rebelión contra las instituciones divinas, la «autoridad del Estado» y sus representantes; el marxista vulgar pasa por alto tales fenómenos, y tampoco tendría capacidad para comprenderlos ni para explicarlos, porque no pueden explicarse directamente a partir de la economía. El punto de vista freudiano ya

se acerca mucho más al hecho real cuando reconoce en esa actitud la acción de un sentimiento de culpa ante figuras paternas proveniente de la infancia de los hombres. Pero no nos ofrece una información sobre el origen y la función sociológica de ese comportamiento y, por tanto, tampoco nos conduce a una solución práctica. Asimismo, no toma en cuenta sus relaciones con la represión y la distorsión de la vida sexual de las masas.

Para abordar el análisis de los fenómenos psicológicos *masivos* de tipo irracional, es necesario echar una breve ojeada a los problemas que plantea la *economía sexual*, que tratamos en

detalle en otras partes.

La *economía sexual* es una línea de investigación que está formándose desde hace muchos años a partir de la sociología de la vida sexual humana por la aplicación del funcionalismo a este terreno, y que dispone de una serie de comprobaciones novedosas. Parte de los siguientes supuestos:

Marx halló que la vida social está dominada por las condiciones de la producción económica y por las luchas de clases que surgen de aquéllas en un determinado momento histórico. Sólo en pocas oportunidades los dueños de los medios de producción sociales se sirven de la violencia brutal para dominar a la

clase oprimida; su arma principal es el poder ideológico que mantienen sobre los oprimidos y que fortalece considerablemente al aparato del Estado. Ya sabemos que Marx veía en el hombre vivo y productor, con sus atributos psíquicos y físicos, la primera condición de la historia y de la política. Marx no investigó la estructura del carácter del hombre que actúa, el llamado «factor subjetivo de la historia» en sentido marxista, porque Marx era un sociólogo, no un psicólogo, y porque en aquella época no existía una psicología científica. No hubo respuesta que explicara por qué los hombres permiten que se les explote y se les degrade

moralmente, es decir por qué aceptan ser esclavos; se había descubierto sólo cuál era el proceso económico de la sociedad y el mecanismo de la explicación económica.

Apenas medio siglo después y empleando un método especial al que llamaba *psicoanálisis*, Freud descubrió el proceso que domina la vida anímica. Sus descubrimientos más importantes, que causaron estragos en una larga serie de antiguos conceptos y que lo revolucionaron —lo cual le atrajo al principio el odio de todo el mundo— son los siguientes:

La conciencia no es más que una pequeña parte de la vida psíquica; es

gobernada por procesos psíquicos inconscientes y por tanto incontrolables por la conciencia: todo acontecimiento psíquico —aunque parezca totalmente carente de sentido, como el sueño, los actos fallidos, las declaraciones absurdas de los psicópatas y de los alienados, etc.— tiene una función y un «sentido» perfectamente comprensibles si se consigue insertarlo en la historia del desarrollo de la persona en cuestión. Gracias a este descubrimiento, la psicología, que hasta entonces había vegetado como una especie de física del cerebro («mitología del cerebro») o como la teoría de un misterioso espíritu objetivo, pasó a ocupar un lugar entre

las ciencias naturales.

El *segundo* gran descubrimiento fue el constatar que ya el niño pequeño desarrolla una sexualidad muy activa y que nada tiene que ver con la reproducción, es decir que *sexualidad* y *reproducción*, lo *sexual* y lo *genital*, no son lo mismo; la disección analítica de los procesos psíquicos demostró, por otra parte, que la sexualidad o, mejor dicho, su energía, la *libido*, que tiene un origen somático, es el motor central de la vida psíquica. Los presupuestos biológicos y las condiciones sociales de la vida se encuentran, pues, en la vida psíquica.

El *tercer* gran descubrimiento fue

que la sexualidad infantil, de la que también forma parte lo esencial de la relación hijo-padres («complejo de Edipo»), es reprimida por lo general por el miedo al castigo asociado a los actos y pensamientos sexuales (se trata fundamentalmente de la «angustia de castración»); se la excluye de la acción y se la borra de la memoria. Por tanto, la represión de la sexualidad infantil la sustrae del dominio de la conciencia, pero no le quita su fuerza, sino que por el contrario la aumenta y de este modo le permite manifestarse en las diversas perturbaciones patológicas de la vida psíquica. Dado que esta regla se aplica prácticamente sin excepción a todos los

«hombres civilizados», Freud podía afirmar que su paciente era la humanidad entera.

El *cuarto* descubrimiento importante en este contexto fue que las instancias, morales en el hombre, lejos de tener un origen supraterrenal, derivan de las medidas educativas que los padres y sus representantes toman en la más tierna infancia del niño. En el centro de estas medidas educativas se encuentran las que se dirigen contra la sexualidad del niño. El conflicto que originariamente se desarrolla entre los deseos del niño y las prohibiciones de los padres prosigue luego *en el interior* de la persona como conflicto entre los impulsos y la moral.

Las instancias morales, ellas mismas inconscientes, actúan en el adulto contra sus conocimientos de las leyes de la sexualidad y de la vida psíquica inconsciente; favorecen la represión sexual («resistencia sexual») y explican la resistencia de todo el mundo a la puesta «al descubierto» de la sexualidad infantil.

La mera existencia de cada uno de estos descubrimientos (hemos citado sólo los más relevantes) asestó un rudo golpe a la filosofía de la moral reaccionaria y muy especialmente a la metafísica religiosa, las cuales defienden valores morales eternos, afirman que el mundo está dominado por

un espíritu objetivo y niegan la sexualidad infantil, al mismo tiempo que restringen la adulta a la función reproductora. Tales descubrimientos no pudieron desplegar sus efectos porque la sociología psicoanalítica que se basó sobre ellos les arrebató en gran medida su contenido progresista y revolucionario. No es éste el momento de demostrarlo. La sociología analítica intentó analizar la sociedad como a un individuo, estableció una oposición absoluta entre el proceso cultural y la satisfacción sexual, interpretó los instintos destructores como hechos biológicos originarios que dominan inevitablemente el destino humano, negó

la existencia de una era matriarcal primitiva y desembocó en un escepticismo paralizante, porque temía las consecuencias de sus propios descubrimientos. Desde hace mucho tiempo ha adoptado una actitud hostil frente a los que hacen este análisis, y sus representantes son consecuentes consigo mismos cuando luchan contra estas tentativas. Pero esto no cambia en nada en el hecho de que estemos decididos a defender los grandes descubrimientos de Freud ante cualquier ataque, venga de donde viniere.

Los planteos de la sexo-economía social que ha partido de esos descubrimientos no es uno de los

intentos habituales de completar, sustituir o mezclar a Marx con Freud o a Freud con Marx. Antes hemos señalado en qué punto del materialismo histórico el psicoanálisis debe cumplir una función científica que la economía social es incapaz de asumir: a la hora de comprender la estructura y la dinámica de la ideología, pero no de captar su trasfondo histórico. Al incluir los conocimientos de la psicología, la sociología alcanza un nivel más elevado y puede dominar mucho mejor la realidad, porque por fin se comprende al hombre en su estructura. Sólo el político limitado podría reprocharle a la psicología analítica estructural del

carácter el hecho de que no pueda brindar de inmediato unos consejitos prácticos. Sólo un politicastro la rechazará en bloque con la excusa de que está afectada por todas las distorsiones de una concepción conservadora de vida. El sociólogo auténtico le reconocerá como hecho científico revolucionario el haber comprendido la sexualidad infantil.

De ahí que la ciencia de la economía sexual social, que se basa sobre el fundamento *sociológico* de Marx y el *psicológico* de Freud, sea a la vez esencialmente una psicología de masas y una sociología sexual. Comienza allí donde termina la problemática clínico-

psicológica del psicoanálisis tras el rechazo de la filosofía de la cultura de Freud[7].

El psicoanálisis nos revela los efectos y mecanismos de la supresión y represión sexuales, y los detalles de sus consecuencias patológicas. La economía sexual social va más allá: *¿por qué motivo sociológico la sociedad suprime y el individuo reprime la sexualidad*? La Iglesia responde: para lograr la salvación del alma en el más allá; la filosofía mística de la moral: por la inmutable naturaleza ético-moral del hombre; la filosofía cultural freudiana dice: en interés de la «cultura». Uno se siente escéptico y se pregunta de qué

modo el onanismo de los niños de corta edad y las relaciones sexuales entre los adolescentes pueden afectar la instalación de gasolineras y la fabricación de aviones. Comenzamos a sospechar que no es la actividad cultural en sí, sino que son las *formas* actuales de dicha actividad las que exigen esa represión, y estaríamos dispuestos a sacrificar las formas de buena gana si con ello pudiera eliminarse el inmenso malestar de los niños y de los adolescentes. El problema no es entonces cultural, sino de orden social. Si examinamos la historia de la supresión de la sexualidad y el origen de la represión sexual, hallaremos que no

nacen con el desarrollo cultural, que no son prerrequisitos para el nacimiento de la cultura, sino que han comenzado a formarse relativamente tarde, con la instauración del patriarcado autoritario y el inicio de la división en clases. Los intereses sexuales de todos los hombres comienzan a servir a los intereses de beneficio económico de una minoría; este hecho ha ido adoptando una forma organizativa fija bajo la forma del matrimonio y de la familia patriarcales. Con la restricción y represión de la sexualidad se modifica la sensibilidad del hombre; surge la religión que niega la sexualidad y que, poco a poco, instala su propia organización de política

sexual: la Iglesia con todos sus precursores, cuyo objetivo no es otro que el de la eliminación del placer sexual de la humanidad y, por tanto, de la escasa felicidad existente sobre la tierra. Esto tiene su buen sentido sociológico relacionado con la desde entonces floreciente explotación de la fuerza humana de trabajo.

Para comprender esta relación es necesario comprender la institución social nuclear en la que se entrelazan las situaciones económica y sexo-económica de la sociedad patriarcal-autoritaria. Resulta imposible entender la economía sexual y el proceso ideológico del patriarcado sin tener en

cuenta esa institución. El psicoanálisis de los hombres de cualquier edad, país y capa social da por resultado que *la conjunción de las estructuras socioeconómicas y sexual de la sociedad, así como su reproducción estructural, tiene lugar durante los cuatro a cinco primeros años de vida y en la familia autoritaria*. La Iglesia no hará más que perpetuar esa función. Así, el Estado autoritario adquiere un inmenso interés en la familia autoritaria: *ella se ha convertido en su fábrica estructural e ideológica*.

Hemos hallado, pues, la institución en la que se entrelazan los intereses sexuales y económicos del sistema

autoritario. Ahora debemos preguntarnos *cómo* se produce este entrelazamiento y cuál es su mecanismo. También para esto tiene una respuesta el análisis de la estructura caracteriológica típica del hombre reaccionario (incluida la del trabajador), respuesta que, claro está, sólo aparece si se incluyen tales cuestiones en el análisis del carácter: la inhibición moral de la sexualidad *genital* del párvulo, lo vuelve temeroso, tímido, sumiso, obediente, en suma, «bueno» y «dócil» en el sentido autoritario; puesto que de ahora en adelante todo impulso vital y libre está cargado de una fuerte dosis de angustia, esa limitación paraliza las fuerzas

rebeldes en el hombre y reduce su capacidad de pensamiento y de crítica, imponiéndole la prohibición de pensar en las cosas sexuales; en una palabra, su objetivo es la conformación de un súbdito adaptado al orden autoritario, que lo tolera pese a todas las miserias y humillaciones. Como primer grado de esta adaptación, el niño atraviesa el estado autoritario en miniatura que es la familia, cuyas estructuras tiene que aceptar a fin de poder integrarse más tarde en el marco del orden social general. Hay que comprender claramente que *la estructuración autoritaria del hombre se produce centralmente por el enraizamiento de inhibiciones y*

angustias sexuales en el material vivo de los impulsos sexuales.

Si consideramos el ejemplo de la mujer conservadora, esposa de un trabajador medio, podremos comprender de inmediato por qué la familia es considerada por la economía sexual como el lugar más importante para la reproducción del sistema social autoritario. Esta mujer sufre la misma miseria que una trabajadora liberal y está sometida, por tanto, a la misma situación económica, pero vota a los fascistas; si además examinamos la diferencia real que en materia de ideología sexual existe entre la mujer liberal media y la mujer reaccionaria

media, nos daremos cuenta de la importancia decisiva de la estructura sexual: la inhibición moral antisexual impide a la mujer conservadora tomar conciencia de su situación social y la ata a la Iglesia con la misma fuerza con que le hace temer el «bolchevismo sexual». Desde el punto de vista teórico la situación es la siguiente: el marxista vulgar supondrá, dentro de su pensamiento mecanicista, que la comprensión de la situación social debería ser especialmente aguda cuando a la miseria económica se añade la sexual. Según esta suposición, la masa de los jóvenes y la de las mujeres deberían ser mucho más rebeldes que la

de los hombres. La realidad muestra justamente lo contrario, frente a lo cual el economista no sabe dar una respuesta. Le resultará incomprensible que la mujer reaccionaria no desee ni siquiera enterarse del programa económico que él ha elaborado. La explicación es la siguiente: la represión de las necesidades materiales más groseras no produce el mismo efecto que la de las necesidades sexuales. La primera lleva a la rebelión, mientras que la segunda, dado que somete las exigencias sexuales a la inhibición, que las sustrae a la conciencia, que se ancla interiormente bajo la forma de la defensa moral, impide la concreción de la rebelión

contra *ambas* formas de opresión. Hasta la propia inhibición de la rebelión es inconsciente. En el hombre medio apolítico no encontramos ni siquiera los atisbos de una conciencia de esa inhibición.

El resultado es el conservadurismo, el miedo a la libertad, incluso una mentalidad reaccionaria.

La represión sexual fortalece la reacción política no sólo a través del proceso descrito, que pasiviza y despolitiza a los hombres-masa; también crea en la estructura del hombre una fuerza secundaria, un interés artificial que le hace apoyar de modo activo el orden autoritario. Pues cuando el

proceso de la represión sexual excluye la sexualidad de sus vías naturales de satisfacción, la sexualidad transita diversos caminos de satisfacción sustitutiva. Por ejemplo, la agresión natural se eleva a un sadismo brutal, que constituye una parte esencial de la psicología de masas de la guerra que ponen en escena unos pocos para satisfacer intereses imperialistas. Para citar otro ejemplo: el efecto del militarismo descansa esencialmente, desde el punto de vista de la psicología de las masas, en un mecanismo libidinal: el efecto sexual del uniforme, la excitación erótica de los desfiles causada por la perfección del

movimiento rítmico, el carácter exhibicionista de la pose militar, han sido hasta ahora más accesibles a una criada o a una empleada media que a nuestros políticos más cultos. La reacción política, en cambio, se sirve conscientemente de estos intereses sexuales. No sólo crea vistosos uniformes para que los hombres puedan pavonearse, sino que además confía el reclutamiento a mujeres atractivas. Recordemos finalmente los carteles publicitarios de las potencias beligerantes, que tienen más o menos el siguiente contenido: «Si quieres conocer el extranjero, alístate en la Marina Real»; el extranjero es representado por

mujeres exóticas. ¿Por qué estos carteles son eficaces? Porque nuestra juventud, a consecuencia de la restricción sexual, tiene hambre sexual.

Tanto la moral sexual que obstruye la voluntad de libertad, como las fuerzas que les hacen el juego a los intereses autoritarios, obtienen su energía de la sexualidad reprimida. Ahora podemos comprender mejor una parte medular del proceso de la «repercusión de la ideología sobre la base económica»: *la inhibición sexual crea en el hombre oprimido económicamente modificaciones estructurales, de modo que actúa, siente y piensa en contra de sus intereses materiales*.

La observación de Lenin encuentra de este modo su confirmación e interpretación en la psicología de masas. Los soldados de 1905 veían inconscientemente en los oficiales a los padres de su infancia, condensados en la idea de Dios, a esos padres que reprimían la sexualidad y a los que entonces no se podía matar —ni se estaba en condiciones de hacerlo—, pese a que le destruyeran a uno la alegría de vivir. Su arrepentimiento y sus vacilaciones después de la toma del poder eran la expresión del odio transformado en su contrario: compasión. Por tanto, el odio no podía traducirse en acciones.

El problema práctico de la psicología de masas es, pues, la activación de la mayoría pasiva de la población, que siempre ayuda a que triunfe la reacción política, y la eliminación de aquellas trabas que actúan en contra del desarrollo de los anhelos de libertad que fluyen de la situación socioeconómica. Si se las liberara de sus ataduras y se la canalizara hacia los objetivos racionales del movimiento de liberación, las energías psíquicas de una masa media que vibra ante el espectáculo de un partido de fútbol o de una opereta cursi serían incontenibles. Éste es el punto de partida del siguiente análisis sexo-

económico.

2

LA IDEOLOGÍA DE LA FAMILIA AUTORITARIA EN LA PSICOLOGÍA DE MASAS DEL FASCISMO

1. El Führer y la estructura de masas

Si la historia del proceso social dejara tiempo a los historiadores reaccionarios para después de unos decenios realizar consideraciones sobre el pasado de Alemania, sin duda verían en el éxito de Hitler en los años de 1928 a 1933 la confirmación de que sólo los grandes hombres hacen la historia, inflamando a las masas con «sus ideas»: la propaganda nacionalsocialista se basaba, en efecto, sobre esta «ideología del Führer». Los propagandistas del nacionalsocialismo no conocían mejor

el mecanismo de su éxito que el terreno histórico en el que su movimiento pudo desarrollarse. El nacionalsocialista Wilhelm Stapel era, pues, perfectamente consecuente al escribir en su obra *Christentum und Nationalsozialismus* ([Cristianismo y nacionalsocialismo], editorial Hanseatische Verlagsanstalt): «Dado el *carácter elemental* del movimiento nacionalsocialista, no se le puede atacar con "argumentos". Los argumentos sólo tendrían un efecto si el movimiento hubiera crecido con ayuda de argumentos». De acuerdo con esta característica, los discursos de los mítines nacionalsocialistas se destacaban por un hábil manejo de los

sentimientos de los individuos integrados en la masa y por *evitar, en la medida de lo posible, toda argumentación objetiva*. En su libro *Mein Kampf* (Mi lucha), Hitler subraya en varios pasajes que la táctica correcta en materia de psicología de masas es renunciar a toda argumentación y presentar a las masas invariablemente sólo la «gran meta final». Qué era lo que quedaba de esta meta final *después* de la toma del poder quedó muy claramente mostrado en el fascismo italiano, del mismo modo que los decretos de Goering contra las organizaciones económicas de las clases medias, la renuncia a la «segunda revolución»

esperada por los partidarios, la no concreción de las medidas socialistas prometidas, etc., revelaban ya la función reaccionaria del fascismo. El siguiente pasaje nos muestra hasta qué punto el propio Hitler desconocía el mecanismo de sus éxitos:

> Sólo esta gran línea, que no deberá abandonarse jamás, permitirá que madure el éxito definitivo, con tal de que se la mantenga siempre y con igual énfasis. Luego, empero, podrá comprobarse con asombro a qué resultados inmensos, *apenas comprensibles*, se llega gracias a esta perseverancia. (*Mein Kampf*, pág. 203). (Bastardilla de W. R.)

El éxito de Hitler, por tanto, de ningún modo puede explicarse a partir de su papel reaccionario en la historia del capitalismo, pues si la propaganda hubiera confesado abiertamente semejante papel, habría logrado lo contrario al objetivo propuesto. La investigación del efecto de Hitler sobre la psicología de masas debía partir del supuesto de que un líder o el representante de una idea sólo podía tener éxito (no un éxito histórico, pero al menos uno pasajero), *si sus concepciones personales, su ideología o su programa estaban en armonía con la estructura media de una amplia capa de individuos integrados en la masa*. Se

plantea, además, la pregunta ulterior de *cuál es la situación histórica y sociológica en la que surgen de la masa estas estructuras*. De este modo, los términos del problema de la psicología de masas se trasladan de la metafísica de las «ideas del Führer» a la realidad de la vida social. *Un Führer sólo puede hacer la historia si la estructura de su personalidad coincide con las estructuras de los individuos de amplios sectores de las masas*. La cuestión de si los rumbos que marca son *definitivos* o sólo *pasajeros* depende exclusivamente del hecho de que su programa coincida o se oponga al avance del proceso social. Por eso el

intento de explicar el éxito de Hitler solamente a partir de la demagogia de los nacionalsocialistas, de la «obnubilación de las masas», de su «desorientación», o incluso del concepto vago y vacuo de la «psicosis nazi», como lo hicieron los comunistas y más tarde otros políticos, induce a error. De lo que se trata precisamente es de comprender por qué las masas pudieron ser *obnubiladas, confundidas y llevadas a una situación psicótica*. No puede resolverse el problema sin un conocimiento acabado de *lo que ocurre en el seno de las masas*. No basta la indicación del papel reaccionario del movimiento hitleriano, pues el éxito

masivo del NSDAP se contradecía con su papel reaccionario. Millones de personas aprobaron su propia opresión, y esta contradicción no pueden explicarla la política o la economía, sino solamente la psicología de masas.

Según las clases a las que se dirigía, el nacionalsocialismo se servía de métodos diversos, y formulaba las promesas en función de la capa social a la que necesitaba en cada oportunidad. En la propaganda de la primavera de 1933, por ejemplo, se destacaba el carácter *revolucionario* del movimiento nazi, puesto que quería ganarse a los obreros industriales, y se «celebró» el 1.º de mayo tras haber satisfecho en

Potsdam a la nobleza. Si de ello se dedujera que el éxito político sólo puede lograrse mediante el engaño, se entraría en contradicción con la idea fundamental de libertad y se estaría negando en la práctica la posibilidad de la revolución social. La pregunta básica es la siguiente: *¿por qué las masas se dejan engañar en materia política?* Tenían todas las posibilidades de juzgar la propaganda de los diversos partidos. ¿Por qué no descubrieron que Hitler prometía a los obreros la expropiación de los medios de producción y a los capitalistas, al mismo tiempo, garantías contra la expropiación?

La estructura personal de Hitler y su

biografía no tienen ninguna importancia para la comprensión del nacionalsocialismo. Sin embargo, es importante comprobar que el origen pequeñoburgués de sus ideas coincidía en lo esencial con las estructuras de las masas que tan buena acogida dieron a estas ideas.

Como todo movimiento reaccionario, el de Hitler se apoyaba en las diversas capas de la pequeña burguesía. El nacionalsocialismo evidenciaba todas las contradicciones que caracterizan a la psicología de masas de la pequeña burguesía. Se tratará, pues, de comprender en primer lugar las contradicciones mismas y, en

segundo de llegar a conocer el origen común de estas contradicciones que surgen todas de las condiciones de la producción imperialista. Por nuestra parte, nos limitaremos a las cuestiones relacionadas con la ideología *sexual*.

2. Los orígenes de Hitler

El líder de los sectores medios alemanes rebeldes era, a su vez, hijo de un funcionario. El propio Hitler ha relatado un conflicto por el que debió pasar, típico de la estructura de masas pequeñoburguesa. Su padre quería que él fuera funcionario, pero Hitler se rebeló contra el plan paterno, decidió no seguirlo «bajo ningún concepto», se hizo pintor y cayó en la miseria. Pero fuera de esta rebelión, el respeto y el reconocimiento de la autoridad paterna persistieron inalterados. Esta postura ambivalente con respecto a la autoridad:

rebelión contra la autoridad con una simultánea aceptación y sumisión, es un rasgo esencial de toda estructura pequeñoburguesa en el paso de la pubertad a la adultez plena, y se hace más patente cuando las condiciones materiales de vida son difíciles.

Al hablar de su madre, Hitler se vuelve muy sentimental. Nos asegura que la única vez que lloró en su vida fue cuando murió su madre. Su rechazo de la sexualidad y su idealización neurótica de la maternidad se desprenden claramente de su teoría racial y de su teoría sobre la sífilis (cf. el capítulo siguiente).

Cuando era un joven nacionalista,

Hitler, que vivía en Austria, decidió luchar contra la dinastía austríaca, que «entregaba la patria alemana a la eslavización». En su polémica contra los Habsburgo, Hitler dio una notable importancia al hecho de que algunos miembros de la dinastía fueran sifilíticos. Esto no nos llamaría la atención si no fuera porque la idea del «envenenamiento del cuerpo del pueblo» y toda su postura en la cuestión de la sífilis reaparecían una y otra vez, y porque después de la toma del poder constituyeron una parte central de la política interior.

Al principio Hitler simpatizó con la socialdemocracia porque luchaba por el

sufragio universal y secreto, que podía llevar a un debilitamiento del «régimen de los Habsburgo» odiado por él. Pero le repugnaban la exaltación de las clases, la negación de la nación, de la autoridad del Estado, del derecho a la propiedad de los medios de producción, de la religión y de la moral. El impulso decisivo de su separación de la socialdemocracia lo dio la invitación de que fue objeto en la empresa constructora donde trabajaba para que se afiliase al sindicato. Fundamentó su rechazo diciendo que por primera vez había comprendido el papel de la socialdemocracia.

Bismarck se convirtió entonces en su

ideal, porque había gestado la unificación de la nación alemana y combatido a la dinastía austríaca. El antisemita Lueger y el alemán nacionalista Schönerer determinaron decisivamente el desarrollo ulterior de Hitler, quien desde entonces partió de objetivos nacionalistas-imperialistas que pensaba concretar con medios distintos y más adecuados que los que empleaba el viejo nacionalismo «burgués». *La elección de estos medios fue consecuencia del reconocimiento del poder del marxismo organizado, del reconocimiento de la importancia de la masa para cualquier movimiento político.*

Tan sólo cuando a la concepción de mundo internacionalista —conducida políticamente por el marxismo organizado— se le oponga otra nacional, organizada y conducida con el mismo grado de unidad que aquélla, con igual energía de lucha, el éxito se inclinará a favor del lado de la verdad eterna.

La clave del éxito de la concepción del mundo internacionalista fue su representación a través de un partido político organizado como las secciones de asalto; lo que hasta ahora ha hecho fracasar a la concepción de mundo contraria era la carencia de una representación unitaria de la misma. Una concepción del mundo no puede luchar y vencer con la libertad ilimitada de interpretación de una concepción general, sino sólo en la forma limitada y

por ello sintetizadora de una organización política (*Mi lucha*).

Hitler había reconocido tempranamente la inconsecuencia de la política socialdemócrata y la impotencia de los antiguos partidos burgueses, incluido el Partido Nacional Alemán.

Pero todo esto era la consecuencia obligada de la ausencia de una nueva cosmovisión fundamental y opuesta al marxismo, animada de una apasionada voluntad de conquista (*op. cit.*).

Cuanto más reflexionaba entonces sobre la necesidad de un cambio de actitud de los gobiernos nacionales respecto de la socialdemocracia, en tanto que encarnación actual del

marxismo, tanto más reconocía la carencia de un sustituto válido para esta doctrina. ¿Qué podíamos ofrecerles a las masas en el caso hipotético de un hundimiento de la socialdemocracia? No había ni un solo movimiento capaz de atraer a sus filas a las inmensas masas de trabajadores que habrían quedado más o menos desprovistas de dirigentes. No tiene sentido y es más que tonto creer que los fanáticos separados del partido de clase ingresarían inmediatamente en un partido burgués, es decir en otra organización de clase (*op. cit.*).

Los partidos «burgueses», como se llaman a sí mismos, ya no atraerán nunca más a su campo a las masas «proletarias», porque aquí se enfrentan dos mundos separados por fronteras en

parte naturales y en parte artificiales, cuyo estado de comportamiento mutuo no puede ser sino la lucha. Pero quien obtendrá la victoria no podrá ser sino el más joven… que en este caso es el marxismo (*op. cit.*).

El antisovietismo fundamental del nacionalsocialismo se manifestó muy tempranamente:

> Si queremos tierra en Europa, en general sólo podemos obtenerla a costa de Rusia, y el nuevo Reich debería volver a transitar el camino de los caballeros de la Orden, para que la espada alemana le dé la gleba al arado alemán y el pan de cada día a la nación (*op. cit.*).

De este modo, Hitler debe

plantearse las siguientes preguntas: ¿Cómo se puede hacer triunfar la idea nacionalsocialista? ¿Cómo se puede combatir eficazmente al marxismo? ¿Cómo tener acceso a las masas?

Con este fin, Hitler apela a los sentimientos *nacionalistas* de las masas, pero decide organizar el movimiento como el marxismo, sobre una base de masas, desarrollar una técnica propagandística propia y llevarla a cabo de modo consecuente.

Su propósito, por lo tanto —y así lo confiesa abiertamente—, es imponer el imperialismo nacionalista con métodos tomados del marxismo y de su técnica de organización de masas. *Que el éxito*

coronara a esta organización de masas es un hecho que se debe a las masas y no a Hitler. Su propaganda pudo echar raíces debido a la estructura autoritaria y temerosa de la libertad de los hombres. Por eso la importancia sociológica de Hitler no reside en su personalidad, sino en la significación que le otorgan *las masas*. Y el problema era tanto más candente por cuanto Hitler sentía un profundo desprecio por las masas mediante las cuales quería imponer su imperialismo. Bástenos con citar *una* sola confesión sincera:

> La mentalidad del pueblo nunca ha sido otra cosa que la manifestación de lo que se ha hecho deglutir desde arriba

a la opinión pública (*op. cit.*).

¿Cuál era la conformación de las estructuras de la masa, para que pese a todo estuviera dispuesta a absorber la propaganda de Hitler?

3. La psicología de masas de la pequeña burguesía

Decíamos que el éxito de Hitler no se explica ni por su «personalidad» ni por el papel objetivo que ha jugado su ideología en el capitalismo en descomposición. Ni tampoco por una «obnubilación» de las masas que lo seguían. La cuestión central es para nosotros averiguar *qué sucedía en el seno de las masas para que se convirtieran en seguidores de un partido cuyos fines eran objetiva y subjetivamente antagónicos a los intereses de las masas trabajadoras*.

Para responder a esta cuestión hay que recordar, en primer término, que el movimiento nacionalsocialista se apoyaba en su primer despegue exitoso en las amplias capas de las llamadas clases medias, es decir en los millones de empleados y funcionarios, en los comerciantes medios y en el campesinado medio y pequeño. *Desde el punto de vista de su composición social, el nacionalsocialismo era originariamente un movimiento pequeñoburgués doquiera que entrara en escena*, ya fuera en Italia, en Hungría, en Argentina o en Noruega. Por tanto, esta pequeña burguesía, que antes militaba en las filas de los diversos

partidos democráticos pequeñoburgueses, debía de haber sufrido una transformación interna que le hacia modificar su ubicación política. La situación social y su correspondiente estructura psicológica de la pequeña burguesía explican tanto las semejanzas fundamentales como las diferencias entre las ideologías burguesa-liberal y fascista.

La pequeña burguesía fascista es la misma que la democrática liberal, sólo que en otro período histórico del capitalismo. En los años electorales de 1930 a 1932, el nacionalsocialismo creció casi exclusivamente a expensas del Partido Nacional Alemán, del

partido de la economía y de las pequeñas agrupaciones minoritarias del Reich alemán. Sólo el centro católico mantuvo sus posiciones incluso en las elecciones de Prusia en 1932. Tan sólo en esas elecciones el nacionalsocialismo pudo ganar terreno entre las masas de obreros industriales. Pero las clases medias siguieron siendo la columna vertebral de la cruz gamada. En la más grave conmoción económica del sistema capitalista (1929-1932) desde su origen, las clases medias entraron en la escena política bajo la forma del nacionalsocialismo y detuvieron la transformación revolucionaria de la sociedad. La

reacción política percibía claramente la importancia de esta función de la pequeña burguesía: «Las clases medias tienen una importancia decisiva para la existencia de un estado», rezaba un panfleto del Partido Nacional Alemán del 8 de abril de 1932.

Después del 30 de enero de 1933, comenzó a darse una gran importancia en las izquierdas a la discusión del papel de las clases medias. Hasta esa fecha no se le había dado la importancia necesaria, porque los espíritus se hallaban cautivados por la evolución de la reacción política, por el régimen autoritario, y porque la problemática *psicológica de las masas* no era

asumida por los políticos. Después del 30 de enero, la «rebelión de las clases medias» comenzó a pasar en algunos sitios a primer plano. Si seguimos más de cerca la discusión de este problema, podremos comprobar que se fueron formando dos opiniones principales: la primera consideraba que el fascismo «no era otra cosa» que la guardia de partido de la gran burguesía; la segunda no negaba este hecho, pero daba primacía a la «rebelión de las clases medias», lo que valió a sus representantes el reproche de que difuminaban el papel reaccionario del fascismo; para dar fuerza a esta argumentación se invocaba el

nombramiento de Thyssen como dictador de la economía, la disolución de las organizaciones económicas de las clases medias, la revocación de la «segunda revolución»: en una palabra, el carácter puramente reaccionario del fascismo, que aproximadamente a partir de junio de 1933 se manifestaba de modo cada vez más patente.

Podía observarse que había puntos poco claros en esta virulenta discusión: el hecho de que después de la toma del poder el nacionalsocialismo revelara cada vez más su carácter de nacionalismo imperialista, celosamente empeñado en excluir todo elemento «socialista» del movimiento y en utilizar

todos sus medios para preparar la guerra, no contradice el otro hecho de que *desde el punto de vista de su base de masas era en efecto un movimiento de los sectores medios*. Sin la promesa de iniciar la guerra contra el gran capital Hitler jamás se habría ganado a las capas medias de la sociedad. Le ayudaron a triunfar porque estaban *en contra* del gran capital. La presión de las clases medias obligó a los dirigentes a tomar medidas anticapitalistas, del mismo modo que luego tuvieron que frenarlas bajo la presión del gran capital. Si no distinguimos los intereses subjetivos de la base de masas de un movimiento reaccionario, de la función

objetivamente reaccionaria del mismo y que se contradice con aquéllos (aunque al principio estuvieran unidos en el *conjunto* del movimiento nazi), hablaremos dos idiomas distintos cuando, al hablar de «fascismo», uno se refiera al *papel reaccionario* del fascismo y el otro a los *intereses reaccionarios* de las masas fascistas. El antagonismo entre estos dos aspectos del fascismo da origen a todas sus contradicciones y también al vocablo único de «nacionalsocialismo» que caracteriza al movimiento hitleriano. Mientras el nacionalsocialismo se vio obligado a poner de relieve su carácter de movimiento de las clases medias

(*antes* de la toma del poder y poco después de la misma), era en efecto *anticapitalista y revolucionario*; cuando —al no desposeer de sus derechos al gran capital— se despojó cada vez más de su carácter anticapitalista y su función se volvió exclusivamente capitalista, a fin de consolidar y mantener el poder alcanzado, se convirtió en defensor a ultranza del imperialismo y en pilar del orden económico del gran capital. Poco importa entonces que algunos de sus dirigentes fueran socialistas honestos (¡según ellos!), o cuántos eran demagogos y ávidos de poder. Una política antifascista de fondo no puede

basarse sobre este tipo de distinciones. Toda la duplicidad del fascismo alemán podría haberse comprendido a partir de la historia del fascismo italiano, pues también éste reunía en su seno las dos funciones netamente contradictorias entre sí.

Los que niegan o no aprecian justamente la función de la base de masas del fascismo se enquistan en su concepción de que las clases medias, que no disponen de los principales medios de producción ni trabajan en ellos, no pueden a la larga hacer historia y deben, por tanto, oscilar entre el capital y la clase trabajadora. Olvidan que los sectores medios pueden «hacer

historias» y de hecho la hacen, si no *a largo plazo*, al menos durante *un período históricamente limitado*, como lo muestran los fascismos italiano y alemán. No nos referimos aquí únicamente a la destrucción de las organizaciones obreras, a las innumerables víctimas, al asalto de la barbarie, sino sobre todo a los obstáculos puestos a la transformación de la crisis económica en una subversión política de la sociedad, en la revolución social. Una cosa es evidente, cuanto más numerosas e influyentes son las clases medias en una nación, tanto mayor es su importancia como fuerza social cuya acción es decisiva. En el

período de 1933 a 1942 se dio la paradoja de que el fascismo nacionalista pudo superar al internacionalismo social-revolucionario como movimiento *internacional*. Los socialistas y los comunistas compartían la ilusión de que el avance del movimiento revolucionario sería proporcional al de la reacción, con lo cual cometieron un verdadero suicidio político, a pesar de sus buenas intenciones. Esta cuestión merece ser examinada con el mayor detenimiento. El proceso que ha tenido lugar en la última década en el seno de las capas medias de todos los países merece una atención mucho mayor que el hecho banal y conocido de que el

fascismo significa la más extremada reacción económica y política. Esta última afirmación no sirve para hacer política, como ha demostrado sobradamente la historia de los años 1928 a 1942.

Las clases medias se pusieron en movimiento y entraron en escena como fuerza social revestidas de la forma del fascismo. Por eso, lo que importa no son las intenciones reaccionarias de Hitler y de Goering, sino los intereses sociales de las capas medias. Como consecuencia de su estructura caracterológica, las clases medias tienen un poder social inmenso, que supera en mucho su importancia económica. Es la

capa social que ha sostenido nada menos que el sistema patriarcal durante varios milenios y que lo mantiene vivo pese a todas sus contradicciones.

La existencia de un movimiento fascista es sin duda la expresión social del imperialismo nacionalista. Pero el hecho de que este movimiento fascista haya podido convertirse en un movimiento de masas e incluso tomar el poder —y sólo entonces se cumple su función imperialista— es el efecto del movimiento masivo de las clases medias. Quien quiera comprender los fenómenos contradictorios del fascismo deberá tener en cuenta estas oposiciones y antagonismos, cada cual a su debido

tiempo.

La situación social de los sectores medios está determinada:

a) *por su posición en el proceso capitalista de producción*;

b) *por su posición en el aparato del Estado autoritario*;

c) *por su situación familiar particular*, que está determinada directamente por su posición en el proceso de producción y que da la clave para la comprensión de su ideología. La situación del pequeño campesinado, de los empleados y de los comerciantes medios son económicamente distintas, pero se caracterizan por una situación familiar básicamente idéntica.

El veloz desarrollo de la economía capitalista en el siglo XIX, la mecanización constante y rápidamente creciente de la producción, la concentración de diversas ramas de la misma en sindicatos y trusts monopólicos, han dado como resultado la pauperización progresiva de los comerciantes y artesanos pequeñoburgueses. Incapaces de resistir la competencia de la gran industria, que produce a menor precio y más racionalmente, las pequeñas empresas están condenadas a perecer.

«Las clases medias no tienen otra cosa que esperar de este sistema que la destrucción despiadada. La cuestión es,

pues, la siguiente: ¿queréis hundiros todos en una gran masa gris y sombría de proletarios, en la que todos poseen lo mismo, es decir, nada, o queréis que la fuerza y la aplicación vuelvan a hacer posible que cada cual se cree un patrimonio a través del arduo trabajo de toda una vida? ¡Clase media o proletariado! ¡He ahí la cuestión!».

Esa advertencia la lanzó el Partido Nacional Alemán antes de las elecciones a presidente del Reich de 1932. Los nacionalsocialistas se guardaron mucho de abrir un abismo entre la clase media y los obreros industriales a través de declaraciones tan burdas, y su propaganda resultó más

eficaz.

En la propaganda del NSDAP tenía un papel importante la lucha contra los grandes almacenes. Pero la contradicción entre el papel que el nacionalsocialismo cumplía en la gran industria y los intereses de las clases medias sobre las que se apoyaba, se evidenció, por ejemplo, en la conversación que mantuvieron Hitler y Knickerbocker:

> No haremos depender las relaciones germano-americanas de una tienducha (se refería al futuro de Woolworth en Berlín) […]. La existencia de tales empresas impulsa el bolchevismo […]. Destruyen muchos negocios pequeños.

> Por eso no las toleramos; pero puede usted estar seguro de que sus empresas de este género en Alemania no serán tratadas de otro modo que empresas alemanas similares[8].

Las deudas privadas exteriores eran sumamente gravosas para las clases medias. Pero mientras que Hitler estaba a favor del pago de las deudas privadas, dado que en política exterior dependía del cumplimiento de los reclamos del extranjero, sus seguidores reclamaban la supresión de esos pagos. La pequeña burguesía se rebeló, pues, «contra el sistema» que entendía como la «dominación marxista» de la socialdemocracia.

Ahora bien; por más que estas capas de la pequeña burguesía intentaran lograr una unidad organizativa en medio de la crisis, la competencia económica entre las pequeñas empresas había actuado en contra de un sentimiento de solidaridad semejante al de los obreros industriales. La posición social es la que impide al pequeño burgués solidarizarse con su propia capa social o con el obrero industrial; no puede hacerlo con su propia capa porque en ella predomina la competencia; tampoco con el obrero industrial, porque precisamente a nada le teme más que a la proletarización. No obstante, el movimiento fascista produjo una unificación de la pequeña burguesía.

¿Sobre qué base psicológica de las masas?

La respuesta la da la posición social de los funcionarios y empleados pequeños y medios. El empleado y el funcionario medios se encuentran en una posición económica peor que el obrero industrial especializado medio; esta situación se compensa parcialmente por la escasa esperanza de promoción, y en el funcionario sobre todo por la perspectiva de un sustento asegurado hasta el fin de su vida. La dependencia de esta capa con respecto a las autoridades engendra frente a los colegas una actitud competitiva que actúa en contra del desarrollo de un

sentimiento de solidaridad. La conciencia social del funcionario no está determinada por el sentimiento de una comunidad de destino con sus colegas, sino por su postura ante la autoridad estatal y ante la «nación». Esta postura consiste en una total *identificación con el poder estatal*[9] y, para el empleado privado, en una identificación con la empresa en que trabaja. El funcionario se encuentra tan sometido como el obrero industrial. ¿Por qué no desarrolla el mismo sentimiento de solidaridad que este último? Porque ocupa una posición intermedia entre la autoridad y los trabajadores manuales. Súbdito respecto de la autoridad, es representante de la

misma en sus relaciones con sus subordinados, con lo cual goza de una especial protección moral (no material). Los cabos de todos los ejércitos nos proporcionan el ejemplo más acabado de este producto de la psicología de masas.

El poder de esta identificación con el empleador se manifiesta de modo especialmente pronunciado en el caso de los criados de casas nobles, de ayudantes de cámara, etcétera, que, adoptando la postura, la mentalidad y las maneras de la clase dominante, se modifican por completo y hasta exageran esta segunda naturaleza para esconder sus orígenes modestos.

Esta identificación con las autoridades, con la empresa, con el Estado, con la nación, etc., que puede resumirse en la fórmula: «yo soy el Estado, las autoridades, la empresa, la nación», constituye una realidad psíquica y es uno de los mejores ejemplos de una ideología convertida en fuerza material. Al principio, el empleado o el funcionario se contentan con el ideal de ser como sus superiores, hasta que paulatinamente, a consecuencia de la dependencia material crónica, su naturaleza se transforma a imagen de la capa dominante. Con *la vista constantemente clavada en las alturas*, el pequeño burgués termina por

abrir *una brecha entre su situación económica y su ideología*. Vive en condiciones modestas, pero adopta hacia fuera una actitud representativa, exagerada a menudo hasta el ridículo. Se alimenta mal e insuficientemente, pero le concede un gran valor al ir «correctamente vestido». El sombrero de copa y el traje elegante se convierten en los símbolos materiales de esta estructura caracteriológica. Nada más revelador, desde la perspectiva de la psicología de masas, que la observación del modo de vestir de una población. Esa «vista clavada en las alturas» es lo que distingue específicamente la estructura pequeñoburguesa de la

estructura del obrero industrial[10].

¿Cuán profunda es esta identificación con la autoridad? Su existencia ya era conocida, pero la cuestión es averiguar de qué modo los hechos emocionales han cimentado y fijado la actitud pequeñoburguesa, al margen de los factores económicos de efecto inmediato, hasta tal punto que la estructura pequeñoburguesa no se ve sacudida ni siquiera en épocas de crisis, en épocas en que el paro destruye su base económica inmediata.

Decíamos que la situación económica de las diversas capas de la pequeña burguesía es variada, mientras que su situación familiar es

esencialmente similar. *La situación familiar es la que nos da la clave del fundamento emocional de la estructura descrita anteriormente.*

4. Los vínculos familiares y el sentimiento nacionalista

En un principio, la situación familiar de las diversas capas de la pequeña burguesía no está separada de su situación económica inmediata. La familia —salvo en el caso de los funcionarios públicos— constituye al mismo tiempo la pequeña empresa. La familia trabaja en la empresa del pequeño comerciante, que de este modo ahorra la mano de obra ajena y cara. En la explotación agrícola pequeña y media, esta coincidencia entre la familia y el modo de producción es aún más

clara. En el fondo, la organización económica del gran patriarcado (p. ej. la zadruga) se basa sobre esta coincidencia. El íntimo entrelazamiento de familia y economía es el que explica la cuestión de por qué el campesinado está «apegado a su tierra», es «tradicionalista» y, por tanto, tan accesible a la reacción política. No es, desde luego, la mera organización económica la que determina el apego a la tierra y el tradicionalismo, sino que el modo de producción del campesinado exige una severa ligazón familiar a todos los integrantes de la familia, y esta ligazón no puede asegurarse más que por una amplia represión e inhibición

sexuales. Tan sólo sobre esta doble base puede edificarse la típica mentalidad campesina, cuyo centro constituye la moral sexual patriarcal. En otra parte he descrito las dificultades con que tropezó el gobierno soviético al colectivizar la agricultura; no era sólo el «amor a la gleba», sino esencialmente los vínculos familiares creados por la gleba los que causaron tantas dificultades.

> La sola posibilidad de conservar una clase campesina sana como fundamento de la nación entera tiene ya un valor inestimable. Muchos de nuestros males actuales no son sino la consecuencia de relaciones malsanas entre la ciudad y las poblaciones rurales. En todos los tiempos, una robusta cepa de pequeños

> y medios campesinos ha sido la mejor protección contra las enfermedades sociales tales como las que hoy padecemos. Pero es también la única solución que le permite a una nación conseguir su pan diario en el ciclo interno de una economía. La industria y el comercio pierden su malsana posición dominante y se integran en el marco general de una economía de las necesidades nacionales y de equilibrio (*Mi lucha*).

Éste era el punto de vista de Hitler. Por más que fuera un disparate en términos generales, por más que la reacción política jamás pueda impedir el desarrollo de la gran agricultura mecanizada y así detener la

desaparición de las pequeñas explotaciones rurales, esta propaganda tiene una capital importancia desde la perspectiva de la psicología de masas y una enorme eficacia sobre las estructuras de origen familiar de las capas pequeñoburguesas.

Tras la toma del poder por el NSDAP, se hizo sentir la necesidad de proporcionar una expresión concreta a la estrecha interdependencia entre los lazos familiares y la forma económica campesina. Dado que por su base de masas y por su estructura ideológica el movimiento hitleriano representaba un movimiento de la pequeña burguesía, uno de los primeros pasos, destinado a

asegurarse las capas medias, fue el decreto sobre el «reordenamiento de la propiedad rural» del 13 de mayo de 1933, que se remontaba a formas arcaicas y partía de la «unidad indisoluble de la sangre y la tierra».

He aquí el tenor de algunos pasajes característicos:

> La unidad indisoluble de la sangre y la tierra es la condición indispensable de la salud de un pueblo. El régimen rural de los siglos anteriores, establecido en Alemania por una legislación apropiada, garantizaba esta unidad, surgida del sentimiento vital natural del pueblo. La granja era la herencia *inalienable* de la familia campesina ancestral. Luego penetró un

derecho foráneo y destruyó los fundamentos legales de este régimen campesino. Sin embargo, los campesinos alemanes de numerosos distritos, animados por un sano sentido de los fundamentos de la Vida de su pueblo, conservaban por la costumbre su granja indivisa de generación en generación.

Es un deber irrecusable del gobierno del pueblo que ha despertado, asegurar la elevación nacional por la confirmación legal de la unidad indisoluble de la sangre y la tierra, tal cual la ha perpetuado la costumbre alemana, a través de una legislación apropiada de la propiedad rural hereditaria.

La propiedad rural y forestal (la hacienda hereditaria), inscrita en el registro de herederos de bienes de

familia del tribunal de instancia competente, se transmite según el derecho relativo a los bienes de familia. El propietario de esta hacienda hereditaria se llama campesino. Un campesino no puede ser propietario de varias haciendas a la vez. Sólo uno de los hijos del campesino podrá heredar la hacienda; éste es el *heredero principal*. La hacienda proveerá a las necesidades de los coherederos hasta que hayan alcanzado su independencia económica. Si éstos cayeran en la miseria sin ser responsables de ello, podrán buscar asilo en la hacienda («refugio en la hacienda paterna»). Si la hacienda no estuviera inscrita en el registro de herederos, persiste el derecho de herencia en virtud del derecho relativo a los bienes de familia.

Únicamente un campesino que sea

ciudadano alemán y *de sangre alemana* puede ser propietario de una hacienda hereditaria. No es de sangre alemana quien tenga una persona de origen judío o de color entre sus ascendientes masculinos o entre sus otros antepasados hasta la cuarta generación. Pero desde luego es de sangre alemana en el sentido de esta ley cualquier germano. Todo matrimonio contraído en el futuro con una persona que no sea de sangre alemana incapacita para siempre a los descendientes para convertirse en propietarios de una hacienda hereditaria.

El fin de la ley es proteger a las granjas del endeudamiento y de la nociva desmembración debida a la herencia, y conservarlas, como herencia, para las familias de los campesinos libres. Al mismo tiempo se

> orienta a asegurar un buen reparto de las explotaciones, habida cuenta de sus dimensiones. Para mantener la salud del Estado y del pueblo es indispensable la existencia de un gran número de granjas pequeñas y medias viables en cuanto a su rentabilidad y distribuidas lo más homogéneamente posible sobre todo el territorio.

¿Qué tendencias se reflejan en esta ley? La ley se contradecía con los intereses de los grandes propietarios agrícolas que, a fin de absorber las explotaciones campesinas medias y pequeñas, buscaban una división cada vez mayor de la población rural en propietarios de la tierra y proletarios rurales desposeídos. Pero esta

contradicción quedaba ampliamente compensada por la salvaguardia de un segundo y potente interés de los grandes propietarios agrícolas: el de perpetuar las clases medias campesinas, que constituían la base de masas de su poder. El pequeño terrateniente no sólo se identifica con el grande en tanto que *propietario privado*; esto tendría poca gravitación si el mantenimiento de la empresa rural pequeña y mediana no contribuyera a conservar cierta atmósfera ideológica, la de la familia que trabaja en común en una pequeña empresa, de la que solían provenir los mejores combatientes nacionalistas y que modificaba estructuralmente a las

mujeres en el sentido de la ideología nacionalista. Éste es el trasfondo de la famosa «influencia moral conservadora de un sano campesinado». Pero éste es un problema que pertenece a la economía sexual.

La interdependencia aquí descrita entre el modo de producción individualista y la familia autoritaria en la pequeña burguesía, es una de las muchas fuentes de la ideología fascista de la «familia numerosa». Volveremos sobre este tema en otra ocasión.

A la delimitación económica mutua de las pequeñas empresas corresponden el aislamiento y la competencia mutua de las familias característicos de la

pequeña burguesía, pese a la ideología del «interés general que prima sobre el interés particular» y del «pensamiento corporativo» del fascismo. Los elementos centrales de la ideología fascista siguen siendo individualistas, como el «principio del líder (Führer)», el de la política familiar, etcétera. El elemento corporativista en el fascismo proviene de las tendencias socialistas de la base de masas, del mismo modo que el individualista se origina en los intereses del gran capital y de la dirección fascista.

Dada la organización natural de los hombres, esta situación económica y familiar sería insostenible si no

estuviera reforzada por otros hechos, entre los que se cuenta una determinada relación entre el hombre y la mujer, relación que denominamos patriarcal, y un determinado modo de vida sexual.

La pequeña burguesía urbana, en su afán por distanciarse del trabajador manual, al no encontrarse en una situación económica más próspera que los obreros industriales, sólo puede apoyarse sobre sus formas familiares y sexuales de vida, a las que imprime cierta dirección. La carencia económica debe ser compensada por la moral sexual. Este móvil es el elemento más eficaz de la identificación del funcionario con el poder estatal. Puesto

que el funcionario público no goza de las ventajas económicas de la gran burguesía, con la que se identifica, la ideología de la moral sexual debe compensar lo que la situación económica niega. Las formas de la vida sexual y sus tributarias, las de la vida cultural, sirven en lo esencial para la delimitación respecto de los *de abajo*.

La suma de estas actitudes morales, que se agrupan en torno a la postura ante lo sexual y que usualmente se designan «burguesismo mezquino», culmina en las ideas —decimos ideas y no hechos— sobre el honor y el *deber*. Hace falta justipreciar correctamente la influencia de estas dos palabras sobre la pequeña

burguesía para juzgarlas dignas de un examen detenido. Aparecen una y otra vez en la ideología de la dictadura y en la teoría racial fascistas. En la práctica, el tipo de vida y el tráfico de mercancías pequeñoburguesas imponen a menudo una conducta opuesta al honor y al deber. En la economía mercantil privada incluso es necesaria una porción de deshonestidad para sobrevivir. Si un campesino compra un caballo, lo desvalorizará por todos los medios. Si vende el mismo caballo un año después, lo encontrará más joven, mejor y más recio que en el momento de comprarlo. El «deber» descansa sobre intereses comerciales y no sobre cualidades del

carácter nacional. La mercancía propia será siempre la mejor, la ajena la peor en todos los casos. La desvaloración de la competencia —práctica por lo general carente de toda honestidad— es una herramienta esencial de los «negocios». La amabilidad exagerada y la sumisión ante el cliente, por parte de los pequeños comerciantes, atestiguan la cruel coacción de su existencia económica que, a la larga, pervierte el mejor carácter. No obstante, los conceptos del «honor» y del «deber» cumplen un papel esencial en la pequeña burguesía. Y ello no puede explicarse sólo a partir de intenciones groseramente materiales. Sea cual fuere

el grado de hipocresía, el éxtasis que provocan dichas palabras es auténtico. Queda por averiguar cuáles son sus fuentes.

Estas fuentes se localizan en la vida afectiva inconsciente; de primera intención solemos no verlas, y sobre todo es típico que pasemos por alto voluntariamente su conexión con aquella ideología. Pero el análisis del pequeño burgués no deja lugar a dudas sobre la significación de su relación entre su vida sexual y su ideología del «deber» y del «honor».

En primer lugar, la posición del padre en el Estado y en la economía se refleja en su actitud patriarcal con

respecto al resto de la familia. El padre representa en la familia al Estado autoritario, con lo cual aquél se convierte en el instrumento más valioso del poder estatal.

La posición autoritaria del padre reproduce su papel político y revela la relación de la familia con el Estado autoritario. El padre ocupa en la familia la misma posición que su superior jerárquico frente a él en el proceso de producción. Y reproduce su situación de súbdito ante la autoridad en sus hijos, sobre todo en los varones. De estas circunstancias proviene la actitud pasiva, servil, del pequeño burgués ante toda figura de líder. Sin sospecharlo,

Hitler se basó sobre estas actitudes de las masas pequeñoburguesas, al escribir:

> La aplastante mayoría del pueblo tiene una actitud y una mentalidad tan femeninas que sus pensamientos y sus acciones están mucho menos determinados por la reflexión objetiva que por el sentimiento afectivo.
>
> Pero este sentimiento no es complejo, sino muy simple y sumario. No hay en él muchos matices, sino un polo positivo y uno negativo, amor u odio, justicia o injusticia, verdad o mentira; rechaza las medias tintas y las parcialidades, etc. (*Mi lucha*).

No se trata aquí de una «predisposición», sino de una típica

muestra de la reproducción de un sistema social autoritario en las estructuras de sus miembros.

Pues esta posición del padre exige la más severa represión sexual de las mujeres y de los niños. Mientras que, bajo las influencias pequeñoburguesas, las mujeres desarrollan una actitud resignada basada sobre una rebelión sexual reprimida, los hijos, además de su postura sumisa ante la autoridad, van identificándose fuertemente con el padre; más adelante esto se convertirá en una identificación de gran carga emocional con toda autoridad, cualquiera que sea. Durante mucho tiempo seguirá siendo un enigma por

resolver el cómo es posible que la formación de las estructuras psíquicas de la capa que sustenta una sociedad se corresponda con la organización económica y con los fines de las fuerzas dominantes, con la precisión de un mecanismo de relojería. Lo que describimos como la reproducción estructural, psicológica, del sistema económico de una sociedad es, de todos modos, el mecanismo central del proceso de formación de las ideas políticas.

La competencia económica y social no influye sino muy tarde en el desarrollo estructural de la pequeña burguesía. Las ideologías reaccionarias

así formadas se fundamentan secundariamente sobre procesos psíquicos que tienen lugar ya en el párvulo que crece en el medio familiar autoritario. Señalemos en primer lugar la competencia entre los niños y los adultos; después, y todavía más grave en consecuencias, la competencia entre los niños mismos en su relación con sus padres. Esta competencia, que en la edad adulta y en la vida extrafamiliar tendrá un carácter predominantemente económico, se manifiesta durante la infancia sobre todo a través de relaciones amor-odio, muy cargadas de sentimiento, entre los miembros de la familia. No es éste el lugar para

examinar estas relaciones en detalle. Será objeto de investigaciones especiales. Es suficiente constatar aquí que las inhibiciones y el debilitamiento de la sexualidad, que constituyen los presupuestos más importantes para la existencia de la familia autoritaria y que son los fundamentos más esenciales para la formación de la estructura del hombre pequeñoburgués, se imponen mediante la angustia religiosa, que así se llena de un sentimiento de culpabilidad sexual con una profunda raigambre en los sentimientos. De aquí se deriva el problema de la relación entre la religión y el rechazo del goce sexual. La debilitación sexual conduce a una

disminución de la conciencia del propio valer que, en unos casos, se compensa con una actitud brutal respecto de la sexualidad y, en otros, con una rigidización del carácter. La coacción para el autodominio sexual, para el mantenimiento de la regresión sexual, lleva al desarrollo de nociones patológicas y emocionalmente sobreacentuadas acerca del honor y el deber, de la valentía y del autodominio[11]. Pero la patología y sobreacentuación emocional de estas actitudes psíquicas guardan una extraña contradicción con la realidad del comportamiento personal. El hombre genitalmente satisfecho es honesto,

consciente de su deber, valiente y dominado, sin grandes alharacas. Estas actitudes están incorporadas orgánicamente en su personalidad. El que sufre de debilidad genital y posee una estructura sexual llena de contradicciones, se halla siempre en guardia para dominar su sexualidad, para salvar su honor sexual, para luchar valerosamente contra las tentaciones, etcétera. Todo adolescente y todo niño tienen que sufrir la lucha contra la tentación del onanismo. En el curso de esta lucha se desarrollan todos los elementos estructurales del hombre reaccionario, sin excepción alguna. Es en la pequeña burguesía donde esta

estructura alcanza su máximo desarrollo y su enraizamiento más profundo. La mística, sea cual sea, extrae de esta represión coactiva de la vida sexual sus mayores energías y, en parte, también sus contenidos. En la medida en que los obreros industriales reciban las mismas influencias sociales, evidencian actitudes análogas; pero a consecuencia de su idiosincracia especial y distinta de la pequeñoburguesa, las fuerzas contrarias, favorables a la sexualidad, están mucho más desarrolladas y son también más conscientes. El enraizamiento afectivo de estas estructuras por medio de una angustia inconsciente, su disfraz bajo rasgos

caracteriológicos —completamente asexuados—, son los responsables de que sea imposible comprender estas capas profundas de la personalidad con la única ayuda de los argumentos racionales. En el último capítulo discutiremos la importancia de esa constatación para la política sexual práctica.

No podemos examinar aquí en detalle la lucha *inconsciente* contra las propias necesidades sexuales ni su importancia para el cultivo del pensamiento metafísico y místico. No mencionaremos más que aquellas que son típicas de la ideología nacionalsocialista. Una y otra vez

aparece la enumeración del *honor personal, el honor de la familia, el honor de la raza, el honor del pueblo*. La enumeración es, pues, consecuente con el orden de las etapas de la formación de la estructura individual. Sólo omite incluir el fundamento económico-sociológico: *el capitalismo* o bien *patriarcado, la institución del matrimonio obligatorio, la represión sexual, la lucha personal contra la propia sexualidad, el sentimiento del honor personal compensatorio*, etc. El punto extremo de la serie es la ideología del «honor del pueblo». Es idéntica al núcleo irracional del nacionalismo. Para comprenderla hace falta otra deducción.

La lucha contra la sexualidad de los niños y adolescentes por parte de la sociedad autoritaria, y su tributaria, la lucha en el interior del propio yo, se desarrolla en el marco de la familia autoritaria, que hasta ahora ha probado ser la mejor institución para llevar a cabo con éxito dicha lucha. Las necesidades sexuales impulsan naturalmente a todo tipo de contacto con el mundo, a un contacto íntimo y multiforme. Si se las reprime, no les queda sino el marco familiar para manifestarse. La inhibición sexual es la razón del aislamiento familiar del individuo, del mismo modo que constituye la base de la conciencia

individualista de la personalidad. Hay que tener muy en cuenta que el comportamiento metafísico, individualista, y el apego sentimental a la familia, no son más que diversos aspectos del mismo proceso fundamental de rechazo de la sexualidad, mientras que un pensamiento realista y antimístico se acompaña siempre de una actitud laxa con respecto a la familia y, cuando menos, de indiferencia ante una ideología sexual ascética. Lo que importa es que la inhibición sexual constituye la atadura con la familia autoritaria, y que la obstrucción del camino a la realidad sexual moldea la ligazón biológica originaria del niño con

la madre y también la de la madre con sus hijos, transformándola en una fijación sexual indisoluble y en una incapacidad para contraer otros vínculos[12]. El vínculo con la madre actúa en el núcleo de la unión familiar. En su *núcleo subjetivo-emocional*, las nociones de *patria* y de *nación* son las nociones de *madre* y de *familia*. La madre es la patria del niño en la burguesía, así como la familia es su «nación en miniatura». Así se comprende por qué el nacionalsocialista Goebbels eligió las siguientes palabras como lema para sus diez mandamientos en el Calendario Popular Nacionalsindicalista de 1932,

desconociendo, sin duda, sus conexiones más profundas: «La patria es la madre de tu vida, no lo olvides jamás». En el «día de la madre» de 1933 se leía en el *Angriff*:

> *Día de la madre*. La revolución nacional ha barrido todas las mezquindades. Vuelven a gobernar las ideas, y a aproximar a los hombres: familia, sociedad, pueblo. La idea del día de la madre es apropiada para que honremos a lo que simboliza la idea alemana: ¡la madre alemana! Sólo en la nueva Alemania la mujer y madre tienen esta significación. Ellas son las guardianas de una vida familiar de la que brotan las fuerzas que han de llevar a nuestro pueblo nuevamente hacia las alturas. Ella —la madre alemana— es la

única mantenedora de la idea de la nación alemana. *El "ser alemán" está eternamente unido al concepto de "madre"*; ¿hay algo que pueda unirnos más estrechamente que la idea del homenaje común a la madre?

Por falsas que sean estas formulaciones desde los puntos de vista social y económico, corresponden a una realidad estructural. El sentimiento nacional es la prolongación directa del vínculo familiar e, igual que éste, hunde sus raíces en el vínculo maternal fijado[13]. No debemos interpretar esto desde un punto de vista biológico, pues este mismo vínculo maternal, en la medida en que acaba siendo un vínculo

familiar y nacionalista, es un producto de *la sociedad*. En la pubertad daría paso a otros vínculos —por ejemplo, a relaciones sexuales naturales— si las restricciones sexuales impuestas a la vida amorosa no lo perpetuaran. Es sólo en esta perpetuación de origen social donde se convierte en el fundamento del sentido nacional del adulto, sólo aquí se transforma en una fuerza social reaccionaria. El hecho de que los trabajadores industriales desarrollen un sentimiento nacional mucho menos pronunciado que la pequeña burguesía debe atribuirse a su modo de vida social y a sus lazos familiares consecuentemente más laxos.

Que ahora no se nos plantee recelosamente el reproche de que biologizamos la sociología: en ningún momento hemos olvidado que este modo de vida familiar distinto del de los trabajadores industriales está determinado a su vez por su posición en el proceso de producción de la sociedad. Sin embargo, es preciso plantearse el problema de por qué los trabajadores industriales son específicamente accesibles al internacionalismo, mientras que la pequeña burguesía se inclina tan claramente hacia el nacionalismo. A partir de la situación económica objetiva, el factor que los diferencia

sólo puede establecerse incluyendo las relaciones, antes descritas, entre su condición económica y su vida familiar. La extraña obstinación con que los teóricos marxistas se niegan a considerar que la existencia familiar es un factor *equivalente* e incluso *decisivo* de la formación de las estructuras en lo que respecta al enraizamiento del sistema social, debe atribuirse a sus propios lazos familiares. Nunca se insistirá lo suficiente en que el vínculo familiar es el más intenso y el más cargado de emociones[14].

La unidad esencial de las ideologías familiar y nacionalista tiene un alcance más amplio. Las familias se aíslan tanto

unas de otras como las naciones. En ambos casos los motivos son, en última instancia, económicos. La familia del pequeño burgués (funcionario, pequeño empleado) se ve sometida a la constante presión de las preocupaciones alimentarias y de otras preocupaciones materiales. La tendencia a la expansión económica de la familia numerosa pequeñoburguesa reproduce pues, al mismo tiempo, la ideología imperialista: «La nación necesita espacio y alimento». Por eso el pequeño burgués accede tan fácilmente a la ideología imperialista: es capaz de identificarse por completo con la nación, personificada en su pensamiento. De

este modo, el imperialismo estatal se reproduce ideológicamente en el imperialismo familiar.

En este sentido resultan interesantes las palabras de Goebbels en el opúsculo *Die verfluchten Hakenkreuzler* [(Los svastiqueros malditos), edit. Eher, Munich, págs. 18 y 16], que escribió como respuesta a la cuestión de si un judío era un ser humano:

> Si alguien le da a tu madre latigazos en la cara, ¿le dirás: ¡Muchas gracias! ¡Él también es un ser humano!? No es un ser humano, ¡es un monstruo! ¡Cuánto peor han tratado los judíos a *nuestra madre Alemania* (bastardilla de W. R.), y siguen haciéndolo hoy día! Los judíos han corrompido a nuestra

> raza, minado nuestras fuerzas, socavado nuestras costumbres y roto nuestra energía… El judío es la encarnación del demonio de la decadencia… ha comenzado a degollar a los pueblos según el criminal rito judío.

Es necesario conocer la importancia de la idea de la castración como castigo por las apetencias sexuales, comprender el trasfondo psicológico sexual de las fantasías del crimen ritual, así como del antisemitismo en general y, finalmente, valorar correctamente el sentimiento de culpabilidad sexual y la angustia sexual del hombre reaccionario, para poder juzgar el efecto que estas frases, redactadas inconscientemente, producen

en la vida psíquica inconsciente del lector integrado en la masa. Es aquí donde debemos buscar la raíz del antisemitismo nacionalsocialista. ¿Acaso se trata de una simple mistificación? Por cierto, también es una mistificación. No se llegaba a ver que el fascismo es ideológicamente la reacción de una sociedad agónica, tanto desde el punto de vista sexual como económico, contra las dolorosas pero decididas tendencias del pensamiento revolucionario a la libertad tanto sexual como económica, libertad que inspira un miedo mortal a los reaccionarios con sólo imaginarla. Esto significa que la instauración de la libertad económica de

los trabajadores va acompañada de una disolución de las instituciones antiguas, sobre todo de las sexuales, a las que ni el reaccionario ni el trabajador industrial con sentimientos reaccionarios están en condiciones de hacer frente sin más ni más. El miedo a la «libertad sexual», que en la imaginación del pensamiento reaccionario representa el caos y la degradación sexuales, es el mayor impedimento para las ansias de liberación del yugo de la explotación económica. Esto será válido mientras subsista precisamente esta idea del caos sexual. Y sólo puede subsistir debido a que quedan sin aclarar estas cuestiones

tan decisivas en las masas. Por ello, la economía sexual se encuentra en el centro mismo de cualquier ordenamiento de las condiciones sociales. Cuanto más profundamente haya penetrado la estructuración reaccionaria en las masas trabajadoras, tanto más decisivo es el trabajo sexo-económico a realizar para educar a las masas hacia la responsabilidad social.

En esta conjunción de los hechos económicos y estructurales, la familia autoritaria es el lugar de reproducción primario y más importante de todo tipo de pensamiento reaccionario: es una verdadera fábrica de ideología y estructura reaccionarias. La «protección

a la familia», es decir, a la familia autoritaria y numerosa, es por ello el primer mandamiento de toda política cultural reaccionaria. Éste es el sentido oculto de la fraseología sobre la «protección del Estado, de la cultura y de la civilización».

En un manifiesto electoral del NSDAP para la elección presidencial de 1932 (Adolf Hitler: *Mi programa*) se decía:

> La mujer es por naturaleza y por destino la compañera de vida del hombre. Ello implica que los dos no son solamente compañeros para toda la vida, sino también compañeros de trabajo. De la misma manera que, en el

curso de los milenios, la evolución económica ha transformado el campo de trabajo del hombre, ha transformado también el de la mujer. Y aún más imperioso que el trabajo en común es el deber del hombre y de la mujer de perpetuar el género humano. La misión más noble de los sexos explica los dones naturales específicos que la Providencia, en su sabiduría eterna, ha dispensado invariablemente al hombre y a la mujer. La más elevada tarea, por tanto, residirá en facilitar a los dos compañeros, unidos para toda la vida, la posibilidad de *fundar una familia. Su destrucción definitiva equivaldría a la supresión de toda humanidad superior*. No importa cuán grande sea la expansión de las esferas de actividad de la mujer: no se deberá nunca perder de vista que *el fin último de una*

verdadera evolución orgánica y lógica es la formación de la familia. Ella es la unidad más pequeña, pero también *la más valiosa en la construcción de toda la estructura del Estado*. El trabajo honra a la mujer tanto como al hombre. Pero el hijo ennoblece a la madre.

En el mismo manifiesto, bajo el título de «Salvar al campesinado es salvar a la nación alemana», leemos:

> Además, creo que el fomento y la conservación de un sano campesinado es la mejor protección contra las enfermedades sociales y contra la decadencia racial de nuestro pueblo.

Para no equivocarse en la

interpretación, en ningún momento deben olvidarse los lazos familiares tradicionales del campesinado. Sigue:

> Creo que un pueblo que desea reforzar sus resistencias no debe contentarse con vivir según las normas racionales, sino que tiene que buscar también apoyo espiritual y religioso. La intoxicación y descomposición del cuerpo del pueblo por la influencia del bolchevismo cultural son casi más devastadores que los efectos del comunismo político y económico.

El NSDAP, que al igual que el fascismo italiano partía de los intereses de los grandes propietarios agrícolas, debía ganarse a las masas de pequeños y

medianos campesinos a fin de asegurarse una base social. Naturalmente, en su propaganda no podía destacar los intereses de los grandes productores agrícolas, sino que tenía que apelar a las estructuras del pequeño campesinado, que se generaban por la coincidencia de los modos de vida familiar y económico. Sólo desde la perspectiva de la pequeña burguesía es válida la formulación de que el hombre y la mujer son compañeros de trabajo. En cambio, no rige para los trabajadores industriales. Y, aun en el caso del campesino, se trata de una mera frase formal, ya que su mujer es en realidad su criada. La ideología fascista

de la construcción jerárquica del Estado encuentra su modelo y su concreción en el edificio jerárquico de la familia campesina. La familia campesina es una nación en pequeño y cada uno de sus miembros se identifica con esta pequeña nación. Por tanto, la ideología del gran imperialismo está implícita en el campesinado y en todos aquellos sectores de la pequeña burguesía en los que coinciden la pequeña empresa y la familia. Lo que en este contexto llama la atención es la idealización de la maternidad. ¿Cómo se relaciona esta idealización con la reacción sexual política?

5. El amor propio nacionalsocialista

Los vínculos nacionales y familiares coinciden en la estructura individual de las masas de la pequeña burguesía. Estos vínculos se ven particularmente reforzados por un proceso que no solamente es paralelo, sino que deriva de ellos. El Führer nacionalista, desde la perspectiva de la psicología de las masas, encarna a la nación. Sólo en la medida en que este Führer encarne realmente a la nación de acuerdo con el sentir nacional de las masas, surgirá un lazo personal con él. Sólo si sabe

despertar en los individuos integrados en la masa los vínculos afectivos familiares, será a la vez una figura paternal autoritaria. Atrae hacia su persona el conjunto de actitudes afectivas que antes se dirigían al padre severo, pero también protector y representativo (representativo en la imaginación del niño). Hitler no se equivoca, «él saldrá adelante», era lo que solían decir los militantes nacionalsocialistas con los que se discutía la insostenibilidad del programa tan contradictorio del NSDAP. Aquí se expresa claramente la búsqueda infantil de la protección paterna. Precisamente esta confianza, esta

necesidad de protección por parte de las masas, son las que en la realidad social confieren a las dictaduras el poder de «salir adelante». Esta postura de las masas impide que alcancen la autonomía social, es decir, la independencia y cooperación racionales. Ninguna democracia genuina puede o debe basarse sobre dicha actitud.

Pero aún más importante es la *identificación* del individuo integrado en la masa con el Führer. Cuanto más haya perdido el individuo-masa, a consecuencia de su educación, su sentido de la autonomía, tanto más se manifiesta la identificación con el conductor, y tanto más la necesidad

infantil de apoyo se disfraza con el ropaje del sentirse-una-misma-cosa-con-el-Führer. Esta tendencia a la identificación es la base psicológica del *narcisismo nacional*, es decir, de su amor propio derivado de la «grandeza de la nación». El pequeño burgués reaccionario se descubre *a sí mismo* en el Führer, en el Estado autoritario y, a causa de esta identificación, se siente el defensor de la «nacionalidad», de la «nación», lo cual no impide que al mismo tiempo, y también a causa de esta identificación, desprecie a «la masa» y le oponga su individualidad. Hasta tal punto ahoga su miseria material y sexual en la idea exaltante de la «raza de

señores» y del liderazgo genial, que en los momentos adecuados llega a olvidar que se ha convertido en un seguidor acrítico y sin importancia alguna. Por el contrario, el trabajador consciente de su actividad, el que ha dejado de lado su estructura de súbdito, se identifica con su trabajo, no con el Führer, con la masa internacional de trabajadores y no con su patria nacional. *Se siente líder él mismo*, no en virtud de una identificación, sino porque tiene conciencia de cumplir un trabajo socialmente necesario y vital.

¿Cuáles son las fuerzas emocionales que actúan en él? La respuesta no es difícil. Los *afectos* que forman la base

de este tipo, tan distintos desde el punto de vista de la psicología de masas, son los mismos que los de los nacionalistas. Sólo es distinto el contenido de lo que provoca sus emociones. La sed de identificación es la misma, pero su objeto es el compañero de trabajo y no el Führer, el propio trabajo y no la ilusión, las masas trabajadoras de la tierra y no la familia. Lo que aquí reemplaza a la mística y al nacionalismo es la conciencia de pertenecer a la masa internacional de trabajadores especializados. Esto no significa de ningún modo que el trabajador deje de alimentar su amor propio, al igual que el reaccionario en momentos de crisis se

pone a soñar con el «servicio a la comunidad» y con que «el bien colectivo está por encima del bien individual». Pero el amor propio del trabajador proviene de su conciencia de obrero especializado.

Hace quince años que nos vemos enfrentados con un hecho difícil de comprender: a causa de la situación económica, la sociedad está nítidamente dividida en varias capas sociales y profesiones. Según la concepción economicista, la ideología social deriva de la situación social respectiva. Si esto fuera cierto, la estratificación ideológica debería corresponderse en mayor o menor grado con la estratificación

socioeconómica. En función de su modo de trabajo colectivo, los obreros industriales deberían manifestar un sentimiento colectivo más pronunciado, y los pequeños comerciantes un mayor individualismo. Los empleados de grandes empresas deberían poseer un sentimiento colectivo similar al de los obreros industriales. Pero ya sabemos que rara vez coinciden la estructura y la posición social. Distinguimos al trabajador consciente de su especialidad y responsable del súbdito reaccionario místico-nacionalista. Encontramos ambos tipos en cada capa social y profesional. Hay millones de obreros industriales con una mentalidad

reaccionaria, y hay otros tantos maestros y médicos conscientes de su tarea y de mentalidad liberal. No existe, por tanto, una simple relación mecánica entre la situación social y la estructura del carácter.

La situación social no es más que la condición externa que determina el proceso ideológico del individuo integrado en la masa. Debemos investigar las *fuerzas motrices* mediante las cuales las distintas influencias del mundo social se aseguran la dominación *exclusiva* de la vida afectiva. Una cosa es segura: no es el hambre; al menos, no es el factor decisivo, pues si así fuera, a la crisis mundial de 1929-1933 le habría

seguido la revolución internacional. Por más que esta constatación pueda destruir concepciones economicistas tradicionales, es sin duda irrefutable.

Cuando los psicoanalistas que no comprenden la sociología explican la revolución social por la «revuelta infantil contra el padre», sus miras están puestas en el revolucionario proveniente de círculos intelectuales, en cuyo caso esta circunstancia es decisiva. Pero no es éste el caso de los trabajadores industriales. La represión de los niños por sus padres no es menor en los medios obreros que en la pequeña burguesía, y a veces es incluso más brutal. No es ésta, pues, la cuestión. Lo

específicamente diferenciador lo encontramos en el modo de producción de estas capas y en la actitud respecto de la sexualidad que se deriva del mismo. Para no provocar malentendidos: también entre los obreros industriales los padres reprimen la sexualidad. Pero las contradicciones a las que se ven sometidos los hijos de los obreros no existen en la pequeña burguesía. En ésta vemos la represión como *única* actitud ante la vida sexual. La actividad sexual que se manifiesta en esta capa es la expresión pura de la oposición entre los impulsos y las inhibiciones sexuales. Entre los obreros industriales la situación no es la misma.

Entre ellos, además de la ideología moralista, se encuentran concepciones sexuales propias más o menos acentuadas, que se oponen diametralmente a las moralistas, añadiéndoseles la influencia de las condiciones de las viviendas y de la vida colectiva en la empresa. Todo ello tiene un efecto contrario a la ideología sexual moralista.

Por tanto, el tipo medio de trabajador industrial se distingue del pequeño burgués medio por una actitud más abierta y natural hacia la sexualidad, aunque en los demás aspectos sea ambiguo y conservador. Resulta incomparablemente más

accesible a las concepciones de la economía sexual que el pequeño burgués típico. Y lo que le permite una mayor accesibilidad es precisamente la ausencia de las actitudes que ocupan el centro de las ideologías nacionalsocialista y eclesiástica: la identificación con el poder estatal autoritario, con el «jefe supremo», con la nación. También esto prueba el origen sexo-económico de los elementos centrales de la ideología nacionalsocialista.

Debido a la economía individualista y al gran aislamiento familiar, el pequeño campesinado es muy accesible a la ideología de la reacción política.

Ésta es la causa de la brecha existente entre su situación social y su ideología. Marcado por un severísimo patriarcado y por la moral correspondiente, sin embargo no deja de desarrollar formas naturales —aunque distorsionadas— en su vida sexual. En contra de lo que sucede en la pequeña burguesía, la juventud campesina, al igual que la de las clases trabajadoras industriales, comienza tempranamente las relaciones sexuales; pero la severa educación patriarcal la vuelve muy perturbada o brutal, la vida sexual se desarrolla en secreto, la frigidez es norma entre las muchachas, los homicidios sexuales, los celos brutales y la servidumbre de las

mujeres son fenómenos típicos de la sexualidad campesina. En ninguna parte la histeria causa tantos estragos como en el campo. El matrimonio patriarcal es el objetivo final de la educación, y responde al severo dictado de la economía.

Durante los últimos decenios ha comenzado en la clase obrera industrial un proceso cuyo más puro ejemplo puede verse en la aristocracia obrera, pero que tampoco ha dejado de afectar a los obreros industriales medios. Éstos ya no son el proletariado del siglo XIX descrito por Karl Marx. Han adoptado en gran medida las formas y concepciones de vida de las capas

burguesas de la sociedad. La democracia burguesa formal no ha eliminado los límites económicos de las clases, al igual que tampoco ha suprimido los prejuicios raciales. Pero las aspiraciones sociales que se han desarrollado en su marco han difuminado los límites estructurales e ideológicos entre las diversas capas sociales. Los trabajadores industriales ingleses, norteamericanos, escandinavos y alemanes se han ido aburguesando en grado creciente. Para comprender por qué vía pudo penetrar el fascismo en el mundo obrero, hay que seguir de cerca este proceso que determinó el tránsito de la democracia burguesa a los

«decretos de urgencia» que llevaron desde la disolución del Parlamento hasta la abierta dictadura fascista.

6. El aburguesamiento de los trabajadores industriales

El fascismo penetra en los círculos obreros a través de dos vías: a través del llamado «lumpenproletariado» (término espeluznante), recurriendo a la corrupción material directa, y por medio de la «aristocracia obrera», con la ayuda tanto de la corrupción material como del influjo ideológico. Carente de escrúpulos políticos, el fascismo alemán se lo prometía todo a todos; leemos, por ejemplo, en un artículo del doctor Jarmer, titulado «Capitalismo» (*Angriff*, 24-9-31):

> Con feliz claridad, Hugenberg se ha pronunciado contra el capitalismo internacional en el congreso de los alemanes nacionales en Stettin. No obstante ha destacado al mismo tiempo que sería necesario un capitalismo nacional.
>
> Con ello, ha trazado una vez más la línea demarcatoria que separa a los alemanes nacionales de los nacionalsocialistas; pues estos últimos están convencidos de que el sistema económico capitalista, que está hundiéndose en todo el mundo, debe ser reemplazado por otro, dado que incluso el capitalismo nacional excluye el imperio de la justicia.

Eso casi suena a comunista. Con la intención consciente de engañar, el

propagandista fascista apela al sentir revolucionario del obrero industrial. Pero surge la pregunta de por qué los obreros nacionalsocialistas no se daban cuenta de que el fascismo se lo prometía todo a todos. Se sabía que Hitler negociaba con los grandes industriales, que éstos le daban dinero y que les prometía prohibir huelgas. El hecho de que el trabajador medio no descubriera tales contradicciones tenía que deberse a su estructura psicológica, considerando que las organizaciones revolucionarias realizaban una intensa labor de esclarecimiento. En una entrevista con el periodista norteamericano Knickerbocker, Hitler

declaró lo siguiente con respecto al reconocimiento de las deudas privadas en el extranjero:

> Estoy convencido de que los banqueros internacionales se darán cuenta en seguida de que, bajo un gobierno nacionalsocialista, Alemania es un lugar de inversión seguro, con una tasa de interés del 3% en los créditos (*Deutschland so oder so*, pág. 211).

Si la propaganda revolucionaria tenía la tarea principal de «esclarecer al proletariado», no bastaba con una llamada a su «conciencia de clase» ni con hacerle ver continuamente la situación económica y política objetiva, y mucho menos con descubrirle

constantemente el fraude del que era víctima. La primerísima tarea de la propaganda revolucionaria debería haber sido la consideración comprensiva de las *contradicciones internas del trabajador*, del hecho de que no se había oscurecido u obnubilado una clara voluntad revolucionaria, sino que lo revolucionario en su estructura psíquica o bien estaba poco desarrollado, o bien entremezclado con elementos estructurales reaccionarios y contrarios a la revolución. Cuando se trata de despertar el sentido de la responsabilidad social en el seno de las masas, la tarea más importante es poner de relieve sus sentimientos

revolucionarios.

En los períodos «tranquilos» de la democracia burguesa, al obrero industrial con empleo se le abren esencialmente dos posibilidades: la identificación con la pequeña burguesía, que se encuentra en un nivel social superior, o la identificación con su propia posición social, la cual engendra formas de vida propias que se oponen a las reaccionarias. Lo primero implica envidiar al reaccionario, emularle y, si se da la posibilidad material, asumir por completo su idiosincracia. Lo segundo conlleva el rechazo de estas ideologías y costumbres del reaccionario, el distanciarse de él, negarle y subrayar y

lucir abiertamente su propia forma de vida. Puesto que sufre al mismo tiempo las influencias del modo de vida social y del propio de su clase, ambas posibilidades tienen la misma fuerza o, de todos modos, ambas están abiertas al trabajador. El movimiento revolucionario había subestimado también la importancia de los pequeños hábitos cotidianos aparentemente secundarios, y a menudo había hecho mal uso de ellos. El dormitorio pequeñoburgués que el proletario «zafio» se compra apenas se lo permiten sus medios, aunque por lo demás tenga una mentalidad revolucionaria, la consecuente sumisión de la mujer,

aunque sea comunista, la ropa «decente» de los domingos, los bailes formales y otras mil «menudencias», a fuerza de ser crónicas, tienen una influencia reaccionaria incomparablemente mayor que miles de arengas y panfletos revolucionarios. La estrecha vida conservadora actúa sin cesar y penetra en cada resquicio de la vida cotidiana; el trabajo en la fábrica y el panfleto revolucionario sólo actúan durante unas horas. Por eso era un grave error acomodarse a las tendencias conservadoras de los trabajadores y organizar fiestas «para llegar a las masas», fiestas en las que el fascismo reaccionario era mucho más hábil. En

cambio, no se cultivaban las formas germinales de vida proletaria. En el «vestido de noche» que la mujer del obrero se ponía para una «fiesta» de esa índole estaba contenida más verdad sobre la estructura reaccionaria del obrero que en cien artículos. El «vestido de noche» o el beber cerveza en familia no son más que la manifestación exterior de un proceso interno de cada obrero y un signo de que ya estaba presente la disposición para absorber la propaganda nacionalsocialista. Si, además, el fascista prometía con éxito la «abolición del proletariado», lo que había hecho efecto en noventa de cien casos no era su programa económico,

sino el vestido de noche. Debemos tener en cuenta, y mucho más que hasta ahora, estas pequeñas cosas de la vida cotidiana. En ellos es donde se forja *concretamente* el progreso político o también su opuesto, y no en la fraseología política que sólo puede suscitar un entusiasmo pasajero. Aquí nos espera un trabajo importante y fructífero. En Alemania, el trabajo de masas revolucionario se ha limitado casi exclusivamente a la propaganda «contra el hambre». La evidencia probó que ésa era una base demasiado estrecha, por más que fuera un argumento *importante*. La vida de los individuos integrados en la masa se desarrolla en mil pequeñas

cosas entre bastidores. De este modo, apenas ha satisfecho un poco su hambre, el joven trabajador se ve asaltado por mil preocupaciones de naturaleza sexual y cultural, que le dominan. La lucha contra el hambre tiene una importancia primordial, pero también debemos poner al descubierto sin reservas de ninguna especie, en el escenario de la farsa ridícula en la que somos a la vez espectadores y actores, todos los sucesos entre bastidores de la vida humana.

Si así lo hiciéramos, descubriríamos que los trabajadores son inmensamente creativos en sus intentos de desarrollar sus formas de vida y puntos de vista

naturales. El dominio social de la vida cotidiana daría un impulso incontenible a las masas infestadas por la reacción. Es indispensable una elaboración detallada, concreta y pertinente de estas cuestiones, pues asegurará y acelerará el triunfo de la revolución. Que no se nos formule la estéril objeción de que tales propuestas son ilusorias. La lucha por el florecimiento de todos los gérmenes de formas de vida pertenecientes a la democracia del trabajo implica el deslinde combativo de lo reaccionario y el desarrollo militante de los gérmenes de una cultura de vida de las masas, la única capaz de asegurar una paz duradera. Mientras la irresponsabilidad

social reaccionaria predomine en el trabajador sobre la responsabilidad social, será muy difícil encauzarle hacia una actitud revolucionaria, es decir, racional. Pero hay otro motivo por el que no podemos renunciar a este trabajo de psicología de masas.

El desprecio del trabajo manual, que es un elemento central de la tendencia a imitar al empleado reaccionario de cuello duro, constituye aquel fundamento de la psicología de las masas sobre el que se apoya el fascismo cuando comienza a invadir la mentalidad de los trabajadores. El fascismo promete la abolición de las clases —lo cual implica la abolición del proletariado—,

recurriendo a la vergüenza social que siente el trabajador manual. Los trabajadores emigrados de los pueblos rurales a la ciudad han traído consigo fresca la ideología campesino-familiar que, como hemos visto, constituye el mejor caldo de cultivo para la ideología imperialista-nacionalista. A ello se añade un proceso ideológico en el seno del movimiento obrero, al que hasta ahora no se ha dado la importancia suficiente en el momento de evaluar las posibilidades del movimiento revolucionario en los países de baja y alta industrialización.

Kautsky había comprobado que el obrero de la altamente industrializada

Inglaterra tenía un nivel político más bajo que el de un país de poco desarrollo industrial como Rusia (*Soziale Revolution*, 2.ª ed., págs. 59-60). Los acontecimientos políticos de los últimos treinta años no dejan lugar a dudas sobre el hecho de que en los países industrialmente poco desarrollados, como China, México y la India, los alzamientos revolucionarios se producen con más facilidad que en Inglaterra, Estados Unidos o Alemania, pese a que estos últimos cuentan con un movimiento obrero más experimentado, más organizado y de larga tradición. Dejando de lado el problema de la burocratización del movimiento obrero

que, en sí misma, es un síntoma patológico, podemos preguntarnos por qué la socialdemocracia y el tradeunionismo han arraigado con tanta fuerza en los países occidentales. *Desde la perspectiva de la psicología de masas, la socialdemocracia se basa en las estructuras conservadoras de sus seguidores*. Como en el caso del fascismo, el problema no depende tanto de la política de los dirigentes de los partidos como de la base psicológica de las masas trabajadoras. Quiero señalar algunos hechos significativos que seguramente esclarecerán más de un enigma. Son los siguientes:

En el capitalismo temprano, la

frontera ideológica y sobre todo estructural entre la burguesía y el proletariado era tan pronunciada como la económica. La inexistencia de cualquier tipo de política social, la enervante jornada de trabajo de dieciséis e incluso de dieciocho horas, el bajo nivel de vida de la clase obrera industrial, tal como Engels lo describió de modo magistral en la *Situación de la clase obrera en Inglaterra*, impedían que surgiera una aproximación estructural del proletariado a la burguesía. La estructura del proletariado del siglo XIX se caracterizaba por una humilde resignación ante el destino. El estado de ánimo de ese proletariado,

incluido el campesinado, estaba marcado por una apatía indiferente desde el punto de vista de la psicología de masas. Los afanes burgueses eran inexistentes; por eso esta apatía no impedía que estallaran sentimientos revolucionarios que parecían surgir de la nada, desencadenados por acontecimientos determinados, y que lograban desarrollarse con una intensidad y unanimidad inesperadas. En el capitalismo tardío, en cambio, la situación se modificó. Cuando el movimiento obrero organizado lograba conquistas político-sociales tales como la reducción de la jornada laboral, el derecho a voto y el seguro social, se

producía por una parte un fortalecimiento de la clase, pero por otra comenzaba un proceso contrario: la elevación del nivel de vida conllevaba el acercamiento estructural a los sectores medios; la evolución de la posición social generaba la «mirada hacia arriba». Este aburguesamiento se ha intensificado en las épocas de prosperidad; en los momentos de crisis económicas actúa como un severo obstáculo para la expansión del sentimiento revolucionario.

La fuerza de las socialdemocracias durante los años de crisis, fuerza inexplicable a través de consideraciones estrictamente

políticas, era la expresión acabada de esta infestación conservadora de los trabajadores. Ahora se trata de comprender también sus elementos fundamentales. Destacan aquí dos hechos: el apego a los dirigentes, es decir, la confianza inquebrantable en la infalibilidad del dirigente político[15] (a pesar de toda la crítica simultánea, que no llega a traducirse, empero, en acciones), y la adaptación de su moral sexual a la de la pequeña burguesía conservadora. En todas partes, la gran burguesía ha favorecido enérgicamente este aburguesamiento. Si aquélla en sus comienzos había blandido literalmente el garrote, ahora se lo reservaba para

los lugares en que el fascismo todavía no había triunfado, empleándolo sólo contra los trabajadores revolucionarios; para la masa de los trabajadores socialdemócratas disponía, en cambio, de un medio más peligroso: la ideología conservadora en todos los terrenos.

Ahora bien: cuando el trabajador socialdemócrata se hundió en la crisis económica que le rebajó al nivel de un *coolie*, su sensibilidad revolucionaria se distorsionó, como producto de los embates de décadas de estructuración conservadora. O bien se quedaba en el campo de la socialdemocracia, pese a todas sus críticas y protestas, o bien, indeciso y vacilante a consecuencia de

sus graves contradicciones entre las tendencias revolucionarias y conservadoras, decepcionado por sus dirigentes, se unía al NSDAP, siguiendo la línea del menor esfuerzo y buscando allí un sustituto mejor. Desde entonces sólo dependía, pues, de la correcta o errónea conducción de masas del partido revolucionario, que el trabajador estuviera dispuesto a abandonar sus inclinaciones conservadoras y adquiriera plena conciencia de su verdadera responsabilidad en el proceso de producción, es decir conciencia revolucionaria. Desde el punto de vista de la psicología de masas, la afirmación

comunista de que la política socialdemócrata le había abierto las puertas al fascismo era, por tanto, correcta. Cuando no hay organizaciones revolucionarias, *decepcionado por la socialdemocracia y sometido a la contradicción entre la depauperación y el pensamiento conservador*, el trabajador *debe terminar por adscribirse al fascismo*. En Inglaterra, por ejemplo, después del fracaso de la política del partido laborista en los años 1930-31, comenzó un proceso de fascistización de los trabajadores, que efectivamente en las elecciones de 1931 no se volcaron hacia los comunistas sino hacia la derecha. Un desarrollo de este

tipo amenazaba también a la democrática Escandinavia[16].

Rosa Luxemburg sostenía que no puede llevarse a cabo una lucha revolucionaria con *coolies* (edición alemana de las obras completas, vol. IV, pág. 647); la cuestión es averiguar a qué *coolies* se refiere; ¿al de *antes* que se haya producido la estructuración conservadora, o al de *después* de ocurrida? Antes, tropezamos con una apatía difícil de romper, pero también con una gran disposición para acciones revolucionarias; después de la estructuración conservadora nos encontramos con un *coolie decepcionado*. ¿Acaso no será más

difícil contar con él para la causa revolucionaria? ¿Durante cuánto tiempo el fascismo puede utilizar para sus propios fines la decepción que la socialdemocracia causa a las masas, sumada a su propia «rebelión contra el sistema»? En este momento es imposible dirimir estas cuestiones de graves consecuencias; pero lo cierto es que el movimiento revolucionario internacional tendrá que tenerlas en consideración si quiere triunfar.

3

LA TEORÍA RACIAL

1. Su contenido

El eje teórico del fascismo alemán es su teoría racial. El programa económico de los llamados «veinticinco puntos» no aparece en la ideología fascista más que como un medio para «mejorar genéticamente a la raza germánica y protegerla del cruce de razas» que, en opinión de los nacionalsocialistas, siempre conduce a la decadencia de la «raza superior». Más aún, incluso la decadencia de una civilización sería efecto del mestizaje. La tarea más noble de una nación consistiría, pues, en «salvaguardar la

pureza de la raza y de la sangre», por cuyo logro debería hacerse cualquier sacrificio. En Alemania y en los territorios ocupados se ha puesto en práctica esta teoría por diversos medios bajo la forma de persecuciones de los judíos.

La teoría racial parte de la hipótesis de que el apareamiento de cada animal con otro que no puede ser sino de su propia especie se trata de una ley de hierro de la naturaleza. Sólo circunstancias excepcionales, como el cautiverio, pueden hacer quebrantar esta ley y llevar al cruce de razas. Pero la naturaleza se venga y se opone por todos los medios a estas prácticas, ya

esterilizando a bastardos, ya limitando la fecundidad de los descendientes. En el cruce de dos seres vivientes de diferente «nivel», la descendencia tendrá que ser una cosa intermedia. La naturaleza ambiciona un mejoramiento genético de la vida, por lo cual el abastardamiento contraría la voluntad de aquélla. La selección de la especie superior opera también en la lucha por el pan de cada día, en la que sucumben los más débiles, es decir los de un nivel racial. Y esto es la expresión lógica de la «voluntad de la naturaleza», puesto que cesarían toda evolución y todo mejoramiento si los más débiles, que son numéricamente mayoritarios,

desplazaran a las especies más valiosas y minoritarias. La naturaleza somete a los débiles a condiciones de vida más duras, que limitan su número; además, no permite que el resto se reproduzca libremente, sino que realiza una despiadada selección a tenor de la fuerza y la salud.

Esta ley puede aplicarse a los pueblos. La historia enseña que la «mezcla de sangre» del ario con pueblos «inferiores» conduce siempre a la decadencia del que es el pilar de la cultura. Las consecuencias son el descenso del nivel de la raza superior y la regresión física e intelectual, con lo cual comienza una «enfermedad»

progresiva.

Según Hitler, el continente norteamericano seguirá siendo fuerte «en tanto no sucumba también él al incesto» (*op. cit.*), es decir en tanto no se mezcle con pueblos no arios.

> Provocar una evolución de esa naturaleza no significa sino pecar contra la voluntad del eterno Creador (*op. cit.*).

Estas concepciones son claramente místicas; la naturaleza «ordena» y «tiene una voluntad», es «razonable». Se trata de una forma extrema de metafísica biológica.

La humanidad debe dividirse, según Hitler, en razas que establezcan el

fundamento de futuras civilizaciones, en otras que sustentan civilizaciones y, finalmente, en las que las destruyen. Los únicos a los que puede considerarse fundadores son los arios, pues de ellos provienen los «fundamentos y muros defensores de las creaciones humanas». Los pueblos de Asia, como los japoneses[17] y los chinos, en tanto que sustentadores de una cultura, no han hecho más que adoptar culturas arias y darles una forma propia. Los judíos, en cambio, son una raza destructora de civilizaciones. La presencia de «hombres inferiores» ha sido una precondición para que pudieran forjarse las culturas elevadas. La primera

civilización surgió gracias a esta utilización de las razas humanas inferiores. El primero en tirar del arado fue el vencido; sólo mucho después comenzó a hacerlo el caballo. El ario conquistador subyugó a las masas inferiores y reguló su actividad dándoles órdenes según su voluntad y para sus fines. Pero en cuanto los sometidos comenzaron a apropiarse del lenguaje y de la particularidad de los «señores», y se derrumbó la barrera entre amo y esclavo, el ario renunció a su pureza de sangre y perdió así «el paraíso». Al mismo tiempo, perdió también su creatividad cultural. En ningún momento olvidamos que Adolf Hitler representa

la flor de la cultura.

> La mezcla de sangres y el descenso que provoca del nivel racial son las únicas razones de la muerte de las civilizaciones antiguas, puesto que los hombres no mueren al perder las guerras, sino al perder esa capacidad de resistencia que es privativa de la sangre pura (*Mi lucha*).

De ningún modo refutaremos aquí esta concepción de base desde el punto de vista técnico. Hitler toma prestado un argumento de la hipótesis darwiniana de la selección natural que, en más de un sentido, es tan reaccionaria como revolucionaria, es la demostración de Darwin de que las especies descienden

de seres vivientes inferiores. Más allá de eso, esta concepción constituye el ocultamiento de la función imperialista de la ideología fascista. Pues si los arios son el único pueblo creador de civilizaciones, pueden reclamar para ellos, por derecho divino, el dominio mundial. Y uno de los postulados fundamentales de Hitler era, en efecto, la ampliación de las fronteras del Reich alemán, sobre todo «hacia el Este», es decir afectando territorios soviéticos. La glorificación de la guerra imperialista armonizaba, pues, perfectamente con esta ideología:

> El fin por el que se combatía en la

> guerra era el más noble y el más sublime que los hombres puedan imaginarse: la libertad y la independencia de nuestro pueblo, la garantía de su avituallamiento futuro y… el honor de la Nación (*Mi lucha*).
>
> El objeto de nuestra lucha futura será la garantía de la existencia y de la *multiplicación de nuestra raza y de nuestro pueblo, la alimentación de sus hijos y la preservación de la pureza de su sangre*, la libertad y la independencia de la patria, para que nuestro pueblo pueda madurar y prepararse para la misión que también le ha asignado el Creador del Universo (*op. cit.*).

Aquí nos interesa exclusivamente el origen irracional de estas ideologías objetivamente coincidentes con los

intereses del imperialismo alemán, y ante todo las contradicciones y los absurdos que presenta la teoría racial. Los teóricos de la raza que se apoyan en una ley biológica olvidan que la selección racial entre los animales es un producto artificial. La cuestión no es saber si el perro y el gato poseen una «aversión instintiva» frente a su cruce, sino si la tienen el ovejero alemán y el lebrel, el alemán y el eslavo.

Los teóricos del racismo, que son tan antiguos como el imperialismo, quieren crear la pureza racial en pueblos en los que, a consecuencia de la expansión de la economía mundial, el mestizaje está tan avanzado que la

pureza de la raza sólo tiene significado para cerebros disecados. Tampoco discutiremos un segundo sinsentido de esta teoría: el de que lo natural no sería el apareamiento promiscuo en el interior de una misma especie, sino lo contrario. Lo que menos importa es el contenido racional de la teoría racial que, en vez de llegar a las valoraciones a partir de los hechos, parte de las valoraciones para deformar los hechos. Tampoco podremos convencer mediante argumentos a un fascista narcisista imbuido de la superioridad de su germanidad, por el sencillo motivo de que no opera con argumentos, sino con sentimientos irracionales. Por tanto, es

inútil pretender demostrarle que los negros y los italianos no son menos «raza» que los germanos. Él se siente el «ser superior», y se acabó. La única posibilidad de invalidar la teoría racial es revelar sus funciones irracionales. Y éstas son esencialmente dos: la de dar una justificación biológica, y la de expresar determinadas corrientes *emocionales, inconscientes* en el sentir de los nacionalistas, y ocultar determinadas tendencias psíquicas. Aquí sólo se discutirá esta última función. Nos interesa muy especialmente el hecho de que Hitler hable de «incesto»[18] cuando un ario se mezcla con un no-ario, mientras que este

término designa habitualmente las relaciones sexuales entre parientes consanguíneos. ¿De dónde provienen estas tonterías de una «teoría» que se jactaba de poder llegar a ser el basamento de un mundo nuevo, de un «tercer Reich»? Si nos hacemos a la idea de que los fundamentos irracionales y emocionales de una hipótesis de esta índole deben su existencia, en última instancia, a condiciones reales del ser; si nos liberamos de la idea de que la búsqueda de tales fuentes ideológicas irracionales surgidas sobre una base racional significa trasladar la cuestión al campo de la metafísica, transitaremos el camino hacia la fuente de la metafísica

misma y comprenderemos no sólo las condiciones históricas de su génesis, sino también su sustancia material. Que los resultados hablen por sí mismos.

2. Las funciones objetiva y subjetiva de la ideología

El origen más frecuente de errores sobre la relación de una ideología con su función *histórica* radica en que no se distingue entre su función objetiva y su función subjetiva. Las concepciones de la dictadura, de primera intención sólo pueden comprenderse a partir de la base económica de la que provienen. De este modo, la teoría racial fascista, y de modo general la ideología nacionalista, guardan una relación concreta con los objetivos imperialistas de una capa dirigente que intenta resolver

dificultades económicas. Tanto el nacionalismo alemán como el francés de la guerra mundial invocaron la «grandeza de la nación», detrás de la cual se ocultaban las tendencias de expansión económica del gran capital alemán y francés. Pero estos factores no constituyen lo sustancial de la ideología correspondiente, sino únicamente el terreno social sobre el que aquélla puede formarse: las condiciones indispensables para la formación de tales ideologías. A veces, el nacionalismo no tiene de ningún modo representación social respecto de su sustancia, y menos aún puede ser identificado con puntos de vista

raciales. En el antiguo imperio austro-húngaro, el nacionalismo no coincidía con la raza, sino con la «patria» austro-húngara. Cuando en 1914 Bethmann-Hollweg llamó a la lucha de «la germanidad contra el eslavismo», habría debido comenzar por Austria, estado predominantemente eslavo. Las condiciones económicas de una ideología explican su base material, pero no nos enseñan nada sobre su núcleo irracional. Lo que constituye directamente este núcleo es la estructura caracteriológica de los hombres sometidos a las condiciones económicas respectivas, y que reproducen de este modo el proceso histórico-económico en

la ideología. *Al crear las ideologías, los hombres se transforman a sí mismos; es en el proceso de formación de la ideología donde encontramos su núcleo material*. La ideología aparece, pues, con un doble fundamento material: uno *indirecto* en la estructura económica de la sociedad, y uno *directo* en la estructura típica de los hombres que la producen y que, a su vez, está determinada por la estructura económica de la sociedad. Es evidente, pues, que las formaciones ideológicas irracionales estructuran a los hombres de modo irracional.

La estructura de los fascistas se caracterizaba por el pensamiento

metafísico, la creencia en Dios, la sumisión a ideales abstractos y éticos, y la creencia en la misión divina del Führer. Estos rasgos fundamentales estaban conectados con una capa más profunda, caracterizada por una fuerte adhesión autoritaria a un ideal de Führer o a la nación. La creencia en una «raza de señores» se convirtió en el móvil más fuerte tanto de la adhesión de las masas nacionalsocialistas al Führer como de la aceptación voluntaria del papel de siervos esclavizados. Pero, al mismo tiempo, era decisiva la existencia de una identificación intensiva con el Führer, la cual ocultaba la sumisión del ahora insignificante individuo-masa.

Pese a su dependencia, cada nacionalsocialista se sentía un «pequeño Hitler». Lo que importa ahora es el fundamento caracteriológico de estas posturas. Debemos descubrir las funciones energéticas que, condicionadas a su vez por la educación y por toda la atmósfera social, transforman las estructuras humanas hasta tal punto que, al desarrollarse inclinaciones de carácter reaccionario-irracional y al identificarse los individuos por completo con el Führer, ya no se resientan de la afrenta que se les inflinge llamándolos «subhombres».

Dejando de lado el enceguecimiento que produce la fraseología sobre la

concepción de mundo, fijando su contenido irracional y estableciendo la relación exacta que la liga con los puntos neurálgicos sexo-económicos del proceso de formación de la ideología, lo primero que nos sorprende es la equiparación estereotipada entre «*envenenamiento de la raza*» y «*envenenamiento de la sangre*». ¿Cuál es su significado?

3. Pureza racial, envenenamiento de la sangre y misticismo

«Desde hace muchos años, el envenenamiento de la salud del cuerpo de nuestro pueblo por la sífilis corre paralelo a la contaminación política, ética y moral de nuestro pueblo, y aquél es tan terrible como ésta», escribe Hitler en *Mi lucha*.

Su causa sería, en primer lugar, «nuestra prostitución del amor. Aunque su resultado no fuera la espantosa enfermedad, causaría un gravísimo daño a nuestro pueblo, pues para exterminar a

un pueblo lenta pero inexorablemente bastan los estragos causados por la degeneración. Esta judaización de la vida de nuestras almas y la mercantilización de nuestros instintos sexuales harán perecer a nuestra descendencia tarde o temprano…». «El pecado contra la sangre y la raza es el pecado original de este mundo y el fin de una humanidad que sucumbe».

Según esta teoría, la mezcla de las razas conduce a la mezcla de la sangre y, de este modo, a la «intoxicación de la sangre del cuerpo del pueblo».

> Los resultados más manifiestos de esta contaminación masiva (a través de la sífilis) se encuentran… en nuestros

> hijos. Éstos, más que nadie, son el lastimoso producto del envenenamiento progresivo e inexorable de nuestra vida psíquica; es en las enfermedades de los hijos donde se revelan los vicios de los padres (*op. cit.*).

El término «vicios de los padres» no puede aquí referirse más que al hecho de que éstos se mezclan con la sangre de otra raza y, muy especialmente, con sangre judía, con lo cual la «peste mundial» judía ingresaba en la sangre «pura» de los arios. Es notable la íntima ligazón que hay entre esta teoría del envenenamiento y la tesis política del envenenamiento de la germanidad por el «judío cosmopolita Karl Marx». Es en

la esfera irracional del temor a la sífilis donde la cosmovisión política y el antisemitismo nacionalsocialistas hallan una de sus fuentes más importantes. Consecuentemente, la *pureza* racial, o sea, la *pureza de la sangre*, es un ideal digno de esfuerzo y para cuyo logro hay que emplear todos los medios[19].

Hitler ha repetido a menudo que no hay que abordar a la masa con argumentos, demostraciones ni erudición, sino únicamente con sentimientos y creencias. En el lenguaje nacionalsocialista —por ejemplo, en los escritos de Kayserling, Driesch, Rosenberg, Stapel, etc.—, lo nebuloso y lo místico llama tanto la atención que sin

duda merece la pena analizar esta particularidad.

¿Qué es lo que se oculta tras el misticismo de los fascistas, y que fascinó de tal modo a las masas?

La respuesta nos la da el análisis de las «pruebas» de la validez de la teoría racial fascista dadas por Rosenberg en su obra *Mythus des 20. Jahrhunderts* (*Mito del siglo XX*). Ya al principio del escrito, Rosenberg apunta:

> Los valores del alma racial, que son las fuerzas motrices de la nueva concepción del mundo, aún no se han convertido en conciencia viva. Sin embargo, el alma significa la raza vista desde dentro, y viceversa, la raza es el

mundo exterior del alma.

Henos aquí ante una de esas innumerables frases típicamente nacionalsocialistas que a primera vista no dan ningún sentido y hasta parecen ocultarlo adrede, incluso al mismo autor. Hay que conocer y valorar debidamente el efecto psicológico de masas de precisamente tales formulaciones místicas, para poder comprender su efecto político-irracional. Continuemos:

> Por esta razón, la historia de las razas es, al mismo tiempo, la historia de la naturaleza y la mística del alma, mientras que, a la inversa, la historia de la religión de la sangre es la gran narración universal del ascenso y de la

> decadencia de los pueblos, de sus héroes y pensadores, de sus inventores y artistas.

El reconocimiento de este hecho llevaría a la conclusión de que el «combate de la sangre» y la «mística presentida de los hechos de la vida» no son dos cosas distintas, sino que representan una misma cosa de modos diferentes. «Combate de la sangre», «ascenso y decadencia de los pueblos», «mística presentida de los hechos de la vida», «envenenamiento de la sangre», «peste judía mundial»: todo esto está en la línea que comienza por el «combate de la sangre» y termina mundialmente en el terror sangriento contra el

«materialismo judío» de Marx y en la matanza de judíos.

Prestamos un flaco servicio a la causa de la libertad humana si nos contentamos con reírnos de esta mística, en vez de ponerla al descubierto y reducirla al contenido irracional que la sustenta. Su mayor parte y lo más importante a nivel práctico es el proceso de la energía biológica concebido de modo irracional y místico, expresión extrema de una ideología sexual reaccionaria. *La concepción de mundo del «alma» y de su pureza es la concepción de mundo de la asexualidad*, de la «pureza sexual», que es en el fondo una forma de represión

sexual y de un temor al sexo determinados por la sociedad patriarcal autoritaria.

«El conflicto entre la sangre y el medio, entre sangre y sangre, es el último fenómeno que podemos comprender; es imposible buscar e investigar más allá del mismo», dice Rosenberg. Se equivoca: somos lo suficientemente inmodestos para seguir investigando, y no sólo para desenmascarar sin sentimentalismos el proceso vivo «entre sangre y sangre», sino incluso para hacer trizas de este modo uno de los pilares de la cosmovisión nacionalsocialista.

Haremos hablar al propio Rosenberg

para demostrar que el núcleo de la teoría racial fascista es el miedo mortal a la sexualidad natural y a su función del orgasmo.

Rosenberg intenta demostrar la validez de la tesis de que el ascenso y la decadencia de las naciones deben atribuirse al cruce de razas y al «envenenamiento de la sangre», basándose sobre los antiguos griegos. Los griegos, dice Rosenberg, habían sido originariamente los representantes de la pureza racial nórdica. Los dioses Zeus, Apolo y Atenea eran los «símbolos de la gran piedad más auténtica», los «guardianes y protectores de lo noble y feliz», los «defensores del

orden, maestros de la armonía de las fuerzas del alma, de la medida artística». Homero no habría mostrado ningún interés por lo «extático». Atenea representaba «el símbolo del rayo nacido de la cabeza de Zeus, del rayo que corroe la vida; era la virgen sabia y prudente, guardiana del pueblo helénico y fiel protectora de sus combates».

> Estas creaciones devotas del alma griega testimonian la vida interior recta, aún *pura*, del hombre nórdico, y constituyen profesiones de fe religiosa en el sentido más sublime del término, la expresión de una confianza en su propia especie (*Mito*).

A estos dioses de lo puro, lo

sublime, lo religioso, les contrapone los dioses del Próximo Oriente:

> Mientras que los dioses griegos eran los héroes de la luz y del cielo, los dioses de los no-arios del Próximo Oriente presentaban todos los rasgos terrenales.

Démeter y Hermes serían los productos característicos de estas «almas raciales»; *Dionisos como dios del éxtasis, de la voluptuosidad, de las ménades desatadas, significaría «la irrupción de la raza extranjera de los etruscos y el comienzo de la decadencia del helenismo».*

De modo totalmente arbitrario, pues

y sólo con el fin de apuntalar su tesis del alma racial, Rosenberg escoge aquí a los dioses que representan uno de los procesos contradictorios de la formación de la cultura griega y los califica de griegos, mientras que a los otros, que provienen no menos del helenismo que los primeros, les coloca la impronta de *extranjeros*. Según Rosenberg, es la investigación histórica «que ha perdido el nivel racial» e interpretado mal el helenismo la responsable de que se comprenda equivocadamente la historia griega.

> Con estremecimiento y reverencia el gran romanticismo alemán siente que velos cada vez más oscuros cubren a los

> dioses luminosos del cielo y se sumerge hondamente en lo instintivo, lo informe, lo demoníaco, lo sexual, lo extático, lo octónico, en la *veneración a la madre* (bastardilla de W. R,), sin dejar de calificar todo esto de helénico (*Mito*).

La filosofía idealista de todos los matices no investiga las condiciones de este surgimiento de lo «extático» e «instintivo» en determinadas épocas culturales; por el contrario, se enreda en la valoración abstracta de este fenómeno, dictada por este mismo punto de vista de concebir la cultura como tan elevada por encima de lo «terrestre» (= natural), que al final sucumbe ante esta

misma elevación. También nosotros llegamos a una valoración de tales fenómenos, pero la deducimos a partir de las condiciones del proceso social que se manifiesta como la «decadencia» de una cultura, para reconocer las fuerzas progresivas y las que frenan, comprender el fenómeno de la decadencia como un acontecimiento histórico y localizar los gérmenes de las nuevas formas culturales, a las que ayudamos a nacer. Cuando Rosenberg, al contemplar la decadencia de la civilización autoritaria del siglo XX, evoca el destino de los griegos, está tomando partido por las tendencias conservadoras de la historia, a despecho

de todas sus protestas de «renovación» de la germanidad. Si logramos comprender el punto de vista de la reacción política, pisaremos terreno firme en nuestra actitud respecto de la revolución cultural y de su núcleo sexo-económico. Para el filósofo de la cultura reaccionario no hay más opciones que la de resignarse y volverse escéptico, o la de querer hacer girar hacia atrás, por medios «revolucionarios», la rueda de la historia. Pero una vez que hayamos cambiado el punto de mira de la cultura, reconociendo en el derrumbe de la vieja cultura no la muerte de la civilización en general, sino sólo la de una civilización *determinada*, la autoritaria, que ya lleva

en sí los gérmenes de una nueva forma de civilización, la auténticamente liberal, entonces modificaremos también espontáneamente nuestra valoración de los elementos culturales que antes habíamos juzgado como positivos o negativos. Ahora se trata de comprender la relación que guarda la revolución con los fenómenos que, desde el punto de vista reaccionario, aparecen como síntomas de decadencia. Por ejemplo, es significativo que, en el campo de la etnología, la reacción política se pronuncie a favor de la teoría patriarcal, mientras que el mundo revolucionario no admite más que el matriarcado. Si se hace abstracción de los datos objetivos

de la investigación histórica, cada una de las posturas está condicionada, en los dos campos sociológicos enfrentados, por intereses que corresponden a procesos de la economía sexual de los que hasta ahora no se había cobrado conciencia. El matriarcado, cuya existencia histórica ha sido probada, es no sólo la organización de la democracia laboral natural, sino también la organización de la sociedad cuyo orden responde a la economía sexual natural[20]. La organización patriarcal, en cambio, es no sólo económicamente autoritaria, sino que también está organizada de modo catastrófico en el plano de la economía sexual.

Aún mucho después de haber perdido el monopolio de la investigación científica, la Iglesia ha seguido promulgando la tesis de la «naturaleza metafísicamente moral del hombre», de su esencia monógama, etc.; por esto, los descubrimientos de Bachofen amenazaban con echar todo por tierra. La organización sexual del matriarcado resultaba desconcertante no sólo por la organización totalmente diferente de la consanguinidad, sino también por la autorregulación de la vida sexual ligada a ella. Su verdadero fundamento era la ausencia de la propiedad privada de los medios de producción social, y esto tan sólo lo

reconocieron Morgan y luego Engels. En su calidad de ideólogo del fascismo, Rosenberg se ve obligado a negar que la cultura de la Grecia antigua provenga de estadios *probadamente* matriarcales, y a echar mano de la suposición de que «en esto (en lo dionisíaco), los griegos adoptaron física y espiritualmente una naturaleza extranjera».

A diferencia de la ideología cristiana —como se verá más adelante —, la ideología fascista separa las ansias orgásticas del hombre de las estructuras humanas engendradas en el patriarcado autoritario, y las atribuye a razas diferentes: *lo nórdico se vuelve sinónimo de luminoso, sublime,*

celestial, asexual, puro; en cambio, *el Próximo Oriente es instintivo, demoníaco, sexual, extático, orgástico*. Así se explica el rechazo de la investigación «romántico-intuitiva» de Bachofen como la teoría de la «sólo aparente» vida de la antigua Grecia. En la teoría racial fascista, el miedo al orgasmo del hombre sometido al autoritarismo aparece elevado a lo absoluto y eternizado como línea «pura» contrapuesta a lo animal y orgástico. De este modo, lo «griego», lo «racial» se convierte en la emanación de lo «puro», lo «asexual»; por el contrario, la «raza extranjera», lo «etrusco», es lo «animal» y, por ende, «inferior». Por este motivo

el patriarcado se coloca en el origen de la historia del hombre ario:

> En el suelo griego se libró el primer combate históricamente decisivo entre los valores *raciales*, venciendo la esencia nórdica. Desde entonces, el hombre iba a comenzar su existencia por el lado del *día* y de la *vida*; las leyes de la luz y del cielo constituyen el espíritu y la esencia del padre, y de ahí ha surgido todo lo que llamamos cultura griega y que constituye para nosotros la más valiosa herencia de la antigüedad (Rosenberg).

El orden sexual patriarcal-autoritario, surgido de los procesos subversivos del último matriarcado (independización económica de la

familia del cacique respecto de la *gens* materna, aumento del intercambio comercial entre las tribus, desarrollo de los medios de producción, etcétera), se convierte en la base originaria de la ideología autoritaria, despojando a las mujeres, a los niños y jóvenes de su libertad sexual, convirtiendo la sexualidad en una mercancía y colocando los intereses sexuales al servicio de la dominación económica. Pervertida de este modo, la sexualidad se convierte efectivamente en algo diabólico, demoníaco, que debe ser refrenado. A la luz de las exigencias patriarcales, la casta sensualidad del matriarcado aparece como el

desencadenamiento lascivo de tenebrosas potencias. Lo dionisíaco se convierte en el «deseo pecaminoso» que la cultura patriarcal no puede concebir sino como caótico y «sucio». Cercado e imbuido de estructuras sexuales humanas que se han vuelto distorsionadas y lúbricas, el hombre patriarcal se encuentra encadenado por primera vez a una ideología para la que lo sexual y lo impuro, lo sexual y lo bajo o demoníaco, son nociones inseparables.

De todos modos, esta valoración tiene también (aunque secundariamente) una justificación *racional*.

Con la institucionalización de la castidad, las mujeres dejan de ser castas

bajo la presión de sus aspiraciones sexuales; la sensualidad natural, orgástica, cede su sitio a la sexualidad brutal de los hombres y, en consecuencia, a la idea por parte de las mujeres de que el acto sexual debe tener para ellas algo de deshonroso. En ninguna parte se suprime el comercio sexual extramatrimonial, pero a consecuencia de la distinta valoración y de la supresión de las instituciones que lo favorecían en la época del matriarcado, entra en contradicción con la moral oficial y ha de practicarse a escondidas. Con su nueva posición en la sociedad, cambia también la vivenciación personal de la sexualidad.

La contradicción creada ahora entre la naturaleza y la moral «sublime» perturba la capacidad de satisfacción de los individuos; el sentimiento de culpabilidad sexual impide el desenvolvimiento orgástico natural de la fusión sexual y crea una acumulación de energías sexuales que se liberan por diversas vías. Hacen su aparición las neurosis, las desviaciones sexuales y la sexualidad asocial, que se convierten ahora en fenómenos sociales permanentes. La sexualidad infantil y juvenil, valorada positivamente en la democracia laboral originaria del matriarcado, se ve sometida a una represión sistemática, cuya diversidad

es sólo formal. La sexualidad distorsionada, perturbada, brutalizada y rebajada de tal modo, apoya entonces a la misma ideología a la que le debe su existencia. La actitud antisexual puede alegar ahora con razón que la sexualidad es algo inhumano y sucio; únicamente olvida que esta sexualidad sucia no es la natural, sino precisamente la del patriarcado. La ciencia sexual del patriarcado tardío en el capitalismo no se ve menos influenciada por esta valoración que las concepciones vulgares. De ahí su total esterilidad.

Más adelante veremos por qué vía la mística religiosa se convierte en la concentración organizada de estas

valoraciones e ideologías. Retengamos por ahora lo siguiente: mientras que la mística religiosa rechaza de plano el principio de la economía sexual y condena lo sexual como un aspecto pecaminoso de la condición humana, del que sólo puede liberarla el más allá, el fascismo nacionalista transfiere la sensualidad sexual a las «razas extranjeras» y, al mismo tiempo, la rebaja. La desvalorización de las «razas extranjeras» forma parte orgánicamente del imperialismo del patriarcado tardío.

Del mismo modo que en la mitología cristiana Dios jamás aparece sin su contrario, el diablo tomado como «Dios de los Infiernos», y del mismo modo que

la victoria del dios celestial sobre el de las tinieblas se convierte en el símbolo de la elevación humana, los mitos divinos del helenismo reflejan el combate entre la biosexualidad orgástica y las tendencias que exigen la castidad. Para el moralista abstracto y para el filósofo mistificador, este combate aparece como la lucha entre dos «esencialidades» o «ideas humanas», una de las cuales se considera desde un principio como baja, mientras que la otra es valorada de entrada como «verdaderamente humana» o «sobrehumana». Pero si reducimos a su origen material tanto este «combate de las esencialidades» como las

valoraciones citadas, y los situamos en su justo lugar en la estructura sociológica, con lo cual la sexualidad ocupará el sitio que le corresponde en tanto que factor histórico, nos encontramos con el siguiente estado de cosas: toda tribu que por su evolución hubiera pasado de la organización matriarcal a la patriarcal, debía modificar la estructura sexual de sus miembros para encontrar modos de vida apropiados en el plano sexual. Esta necesidad provenía del hecho de que la transferencia de poder y riquezas de la *gens* democrática a la familia autoritaria del cacique se llevaba a cabo esencialmente con ayuda de la represión

de las aspiraciones sexuales de los hombres de esa época. De este modo, la represión sexual se convirtió en un componente esencial de la división de la sociedad en clases.

El matrimonio y la dote que éste implicaba por ley se convirtieron en la piedra angular de la transformación de una organización en la otra[21]. En la misma medida en que el tributo nupcial de la *gens* de la mujer entregado a la familia del hombre reforzaba el poder de los hombres, y especialmente el del jefe de la tribu, así crecían los intereses materiales de los hombres de las *gens* y familias de rango superior por perpetuar el vínculo matrimonial; en ese estado,

pues, el único interesado en el matrimonio era el hombre, y no la mujer. Así fue como el simple emparejamiento de la época de la democracia laboral natural, que admitía la separación en todo momento, se transformó en el matrimonio monógamo permanente del patriarcado. El matrimonio monógamo y permanente se convirtió en la institución básica de la sociedad patriarcal, y sigue siéndolo hoy día. Para asegurar estos matrimonios había que restringir y desvalorizar progresivamente las aspiraciones genitales naturales. Esta evolución no afectaba sólo a las clases «inferiores», cada vez más explotadas, sino también y precisamente a las capas

sociales que hasta entonces no habían sentido la contradicción entre moral y sexualidad; y esta contradicción aparecía ahora como algo cada vez más conflictivo. La moral compulsiva no actúa sólo desde fuera; su verdadera efectividad se desarrolla plenamente tan sólo cuando se la ha *internalizado* y se ha convertido en una inhibición sexual estructural. En los diferentes estadios del proceso dominará uno u otro aspecto de la contradicción. Al principio prevalecerá la necesidad sexual, pero más tarde triunfará la inhibición moral compulsiva. Las conmociones políticas que sacuden toda la organización social agudizan al máximo el conflicto entre la

sexualidad y la moral compulsiva, lo cual a unos les parecerá una decadencia moral y a otros una «revolución sexual». De todos modos, la idea de la «decadencia de la civilización» es la percepción de la irrupción de la sexualidad natural. Y se siente como «decadencia» precisamente porque constituye una amenaza para el modo de vida basado sobre la moral compulsiva. Objetivamente, lo único que sucumbe es el sistema de la dictadura sexual, que preservaba las instancias morales coactivas en los individuos en interés del matrimonio y de la familia autoritarios. Entre los griegos de la antigüedad, cuya historia escrita

comienza tan sólo con el patriarcado plenamente desarrollado, encontramos las siguientes organizaciones sexuales: el dominio de los hombres, las hetairas para las capas superiores, la prostitución para las capas medias e inferiores y, al lado, las mujeres casadas, esclavizadas y de vida miserable, cuya única función era la de ser máquinas de parir. La supremacía de los hombres en la época de Platón era enteramente homosexual[22].

Las contradicciones de la economía sexual de la Grecia tardía salieron a luz cuando la vida pública entró en su decadencia política y económica. Para el fascista Rosenberg, en la época

dionisíaca lo «ctónico» aparece entremezclado con lo «apolíneo», lo que condujo a su desaparición conjunta. El falo, escribe Rosenberg, se convierte en el símbolo de la concepción de mundo de la Grecia tardía. Para el fascista, por tanto, la sexualidad natural resurgida es un signo de decadencia, de lubricidad, de lascivia, de suciedad sexual. Pero esta impresión no es sólo el producto de la imaginación fascista, sino que corresponde también al modo real en que los hombres de tales épocas viven la acuciante contradicción. Las «bacanales» son el equivalente de los bailes de máscaras y de disfraces de nuestra capa social reaccionaria. Pero

hay que saber exactamente qué es lo que ocurre en tales fiestas, para no cometer el error, muy extendido, de ver en este quehacer «dionisíaco» la culminación de las experiencias sexuales. Es en ellas donde aparece más claramente la contradicción irresoluble entre unas ansias sexuales liberadas y una capacidad de vivenciarlas quebrantada por la moral. «La ley de Dionisos de la satisfacción sexual sin límites significa la mezcla desenfrenada de razas entre los helenos y los levantinos de todas las tribus y variedades» (*Mito*). ¡Imaginémonos a un historiador del cuarto milenio describiendo las fiestas del siglo XX como una mezcla

desenfrenada de los alemanes con los negros y judíos «de todas las tribus y variedades»!

Reconocemos aquí con claridad el sentido de la idea de la mezcla de razas: es el rechazo de lo dionisíaco, y este rechazo se fundamenta en los intereses económicos de la sociedad patriarcal por el matrimonio. Por ese mismo motivo, en la historia de Jasón, el matrimonio obligatorio aparece como una defensa contra la institución de las «hetairas».

Las hetairas son mujeres que no se someten al yugo del matrimonio compulsivo y que hacen valer sus aspiraciones a la autodeterminación de

su vida sexual. Pero estas aspiraciones entran en contradicción con la educación recibida en la temprana infancia y que ha privado al organismo de su capacidad de goce sexual.

Por eso la hetaira se engolfa en aventuras para escapar de su homosexualidad, o bien vive perturbada y desgarrada por ambas tendencias. El hetairismo se complementa con la homosexualidad de los hombres, que, como consecuencia de la vida conyugal compulsiva, se refugian en los brazos de la hetaira o del efebo e intentan restaurar allí su capacidad de goce sexual. La estructura sexual de los fascistas, que preconizan el patriarcado más estricto y

reactivan efectivamente la vida sexual de la época de Platón en su modo de vida familiar, es decir la «pureza» en la ideología, el desgarramiento y la morbosidad en la vida sexual real, tiene que evocar evidentemente la situación sexual de los tiempos de Platón. Rosenberg y Blüher reconocen el Estado únicamente como Estado de hombres sobre base homosexual. Es muy curioso cómo a partir de esta ideología va forjándose la concepción de que la democracia carece de valor. Se rechaza a Pitágoras porque aparece como profeta de la igualdad de todos los hombres, como «heraldo del telurismo democrático, de la comunidad de bienes

y de mujeres». La idea de la íntima unión de la «comunidad de bienes» con la «comunidad de mujeres» desempeña un papel central en la lucha antirrevolucionaria. La democratización del patriarcado romano, que hasta el siglo V proporcionaba trescientos senadores provenientes de otras tantas familias nobles, se atribuye al hecho de que a partir del siglo V se permitieron los casamientos de patricios con plebeyos, lo cual significó una «decadencia racial». De este modo, también la democratización de un sistema político, producida por los matrimonios mixtos, se interpreta como manifestación de la decadencia de la

raza. Es aquí donde se revela por completo el carácter reaccionario de la teoría racial, pues ahora son las relaciones sexuales entre griegos o romanos de distintas *clases sociales* las que son consideradas como una mezcla racial perniciosa. *Se equipara a los miembros de la clase oprimida con los hombres de razas extranjeras*. En otro pasaje, Rosenberg habla del movimiento obrero en términos del «ascenso de la humanidad del asfalto de las grandes ciudades con todos los desechos de Asia» (*Mito*). *Tras la idea de la mezcla con las razas extranjeras se esconde, por tanto, la idea de las relaciones sexuales con miembros de la clase*

oprimida, y detrás de esta idea se esconde, a su vez, la tendencia de la reacción política a la segregación, la cual, si bien es muy nítida en el plano económico, en el de la moral sexual está completamente difuminada por la restricción sexual impuesta a las mujeres burguesas. Pero la mezcla sexual de las clases significa al mismo tiempo una conmoción de los pilares centrales de la dominación de clase y la posibilidad de una «democratización», es decir de la proletarización sexual de la juventud «aristocrática», puesto que las capas sociales inferiores de todo orden social producen concepciones y hábitos sexuales que ciertamente ofrecen

un peligro mortal para los soberanos de cualquier orden autoritario[23]. En definitiva: si el concepto de mezcla de razas esconde la idea de la mezcla de integrantes de las capas dominantes con integrantes de las capas dominadas, nos hallamos evidentemente ante la clave del papel de la represión sexual en la sociedad de clases. En este plano podemos diferenciar varias funciones, y de ningún modo debemos trazar una analogía mecánica entre la represión sexual y la explotación material de la clase dominada. Las relaciones entre la represión sexual y la sociedad de clases son mucho más complejas. En este punto queremos destacar sólo dos de estas

funciones:

1) Puesto que la represión sexual parte originariamente de los intereses económicos del derecho de herencia y del matrimonio, debe comenzar en el seno de la propia clase dominante. La moral de la castidad se aplica en primer lugar con total rigidez a los integrantes femeninos de la clase dominante. Su misión es la de asegurar la propiedad adquirida a través de la explotación de las capas inferiores.

2) En el capitalismo temprano y en las grandes culturas asiáticas de carácter feudal, la clase dominante *todavía* no está interesada en una represión sexual de las capas dominadas. Con el

comienzo del movimiento obrero organizado, con la conquista de reivindicaciones sociopolíticas y con la elevación cultural paralela de las amplias masas populares, empieza a la vez su inhibición en el plano de la moral sexual. Tan sólo ahora la clase dominante comienza a interesarse por la «decencia» de los sojuzgados. Con el ascenso de la clase obrera organizada, por tanto, comienza simultáneamente un proceso inverso que constituye una adaptación ideológica a la clase dominante.

Pero este proceso no implica la desaparición de las formas propias de vida sexual; éstas subsisten a la par de

las ideologías moralistas que ahora van arraigando cada vez más, y crean la contradicción antes descrita entre las estructuras reaccionaria y liberal. Históricamente, la formación de esta contradicción en la psicología de las masas coincide con la sustitución del absolutismo feudal por la democracia burguesa. La explotación no ha modificado más que sus formas; pero la nueva forma de explotación lleva aparejada una modificación de las estructuras caracteriológicas de las masas. Ésta es la situación que Rosenberg observa desde el plano de la mística cuando escribe que Poseidón, el antiquísimo dios de la tierra, rechazado

por Atenea, la diosa de la asexualidad, reina bajo tierra debajo del templo de la diosa metamorfoseado en serpiente, del mismo modo que el «dragón pelásgico Python» de Delfos debajo del templo de Apolo. «Pero el Teseo nórdico no ha matado en todas partes los monstruos del Asia Menor; al menor debilitamiento de la sangre aria, los monstruos extranjeros renacían sin cesar, con el mestizaje del Asia Menor y la robustez física de los orientales».

Queda claro el sentido de la expresión «robustez física»; alude a esa naturalidad sexual que distingue a las masas trabajadoras de la capa dominante y que va disgregándose

paulatinamente en el curso de la «democratización», sin que la pierdan jamás por completo. Desde la perspectiva de la psicología, la sierpe Poseidón y el dragón Python significan la sensualidad genital simbolizada por el falo. Esta sensualidad está oprimida y se ha vuelto subterránea en la estructura social y en la de los hombres, pero no ha sido aniquilada. La capa superior feudal, que tiene un interés económico directo en la negación de la sexualidad natural (cf. Japón), se siente tanto más amenazada por las formas de la vida sexual más cercanas a la naturaleza propias de las capas oprimidas, por cuanto que en su seno esta sensualidad

no sólo no ha sido superada, sino que por el contrario la ve reaparecer bajo una forma distorsionada y perversa. Por lo tanto, las costumbres sexuales de las masas significan para la clase dominante no sólo un peligro psicológico, sino también social; ve amenazada sobre todo su institución familiar. Mientras las castas dominantes son económicamente poderosas y se encuentran en la línea ascendente, como la burguesía inglesa a mediados del siglo XIX, logran mantener intacta la frontera que separa su moral sexual de la de la masa. Cuando su dominación se ve sacudida, pero sobre todo en épocas de crisis manifiesta, como en Europa central a partir de

principios del siglo XX, las ataduras morales de la sexualidad se relajan en el seno de la propia capa dominante. La descomposición de la moral sexual empieza con la liquidación de los vínculos familiares, mientras que al principio la mediana y pequeña burguesía, en completa identificación con la gran burguesía y con su moral, se convierten en el verdadero defensor de la moral antisexual estrictamente defendida a nivel oficial. La vida sexual natural pone en peligro la persistencia de las instituciones sexuales cuando comienza el desclasamiento económico de la pequeña burguesía. Al ser ésta el pilar principal del orden autoritario, su

«decencia» y «preservación» de las «influencias de la infrahumanidad» es de fundamental importancia; pues si la pequeña burguesía perdiera su postura moralista en lo sexual en la misma medida que su posición económica intermedia entre la clase obrera industrial y la gran burguesía, este hecho constituiría seguramente la más grave amenaza para la existencia de las dictaduras. Pues también en la pequeña burguesía el «dragón pitio» está al acecho, dispuesto a romper en cualquier momento los lazos que se le han impuesto y junto con ellos la reacción política que contienen. Por eso en épocas de crisis el poder dictatorial

siempre refuerza la propaganda en favor de la «decencia» y de la «consolidación del matrimonio y de la familia», dado que la familia autoritaria es el puente que une la situación social miserable de la pequeña burguesía con la ideología reaccionaria. Cuando la familia compulsiva es sacudida por crisis económicas, por la proletarización de las clases medias y por guerras, el enraizamiento estructural del sistema autoritario se ve amenazado de muerte. Más adelante tendremos que tratar esta cuestión con todo detalle. Debemos, pues, dar crédito a las palabras del biólogo nacionalsocialista e investigador racial muniqués Leng,

cuando, en 1932, en una sesión de la sociedad nacionalsocialista Deutscher Staat (Estado Alemán), afirmaba que la familia autoritaria era el pivote de toda la política cultural. Podemos agregar que esto se aplica tanto a la política reaccionaria como a la revolucionaria, puesto que estas comprobaciones tienen consecuencias sociales de largo alcance.

4

EL SIMBOLISMO DE LA CRUZ GAMADA

Nos habíamos convencido de que el fascismo debe ser considerado como un problema de las masas y no como un problema de la persona de Hitler o de la política del Partido Nacionalsocialista. Hemos expuesto cómo es posible que una masa depauperada pueda orientarse con tanto entusiasmo hacia un partido archirreaccionario. Para analizar ahora paso a paso y con certeza las consecuencias prácticas que de ello resultan para el trabajo de la política sexual, es necesario que nos aboquemos al *simbolismo* con que los fascistas colocan cadenas reaccionarias a las

estructuras liberales de las masas; aplican estas técnicas de modo inconsciente.

En las SA (*Sturmangriff* o tropas de asalto), el nacionalsocialismo pronto reunió a obreros con mentalidad vagamente revolucionaria pero a la vez sumisa al autoritarismo; en su mayor parte eran parados y jóvenes. Por este motivo la propaganda era contradictoria y difería según la capa a la que iba dirigida. Sólo era consecuente e inequívoca en el manejo del sentimiento místico de la masa.

De conversaciones con seguidores del nacionalsocialismo y en especial con miembros de las SA se desprendía

claramente que la fraseología revolucionaría de los nazis era el factor decisivo para ganarse a estas masas. Había hombres de las SA que le advertían a Hitler que no debía traicionar la causa de la «revolución». Algunos miembros de las SA afirmaban que Hitler era el Lenin alemán. Los tránsfugas de la socialdemocracia y de los partidos liberales de centro llegados al bando del nacionalsocialismo, pertenecían sin excepción a las masas revolucionarias que antes eran apolíticas o indecisas. Los que desertaban del Partido Comunista eran a menudo elementos de orientación revolucionaria que no lograban

comprender muchas de las consignas políticas contradictorias del PC alemán, o que se habían dejado impresionar por el fasto exterior del partido de Hitler, por su carácter militar, por sus manifestaciones de fuerza, etc.

Entre los medios simbólicos de la propaganda, el que primero llama la atención es la bandera:

> *Wir sind das Heer vom Hakenkreuz,*
> *Hebt hoch die roten Fahnen,*
> *Der deutschen Arbeit wollen wir*
> *Den Weg zur Freiheit bahnen.*
>
> (Somos el ejército de la cruz gamada, / alzad las banderas rojas, / queremos allanar el camino del trabajo alemán / hacia la libertad.)

Por su contenido emocional, esta letra es inequívocamente revolucionaria. Los nacionalsocialistas hacían cantar a sabiendas melodías revolucionarias con textos reaccionarios. En la prensa de Hitler se encontraban centenares de formulaciones políticas ajustadas a la misma táctica. He aquí un ejemplo:

> La burguesía política está a punto de abandonar la escena de la creación histórica, y está siendo reemplazada por la clase, hasta ahora oprimida, del pueblo trabajador del puño y de la frente, por la clase trabajadora, llamada a cumplir su misión histórica.

Hay aquí un claro acento comunista. El carácter revolucionario de las masas

nacionalsocialistas resaltaba claramente también en la bandera, compuesta con gran habilidad. Hitler decía:

> Como socialistas nacionales vemos en nuestra bandera nuestro programa. En el color rojo vemos el pensamiento social de nuestro movimiento, en el blanco el nacionalista, en la cruz gamada la misión del combate por la victoria del hombre ario y junto con ella la victoria de la idea del trabajo creador, trabajo que ha sido siempre antisemita y seguirá siéndolo eternamente (*Mi lucha*).

El rojo y el blanco evocan la estructura contradictoria del hombre. Pero aún no queda claro el papel que juega la *svástica* en la vida afectiva.

¿Por qué este símbolo es tan adecuado para provocar sentimientos místicos? Hitler afirmaba que la cruz gamada era un símbolo del antisemitismo. En realidad, la cruz gamada ha adquirido tardíamente este sentido. Y, además, subsiste la cuestión del contenido irracional del antisemitismo. El contenido irracional de la teoría racial se explica a partir de la interpretación equivocada de la sexualidad natural como algo «inmundo-sexual-sensual». En este contexto, el judío y el negro están al mismo nivel en la concepción de los fascistas tanto alemanes coma estadounidenses. En los Estados Unidos, la lucha racial contra los negros se

desarrolla sobre todo en el terreno del rechazo sexual: el negro es concebido como el cerdo sensual que viola a las mujeres blancas. A propósito de la ocupación de Renania por unidades de color, Hitler escribe lo siguiente:

> Sólo en Francia existe hoy, más que nunca, una íntima coincidencia de las intenciones de la Bolsa con las de los judíos, que la controlan, y con los deseos del gobierno nacional de tendencia chauvinista. En este hecho reside precisamente el gran peligro para Alemania. Por este motivo es y será precisamente Francia nuestro peor enemigo. *Este pueblo que recae cada vez más en la negrización* (Vernegerung), dada su vinculación con los objetivos de la dominación judía

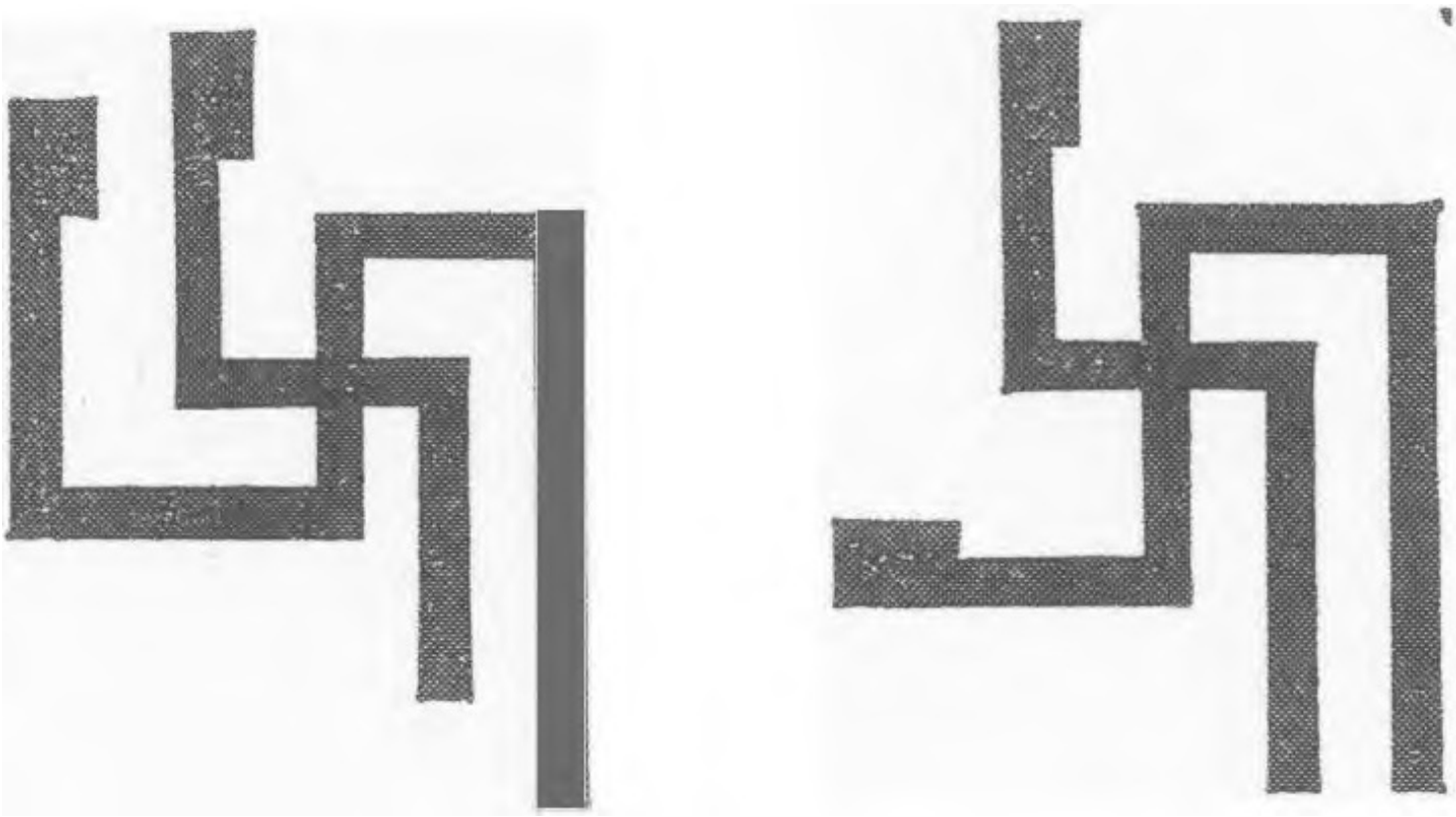
> mundial, constituye una amenaza permanente para la existencia de la raza blanca en Europa. Pues la *infestación por sangre negra en la Renania*, en pleno corazón de Europa, es tanto una manifestación de la sed de venganza sádico-perversa de este enemigo hereditario chauvinista de nuestro pueblo, como del frío cálculo del judío de comenzar por este camino la bastardización del continente europeo, partiendo del centro y de quitarle a la raza blanca, mediante la infestación con una humanidad vil, las bases para una existencia soberana (*op. cit.*).

Debemos adquirir el hábito de escuchar atentamente lo que dice el fascista y no rechazarlo de antemano calificándolo de estupidez o falacia.

Ahora comprenderemos mejor el contenido afectivo de esta teoría que, considerada conjuntamente con la teoría del envenenamiento del cuerpo del pueblo, parece un delirio persecutorio. También la cruz gamada tiene un contenido propio capaz de suscitar las emociones más profundas, aunque nada tengan que ver con lo que Hitler se imaginaba.

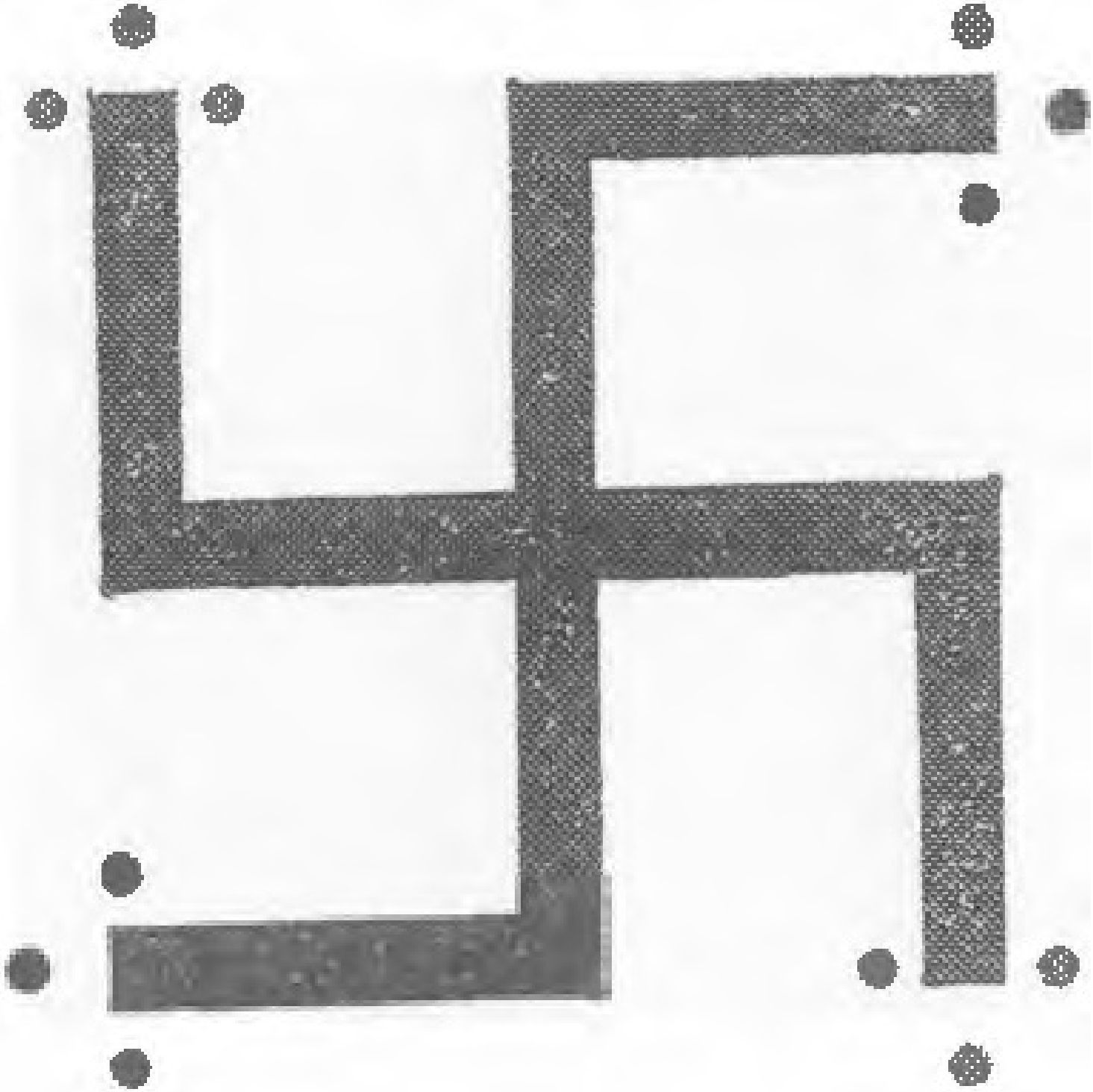
Hay que decir, en primer lugar, que la cruz gamada se ha encontrado también entre los semitas, a saber en el Patio de los Mirtos de la Alhambra de Granada. Herta Heinrich la encontró en las ruinas de la sinagoga de Edd-Dikke en la Jordania oriental, a orillas del lago

Tiberíades. Tenía la siguiente forma[24]:



La cruz gamada se encuentra a menudo junto a un rombo; aquélla representa el principio masculino, éste es el símbolo del principio femenino. Percy Gardner la ha encontrado entre los griegos bajo la denominación de *homera*, como símbolo del sol, lo cual

significa nuevamente el principio masculino. Löwenthal describe una cruz gamada del siglo XIV en la sabanilla del altar de la iglesia Maria zur Wiese de Soest; allí la cruz gamada está decorada con una vulva y una cruz de doble travesado. La cruz gamada aparece aquí como símbolo del cielo de tormenta y el rombo como símbolo de la tierra fértil. Smigorski ha hallado la cruz gamada bajo la forma de la svástica hindú: un relámpago cuatridireccional con tres puntos en cada extremo[25]:



Lichtenberg ha encontrado cruces gamadas con una cabeza en lugar de los tres puntos. *La cruz gamada, por tanto,*

es originariamente un símbolo sexual, que con el correr del tiempo ha tomado diversos significados; entre otros, más tarde tuvo también el sentido de una rueda de molino, es decir, del trabajo. Desde un punto de vista afectivo, el trabajo y la sexualidad eran originariamente idénticos; ello explica el hallazgo de Bilmans y Pengerots, que han encontrado en la mitra de Santo Tomás Beckett una cruz gamada de la protohistoria indogermánica y que lleva la siguiente inscripción: «Salve, oh Tierra, madre de los hombres; crece en el abrazo de Dios, repleta de fruto para el bien de la humanidad».

La fecundidad se representa aquí

sexualmente como la cópula de la Madre-Tierra con el Dios-Padre. Según Zelenin, los lexicógrafos de la India antigua llaman *svástica*, es decir, cruz gamada, tanto al gallo como al libertino, con alusión al instinto sexual.

Si ahora observamos una vez más las cruces gamadas de las páginas anteriores, se nos revelan como representaciones de dos figuras humanas entrelazadas, esquematizadas, pero claramente reconocibles como tales. La cruz gamada de la izquierda representa un *acto sexual* en posición horizontal, la otra en posición vertical. La cruz gamada representa, pues, una función fundamental de lo viviente.

Desde luego, este efecto de la cruz gamada sobre la vida afectiva inconsciente no es la causa, sino sólo un auxiliar poderoso del éxito masivo de la propaganda fascista. Pruebas hechas al azar con personas de diferentes edades, sexo y posición social, han revelado que son pocas las que no reconocen el significado de la cruz gamada; la mayor parte de ellas lo descubre tarde o temprano. Por tanto, cabe suponer que este símbolo, que representa a dos figuras entrelazadas, ejerce una gran atracción sobre las capas más profundas del organismo, atracción que será tanto mayor cuanto menos satisfecho y más ansioso de sexo esté el individuo en

cuestión. Si, además, el símbolo se presenta como emblema del honor y de la fidelidad, tendrá en cuenta también las tendencias defensivas del yo moralizador y puede ser aceptado más fácilmente. Sería un error deducir de estos hechos una práctica que consistiera en desvalorizar el efecto del símbolo desvelando su sentido sexual; pues en primer lugar no queremos desvalorizar el acto sexual y, en segundo, el resultado predominante sería el rechazo de nuestra tesis, puesto que el embozo moral actuaría como resistencia contra la aceptación de nuestros ensayos. La higiene mental basada en la economía sexual sigue un camino

distinto.

5

LOS SUPUESTOS SEXO-ECONÓMICOS DE LA FAMILIA AUTORITARIA

Dado que la sociedad autoritaria se reproduce en las estructuras individuales de las masas a través de la familia autoritaria, ésta debe ser considerada y defendida por la reacción política como *la* base del «Estado de la cultura y de la civilización». En esta propaganda, la reacción puede apoyarse sobre factores irracionales profundos existentes en las masas. El político reaccionario no puede exponer las verdaderas intenciones en su propaganda. Las masas alemanas no habrían aprobado la consigna de «conquista del mundo». La propaganda

política, en la que lo importante es producir un efecto psicológico en las masas, no tiene que enfrentarse directamente a procesos económicos, sino a estructuras humanas. Este punto de vista dicta determinadas posturas en la tarea de higiene mental, y su abandono puede llevar a errores psicológicos en el tratamiento de las masas. Por consiguiente, la política sexual revolucionaria no puede contentarse con la exposición de los fundamentos objetivos de la familia autoritaria; por el contrario: si quiere operar correctamente con la psicología de las masas, deberá apoyarse sobre las ansias del ser humano por alcanzar la

felicidad en la vida y en el amor.

Desde el punto de vista de la evolución social, la familia no puede considerarse como la base del Estado autoritario, sino sólo como una de las instituciones más importantes entre las que lo sostienen. En cambio, debemos llamarla la *célula germinal central* de la reacción política, el más importante lugar de producción del hombre reaccionario y conservador. Surgida a consecuencia de determinados procesos sociales y sometida a transformaciones, se convierte en la institución más esencial para la conservación del sistema autoritario que la determina. En este sentido, los descubrimientos de

Morgan y Engels han conservado toda su validez. Pero lo que en este contexto nos interesa no es la historia de la familia, sino una importante cuestión de la política sexual contemporánea: qué camino debe seguir la economía sexual para enfrentarse con éxito a la política sexual y cultural reaccionaria, en cuyo centro está tan bien situada la cuestión de la familia autoritaria. El profundo examen de los efectos y fundamentos de la familia autoritaria se hace tanto más necesario por cuanto que incluso los medios revolucionarios presentan una gran falta de claridad a este respecto.

La familia autoritaria contiene una contradicción cuyo conocimiento exacto

tiene una importancia decisiva para una eficaz higiene sexo-económica de las masas.

Para la preservación de la institución de la familia autoritaria se necesita algo más que la dependencia económica de la mujer y de los niños con respecto al marido y padre. Para los oprimidos, esta dependencia sólo es soportable a condición de que se elimine tanto como sea posible la conciencia de la mujer y de los hijos de que son seres sexuales. *La mujer no debe aparecer como un ser sexual, sino únicamente como reproductora.* La idealización de la maternidad, su divinización, tan contradictoria con el

tratamiento brutal real que se da a las madres del pueblo trabajador, sirven esencialmente como medio para que no surja en las mujeres la conciencia sexual, para que no se quiebre la represión sexual impuesta ni sucumban la angustia sexual y el sentimiento de culpabilidad sexual. *La aceptación y el reconocimiento de la mujer como ser sexual significaría el derrumbe de toda la ideología autoritaria*. La reforma sexual conservadora ha cometido siempre el error de no concretar suficientemente la consigna del «derecho de la mujer sobre su propio cuerpo», de no plantear y defender de modo neto e inequívoco a la mujer como

ser *sexual* al menos al mismo nivel que la defiende como madre. Además, ha basado predominantemente su política sexual sobre la función reproductora, en vez de abolir la igualación reaccionaria de sexualidad y reproducción, Por eso no ha podido enfrentarse a la mística con la suficiente fuerza.

Otro punto de apoyo de la familia autoritaria es la ideología de la «suerte de la familia numerosa»; esto no obedece sólo a los intereses del imperialismo agresivo, sino esencialmente a la intención de *hacer sombra a la función sexual de la mujer con respecto a su función de procreación*. La oposición entre

«madre» y «ramera», tal como la expone el filósofo Weininger, responde al antagonismo entre goce sexual y reproducción en el sentido del hombre reaccionario. Según esta concepción, *el acto sexual realizado por placer* deshonra a la mujer y madre, y «ramera» es la que aprueba el placer y vive de acuerdo a esta idea. La idea de que la vida sexual es moral sólo si se encuentra al servicio de la reproducción, y de que más allá de la reproducción no hay nada que pueda ser aprobado, es el rasgo fundamental de la política sexual reaccionaria. Esta idea no es menos reaccionaria cuando la defienden comunistas como Salkind o Stoliarow.

El imperialismo agresivo exige que no surja en las mujeres rebelión alguna contra la función que se les ha impuesto: la de ser meras máquinas de parir. Esto significa que *la función de la satisfacción sexual no debe perturbar la de la reproducción*; además, una mujer consciente de su sexualidad jamás seguiría voluntariamente las consignas reaccionarias que intentan esclavizarla. Esta oposición entre satisfacción sexual y reproducción sólo sirve para la sociedad autoritaria, y no detiene la democracia laboral; lo que importa son las condiciones sociales bajo las que han de parir las mujeres: si son favorables, protegidas por la sociedad,

o cuentan con la protección necesaria de la madre y los hijos. Si lo que se quiere es que la mujer dé a luz sin la menor protección por parte de la sociedad, sin garantías para la seguridad de la educación de sus hijos, sin que pueda siquiera determinar el número de hijos que quiere traer al mundo, engendrándolos, sin embargo, de buena voluntad y sin rebelarse, entonces hay que idealizar la maternidad y oponerla a la función sexual de la mujer.

Debemos, pues, comprender el fenómeno del irracionalismo si queremos entender cómo fue posible que tanto el partido de Hitler como los partidos de centro pudieran apoyarse, en

estas condiciones, sobre todo en votos de las mujeres. El mecanismo irracional es la oposición entre la mujer como procreadora y la mujer como ser sexual. Así comprenderemos más a fondo ciertas posturas del fascismo, como por ejemplo la siguiente:

> La conservación de la familia numerosa existente es una cuestión de sentimiento social, el mantenimiento de la familia numerosa como forma familiar es una cuestión de concepción biológica y de convicción nacional. Hay que sostener a la familia numerosa, no porque sufra hambre, sino porque es un componente precioso e indispensable del pueblo alemán. La familia resulta preciosa e indispensable no sólo porque

es la única que garantiza la conservación numérica futura de la nación (función imperialista objetiva, W. R.), sino porque *la moralidad y la cultura populares encuentran en ella su más fuerte apoyo* […]. La conservación de la familia numerosa existente está estrechamente ligada a la conservación de la familia numerosa como tipo familiar, porque estos dos problemas son efectivamente inseparables […]. La conservación de este tipo de familia es una necesidad indispensable de la política estatal y cultural […]. Esta manera de concebir la cuestión está en oposición total con la supresión del artículo 218 y considera intocable la vida concebida. La posibilidad de interrumpir el embarazo está en contradicción con el sentido de la familia, cuya tarea es precisamente la

> educación de la descendencia, y esta libertad conduciría a la supresión definitiva de la familia numerosa como tal.

Así se pronunciaba el *Völkischer Beobachter* el 14 de octubre de 1931. Por tanto, incluso en materia de interrupción del embarazo, la política familiar reaccionaria es el punto clave y mucho más importante que el factor que hasta ahora se destacaba en primer plano: el de los intereses puestos en el ejército industrial de reserva y en la existencia de carne de cañón para la guerra imperialista. El argumento del ejército industrial de reserva ha perdido casi toda su validez en los años de la

crisis económica con masas de muchos millones de parados en Alemania y con unos cuarenta millones en todo el mundo. Si la reacción política nos dice una y otra vez que la conservación del artículo sobre la prohibición del aborto es necesaria en interés de la familia y del «orden moral», si el higienista socialdemócrata Grothian sigue en este asunto la misma línea que los nacionalsocialistas, es necesario que creamos que la «familia autoritaria» y la «decencia moralista» son fuerzas reaccionarias de decisiva importancia. No debemos dejarlas de lado considerándolas como algo carente de importancia. De lo que se trata es de la

vinculación de las mujeres a la familia autoritaria mediante la represión de sus necesidades sexuales: lo que importa es la influencia que estas mujeres ejercen sobre sus maridos en un sentido reaccionario; se trata de asegurar el efecto que ejerce la propaganda sexual reaccionaria sobre los millones de oprimidos sexuales y sobre las mujeres que toleran esta opresión. Desde la perspectiva revolucionaria, es un error no querer seguir a la reacción a *todas* aquellas partes en las que ejerce su acción. Hay que golpearla dondequiera que defienda su sistema. El primer objetivo de la política sexual reaccionaria en todas estas cuestiones

es, pues, la conservación de la familia autoritaria en tanto que institución «que mantiene al Estado». Coincide, además, con el interés de todas las capas medias que desarrollan una pequeña empresa, para las cuales la familia constituye o, mejor dicho, constituyó en su época, la unidad económica. Éste es el punto de vista desde el cual la ideología fascista considera al Estado y a la sociedad, a la economía y a la política. Este punto de vista determinado por el antiguo modo de producción de la pequeña burguesía es también el que preside la ciencia sexual reaccionaria, que promulga que el Estado es un «todo orgánico». Para los trabajadores de nuestra civilización

moderna, familia y vida social no coinciden, y la familia crece de un enraizamiento en lo económico; por eso están en condiciones de ver en el Estado una institución compulsiva de la sociedad; para su ciencia y economía sexuales, el punto de vista «biológico» del Estado como un «todo orgánico» carece de valor. El eventual acercamiento del trabajador a esta concepción reaccionaria se debe a la influencia que ha padecido de la educación familiar autoritaria. Y el pequeño campesino y el pequeño burgués tendrían mayor acceso a la comprensión de sus responsabilidades sociales si su situación familiar no

guardara una interdependencia orgánica con su situación económica.

La crisis económica mundial ha demostrado que con la ruina económica de las pequeñas empresas se relajan también los vínculos entre la familia y la economía. La citada frecuentemente naturaleza de la tradición de la pequeña burguesía, es decir, su apego a la familia autoritaria, ha seguido haciendo sentir sus efectos. Por eso, esta clase tenía que ser mucho más accesible a la ideología fascista de la «familia numerosa» que a la ideología revolucionaria del control de la natalidad, sobre todo porque el movimiento revolucionario no creaba claridad en estas cuestiones y no las

colocaba en primer plano.

Por evidente que sea esta situación, nos equivocaríamos si no la pusiéramos en relación con otros hechos que la contradicen. Llegaríamos inevitablemente a una apreciación errónea si pasáramos por alto las contradicciones que experimenta el hombre sexualmente inhibido. En primer lugar, hay una contradicción entre el pensamiento y el sentimiento moralistas en lo sexual y el modo de vida sexual concreto. Ejemplo: en el oeste de Alemania había un gran número de asociaciones de carácter predominantemente «socialista» para el control de la natalidad. En la campaña

de Wolf-Kienle en 1931, las mismas mujeres que votaban al Centro o al NSDAP, se pronunciaban *a favor de la abolición del artículo que prohibía el aborto*, mientras que sus partidos se oponían violentamente a ella. Estas mujeres votaban a favor del control sexo-económico de la natalidad porque querían asegurarse su satisfacción sexual; pero a la vez votaban a favor de sus partidos, no porque desconocieran sus objetivos reaccionarios, sino porque al mismo tiempo, y sin ser conscientes de que esto era contradictorio, estaban afectadas por la ideología reaccionaria de la «maternidad pura», del antagonismo maternidad/sexualidad, y

sobre todo por la ideología autoritaria. Estas mujeres nada sabían sobre el papel psicológico de la familia autoritaria en la dictadura, pero se hallaban bajo el influjo de la política sexual de la reacción política: aprobaban el control de la natalidad, pero temían la responsabilidad que les endilgaba el mundo revolucionario.

La reacción sexual, además, utilizaba todos los medios que le permitieran aprovechar para sus fines la angustia sexual. A una mujer media de la clase trabajadora o de la pequeña burguesía, de mentalidad cristiana o nacionalista, tenía que grabársele en la mente una propaganda de la siguiente

índole, ante la ausencia de una contrapropaganda revolucionaria de inspiración económico-sexual:

En el año 1918, la Asociación para la Lucha contra el Bolchevismo publicó un cartel cuya leyenda rezaba así:

> ¡Mujeres alemanas!
> ¿Sabéis cuál es la amenaza del bolchevismo?
> El bolchevismo quiere la socialización de las mujeres:
>
> 1) Se suprime el derecho de propiedad sobre las mujeres entre los diecisiete y los treinta y dos años.
> 2) Todas las mujeres son propiedad del pueblo.

3) Los que eran propietarios conservan, además, el derecho sobre sus mujeres.
4) Todo hombre que quiera usar un ejemplar de la propiedad popular, necesita un certificado del Comité Laboral.
5) Ningún hombre tiene el derecho de acaparar a una mujer más de tres veces por semana ni más de tres horas por vez.
6) Todos están obligados a denunciar a las mujeres que se nieguen.
7) Todo hombre que no pertenezca a la clase obrera tiene que pagar cien rublos por mes para tener el derecho a utilizar este bien del pueblo.

La infamia de esta propaganda es tan clara como su falsedad, pero la primera reacción de cualquier mujer será un rechazo asustado; la reacción de una mujer más progresista, en cambio, será aproximadamente la siguiente:

Carta de una corresponsal obrera:

> Confieso que la única salida de la miseria actual es para nosotros, los obreros, el socialismo. Pero debe respetar ciertos límites moderados y no desechar como malo e innecesario todo lo que existía hasta ahora. En caso contrario se produciría una degeneración de las costumbres, que sería aún mucho peor que la triste situación material actual. Y el socialismo, lamentablemente, ataca un

ideal elevado y muy importante: el matrimonio. En este campo exige la libertad total, el completo desenfreno, algo así como un bolchevismo sexual. Todos tendrán el derecho a dejarse vivir sin freno ni moderación. Ya no existirá la unión entre el hombre y la mujer, sino que se vivirá hoy con uno y mañana con otro, según el deseo que uno tenga. Eso se llama libertad, amor libre, nueva moral sexual. Pero estos bellos nombres no pueden engañarme respecto del hecho de que aquí acechan graves peligros. Con esta actitud se ensucian los sentimientos más nobles y elevados del ser humano: el amor, la fidelidad, el espíritu de sacrificio. Es del todo imposible y antinatural que un hombre o una mujer puedan amar al mismo tiempo a varias personas. La consecuencia sería el embrutecimiento

general que conduce a la destrucción de la cultura. No sé cómo son estas cosas en la Unión Soviética, pero, o bien los rusos son personas especiales, o no han autorizado finalmente esta libertad absoluta y tienen también ciertas prohibiciones…

A pesar de lo atractivas que son las teorías socialistas, y a pesar de que estoy de acuerdo con vosotros en todas las cuestiones económicas, no puedo seguiros en el problema sexual, por lo cual suelen asaltarme dudas sobre la validez de todo el sistema.

Esta carta refleja claramente el conflicto interno con que se ve confrontado todo hombre medio: *a la moral sexual compulsiva se opone la anarquía sexual. El hombre medio no*

conoce la regulación sexo-económica de la vida sexual, que está tan alejada de la moral compulsiva como de la anarquía. Reacciona contra la severa compulsión impuesta con impulsos promiscuos: rechaza la una y la otra. La moral es una carga y el instinto sexual aparece como un enorme peligro. El hombre educado y mantenido en el autoritarismo no conoce las leyes naturales de la autorregulación y no tiene confianza en sí mismo; tiene miedo de su sexualidad porque jamás ha aprendido a vivirla naturalmente. Por eso declina toda responsabilidad respecto de sus actos y decisiones, y reclama que le dirijan y guíen.

Hasta ahora, el movimiento revolucionario no ha tenido éxito con su política sexual, si se la compara con las posibilidades de una política sexual revolucionaria consecuente, porque no ha reaccionado con las armas que correspondían frente a los exitosos intentos de la reacción de apoyarse sobre las fuerzas de la represión sexual que actúan en el hombre. Si la reacción sexual hubiera difundido sólo sus tesis sobre la política demográfica, habría tenido menos éxito que payaso en cementerio. Pero supo explotar hábilmente la angustia sexual de las mujeres y de las jóvenes; unió sus objetivos demográficos con las

inhibiciones morales compulsivas de la población, y esto en todos los medios. Los centenares de miles de trabajadores agrupados en las organizaciones cristianas nos proporcionan la prueba.

He aquí otro ejemplo de los métodos de propaganda de la resolución[26]:

> En su campaña destructora contra todo el mundo burgués, los bolcheviques se habían orientado desde el comienzo contra la familia, «ese residuo particularmente tenaz del maldito antiguo régimen». Ya la asamblea plenaria del Komintern del 10 de junio de 1924 proclamaba: «La revolución es impotente mientras existan los conceptos de familia y de vínculos familiares». Como

consecuencia de esta postura se desencadenó una violenta lucha contra la familia. La bigamia y la poligamia no están prohibidas, y por lo tanto están permitidas. La actitud de los bolcheviques con respecto al matrimonio queda clara en la definición de la unión conyugal propuesta por el profesor Goichbarg: «El matrimonio es una institución destinada a satisfacer las necesidades sexuales de un modo más cómodo y menos peligroso». La estadística del censo general de 1927 demuestra hasta dónde llega la decadencia del matrimonio y de la familia en aquellas condiciones. *Izvestia* escribe: «En Moscú, el censo ha revelado numerosos casos de poligamia y poliandria. El caso de que dos y hasta tres mujeres designen al mismo hombre como su marido puede

considerarse cotidiano». No podemos sorprendernos de la descripción que da el profesor alemán Sellheim de la situación de la familia en Rusia: «Es una recaída completa en el orden sexual de la turbia prehistoria, a partir del cual se han ido desarrollando, en el curso de milenios, el matrimonio y un orden sexual útil».

La vida conyugal y familiar autoritarias son atacadas también mediante proclamaciones de la absoluta libertad de relaciones sexuales. La conocida comunista Smidowitsch ha establecido un código de la moral sexual por el que se rige sobre todo la juventud de ambos sexos[27]. Su contenido es aproximadamente el siguiente:

1) Cada estudiante de la facultad obrera, aunque sea menor de edad, tiene

el derecho y el deber de satisfacer sus necesidades sexuales.

2) Si un hombre desea a una joven, ya sea estudiante, obrera o incluso si está en edad escolar, dicha joven está obligada a plegarse a su deseo, pues en caso contrario se la considerará una muchacha burguesa que no puede ser una comunista auténtica.

El *Pravda* escribe sin rodeos: «Entre nuestros hombres y nuestras mujeres no hay más que relaciones sexuales. No reconocemos el amor; el amor es despreciable en tanto que hecho psicológico; entre nosotros sólo la fisiología tiene derecho a la existencia». A continuación de esta concepción comunista, toda mujer o joven está obligada a satisfacer el instinto sexual del hombre. Como a veces las mujeres no se prestan a ello

precisamente de buena gana, la violación se ha convertido en un verdadero azote en la Rusia soviética.

El efecto de tales mentiras de la reacción política no puede anularse desenmascarándolas como tales, pero tampoco afirmando que la revolución es tan «moral» como la reacción, que no destruye la familia autoritaria ni el moralismo, etc. El hecho es que la revolución modifica la vida sexual y que el viejo orden compulsivo se deshace; esto no hay que negarlo. Tampoco puede hallarse la actitud sexo-económica correcta si en las propias filas se toleran posiciones ascéticas respecto de estas cuestiones y se permite que se ejerzan en

la práctica. Más adelante tendremos que discutir este asunto con todo detalle.

La política sexual liberal ha omitido *constantemente* explicar el orden sexo-económico de la vida sexual y fundamentarlo, comprender la angustia sexual de las mujeres ante la libertad sexual y ayudarlas a superarla; pero sobre todo ha pasado por alto el esclarecimiento en las propias filas mediante una separación consecuente y constante de las concepciones sexo-económicas y las reaccionarias. La experiencia enseña que todo hombre medio aprueba el orden sexo-económico de la vida sexual, a condición de que se lo expliquemos con la suficiente

claridad.

El punto de partida del movimiento antirrevolucionario es la concepción de mundo de la reacción política, concepción sustentada en el terreno económico por el tipo de existencia económica de la pequeña burguesía y en el terreno ideológico por la mística. El aspecto central de la política cultural de la reacción política es la cuestión sexual. Por tanto, debe convertirse también en el aspecto central de la política cultural revolucionaria.

La economía sexual da la respuesta política al caos creado por la contradicción entre la moral compulsiva y el libertinaje sexual.

6

EL MISTICISMO ORGANIZADO COMO ORGANIZACIÓN ANTI-SEXUAL INTERNACIONAL

1. El interés en la Iglesia

Si queremos lograr claridad en todo momento en las tareas sexo-económicas de la higiene mental, debemos observar exactamente las posiciones de ataque y defensa de la reacción política en el frente de la política cultural. Nos negamos a rechazar la fraseología mística de la reacción tildándola de mera «maniobra disuasoria». Decíamos que cuando determinada propaganda ideológica reaccionaria llega a tener éxito, no puede tratarse de una mera acción de ocultamiento, sino que en todos los casos debe existir un problema

de la psicología de las masas y deben estar experimentando algo que aún nos es desconocido y que las capacita para pensar y actuar en contra de sus propios intereses vitales. Este problema es decisivo, dado que sin este comportamiento de las masas la reacción política no tendría poder alguno. La fuerza del fascismo no proviene sino de la disposición que tienen las masas para aceptar estas ideas; es lo que llamamos la *base psicológica masiva* de la dictadura. Urge, pues, comprobar cabalmente este fenómeno.

Cada vez que se incrementa la presión económica sobre las masas

trabajadoras, suele fortalecerse también la presión moralista compulsiva. Esto sólo puede tener la función de prevenir una rebelión de las masas trabajadoras contra la presión social, mediante una intensificación de sus sentimientos de culpabilidad sexual y su dependencia moral del orden constituido. ¿De qué modo ocurre esto?

Puesto que la infestación mística es la medida más importante en el terreno de la psicología de masas para que éstas adopten la ideología fascista, una investigación de la ideología fascista no puede renunciar a la comprensión el efecto psicológico del misticismo en general.

Una de las primeras medidas del gobierno Papen[28], que llegó al poder en la primavera de 1932, después de la caída de Brüning, fue proclamar su intención de llevar a cabo una «educación moral más estricta de la Nación». El gobierno de Hitler intensificó este programa[29].

Un decreto relativo a la educación de la juventud decía lo siguiente:

> La juventud sólo estará en condiciones de hacer frente a su difícil destino y a las altas exigencias del futuro, si aprende a regirse por los principios del pueblo y del Estado… lo cual, de todos modos, significa aprender a ser responsable y a ser capaz

de sacrificarse por el conjunto. *La suavidad y la consideración exagerada de cada inclinación individual son inadecuadas* para tratar a una juventud que tendrá una vida dura. La juventud está bien preparada para servir al pueblo y al Estado sólo cuando ha aprendido a trabajar prácticamente, a pensar con claridad, a cumplir con sus deberes, y cuando se ha acostumbrado a *integrarse disciplinadamente a las regulaciones de la comunidad educacional y a subordinarse voluntariamente a su autoridad*. La educación hacia un auténtico sentimiento por el Estado debe completarse y profundizarse con una educación alemana basada sobre la comunidad de valores histórico-cultural del pueblo alemán [...] por *inmersión en nuestro carácter nacional devenido*

> *histórico* […]. La educación hacia la mentalidad preocupada por el Estado y por la ciudadanía nacional recibe su fuerza interior más importante de las verdades del cristianismo… La fidelidad y la responsabilidad ante el pueblo y la patria tienen su *enraizamiento más profundo en la fe cristiana*. Por esta razón siempre será mi deber especial salvaguardar el derecho y el libre desenvolvimiento de la *escuela cristiana y el fundamento cristiano de toda educación*.

Debemos preguntarnos ahora en qué consiste esta ensalzada fuerza de la fe mística. La reacción política tiene toda la razón del mundo al creer que la educación hacia la «mentalidad leal al Estado» obtiene su fuerza interior más

potente de las «verdades del cristianismo». Pero antes de demostrarlo, debemos resumir brevemente las diferencias respecto de la concepción del cristianismo en el seno de la reacción política.

La base psicológica de masas del imperialismo nacionalsocialista se distingue de la del imperialismo del emperador Guillermo por el hecho de que la base de masas del nacionalsocialismo era una clase media pauperizada, mientras que el imperio alemán se apoyaba en una clase media *floreciente*. Por tanto, el cristianismo del imperialismo guillermiano tenía que ser distinto del cristianismo

nacionalsocialista; sin embargo, las modificaciones en la ideología no sólo no socavaron la cosmovisión mística, sino que incluso intensificaron su función.

Al principio, el nacionalsocialismo rechazó el Antiguo Testamento por considerarlo «judío»; ésta era, al menos, la posición de su conocido representante Rosenberg, que pertenecía al ala derecha del partido. Del mismo modo, el internacionalismo de la Iglesia romana se consideraba judío. La iglesia internacional debía ser reemplazada por la «Iglesia nacional alemana». Después de la toma del poder se produjo efectivamente la unificación compulsiva

(*Gleichschaltung*) de la Iglesia, lo cual limitó su poder político, pero amplió mucho su alcance ideológico-moral.

> Algún día, seguramente también el pueblo alemán hallará la forma adecuada para su percepción y experiencia de Dios, tal cual la pide su sangre nórdica. Seguramente, tan sólo entonces quedará completa la trinidad de la *sangre*, la *fe* y el *Estado* [Gottfried Feder: *Das Programm der NSDAP und seine weltanschaulichen Grundlagen* (El programa del NSDAP y sus fundamentos ideológicos), pág. 49].

Había que evitar a toda costa una identificación del Dios judío con la Santa Trinidad. Claro que era un poco embarazoso el hecho de que el propio

Jesús fuera judío, pero Stapel halló pronta solución a este dilema: como Jesús era hijo de *Dios*, no podía considerársele un judío. Los dogmas y tradiciones judíos debían ser reemplazados por la «experiencia de la propia conciencia de cada uno», y la indulgencia por la «idea del propio sentido del honor».

La creencia en una transmutación de las almas después de la muerte es rechazada como «charlatanismo de los pueblos del Mar del Sur». Del mismo modo se niega la inmaculada concepción de María. Scharnagel escribe al respecto:

> Él (Rosenberg) confunde el dogma de la inmaculada concepción de la Santísima Virgen, es decir su exención del pecado original, con el dogma del nacimiento virginal de Jesús («que fue concebido por el Espíritu Santo»)…

Debemos atribuir el notable éxito del misticismo religioso al hecho de que se apoyaba centralmente sobre la doctrina del *pecado original como acto sexual realizado por placer*. El nacionalsocialismo conserva el motivo, reinterpretándolo mediante otra ideología, más adecuada a sus objetivos:

> El crucifijo es la alegría de la doctrina del cordero sacrificado, una

> imagen que imprime en nuestro ánimo el quebranto de todas las fuerzas y que a través de su… representación atroz del dolor, también nos aplasta interiormente y nos vuelve humildes, de acuerdo con la intención de las Iglesias ávidas de poder […]. En lugar de la crucifixión, una Iglesia alemana irá representando poco a poco en las iglesias a ella asignadas el espíritu instructivo del fuego, que personifica al héroe en su más alto sentido (Rosenberg: *Mito*).

De hecho, se trata de cambiar unas trabas por otras: el misticismo sádico-narcisista del nacionalismo ha de reemplazar al misticismo religioso, masoquista e internacional. De lo que ahora se trata es de:

> … reconocer el honor nacional alemán como la medida suprema de la acción, para vivir en función de él… (el Estado) permitirá la libre expresión de cualquier convicción religiosa, y todas las doctrinas morales, en sus varias formas, podrán predicar libremente, con la condición de que no se interpongan en el camino hacia la reafirmación del honor nacional (Hitler: *Mi lucha*).

Ya hemos mencionado que la ideología del honor nacional deriva de la ideología autoritaria, y ésta del orden sexual que rechaza al sexo. Ni el cristianismo ni el nacionalsocialismo atacan la institución del matrimonio compulsivo; para el primero, dejando aparte la procreación, el matrimonio es

una «comunidad de vida completa y que dura toda la vida»; para el segundo, se trata de una institución de raíz biológica destinada a salvaguardar la prueba racial. Para ambos, no hay vida sexual posible fuera del matrimonio.

Por otra parte, el nacionalsocialismo quiere conservar la religión sobre una base «contemporánea», y no sobre una base histórica. Este cambio puede explicarse en términos de la desintegración de la moralidad sexual cristiana, que ya no puede mantenerse con la sola invocación de exigencias históricas.

El Estado racial nacional deberá

> encontrar sus cimientos más profundos en la religión. Tan sólo cuando la creencia en Dios ya no esté ligada a determinado acontecimiento del pasado, sino íntimamente unida, a través de la experiencia permanente y siempre renovada a la actividad y vida características del pueblo y del Estado, así como del individuo, nuestro mundo se habrá restablecido firmemente (Ludwig Haase: *Nationalsozialistische Monatshefte*, año I, núm. 5, p. 213).

No olvidemos que «actividad y vida características» significa una vida «moral», es decir un rechazo de la sexualidad.

Son precisamente los elementos que movieron a los nacionalsocialistas a

diferenciarse de la Iglesia, y aquellos otros que defendían conjuntamente, los que permiten distinguir lo que no es esencial para la función reaccionaria de la religión, de lo verdaderamente eficaz[30].

Según se verá, los factores históricos, los dogmas, algunos artículos de fe tenazmente defendidos, pierden su importancia cuando se logra reemplazarlos en su función por algo que sea igual de efectivo. El nacionalsocialismo también quiere que exista la «experiencia religiosa»; es más: dicha experiencia es su única preocupación. Pero quiere darle una base distinta. ¿En qué consiste esta

«experiencia permanente»?

2. La lucha contra el «bolchevismo cultural»

El sentimiento nacionalista y familiar está vinculado íntimamente a sentimientos religiosos más o menos vagos, más o menos místicos. La bibliografía al respecto es infinita. Al menos por ahora no haremos una crítica académica y detallada de esta cuestión, sino que la enlazaremos con nuestro problema principal: si el fascismo puede apoyarse tan eficazmente en el pensar y sentir místicos de las masas, la única posibilidad de derrotarlo en ese terreno vendrá dada por una

comprensión de la mística, y por la lucha educativa y médica contra la infestación mística de las masas. No basta que la concepción científica del mundo progrese, si lo hace con tal lentitud que siempre queda rezagada respecto de la infestación mística. El motivo para ello no puede ser sino una comprensión imperfecta del misticismo. El esclarecimiento científico de las masas se ha basado sobre todo en revelar las fechorías de los príncipes y funcionarios de la Iglesia. La inmensa mayoría de las masas no se ha sentido tocada. El esclarecimiento científico ha apelado sólo al intelecto de las masas, pero no a sus sentimientos. Cuando un

hombre tiene sentimientos místicos, permanece inmutable ante el desenmascaramiento de un príncipe de la Iglesia, por artístico que sea; la más exacta descripción del apoyo financiero que el Estado presta a la Iglesia a costa de los obreros le impresiona tan poco como el análisis histórico de la religión hecho por Marx y Engels.

Es cierto que los movimientos ateos también intentaban aplicar medios afectivos. Por ejemplo, las fiestas de consagración de la juventud de los librepensadores alemanes estaban al servicio de este tipo de tarea. No obstante, las organizaciones juveniles cristianas contaban con un número de

jóvenes cerca de treinta veces mayor que el del Partido Comunista y el de la socialdemocracia. En los años 1930-1932 había alrededor de un millón y medio de jóvenes cristianos, frente a unos 50.000 jóvenes comunistas y unos 60.000 socialistas. De acuerdo a sus propios datos, el nacionalsocialismo contaba en 1931 con unos 40.000 jóvenes. Los datos siguientes pertenecen al *Proletarische Freidenkerstimme* (Voz de los Librepensadores Proletarios) de abril de 1932:

Organizaciones juveniles cristianas

Asociación Católica de Jóvenes de Alemania	386.879
Federación Central de	

Asociaciones de Jóvenes Alemanas	800.000
Federación de Asociaciones de Solteros Católicos	93.000
Federación de Asociaciones Juveniles Católicas Femeninas de Alemania del Sur	25.000
Federación de Clubes de Libros Católicos de Baviera	35.220
Asociación de Estudiantes Católicos de Institutos Superiores «Neudeutschland»	15.290
Alianza Católica Juvenil de las Jóvenes Trabajadoras de Alemania	8.000
Asociación del Reich de Ligas Alemanas «Windhorst»	10.000
(Estos datos provienen del pequeño *Handbuch der Jugendverbande* / Manual de Asociaciones Juveniles / de 1931).	

Lo importante es la composición social. En la Asociación Católica de Jóvenes de Alemania existía la siguiente proporción:

Composición social

Obreros	45,6%
Artesanos	21,6%
Juventud campesina	18,7%
Comerciantes	5,9%
Estudiantes	4,8%
Funcionarios	3,3%

El elemento proletario constituía la mayoría aplastante. En 1929, la composición según la edad era la siguiente:

Por edades

14-17 años	51,0%
17-21 años	28,3%
21-25 años	13,5%
Más de 25 años	7,1%

¡Cuatro quintos del total de miembros, por tanto, eran púberes o post-púberes!

Mientras que los comunistas, en sus esfuerzos por ganarse a estos jóvenes, daban prioridad a la cuestión de la pertenencia de clase frente a la de los credos, la organización católica afirmó su posición precisamente en el frente cultural y filosófico. Los comunistas escribían:

> Si nuestro trabajo es claro y certero,

la pertenencia de clase se evidenciará como más fuerte que la restrictiva cuestión de los credos, incluso entre los jóvenes católicos… No debemos hacer prevalecer la cuestión del credo, sino la de la pertenencia de clase, la de la miseria común que nos une.

La dirección de la juventud católica, en cambio, afirmaba en el *Jungarbeiter* núm. 17 de 1931:

La mayor peligrosidad del Partido Comunista reside en la captación de trabajadores jóvenes y de hijos de trabajadores a muy temprana edad. Saludamos el hecho de que el gobierno del Reich… combata al subversivo Partido Comunista con toda energía. Pero sobre todo esperamos que el gobierno alemán se enfrente

severamente a la lucha de los comunistas contra la Iglesia y la religión.

En la comisión examinadora de Berlín para la «Preservación de la Juventud» contra la inmundicia y la obscenidad actuaban los representantes de ocho organizaciones católicas. En 1932 se decía en una proclama de la juventud centrista:

> Exigimos que el Estado defienda el bien cultural cristiano por todos los medios a su alcance, contra la prensa inmunda y la literatura pornográfica, que envenenan al pueblo, y contra una producción fílmica erótica que deshonra o falsea los sentimientos nacionales…

La Iglesia defendía así su función mística en un punto distinto que el que atacaba el movimiento comunista.

> La tarea de la juventud librepensadora proletaria es mostrar a los jóvenes trabajadores cristianos el papel de la Iglesia y de sus organizaciones en la ejecución de las medidas de fascistización y en su lucha a favor de las medidas de emergencia y de austeridad.

Así hablaba la ya citada *Freidenkerstimme*. ¿Por qué —según demostró la experiencia— las *masas* de jóvenes trabajadores cristianos resistieron este ataque? ¿Por qué no se percataron ellos *mismos* de la «función

capitalista» de la Iglesia, según lo esperado por los comunistas? Evidentemente, porque esa función les había sido ocultada, y porque la naturaleza de su estructura psicológica los volvía crédulos y acríticos. Tampoco podía dejar de verse que los representantes eclesiásticos se oponían al capital en el seno de sus organizaciones, de modo que a los jóvenes no siempre les resultaba accesible la diferencia entre los comunistas y los sacerdotes respecto de su criterio ante la situación social. Parecía que por lo pronto sólo podía trazarse una nítida línea de demarcación en el terreno de la sexualidad.

Aparentemente, los comunistas, a diferencia de la Iglesia, tenían una actitud positiva respecto de la sexualidad juvenil. Pero al poco tiempo se mostró que las organizaciones comunistas no sólo dejaban yermo este terreno decisivo, sino que incluso estuvieron de acuerdo con la Iglesia en su condena e inhibición de la sexualidad juvenil. Las medidas de los comunistas contra la *sexpol* alemana, que planteaba decididamente el problema de la juventud e intentaba resolverlo, no fueron menos severas que las de algunos representantes de la Iglesia. Habla por sí mismo el hecho de que el sacerdote comunista Salkind, quien era además

psicoanalista, fuera en la Rusia soviética toda una autoridad en el terreno del rechazo de la sexualidad.

No bastaba con constatar que el Estado autoritario podía disponer a su arbitrio de la casa paterna, la Iglesia y la escuela para atar a la juventud al sistema y al mundo ideológico estatales. Estas instituciones eran intocables, porque todo el poder del Estado las protegía; para abolirlas hacía falta la revolución social. Por otra parte, el socavar su influencia reaccionaria era uno de los presupuestos más esenciales de la revolución social y, por lo tanto, de su propia abolición. Muchos comunistas consideraban que ésa era la

principal tarea del «frente cultural rojo». Para llevarla a cabo tenían una importancia *decisiva*, el conocimiento de los medios y vías por los que la casa paterna, la escuela y la Iglesia podían ejercer tamaña influencia, y el descubrimiento del proceso que tenía lugar en el interior de estos jóvenes a consecuencia de esa influencia. No bastaban aquí los conceptos generales de «atontamiento» o de «esclavización», puesto que ambos señalan un éxito ya logrado, mientras que lo que importa son los procesos que conducen a que los intereses dictatoriales puedan obtener los éxitos deseados.

En *La lucha sexual de los jóvenes*

he intentado mostrar el papel que cumple en este proceso la represión de la vida sexual de los jóvenes. En el presente escrito hemos de investigar cuáles son los elementos centrales de la lucha cultural reaccionaria y cuáles los hechos emocionales sobre los que, contrariamente, debe apoyarse el trabajo revolucionario. También en este caso deberemos atenernos al principio de prestar máxima atención a lo que la reacción cultural coloca en primer plano; pues no lo hace por casualidad ni para «distraer la atención», sino porque se trata de la principal zona de operaciones de la cosmovisión y política revolucionarias y reaccionarias.

Nos veremos forzados a evitar un encuentro en la esfera filosófica y cultural, *cuyo centro* es la *cuestión sexual*, mientras no poseamos los conocimientos necesarios ni el entrenamiento suficiente para salir airosos de este combate. Sea como fuere, si logramos obtener un punto de apoyo sólido en la cuestión cultural, tendremos todo lo necesario para allanar el camino a la lucha por la democracia laboral. Pues digámoslo una vez más; *la represión sexual le cierra al joven medio el camino hacia un pensar y un sentir racionales*. Tenemos que combatir la mística con los medios adecuados. Para ello es urgente conocer

sus mecanismos.

Escojamos arbitrariamente un escrito típico, el del sacerdote Braumann; *Der Bolschewismus als Todfeind und Wegbereiter der Religión* (El bolchevismo como enemigo mortal y pionero de la religión), de 1831. Daría igual citar cualquier otro trabajo. Los argumentos básicos son en todos los casos los mismos, y las diferencias en los detalles aquí no nos importan.

> Toda religión nos libera del mundo y de sus poderes a través de la unión con la divinidad. Por eso, el bolchevismo jamás podrá terminar de encadenar a los hombres, mientras siga habiendo en ellos un poco de religión (Braumann,

pág. 12).

Aquí se expresa con toda claridad la función de la mística de distraer de las penurias de lo cotidiano, de «liberarnos del mundo», es decir de impedir una rebelión contra las verdaderas causas de la miseria; pero no llegaremos muy lejos con los resultados científicos sobre la función sociológica de la mística. Para la lucha práctica contra el misticismo, nuestra fuente de información primordial será la rica experiencia que aportan las discusiones de jóvenes de orientación científica con otros de tendencia mística. Dichas discusiones nos señalan el camino hacia la comprensión de la

mística, es decir hacia los sentimientos místicos de los individuos inmersos en la masa.

Un grupo juvenil obrero había invitado a un pastor protestante para una discusión sobre la crisis económica. El pastor apareció acompañado y protegido por unos veinte jóvenes cristianos de dieciocho a veinticinco años de edad. Su disertación contenía esencialmente los criterios siguientes, si bien el resultado más importante para nosotros fue su salto de una apreciación parcialmente correcta de la situación a la mística. Las causas de la miseria eran, a su criterio, la guerra y el plan Young. La guerra mundial había sido una

expresión de la depravación y vileza de los hombres, una injusticia y un pecado. La explotación capitalista también es un pecado grave. (Esta actitud típica nos revela la dificultad para destruir la influencia de un místico, si él mismo adopta una postura anticapitalista, con lo cual se anticipa a los sentimientos anticapitalistas de la juventud cristiana). El capitalismo y el socialismo —prosiguió diciendo— son esencialmente lo mismo. El socialismo de la Unión Soviética también es una forma de capitalismo; la construcción del socialismo entraña desventajas para ciertas clases, del mismo modo que el capitalismo perjudica a otras. A toda

forma de capitalismo hay que darle «un buen sopapo en los morros»; la lucha del bolchevismo contra la religión es un crimen; la religión no es culpable de la miseria. La culpa la tiene el hecho de que el capitalismo hace un mal uso de la religión. (El sacerdote era decididamente progresista). ¿Qué conclusiones podían sacarse de esta presentación? Puesto que los hombres son malos y pecadores, *es imposible erradicar la miseria; hay que soportarla con resignación*. Tampoco el capitalista se siente bien. La miseria *interior*, que es la esencial, tampoco desaparecerá después del tercer plan quinquenal de la Unión Soviética.

Algunos jóvenes revolucionarios intentaron defender sus puntos de vista, diciendo que lo importante no eran los capitalistas individuales, sino «el sistema». Lo que importa —prosiguieron— es si los oprimidos son la mayoría o una minoría insignificante. La afirmación de que hay que tolerar la miseria significa una prolongación de las penurias y una ayuda para la reacción, etcétera. Al final se acordó que era imposible conciliar los diferentes puntos de vista, y que nadie se marchaba con una convicción distinta de la que tenía al principio. Los jóvenes acompañantes del pastor estaban pendientes de los labios de su líder;

parecían vivir en condiciones tan humildes como los jóvenes comunistas; sin embargo, cada uno de ellos aprobó el punto de vista de que la miseria no tenía remedio, y que había que resignarse y «confiar en Dios».

Después de la discusión les preguntó a algunos de los jóvenes comunistas por qué no habían tocado la cuestión principal de la Iglesia, a saber la abstinencia sexual juvenil. Opinaron que eso habría sido demasiado espinoso y difícil, pero que tendría un efecto explosivo y que no se estilaba hablar sobre ese tema en el curso de discusiones políticas.

Unos días antes había tenido lugar en

un distrito occidental de Berlín una reunión masiva, en la que representantes de la Iglesia y del Partido Comunista habían expuesto sus puntos de vista. Por lo menos la mitad de los mil ochocientos asistentes eran cristianos y pequeños burgueses. En mi calidad de orador principal, resumí la perspectiva de la economía sexual en unas pocas preguntas:

1) La Iglesia afirma que el uso de anticonceptivos, al igual que cualquier inhibición de la procreación natural, es contrario a la naturaleza. Si la naturaleza es tan severa y tan sabia, ¿por qué ha creado un aparato sexual que impele a tener relaciones sexuales unas dos o tres

mil veces durante una vida promedio, y no sólo en las ocasiones en que se quiere engendrar un hijo?

2) Que los representantes de la Iglesia que estaban presentes confesaran abiertamente si mantenían relaciones sexuales sólo cuando querían engendrar hijos (había pastores protestantes).

3) ¿Por qué Dios ha creado dos tipos de glándulas en el aparato genital: una para la excitación sexual y una para la reproducción?

4) ¿Cómo se explica que los niños pequeños desarrollen su sexualidad mucho antes de que comience su función reproductora?

Las apocadas respuestas de los

representantes eclesiásticos provocaron resonantes carcajadas. Luego, cuando comencé a explicar el papel que tiene el rechazo de la función de goce sexual por parte de la Iglesia y de la ciencia reaccionaria en el marco de la sociedad autoritaria, y que la represión de la satisfacción sexual tiene la finalidad de provocar humildad y una resignación general también en el terreno económico, me gané el favor de toda la audiencia. Los místicos estaban derrotados.

Una amplia experiencia en asambleas de masas enseña que se entiende fácilmente el papel político reaccionario de la mística en conexión

con la represión de la vida sexual, si se expone clara y directamente el derecho a la satisfacción sexual desde una perspectiva médica y social. Este hecho requiere una fundamentación exhaustiva.

3. El recurso de apelar al sentimiento místico

El «bolchevismo» —según afirma la propaganda «antibolchevique»— «es un enemigo acérrimo de todas las religiones» y, sobre todo, de las «espiritualmente valiosas». A consecuencia de su «materialismo», el bolchevismo no conocería más que bienes materiales, por lo que su único interés sería el de producir esta clase de bienes. Y no poseería la menor comprensión de los valores espirituales ni de las riquezas del alma.

¿Cuáles son, de todos modos, estos

valores espirituales y estas riquezas del alma? A menudo se citan como tales la fidelidad y la fe; pero, por lo demás, la fraseología se difumina en una vaga noción de «individualidad».

> Puesto que el bolchevismo quiere aniquilar todo lo individual, destruye la familia, que siempre le imprime una fisonomía individual al ser humano. Por eso odia toda aspiración nacional. Quiere que todos los pueblos adquieran, en lo posible, una naturaleza idéntica y que se le sometan […]. Pero todos los esfuerzos por aniquilar la personalidad individual serán vanos, mientras siga habiendo un asomo de religión en el hombre, pues en la religión se manifiesta una y otra vez la liberación personal del mundo exterior.

Cuando el místico habla de «bolchevismo», no se refiere al partido político fundado por Lenin. No tiene idea de las controversias sociológicas de fines de siglo. «Comunista», «bolchevique», «rojo», etc., se han convertido en lugares comunes del hombre reaccionario, que nada tienen que ver con política, partido, economía, etc. Estas palabras son tan irracionales como la expresión «judío» en boca de los fascistas. Expresan la actitud antisexual referida a la estructura místico-reaccionaria del hombre autoritario. Así, los fascistas calificaron a Roosevelt de «judío» y de «rojo». El contenido irracional de estos eslógans

se refiere siempre a lo que es sexualmente vivo, aunque la persona calificada de ese modo esté muy lejos de toda afirmación de las sexualidades infantil y juvenil. Los comunistas rusos estaban más alejados de la afirmación de la vida sexual que cualquier integrante de los sectores medios norteamericanos. Deberemos aprender a entender el irracionalismo de estas frases hechas si queremos combatir el misticismo, verdadera fuente de toda reacción política. Cada vez que de ahora en adelante aparezca el término «bolchevismo», habrá que pensar simultáneamente en el «temor al orgasmo».

El reaccionario fascista presupone una íntima unión entre la familia, la nación y la religión. Hasta ahora, la investigación sociológica había dejado totalmente de lado este hecho. En primer lugar, la afirmación de que la religión significa liberarse del mundo exterior confirma el aserto sexo-económico de que la religión ofrece una satisfacción sustitutiva en el terreno de la fantasía a cambio de la satisfacción real; esto se adecúa totalmente a la tesis marxista de que la religión es el opio de los pueblos. Y no se trata aquí de una simple metáfora. La vegetoterapia ha podido demostrar que la experiencia mística pone realmente en marcha los mismos

procesos del aparato vital autónomo que un estupefaciente. Estos procesos son *excitaciones en el aparato sexual que crean estados similares a los provocados por los narcóticos y que tienden a la gratificación orgástica*.

De todos modos, antes que nada debemos obtener una información más exacta sobre las relaciones entre los sentimientos místicos y familiares. Veamos qué escribe al respecto un exponente típico de la ideología reaccionaria; en este caso citaremos a Braumann:

> El bolchevismo tiene otro camino para aniquilar la religión: la destrucción sistemática de la vida conyugal y

> familiar. Sabe muy bien que las grandes fuerzas de la vida religiosa brotan precisamente de la familia. Por eso en Rusia se dan tantas facilidades para casarse y separarse que el matrimonio ruso se halla al borde del amor libre.

Con referencia al efecto «destructor de la cultura» de la semana de cinco días establecida en la Unión Soviética, nos dice:

> Esto sirve para destruir tanto a la familia como a la religión (…). Las salvajadas más atroces el bolchevismo las comete en el terreno de la sexualidad. Su destrucción de la vida conyugal y familiar le lleva a fomentar los desenfrenos inmorales de todo tipo, incluidas las relaciones antinaturales

entre hermanos y hermanas, y entre padres e hijos. (Esto se refiere a la despenalización del incesto en la Unión Soviética). El bolchevismo no reconoce ninguna clase de inhibición moral.

La literatura soviética ha intentado a menudo defenderse de tales acusaciones, en vez de combatirlas con una descripción exacta de los procesos naturales en el terreno de la sexualidad. Decía que no era cierto que la vida sexual en la Unión Soviética fuera «inmoral», que los matrimonios estaban volviendo a consolidarse, etc. Tales intentos de defenderse no sólo eran políticamente inútiles; además, no se correspondían con los hechos. *Desde la*

perspectiva cristiana, la vida sexual en la Unión Soviética era, de hecho, inmoral; no podía hablarse de una consolidación de los matrimonios porque la institución matrimonial, en el sentido de la concepción autoritaria y mística, había sido abolida. Hasta 1928, aproximadamente, en la Unión Soviética predominaba el *matrimonio por emparejamiento*, tanto en el plano del derecho formal como en el práctico. El comunismo ruso, pues, distendió el matrimonio compulsivo y la familia compulsiva y aniquiló el moralismo[31]. Lo que entonces importaba era lograr que las masas tomaran conciencia de la contradicción de que en el fondo

ansiaban vehementemente aquello que la revolución social había llevado a cabo, pero que al mismo tiempo aprobaban el moralismo. Para cumplir con esta tarea es necesario conocer claramente cómo se relacionan la familia compulsiva, la mística y la sexualidad.

Hemos señalado antes que el sentimiento nacionalista es una continuación directa del sentimiento de la familia autoritaria. Pero también el sentimiento místico es una fuente de ideología nacionalista. Por tanto, las actitudes familiares patriarcales y las místicas son los elementos psicológicos básicos del nacionalismo fascista e imperialista de las masas. De este modo,

la psicología de masas confirma que una educación mística se convierte en la pionera del fascismo cuando una catástrofe social pone a las masas en movimiento.

En el *New York Times* del 14 de agosto de 1942, Otto D. Tolischus publicó el siguiente informe sobre la ideología imperialista de los japoneses, como si hubiera estudiado nuestra *Psicología de masas del fascismo*:

> Una revelación alarmante del espíritu bélico de los japoneses, así como de las ambiciones que prevalecen no sólo en los círculos militares y ultra-nacionalistas que dominan hoy día el gobierno japonés, sino también entre

la *intelligentsia*, está contenida en un folleto publicado en Tokio en febrero de este año por el profesor Chikao Fujisawa, uno de los principales exponentes del pensamiento y de la filosofía política del Japón.

Según este panfleto, preparado para su distribución masiva, el Japón, en su calidad de madre patria originaria de la raza humana y de la civilización mundial, está librando una guerra santa para reunificar a la humanidad beligerante en una familia universal, en la que cada nación ocupe el lugar que le corresponda, bajo la soberanía divina del Emperador del Japón, que es un descendiente directo de la diosa del Sol en el «centro de la vida cósmica absoluta»; las naciones han abandonado extraviadas dicho centro, y deben retornar a él.

En su argumento general, el panfleto no hace más que resumir, sistematizar y aplicar a la guerra actual las ideas derivadas de la mitología Shinto, que los políticos japoneses, dirigidos por Yosuke Matsuoka, han convertido en un dogma imperialista para justificar el expansionismo del Japón. Para el logro de ese fin, de todos modos, el escrito apela a las ideas y emociones más profundamente arraigadas en la naturaleza del hombre japonés. En ese sentido, el profesor Fujisawa es una especie de Nietzsche y Wagner japoneses, y su panfleto se convierte en el equivalente de *Mein Kampf* de Adolf Hitler.

Del mismo modo que en el caso de *Mein Kampf*, el mundo no japonés ha prestado poca atención a esta tendencia del pensamiento japonés; se la

considera una mera fantasía o se la relega al campo de la teología, sin ver que durante muchos años ha estado proveyendo el trasfondo ideológico para la política expansionista japonesa que llevó a la presente guerra; las últimas notas del Japón dirigidas a los Estados Unidos no pueden entenderse sin tomar en cuenta aquella ideología.

El hecho de que se trata de una versión autorizada del actual pensamiento oficial japonés lo señala la trayectoria del profesor Fujisawa: representante permanente en la Liga de las Naciones, fue también profesor en la Universidad imperial de Kiushu y ha publicado numerosas obras sobre la ciencia política del Japón, en varias lenguas. En la actualidad es director del departamento de investigación de la Asociación del Mando Imperial, creada

para organizar al pueblo japonés para la guerra, y le ha sido confiada la misión de hacer efectivas estas ideas en todo el mundo.

Los primeros párrafos nos dan ya una amplia idea de la tónica general del folleto:

«El Japón, en nuestra lengua poética, a menudo se llama *Sumera Mikuni*, lo cual expresa en cierta medida el significado del clima divino, que todo lo integra y todo lo abarca. Reteniendo sus implicancias filosóficas, seremos capaces de comprender la idea fundamental del documento imperial publicado el 27 de setiembre de 1939, en el momento de la firma del pacto tripartito. En este documento, nuestro gracioso Tenno proclamó solemnemente que la causa de la Gran Justicia debía extenderse a

los confines de la tierra, de modo que se reunificara al mundo en una gran familia, permitiendo así que las naciones ocupen los lugares que les corresponden. Este pasaje significativo ha de clarificar el verdadero carácter de nuestro augusto soberano, siempre ansioso de actuar como la cabeza de una familia universal que todo lo abarque y en cuyo seno a todas las naciones se les asignará sus puestos respectivos, en un orden dinámico de armonía y cooperación.

»Le corresponde a nuestro Tenno el poner todo su empeño en restaurar el "centro de la vida absoluta" y reconstruir el orden vertical fundamental que prevalecía entre las naciones en la antigüedad remota; con ello, Tenno quiere transformar el mundo de hoy, caótico y sin ley, donde

se permite que los débiles sean víctimas de los fuertes, en una gran comunidad familiar en la que prevalezcan la perfecta concordia y la armonía consumada.

»Este es el objetivo de la misión divina para la cual el Japón ha sido elegido desde tiempos inmemoriales. En una palabra, hay que impregnar a todo el mundo y la tierra con la vitalidad cósmica encarnada en nuestro soberano divino, para que todas las unidades nacionales segregadas puedan volver a reunificarse espiritualmente con el sincero sentimiento de los hermanos que comparten la misma sangre.

»Es éste el único camino por el cual todas las naciones del mundo se verán impulsadas a abandonar su actitud individualista, cuya expresión más patente es la actual legislación

internacional».

Según el profesor Fujisawa, éste es «el camino de los dioses» y, después de explicarlo en términos místicos, continúa diciendo:

«Es fácil comprender, pues, que el individualismo capitalista que prevalece en los Estados Unidos se opone a la verdad cósmica, pues ignora el centro vital que todo lo abarca y actúa exclusivamente con agresividad y egoísmo desenfrenado. De igual modo, el comunismo dictatorial, convertido por la Rusia soviética en doctrina oficial, es de hecho irreconciliable con la verdad cósmica, desde el momento en que ignora la iniciativa personal y practica un mero control drástico y burocrático del Estado.

»Es digno de tenerse en cuenta el hecho de que el principio que guía la

Alemania nacionalsocialista y la Italia fascista tiene mucho en común con el principio Musubi, uno de tantos factores que distinguen a estas potencias del Eje de las democracias y de la Unión Soviética. Es esta solidaridad espiritual la que ha movido al Japón, a Alemania y a Italia a presentar un frente común contra… las potencias que defienden el viejo orden».

Sumera Mikuni, explica el profesor Fujisawa, está en guerra con los gobiernos del presidente Roosevelt y del primer ministro Churchill, quienes anhelaban poner en práctica su «desmedida ambición» de dominar el Oriente. Pero gracias a las fervorosas plegarias que Sumera Mikoto (el emperador japonés) ha ofrecido noche y día al espíritu de la diosa del Sol, el

poder divino finalmente se ha puesto en marcha para destruir de raíz a los sublevados contra la inviolable ley cósmica.

De hecho —escribe el profesor Fujisawa— «la presente Asia Grande Oriental es la segunda descendiente del nieto (de la diosa del Sol, el ancestro mitológico de la dinastía japonesa), que se perpetúa en la vida eterna de Sumera Mikoto».

De ahí el profesor Fujisawa concluye:

«La guerra santa emprendida por Sumera Mikuni tarde o temprano hará que todas las naciones despierten comprendiendo la verdad cósmica de sus respectivas vidas nacionales que parte de un centro vital absoluto encarnado en Sumera Mikoto, y se den cuenta de que la paz y la armonía no

pueden alcanzarse sino reorganizando toda la humanidad en un sistema familiar omniabarcador bajo la conducción de Sumera Mikoto».

El profesor Fujisawa añade piadosamente:

«Esta noble idea no debería ser considerada en ningún sentido como un intento imperialista, bajo el cual las naciones débiles son oprimidas sin compasión».

Por muy asombrosas que puedan parecer estas ideas, es aún mucho más asombrosa la base «científica» que les da el profesor Fujisawa. A pesar de que todas las crónicas e historias japonesas admiten que en el momento de la fundación del imperio japonés —que el gobierno del Japón ha fijado en el año 2600 a. C., pero que los historiadores datan alrededor del comienzo de la era

cristiana—, los habitantes de las islas japonesas todavía eran primitivos salvajes, algunos de ellos «hombres con cola» que vivían en los árboles, a pesar de todo el profesor Fujisawa reclama con suave insistencia que el Japón es la madre patria de toda la raza humana y de su civilización.

Nuestro profesor explica que recientes descubrimientos y ocultos archivos japoneses, complementados por los escritos de algunas autoridades occidentales, prueban «el maravilloso hecho de que en la era prehistórica la humanidad formaba un único sistema familiar mundial con Sumera Mikoto a la cabeza, y el Japón era sumamente respetado como el país de los padres, en tanto que a los demás países se los llamaba países-hijos o sucursales».

Como prueba de ello, el profesor

cita un mapamundi preparado por «un tal Hilliford en 1280», en el que «el Este está en el punto más alto y el espacio que ocupan los japoneses es denominado el "Reino de Dios"».

Prosigue diciendo el profesor Fujisawa:

«Eminentes sabios preocupados en investigar a fondo las crónicas prehistóricas del Japón, concluyen unánimemente que la cuna de la humanidad no fueron ni la meseta del Pamir ni las riberas del Tigris y del Éufrates, sino la región montañosa central de la tierra firme japonesa. Esta nueva teoría referida a los orígenes de la humanidad está llamando la atención de los que confían en la misión por la cual el Japón ha de salvar a la humanidad hoy desorientada».

Se cree que los sumerios fundaron

la civilización babilónica, de la cual derivaron todas las demás, incluyendo la egipcia, la griega y la romana. Según la anterior tesis profesoral, los sumerios y los tempranos pobladores japoneses en Erdu son idénticos y ello, dice el profesor Fujisawa, explica la correspondencia entre los acontecimientos prehistóricos del Japón y los del Antiguo Testamento. Lo mismo sería cierto en el caso de los chinos, los cuales —dice Fujisawa— fueron civilizados por los japoneses, y no al revés. Sin embargo, la historia del Japón registra el hecho de que los japoneses no aprendieron a leer o escribir hasta que se lo enseñaron los coreanos y los chinos, alrededor del año 400 d. C.

Desafortunadamente, dice el profesor, «el orden mundial, en el que

el Japón funcionaba como su centro unificador absoluto, se derrumbó a consecuencia de repetidos terremotos, erupciones volcánicas, diluvios, maremotos y glaciares. Estos tremendos cataclismos provocaron el hecho de que toda la humanidad se viera extrañada geográfica y espiritualmente de la madre patria Japón».

«Sin embargo, según parece, Sumera Mikuni fue maravillosamente inmune a todas estas catástrofes naturales, y sus divinos soberanos. Sumera Mikoto, que gozan de un linaje jamás interrumpido y firme para toda la eternidad, han asumido la sagrada misión de remodelar esta humanidad desmembrada y flotante, convirtiéndola en una gran comunidad familiar tal cual existía en los tiempos prehistóricos.

»Obviamente nadie está mejor

calificado que Sumera Mikoto para cumplir esta tarea divina de salvar a la humanidad», concluye el profesor Fujisawa[32].

Tolischus no comprende los fenómenos que describe. Cree que se trata del ocultamiento místico consciente de un imperialismo racional. Pero su informe demuestra claramente que la economía sexual acierta al reducir las formas del misticismo fascista-imperialista-dictatorial a la distorsión mística de las sensaciones vitales vegetativas; dicha distorsión se produce como consecuencia de un orden familiar y estatal patriarcal y autoritario.

El sentimiento nacional se deriva del

apego a la madre (sentimiento de patria); el sentir místico proviene de la atmósfera antisexual, que está íntimamente ligada a este vínculo familiar. El vínculo familiar autoritario presupone la inhibición de la sensualidad sexual. A esta inhibición sensual se ven sometidos todos los niños, sin excepción, de todas las sociedades patriarcales. Ninguna actividad sexual, por fuerte y «libre» que parezca, puede engañar al experto en el sentido de una inexistencia de esta inhibición profundamente arraigada. Es más: muchas manifestaciones patológicas en la vida sexual posterior, como una elección indiscriminada de la

pareja, la insatisfacción sexual, la tendencia a excesos patológicos, etc., derivan precisamente de la *inhibición* de la capacidad de vivenciación orgástica. El resultado natural de esta inhibición (la «impotencia orgástica»), que caracteriza a toda educación autoritaria y que es provocada por sentimientos de culpa y angustia sexual inconscientes, es un *anhelo orgástico* insaciable e inconsciente, que se ve acompañado de sensaciones físicas de tensión en la zona del plexo solar. En el lenguaje popular, la sensación del anhelo se localiza en el pecho y en el abdomen: fisiológicamente, esto es acertado[33].

Al principio, la continua tensión en el aparato psicofísico constituye la base del soñar despierto del niño y del adolescente; este ensueño se convierte y se prolonga muy fácilmente en sentimientos místicos, sentimentales y religiosos, que impregnan la atmósfera del hombre místico-autoritario. De este modo, el niño medio adquiere una estructura que prácticamente se ve obligada a *absorber* las influencias místicas del nacionalismo, de la mística y de supersticiones de todo tipo. El cuento truculento de hadas en la primera niñez, las posteriores novelas de detectives, la misteriosa atmósfera de las iglesias, no son más que etapas

previas para que luego la estructura biopsíquica sea susceptible a las consagraciones militares y patrióticas. Para juzgar el efecto del misticismo no hay que dejarse engañar por que el hombre místico manifieste un comportamiento exterior rudo o incluso brutal. Son los procesos profundos los que importan. Hay una relación estrecha entre el sentimentalismo y la mística religiosa de un Matuschka, un Haarmann, un Kürten, y su crueldad sádica. Estas contradicciones provienen de una misma fuente: las insaciables *ansias vegetativas*, producidas por la inhibición sexual y a las que les está vetado el camino natural de su

satisfacción. De ahí que estas ansias, por una parte, se descarguen fácilmente en actos de sadismo muscular y que, por la otra —dado el simultáneo sentimiento de culpabilidad—, puedan expresarse a través de experiencias místico-religiosas. El hecho de que el infanticida Kürten estaba sexualmente perturbado quedó claro por el testimonio de su mujer, pero no les llamó la atención a nuestros «expertos» en clínica psiquiátrica. El apareamiento de brutalidad sádica con sentimientos místicos se encuentra habitualmente en todos los casos en que la capacidad de vivenciación orgástica normal se halla perturbada. Y esto es tan cierto para los

inquisidores eclesiásticos medievales, y para el cruel y místico Felipe II de España, como para cualquier asesino múltiple de nuestro tiempo[34]. Cuando no es una histeria la que ahoga la excitación no-compensada en una impotencia nerviosa, ni una neurosis compulsiva ahoga esa misma excitación en síntomas compulsivos fútiles y grotescos, el orden compulsivo patriarcal-autoritario ofrece suficientes oportunidades para descargas sádico-místicas[35]. La racionalización social de tales comportamientos hace que se desdibuje su carácter patológico. Valdría la pena realizar un estudio profundo de la sociología de las

diversas sectas místicas en los Estados Unidos, de la ideología budista en la India, de las diversas corrientes teosóficas y antroposóficas, etc., en su calidad de manifestaciones socialmente importantes de una economía sexual patriarcal. Baste aquí la constatación de que los círculos místicos no son más que concentrados de hechos que hallamos de modo más difuso, menos tangible, pero no por ello menos nítido, en todas las capas de la población. Existe una estrecha relación entre el grado del sentir místico-sentimental-sádico y el grado de la perturbación media de la experiencia orgástica natural. Para comprender este problema es mucho

más instructivo observar el comportamiento de la audiencia de una opereta cursi que leer cien manuales sobre sexología. Por distintos y variados que sean los contenidos y las direcciones de estas experiencias místicas, su base sexo-económica es típica y universalmente válida. Comparemos estas experiencias con las realistas, no-sentimentales y vitales de los auténticos revolucionarios, de los naturalistas genuinos, de jóvenes sanos, etc.

Aquí se presenta la objeción lógica de que también el hombre primitivo, de vida natural dentro de un sistema matriarcal, tenía sentimientos místicos.

Se necesita una demostración muy detallada de que la mística es algo muy distinto para el hombre de un régimen patriarcal que para el de un régimen matriarcal. Esto puede probarse, en primer lugar, por el cambio de actitud de la religión respecto de la sexualidad; en el patriarcado se convierte en centralmente enemiga de lo sexual, del mismo modo que originariamente había sido en lo esencial una religión de la sexualidad. La «mística» del hombre primitivo de una sociedad que tiene una actitud positiva respecto del sexo, es en parte experiencia orgástica directa, en parte interpretación animista de procesos de la naturaleza.

4. La meta de la revolución cultural a la luz de la reacción fascista

La revolución social concentra todas sus fuerzas en la eliminación de los fundamentos sociales del sufrimiento humano. La prioridad dada a la transformación del orden social oscurece las metas e intenciones de la economía sexual. Mientras que el revolucionario se ve obligado a postergar la solución de cuestiones muy urgentes hasta que se haya cumplido la tarea más urgente, la creación de las *precondiciones* para la solución de esas

cuestiones, el reaccionario lucha precisamente contra las metas culturales finales de la revolución, oscurecidas por las tareas inmediatas y preliminares.

> El bolchevismo cultural quiere la destrucción de nuestra cultura existente y desea recrearla en el sentido de que sólo sirva a la felicidad terrenal de los hombres… (Sic!!).

Esto escribía Kurt Hutten en su panfleto belicista «*Kulturbolschewismus*» (Bolchevismo cultural), editado por el *Volksbund* evangélico en 1931. La reacción política, ¿acusa a la revolución cultural de sus verdaderas intenciones, o le

atribuye demagógicamente unas metas que de ningún modo encuadran dentro de los objetivos de la revolución? En el primer caso sería indispensable una defensa y una rigurosa aclaración de la necesidad de estos objetivos. En el segundo, bastaría con demostrar la falsedad de las afirmaciones reaccionarias respecto del campo de la revolución.

¿Cuál es la evaluación que realiza la propia reacción política con respecto a la antítesis entre felicidad terrenal y religión? Veamos qué dice Kurt Hutten:

> En primer lugar: el combate más acérrimo del bolchevismo cultural se dirige contra la religión. Pues ésta,

> mientras siga viva, constituye el más firme baluarte contra los objetivos bolcheviques […]. La religión subordina toda la vida humana a algo extrahumano, a una autoridad eterna. Y exige renunciación, sacrificios, postergación de los propios deseos. *Imbuye a la vida humana de responsabilidad, culpa, juicio, eternidad* (cursiva de W. R.). Impide una vida desenfrenada de los instintos humanos. *La revolución de la cultura es la revolución cultural del hombre, es la sumisión de todas las esferas de la vida al principio del placer* (cursiva de W. R.).

Aquí se expresa claramente el rechazo reaccionario de la felicidad terrenal. El reaccionario siente el peligro que aquélla representa para el

enraizamiento estructural del misticismo imperialista (igual a «cultura»); y percibe esta amenaza con mucha mayor profundidad y claridad de la que tiene el revolucionario para ver su meta, dado que este último concentra primero todas sus fuerzas e ideas en el cambio del orden social. El reaccionario reconoce el peligro que la revolución constituye para la familia autoritaria y para el moralismo místico, mucho antes de que el revolucionario medio intuya siquiera que la revolución pueda acarrear tales consecuencias. Es más, en este sentido el propio revolucionario social suele estar confundido. El reaccionario defiende el heroísmo y el soportar

sufrimientos y privaciones como valores absolutos y eternos; de este modo aboga por los intereses del imperialismo, quiéralo o no (cf. Japón). Pero para ello necesita el misticismo, es decir, básicamente necesita la abstinencia sexual. Para él, la felicidad significa esencialmente la satisfacción sexual, y este juicio suyo es *correcto*. También el revolucionario exige muchos sacrificios, deberes y renunciamientos, porque las condiciones para la felicidad aún están por conquistar. En su práctica de masas, el revolucionario olvida fácilmente —*y a veces gustosamente*— el verdadero objetivo, que no es el trabajo (la libertad social lleva a una creciente

disminución de la jornada laboral), sino la vida y el juego sexual en todas sus formas, desde el orgasmo hasta las más elevadas realizaciones del espíritu; el trabajo es y seguirá siendo la base de la vida, pero en la sociedad va reduciéndose el número de personas y el tiempo que consume, y sólo crece a través de las máquinas y en el espacio. Esa es la esencia de la racionalización del trabajo.

En muchos escritos místicos y reaccionarios se encuentran oraciones como las siguientes, aunque no siempre tan claramente formuladas como lo hace Kurt Hutten:

> El bolchevismo cultural no es algo reciente. Le subyace una tendencia implantada en el pecho del hombre desde tiempos inmemoriales: *el anhelo de felicidad*. Es la eterna nostalgia del paraíso en la tierra […]. La religión del goce reemplaza a la religión de la fe.

Nosotros, en cambio, preguntamos: *¿Por qué no ser felices en la tierra? ¿Por qué no ha de ser el goce el contenido de la vida?*

¡Que las masas voten su adhesión a esta postura! Si así lo hicieran, ¡no quedaría en pie ninguna concepción del mundo reaccionaria!

El reaccionario percibe asimismo de forma correcta, aunque mística, la

relación entre la mística y el matrimonio y la familia compulsivos.

> Para que se asuma la responsabilidad (por las consecuencias del goce), la sociedad humana ha creado la institución del matrimonio, que, en su calidad de comunidad para toda la vida, tiene la intención de representar el marco protector para las relaciones sexuales.

Y sigue a continuación el registro completo de los «valores culturales» que van unidos en la estructura de la ideología reaccionaria como las partes de una máquina:

> El matrimonio como vínculo, la familia como exigencia, la patria como

valor por sí mismo, la moral como autoridad, la religión como una obligación que deriva de la eternidad.

¡No puede describirse más acertadamente la parálisis del plasma humano!

Todas las variantes de hombres reaccionarios condenan el placer sexual (aunque no sin caer en él de modo patológico), porque este placer les provoca y repugna al mismo tiempo. El reaccionario no es capaz de resolver su propia contradicción entre sus necesidades sexuales y sus inhibiciones moralistas. El revolucionario rechaza el placer perverso y enfermo, porque no es *su* placer, no es la sexualidad del *futuro*,

sino el *placer de la contradicción entre moral e instinto*, el placer de la sociedad dictatorial, *el placer rebajado, sórdido, patológico*. Sólo la falta de claridad puede empujarle a cometer el error de detenerse en condenar el placer enfermo, en vez de enfrentarse a él con su propia economía sexual positiva. Si, como resultado de sus propias inhibiciones sexuales, no termina de comprender las metas de una organización social fundada en la libertad, rechazará el placer en general, se convertirá en un asceta y con ello perderá toda posibilidad de establecer contacto con la juventud. En la —por lo demás ejemplar— película soviética *El*

camino a la vida, no se opone a la vida sexual del hombre encanallado (en la escena de la taberna en el bosque) la práctica sexual de la libertad, sino el ascetismo, la antisexualidad. El problema sexual de la juventud queda totalmente de lado. Esta actitud es errónea y confunde, en vez de solucionar. La desintegración de las formas moralistas de la vida sexual se expresa inicialmente como *rebelión* sexual; pero al principio será una rebelión sexual patológica, de la que el economista sexual huye con razón. Pero de lo que se trata es de transformar racionalmente esta rebelión, de hacerla avanzar hacia el orden sexo-económico,

del mismo modo en que la libertad de la vida nace a partir de las convulsiones de la vida.

7

LA ECONOMÍA SEXUAL EN LA LUCHA CONTRA EL MISTICISMO

En una asamblea masiva en Berlín, en enero de 1933, el nacionalsocialista Otto Strasser le formuló una pregunta a su opositor, el sociólogo y sinólogo Wittfogel; la pregunta estaba tan bien formulada, que no sólo desconcertó al público, sino que incluso le dio la impresión de que si Wittfogel lograba contestarla, ello significaría el derrumbe del misticismo. Strasser reprochó a los marxistas el hecho de que subestimaran la importancia de la vida psíquica y de la religión. Puesto que si la religión, según Marx, no era más que la flor en la cadena de la explotación de la

humanidad trabajadora, no podía entenderse cómo había logrado mantenerse casi inalterada desde hacía milenios —la cristiana, en particular, desde hacía dos mil años—, sobre todo si se tenía en cuenta que al comienzo su supervivencia había exigido más víctimas que todas las revoluciones juntas. La pregunta quedó sin contestar, pero ensambla perfectamente en el material que aquí estamos discutiendo. Había que admitir que la pregunta estaba justificada. Era como una advertencia del enemigo místico, para que la ciencia natural se preguntara si realmente había comprendido la mística —y sus medios para arraigarse— con la profundidad y

extensión requeridas. La respuesta debía ser negativa: hasta entonces, la ciencia no había logrado comprender el poderoso contenido afectivo del misticismo. En sus escritos y en sus sermones, los representantes del misticismo habían entregado casi por completo la solución del problema y la respuesta práctica. El carácter sexo-político de la mística en todas sus variantes es evidente. Sin embargo, los librepensadores casi no lo percibieron, del mismo modo que los más famosos pedagogos no habían percibido la evidente sexualidad infantil. La mística, pues, dispone aquí de un baluarte aún no descubierto y que ha defendido con

todos los medios a su alcance contra la ciencia natural, antes de que ésta supusiera siquiera su existencia.

1. Los tres elementos fundamentales del sentimiento religioso

En este punto no quiero realizar una investigación exhaustiva del sentimiento religioso, sino sólo resumir los hechos conocidos.

En determinado punto hay una correlación entre los fenómenos de la excitación orgástica y el problema de la excitación religiosa, desde la más simple devoción hasta el éxtasis religioso plenamente desarrollado. No hay que restringir el concepto de «excitación religiosa» a las sensaciones

que suelen tener los muy creyentes cuando asisten a un servicio religioso. Debemos incluir, por el contrario, todas las experiencias caracterizadas por una situación de excitación psíquica y física definida; en otras palabras, debemos incluir también la excitación que experimentan las masas sumisas cuando dejan que actúe sobre ellas el discurso de un Führer amado; y, desde luego, también la excitación que experimenta uno cuando se deja impresionar por sublimes espectáculos de la naturaleza. Comencemos por resumir todo lo que se sabía sobre fenómenos religiosos antes de su investigación sexo-económica.

La investigación sociológica ha

podido demostrar que las *formas* religiosas y también diversos contenidos religiosos dependen de los estadios del desarrollo de las condiciones socioeconómicas. Las religiones cuyos dioses son animales, por ejemplo, corresponden al modo de vida de pueblos primitivos que vivían de la caza. La manera en que los hombres conciben los seres divinos, sobrenaturales, está siempre determinada por el nivel de la economía y de la cultura. Otro factor sociológico muy importante para determinar las concepciones religiosas es la habilidad del hombre para vencer las dificultades que le presentan la naturaleza y la

sociedad. El desvalimiento ante las fuerzas de la naturaleza y las catástrofes sociales elementales fomenta la producción de ideologías religiosas en los respectivos círculos culturales. La explicación sociológica de la religión se refiere, por tanto, al terreno *socioeconómico* sobre el cual se erigen los cultos religiosos. No dice nada acerca de la dinámica de la ideología religiosa ni sobre los procesos psíquicos que se producen en el interior de los hombres sometidos a dicha ideología religiosa.

Así, la formación de cultos religiosos es independiente de la voluntad del individuo; se trata de

creaciones sociológicas que brotan de *las relaciones entre los hombres* y de la relación entre estos hombres y la naturaleza.

La psicología del inconsciente agregó una interpretación *psicológica* a la interpretación *sociológica* de la religión. Antes se había comprendido la dependencia social de los cultos religiosos; ahora se investigaba el proceso psicológico *que atraviesan las personas* sometidas a estos cultos religiosos objetivos. Así, el psicoanálisis pudo comprobar que la idea de *Dios* es idéntica a la idea de *padre*, y la idea de la *Madre de Dios* idéntica a la de la *madre* de cada

individuo religioso. En la *Trinidad* de la religión cristiana se refleja directamente el triángulo padre-madre-hijo. Los contenidos psíquicos de la religión están tomados de relaciones familiares de la primera infancia.

La explicación psicológica, por tanto, captaba los contenidos de la cultura religiosa, pero no la energía mediante la cual estos contenidos se arraigan en los hombres. Sobre todo, quedaban sin aclarar el fanatismo y el alto grado de emocionalidad de las ideas religiosas. También seguía siendo nebuloso el motivo por el que las ideas del padre todopoderoso y de la madre benevolente se transformaban en ideas

místicas, y qué relación tenían con la vida sexual de los individuos.

Desde hace tiempo, muchos sociólogos han establecido el carácter orgástico de algunas religiones patriarcales. También era evidente el hecho de que las religiones patriarcales son siempre reaccionarias en materia política. Están siempre al servicio de los intereses de la capa dominante en toda sociedad de clases e impiden *en la práctica* que se elimine la miseria de las masas atribuyéndola a la voluntad divina y mitigando los anhelos de felicidad con el consuelo del más allá.

La investigación sexo-económica agrega a los conocimientos existentes en

materia de religión las siguientes cuestiones:

1) ¿*Cómo* se cimentan en el individuo la idea de Dios, la ideología del pecado y del castigo, producidas socialmente y reproducidas por la familia? En otras palabras: ¿qué es lo que hace que los hombres no sólo acepten estas ideas básicas de la religión, que no sólo las sientan como una carga, sino que, por el contrario, las acepten en muchos casos con fervor y las mantengan y defiendan aun sacrificando sus intereses vitales más primarios?

2) ¿*Cuándo* se produce la cimentación de las ideas religiosas en

los hombres?

3) ¿Qué *energía* se emplea para lograrlo?

Es evidente que si no se responden estas preguntas, podrá llevarse a cabo una interpretación sociológica y psicológica de la religión, pero no una modificación real de la estructura humana. Pues si los sentimientos religiosos no son impuestos al hombre, sino que resultan incorporados y retenidos en su estructura, pese a que se opongan a sus propios intereses vitales, entonces se trata de una modificación energética en la propia estructura del hombre.

En todas las religiones patriarcales,

la idea religiosa básica es la negación de la necesidad sexual. No hay ninguna excepción, salvo las religiones ancestrales que afirmaban la sexualidad y en las que lo religioso y lo sexual constituían todavía una unidad. Cuando la organización sexual pasó del derecho natural y materno al derecho paterno, y con ello a la sociedad de clases patriarcal, la unidad de los cultos religioso y sexual se disgregó; el culto religioso se convirtió en la antítesis del culto sexual. Con ello dejó de existir el culto sexual, para dar lugar a la incultura sexual de los burdeles, de la pornografía y de la sexualidad clandestina. No se necesita una fundamentación ulterior

para mostrar que en el momento en que la experiencia sexual dejó de constituir una unidad con el culto religioso y se transformó realmente en su antítesis, la excitación religiosa se convirtió en un sustituto de la sensualidad socialmente aprobada y ahora perdida. La fuerza y la persistencia de las religiones sólo puede explicarse a partir de esta contradicción de la excitación religiosa, que es a la vez antisexual *y* un *sucedáneo* de la sexualidad.

Describamos en breves palabras la estructura emocional del hombre auténticamente religioso: biológicamente se ve tan sometido a las tensiones sexuales como todos los

demás seres humanos y vivientes. Sin embargo, la adopción de las ideas religiosas que rechazan la sexualidad y, sobre todo, la incorporación del temor al castigo, le han hecho perder toda capacidad para liberar la tensión y satisfacerse sexualmente de modo natural. En consecuencia, sufre un estado crónico de excitación física y se ve obligado a dominarlo sin cesar. La felicidad terrenal no sólo le resulta inalcanzable, sino incluso indeseable. Puesto que espera la gracia en el más allá, sucumbe a un sentimiento de *incapacidad de ser feliz* en las cosas terrenas. Pero es, a la vez, un ser biológico, que de ningún modo *puede*

renunciar a la felicidad, la distensión y la satisfacción; por tanto, busca la felicidad *ilusoria* que puede darle la *prefelicidad* de las tensiones religiosas, es decir las corrientes y excitaciones vegetativas corporales que nos son familiares. Junto con sus correligionarios organizará ceremonias y creará instituciones que alivien ese estado de excitación física y que, al mismo tiempo, puedan ocultar su verdadera esencia. Por eso su organismo biológico construye un órgano cuyos sonidos son capaces de provocar tales tensiones en el cuerpo. La oscuridad mística de las iglesias intensifica el efecto de una especie de sensibilidad

suprapersonal respecto a la propia vida interior y a los sonidos de un sermón, un canto coral, etc., preparados para lograr ese efecto.

En realidad, el individuo religioso se ha convertido en un hombre totalmente desvalido, que como resultado de la supresión de su energía sexual ha perdido la capacidad de ser feliz y la agresividad necesaria para vencer las dificultades que le presente la vida. Cuanto más incapaz sea de valerse, tanto mayor será su fe en fuerzas sobrenaturales que le apoyen y protejan. No es difícil entender entonces que en algunas situaciones sea capaz de desarrollar un increíble poder de

convicción y hasta una valentía pasiva ante la muerte. Cobra estos ánimos a partir del amor hacia su propia convicción religiosa que, como hemos dicho, se sustenta sobre excitaciones físicas sumamente placenteras. Desde luego, cree que esta fuerza proviene de «Dios». En realidad, pues, su anhelo por y para Dios es el anhelo que proviene de su excitación de preplacer sexual y que clama por su satisfacción. La redención es y no puede ser sino la redención de las tensiones físicas insoportables, que pueden ser placenteras sólo mientras puedan mezclarse con una fantaseada unificación con Dios, es decir con la gratificación y el alivio. La tendencia de

religiosos fanáticos a automutilarse, a conductas masoquistas, etc., confirma lo dicho. Pues la experiencia clínica de la economía sexual ha podido mostrar que el deseo de ser castigado o de autoflagelarse proviene del deseo instintivo de liberarse sin *incurrir en pecado*. Ninguna tensión física deja de producir ideas de ser flagelado o torturado, si el individuo en cuestión se siente incapaz de provocar él mismo la distensión. He aquí la raíz de la ideología del sufrimiento pasivo de todas las religiones genuinas.

Las ansias de consuelo, apoyo y ayuda externos, sobre todo en la lucha contra los malos instintos propios —

contra el «pecado carnal», como se le llama—, proviene del desvalimiento real y del sufrimiento físico. De este modo, cuando personas religiosas se excitan fuertemente bajo la influencia de sus ideas religiosas, el estado de irritación vegetativa se incrementa con la excitación corporal y alcanza un punto cercano a la gratificación sin provocar, de todos modos, una verdadera distensión física. Se sabe, por el tratamiento de sacerdotes enfermos, que en la cima de éxtasis religiosos suelen producirse con frecuencia eyaculaciones involuntarias. La satisfacción orgástica normal está reemplazada por un estado de excitación física general que excluye

la genitalidad y que, como al azar, provoca liberaciones parciales e involuntarias.

En los orígenes y por naturaleza, el placer sexual era lo bueno, lo bello, lo feliz, aquello que unía al hombre con la naturaleza en general. Con la separación de los sentimientos sexual y religioso, lo sexual tenía que convertirse en lo malo, lo infernal, lo diabólico.

En otro lugar he tratado de exponer cómo se origina y actúa la angustia del *placer*, es decir el miedo a la excitación sexual. Repito brevemente: con el tiempo, a las personas incapaces de distenderse, las excitaciones sexuales tienen que resultarles tortuosas, penosas

y destructivas. La excitación sexual es efectivamente destructiva y penosa si no se permite su descarga. Vemos, por tanto, que la idea religiosa de lo sexual como fuerza destructora, diabólica y mortífera, tiene su raíz en procesos físicos reales. El resultado es que la actitud respecto de la sexualidad tiene que dividirse: las valoraciones religiosas y morales típicas de «bueno/malo», «celeste/terrestre», «divino/satánico», etc., se convierten en símbolos de la satisfacción sexual, por un lado, y en el castigo a causa de ella, por el otro.

Se reprime simultáneamente el profundo anhelo de redención y de

liberación, que es *consciente* respecto de los «pecados», e *inconsciente* respecto de la tensión sexual. Los estados de éxtasis religioso no son más que estados de excitación sexual del sistema nervioso vegetativo que jamás pueden ser resueltos. La excitación religiosa no puede ser comprendida, y por lo tanto tampoco dominada, antes de entender la contradicción que la determina. No es sólo antisexual, sino también, y en gran medida, sexual. No sólo es moralista, sino a la vez profundamente antinatural y, desde la perspectiva de la economía sexual, antihigiénica.

En ninguna capa social las histerias

y perversiones florecen con tanta facilidad como en los círculos de la iglesia ascética. De todos modos, no habría que sacar la conclusión de que hay que tratar a sus miembros como a criminales perversos. Cuando se habla con personas religiosas se constata que junto con el rechazo de la sexualidad poseen también una buena comprensión de su estado. Como todos los demás, estos hombres están divididos en una personalidad oficial y otra privada. A titulo oficial consideran que la sexualidad es un pecado; en privado saben muy bien que no pueden vivir sin sus satisfacciones sustitutivas. Muchos de ellos inclusive se muestran abiertos a

la solución sexo-económica de la contradicción entre excitación sexual y moral. Cuando ganamos su confianza y no les rechazamos como personas, comprenden muy bien que aquello que describen como unión con Dios es su conexión real con el proceso natural general, que su *yo* es una parte de la naturaleza y que, como las demás personas, se sienten como microcosmos dentro del macrocosmos. Hay que admitir ante ellos que su profunda convicción tiene un núcleo verdadero y que es verdadera su creencia, a saber, la corriente vegetativa de su cuerpo y el éxtasis en que pueden caer. Sobre todo en el caso de personas de estratos

sociales bajos, el sentimiento religioso suele ser absolutamente auténtico. Sólo pierde su autenticidad porque rechaza su propio origen y la satisfacción inconscientemente deseada, ocultándola ante uno mismo. Así se origina la actitud de los sacerdotes y de las personas religiosas, actitud que se traduce en una bondad *artificial*.

Esta descripción es incompleta. Pero podemos resumir sus rasgos principales del siguiente modo:

1) La excitación religiosa es una excitación vegetativa cuya naturaleza sexual está velada.

2) El hombre religioso niega su sexualidad a través de la mistificación

de la excitación.

3) El éxtasis religioso es un sustituto de la excitación vegetativa orgástica.

4) El éxtasis religioso no produce una distensión sexual, sino a lo sumo una fatiga muscular y mental.

5) El sentimiento religioso es subjetivamente auténtico y tiene un fundamento fisiológico.

6) La negación de la naturaleza sexual de esta excitación determina una inautenticidad caracteriológica.

Los niños pequeños no creen en Dios. Por lo general, la creencia en Dios se cimenta en ellos tan sólo cuando tienen que aprender a reprimir la excitación sexual que se manifiesta en la

masturbación. Esta represión les crea un temor al placer. Ahora comienzan a creer realmente en Dios y a desarrollar el temor en «Él». Por una parte, lo temen como ser omnisciente y que todo lo ve; por la otra, invocan su protección contra la propia excitación sexual. Todo esto tiene la función de evitar el onanismo. Las ideas religiosas, por tanto, se cimentan en la primera infancia. Pero no podrían refrenar la energía sexual del niño si no se asociaran a las figuras reales del padre y de la madre. Peca quien no honre a su padre; en otras palabras: quien no tema a su padre y se entregue al placer sexual será castigado. En la fantasía del niño, el padre vivo,

severo y represor, es el representante de Dios en la Tierra y su órgano ejecutor. Si el respeto por el padre se derrumba, víctima de una comprensión real de las debilidades y limitaciones humanas de éste, continuará existiendo en la figura de la concepción abstracta y mística de Dios. Del mismo modo que la dominación patriarcal invoca a Dios y se refiere en realidad a la autoridad paterna real, cuando el niño dice «Dios» está invocando en verdad al padre real. Desde luego, en la estructura del niño la excitación sexual, la idea de *padre* y la idea de *Dios* constituyen una unidad. En los tratamientos, esta unidad se nos presenta de una manera concreta bajo la

forma de un espasmo muscular genital. Con la eliminación del estado espasmódico de la musculatura genital ceden también la idea de Dios y el temor al padre. El espasmo genital, por tanto, no sólo constituye la cimentación estructural fisiológica del temor religioso, sino que crea a la vez el temor al placer, que se convierte en el elemento primordial de toda moral religiosa.

Debo ceder a otras investigaciones la elaboración de las interrelaciones muy complejas y detalladas que ligan a los diferentes tipos de cultos religiosos y a las organizaciones sociales socioeconómicas con la estructura

humana. El *miedo a la genitalidad* y la *angustia del placer* siguen siendo el núcleo energético de todas las religiones patriarcales antisexuales.

2. Cimentación de la religión a través de la angustia sexual

La religiosidad hostil al sexo es un producto de la sociedad autoritaria patriarcal. La relación hijo-padre que encontramos en todas las religiones patriarcales no es más que el contenido inevitable, socialmente determinado, de la experiencia religiosa. Esta experiencia se origina en la represión sexual que ejerce el patriarcado. La función a la que la religión va sirviendo con el transcurso del tiempo, la relación de obediencia y renunciación ante la

autoridad, es sólo una función secundaria de la religión. Puede apoyarse sobre una base sólida: la *estructura del hombre patriarcal, modificada* por la represión sexual. La fuente viva de la actitud religiosa y el eje de todo dogma religioso es el rechazo del placer carnal; ello es especialmente evidente en dos religiones: en el cristianismo y en el budismo.

a) Cimentación de la mística en la infancia

Lieber Gott, nun schlafe ich ein,
Schicke mir ein Engelein.
Vater, lass die Augen Dein,

Ueber meinem Bette sein.
Hab ich Unrecht heut getan,
Sieh es, lieber Gott, nicht an.
Vater, hab mit mir Geduld
Und vergib mir meine Schuld.
Alle Menschen, gross und klein
Mögen Dir befohlen sein.

(Dios mío: ahora me duermo, / envíame un angelito. / Padre, que tus ojos / estén sobre mi cama. / Si hoy he hecho algo injusto, / Dios, no lo mires. / Padre, ten paciencia conmigo / y perdóname mis culpas. / Que todos los hombres, grandes y pequeños, / te sean encomendados.)

Ésta es una de las muchas oraciones típicas que los niños tienen que rezar antes de dormirse. El contenido de tales poemas suele ser ignorado. No obstante,

estos textos contienen en forma concentrada toda la sustancia y la materia emocional de la mística: en la primera estrofa, un pedido de protección; en la segunda, repetición de este pedido, dirigido directamente al «padre»; en la tercera, el pedido de perdón por un pecado cometido; que Dios-padre no le *mire*; ¿a qué se refiere el sentimiento de culpa? ¿Por qué la petición de que el padre no le mire? *En el amplio circulo de las acciones prohibidas, la culpabilidad por el juego con los órganos sexuales ocupa un lugar central*.

La prohibición de tocarse los órganos sexuales sería ineficaz si no

estuviera reforzada por la idea de que Dios lo ve *todo*, y de que también hay que ser «bueno» cuando los padres se alejan. Quien crea que esta relación es pura fantasía, quizá se convenza con el siguiente suceso impresionante, que ilustra a las claras la cimentación de la idea mística de Dios mediante la angustia sexual.

Una niña de unos siete años, que era educada conscientemente de modo ateo, comenzó a desarrollar un día una compulsión a rezar. Compulsión, porque realmente no quería rezar y porque lo sentía como contradictorio con lo que sabía. La etiología de la necesidad de rezar fue la siguiente: la niña se

masturbaba todas las noches antes de dormirse. Un día sintió miedo de hacerlo; sintió, en cambio, el impulso de arrodillarse delante de su camita y de decir una oración parecida a la arriba transcrita. «Si rezo, no tengo miedo». *El miedo había aparecido el día en que por primera vez se había privado de la masturbación*. ¿Por qué esta autoprivación? Le contó a su padre, que gozaba de su total confianza, que unos meses antes había tenido una experiencia desagradable en una colonia de vacaciones. Como tantos niños, había estado jugando a las relaciones sexuales (a «mamá y papá») con un niño en un matorral. De pronto se había acercado

otro niño y les había gritado: «¡Qué vergüenza!». A pesar de que los padres de la niña le habían enseñado que tales juegos no eran nada malo, sintió vergüenza y en vez de practicar el juego se masturbó antes de dormirse. Una noche, poco antes de que sintiera la compulsión a rezar, había regresado a su casa con otros niños. Venían de una reunión infantil, y en el camino entonaban canciones revolucionarias. De pronto se encontraron con una vieja que le hizo recordar a la bruja de Hänsel y Gretel. La vieja les gritó: «¡Banda de ateos, que os coja el diablo!». Por la noche, cuando quiso volver a masturbarse, pensó por primera vez que

quizás existía realmente un dios que la veía y la castigaría. Inconscientemente, había asociado la amenaza de la vieja con la experiencia con el niño. Ahora comenzó a luchar contra la masturbación, se asustó, y para contener su miedo comenzó a rezar compulsivamente. *La oración había ocupado el lugar de la satisfacción sexual*. Sin embargo, el miedo no cedió por completo. Poco a poco comenzó a desarrollar terribles pesadillas nocturnas. Desde entonces temía a un ser supraterrenal que podía castigarla por su culpa sexual. Por eso se encomendaba a Su protección; esto constituía un refuerzo en su lucha contra la tentación

de masturbarse.

No debe juzgarse este proceso como un acontecimiento aislado. Es el proceso típico por el cual la idea de Dios se cimenta en la mayoría de los niños de círculos culturales religiosos. A esta misma función sirven —según lo ha constatado la investigación analítica de los cuentos de hadas— los cuentos del tipo de «Hänsel y Gretel», en los que existe una amenaza velada, pero inequívoca para el inconsciente del niño, de castigar la masturbación. No podemos discutir aquí los detalles del origen del pensamiento místico de los niños a partir de tales cuentos de hadas ni su relación con la inhibición sexual.

En ninguno de los casos tratados permite el análisis caracteriológico dudar de que el sentimiento místico se desarrolla a partir del miedo a la masturbación y bajo la forma de un sentimiento de culpabilidad generalizado. Resulta incomprensible que la investigación analítica ignorara este hecho. En la idea de Dios aparecen objetivadas la propia conciencia de cada cual y la advertencia o amenaza internalizadas de los padres o educadores. Ésta es una conclusión científica bien conocida. Lo que es menos claro es que la fe y el temor a Dios sean una excitación sexual energética que ha cambiado su meta y su contenido. Por lo tanto, el sentimiento

religioso es el mismo que el sexual, con la salvedad de que está imbuido de contenidos místicos, psíquicos. Esto explica la frecuencia con que aparecen elementos sexuales en muchos ejercicios ascéticos, como por ejemplo en la ilusión de las monjas de ser las novias de Cristo; es poco probable que tales ideas lleguen a la conciencia de la genitalidad, por lo que emprenden otros caminos sexuales, como el martirio masoquista.

Retomemos la historia de nuestra niñita. La compulsión a rezar desapareció en cuanto la niña comprendió el origen de su angustia y cedió su lugar a la masturbación sin

culpa. Por insignificante que pueda parecer este hecho, está cargado de consecuencias para la política sexual frente a la contaminación mística de nuestra juventud. Unos meses después de haber desaparecido la compulsión a rezar, la niña, que estaba en una colonia de vacaciones, le escribió a su padre:

> Querido Karli, aquí hay un trigal, y donde termina tenemos nuestro hospital (claro que es algo fingido). Allí jugamos al doctor (somos cinco chicas). Cuando a alguna de nosotras nos duele el coñito, vamos allí, pues tenemos pomadas, cremas y algodón. Todo esto lo hemos birlado.

A no dudarlo, esto es *revolución*

cultural sexual. «¿Cultural?» La niña estaba en una clase en la que los demás alumnos tenían una edad promedio de uno a dos años más que ella, que aprendía al mismo nivel; los maestros confirmaban su aplicación y su gran talento. En política y en conocimientos generales, así como en su vivo interés por la realidad, superaba en mucho a las demás niñas de la misma edad. Doce años después era sexualmente sana, intelectualmente destacada y muy querida en sociedad.

b) La cimentación de la mística en la adolescencia

Con el ejemplo de la niñita he

tratado de mostrar cómo la angustia religiosa se cimenta típicamente ya en el niño pequeño. El miedo a la sexualidad cumple el papel mediador central en la cimentación del orden social autoritario en la estructura de los niños. Ahora analizaremos esta función de la angustia sexual en la pubertad. Leamos uno de los típicos panfletos antisexuales:

¿ARRIBAR O ENCALLAR?

Nietzsche: En el fondo de su alma reposa fango, y ¡ay! si el fango está dotado de intelecto.

Kierkegaard: Si sólo está bautizada la razón, las pasiones siguen siendo paganas.

Hay dos rocas firmemente ancladas

en la vida de todo hombre, a las que puede arribar o encallar, en las que puede subir o contra las que puede estrellarse: Dios y… el sexo opuesto. Innumerables jóvenes encallan o fracasan en la vida, y no porque hayan aprendido demasiado poco, sino porque no logran dominar *aquel* instinto que puede brindar a los seres humanos una felicidad inenarrable, pero también una miseria abismal: el *instinto sexual*.

Hay muchos que no llegan jamás a ser hombres plenos, porque se encuentran dominados por la vida instintiva. De hecho, los instintos fuertes no deben ser motivo de tristeza. Por el contrario, significan riqueza y aumento de la vitalidad. Hacer posible un amor grande y fuerte, y una elevada capacidad de trabajo y rendimiento. Son el grito que despierta a una gran

personalidad. Pero el instinto se convierte en una injusticia contra sí mismo y en un pecado contra el Creador, si el hombre deja de controlarlo, pierde el dominio y se transforma en su esclavo. En el hombre dominan lo espiritual o lo instintivo, es decir, lo animal. Estos polos son irreconciliables. Por eso, a todo hombre pensante se le presenta un día la pregunta gigantesca: ¿Quieres conocer el verdadero sentido de tu vida, que es el de brillar, o quieres quemarte en las ascuas de tus instintos irrefrenados?

¿Quieres vivir tu vida como un animal o como un hombre dotado de inteligencia?

El proceso de llegar a ser un hombre —que de eso se trata— es el problema del fuego del hogar. Dominado y controlado, el fuego

ilumina y calienta la habitación, pero ¡ay de nosotros, si escapa del hogar! ¡Ay del hombre, si el instinto sexual le domina de tal modo que se convierte en el señor de todos sus pensamientos y de todos sus actos!

Nuestra época está enferma. En otros tiempos se exigía que la disciplina y la responsabilidad gobernaran al Eros. Hoy día se cree que el hombre moderno ya no necesita la disciplina. Pero esta visión ignora que el actual hombre de la gran ciudad es mucho más nervioso y débil de voluntad, por lo cual requiere una disciplina más fuerte.

Y ahora mira a tu alrededor: en nuestra patria el que gobierna no es el espíritu; la supremacía la tienen los instintos irrefrenados y, en el mundo de nuestros hombres jóvenes, sobre todo el instinto sexual indisciplinado que

degenera en inmoralidad. En la fábrica y en el despacho, en las tablas y en la vida pública, es el espíritu del mundo frívolo el que gobierna, y las obscenidades están a la orden del día. ¡Y cuánta alegría juvenil se arruina en los infiernos de la gran ciudad, en los cabarets y en los locales de baile, en los garitos y en los malos cines! El joven de hoy se tiene por especialmente inteligente si rinde tributo a la teoría hedonista. En verdad se le adaptan las palabras que Goethe, en el *Fausto*, pone en boca de Mefistófeles:

Lo llama razón y sólo lo usa
para ser más bestial que cualquier animal.

Dos cosas son las que dificultan el proceso de llegar a ser un hombre: la

gran urbe con sus condiciones anormales y el demonio que llevamos dentro de nosotros. El joven que llega a la metrópoli solo y por vez primera, quizá procedente de una casa paterna acogedora, se ve rodeado por una plétora de nuevas impresiones. Un ruido incesante, imágenes excitantes, escritos eróticos, a menudo pocas posibilidades para gozar de aire no contaminado, alcohol, cine, teatro y vestimentas excitantes con un calculado efecto sexual por doquiera dirija su mirada… ¿quién puede resistir un ataque tan concentrado? Y el demonio interno responde muy gustosamente con un sí a la tentación externa. Pues Nietzsche tiene razón: «reposa fango en el fondo del alma», y «los perros salvajes ladran en el sótano» de todos los hombres y aguardan a ser liberados.

Muchos caen bajo la dictadura de la inmoralidad porque no se les ha advertido a tiempo de los peligros. Éstos agradecerán una palabra sincera de advertencia y consejo que les permita escapar o volver.

La primera forma bajo la cual suele aparecer la inmoralidad es, en general, la *masturbación*. Se ha comprobado a nivel científico que por lo general comienza a una edad alarmantemente temprana. Es cierto que las consecuencias de esta mala costumbre han sido exageradas con frecuencia. Pero el juicio de médicos importantes da que pensar a cualquiera. El profesor Hartung, que fue durante muchos años el médico-jefe de la sección dermatológica del hospital Allerheiligen en Breslau, opina lo siguiente: «No cabe duda de que una

indulgencia excesiva respecto de esta propensión al onanismo es sumamente perjudicial para el cuerpo, y que es precisamente en los años posteriores en que el ejercicio de este vicio origina perturbaciones cuyas manifestaciones son un nerviosismo general, una incapacidad mental para el trabajo y un debilitamiento físico».

Destaca sobre todo el hecho de que el hombre que se masturba tiene conciencia de estar haciendo algo impuro, con lo cual pierde su autoestima y su mirada clara. La conciencia permanente de un secreto repulsivo y que debe ocultarse ante los demás le degrada moralmente ante sí mismo. Hartung sigue diciendo que los jóvenes que sucumben a este vicio se vuelven indolentes y reblandecidos, pierden las ganas de

trabajar, y que todo tipo de estados de irritación nerviosa debilitan su memoria y su rendimiento. Otros médicos importantes coinciden con estas opiniones.

La masturbación no sólo desmejora la sangre; también elimina fuerzas espirituales e inhibiciones necesarias para el proceso de virilización; priva al alma de su resolución y, si *se convierte en un hábito*, va actuando como un corrosivo.

Pero mucho peores son las consecuencias de la *inmoralidad con el sexo opuesto*. No es casual, por cierto, que el más terrible flagelo de la humanidad —las enfermedades venéreas— sean una consecuencia de esta transgresión. Sorprende la increíble insensatez en este terreno de personas que en otros campos

pretenden ser prudentes.

El doctor Paul Lazarus, profesor de la universidad de Berlín, traza un cuadro estremecedor de la profunda enfermedad espiritual y física de nuestro pueblo a consecuencia de las enfermedades venéreas.

Debemos señalar a la *sífilis* como uno de los sepultureros más exitosos de la fuerza de nuestro pueblo.

Pero también la *gonorrea*, a la que muchos jóvenes valoran insensatamente a la ligera, es una enfermedad seria y peligrosa. El mero hecho de que la ciencia médica no pueda curarla con seguridad debería desterrar toda ligereza en ese sentido.

Respecto a las enfermedades venéreas, el profesor doctor Binswanger afirma que «es notable que casos de contagio que parecen muy

ligeros pueden llevar a terribles sufrimientos; que a menudo pasan muchos años entre la infección original y el momento en que se declara un mal nervioso incurable; y que seguramente más del 60% de los casos de la enfermedad tan frecuente hoy día y que los legos denominan "reblandecimiento del cerebro" debe atribuirse a un anterior contagio sexual».

¿No resulta estremecedor pensar que tales pecados de juventud puedan hacer sufrir una terrible enfermedad a nuestros seres más allegados: a la mujer y al niño?

Pero aún debo mencionar otra aberración que hoy día está mucho más difundida de lo que nos imaginamos: la *homosexualidad*. Digamos antes que nada que queremos brindar nuestra más cálida simpatía y comprensión a todos

los que, debido a su inclinación o herencia en este sentido, libran un combate silencioso y a menudo desesperado en favor de su pureza. Nuestra enhorabuena a todos los que alcanzan aquí la victoria, pues Dios está de su parte. Jesús amaba al pecador individual y ayudaba a quien dejaba ayudarse, pero combatía el pecado con sacro fervor; del mismo modo debemos enfrentarnos a las manifestaciones de la homosexualidad, que corrompen a nuestro pueblo y a nuestra juventud. Hubo ya una época en que el mundo estuvo a punto de ahogarse en un diluvio de perversiones. Sólo el Evangelio fue capaz de superar la cultura que se hundía en la putrefacción de estos pecados abominables y crear una cultura nueva. Hablando de los esclavos y de las víctimas de estos pecados, San Pablo

les escribió a los romanos: «Los varones, dejando el uso natural de la mujer, se abrasaron en mutua concupiscencia; cometieron torpezas hombres con hombres. *Por eso, Dios los dio por perdidos*». (Rom. I). La homosexualidad es la marca de Caín de una cultura enferma hasta la médula, sin Dios y sin alma. Es una consecuencia de la concepción de mundo y de vida que hoy prevalece y cuya meta más alta es la avidez por el placer. En su Ética *sexual*, el profesor Foerster dice con razón: «Donde el heroísmo espiritual es objeto de escarnio y se glorifica la vida natural desenfrenada, todo lo perverso, demoníaco y vil osa salir a luz, e incluso se burla de lo sano como de una enfermedad y se autoerige en norma de vida».

Hoy día vemos cosas que el hombre

no se atreve a confesar en su más secreta depravación. Otras cosas aún peores saldrán a luz, y entonces se comprenderá que sólo un gran poder espiritual —el Evangelio de Jesucristo — puede constituir aquí una ayuda.

De todos modos, algunos pondrán reparos a lo dicho. Tu pregunta podría ser: «¿No se trata aquí de un instinto natural que debe ser satisfecho?». La pasión desatada no es algo natural, sino algo altamente antinatural. *En casi todos los casos ha sido la culpa propia o ajena la que ha preparado, encendido y alimentado el deseo inicuo*. Fíjate en un alcohólico o en un morfinómano. ¿Es natural su continua necesidad de alcohol o de morfina? Esta necesidad *se ha ido agrandando artificialmente* por la tan frecuente entrega al vicio. El instinto que Dios ha

puesto en nosotros para el matrimonio con el fin de preservar la raza humana es en realidad bueno y fácil de controlar. Miles de hombres lo dominan correcta y exitosamente.

«Pero ¿no es nocivo para el hombre maduro si se abstiene de estas cosas?». El profesor doctor Hartung, a quien queremos citar de nuevo, dice literalmente: «Le contesto sin ambages ni rodeos: no, no es así. *El hombre que le haya dicho que para los hombres sanos la castidad y la abstinencia, en su sentido más amplio, podrían ser nocivas, le ha señalado caminos completamente errados; y si realmente había meditado lo que le decía, se trataba de un ignorante o un malvado*».

Hay que prevenir seriamente contra el uso de anticonceptivos. La única

protección segura es la abstinencia hasta el matrimonio.

He tratado de presentarte abierta y sinceramente las consecuencias de la inmoralidad. Has visto la ruina física y psíquica de los que caen en este pecado. Sin embargo, debemos añadir el daño que este vicio inflige al alma. Te doy fe con sacra solemnidad: *La impudicia es un crimen contra Dios. Te roba necesariamente la paz de tu corazón y no te permite acceder a la felicidad y tranquilidad*. Ésta es la palabra de Dios: «Quien siembra en su carne, de su carne cosechará la corrupción» (Gál. VI, 8).

El espíritu de la vida alegre entra necesariamente allí donde se pierde la conexión con el mundo supraterrenal.

Pero para todos los que no quieran ser o continuar siendo víctimas de la

inmoralidad, quiero agregar unas pocas palabras de aliento y consejo. Hay que llegar a un rechazo total del pecado de la inmoralidad *en los pensamientos, en las palabras y en las acciones*. Esto es lo primero que deben observar los que no quieran ser sus esclavos. Naturalmente ya no se deberá ir a los *lugares de corrupción* y de pecado; es más, ha de evitarse en lo posible todo aquello que pudiera favorecer la corrupción. Así hay que evitar a toda costa el trato y la amistad con camaradas inmorales, etc.; lo mismo vale para la lectura de libros pornográficos, la contemplación de cuadros obscenos y la asistencia a espectáculos dudosos. En cambio, debes procurarte amistades sanas que te preserven y te eleven. Es recomendable todo lo que curta el cuerpo y alivie la

lucha contra la inmoralidad, como la *gimnasia*, el *deporte*, la *natación*, las caminatas, el levantarte *en cuanto te despiertes*. Debes ser medido en el consumo de alimentos y sobre todo de bebidas. *Hay que evitar las bebidas alcohólicas*. Pero todo esto aún no basta; pues muchas personas que siguen estos consejos se encuentran con la dolorosa experiencia de que el instinto desatado sigue siendo demasiado fuerte.

¿Dónde hallar la fortaleza necesaria para resistir, dónde la fuerza para alcanzar la victoria que necesitamos si no queremos perder nuestro bien más preciado: nuestra personalidad? Cuando la tentación se nos acerca con su seducción incandescente, cuando el fuego de la sensualidad estalla en llama viva, se muestra que el solo esclarecimiento no basta. Necesitamos

fuerza, fuerza viva, para domeñar nuestros instintos y superar las potencias impuras dentro y fuera de nosotros. Sólo hay Uno que nos da esta fuerza: Jesús. A través de su cruenta muerte expiatoria, no sólo nos ha procurado nuestra remisión, de modo que podamos encontrar la paz frente a las acusaciones de nuestra conciencia, sino que es también, a través de su espíritu, la fuerza viva de una vida nueva y pura. *A través de él, incluso una voluntad paralizada en el servicio al pecado puede reafirmarse y renacer a la libertad y a la vida*, y salir airosa de los duros combates contra el pecado.

[Deja que aquel que quiere conseguir la verdadera libertad se acerque al redentor viviente, quien ha privado de poder al pecado y tiene para cada uno poder y ayuda en abundancia.

Ésta no es la teoría cristiana, pero se trata de un hecho que tienta a muchos jóvenes sumamente turbados y que experimentan cada día. Siempre que sea posible, confiésate a los cristianos sinceros y a los verdaderos amigos, que pueden aconsejarte y ayudarte en tu esfuerzo. Puede tratarse de un esfuerzo, pero de un esfuerzo que promete victoria.]

Y ahora, finalmente, permíteme que te haga una pregunta personal: ¿Cuál es tu situación, amigo mío, y qué piensas hacer con esta advertencia?

¿Quieres dejarte arruinar, para complacer a personas frívolas y sin escrúpulos? ¿O quieres unirte a hombres puros y nobles, cuyo trato te eleva y fortalece tu voluntad para combatir contra todo lo impuro? ¿Quieres ser una persona que por sus

palabras, ejemplos y carácter es una maldición para sí mismo y para los demás, o quieres progresar en ser un hombre que constituya una bendición para el prójimo?

¿Quieres arruinar —ahora y por siempre— tu cuerpo, carácter y alma, para gozar de unos pocos momentos de placer transitorio, o quieres dejarte salvar, mientras estés a tiempo?

Te pido que seas honesto al contestar estas preguntas y que tengas el valor de hacer lo que Dios le haya aclarado a tu conciencia.

¡Elige con honestidad! ¿Vida humana o *ultramundana? ¿Animal u hombre espiritualizado? ¿Arribar o encallar?*

En este panfleto, se coloca a la juventud ante la alternativa de «Dios o

la sexualidad». El ser un «ser humano pleno», así como el ser un «superhombre» no se agota en la asexualidad, pero ésta es su primera condición. La oposición entre «animal» y «hombre espiritualizado» se orienta según la oposición entre «sexual» y «espiritual»; es la misma antítesis que forma la base siempre inalterada de toda la filosofía moral teosófica. Hasta ahora era inatacable, porque no se impugnaba su base: el rechazo de la sexualidad.

El joven medio está preparado desde su más tierna infancia para el conflicto entre sexualidad y miedo, herencia de la casa paterna autoritaria. Un panfleto del estilo del antes

reproducido le empuja en dirección a la mística, por cierto que sin eliminar las dificultades. La Iglesia católica suele salvar escollos a través de la absolución otorgada periódicamente por la masturbación que el joven confiesa. Pero el dar esta absolución tropieza con otra dificultad. La Iglesia obtiene su base de masas a través de dos medidas: establece una dependencia de las masas respecto a ella a través de la angustia sexual, y acentúa su actitud anticapitalista. Condena la vida de las grandes urbes con sus oportunidades para pervertir a los jóvenes, pues tiene que luchar contra la fuerza sexual revolucionaria que es despertada en

ellos por la vida de la gran ciudad. Por otra parte, la vida sexual de las masas en las metrópolis está caracterizada por la flagrante contradicción entre una gran necesidad sexual y una mínima posibilidad material y estructural de satisfacerla. Esta contradicción no es esencialmente otra que la de que se defienda por todos los medios la misma autoridad familiar que ha sido destruida por las crisis económicas y por las enfermedades sexuales. El conocimiento de tales contradicciones es de gran importancia, pues abre amplías posibilidades de vulnerar en su punto más débil el aparato ideológico de la reacción política.

¿Dónde ha de buscar el joven la fuerza para doblegar su sensualidad genital? ¡En la fe en Jesús! Y el joven encuentra efectivamente en esta fe una vigorosa fuerza contra su sexualidad. ¿A través de qué mecanismos? La experiencia mística le transporta a un estado de excitación vegetativa, que jamás experimenta su gratificación orgástica natural. El joven desarrolla un impulso pasivo-homosexual; la homosexualidad pasiva es la contrapartida más eficaz, desde el punto de vista de la energía instintual, de la sexualidad masculina natural, pues sustituye la actividad y la agresión por la pasividad y las actitudes masoquistas,

que son precisamente las que determinan la base estructural de masas de la mística patriarcal-autoritaria. Pero esto implica al mismo tiempo una lealtad incuestionable, fe en la autoridad y capacidad para adaptarse a la institución del matrimonio compulsivo patriarcal. La mística religiosa, por tanto, aprovecha la rivalidad de un impulso sexual contra el otro. Ella misma se sirve de mecanismos sexuales para concretar sus objetivos. Estos estímulos sexuales no-genitales, que ella en parte ha puesto en marcha, ha hecho florecer, determinan luego la psicología de masas de sus seguidores: el masoquismo moral (a menudo con un claro componente

físico) y la sumisión pasiva. La religión extrae su poder de la represión sexual genital, que, en un nivel secundario, empuja hacia la regresión en la línea de la homosexualidad pasiva y masoquista. Por tanto, en cuanto se refiera a la dinámica del impulso, se apoya sobre la angustia genital y sobre la sustitución de la genitalidad por direcciones instintuales secundarias y que para el joven ya no son naturales. La tarea de la economía sexual en los jóvenes místicos y religiosos consiste en oponer la necesidad genital natural a los instintos secundarios (homosexuales) y místicos. Esta tarea de la psicología de masas concuerda por completo con las líneas

objetivas de desarrollo del progreso social en el terreno económico-sexual: *la eliminación de la prohibición genital y la afirmación de la vida sexual genital de los jóvenes*.

Pero la cuestión no se agota al revelar estos mecanismos de infestación de las masas. El *culto mariano* ocupa una posición privilegiada en esta cuestión. Para nuestra orientación, reproducimos otro panfleto típico:

EL CULTO MARIANO Y EL HOMBRE JOVEN

Por el doctor en Teología Gerhard Kremer

Los jóvenes católicos genuinamente píos siempre sentirán un sincero afecto

por el ideal de la Virgen María. La adoración de la Virgen no va en desmedro de una cálida y segura devoción a Cristo. Por el contrario, un verdadero culto mariano debe conducir a Cristo y a una vida moral. No prescindamos del ideal de María en la educación moral y religiosa de nuestra juventud.

La juventud es la época de la formación, de la lucha externa e interna. Se despiertan las pasiones, hay una efervescencia y un combate dentro del hombre, una urgencia y un crecimiento tormentosos. En esta situación penosa, la juventud necesita un ideal fuerte y poderoso, límpido y claro, que no se vea sacudido por esa urgencia y efervescencia. Este ideal debe levantar los corazones vacilantes: su brillo debe superar lo innoble y vil, y ha de llevar

hacia lo sublime los ánimos inseguros. Este ideal *ha de ser para el joven la Virgen María, en la que se encarnan la pureza y la belleza cuyo resplandor todo lo supera*. Se dice que hay mujeres cuya sola presencia nos educa, pues su conducta ahuyenta los pensamientos mezquinos e impide que escape de nuestra boca cualquier palabra ligera. La Virgen María es el paradigma de una mujer tan noble. Un joven caballero que se consagre a su servicio y que esté convencido de que la mirada de ella reposa sobre él, es incapaz de cometer una vileza. Si, no obstante, olvidándose de la presencia de la Virgen, cayera, el recuerdo de ella le provocaría un ardiente dolor en el alma y le ayudaría a que su espíritu noble vuelva a gobernarlo (P. Schilgen S. J.).

María se le presenta al joven con

una gracia, sublimidad y dignidad inalcanzadas e inhallables en la naturaleza, en el arte y en el mundo humano. ¿Por qué los artistas y pintores han consagrado su talento y sus obras una y otra vez a la Virgen? Porque ven en ella la más sublime belleza y dignidad. Es una dignidad y una belleza que jamás nos desilusionarán. He aquí que el joven se halla ante una señora y reina, «y el mayor honor es servirla y existir para ella. He aquí la mujer sublime y la novia del alma a la que puedes consagrarte con toda la fuerza del amor que desborda de tu corazón juvenil, sin temer la degradación ni el sacrilegio».

El ideal de María ha de entusiasmar al joven; en una época a la que le gusta oscurecer lo radiante y enfangar lo augusto, el ideal mariano ha

de resplandecer ante él como salvación y como fuerza. En este ideal, el joven ha de comprender que la belleza del alma y la castidad son verdaderamente algo magno y elevado. Y ha de brindarle la fuerza para emprender el camino hacia lo alto, aunque todos los demás pierdan sus mejores cualidades en los abismos. El ideal mariano ha de hacer entrar en razón al vacilante, ponerse de pie al que tropieza y fortalecerlo, e incluso llegar hasta el caído, para que se reincorpore con renovado valor. María es el astro radiante que quiere guiar al joven en la noche oscura de sus pasiones, la estrella que hace renacer en él su veta noble, cuando todo lo demás parece derrumbarse. «Cruzo montes y praderas / con un dolor incomprendido. / Mas veo de Nuestra Señora / la iglesia pequeña en el valle. / Cuando mis pies

cruzan su umbral / se calma mi sangre, / y cuando pienso en ti, María / todo vuelve a su lugar» (Fr. W. Weber).

Oh, jóvenes que tenéis un ideal en el ánimo y una sagrada virtud en vuestra lucha, *alzad la vista a vuestra Señora y Reina*. ¿Cómo puede contemplarla un joven sin llenarse de sacro idealismo? ¿Cómo puede saludarla en el Ave María sin sentir un fuerte anhelo de castidad? ¿Cómo entonar los hermosos cantos marianos sin cobrar valor para la lucha? ¿Cómo un joven que ha captado el ideal de la Virgen podría convertirse en ladrón de la inocencia femenina? ¿Cómo llamarla Madre y Reina, y luego sentir placer ante la indignidad de una mujer? *Sí: cuando al ideal de María se lo toma en serio, es para el joven un fuerte impulso y una potente llamada a la castidad y virilidad*. «Si diriges tu

mirada hacia ella, si llevas su imagen en el corazón, ¿no has de volverte necesariamente puro, por mucho que tengas que luchar?».

La actitud del joven respecto de las muchachas y mujeres es decisiva para su conducta moral

«Antaño, cuando un joven era armado caballero, debía prometer que protegería a las mujeres indefensas. Era la época que construyó las catedrales en honor de la Reina de los Cielos». (P. Gemmel, S. J.). El amor a María guarda una íntima relación con la verdadera caballerosidad respecto del sexo femenino. El hombre inspirado por el ideal de la Virgen María, por fuerza lleva en sí aquel aire de caballero que surge de un respeto reverente por la dignidad y majestad femeninas. Por eso,

la acolada del medioevo comprometía al joven tanto al servicio del amor sagrado como a la protección del honor de la mujer. Los símbolos de esta caballería ya no existen; pero —lo que es decir— en la juventud, además, *está muriendo poco a poco la tímida reverencia ante la mujer, cediendo ante un vil bandolerismo*. Si antaño el caballero defendía a las mujeres débiles y protegía su inocencia con arnés y armadura, el hombre auténtico de hoy debe sentirse íntimamente como deudor del honor y de la inocencia femenina. Una virilidad proba y una genuina nobleza del alma se revelarán con mayor prontitud y belleza frente al sexo femenino. ¡Saludemos al joven que haya ceñido su pasión con esta armadura! ¡Dichosa la muchacha que haya encontrado el amor de un joven de tal

talante! «*No hagas mal a ninguna muchacha y recuerda que también tu madre ha sido una muchacha*».

El joven de hoy es el hombre y esposo de mañana. ¿Cómo podrá proteger el esposo y hombre la femineidad y el honor femenino, si el joven y novio ha profanado el amor y el noviazgo? El noviazgo ha de ser un tiempo de *amor sagrado, no profanado*. ¡Cuántos destinos humanos serían más felices si el ideal mariano estuviera vivo en el mundo de nuestros jóvenes! ¡Cuánto dolor nos ahorraríamos, si los jóvenes no jugaran pecaminosamente con el amor de un alma de muchacha! *Oh, jóvenes, dejad que os ilumine la clara luz del ideal de María en vuestro amor, para que no tropecéis ni caigáis*.

> El ideal de María puede significar mucho para nuestros jóvenes. Ése es el motivo por el cual hemos colocado el estandarte de María en nuestras agrupaciones juveniles y congregaciones. Quiera Dios que nuestra juventud masculina católica se agrupe en torno a este estandarte. (*Katholisches Kirchenblatt* n.º 18, 3 de mayo de 1931).

El culto mariano es utilizado con gran éxito para inculcar la castidad. Nuevamente debemos preguntarnos por el mecanismo psicológico que proporciona el éxito a estas intenciones. Se trata también aquí de un problema de las masas de jóvenes sometidas a estas influencias. Es importante por encima de

todo domeñar los impulsos genitales. El culto a Jesús moviliza las fuerzas homosexuales pasivas contra la genitalidad; el culto mariano también moviliza fuerzas sexuales, pero que pertenecen a la propia esfera heterosexual. «No le hagas mal a ninguna muchacha y piensa que también tu madre ha sido una muchacha». La Madre de Dios, pues, asume el papel de la propia madre en la vida afectiva del joven cristiano; a ella dirige todo el amor que sentía por su madre, todo el poderoso amor de sus primeros deseos genitales. Pero la *prohibición del incesto* dividió su genitalidad en un anhelo de orgasmo por un lado, y en una

ternura asexual por el otro. El anhelo de orgasmo debe ser reprimido, y su energía intensifica la tendencia a la ternura, convirtiéndola en una —casi indisoluble— atadura a la experiencia mística. Este anhelo de orgasmo ofrece una resistencia violenta, no sólo al deseo incestuoso, sino a todo relación genital natural con una mujer. Toda la fuerza viva y el gran amor que el joven sano desarrolla en la experiencia orgástica con su amada, en el hombre místico sirve para apoyar el místico culto mariano, *después de* la represión de la sensualidad genital. Éstas son las fuentes de las que la mística extrae fuerzas que no debemos subestimar,

porque son fuerzas *no satisfechas*. Permiten comprender el poder milenario de la mística sobre los hombres y las inhibiciones que operan en contra de la responsabilidad de las masas.

Aquí no se trata de la adoración de la Virgen o de otro ídolo. Lo que importa es el *restablecimiento de la estructura humana mística* en cada nueva generación. Pero la mística no es sino el anhelo inconsciente de orgasmo (= sensación cósmica plasmática). El hombre orgásticamente potente y sano es capaz de venerar en alto grado a figuras históricas. Vive la historia primordial del hombre *junto a* su felicidad de amor sexual. Pero con ello no se vuelve ni

místico ni reaccionario ni sumiso a la metafísica. Una vida amorosa sana de la juventud no tiene por qué ahogar necesariamente la veneración por la leyenda de Jesús. Se puede admirar el Antiguo y el Nuevo Testamento como gigantescas realizaciones del espíritu humano, sin utilizar esta admiración para reprimir la vida sexual. Es más: mi experiencia médica me ha enseñado que los adolescentes sexualmente enfermos viven la leyenda de Jesús de modo insano y equivocado.

3. La dignidad personal sana y la neurótica

Para el joven sexualmente maduro y organizado según la economía sexual, la experiencia orgástica con una mujer constituye una unión gratificante; eleva al joven y elimina todo tipo de tendencia a degradar a la mujer que se ofrece sexualmente. En el caso de impotencia orgástica, no pueden entrar en juego más que las fuerzas psíquicas defensivas: el asco y la repulsión a la sensualidad genital. Estas fuerzas defensivas extraen su energía de varias fuentes. En primer lugar, la fuerza defensiva es por lo

menos igual de potente que el anhelo genital reprimido. El hecho de que no haya sido satisfecho no hace más que intensificarlo, y nada modifica el planteo de que sea inconsciente. A esto se agrega la justificación de la repulsa por las relaciones sexuales a causa de la brutalización real de la vida sexual en el hombre de hoy. Esta sexualidad *embrutecida* se convierte entonces en el prototipo de la sexualidad en general. De este modo, *la moral coactiva* crea exactamente aquello que luego invoca para justificar su existencia («la sexualidad es asocial»). Una tercera fuerza emocional es la concepción sádica de la sexualidad, que los niños

de todos los círculos culturales patriarcales adquieren en la primera infancia. Puesto que toda inhibición de la gratificación sexual intensifica los impulsos sádicos, toda la estructura sexual se vuelve sádica; como, por otra parte, las necesidades genitales son reemplazadas por necesidades anales, el lema sexual reaccionario de que las relaciones sexuales degradan a la mujer está en concordancia con la estructura del adolescente y obtiene tan sólo de este modo su gran importancia, puesto que el joven ya ha desarrollado la concepción sádica de las relaciones sexuales a través de su propia experiencia. También aquí se confirma,

pues, que las fuerzas defensivas del hombre que provienen de la moral compulsiva fundamentan el poder de la reacción política. Ahora comienza a estar más clara la relación existente entre el sentimiento místico y la «moralidad» sexual. Sean cuales fueren los contenidos de la experiencia mística, se trata esencialmente de la negación del impulso genital, del rechazo de la sexualidad; pero se lleva a cabo mediante excitaciones sexuales *no-genitales*. La diferencia entre el sentimiento sexual y el místico consiste en que este último no permite la percepción de la excitación sexual y que no se produce la *distensión* orgástica,

incluso en los casos en que se trate del llamado éxtasis religioso.

Excluida de la percepción del placer sexual y del orgasmo, la excitación mística debe producir una modificación permanente del aparato biopsíquico. El acto sexual real se vive como algo degradante. Nunca se llega a una experiencia natural completa. El rechazo del deseo orgástico obliga al Yo a formarse concepciones compulsivas de «pureza» y de «perfección». La sensualidad y la capacidad de gratificación sanas producen un sentimiento de dignidad personal natural. En el hombre místico, estas formaciones defensivas crean un

sentimiento de dignidad personal convulsivo, putrefacto en su interior. El sentimiento de dignidad personal del hombre místico —igual que el del nacionalista— se nutre de las actitudes defensivas. Se distingue del sentimiento de dignidad personal de base genital incluso en su aspecto externo: el carácter del hombre místico es histriónico, carece de naturalidad y manifiesta complejos de inferioridad sexual. Esto explica por qué el hombre al que se le ha inculcado una «moral» mística o nacionalista sea tan accesible a la fraseología de la reacción política: al «honor», a la «pureza», etc. Está obligado a recordar constantemente que

debe ser honorable y puro. El carácter genital es espontáneamente puro y honorable… no necesita esa constante advertencia.

8

ALGUNAS CUESTIONES DE LA PRACTICA SEXO-POLÍTICA

1. Teoría y práctica

La investigación académica reaccionaria postula la «separación entre lo que es y lo que debe ser», entre «conocimiento y acción». Por lo tanto, cree que es «apolítica», que está divorciada de la política. La lógica incluso afirma que jamás puede deducirse el deber ser del ser. En esto reconocemos una limitación que tiene la finalidad de que podamos dedicarnos tranquilamente a la investigación académica sin tener que sufrir las consecuencias inherentes a todo logro científico serio. Tales consecuencias

siempre son progresistas y, a menudo, revolucionarias. Para nosotros, la creación de puntos de vista teóricos no surge sólo de las necesidades de la vida viva, no sólo de la obligación de resolver problemas *prácticos*; la consideración teórica no sólo lleva a un nuevo, mejor y más adecuado actuar y dominar las tareas prácticas. Una teoría tiene valor únicamente si se demuestra en y a través de la práctica. Todo lo demás se lo dejamos a los malabaristas del espíritu, a los guardianes del orden de los «valores». Debemos superar antes que nada el error fundamental de la investigación religiosa, que se queda estancada en exposiciones académicas y

que por tanto no puede señalarnos una salida racional. Concordamos con la opinión de muchos investigadores de que la mística religiosa en todas sus formas significa noche espiritual y limitación intelectual.

Sabemos que la religiosidad de los hombres se ha convertido, en el curso de los siglos, en un instrumento de poder; también en esto concordamos con la opinión de algunos investigadores académicos. Pero nos diferenciamos de ellos en cuanto a nuestra voluntad seria de llevar a cabo un combate fructífero contra la mística y las supersticiones, y de traducir nuestros conocimientos en una dura práctica. ¿Ha agotado la

ciencia natural todas sus posibilidades en su lucha contra el misticismo? Debemos responder negativamente a esta pregunta. La mística, en cambio, mantiene ciegas a las masas. Pero en primer lugar orientémonos trazando una breve sinopsis histórica.

2. El combate contra la mística librado hasta ahora

En la evolución de la mística y del combate librado contra ella podemos distinguir cuatro fases. La primera se caracteriza por una carencia de visión científica de las cosas; en su lugar dominan las concepciones animistas. El hombre primitivo se siente urgido a explicarse los fenómenos de la naturaleza y superar así su temor a lo incomprensible. Tiene que proporcionar a su vida una sensación de seguridad y protegerse ante los poderes avasalladores de la naturaleza. Todo

esto se lo brindan (subjetivamente, no objetivamente) la mística, la superstición y la visión animista de los procesos naturales, incluidos sus procesos interiores, psíquicos. De este modo cree poder aumentar la fertilidad del suelo mediante la colocación de esculturas fálicas, y que al orinar termina con la sequía. Los rasgos fundamentales de esta situación continúan inalterados en todos los pueblos de la Tierra hasta que, al final de la Edad Media y a consecuencia de algunos descubrimientos técnicos, los antiquísimos intentos por comprender la naturaleza sobre una base científica toman un carácter serio y peligroso para

la mística. En el proceso de la gran revolución burguesa estalla una vehemente lucha contra la religión y a favor de la razón: se acerca el momento en que la ciencia podría sustituir a la mística en la explicación de la naturaleza, y en que la técnica floreciente podría asumir un papel mucho más importante con relación a la necesidad de protección (segunda fase). Sin embargo, una vez tomado el poder, los antiguos revolucionarios dan marcha atrás y crean una contradicción en el proceso cultural: por una parte fomentan la investigación científica por todos los medios a su alcance, porque colabora al desarrollo económico; por otra,

convierten a la mística en el más importante de los instrumentos de sometimiento de los gigantescos ejércitos de asalariados (tercera fase). Esta contradicción encuentra su expresión tragicómica en películas científicas del estilo de *Natur und Liebe* (Naturaleza y amor), en la que cada sección lleva dos títulos: «La tierra ha evolucionado a lo largo de millones de años a consecuencia de procesos cósmicos, mecánicos y químicos», o algo parecido, y debajo de esto leemos: «El primer día Dios creó el cielo y la tierra». Y en la platea hay grandes sabios, astrónomos y químicos, que miran callados esta curiosa unión,

convencidos de que «la religión también tiene sus aspectos positivos». ¡Representación viva del divorcio entre la teoría y la práctica! La exclusión metódica de los resultados de la ciencia del conocimiento de las masas, y los procesos «simiescos», como los que se celebran en los Estados Unidos, fomentan la humildad, la ausencia de crítica, la renuncia voluntaria y la esperanza en la felicidad en el más allá, la fe en la autoridad, el reconocimiento de la santidad del ascetismo y la intangibilidad de la familia autoritaria. Los trabajadores y sectores de la pequeña burguesía vinculados a aquéllos crean el movimiento de los

librepensadores, que la burguesía liberal tolera mientras no exceda ciertos límites. De todos modos, el librepensamiento trabaja con medios insuficientes: se limita a los argumentos intelectuales, mientras que la Iglesia goza de la ayuda del aparato del Estado y se apoya sobre la fuerza emocional más potente de la psicología de las masas: el miedo al sexo y la represión sexual. A este gran poder en la esfera emocional no se le opone una fuerza emocional correspondiente. Toda vez que los librepensadores emplean la política sexual, ésta está intelectualizada o restringida a los problemas de la política demográfica. En el mejor de los

casos incluye la exigencia de igualdad de derechos económicos para la mujer, lo cual, de todos modos, no puede tener un efecto masivo contra los poderes de la mística, puesto que en la mayoría de las mujeres la voluntad de obtener la independencia económica se ve inconscientemente frenada por el miedo a la responsabilidad de una sexualidad libre que acompaña a la independencia económica.

Las dificultades para vencer estos hechos emocionales obligan al librepensamiento revolucionario a postergar la llamada «cuestión filosófica», porque con ella a menudo se alcanza lo contrario a lo propuesto.

Puesto que a la mística no se le puede oponer un poder emocional equivalente, esta actitud, por cierto, está justificada.

La Revolución rusa eleva la lucha contra la religión a un nivel incomparablemente más alto (cuarta fase)[36]. El aparato del poder ya no está a disposición de las altas finanzas y de la Iglesia, sino de los comités ejecutivos de los soviets. El movimiento antirreligioso adquiere un fundamento sólido: la reorganización de la economía sobre una base colectiva. Tan sólo ahora se hace posible reemplazar la religión por la ciencia natural en una escala masiva, y la superstición —que brinda un sentimiento de protección— por la

técnica floreciente; por primera vez puede destruirse la mística mediante una explicación sociológica de la misma. La lucha contra la religión se desarrolla en la URSS de tres maneras: quitándole la base económica, es decir por un camino directamente económico; a través de la propaganda antirreligiosa, es decir por un camino directamente ideológico, y mediante la elevación del nivel cultural de las masas, es decir por un camino indirectamente ideológico.

La enorme importancia del aparato de poder de la Iglesia se desprende de algunas cifras que ilustran la situación en la vieja Rusia. En 1905, la Iglesia rusa poseía 2.611.000 *desyatinas* de

suelo, que son unos 2.000.000 de hectáreas. En 1903, pertenecían a las iglesias de Moscú 908 casas, a los conventos 146. Los ingresos anuales de los metropolitas eran de 84.000 rublos en Kiev, de 259.000 en San Petersburgo, de 81.000 en Moscú y de 307.000 en Nishni-Novgorod. Los ingresos en especies y los pagos por cada actuación eclesiástica individual son inevaluables. Había doscientas mil personas al servicio de la Iglesia pagadas con impuestos. El convento de Troitski-Lavra, visitado anualmente por unos cien mil peregrinos, poseía vasos sagrados por un valor de unos 650 millones de rublos.

Apoyándose sobre su poder económico, la Iglesia podía ejercer consecuentemente su poder ideológico. No hace falta mencionar que todas las escuelas eran confesionales y estaban sometidas al control y dominio del sacerdocio. El primer artículo de la Constitución de la Rusia zarista rezaba: «El señor de todos los rusos es un monarca autocrático y absoluto, y Dios mismo ordena la subordinación voluntaria a poder gubernamental del zar». Ya sabemos qué es lo que representa «Dios», y sobre qué sentimientos infantiles del hombre pueden apoyarse tales pretensiones de poder. Hitler remodeló la Iglesia

alemana exactamente del mismo modo: amplió su poder absoluto y le concedió los perniciosos derechos de hacer madurar los ánimos de los escolares para la aceptación de las ideologías reaccionarias. La «moralización» es la primera prioridad de Hitler, quien ejecuta la voluntad de Dios Santísimo. Volvamos a la antigua Rusia.

En los seminarios teológicos y en las academias había cátedras especiales dedicadas a la lucha contra el movimiento revolucionario. El 9 de enero de 1905 se publicó un llamamiento del clero, que acusaba a los obreros rebeldes de haber sido sobornados por los japoneses. La

revolución de febrero de 1917 no modificó sustancialmente la situación. Se puso a todas las iglesias en un mismo nivel, pero no se llevó a cabo la largamente esperada separación entre Iglesia y Estado. El latifundista príncipe Lvov se convirtió en director de la administración de la Iglesia. En un concejo de la Iglesia, en octubre de 1917, se excomulgó a los bolcheviques; el patriarca Tijon les declaró la guerra.

El 23 de enero de 1918, el gobierno soviético publicó el siguiente decreto:

> Con respecto a la religión, el PC ruso no se contenta con la ya decretada separación entre la Iglesia y el Estado y las escuelas, es decir con medidas que

también figuran en el programa de la democracia burguesa, aunque las conexiones tácticas entre el capital y la propaganda religiosa hayan impedido que esta separación se completara en ningún país.

El PC ruso está convencido de que sólo la concreción de la planificación y de la conciencia en toda la vida social y económica de las masas producirá la extinción completa de los prejuicios religiosos. El partido tiene la intención de eliminar por completo todas las conexiones entre las clases explotadoras y la organización de la propaganda religiosa. El PC organiza una propaganda abarcadora, esclarecedora de modo científico y antirreligiosa, con lo cual contribuye de hecho a que las masas trabajadoras se liberen de los prejuicios religiosos.

Debemos evitar cuidadosamente herir los sentimientos de los creyentes, pues obtendríamos un fortalecimiento del fanatismo religioso.

Por tanto, quedan prohibidas en todo el territorio de la república las ordenanzas locales que restrinjan la libertad de conciencia o que creen privilegios para los miembros de un grupo confesional particular (parágrafo 2 del decreto).

Todo ciudadano puede profesar la religión que desee, o no profesar religión alguna; todas las restricciones legales anteriores en este sentido quedan anuladas.

En todas las actas oficiales debe anularse cualquier indicación respecto de la pertenencia o no-pertenencia de un ciudadano a una religión (parágrafo 3 del decreto).

La actividad de las instituciones estatales y de las demás instituciones público-legales y sociales se desarrolla sin culto ni ceremonia religiosa alguna (parágrafo 4).

Se garantiza el libre ejercicio de las costumbres religiosas, mientras no conlleve una alteración del orden público y no infrinja los derechos de los ciudadanos de la Unión Soviética. En esos casos, las autoridades locales están autorizadas a tomar todas las medidas necesarias para la preservación de la tranquilidad y el orden público (parágrafo 5).

Nadie puede sustraerse a sus deberes cívicos invocando sus concepciones religiosas.

Las excepciones a esta norma sólo pueden ser decididas por un tribunal popular en cada caso particular y con la

condición de que el deber ciudadano en cuestión sea sustituido por otro (parágrafo 6).

Queda abolido el juramento religioso. Si es necesario, puede hacerse una declaración solemne (parágrafo 7).

Las actas del estado civil las llevan exclusivamente las autoridades civiles, a saber, las oficinas de registro de matrimonios y nacimientos (parágrafo 8).

La escuela queda separada de la Iglesia.

La propagación de profesiones de fe religiosa está prohibida en todos los institutos educacionales estatales y públicos, así como en los privados en los que se enseñen materias de educación general (parágrafo 9).

Todas las sociedades eclesiásticas y

religiosas están sujetas a las disposiciones generales sobre sociedades y asociaciones privadas, y no gozan de beneficios o de subsidios de parte del Estado, ni de los órganos de las administraciones autónomas locales (parágrafo 10).

Está prohibida la exacción de impuestos de miembros de las sociedades eclesiásticas y religiosas en beneficio de las mismas (parágrafo 11).

Las sociedades eclesiásticas y religiosas no tienen derecho a la propiedad ni los derechos de una persona jurídica (parágrafo 12).

Todos los bienes de las sociedades eclesiásticas y religiosas en Rusia son declarados propiedad del pueblo.

Los edificios y objetos destinados a los servicios religiosos se ponen a disposición de las correspondientes

sociedades religiosas de modo gratuito sobre la base de regulaciones especiales de las autoridades locales o centrales (parágrafo 13).

Los sacerdotes, monjes y monjas no tienen derecho activo ni pasivo al sufragio, porque no realizan un trabajo productivo.

El 18 de diciembre de 1917 la administración del Registro Civil ya fue entregada a las autoridades soviéticas. En el comisariado popular para la justicia se creó una sección para la liquidación, que comenzó con la de los bienes de la Iglesia. De este modo, en el convento de Troitski-Lavra se establecieron una academia para la división electrotécnica del Ejército

Rojo y una escuela superior pedagógica. En los terrenos de los conventos se instalaron consorcios obreros y comunas; las iglesias fueron convirtiéndose en clubs obreros y en salas de lectura. La propaganda antirreligiosa comenzó con el desenmascaramiento de la estafa directa al pueblo por parte de la jerarquía eclesiástica. La fuente sagrada en la Iglesia de San Sergio resultó ser una simple bomba; la frente de varios santos no era sino un trozo de cuero hábilmente dispuesto (antes, el permiso para besarla costaba incluso dinero). El efecto de estos desenmascaramientos ante masas de personas era inmediato y

radical. Se sobreentiende que la propaganda atea inundó la ciudad y el campo con millones de folletos y periódicos esclarecedores. La instalación de museos antirreligiosos de ciencias naturales permitió contraponer la visión del mundo científica a la supersticiosa.

No obstante, en 1929 me dijeron en Moscú que los únicos grupos contrarrevolucionarios organizados y enraizados eran las sectas religiosas. En la URSS se había descuidado mucho, tanto en la teoría como en la práctica, *la relación entre las sectas religiosas y la vida sexual de los miembros de las sectas*, así como la relación entre éstas y

la estructura sexual de la sociedad; este descuido tenía un efecto nocivo.

La afirmación de que la Iglesia estaba «aniquilada» en la Rusia soviética es, pues, incorrecta. Cualquier persona era libre de profesar su religión. La Iglesia sólo había perdido su hegemonía social y económica. Ya no le era posible obligar a creer en Dios a las personas que no pertenecían a sus círculos de fieles. La ciencia y el ateísmo habían conquistado por fin los mismos derechos sociales que el misticismo. Ninguna jerarquía eclesiástica podía decidir la proscripción de un científico. Esto es todo. Pero la Iglesia no estaba

satisfecha. Más tarde, cuando se desintegró la revolución sexual (a partir de 1934), la Iglesia pudo recuperar masas.

3. La felicidad sexual contra la mística

La destrucción del poder de la Iglesia más allá de su esfera de influencia inmediata sólo significó suprimir las extralimitaciones más graves de la misma. Esta medida no tiene efecto alguno sobre su poder ideológico, que se apoya sobre los sentimientos de simpatía y las estructuras supersticiosas de los individuos medios integrados en la masa. Por eso, el poder soviético comenzó a poner en práctica la influencia científica. Sin embargo, el

esclarecimiento científico y el desenmascaramiento de la religión coloca una mera fuerza intelectual —aunque muy poderosa— al lado de los sentimientos religiosos, y deja librado el resto a la lucha entre el intelecto y el sentimiento místico en el hombre. Esta lucha tiene éxito sólo en personalidades que ya están madurando sobre otra base. El hecho de que aun en estos casos pueda fallar lo muestran los casos no infrecuentes en que incluso materialistas definidos ceden, de un modo o de otro, ante sus sentimientos religiosos; por ejemplo, sienten la obligación de rezar. Un hábil representante de la Iglesia verá en esto un argumento en su favor:

afirmará que así se demuestra la eternidad y la imposibilidad de erradicar el sentimiento religioso. De todas formas está equivocado, pues esto sólo prueba que el poder del intelecto se contrapone al sentimiento religioso, pero que las fuentes de este último no han sido tocadas. Es válida la conclusión de que se habría minado por completo el sentimiento místico si no sólo se hubiera eliminado la hegemonía social de la Iglesia y opuesto una fuerza intelectual al sentimiento místico, sino además se hubieran hecho conscientes los sentimientos que nutren el sentir místico, dándoles así rienda suelta. La experiencia clínica, que es irrefutable,

enseña que el sentimiento religioso brota de la sexualidad reprimida, y que hay que buscar la fuente de la excitación mística en la excitación sexual reprimida. La conclusión ineluctable de todo esto es que *una clara conciencia sexual* y *el ordenamiento natural de la vida sexual tienen que herir de muerte los sentimientos místicos de todo tipo*, es decir que *la sexualidad natural es el enemigo mortal de la religión mística*. El hecho de que la Iglesia lleve adelante la lucha antisexual allí donde le resulta posible, colocándola en el centro de sus dogmas y en el primer plano de la influenciación de las masas, no hace más que confirmar esta tesis.

En principio, he querido reducir hechos muy complejos a su fórmula más simple al decir que *la conciencia sexual es el final de la mística*. Pronto percibiremos que por simple que sea esta fórmula, su base real y las condiciones de su puesta en práctica son sumamente complejas, y que necesitamos todo el aparato científico a nuestra disposición y la profunda convicción de la necesidad de una lucha sin cuartel contra el misticismo, si queremos enfrentarnos con éxito al refinado aparato de la superstición. Pero el resultado final compensará un día todos nuestros esfuerzos.

Para evaluar correctamente las

dificultades que se oponen a la puesta en práctica de esta simple fórmula, debemos comprender a fondo algunos hechos básicos de la organización psíquica del hombre sujeto a una educación sexualmente represiva. El hecho de que ciertas organizaciones culturales en el oeste católico de Alemania desecharan la lucha sexo-económica contra la infestación mística, porque presuntamente no habían obtenido éxito alguno, no habla en contra de mis argumentos; sólo testimonia la timidez, el miedo a la sexualidad y la inexperiencia sexo-económica de los que habían emprendido esta lucha, pero sobre todo

la falta de paciencia y de profundidad para adaptarse a este complejo estado de cosas, para entenderlo y dominarlo. Si le digo sin más ni más a una mujer cristiana sexualmente frustrada que su sufrimiento es de naturaleza sexual y que la única posibilidad de que pueda liberarse de su sufrimiento psíquico está en lograr la felicidad sexual, me echará a la calle con razón. Nuestra dificultad radica en que, por una parte, cada individuo presenta contradicciones que hay que comprender y, por otra, en que los aspectos prácticos del problema difieren de lugar en lugar y de país en país, por lo cual requieren soluciones diversas. Sin duda, la magnitud de las

dificultades irá disminuyendo con la acumulación de experiencias sexo-económicas, pero es únicamente la práctica la que puede eliminar estas dificultades. De todas maneras, hay que convencerse de que nuestra fórmula básica es correcta, y comprender las dificultades en su verdadera esencia. La mística ha venido gobernando a la humanidad durante miles de años; lo menos que puede exigir a novicios como nosotros es que no la subestimemos, que la captemos correctamente, y que demostremos ser más inteligentes, más refinados y más sabios que sus representantes.

4. La erradicación individual del sentimiento religioso

Mediante la comprensión de la cimentación biopsíquica del misticismo pueden obtenerse líneas directrices para la higienización mental de las masas. Las modificaciones que se producen en los hombres místicos en el curso de una terapia caracteriológica tienen una importancia decisiva. No pueden trasladarse sin más a la masa, pero nos revelan las contradicciones, fuerzas y reacciones que existen en el individuo medio.

He descrito de qué modo se arraigan las ideas y los sentimientos místicos. Ahora intentaremos seguir en sus rasgos fundamentales el proceso de la *erradicación* del misticismo.

Al principio, la actitud mística opera típicamente como una gran resistencia frente al descubrimiento de la vida psíquica inconsciente y, sobre todo, frente al desenmascaramiento de la genitalidad reprimida. Es significativo el hecho de que el rechazo místico no se dirija tanto contra los impulsos pregenitales, infantiles, como contra los instintos genitales naturales y, en especial, contra la masturbación infantil. El enfermo se aferra a sus concepciones

ascéticas, moralistas y místicas, y agudiza la antítesis filosóficamente irreconciliable entre lo «moral» y lo «animal», que es lo sexual natural. Con la ayuda del desprecio moralista se defiende contra su sexualidad genital. Reprocha a los demás el hecho de que no comprendan los «valores del alma» y de que profesen un «materialismo vil y crudo». En una palabra, todo esto le resulta familiar a quien conozca la argumentación de los místicos y de los fascistas en la discusión política, y a los caracterólogos y «sabios de las ciencias del espíritu» en la discusión sobre las ciencias naturales; es todo una misma cosa. Es característico que el temor a

Dios y el rechazo moralista se fortalezcan de inmediato cuando se logra aflojar una porción de represión sexual. Cuando logramos eliminar el miedo infantil a la masturbación, la genitalidad, consecuentemente, ansía gratificarse, y en ese caso suelen prevalecer el conocimiento intelectual y la afirmación sexual. En la misma medida en que desaparece el miedo a la sexualidad o a la vieja prohibición sexual paterna, disminuye también la creencia mística. ¿Qué ha ocurrido? Antes, el enfermo se había servido de la mística para mantener reprimidos sus deseos sexuales. Su *yo* tenía demasiado temor, estaba demasiado alienado de su propia

sexualidad, como para dominar y regular las poderosas fuerzas naturales. Por el contrario, cuanto más se resistía a su sexualidad, tanto más fuertes se hacían sus deseos, y sus inhibiciones moralistas y místicas, por tanto, debían desarrollarse más. En el curso de la terapia este yo fue fortaleciéndose, se relajaron las dependencias infantiles de los padres y educadores, el yo reconoció la naturalidad de la genitalidad y aprendió a distinguir los elementos infantiles de los instintos, elementos que ya no le servían, y los otros, que corresponden a las exigencias vitales. El joven cristiano podrá reconocer pronto que sus intensas

inclinaciones exhibicionistas y perversas corresponden en parte a su regresión a antiquísimas formas infantiles de la sexualidad, y en parte a la inhibición de la sexualidad genital. También reconocerá que sus deseos de cópula con una mujer por cierto armonizan con su edad y con su organización natural, y que su gratificación es incluso necesaria. Ahora ya no necesitará el apoyo de la fe en un dios omnipotente ni la inhibición moral. Se convierte en su propio señor y aprende a regular por sí mismo su economía sexual. El análisis caracteriológico le libera de la dependencia infantil-sumisa de la

autoridad del padre y de sus sustitutos. El fortalecimiento del yo rompe el vínculo con Dios, que es una prolongación del vínculo con el padre; este vínculo pierde su fuerza. Si la vegetoterapia conduce finalmente a que el individuo en cuestión inicie una vida sexual satisfactoria, la mística pierde su último punto de apoyo. Los teólogos se encuentran con dificultades muy grandes, porque les resulta imposible ejercer con convencimiento su profesión, cuyas consecuencias físicas han sentido en su propio cuerpo. A muchos no les queda otra posibilidad que la de sustituir su sacerdocio por la investigación religiosa o por la docencia.

El único analista que no podrá confirmar esto será aquel que no comprenda la patología genital de sus pacientes o que, como un conocido psicoanalista, sostenga que «hay que tantear en el inconsciente tan profundamente como sea permisible en el plano ético». Con semejante ciencia «apolítica», «objetiva», no queremos tener nada que ver; ni con ésta, ni con la que lucha fervientemente contra las consecuencias revolucionarias de la economía sexual por considerarlas «políticas», dando sin embargo a las madres el consejo de combatir las erecciones de los niños pequeños mediante ejercicios para contener la

respiración. En tales casos el problema radica en el proceso que permite a la conciencia del médico aceptar esta línea de pensamiento y convertirse en sacerdote, sin que ello lo rehabilite a los ojos de la reacción política. Se comporta como los representantes de la SPD (socialdemocracia) alemana, que en su última sesión parlamentaria cantaron entusiastas e implorantes el Deutschland-Lied, y sin embargo terminaron como «socialistas» en el campo de concentración.

No discutimos la existencia o inexistencia de Dios; simplemente eliminamos las represiones sexuales y rompemos los vínculos infantiles con los

padres. La destrucción de la mística de ningún modo es parte de las intenciones del terapeuta. La trata como a cualquier otro hecho psíquico que funcione como apoyo de la represión sexual y consuma las energías naturales. El proceso económico no consiste en contraponer a la cosmovisión mística otra «materialista», «antirreligiosa»; esto se evita con toda intención, pues no modificaría en absoluto la biopatía. Por el contrario, consiste en desenmascarar la actitud mística como fuerza antisexual y en disponer de otro modo las fuerzas que nutren esta actitud. El hombre cuya ideología era antes exageradamente moralista, pero que en la práctica era

perverso, lascivo y neurótico, pierde esta contradicción y, junto con el moralismo, pierde también su carácter antisocial y su inmoralidad en el sentido de la economía sexual. *La inhibición moralista y mística inadecuada es sustituida por la regulación sexo-económica de las necesidades sexuales*.

Por lo tanto, desde su perspectiva, la mística tiene razón al asumir una posición antisexual tan severa; lo hace para preservarse y reproducirse en el interior de los hombres. Sólo que se equivoca en uno de sus supuestos y en justificación más importante: *es su «moral» la que tan sólo crea aquella vida de los instintos para cuya*

dominación moral ella se jacta de haber sido llamada; es la abolición de esta moral la condición para la abolición de la inmoralidad que ella intenta eliminar en vano. Es ésta la tragedia inexorable de la moral y mística de todo tipo. El desvelamiento de los procesos sexo-económicos que nutren la mística religiosa significa tarde o temprano su final práctico, aunque los místicos se embreen y se esplumen.

La conciencia sexual y el sentimiento místico no pueden coexistir. La sexualidad natural y el sentimiento místico son lo mismo desde el punto de vista energético, mientras la primera esté reprimida y pueda

transformarse en excitación mística incontrolada.

De estos hechos resultan algunas consecuencias obligadas para la higiene mental de las masas, que expondremos después de refutar algunas objeciones lógicas.

5. La práctica de la economía sexual y las objeciones contra ella

En la práctica sexo-económica estamos acostumbrados a que los economistas se presenten como opositores a lo que llaman «extremar y exagerar la cuestión sexual». Ante la mínima dificultad —absolutamente natural en este terreno nuevo— tratan de inmediato de liquidar toda la economía sexual. A estos opositores de nuestra ciencia debemos decirles, en primer lugar, que sus celos son infundados. El trabajo cultural sexo-económico no

significa una intromisión en el terreno de la economía política ni una limitación de su campo de acción, sino que apunta a la captación de un campo hasta ahora totalmente desatendido pero sumamente importante del proceso cultural. La lucha de la economía sexual es una parte del combate total de los explotados y sometidos contra los explotadores y opresores. Decidir desde el escritorio cuál es la importancia de esta lucha, qué espacio y sitio ha de ocupar en el movimiento de los trabajadores, significaría dedicarnos a una vana discusión escolástica. En la discusión acerca del papel y de la importancia de la economía sexual, en vez de extraer las

valoraciones de la práctica, se solía establecer una rivalidad entre la política económica y la sexual. No debemos perder el tiempo en tales discusiones. Si todos los especialistas de las diversas ramas sacaran provecho de todo lo necesario para destruir las diferentes formas dictatoriales, si cada cual dominara por completo su propio terreno, resultarían obvias todas las discusiones sobre jerarquías y papeles. Lo único importante es atenerse a la concepción básica de que la forma económica determina también la forma sexual, y que no pueden modificarse las formas sexuales sin que cambien las formas económicas y sociales de la

existencia humana. La importancia social de las diversas ramas del trabajo surgirá por sí misma.

Existe la torpe objeción de que la economía sexual es «individualista». Hay muchos eslóganes que se adhieren como piojos a la piel y que sólo pueden ser eliminados mediante métodos radicales. Desde luego: el método por el que se obtienen los conocimientos es «individualista». Pero, ¿acaso la represión social de la vida sexual no afecta a todos los miembros de nuestra sociedad? *¿No es colectiva la miseria sexual*? ¿Es individualista la lucha social contra la tuberculosis porque el estudio de la tuberculosis se realice en

pacientes individuales? El movimiento revolucionario siempre ha cometido el grave error de considerar que la sexualidad es un «asunto privado». No es un asunto privado para la reacción política, que siempre viaja por dos carriles simultáneos: por el de la *política económica* y por el de la «*renovación moral*». Hasta ahora, el movimiento de liberación ha viajado por un solo carril. Lo que importa, pues, es dominar la cuestión sexual desde el punto de vista social, *transformar* los bastidores de la vida personal en higiene mental social, convertir la cuestión social en una parte de toda la tarea combativa y no limitarse al

problema demográfico. El movimiento de liberación siempre ha cometido el grave error —cuya contribución a la derrota no es pequeña— de transferir mecánicamente las consignas políticas del área de la política gremial y de la lucha política a todos los otros terrenos de la vida social, en vez de *desarrollar en cada terreno de la vida y del quehacer humanos una visión adecuada al terreno en cuestión*. Así, en el año 1932 funcionarios dirigentes de las organizaciones sexo-políticas alemanas querían excluir la cuestión sexual y «movilizar» a las masas en el terreno sexual mediante la consigna de «contra el hambre y el frío».

¡Contrapusieron la «cuestión social» a la cuestión sexual, como si la cuestión sexual no fuera una parte de todo el complejo de cuestiones sociales!

La política demográfica a la que se limita la reforma sexual no es sexo-política *stricto sensu*. No se ocupa de la regulación de la necesidad sexual, sino del incremento de la población, con el que el acto sexual está naturalmente relacionado. Pero, por lo demás, no tiene nada que ver con la vida sexual en su sentido social y biológico. Las masas no tienen el más mínimo interés por la política demográfica, pues les importa un comino. El artículo sobre el aborto no interesa por motivos demográficos,

sino por la *miseria personal* que entraña. En cuanto el artículo sobre el aborto cause miseria, muerte y desdicha, es una cuestión de la política social general. La cuestión del aborto sólo se convierte por completo en un problema sexo-político cuando se expresa claramente que los hombres contravienen la ley porque *tienen que mantener relaciones sexuales aun cuando no quieran tener hijos*, Hasta ahora esto había pasado inadvertido, a pesar de que es emocionalmente el punto *más importante* del problema. Si hoy se le ocurriera a un político reaccionario decirles a las masas: «Os quejáis de que el artículo sobre el aborto provoque

tantas víctimas en salud y vidas humanas. Pues bien, ¡no es indispensable que mantengáis relaciones sexuales!», ya no se sabría qué hacer con un discurso que sólo tuviera en cuenta la política demográfica. *La cuestión sólo tiene sentido si se aboga clara y abiertamente por la necesidad de una vida sexual satisfactoria*. Acentuar las necesidades sexuales, que continuamente ocupan a las mujeres y a los hombres de todas las capas sociales, tendría una relevancia mucho mayor que contar los muertos que exige el artículo sobre el aborto. Lo primero se dirige a los verdaderos intereses personales, lo segundo ya exige un determinado grado

de conciencia social y de compasión que no siempre podemos presuponer en el hombre de hoy. Del mismo modo que, en el terreno de la provisión de alimentos, se emplea propagandísticamente la necesidad personal y no hechos sociales o políticos más mediatos, este criterio debe aplicarse también al área de la economía sexual. En resumen: la cuestión sexual es una cuestión de masas, una cuestión de primer orden en la vida social y en la higiene mental de las masas.

Más seria es la objeción que podrían formular los psicoanalistas. El psicoanalista dirá que es totalmente utópico querer hacer «política» con la

desgracia sexual de los hombres, del mismo modo que se la hace con su miseria económica; que en la terapia individual suelen transcurrir meses y años de ardua labor hasta el momento en que el paciente toma conciencia de sus necesidades sexuales; que las inhibiciones morales están tan profundamente arraigadas como las necesidades sexuales y que, además, prevalecen. Que cómo podría emprenderse la superación de la represión sexual de las masas, en vista de que no hay una técnica *comparable al análisis individual*. Esta objeción debe ser tomada en serio. Si al principio me hubiera dejado desalentar por

objeciones de esa índole, en vez de asumir la práctica sexo-económica entre las masas y recoger experiencias, habría debido darles la razón a los que dejan la economía sexual a un lado por considerarla un problema individualista y esperan a que llegue un segundo Jesús para que la resuelva. Una persona muy allegada incluso me objetó una vez que mis ensayos no significaban más que un esclarecimiento superficial que no revelaba las profundas fuerzas represoras de la sexualidad. Si un psiquiatra puede formular una objeción de esta naturaleza, la dificultad exige una discusión más detallada. Cuando inicié mi trabajo no habría sabido

responder a esta pregunta. La respuesta me la ha dado la práctica.

En primer término debemos aclarar que en la higiene de masas sexo-económica se nos plantea una tarea distinta que en la vegetoterapia individual. En esta última debemos eliminar represiones y restablecer la salud biológica. Ésta no es la tarea de la economía sexual social, que sólo *debe volver conscientes* la *contradicción* y el sufrimiento en el hombre sojuzgado. Que se es moral es algo que se sabe; que se tiene una sexualidad que debe ser satisfecha no es algo de lo que se sea consciente, o el conocimiento de este hecho está tan bloqueado que no surte

efecto alguno. Ahora bien: podrían objetarnos que también la concienciación de los deseos sexuales exige una labor terapéutica individual. Una vez más, la práctica nos da la respuesta. Si hablo en mi consultorio con una mujer sexualmente inhibida sobre sus necesidades sexuales, me opondrá todo su aparato moral, no podré penetrar en el asunto ni la convenceré de nada. Si, en cambio, la misma mujer se ve expuesta a una atmósfera de *masas*, digamos a una asamblea en la que se habla clara y abiertamente sobre las necesidades sexuales en términos médicos y sociales, no se sentirá sola. Siente que todos los demás también

están escuchando «cosas prohibidas»; a su inhibición moral individual se contrapone una *atmósfera colectiva de afirmación sexual*, una nueva moral sexo-económica que puede paralizar (¡no suprimir!) su rechazo de la sexualidad, porque ella misma cuando está sola ha tenido pensamientos similares; porque en sus sufrimientos secretos ella misma se duele de su felicidad vital perdida o añora la alegría sexual. La situación de masas fortalece el deseo sexual, que se convierte en *socialmente aceptado y valioso*; si es planteado correctamente, supera en mucho la exigencia del ascetismo y renunciamiento; es más humano, más

cercano a la personalidad; todos lo aprueban profundamente. No se trata, pues, de ayudar, sino de *hacer consciente la opresión, de arrojar la luz de la conciencia sobre la lucha entre la sexualidad y la mística, de hacer inflamar el deseo sexual bajo la presión de una ideología de masas y de trasladarlo a la acción social*.

Ahora podría decirse que este intento es diabólico, pues precipitaría a los hombres a graves preocupaciones, enfermándolos verdaderamente sin poder ayudarles. Recordamos la brillante afirmación de Pallenberg en *Der brave Sünder*: «El hombre es un pobre infeliz; sólo que no lo sabe. Si lo

supiera, ¡qué pobre infeliz que sería!». La respuesta es: la reacción política y la mística son infinitamente más diabólicas. Por lo demás, la misma objeción podría aplicarse en el fondo a la miseria del hambre. El *coolie* indio o chino, que sufre su destino de modo inconsciente, resignado y sumiso al yugo como a Dios, sufre menos en su interior que el que se da cuenta del horroroso orden de las cosas y que por tanto se rebela conscientemente contra la esclavitud. ¿Quién postularía que por motivos humanitarios se le oculte al *coolie* la verdad de su miseria? Sólo un místico, su patrono fascista y algún profesor chino de higiene social. Este

«humanismo» es la eternización de lo inhumano y su simultáneo encubrimiento. Nuestra «inhumanidad» es la lucha por aquello con que se llenan la boca los buenos y justos que luego, en el caso de una reacción fascista, permiten que se los unifique inmediatamente. Confesamos, pues, que la labor sexo-económica consecuente proporciona una voz al sufrimiento silencioso, crea nuevas contradicciones e intensifica las existentes, lleva a los hombres a una situación en que ya no pueden aguantar su actual posición. Pero a la vez produce una liberación: la posibilidad de luchar contra las causas sociales de sus sufrimientos. Es cierto: el trabajo

sexo-económico afecta la esfera más delicada, más excitante, más íntima de la vida humana. Pero, *¿acaso la infestación mística de las masas no hace lo mismo?* Lo decisivo es preguntarse a qué objetivo sirven uno y otra. Quien alguna vez haya visto en asambleas sexo-económicas los ojos y rostros encendidos; quien haya oído los centenares de preguntas sobre la esfera más íntima del hombre y haya tenido que contestarlas, no puede ganar sino la firme convicción de que aquí yace enterrada una dinamita social que puede hacer entrar en razón a este mundo de la autodestrucción. De todos modos, si esta tarea la realizaron revolucionarios que

compiten con la Iglesia en su afirmación y defensa del misticismo moralista, que consideran indigna de la «sublimidad de la ideología revolucionaria» la respuesta a las preguntas sobre el sexo, que rechazan la masturbación infantil motejándola de «invento burgués», que, en resumen, pese al «leninismo» y al «marxismo» son reaccionarios en un rincón importante de su ser, se demostraría fácilmente que mis experiencias no pueden ser ciertas, puesto que la masa de inmediato reaccionaría con un rechazo de la sexualidad.

Debemos detenernos un poco más en la discusión del papel de la resistencia

moral con que nos encontramos en nuestro trabajo. He dicho que las inhibiciones morales individuales, que a diferencia de las aspiraciones sexuales se apoyan hoy día sobre toda la atmósfera antisexual de la sociedad autoritaria, pueden ser neutralizadas mediante la creación de una ideología opuesta que afirme la sexualidad. Los hombres pueden volverse receptivos para el conocimiento sexo-económico y ser así inmunizados contra la influencia de la mística y de las potencias reaccionarias. Es evidente que sólo una organización sexo-económica internacional y poderosa puede crear una atmósfera de ese estilo de

afirmación de la sexualidad. Fue imposible convencer a las direcciones de los partidos políticos de que ésta debía ser una de sus tareas principales. Entretanto, la política en sí se ha desenmascarado como un irracionalismo reaccionario. Ya no podemos contar con ningún partido político. La tarea cae dentro del marco del desarrollo de la democracia laboral.

Hasta ahora sólo hemos citado las necesidades calladas de los individuos integrados en la masa, necesidades en las cuales podemos apoyarnos. Pero esto no bastaría. Desde comienzos de siglo y hasta la Primera Guerra Mundial, también existían estas necesidades y su

represión. Sin embargo, en ese momento un movimiento sexo-económico difícilmente habría tenido perspectivas de éxito. A partir de entonces han surgido algunos presupuestos sociales objetivos para el trabajo de la economía sexual. Hay que conocer muy bien estos presupuestos si se quiere situar correctamente la labor. El mero hecho de que entre 1931 y 1933 hayan surgido tantas asociaciones sexo-económicas de diversas índoles y tendencias en Alemania, indica que se está preparando en el proceso social una nueva concepción de la sociedad. Una de las condiciones sociales más importantes para la economía sexual social es la

creación de empresas gigantescas con millones de empleados y funcionarios. Los pilares fundamentales de la atmósfera moralista y antisexual: la pequeña empresa y la familia, se han visto socavados. La Segunda Guerra Mundial ha acelerado mucho este proceso. Las mujeres y las jóvenes que se emplean en estas empresas desarrollan unas concepciones sexuales más libres que las que les permitía la casa paterna autoritaria. Si los obreros industriales siempre habían sido accesibles a la afirmación de la sexualidad, el proceso de desintegración del moralismo autoritario comenzó a propagarse también en la pequeña

burguesía. Quien compare a la actual pequeña burguesía con la de 1910 podrá comprobar fácilmente que la brecha entre la vida sexual real y la ideología social aún vigente se ha vuelto más profunda e insalvable. El ideal de la joven ascética se ha convertido en una vergüenza, y lo mismo vale por cierto para el joven sexualmente débil y ascético. Inclusive entre los integrantes de la pequeña burguesía comenzaron a difundirse actitudes más abiertas con respecto a la fidelidad matrimonial compulsiva. El modo de producción de la gran industria posibilitó que se manifestaran las contradicciones de la política sexual reaccionaria. Ya no

puede hablarse de un retorno a la vieja armonía entre la vida real y la ideología ascética, tal y como prevalecía, en términos generales, antes de comienzos de siglo. Como economista sexual se adquiere una profunda visión de los secretos de la existencia humana y se puede comprobar una total desintegración de las formas ascéticas y moralistas de la vida, que siguen defendiéndose a viva voz. La colectivización de la vida juvenil no sólo ha socavado el poder restrictivo de la casa paterna autoritaria —aunque no lo ha eliminado—, sino que también ha creado la juventud actual una situación que clama por absorber una filosofía y

una doctrina científicas sobre la lucha por la sanidad sexual, por la conciencia sexual y la libertad. A principios de siglo habría sido impensable que mujeres cristianas se incorporaran a asociaciones de control de la natalidad; hoy día se convierte cada vez más en una regla. La toma del poder por los fascistas en Alemania no interrumpió este proceso; no hizo más que relegarlo a la clandestinidad. Queda la duda de cómo seguirá desarrollándose este proceso si la barbarie asesina fascista dura más tiempo del que tememos.

Otra circunstancia objetiva, relacionada con la anterior, es el rápido incremento de las enfermedades

neuróticas y biopáticas como expresión de una economía sexual perturbada, y la agudización de la contradicción entre las exigencias sexuales reales y las viejas inhibiciones morales acompañadas de una situación educativa infantil. El incremento de las biopatías significa el crecimiento de la disposición a aceptar el origen sexual de tantas enfermedades.

El hecho que más pesa a favor de la economía sexual es la impotencia de la reacción política ante el trabajo sexo-económico práctico. Es cosa sabida que, debido a la ausencia de literatura científica sobre el sexo, la literatura pornográfica es la más leída en las bibliotecas populares. Es ésta una

medida de la importancia de la cuestión sexo-económica, si la economía sexual logra canalizar este inmenso interés de modo científico y racional. Los fascistas pueden engañar durante mucho tiempo a las masas infestadas místicas y autoritariamente simulando defender el derecho del trabajo y del trabajador. No sucede lo mismo en el terreno sexo-económico. La reacción política jamás logra contraponer a la economía sexual revolucionaria un programa sexo-político reaccionario que no consista en la completa supresión y negación de la sexualidad. Las masas lo rechazarían de inmediato, a excepción de un círculo sin importancia política formado por

ancianas y por seres extinguidos sin esperanza. *¡Es la juventud lo que importa!* Y ésta —eso es seguro— ya no acepta masivamente una ideología que rechace la sexualidad. En ello reside nuestra fuerza. En 1932, las asociaciones sexo-económicas alemanas lograron ganarse empresas —y por muchos años— que habían mostrado un completo rechazo por el tema del «sindicato rojo». Es evidente —y así, desde luego, se procedió también en la práctica— que la higiene sexo-económica de masas tiene que desembocar finalmente en el movimiento general de liberación. De todos modos, debemos estar atentos a fenómenos

como el siguiente: hay obreros y empleados fascistas, y hasta estudiantes, que están totalmente de acuerdo con la afirmación revolucionaria de la vida sexual, lo que les crea un conflicto con sus líderes. Y, ¿qué podrían hacer estos líderes si se lograra resolver este conflicto de forma consecuente? Nada, salvo utilizar el terror. En la misma medida perderían su influencia. Vuelvo a destacar que de ningún modo puede darse marcha atrás en el relajamiento objetivo de las ataduras reaccionarias de la sexualidad, y que en esto reside nuestra mayor fuerza. La única posibilidad consiste en que el trabajo revolucionario no abarque este campo y

que la juventud continúe con una vida llena de restricciones y secreto, como hasta ahora, sin ser consciente de las causas y consecuencias de este modo de vida. La reacción política, en cambio, no tendría respuestas ante un trabajo sexo-económico consecuente; carecería de una contra-ideología. Su doctrina ascética sólo puede mantenerse mientras la afirmación sexual en las masas sea secreta y fragmentaria, mientras no sea captada colectivamente y se oponga a esta doctrina.

El fascismo alemán realizó un ingente esfuerzo por arraigar en las estructuras psíquicas y, por tanto, puso todo su empeño en ganarse a los jóvenes

y a los niños. No disponía de otro medio que no fuera despertar y cultivar la sumisión a la autoridad, cuya condición básica es la educación ascética y negadora de la sexualidad. Las tendencias sexuales naturales hacia el otro sexo, que ansían ser satisfechas desde la infancia, fueron sustituidas esencialmente por sentimientos distorsionados, derivados hacia la homosexualidad y el sadismo, en parte hacia el ascetismo. Esto rige, por ejemplo, para el llamado «espíritu de camaradería» en los campamentos de servicios de trabajo, así como para la implantación del llamado «espíritu de disciplina y obediencia», que tenían la

función de desencadenar la brutalidad para poder utilizarla en la guerra imperialista. *El sadismo proviene de las ansias orgásticas insatisfechas*. La fachada se llama «camaradería», «honor», «disciplina voluntaria»; los bastidores ocultan la rebelión secreta, la depresión hasta el punto de la rebelión debida a las trabas impuestas a todo intento de vida personal, sobre todo al intento de desarrollar la sexualidad. Una economía sexual consecuente debe arrojar una luz hiriente sobre la gran privación sexual. Así podrá contar con una viva repercusión entre los jóvenes. Al principio, el dirigente fascista no podrá manifestar sino desconcierto y

perplejidad. No es difícil constatar que es muy simple hacer consciente de su carencia sexual al joven medio. En contra de las afirmaciones de los líderes juveniles que jamás lo han intentado, la práctica del trabajo juvenil muestra que el joven, sobre todo *la* joven, capta su responsabilidad social de modo mucho más rápido, efectivo y voluntarioso cuando se la hacemos comprender por vía de la concienciación de su opresión sexual. Sólo depende de que se formule correctamente la cuestión sexual y de que se muestre su relación con la situación social general. Esta afirmación puede ser probada con miles de ejemplos. No nos dejemos disuadir por

objeciones estériles; guiémonos únicamente por la práctica sexo-económica.

¿Qué respuestas podría dar la reacción política a una encuesta de adolescentes alemanas formulada en los siguientes términos?

> El reclutamiento de la juventud alemana en los servicios de trabajo ha afectado seriamente su vida privada y sexual. Hay que aclarar y solucionar cuestiones urgentes, pues en todas partes se han producido graves y amenazadoras anomalías. La situación se ve dificultada por el temor generalizado de los jóvenes a discutir problemas personales y candentes, a lo cual se agrega el hecho de que la

dirección del campamento prohíbe cualquier conversación respecto de esas cuestiones. *¡¡¡Pero de lo que se trata es de la salud física y psíquica de los jóvenes!!!*

¿Cuál es la vida sexual de la juventud en los campamentos?

Por término medio, la juventud reclutada por los servicios de trabajo está en la edad de la sexualidad floreciente. La mayor parte estaba acostumbrada a satisfacer su necesidad sexual natural a través de una relación amatoria con sus amigas. Es cierto que la vida sexual de estos muchachos y muchachas se veía dificultada ya antes por la falta de condiciones adecuadas para una vida sexual sana (problema de vivienda de la juventud), por la carencia de medios económicos para proveerse

de los medios anticonceptivos, por la hostilidad de la autoridad estatal y de círculos reaccionarios contra una vida sexual sana de la juventud, como la que correspondería a sus necesidades. El servicio de trabajo aún ha empeorado esta mala situación:

No hay posibilidad de reunirse con las muchachas, de conservar y cultivar las anteriores relaciones amorosas.

Hay que elegir compulsivamente entre la abstinencia y la masturbación.

El embrutecimiento y la disipación de la vida erótica conduce a la proliferación de la obscenidad sexual y de los chistes sexuales sucios, y al cultivo de fantasías tortuosas, insanas, disgregadoras y paralizantes de la voluntad y la fuerza (violaciones, apetitos lascivos, castigos físicos).

Poluciones nocturnas involuntarias,

que minan la salud y no gratifican.

Desarrollo de inclinaciones y de relaciones homosexuales entre muchachos que jamás habían pensado en ellas; graves asedios por parte de camaradas homosexuales.

Aumento del nerviosismo, de la irritabilidad, de las molestias físicas y perturbaciones psíquicas de todo tipo.

Graves amenazas para el futuro

Todos los adolescentes, especialmente los comprendidos entre los diecisiete y los veinticinco años de edad, que no desarrollen una vida sexual satisfactoria, se ven amenazados por una futura perturbación de su potencia y por graves depresiones psíquicas, que siempre conllevan una disminución de la capacidad de trabajo. Si un órgano o una función natural no son utilizados

durante mucho tiempo, más adelante fallarán. Las consecuencias suelen ser enfermedades nerviosas y psíquicas, y perversiones (aberraciones sexuales).

¿Cuál es nuestra posición con respecto a las medidas y reglamentos adoptados por nuestros dirigentes en este asunto?

Hasta ahora, nuestra dirección ha exigido, en términos muy generales, el «fortalecimiento moral de la juventud». No nos ha quedado claro a qué se refiere esa expresión. En el curso de muchos años, la juventud alemana había ido conquistando poco a poco su derecho a una vida sexual sana, después de librar fuertes combates contra la casa paterna y los funcionarios del sistema. No había logrado su objetivo, pues no estaban dadas las condiciones

sociales para ello. Pero su idea había quedado clara en amplios círculos: la juventud debe pelear crudamente contra la mojigatería sexual y contra la obscenidad e hipocresía sexuales, que son las consecuencias de que esté sexualmente sojuzgada. Su idea era que los chicos y chicas deben vivir en una buena camaradería espiritual y sexual, y que la sociedad está obligada a ordenarles y aliviarles su vida. ¿Cuál es la posición del nuevo Reich?

Por ahora, sus leyes se contradicen por completo con las ideas de la juventud. La adquisición de anticonceptivos se ha vuelto imposible por la prohibición de su venta pública. La medida de la policía de Hamburgo contra los deportistas náuticos por motivos morales y la amenaza de enviar a los campos de concentración a los que

«ofendan la moral y la decencia» constituyen una amenaza para nuestros derechos. ¿Es una ofensa contra la decencia que un muchacho duerma con una chica en el campamento?

Hicimos a la Dirección del Reich de la juventud alemana la siguiente pregunta: *¿Cuál ha de ser la vida sexual de la juventud?*

No hay más que cuatro posibilidades:

1) *Abstinencia*: ¿Debe la juventud practicar la abstinencia, es decir abstenerse de todo tipo de actividad sexual hasta el matrimonio?
2) *Masturbación*: ¿Ha de masturbarse la juventud?
3) *Gratificación homosexual*:

¿Debe mantener la juventud alemana una actividad homosexual, y si es así, de qué manera? ¿A través de la masturbación mutua o mediante el coito anal?

4) *Vida sexual natural y relaciones sexuales entre chicos y chicas*: ¿Ha de aceptar y fomentar la juventud alemana la vida sexual natural? Si es así:

¿*Dónde* ha de desarrollarse la vida sexual (problema de vivienda)?

¿*Cómo* y *con qué* deberá evitarse la concepción?

¿*Cuándo* ha de tener lugar esta vida sexual?

¿Le está permitido al joven hacer lo mismo que hace el

Führer?

Cuestiones parecidas afectan al trabajo con los niños. Puede sonar extraño y hasta incomprensible para algunos, pero el hecho es incontrovertible: *el trabajo revolucionario con los niños no puede ser esencialmente sino el de la economía sexual*. Dominad vuestra extrañeza y seguid atendiendo pacientemente. ¿Por qué la educación sexual es la que mejor y más fácilmente dirige a los niños preadolescentes?

1) La infancia de todas las capas sociales, incluso de las que sufren hambre y privaciones, está llena de

intereses sexuales, más que en estadios posteriores. A esto se añade el hecho de que el hambre hasta el deterioro físico afecta sólo a una parte —hoy en día muy extensa— de los niños, mientras que la opresión sexual afecta *sin excepción a todos los niños de todas las capas sociales*. Esto amplía extraordinariamente la superficie social de ataque.

2) Los métodos habituales del movimiento de liberación para organizar a los niños se sirven de los mismos elementos que el trabajo reaccionario: marchar, cantar, vestir uniformes, juegos en grupo, etc. Si el niño no proviene de un hogar sumamente liberal —lo cual

sucede en muy pocos casos— no puede distinguir los contenidos de las formas de propaganda de la revolución, de los de las formas propagandísticas reaccionarias. El primer mandamiento de todo trabajo antifascista es no desdibujar la realidad; afirmamos que los niños y adolescentes marcharán el día de mañana con la misma alegría al son de las marchas fascistas con que hoy día lo hacen al son de las liberales. Además, la reacción política es mucho más hábil que el movimiento antifascista a la hora de moldear las formas de la propaganda grupal entre los niños. En este sentido, el antifascismo siempre estuvo a la zaga. En Alemania, por

ejemplo, el trabajo del movimiento socialista con los niños ha sido siempre mucho más débil que el de la reacción.

3) Es cierto que la organización infantil reaccionaria todo lo sabe hacer mejor; todo, *menos una cuestión*, que jamás podrá resolver: *dar a los niños un conocimiento sexual, una claridad sexual, resolver su confusión sexual*. Esto sólo puede hacerlo el movimiento revolucionario: en primer lugar, porque no tiene ningún interés en la opresión sexual de los niños, sino justamente lo contrario; en segundo lugar, porque el campo revolucionario ha sido desde siempre el abogado de una educación natural consecuente de los niños. Esta

arma poderosa jamás llegó a ser utilizada. Es más: en los círculos de las organizaciones infantiles alemanas existía una gran resistencia a transformar la educación sexual individual, que era la habitual, en una medida masiva. La tragicomedia consiste en que estos oponentes al trabajo sexo-económico entre los niños invocaban a Marx y a Lenin. Por cierto que ni Marx ni Lenin han escrito nada acerca de la economía sexual. Y, sin embargo, los niños se entregaban masivamente a la reacción política. Pese a las grandes dificultades, aparecen posibilidades insospechadas para desarrollar un trabajo infantil sobre una base sexo-económica, puesto que

podemos contar con el interés de los niños. Si alguna vez lográramos captar los intereses sexuales de los niños y adolescentes sobre una base *masiva*, la infestación reaccionaria se vería enfrentada a una poderosa fuerza antagonista; y la reacción política no podría hacer nada.

A los que dudan, se resisten y están preocupados por la «pureza» de los niños, queremos presentarles sólo dos ejemplos de nuestra experiencia práctica. Podríamos citar muchos más.

Primero: la Iglesia no es tan delicada. Un muchacho de quince años que se había pasado de una organización fascista a un grupo juvenil comunista nos

contó que en su organización anterior el sacerdote preguntaba todas las semanas a cada joven por separado cuál era su comportamiento sexual. Se les preguntaba regularmente si se habían masturbado, lo cual, naturalmente, siempre resultaba cierto y era confesado con culpa. «Eso es un gran pecado, hijo mío; pero puedes redimirte si trabajas diligentemente para la iglesia: mañana has de repetir estas octavillas». Ésta es la práctica sexo-política del misticismo. Nosotros, en cambio, somos «modestos», «puros», y no queremos tener nada que ver «con tales cosas». Y luego nos sorprendemos de que la mística controle a la mayoría de los

adolescentes.

Segundo: el colectivo de trabajo sexo-económico de Berlín había decidido realizar su primer intento en la labor sexo-económica con los niños. Con este fin había compilado colectivamente una historia llamada: «El triángulo de tiza, asociación para la investigación de los secretos de los adultos». Antes de ser impreso, este escrito fue discutido con dirigentes de grupos infantiles. Se decidió leer el opúsculo en un grupo infantil Fichte y aguardar la reacción de los niños. Ojalá hubieran estado presentes todos los que se encogen de hombros despreciativamente cuando se nombra la

economía sexual social. En primer término hubo setenta niños, en vez de los veinte habituales. Según los informes de los funcionarios, normalmente la atención era sólo parcial y era difícil lograr que los niños estuvieran en silencio; esta vez todos estaban pendientes de lo que se decía, sus ojos brillaban, sus rostros formaban una zona luminosa en la sala. En algunos pasajes interrumpían la lectura con vivo entusiasmo. Al final se les pidió que formularan sus deseos y críticas. Muchos pidieron la palabra. Y los mayores sentían vergüenza de su mojigatería y su embarazo ante aquellos niños. Los pedagogos que habían

elaborado la narración habían decidido no incluir la cuestión de la contraconcepción ni hacer referencia al onanismo infantil. De inmediato preguntaron: «¿Por qué no decís nada de cómo se evita tener hijos?». Un niño exclamó riéndose: «Eso lo sabemos de todos modos». «¿Qué es una ramera? En la historia no se ha hablado de eso», dijo un tercero. «Mañana visitaremos a los cristianos, que siempre hablan de estas cosas; ¡ya los cogeremos!», exclamaron entusiasmados. «¿Cuándo se publicará el libro? ¿Cuánto costará? ¿Será lo suficientemente barato para que podamos comprarlo y también venderlo?». La primera parte del texto

contenía fundamentalmente educación sexual; el grupo, sin embargo, tenía el propósito de añadir una segunda parte que, partiendo de estas cuestiones, describiera a los niños los problemas sociales. Se les dijo a los niños: «¿Cuándo aparecerá el segundo tomo? ¿Será tan divertido como el primero?». ¿Cuándo un grupo infantil ha mostrado tanto entusiasmo por folletos sociales? ¿No deberíamos aprender de esta experiencia? Pues sí: *hay que educar a los niños para que sientan interés por los problemas sociales a partir de la afirmación de sus intereses sexuales y la satisfacción de sus ansias de conocimientos; los niños deben*

convencerse firmemente de que la reacción política no puede brindarles todo esto. Así se los ganará masivamente, se los inmunizará en todos los países contra las influencias reaccionarias y —lo más importante de todo— se los vinculará profundamente al movimiento de liberación revolucionario. Por ahora, de todos modos, no es sólo la reacción política la que se interpone entre este logro y los niños, sino también los hombres «morales» pertenecientes al campo del movimiento de liberación.

Otra área importante del trabajo sexo-económico es la elucidación de la situación sexual que se ha producido en

Alemania como consecuencia de que las mujeres han retrocedido de la industria a las tareas domésticas. Esta evolución sólo se logra si se llena totalmente el concepto de la libertad de la mujer con los contenidos de la libertad sexual. Debemos destacar que a muchas mujeres no les molesta la dependencia material del hombre en el interior de la familia por la dependencia en sí, sino esencialmente por las limitaciones sexuales que conlleva. Esto lo prueba el hecho de que las mujeres que han reprimido su sexualidad y no tienen aspiraciones en este terreno, no sólo soportan esta dependencia económica con facilidad y sin resistirse, sino que

incluso la aplauden. El despertar de la conciencia sexual de estas mujeres y la advertencia sobre las consecuencias nocivas de una vida ascética son los presupuestos más importantes para politizar fecundamente la dependencia material del marido. Si las organizaciones sexo-económicas no realizan esta tarea, la nueva ola de opresión sexual de la mujer bajo el fascismo le tapiará la conciencia de su esclavización material. En Alemania y en otros países altamente industrializados están dadas todas las condiciones sociales objetivas para una rebelión tempestuosa de las mujeres y de los jóvenes contra la reacción sexual.

Con una política sexual consecuente, sin concesiones ni titubeos en este terreno, desaparecería de la faz de la tierra una pregunta que nuestros librepensadores y políticos se formulan una y otra vez sin dar con la respuesta correcta: por qué las mujeres y los jóvenes tienen una disposición incomparablemente mayor para aceptar la reacción política. Ningún otro campo expone con tanta claridad la función social de la opresión sexual, la íntima vinculación entre la represión sexual y la visión político-reaccionaria.

Menciono finalmente otra objeción que me ha formulado un psicoanalista al leer esta sección, y que no es fácil de

refutar. Es la siguiente: es cierto que las amplias masas tienen un máximo interés en las cuestiones sexuales, un interés candente; pero, ¿se puede llegar sin más ni más a la conclusión de que este interés puede politizarse en el sentido de la revolución social, que tantos renunciamientos y sacrificios exige? Las masas captadas por la economía sexual, ¿no querrán cobrar de inmediato la letra sobre la libertad sexual que les hemos presentado? Cuando se nos presenta una tarea difícil debemos escuchar atentamente todas las objeciones, considerar su validez y contestarlas. Debemos guardarnos de entregarnos a nuestros fantasiosos deseos

revolucionarios, creyendo que puede realizarse algo que sólo es correcto «en sí». El éxito de la guerra contra el hambre no lo decide la voluntad de eliminarla a toda costa, sino la existencia de las condiciones objetivas para ello. En otras palabras: ¿podemos trasladar el interés sexual y la miseria sexual de las masas de todas las naciones a una acción social contra el sistema que engendra la miseria, del mismo modo que lo podemos hacer con el interés crudamente material? Hemos citado las experiencias prácticas y también las consideraciones teóricas que hablan en favor de que lo que es posible en grupos aislados, en

asambleas aisladas, debe serlo también a escala masiva. Sólo hemos omitido mencionar algunas condiciones adicionales *indispensables*. Para tener éxito en la tarea de hacer funcionar de modo efectivo la sexo-economía social hace falta, antes que nada, la unidad del movimiento obrero en general. Sin esta condición, la tarea sexo-económica no puede ser más que preparatoria. En segundo término, se necesita crear una férrea organización sexo-económica *internacional*, que lleve a cabo y consolide la ejecución real de la tarea. En tercer lugar hace falta una serie de dirigentes cuidadosamente ejercitados. Por lo demás, no es recomendable

querer resolver todas las cuestiones individuales de antemano. Eso llevaría a la confusión y a la parálisis. Es la propia práctica la que proporciona la práctica nueva y detallada. No quiero recargar este libro con semejantes detalles.

6. El hombre apolítico

Arribamos por fin a la cuestión del llamado hombre apolítico. Hitler no sólo había establecido su poder desde un principio sirviéndose de masas que hasta entonces habían sido esencialmente apolíticas, sino que también dio su último paso hacia la victoria de marzo de 1933 con la movilización de no menos de cinco millones de personas que hasta ese momento no votaban, que eran por tanto apolíticas, con lo cual pudo acceder al poder de modo legal. Las izquierdas habían hecho todos los esfuerzos

posibles por ganarse a las masas indiferentes, sin plantearse la pregunta de qué es lo que significa ser «indiferente» o «apolítico».

Si el propietario de una fábrica o el latifundista son claramente derechistas, ello puede comprenderse fácilmente a partir de sus intereses económicos inmediatos. Una orientación política de izquierdas sería contradictoria con su situación social y debería ser atribuida a meros motivos irracionales. Si el obrero industrial es izquierdista, también esto es perfectamente racional: es una consecuencia de su posición económica y social en la producción. Pero si el obrero o el empleado tienen una

orientación política de derechas, ello se debe a una falta de claridad política, es decir a un desconocimiento de su posición social. Cuanto menos politizado esté un hombre que pertenece a la gran masa de los trabajadores, tanto más accesible será a la ideología de la reacción política. Esta apoliticidad no es, como se podría creer, un estado psíquico pasivo, sino una conducta sumamente activa, un *rechazo* del sentido de la responsabilidad social. El análisis de este rechazo del pensamiento consciente de la responsabilidad social brinda resultados evidentes que responden varios oscuros interrogantes sobre la conducta de las amplias capas

apolíticas. Puede comprobarse fácilmente que en el caso del intelectual medio que «no quiere tener nada que ver con la política» subyacen intereses económicos inmediatos y temores respecto de su posición social, que depende de la opinión pública. Estos temores le obligan a realizar los más grotescos sacrificios en relación con sus conocimientos y convicciones. Las personas situadas en algún escalón del proceso de producción y que no obstante carecen de responsabilidad social pueden dividirse en dos grandes grupos. En el caso de uno de los grupos, el concepto de política se asocia inconscientemente con la violencia y el

peligro físico, es decir con un miedo intenso que impide a sus integrantes una orientación realista. En el otro grupo, que debe ser el mayoritario, la falta de responsabilidad social se debe a conflictos y preocupaciones personales, entre las que predominan las preocupaciones sexuales. Si una empleada joven, que tendría sobrados motivos económicos para ser consciente de su responsabilidad social, es esencialmente irresponsable, en noventa y nueve de cien casos ello se debe a las llamadas «historias de amor» o, para emplear términos más apropiados, a sus conflictos sexuales. Esto vale exactamente del mismo modo para la

mujer pequeñoburguesa que debe emplear todas sus fuerzas psíquicas para dominar su situación sexual y quedar hecha pedazos. Hasta ahora, el movimiento revolucionario no ha comprendido esta situación y ha intentado politizar al hombre «apolítico» tratando de concienciarle respecto de sus intereses económicos no satisfechos. La práctica nos enseña que la masa de estos individuos «apolíticos» apenas atiende cuando se le habla de sus problemas económicos, pero que se deja arrastrar fácilmente por la fraseología mística de un nacionalsocialista, sin que éste mencione sus intereses económicos más que al pasar. ¿Cómo se explica

esto? Los graves conflictos sexuales (en el sentido más amplio del término), sean conscientes o inconscientes, inhiben el pensamiento racional y el desarrollo de la responsabilidad social, amedrentan al individuo y lo encierran en sí mismo. Ahora bien: si este individuo se encuentra con un fascista que trabaja con los medios de la fe y de la mística, es decir con medios sexuales y libidinosos, le brindará toda su atención. Y no lo hace porque el programa fascista le impresione más que el liberal, sino porque en la devoción al Führer y a la ideología del Führer experimenta un alivio momentáneo de su constante tensión interna; inconscientemente puede

dar una forma distinta a su conflicto, con lo cual cree resolverlo; es más, esto le permite considerar a veces que los fascistas son revolucionarios y que Hitler es el Lenin alemán. No hace falta ser un psicólogo para comprender por qué la forma erótico-provocativa del fascismo ofrece una especie de gratificación si bien distorsionada, a una mujer pequeñoburguesa sexualmente frustrada y que jamás ha pensado en su responsabilidad social, o a una pequeña vendedora que no ha podido encontrar el camino hacia la conciencia social a causa de su insuficiencia intelectual determinada por sus conflictos sexuales. Hay que conocer la vida de esos cinco

millones de hombres socialmente oprimidos, «apolíticos», que sin embargo deciden la política, hay que saber cómo se desarrolla su existencia entre bastidores para comprender el papel subterráneo que tiene la vida privada —es decir, esencialmente la vida sexual— en la vida social en general. Esto no lo muestran las estadísticas; además, no veneramos la aparente exactitud de la estadística que pasa por alto la vida real, mientras Hitler, con su negación de la estadística, toma el poder aprovechándose de las escorias de la miseria sexual.

El hombre socialmente irresponsable es el hombre absorbido

por conflictos sexuales. Querer concienciarle de su responsabilidad social excluyendo la sexualidad, como se ha hecho hasta ahora, no sólo carece de sentido, sino que es además el método más seguro para entregárselo a la reacción política, que se aprovecha brillantemente de las consecuencias de su miseria sexual. Un simple cálculo nos muestra que queda un solo camino: el de comprender su vida sexual desde un punto de vista social. Yo mismo habría rechazado en otra época semejante conclusión, por trivial que parezca. Puedo comprender, por tanto, que los políticos y economistas de pro la consideren el engendro de un cerebro

seco y sin experiencia política, propio de un sabio de escritorio. Pero quien ha asistido a reuniones sexo-económicas sabe que la mayoría de los asistentes eran personas que jamás habían estado en una asamblea política. Las organizaciones sexo-económicas del oeste de Alemania estaban formadas mayoritariamente por hombres y mujeres no organizados apolíticos. Cuán presuntuosos son los juicios formulados por los políticos es una cuestión fácilmente demostrable por el hecho de que la organización internacional del misticismo ha realizado una asamblea sexo-política espectacular, *en su sentido* del término, en cada pequeño pueblo del

mundo, de por lo menos una semana por los miles de años transcurridos. Las reuniones dominicales y las ceremonias religiosas de los mahometanos, judíos, etc., no son sino reuniones sexo-políticas. En vista de la experiencia del trabajo sexo-económico y de los conocimientos sobre la relación entre la mística y la represión sexual, una omisión o un rechazo de estos hechos constituye un inexcusable apoyo —reaccionario, desde el punto de vista del movimiento de liberación— a la dominación del medioevo espiritual y de la esclavitud económica.

Finalmente, quiero tratar un hecho que excede en mucho la labor cotidiana:

el entumecimiento biológico del organismo humano y su relación con la lucha por la libertad social e individual.

9

LAS MASAS Y EL ESTADO

Cuando los grupos de colonizadores se perdían en las selvas americanas, trataban de reencontrar el camino por el que habían llegado para avanzar desde el terreno conocido hacia un terreno desconocido. Para ello no formaban partidos políticos; no mantenían discusiones interminables sobre las regiones que no conocían; no se rompían mutuamente las cabezas ni desafiaban a los demás a que elaboraran programas de colonización. Sobre la base de la situación dada, actuaban de un modo natural y acorde con la *democracia laboral*: hacían un esfuerzo común para

regresar al terreno conocido e intentaban volver a avanzar desde allí.

Cuando un vegetoterapeuta se pierde en la maraña de reacciones irracionales durante el tratamiento de un enfermo, no discutirá con su paciente acerca de la «existencia o inexistencia de Dios». No se vuelve neurótico e irracional, sino que reflexiona de nuevo sobre la situación e intenta ordenar claramente el curso previo del tratamiento; regresa al último punto del desarrollo en el que el curso de la terapia todavía le resultaba claro.

Todo ser viviente, como es natural, tratará de descubrir y de eliminar las causas de la catástrofe en la que se ha

visto envuelto. No repetirá las acciones que han provocado precisamente esa catástrofe. De este modo, la experiencia domina las desgracias. Nuestros políticos están muy lejos de tales reacciones naturales. Puede afirmarse tranquilamente que el no aprender de la experiencia forma parte de la esencia del político. El monarquismo austríaco había encendido la Primera Guerra Mundial en 1914. En aquel momento, la monarquía luchó contra los demócratas americanos con las armas en la mano. En 1942, durante la Segunda Guerra Mundial, el monarquismo quiso restablecer la dinastía de los Habsburgo con la ayuda de políticos

norteamericanos, para «evitar» nuevas guerras. Así es el desatino político irracional.

En la Primera Guerra Mundial, «los italianos» eran amigos y aliados de los americanos. En la Segunda Guerra Mundial, en 1942, eran enemigos mortales; en 1943, amigos nuevamente. En 1914, «los italianos» eran enemigos mortales «de los alemanes», «enemigos hereditarios» de antiguo, por así decirlo. En 1940, «los italianos» y «los alemanes» eran *hermanos consanguíneos*, «también por motivos de herencia», por así decirlo, para volver a ser enemigos jurados en 1943. En la próxima guerra mundial, digamos

en 1963, «los alemanes» y «los franceses» se transformarán de «enemigos hereditarios por razones raciales» en «amigos hereditarios» por razones igualmente «raciales».

Esto es la peste emocional. Imaginémonos que un Copérnico declarara en el siglo XVI que la Tierra gira alrededor del Sol; que su alumno afirmara en el siglo XVII que la Tierra no gira alrededor del Sol, y que el alumno de éste estableciera en el siglo XVIII que *sí* gira. En el siglo XX, de todos modos, los astrónomos declaran que tanto Copérnico como sus discípulos tendrían razón, pues la Tierra giraría alrededor del Sol y a la vez estaría quieta. Cuando

se trata de un Copérnico tenemos la hoguera preparada. Pero cuando se trata de un politicastro que sostiene como verdaderos los más increíbles disparates y que en 1940 afirma exactamente lo contrario de lo que postulaba como cierto en 1939, millones de hombres se entusiasman y declaran que se ha producido un milagro.

Una regla de la buena ciencia es no establecer nuevas teorías mientras pueda operarse bien con las antiguas. Sin embargo, una vez que las viejas teorías han resultado insuficientes o erróneas, se procede a buscar los errores, a criticar la teoría vieja y a desarrollar nuevas concepciones sobre la base de

hechos nuevos. A los políticos les resultan inusitados procedimientos tan naturales. Por numerosos que sean los hechos nuevos, por abundantes que sean los errores que se comprueben, las viejas teorías subsisten como *consignas* y los hechos nuevos se ocultan como ilusiones. Las formalidades democráticas causaron un desengaño a millones de personas en Europa, posibilitando de este modo la dictadura fascista. Los políticos democráticos evitan volver a los puntos de partida de los principios democráticos, corregirlos de acuerdo a las modificaciones radicales de la vida social y darles una orientación útil. Siguen organizándose

votaciones sobre cuestiones formales, sobre esas mismas cuestiones formales que fueron destronadas tan deshonrosamente en Europa.

Se quiere crear sistemas de paz mediante la planificación, el pensamiento, el voto. Es evidente que hay miedo a estos mismos sistemas de paz aun antes de haberlos planificado. Los elementos básicos de la paz y de la cooperación humana están presentes de modo real y tangible en las relaciones laborales naturales. A partir de ellos hay que desarrollar los reaseguros de la pacificación. No es necesario «introducirlos». Un buen médico no «introduce» una «nueva salud» en un

organismo mortalmente enfermo, sino que busca cuáles son los elementos de salud espontáneamente presentes en el organismo enfermo. Una vez encontrados, se sirve de ellos contra el proceso de enfermedad. Lo mismo vale para el organismo social enfermo cuando nos acercamos a él a través de la *ciencia social* y no con programas políticos e ideas. Sólo podemos desarrollar orgánicamente condiciones de libertad realmente presentes y eliminar los obstáculos que traban ese desarrollo. A un organismo social enfermo no podemos imponerle libertades garantizadas por decreto.

El mejor ejemplo para ilustrar la

relación entre las masas y el Estado lo brinda la Unión Soviética, por los siguientes motivos: la revolución social de 1917 había sido preparada por una teoría sociológica probada a lo largo de varios decenios. La revolución rusa se sirvió de esta teoría. Muchos millones de personas participaron en la transformación social, la sufrieron, la disfrutaron y la transmitieron. ¿Qué se hizo de la teoría sociológica y las masas en el «Estado proletario» en el curso de veinte años?

No podemos ignorar el desarrollo de la Unión Soviética si nos preocupa seriamente la cuestión de qué es la democracia y si y cómo puede ponerse

en práctica. En las diversas organizaciones políticas y económicas de la Unión Soviética, la diferencia entre *vencer las dificultades* a través de la democracia laboral, por una parte, y el politiqueo democrático formal, por la otra, se hizo especialmente patente.

1. 1936: Decir verdades… pero ¿cómo y cuándo?

Había estallado la guerra entre Italia y Abisinia; los sucesos se precipitaban. Nadie sabía o podía saber cómo cambiaría el mundo en los meses y años siguientes. El movimiento obrero organizado no intervenía en los acontecimientos. Estaba dividido internacionalmente; de hecho callaba o seguía desvalido tal o cual idea política. En Ginebra, la Unión Soviética había luchado por la paz por intermedio de Litvinov, pero había fracasado por completo en su calidad de pionero

social. Eran de esperar catástrofes nuevas, inauditas, de las que podía resultar una solución nueva del caos social. Pero también podían pasar y ser desaprovechadas, como en Alemania en 1918 y en 1933. Había que prepararse a tiempo estructuralmente para las transformaciones sociales. Sobre todo, era necesario no dejarse arrastrar por las múltiples visiones políticas del día, confusas y mutuamente contradictorias. Hacía falta aislarse del ruido de la política cotidiana, sin por ello perder el estrecho contacto con los acontecimientos sociales. Parecía más importante que nunca no abandonar ni por un instante el trabajo relativo al

problema de la estructura humana. Sobre todo, hacía falta claridad sobre la evolución de la Unión Soviética. Millones de trabajadores en Alemania, Inglaterra. Norteamérica, China, etc., seguían esperanzados por cada uno de los pasos que daba la Unión Soviética. Los conocedores de la psicología de masas sabían que si a la catástrofe en Alemania se agregaba una decepción respecto de la Unión Soviética, la primera condición para poder sobrevivir científicamente a una nueva guerra era una dura lucha por la claridad.

La guerra europea, es decir la Segunda Guerra Mundial en *una misma*

generación, estaba a punto de estallar. Todavía quedaba tiempo para reflexionar sobre lo que podría conllevar esta guerra. Aún había tiempo para que el pensamiento humano —aunque ya no la acción humana— pudiera elaborar a partir del nuevo asesinato en masa una comprensión de la psicosis bélica. A los que lo sabían les resultaba difícil conservar la sangre fría y la mirada clara. Pero había que hacerlo, puesto que también esta segunda guerra, que comenzaba en el África y pronto abarcaría todo el planeta, debía finalizar en algún momento. La respuesta tendría que ser entonces la de «muerte a los belicistas»

y «destrucción de las causas de la guerra». Pero nadie sabía cuál sería la forma práctica de esta respuesta.

En 1935 era evidente que la evolución de la Unión Soviética estaba a punto de resultar desgraciada. Los políticos democráticos de Alemania, Escandinavia, etc., no investigaron las causas de esta desgracia, pese a que hablaban mucho de ella. Evitaban volver a los esfuerzos genuinamente democráticos de Engels y Lenin. Ello, por de pronto, les habría permitido orientarse en lo relativo a los puntos de partida sociológicos de la sociedad soviética, para avanzar desde allí hacia una comprensión de la evolución

ulterior. No era posible ignorar en Europa a estos pioneros de la verdadera democracia, del mismo modo que un norteamericano genuinamente demócrata no puede pasar por alto la Constitución americana y las ideas fundamentales de los pioneros americanos, de Jefferson y Lincoln, etc. Engels era el exponente más destacado de la democracia alemana, y Lenin de la rusa. No se habían estancado en formalidades, sino que habían revelado la esencia de la democracia. Pero se les evitaba. No importa si esto se debe al miedo a ser considerado un comunista o al miedo a perder posiciones académicas o partidarias. Engels había sido un

fabricante próspero y Lenin un hijo de funcionario bien situado. Eran descendientes de las «clases dominantes» que intentaron desarrollar un sistema de democracia auténtica a partir de la economía social marxista (que, dicho sea de paso, también había nacido en «círculos burgueses»).

El sistema democrático de las ideas de Engels y Lenin fue olvidado por completo. Era un hueso demasiado duro de roer, una exigencia demasiado grande para la escrupulosidad de los políticos y sociólogos europeos y, según se vio luego, también para la de los rusos.

Hoy día, en 1944, no podemos describir la democracia laboral natural

sin estudiar las formas que asumía en las ideas de Engels y Lenin entre 1850 y 1920, así como en los procesos embrionarios de desarrollo en la Unión Soviética desde 1917 hasta alrededor de 1923. La revolución rusa fue un hecho gigantesco para el progreso social. Por esa razón, su retardación tiene una importancia enorme desde el punto de vista sociológico y constituye una enseñanza ingente para todo esfuerzo auténticamente democrático. Desde el punto de vista práctico, poco puede esperarse del entusiasmo puramente emocional por las acciones heroicas de Rusia en la guerra contra Hitler. Los motivos de este entusiasmo de 1943, que

faltaban en 1917-1923, son de carácter muy dudoso; están dictados mucho más por egoístas intereses bélicos que por la voluntad de avanzar hacia la democracia auténtica.

El siguiente análisis de la revolución de la Unión Soviética fue escrito por primera vez en 1935. Ahora se preguntará por qué no fueron publicados en ese momento. Ello requiere una breve fundamentación. En Europa, donde la práctica de la psicología de masas no podía desarrollarse fuera de los partidos, a menudo habíamos visto que, si se realizaban investigaciones científicas sin dejarse llevar por los intereses políticos, y se daban

pronósticos que contradecían la política partidaria, se corría el serio riesgo de ser excluido de las organizaciones y despojado del contacto con las masas. En esto, todos los partidos estaban de acuerdo. Esencialmente, los partidos no se orientan por medio de verdades, sino de ilusiones que por lo general corresponden a la estructura irracional de las masas. Las verdades científicas no hacían más que distorsionar la rutina de los políticos de partido, rutina que consiste en salir de las dificultades con la ayuda de ilusiones. Es cierto que las ilusiones no sirven de nada a la larga, según se evidenció precisamente en Europa a partir de 1938; es igualmente

cierto que las verdades científicas son, a la larga, las únicas líneas directrices de carácter fiable en la vida social; pero estas verdades sobre la Unión Soviética no eran de momento más que gérmenes que no podían lograr un efecto sobre la opinión pública, y menos aún un entusiasmo masivo. Eran tan sólo advertencias a la conciencia. El fortalecimiento de la disposición para aceptar hechos en general, y sobre todo la revelación de la esencia irracional de toda política como un hecho evidente para los trabajadores de numerosos sectores, estuvieron reservados a la Segunda Guerra Mundial.

Cuando establecemos un hecho, no

nos preocupa si es bien venido o no, sino únicamente si es o no cierto. Por eso siempre entramos en un serio conflicto con la política, que no está preocupada por la realidad de un hecho, sino tan sólo por la circunstancia de si su constatación es o no un impedimento para la dirección respectiva de las masas. Por ese motivo, la cuestión no resulta fácil para el sociólogo científico. Por una parte, debe descubrir y describir el proceso real; por otra, debe permanecer en contacto con el movimiento social vivo. Por lo tanto, al publicar comprobaciones de hechos embarazosos debe pensar cuidadosamente en el efecto que

causarán las afirmaciones correctas sobre las masas, que se hallan preponderantemente bajo la influencia del irracionalismo político. Una idea científica social de cierta envergadura no puede penetrar y convertirse en práctica social si las masas no la han adquirido previamente y de modo espontáneo en su propia vida. Los sistemas ideológicos caducos y las instituciones contrarias a la libertad deben haberse politizado de modo *sensible para cada individuo*, antes de que las concepciones racionales se impongan sobre las necesidades vitales de la sociedad de modo espontáneo y generalizado. De este modo, la

politiquería ha popularizado en los Estados Unidos el saber general —de ningún modo comprendido a partir de la ciencia— de que los políticos son un tumor canceroso en el cuerpo social. En la Europa de 1935 aún se estaba muy lejos de esta idea. El político era el que debía definir qué es lo que vale como verdadero y qué como falso.

En general, los conocimientos sociales importantes se preparan más o menos claramente en la población mucho antes de que sean formulados y representados de manera organizada. Hoy día, en 1944, el odio a la política, basado sobre hechos concretos, debe de haberse generalizado. De este modo, si

un grupo de científicos sociales ha realizado observaciones y formulaciones correctas, que se ajusten a los procesos sociales objetivos, por necesidad la «teoría» coincidirá con el sentir vital de las masas. Todo ocurre entonces como si dos procesos independientes convergieran hacia *un solo* punto, en el que el proceso social y la voluntad de las masas confluyen con el conocimiento socio-científico. Esto parece ser cierto en todos los procesos sociales decisivos. La emancipación americana de Inglaterra en 1776 siguió este proceso, del mismo modo que la emancipación de la sociedad rusa del Estado zarista en 1917. La carencia de

un trabajo científico social correcto puede tener consecuencias catastróficas. El proceso objetivo y la voluntad de las masas, en este caso, pueden haber madurado, pero vuelven a perderse cuando falta el simple fundamento científico que los sintetice y los haga avanzar. Así ocurrió en 1918 en Alemania, donde se abolió el régimen imperial pero no se desarrolló una democracia auténtica.

La fusión del proceso científico con el social en una unidad de un reordenamiento social fundamental no tiene lugar, cuando el proceso del conocimiento científico no crece de modo orgánico a partir de las viejas

ideas del mismo modo que el proceso social crece a partir de las penurias de la vida práctica. Digo: «Crece de modo *orgánico*»; esto quiere decir que un orden *nuevo* no puede «concebirse», «pensarse», «planificarse»; *tiene que haber crecido orgánicamente*, en estrecha conexión con hechos prácticos y teóricos de la vida del animal humano. Por eso, todos los intentos de «acercarse políticamente a la masa» y de «imponerle la idea revolucionaria» no pueden sino fracasar y llevar a una politiquería ruidosa y nociva.

En todas partes se desarrollaron espontáneamente —sin el auxilio de alguna «dirección de partido»— el

reconocimiento de la peculiaridad del fascismo, que no se explicaba a través de ninguna visión economicista de la vida social, y el reconocimiento de la estructura autoritario-nacionalista de la Unión Soviética de 1940. Era un conocimiento general, latente, el hecho de que el fascismo tenía tan poco que ver con la dominación de clase de la «burguesía», como la «democracia soviética» de Stalin con la democracia social de Lenin. Por doquier se percibía que los viejos conceptos ya no explicaban los nuevos procesos. Pero los que se veían envueltos y actuaban en la vida viva de las personas, los que habían conocido exactamente a los

hombres de todas las profesiones y naciones desde las perspectivas médica y educativa, no se dejaban atrapar fácilmente por las frases hechas políticas. Los más favorecidos eran los que desde siempre habían sido «apolíticos» y habían vivido sólo para el cumplimiento de su vida laboral. Eran precisamente estos círculos «apolíticos», totalmente absorbidos por su trabajo, los más accesibles a esta comprensión, tan decisiva en Europa desde el punto de vista social. Los que, en cambio, estaban fusionados económica e ideológicamente con algún aparato de partido, no sólo se habían paralizado y vuelto inaccesibles a toda

nueva comprensión, sino que también rechazaban, por regla general y con odio, todo intento por volver comprensible el fenómeno fundamentalmente nuevo del régimen autoritario, «totalitario» y dictatorial. Si agregamos que las organizaciones de los partidos de todas las tendencias tenían una orientación meramente económica, mientras que las dictaduras no habían surgido a partir de dogmas económicos, sino de actitudes irracionales de las masas, se comprende fácilmente que un científico social que trabajaba en el campo de la psicología de masas debía proceder con máxima precaución y cautela. Todo lo que podía hacer era ir

registrando a conciencia si el desarrollo social confirmaba o refutaba sus conclusiones biopsíquicas. *¡Las confirmaba!* De este modo, muchos médicos, pedagogos, escritores, trabajadores sociales, jóvenes, obreros industriales, etc., llegaron a la profunda convicción de que llegaría el momento en que el irracionalismo político se agotaría, y en que las necesidades de trabajo natural, del amor y del saber se convertirían algún día en la conciencia y la actuación de las masas, sin que fuera necesario inculcarlas mediante una teoría propagandizada. De todos modos, era imposible saber qué grado de catástrofe debía provocar el

irracionalismo en la política para hallar su límite en el sentimiento vital natural de las masas trabajadoras y ahogarse en sus propias acciones.

Después de la catástrofe alemana de 1933, la Unión Soviética se encontraba en franco retroceso hacia formas autoritarias y nacionalistas de dirección social. Que se trataba de «nacionalismo» era un hecho evidente para un gran número de científicos, periodistas, funcionarios, obreros. Pero no quedaba claro si se trataba de un nacionalismo de corte *fascista*.

La palabra «fascismo» no es un insulto, del mismo modo que no lo es la palabra «capitalismo». Es un concepto

que designa una muy determinada forma de dirección e influenciación de las masas: autoritaria, con un sistema de un solo partido, por tanto totalitaria, con empleo del poder más allá del interés objetivo, con distorsión política de hechos, etc. Hay, pues, «judíos fascistas» y «demócratas fascistas».

Si se hubieran publicado semejantes conclusiones, el gobierno de la URSS las habría citado como demostración de la naturaleza «contrarrevolucionaria» y «trotskista-fascista» de las mismas. La masa de la población soviética seguía gozando del ímpetu de la revolución de 1917. El consumo seguía subiendo, y apenas si había paro laboral. La

población disfrutaba de la introducción del deporte general, del teatro, de la literatura, etc. Los que habían vivido de cerca la catástrofe alemana sabían que estos llamados goces culturales no dicen nada acerca del carácter y desarrollo de una sociedad. Esto se aplicaba también a la Unión Soviética. Ir al cine y al teatro, leer libros, practicar deportes, lavarse los dientes e ir a la escuela son cosas importantes, pero no aportan nada a la diferencia entre un Estado dictatorial y una sociedad genuinamente democrática. Tanto en uno como en la otra se «goza de la cultura». Ha sido un error fundamental típico de los socialistas y comunistas designar como

«socialista» la construcción de viviendas, la instalación de un ferrocarril metropolitano o la inauguración de una escuela. Las casas, los ferrocarriles y las escuelas dependen del desarrollo técnico de la sociedad, *pero no nos dicen nada sobre el hecho de que sus integrantes sean súbditos sometidos o trabajadores libres, hombres racionales o irracionales*.

Pues bien: puesto que los rusos soviéticos presentaban toda innovación técnica como una conquista «específicamente comunista», la población soviética tenía la impresión de que tales cosas no existían en los países capitalistas. Por eso no podía

esperarse que la población comprendiera o descubriera por sí misma la corrupción nacionalista de la democracia soviética. Uno de los principios fundamentales de la psicología de masas consiste en no proclamar «por principio verdades objetivas», sino en preguntarse primero cómo reacciona la masa media de la población trabajadora ante un proceso objetivo.

Esta actitud cierra automáticamente la puerta a los abusos de la politiquería, pues si alguien cree haber reconocido una verdad, está obligado a esperar a que esta verdad se manifieste de modo objetivo e independientemente de él. Si

así no ocurre, su verdad no era tal, y será mejor que quede como una posibilidad en un segundo plano.

En Europa y en todas partes se siguió con angustia la catastrófica regresión en la Unión Soviética. Por eso enviamos la investigación sobre la relación entre «Masa y Estado», en unos cien ejemplares, a diversos amigos de la psicología de masas sexo-económica en Europa, Rusia y Norteamérica. La predicción de la degeneración totalitario-dictatorial de la democracia soviética ya en el año 1929 se fundaba sobre el hecho de que la revolución sexual de la URSS no sólo había sido frenada, sino incluso eliminada como a

propósito[37]. Ahora bien: *como sabemos, la represión sexual sólo sirve para mecanizar y esclavizar a las masas*. Por tanto, cada vez que nos encontramos con una represión autoritario-moralista de la sexualidad infantil y adolescente, amén de una legislación sexual correspondiente, podemos concluir con seguridad que hay fuertes tendencias autoritario-dictatoriales en la evolución social, más allá de las consignas de las que se sirvan los políticos respectivos. Y viceversa, podemos pronosticar tendencias sociales genuinamente democráticas cada vez que nos encontremos con una actitud

comprensiva y vital-positiva de las instituciones sociales decisivas respecto de la vida sexual de los niños y jóvenes; pero sólo en la medida en que estas actitudes estén realmente presentes, y no más. Así, ya en 1929, cuando en la Unión Soviética las actitudes sexual-reaccionarias eran cada vez más pronunciadas, estábamos autorizados a concluir que en la dirección social se estaba produciendo una evolución autoritaria y dictatorial. He fundamentado esta cuestión extensamente en mi libro *Die Sexualitat im Kulturkampf*. Mis predicciones se vieron confirmadas por la legislación sexual oficial a partir de 1934 y por el

restablecimiento de leyes sexuales reaccionarias.

En aquel entonces yo ignoraba que en los Estados Unidos, entretanto, se había desarrollado una nueva actitud respecto de las cuestiones sexo-económicas, actitud que más tarde facilitaría la aceptación de la economía sexual.

Hemos pedido a todos los amigos a quienes hemos enviado ese escrito no-oficial, que en primer término lo meditasen, y que luego, si estaban de acuerdo en las líneas generales, lo entregaran a otros sociólogos próximos a ellos que estuvieran en condiciones de comprender la contradicción en el

desarrollo de la Unión Soviética. No queríamos que el contenido del escrito se reprodujera en algún periódico o en una reunión masiva. Serían los propios acontecimientos los que fijarían el momento para la discusión pública. Entre 1935 y 1939, en los círculos sociológicos dirigentes se difundió cada vez más la comprensión de las causas psicológicas de la regresión autoritaria de la Unión Soviética. Esta comprensión reemplazó una indignación estéril respecto de las regresiones; se aprendió a comprender que *el desarrollo ulterior fracasó debido a la estructura de las masas sedientas de autoridad, un hecho que no fue comprendido por los*

dirigentes soviéticos. Esta conclusión era sumamente importante.

2. ¿Qué es lo que ocurre en el seno de las masas?

La cuestión de *cómo* instrumentar un nuevo orden social coincide por completo con la cuestión de la estructura caracteriológica de las *amplias* masas de la población trabajadora apolítica y sometida a influencias irracionales. Por tanto, el fracaso de una transformación social auténtica es un signo del fracaso de las masas: ellas reproducen la ideología y las formas de vida de la reacción política en sus propias estructuras y con ello en cada nueva generación, por mucho que las hayan

conmocionado socialmente. La pregunta de «*¿Cómo piensan, sienten y reaccionan las amplias masas de la población apolítica?*», en aquel entonces no estaba, pues, planteada ni comprendida en general, y muy lejos de poder ser dominada en la práctica. Por eso había mucha confusión. Con motivo de la votación sobre el Sarre en 1935, el sociólogo vienés Willi Schlamm escribió lo siguiente:

> En verdad, ha terminado la época en que parecía que las masas de la sociedad podían guiarse por la razón y el conocimiento de su situación de vida para que se elevaran a partir de sus propias fuerzas. En verdad, ha terminado

> la época en que la masa moldeaba la sociedad. La masa demuestra ser totalmente formable, moldeable, inconsciente y capaz de adaptarse a cualquier poder, a cualquier infamia. No tiene una misión histórica. En el siglo XX, en el siglo de los tanques y de la radio, esta misión no existe: la masa ha sido excluida del proceso de formación social.

Schlamm tenía razón, pero de un modo estéril. No se preguntaba de qué modo podía surgir una conducta semejante en la masa, ni si era innata o podía ser modificada. Si lo he entendido bien, Schlamm no tenía ninguna esperanza, ni siquiera por principio.

Hay que comprender muy bien que

tales observaciones eran no sólo impopulares, sino también y a menudo muy peligrosas, porque los partidos socialdemócratas y liberales, en los países que aún no eran fascistas, vivían precisamente de la ilusión de que las masas, en sí y tal como son, serían capaces de libertad y de liberalismo, y que el paraíso en tierras estaría asegurado si no existieran los Hitler malvados. Se podía comprobar una y otra vez en charlas personales y en discusiones públicas que los políticos demócratas y sobre todo los socialdemócratas y comunistas, no lograban comprender de ningún modo la simple comprobación del hecho de que,

debido a la opresión de siglos, la masa no podía ser sino incapaz de libertad. No sólo rechazaban esta observación, sino que a menudo reaccionaban con intranquilidad y amenazas cuando se la formulaba. Sin embargo, todo lo ocurrido en el campo de la política internacional a partir de la revolución rusa de 1917 hablaba en realidad a favor de lo correcto de esta afirmación (de que las masas son incapaces de libertad). Era imposible comprender la oleada fascista sin tener en cuenta este hecho.

En los años 1930 y 1933 comencé a percibir esta cuestión; como consecuencia me vi envuelto en un serio

conflicto con políticos bienpensantes liberales, socialistas y comunistas. Este hecho fue publicado por vez primera en 1933 en la *Psicología de masas del fascismo* y elaborado especialmente para la política socialista por Ernst Parell en el escrito *¿Qué es la conciencia de clase?*

En realidad, el diagnóstico podría haber llevado fácilmente al escepticismo, pues si todo acontecer depende de la estructura y actitud de las masas, si es verdad además que no son capaces de ser libres, el triunfo de la dictadura fascista tenía que ser definitivo. Pero el diagnóstico no era absoluto ni estaba exento de matices.

Otras dos consideraciones lo modifican fundamentalmente:

A) *La incapacidad de la masa para ser libre no es innata. Los hombres no han sido siempre incapaces para ser libres; por tanto, hablando con fundamento, pueden llegar a ser capaces de ser libres*.

B) *El mecanismo que incapacita a las masas para la libertad es*, según ha demostrado exhaustivamente la sexo-economía, social con ayuda de la experiencia clínica, *la represión social de la vida sexual genital de los niños, adolescentes y adultos*. Tampoco esta represión social es natural. Se fue desarrollando con el patriarcado y, por

lo tanto, puede ser eliminada. De todos modos, si la represión social de la sexualidad natural en las masas puede ser eliminada, y si es el mecanismo central de la estructura caracteriológica incapaz de ser libre, entonces —y ésta es la conclusión— la situación no es desesperante. La sociedad tiene todas las puertas abiertas para dominar las circunstancias sociales que denominamos la «peste emocional».

El error de Schlamm, así como el de tantos otros sociólogos, consistía en que confirmaba el hecho de la incapacidad de libertad de las masas humanas, pero no lograba extraer y defender las consecuencias prácticas de la economía

sexual social, bien conocida por él. Había sido sobre todo Erich Fromm quien había comentado favorablemente la teoría de la *Irrupción de la moral sexual*[38] en la sociedad primitiva, y con ella la irrupción de la esclavitud del carácter, en la *Zeitschrift für Sozialfonschung*. Sin embargo, en sus posteriores publicaciones sobre *La familia y la autoridad* y *El miedo a la libertad*, etc., logró dejar totalmente de lado el problema sexual de las masas humanas y su relación con el miedo a la libertad y la sed de autoridad. Jamás he podido comprender este proceder, puesto que no tengo motivos para dudar de la actitud fundamentalmente honesta

de Fromm. La negación de la sexualidad en la vida social y personal suele jugarnos una mala pasada incomprensible desde un punto de vista racional.

El lector habrá notado hasta qué punto el énfasis de las investigaciones sociológicas se ha desviado desde los hechos político-económicos a los que pertenecen hacia la psicología de masas, la economía sexual y el carácter. La comprobación de la incapacidad para la libertad por parte de las masas humanas, la constatación de que la represión de la vida sexual natural es el mecanismo principal de la falta de libertad caracteriológica y, sobre todo, el hecho

de que la responsabilidad ya no se atribuyera a ciertas organizaciones o a determinados políticos, sino a la propia masa incapaz de ser libre, constituyeron enormes transformaciones en el pensamiento y, por lógica consecuencia, también en el manejo práctico de los problemas sociales. Ahora se comprendía mejor la eterna queja de los partidos de que «aún no habían logrado conquistarse a las masas obreras». Se entendía *por qué* la masa es «totalmente formable, moldeable, inconsciente y capaz de adaptarse a cualquier poder, a cualquier infamia». Sobre todo, se comprendía la embriaguez fascista respecto de la raza. Se comprendía que

los sociólogos y políticos con una mera orientación económica se vieran desvalidos e impotentes ante los acontecimientos catastróficos de la primera mitad del siglo XX. Toda reacción política, en cada una de sus diversas formas, podía ser analizada como una consecuencia de la peste emocional en las masas humanas de este planeta a partir de la irrupción del patriarcado autoritario.

El movimiento auténticamente democrático y revolucionario no puede tener otra tarea que la de guiar (¡*no* la de «dirigir» desde arriba!) a las masas humanas que se han vuelto apáticas, incapaces de discriminar, biopáticas y

esclavizadas como resultado de la milenaria opresión de lo vivo; de guiarlas de modo que perciban de inmediato toda opresión y aprendan a despojarse de ella *a tiempo, definitiva e irrevocablemente*. Evitar una neurosis es más fácil que curarla. Es más fácil conservar sano un organismo que liberarlo de sus dolencias. Es también más fácil evitarle a un organismo social unas instituciones dictatoriales que eliminar esas instituciones. La tarea de una guía auténticamente democrática es, por así decir, hacer que las masas salten más allá de ellas mismas; pero una masa humana sólo puede superarse a sí misma cuando desarrolla en su propio seno

unas corporaciones sociales que no compitan con los diplomáticos en el álgebra política, sino que elaboren y expresen para la masa aquello que la propia masa no puede expresar ni elaborar a consecuencia de su miseria, su falta de entrenamiento, su obediencia ciega al Führer y su peste irracional. En una palabra, *adjudicamos a las masas toda la responsabilidad por cualquier proceso social*. Exigimos su responsabilidad y combatimos su falta de responsabilidad. Les echamos la culpa, pero no las inculpamos del modo en que se culpa a un criminal.

Un auténtico orden social nuevo no se agota con la eliminación de las

instituciones sociales dictatoriales y autoritarias. Ni tampoco con el establecimiento de nuevas instituciones, pues éstas degeneran invariablemente en dictatoriales y autoritarias, si no se elimina simultáneamente el enraizamiento caracteriológico del absolutismo autoritario en las *masas humanas*: esta eliminación se realiza por medio de la educación y la higiene social. No hay ángeles revolucionarios en un sector y diablos reaccionarios en el otro. No hay capitalistas avaros allí y obreros desprendidos aquí. Para que la sociología y la psicología de masas funcionen en la práctica como ciencias auténticas, deben liberarse de todo

maniqueísmo político. Tienen que penetrar en la esencia contradictoria de los hombres que han recibido una educación autoritaria y ayudar a descubrir, describir y eliminar la reacción política en el comportamiento y en la estructura de las masas de hombres trabajadores. No hace falta destacar especialmente que estos sociólogos y psicólogos genuinos no pueden excluirse *a sí mismos* en este proceder. Ahora ya debe resultar evidente que si un cambio social *no hace más que nacionalizar o socializar la producción, nada se modifica en la esclavitud humana*. El terreno que uno se asegura para construir en él una casa en la que vivir y

trabajar, no es más que una precondición de la vida y el trabajo, pero de ningún modo la vida y el trabajo mismos. Creer que el proceso económico de una sociedad es la esencia del proceso biosocial de la sociedad de los animales humanos, es lo mismo que pensar que el terreno y la casa son lo mismo que la educación de los hijos, la higiene y el trabajo; es confundir al baile con la música. Sin embargo, fue precisamente esta concepción economicista de la vida (y que ya Lenin combatiera con virulencia) la que llevó a la Unión Soviética a su retroceso al autoritarismo.

Alrededor de 1920 se esperaba que

los procesos económicos del sovietismo modificarían también al ser humano. La eliminación del analfabetismo y la transformación de un país agrícola en industrializado son hechos gigantescos; pero no se debía presentar estos hechos gigantescos como realizaciones específicamente socialistas, pues a menudo los concretaron de igual modo o aún mejor gobiernos extremadamente capitalistas.

Desde 1917, la cuestión básica de la psicología de masas había sido la siguiente: ¿desarrollará la cultura originada por la transformación social en Rusia en 1917 una comunidad humana que se distinga *fundamental* y

esencialmente del orden social zarista-autoritario derribado? El nuevo orden socioeconómico de la sociedad rusa, ¿se reproducirá, y *cómo* se reproducirá, en la estructura caracteriológica de los hombres? Los nuevos «hombres soviéticos», ¿serían liberales, no-autoritarios, se autoadministrarían racionalmente y transmitirían estas capacidades a sus hijos? La libertad así desarrollada en la estructura humana, ¿volvería innecesario y hasta imposible todo tipo de dirección social autoritaria? La existencia o inexistencia de instituciones dictatoriales y autoritarias en la Unión Soviética debían convertirse en clarísimas medidas para

el tipo de desarrollo del hombre soviético.

Es comprensible que todo el mundo siguiera con enorme expectación —unos con miedo, los otros con alegría— el desarrollo de la Unión Soviética. Sin embargo, la actitud con respecto a ella era generalmente poco racional. Unos defendían el sistema soviético sin reservas, del mismo modo que otros lo rechazaban de plano. Había grupos de intelectuales que adoptaban el punto de vista de que «en la URSS seguramente también se producen grandes progresos», como un nazi que dijera que «también hay judíos decentes». Tales juicios emocionales carecían de sentido

y de valor. No llevaban a ninguna parte. Y los dirigentes de la Unión Soviética se quejaban con razón de que a la sociedad rusa no se le brindaba una ayuda práctica, sino que sólo se discutía en torno a ella.

Prosiguió la lucha entre las fuerzas progresivas racionales del desarrollo social y las fuerzas reaccionarias de la obstrucción y regresión. Gracias a Marx, Engels y Lenin, las condiciones económicas del desarrollo hacia delante se comprendían mucho mejor que las fuerzas obstructoras. *Nadie planteaba la cuestión del irracionalismo de la masa*. Por eso, el desarrollo hacia la libertad, que tan promisorio había sido al

comienzo, llegó primeramente a detenerse y luego degeneró en autoritarismo.

Era mucho más fructífero comprender el mecanismo de esta regresión que negarla, como lo hacían los partidos comunistas europeos. Su defensa creyente, religiosa, fanática, de todo lo que ocurría en la Unión Soviética, les privaba de toda posibilidad práctica de *resolver* las dificultades sociales. Sea como fuere, no cabe duda de que la elucidación científica de las contradicciones irracionales de la estructura del carácter humano será con el tiempo mucho más provechosa —también para el

desarrollo de la Unión Soviética— que la estúpida gritería «redentora». Una actitud científica de esta índole podrá ser desagradable y dolorosa, pero en realidad está sustentada por sentimientos amistosos mucho más profundos que los eslóganes políticos. Los rusos soviéticos dedicados a la tarea práctica cotidiana lo saben muy bien. Sólo puedo asegurar que en aquel entonces las preocupaciones de los médicos y educadores sexo-económicos no eran menores que las de los «sovietistas».

Dichas preocupaciones estaban muy justificadas; en las plantas industriales, los «triunviratos directivos» originales y los consejos de producción propios de

la democracia económica fueron reemplazados por la dirección «responsable» autoritaria.

En las escuelas, los primeros intentos de autoadministración (el plan Dalton, etc.) habían fracasado y se había vuelto al viejo orden escolar autoritario, aunque encubierto por organizaciones formales de alumnos.

En el ejército, un severo orden de grados reemplazó el simple y democrático sistema original de comandantes. El título de «mariscal de la Unión Soviética» era al principio una innovación incomprensible. Luego comenzó a parecer peligrosa. Sonaba a «zar» y a «emperador».

En la economía sexual social se iban acumulando los síntomas del retorno a ideas y leyes autoritarias, moralistas. Una descripción exhaustiva se encuentra en la segunda sección de mi libro *La sexualidad en la lucha cultural* (1936).

En las relaciones interhumanas se generalizaban cada vez más la desconfianza, el cinismo, la táctica y la obediencia bizantina. Si en 1929 el estado de ánimo del ruso soviético medio todavía estaba plenamente mareado por el sacrificio heroico a favor del plan quinquenal y por serias esperanzas en el triunfo de la revolución, ya en 1935, en las conversaciones con rusos soviéticos se

sentía una flexibilidad evasiva, elástica y embarazosa en las convicciones. Se percibía el cinismo, la desilusión y esa especie de «astucia vital» que es incompatible con una voluntad social seria.

No sólo había fracasado la revolución cultural en la Unión Soviética. En el curso de pocos años, la regresión en el proceso cultural ahogó el entusiasmo y las esperanzas de todo un mundo.

El hecho de que se produzca una regresión social no es imputable a una dirección social. Pero esta dirección social se convierte ella misma en un reaseguro de la regresión, si:

a) presenta el retroceso como un progreso,
b) se autoproclama como salvadora del mundo, y
c) fusila a los que le recuerdan sus deberes.

En ese caso, tarde o temprano tendrá que ceder su puesto a otra dirección social que respete a los principios universalmente válidos del desarrollo social.

3. Los «anhelos socialistas»

Hubo movimientos y anhelos socialistas mucho antes de que existieran conocimientos científicos sobre las condiciones sociales necesarias para instaurar el socialismo. Desde hacía miles de años, los oprimidos luchaban contra sus opresores. Eran estas luchas las que habían creado la ciencia de los esfuerzos libertarios de los oprimidos, y no al revés como creía el carácter fascista. Sin embargo, precisamente entre 1918 y 1938, es decir en los años de ingentes acontecimientos sociales,

los socialistas sufrían sus peores derrotas. Precisamente en una época que debería haber probado la madurez y racionalidad del movimiento socialista de liberación, el movimiento obrero se desintegró y se burocratizó, y fue perdiendo cada vez más su impulso hacia la libertad y la verdad, en el que se había originado.

Los anhelos socialistas de los millones de personas eran un vehemente deseo de liberarse de la opresión de *todo tipo*. Pero estos *anhelos de libertad se manifestaban bajo la forma de un compromiso con el miedo a la responsabilidad*. El miedo a la responsabilidad social llevó al

movimiento socialista a la esfera *estatal*, Ahora bien: en la sociología científica de Karl Marx, que había elaborado las condiciones económicas para la libertad social, no se habla del «Estado» como meta de la libertad socialista. El Estado «socialista» es un invento de las burocracias partidarias. *Él*, el «Estado», debía instaurar la libertad; fijémonos: *no las masas, sino el Estado*. A continuación he de demostrar que la idea del Estado socialista no tiene que ver con la teoría de los primeros socialistas, sino que constituía más bien una distorsión de la idea socialista. Esta distorsión, totalmente inconsciente, debe atribuirse

al *desvalimiento estructural* de las masas imbuidas de anhelos de libertad. La mezcla de anhelos de libertad y miedo estructural a la autoadministración liberal creó en la Unión Soviética una forma de Estado que coincidía cada vez menos con el programa original de los comunistas, y que finalmente adoptó formas autoritarias, totalitarias y dictatoriales.

Intentemos bosquejar el carácter socialista básico de los movimientos sociales por la paz más importantes.

El movimiento cristiano primitivo es llamado a menudo, y correctamente, «socialista». Los fundadores del socialismo también consideraban las

revueltas de los esclavos en la Antigüedad y las guerras campesinas medievales como antecedentes del movimiento socialista de los siglos XIX y XX. El hecho de que no estuvieran desarrollados ni la industria ni los transportes internacionales les impidió triunfar. De acuerdo con la sociología de los fundadores, el «socialismo» sólo era concebible a escala *internacional*. Un socialismo nacional o incluso nacionalista (= nacionalsocialismo = fascismo) es un disparate sociológico y, en el estricto sentido de la palabra, un engaño a las masas. Imaginémonos que un médico hubiera descubierto un medio para combatir determinada enfermedad y

lo llamara «suero curativo». A continuación se presenta un hábil usurero que quiere obtener dinero de la enfermedad de los hombres, descubre un veneno que produce dicha enfermedad, que crea en los hombres anhelos de curarse, y lo llama «remedio». Sería el heredero nacionalsocialista de ese médico. Del mismo modo, Hitler, Mussolini y Stalin se han convertido en los herederos nacionalsocialistas del socialismo internacional de Karl Marx.

El usurero que quiere enriquecerse con las enfermedades podría llamar «toxina» a su veneno. Pero lo llama «suero curativo», pues sabe muy bien que no podría vender una toxina. Lo

mismo sucede con las palabras «social» y «socialista».

No podemos usar arbitrariamente palabras ya acuñadas y que poseen un sentido determinado sin crear una desesperante confusión. El concepto de «socialismo» estaba íntimamente ligado al de «internacional». La teoría socialista postulaba un determinado grado de madurez de la economía mundial. La lucha imperialista por los mercados, las riquezas del subsuelo y los centros de poder tiene que haber tomado el carácter de guerras rapaces. La anarquía económica tiene que haberse convertido en el obstáculo principal para el desarrollo ulterior de

la productividad social. El caos de la economía debe haberse vuelto evidente para todos; por ejemplo, a través del hecho de que se destruyen los excedentes de producción para detener las caídas de los precios, mientras que simultáneamente hay grandes masas humanas que sufren y se mueren de hambre. La apropiación privada de los bienes producidos colectivamente debe haberse vuelto netamente antagónica con las necesidades de la sociedad. El tráfico internacional de mercancías debe comenzar a sentir como trabas insalvables las barreras aduaneras de los Estados nacionales y el principio mercantil.

Las condiciones previas socioeconómicas objetivas de la actitud y mentalidad internacionales de la población mundial han evolucionado enormemente desde 1918. El avión acortó las distancias entre los pueblos y superó espacios que antes habían mantenido diferencias de civilización a escala milenaria. El tráfico internacional ha comenzado a extinguir progresivamente esas diferencias. Existía una brecha infinitamente mayor entre el árabe del siglo XIX y el inglés del siglo XIX, que entre el árabe y el inglés de nuestros días. Cada vez se imponían más trabas a los bandoleros capitalistas. Las condiciones

económicas del internacionalismo, pues, estaban madurando a ritmo agigantado. Este proceso fue tremendamente acelerado por la Segunda Guerra Mundial. Pero *la maduración económica del internacionalismo no se vio acompañada por la madurez estructural e ideológica*. Mientras que el internacionalismo continuó desarrollándose en el terreno económico, se quebró estructural e ideológicamente. Ello se mostró no sólo en el movimiento obrero, sino también en el desarrollo de las dictaduras *nacionalistas* en Europa: Hitler en Alemania, Mussolini en Italia, Doriot y Laval en Francia, Stalin en Rusia,

Mannerheim en Finlandia, Horthy en Hungría, etc. Nadie había podido prever esta brecha entre el progreso socioeconómico y la regresión estructural. El hecho de que el internacionalismo obrero degenerara en un socialismo nacional chauvinista era más que un colapso de los viejos movimientos de liberación, que siempre habían sido *internacionales*. Era una erupción novedosa y gigantesca de la peste emocional en el propio seno de las capas populares oprimidas, capas en las que grandes espíritus habían depositado sus esperanzas de que crearían un nuevo orden mundial. Uno de los puntos culminantes de esta degeneración

«nacional-socialista» era el odio racial de los obreros blancos contra sus colegas negros en los Estados Unidos, y la pérdida de toda iniciativa y perspectiva sociopolítica en numerosas organizaciones sindicales gigantescas. Cuando la idea de la libertad es asumida por mentalidades de sargento, mal asunto para la libertad. De este modo, una vieja y cruel injusticia se vengó en las masas de los que no tenían nada que vender aparte de su fuerza de trabajo. La explotación sin escrúpulos y la irresponsabilidad por parte de poderosos capitalistas repercutió como un bumerang. Puesto que el internacionalismo fracasó en echar

raíces en la estructura psicológica de los hombres, los movimientos nacionalsocialistas desbarataron sus planes aprovechando precisamente los anhelos socialistas internacionales. El movimiento socialista internacional se dividió bajo la dirección de sargentos que provenían de los sectores oprimidos; formó ahora movimientos masivos nacionales, divididos y enemistados a muerte, que sólo tenían *apariencia* de revolucionarios. De un modo perverso, algunos de estos movimientos de masas estrictamente nacionalistas se convirtieron en movimientos internacionales, sin duda a consecuencia de la acción de la vieja

mentalidad internacionalista de sus seguidores. Los nacionalsocialismos italiano y alemán se convirtieron en el fascismo internacional, que literalmente atrajo a las masas a escala internacional como un perverso «internacionalismo nacionalista». En su calidad de tal ahogó levantamientos genuinamente democráticos en España y en Austria. La heroica lucha de los auténticos revolucionarios de 1934 y 1936, que habían sido aislados de las masas, fue una segunda batalla de las Termópilas.

En estos hechos se manifestó claramente el irracionalismo de la estructura de las masas, así como el de la política en general. Las masas

trabajadoras alemanas se habían resistido durante muchos años al programa de un internacionalismo revolucionario; pero a partir de 1933, soportaron todos los sufrimientos que habría conllevado una revolución social auténtica, sin gozar de uno solo de los frutos que les habría aportado una revolución de esa índole. Se habían engañado a sí mismos. Habían sucumbido a su propia irracionalidad, es decir a su miedo a la responsabilidad social.

Estos hechos eran casi incomprensibles. Hagamos el esfuerzo de verificar hasta dónde llega nuestra honesta comprensión de esta situación

increíble.

A partir de la entrada de los Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial, la orientación internacional y humana general fue recuperando terreno. Sin embargo, debemos temer que puedan producirse reacciones irracionales aún más absurdas por parte de las masas, y catástrofes sociales aún más mortíferas, si los sociólogos y psicólogos responsables no se despojan *a tiempo* de su academicismo altanero ni se deciden a intervenir activamente en el curso de los acontecimientos, para ayudar a clarificarlos con honestidad. Las preguntas de la sociología se han desplazado fundamentalmente desde la

economía a la *estructura de las masas humanas*. Ya no preguntamos si han madurado las condiciones económicas del internacionalismo de la democracia laboral. Ahora se nos presenta una pregunta mucho más compleja: *suponiendo que las condiciones socioeconómicas internacionales estén plenamente maduras, ¿qué otros obstáculos pueden presentarse al avance del internacionalismo estructural e ideológico? ¿Cómo pueden dominarse a tiempo la falta de responsabilidad social y la propensión al autoritarismo de las masas humanas?* ¿Cómo puede impedirse que de esta segunda guerra internacional,

que con justa razón se llama guerra ideológica y no económica, surja una nueva descomposición, aún más brutal y mortífera, en nacionalismos nacionalistas, chauvinistas y fascistas-dictatoriales? La reacción política vive y opera en el seno de la estructura, del pensar y actuar de las masas oprimidas bajo la forma del blindaje del carácter, el miedo a la responsabilidad, la incapacidad para ser libres y, *last but not least*, como mutilación endémica del funcionamiento biológico. Estos hechos son extremadamente graves. El destino de los siglos venideros depende de que puedan, o no, solucionarse. La responsabilidad de todos los círculos

dirigentes es enorme. Ninguna de estas ingentes tareas puede resolverse con charlatanería política ni con formalidades. Nuestra consigna fundamental: «¡Basta, basta ya de política, encaremos las tareas de la vida social viva!», no es un juego de palabras. No hay nada más patético que el hecho de que dos mil millones de personas no tengan la fuerza necesaria para eliminar a un puñado de opresores y de incendiarios biópatas de la guerra. Los anhelos de libertad de los hombres de esta tierra fracasan porque hay tantas ideas sobre la mejor forma para llegar a la libertad, sin asumir en la práctica el doloroso reajuste de la estructura

humana y de sus instituciones sociales.

Los *anarquistas* (anarco-sindicalistas) ambicionaban el autogobierno social; pero rehuían tomar conocimiento de los abismales problemas de la incapacidad de los hombres para ser libres, y rechazaban toda dirección de la evolución social. Eran utopistas y sucumbieron en España. No veían más que el anhelo de libertad, pero confundían este anhelo con la capacidad de *ser* verdaderamente libres y de poder trabajar y vivir sin una dirección autoritaria. Rechazaban el sistema de partidos políticos, pero no sabían decir nada sobre el modo en que la masa humana esclavizada debía

aprender a autogobernarse. El odio al Estado no basta. Ni los clubs nudistas. El problema es más profundo y más serio.

Los *cristianos internacionales* predicaban la paz, la hermandad, la compasión, la ayuda mutua. Ideológicamente eran anticapitalistas y concebían al ser humano en términos internacionales. Por tanto, también ellos tenían, en el fondo ideas internacionales-socialistas y de hecho se llamaban —por ejemplo, en Austria— *social*-cristianos. Pero en la práctica rechazaban y rechazan todo paso en la evolución social que apunte precisamente al objetivo que ellos han

elevado a ideal. Hace tiempo que el cristianismo católico, sobre todo, se ha despojado del carácter revolucionario, es decir, rebelde, del cristianismo primitivo. Induce a sus millones de seguidores a aceptar la guerra como una circunstancia del destino, como un «castigo de los pecados». Pues bien; las guerras son, en efecto, la consecuencia de pecados, pero de pecados muy distintos de los que cree el catolicismo. Los católicos relegan la existencia pacífica a un mundo supraterrenal, predican que se debe soportar la miseria en este mundo y arruinan sistemáticamente la capacidad de los hombres de apoderarse del objetivo de

libertad, de luchar por él de modo honesto. No protestan cuando se bombardean las iglesias de la competencia, las iglesias ortodoxas griegas, pero invocan a Dios y la cultura cuando se bombardea Roma. El catolicismo genera el desvalimiento estructural de las masas humanas que en su miseria claman por la ayuda de Dios, en vez de apelar a su propia fuerza y autoconfianza. El catolicismo hace que la estructura humana se vuelva simultáneamente incapaz de gozar y temerosa del placer. Una buena porción del sadismo humano deriva de ahí. Los católicos alemanes bendicen las armas alemanas, y los católicos americanos

bendicen las armas americanas. Un mismo dios ha de conducir a la victoria a ambos bandos mortalmente enfrentados. El absurdo irracional es demasiado patente.

La *socialdemocracia*, que sucedió a la adaptación bernsteineana de la sociología de Marx, también fracasó en la cuestión de la estructura de las masas. Igual que el cristianismo y el anarquismo, vivía del compromiso de la masa entre los deseos de felicidad y la falta de responsabilidad. De este modo, el resultado fue una ideología difusa de «educación al socialismo» sin una asunción animada por la verdad y vigorosa de tareas vitales concretas. La

socialdemocracia soñaba con la democracia social, pero se negaba a comprender que las masas humanas deben ser modificadas en lo más profundo de su estructura psicológica para que tengan la posibilidad de ser «sociales y democráticas» y de vivir de ese modo. En la práctica, la socialdemocracia estaba muy alejada de la idea de que las escuelas públicas, las escuelas de comercio, los parvularios, etc., deben funcionar de modo autogestionario; de que hay que combatir firme y objetivamente toda tendencia reaccionaria, incluso las domésticas; y de que, por fin, hay que dar un contenido concreto a la palabra «libertad» para

establecer la democracia social. Es más sensato combatir vigorosamente la reacción fascista mientras se está en el poder, que desarrollar el valor para hacerlo sólo cuando ya se ha sido desalojado del mismo. En muchos países europeos, la socialdemocracia disponía de todo el poder para destronar dentro y fuera de los hombres el milenario poder patriarcal que finalmente celebró sus más sangrientas victorias en la ideología fascista.

La socialdemocracia supuso que el hombre mutilado por el milenario poder patriarcal sería capaz, sin más ni más, de asumir la democracia y de gobernarse a sí mismo. Y rechazó

oficialmente serios intentos científicos, como los de un Freud, por comprender la compleja estructura humana. Por eso se vio forzada a asumir formas dictatoriales en el interior de sus propias filas y a transigir con los demás. «Transigir» no en el buen sentido de comprender el punto de vista del opositor y darle la razón en los puntos en que la tiene, sino transigir en el sentido de *sacrificar principios* por temor a las confrontaciones, y por eso precipitarse a menudo a «entenderse» con un enemigo jurado decidido a matar. Era un claro chamberlainismo en las filas socialistas.

En el terreno ideológico, la

socialdemocracia era radical; en su práctica, conservadora. Esto queda evidenciado en formulaciones monstruosas como la de «la oposición socialista de Su Alteza y Majestad Real». Sin quererlo, ayudó al fascismo, pues el fascismo de la masa no es más que un radicalismo decepcionado más el «pequeñoburguesismo» nacionalista. Fracasó ante la estructura contradictoria de las masas, porque no la comprendió.

Los *gobiernos burgueses* de Europa eran cuerpos administrativos democráticos en cuanto a su orientación; pero en la práctica, eran conservadores que rechazaban los esfuerzos libertarios que tuvieran un fundamento científico.

La enorme influencia de la economía capitalista de mercado y de los afanes de ganancia superaba en mucho todos los demás intereses. Las democracias burguesas europeas se habían despojado de su carácter originalmente revolucionario de 1848 de un modo aún más veloz y radical que el cristianismo del suyo. Las medidas liberales eran una especie de adorno, un documento acreditativo de que se era «democrático». Ninguno de estos gobiernos habría sabido indicar cómo se podía sacar a las masas sumisas de su estado de acriticismo y de su afán por el autoritarismo. Tenían todo el poder en sus manos, pero el autogobierno social y

la autorregulación eran para ellos un misterio inextricable. En esos círculos gobernantes era imposible plantear el problema fundamental de la cuestión sexual de las masas. Presentar al gobierno austríaco de Dollfuss como modelo de administración democrática da testimonio de una completa ignorancia de los problemas sociales.

Los poderosos capitalistas que habían surgido de la revolución burguesa en Europa tenían un gran poder social en sus manos. Tenían la influencia suficiente para determinar *quién* debía gobernar. En el fondo, actuaban con una gran estrechez de miras y se perjudicaban a sí mismos. Con la ayuda

de su poder y de sus medios podrían haber incitado a la sociedad humana a logros sociales sin precedentes. Me refiero a la *concreción práctica de su concepción de la cultura*. En vez de ello, se aislaron por completo de los que sólo podían vender la mercancía «fuerza de trabajo». En su fuero intimo despreciaban al «pueblo». Eran mezquinos, limitados, llenos de un desprecio cínico de la humanidad, avaros y, a menudo, carentes de escrúpulos. En Alemania colaboraron a que Hitler tomara el poder. Se mostraron totalmente indignos del papel que la sociedad les había conferido. Abusaron de ese papel, sin siquiera convertirse en

dirigentes o en educadores de las masas humanas. No eran ni siquiera capaces de conjurar los peligros que amenazaban a su propio sistema cultural, por lo cual se hundían cada vez más como capa social. En la medida en que ellos mismos conocían el proceso del trabajo y la realización, comprendían los movimientos democráticos por la libertad. Pero no hacían nada para ayudarles. Fomentaban el esplendor y la ignorancia, no el saber. Antaño, el momento de las artes y ciencias había estado en manos de los señores feudales luego destronados por los burgueses. Sin embargo, los capitalistas burgueses tenían un interés objetivo mucho menor

en las artes y ciencias que la vieja aristocracia. Sus hijos, que en 1848 se habían desangrado en las barricadas peleando por los ideales democráticos, entre 1920 y 1930 utilizaron las plataformas universitarias para burlarse de las demostraciones democráticas. Luego constituyeron las tropas escogidas del chauvinismo fascista. Es cierto que habían cumplido su función de conquista económica del mundo; pero con los impuestos aduaneros ahogaron sus propios logros y no tenían la menor idea de qué hacer con el internacionalismo generado por sus conquistas económicas. Envejecieron de prisa y, como capa social, se convirtieron en

ancianos.

Esta apreciación de los llamados dirigentes de la vida económica no deriva de una ideología. Yo mismo provengo de estos círculos y los conozco bien. Estoy contento de haberme liberado de sus influencias.

El *fascismo* se originó en el conservadurismo de los socialdemócratas y en la senilidad y estrechez de miras de los capitalistas. Incorporó todos los ideales que habían defendido sus antecesores; desde luego, no los representó en el terreno práctico, pero sí en el ideológico (y esto era lo único que importaba para las masas cuyas estructuras estaban dominadas por

las ilusiones). El fascismo incluyó la reacción política más brutal, la reacción que en la Edad Media había devastado vidas y bienes. Tuvo en cuenta la llamada tradición de la patria chica de un modo brutal y místico, que nada tenía que ver con un verdadero sentimiento patrio ni con un apego al suelo natal. Se llamó «socialista» y «revolucionario», con lo cual asumió las funciones que los socialistas no habían satisfecho. Con la dominación de los dirigentes de la vida económica asumió el capitalismo. De ahora en adelante, era un Führer omnipotente y enviado por Dios, quien tenía la misión de lograr la construcción del «socialismo». La impotencia y el

desvalimiento de los hombres-masa dieron ímpetu a esta ideología de la confianza en el Führer; esta ideología era inculcada por la escuela autoritaria y había sido preparada estructuralmente por la Iglesia y la familia compulsiva. La «salvación de la nación» por un Führer todopoderoso y enviado por Dios estaba en un todo de acuerdo con el anhelo de redención que sentían las masas. Incapaz de imaginarse con una conformación distinta, la estructura servil absorbió ávidamente la concepción de la inmutabilidad del hombre, de la «división natural de la humanidad en unos pocos conductores y muchos conducidos», pues desde ahora

en adelante, la responsabilidad quedaba en manos de un hombre fuerte. Tanto en el fascismo como en todos los otros lugares en que se la encuentra, esta ideología fascista del Führer descansa sobre la concepción místico-hereditaria de la naturaleza humana inmutable, sobre el desvalimiento, la sed de autoridad y la incapacidad de libertad de las masas humanas. La fórmula: «el hombre necesita liderazgo y disciplina, autoridad y orden», tiene una innegable base real en la estructura anti-social; pero quien eternice esta estructura y la considere inmutable, es un reaccionario. La ideología fascista tenía intenciones honestas. Quien no reconocía esta

honestidad subjetiva no comprendía el fascismo en su conjunto ni su poder de atracción sobre las masas. Puesto que el problema de la estructura humana jamás se había planteado, discutido y —menos aún— dominado, la idea de una sociedad no-autoritaria, autorregulada, se consideraba una quimera y una utopía.

Fue precisamente en este punto donde, en el período entre 1850 y 1917, comenzaron la crítica y la política constructiva de los fundadores de la Revolución rusa. El punto de vista de Lenin era el siguiente: la socialdemocracia ha fracasado; la masa no puede conquistar la libertad de modo

espontáneo y por su propia voluntad. Necesita una dirección con una estructura jerárquica, que actúe autoritariamente, pero que a la vez sea estrictamente democrática en su interior. El comunismo de Lenin es consciente de su tarea: la «dictadura del proletariado», es la forma social que lleva de la sociedad autoritaria al orden social sin autoridades, autorregulado, sin presión policial ni moral compulsiva.

En el fondo, la Revolución rusa de 1917 era revolución político-ideológica, no una auténtica revolución social. Se basaba sobre ideas políticas que derivaban de la política y de la

economía, y no de la ciencia del hombre. Tenemos que entender muy bien la teoría sociológica de Lenin y sus realizaciones para comprender sus puntos flojos que luego hicieron posible la técnica autoritario-totalitaria de la conducción rusa de las masas. Es necesario destacar que la naturaleza biopática de las masas humanas era desconocida para los fundadores de la Revolución rusa. Pero ninguna persona sensata espera que la libertad social e individual se encuentre lista y planificada en el cajón del escritorio de los pensadores y políticos revolucionarios. Todo nuevo esfuerzo social se basa en los errores y las

omisiones de los anteriores sociólogos y dirigentes revolucionarios. La doctrina de Lenin sobre la «dictadura del proletariado» reunía una serie de condiciones para establecer una auténtica democracia social… pero de ningún modo todas. Perseguía el objetivo de la sociedad humana que se autogobierna. Comprendía que el hombre actual aún no es capaz de avanzar hacia la revolución social sin una organización jerárquica, ni de concretar las enormes tareas sociales sin una disciplina y una lealtad autoritarias. La dictadura del proletariado en el sentido leninista se debía convertir en la autoridad que debía establecerse para

eliminar cualquier tipo de autoridad. Se distinguía originalmente de la ideología dictatorial fascista en algo fundamental: *se planteaba la tarea de autodestruirse*, es decir, *de sustituir el gobierno autoritario de la sociedad por el autogobierno social*.

Además de establecer las condiciones económicas para la democracia social, la tarea de la dictadura del proletariado era *la reestructuración* del hombre a través de la completa industrialización y tecnificación de la producción y el comercio. Pese a que Lenin no había empleado estos términos, la reestructuración era un componente

esencial e inseparable de su teoría sociológica. Según la concepción leninista, la revolución social no tenía sólo la tarea de eliminar las formalidades superficiales y las condiciones reales de la servidumbre, sino esencialmente la de *crear en los hombres y en las mujeres una incapacidad para ser explotados*.

La creación de las condiciones económicas para instaurar la democracia social, es decir de la economía socialista planificada, resultó con el tiempo una tarea nimia, si se la comparaba con la reestructuración caracteriológica de las masas humanas. Para entender la victoria del fascismo y

el desarrollo nacionalista en la Unión Soviética es indispensable captar este problema en todo su alcance.

El *primer* acto del programa de Lenin, el establecimiento de la «dictadura del proletariado», dio resultado. Surgió un aparato estatal compuesto exclusivamente por hijos de obreros y campesinos. Los descendientes de las anteriores clases feudales y de la gran burguesía fueron excluidos.

El segundo acto, el más importante: la sustitución del aparato estatal proletario por el autogobierno social, no se materializó. Hoy, en 1944, a veintisiete años del triunfo de la

Revolución rusa, no hay indicios de que haya de producirse el segundo acto de la revolución, el genuinamente democrático. El pueblo ruso está regido por un sistema dictatorial de un solo partido, con un líder autoritario como autoridad suprema.

¿Cómo fue posible esto? ¿Es que Stalin había «defraudado», «traicionado» la revolución de Lenin, había «usurpado el poder»?

Veamos qué había sucedido.

4. La «extinción del Estado»

Perseguir un fin social e históricamente imposible es algo que se contradice con la visión científica del mundo. Su tarea no es la de imaginar sistemas ni la de perseguir sueños fantásticos de un «futuro mejor», sino sólo la de comprender el desarrollo según *se produce realmente*, de reconocer sus contradicciones y de ayudar al triunfo de las fuerzas progresivas, revolucionarias, que resuelven dificultades y que capacitan a la sociedad humana para que sea la dueña de sus condiciones de existencia.

El «futuro mejor» únicamente puede desarrollarse cuando están dadas sus condiciones sociales y estructurales.

Resumamos en primer término las ideas de Marx y Engels acerca del desarrollo de la «sociedad comunista». Seguiremos los escritos fundamentales y la exposición de las ideas marxistas que Lenin publicó en el período comprendido entre marzo de 1917 y la Revolución de Octubre en *El Estado y la revolución*.

Engels y Lenin: concepción del autogobierno

En *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, su obra

más popular, Engels, por de pronto, destruyó la creencia en el «Estado absoluto y eterno»; lo cual, en nuestro contexto, significa la creencia de que es indispensable una dirección autoritaria de la sociedad. Apoyándose en investigaciones de Lewis Morgan, Engels llegó a la conclusión de que *el Estado no existe desde siempre. Ha habido sociedades que funcionaban sin él y en las que no había ni rastros de Estado y poder estatal*. Cuando la sociedad se dividió en clases, cuando los antagonismos entre las clases emergentes amenazaban con destruir la existencia de la sociedad en su conjunto, se desarrolló *necesariamente* el poder

estatal. La sociedad ha ido acercándose a pasos agigantados a un estadio del desarrollo de la producción en el que la existencia de las clases no sólo ha dejado de ser una necesidad, sino que además se convierte en un verdadero obstáculo para el desarrollo de la producción.

«Las clases desaparecerán de un modo tan inevitable como surgieron en su día. Con la desaparición de las clases desaparecerá inevitablemente el Estado. La sociedad, *reorganizando de un modo nuevo la producción sobre la base de una asociación libre de productores iguales* (las cursivas son mías, W. R.), enviará toda la máquina del Estado al

lugar que entonces le ha de corresponder: al museo de antigüedades, junto a la rueca y al hacha de bronce».

En la sociedad gentilicia dominan la *asociación libre* y el *autogobierno* de la vida social[39]; con el nacimiento de las clases nació el Estado, «para refrenar los antagonismos entre las clases» y para *salvaguardar la continuación de la sociedad*. Pronto, el Estado se puso «por regla general» al servicio de «la clase más poderosa y económicamente dominante, que, con ayuda de él se convierte también en la clase políticamente dominante», con lo cual adquirió nuevos medios para la represión y la explotación de la clase

oprimida. *¿Qué reemplazará a la dirección autoritaria del Estado de arriba y a la obediencia de abajo, cuando triunfe la revolución social?*

Engels trazó una imagen del tránsito al nuevo orden social. «El proletariado toma en sus manos el poder del Estado» y convierte los medios de producción «*en primer lugar*» en propiedad del Estado. Pero con este mismo acto se destruye a sí mismo como proletariado y destruye toda diferencia y todo antagonismo de clase y, con ello «EL ESTADO COMO ESTADO». El Estado era hasta entonces el representante oficial de toda la sociedad, su síntesis en un cuerpo visible; pero lo era sólo

como Estado de la clase que *en su época* representaba a toda la sociedad: en la Antigüedad era el Estado de los ciudadanos esclavistas; en la Edad Media, el de la nobleza feudal; más tarde, el de la burguesía. Cuando el *Estado se convierta, finalmente, en representante efectivo de toda la sociedad, se hará por sí mismo superfino*. Esta formulación de Engels se comprende cuando se considera al Estado como aquello en que se había *convertido: de vínculo que mantenía unida la sociedad de clases* había pasado a ser *un instrumento de la clase económica más poderosa para dominar a la clase económicamente más débil*;

pues —opinaba Engels— cuando ya no exista ninguna clase social a la que haya que mantener en la opresión, cuando desaparezcan, junto con la dominación de clase, junto con la lucha por la existencia individual engendrada por la actual anarquía de la producción, los choques y excesos resultantes de esta lucha, cuando ocurra eso no habré ya nada que reprimir ni hará falta, por tanto, esa fuerza especial de represión: el Estado. El primer acto en que el Estado se manifiesta de modo efectivo como representante de toda la sociedad —la toma de posesión de los medios de producción en nombre de la sociedad— es al mismo tiempo su último acto

independiente como «Estado». Desde ahora, «la intervención de la autoridad del Estado en las relaciones sociales se hará superflua en un campo tras otro de la vida social y se adormecerá por sí misma». El gobierno sobre las personas es sustituido por la administración de las cosas y por la dirección de los procesos de producción. El Estado no es «abolido»: se «extingue».

Lenin expuso estas ideas en *El Estado y la revolución*, e inculcó que, en primer término, el estado capitalista (*aparato* de Estado) no es meramente asumido o modificado; es *destruido*, y el aparato estatal capitalista, la policía capitalista, los funcionarios capitalistas,

la burocracia, son reemplazados por el «aparato de poder del proletariado», de los campesinos y demás trabajadores a él vinculados. Este aparato es *todavía* un aparato *represivo*; pero ahora ya no es una mayoría de productores la que es oprimida por una minoría de dueños de capital, sino a la inversa: la minoría de los anteriores detentores del poder es contenida por la mayoría trabajadora. Esto es lo que se llama «*dictadura del proletariado*».

Por tanto, a la extinción del Estado descrita por Engels le precede la supresión del aparato estatal capitalista y la construcción del «aparato de Estado revolucionario-proletario». Lenin

fundamentó también extensamente por qué este paso bajo la forma de la dictadura del proletariado es «necesario», «indispensable», y por qué no son *posibles* una concreción *inmediata* de la sociedad *no-autoritaria* y libre ni la «verdadera democracia social». Tanto Engels como Lenin criticaron la consigna socialdemócrata del «Estado popular libre», considerándola una frase hueca. La dictadura del proletariado sirve de *transición* de la forma social anterior a la deseada forma «comunista». El carácter de la «fase de transición» sólo puede comprenderse a partir de los objetivos *finales* a los que aspira la

sociedad: estos objetivos finales son concretables sólo en la medida en que ya se hayan desarrollado visiblemente en el seno de la vieja sociedad. Objetivos de esta naturaleza en la organización de la sociedad comunista son el «*respeto voluntario*» de las reglas de la convivencia social, el establecimiento de una «comunidad» libre en vez del Estado (incluso del Estado *proletario*), en cuanto se haya cumplido la función de éste; además, la «*autoadministración*» de las empresas, escuelas, fábricas, organizaciones mercantiles, etc. En una palabra, la organización de una «nueva generación», la cual «habrá crecido en

una situación social nueva y libre, y por tanto estará en condiciones de echar por la borda todo el viejo trasto estatal…», «incluso el democrático-republicano» (Engels). A medida en que el Estado se «extingue» va naciendo la «organización libre» en la que, según postulaba Marx, el «libre desarrollo de cada individuo» se convierte en la condición fundamental para el «libre desarrollo de todos».

De ahí resultaron dos cuestiones muy importantes para la Unión Soviética:

a) La «organización de una generación libre en una comunidad libre y que se autoadministra» no puede «crearse», sino que tiene que «madurar» a partir de la «dictadura del

proletariado» (bajo la forma de una «paulatina extinción del Estado»); tiene que *prepararse* y *desarrollarse* en esta fase de transición del mismo modo en que la «dictadura del proletariado» maduró como forma estatal *transitoria* a partir de la dictadura de la burguesía, incluso de la burguesía «democrática». *¿Existían —y cómo podían reconocerse — en la Unión Soviética de 1930-1944 esta «extinción del Estado» y la paulatina maduración de una comunidad libre y autoadministrativa?*

b) Si era así, ¿cuál era la naturaleza de esta «extinción del Estado» y cuáles los indicios *concretos, tangibles y dirigibles* del «desarrollo de una nueva

generación»? Si no era así, *¿por qué* el Estado *no* se extinguió? ¿Qué relación guardaban las fuerzas que sostenían el «Estado proletario» con las otras fuerzas, que representaban su extinción? *¿Qué es lo que detuvo la extinción del Estado?*

Ni en los escritos de Marx, ni en los de Engels y Lenin hallamos una respuesta a estas cuestiones. En 1935 ya se habían convertido en una pregunta urgente e ineluctable: ¿Se está *extinguiendo el Estado en la Unión Soviética? Si no es así, ¿por qué?*

En contraste con el orden estatal autoritario, la naturaleza de la democracia laboral puede describirse

como un *autogobierno social*. Es obvio que una sociedad que ha de estar constituida por «hombres libres», ha de formar una «comunidad libre» y autoadministrarse, es decir «*autogobernarse*», no puede ser creada de repente por decreto, sino que tiene que *ir formándose* orgánicamente. Y tan sólo puede crear todas las condiciones para la situación deseada *de modo orgánico* cuando ha logrado crear la *libertad de movimiento*, es decir cuando se ha liberado de las influencias que se oponen a una situación tal. La primera condición para lograr esto es el conocimiento de la *organización natural del trabajo*, el conocimiento de

las condiciones *biológicas y sociales* de la *democracia laboral*. Los fundadores del socialismo *desconocían las condiciones biológicas*. Las condiciones *sociales* conciernen a una época (1840-1920) en la que no había más que economía privada capitalista por un lado y masas de asalariados por otro. Aún no existía una clase media estatal con peso, ni un desarrollo de capitalismo de *Estado*, ni masas que en conjunto llevaran el «*nacionalsocialismo*» reaccionariamente a la victoria. Todo esto tuvo como resultado una imagen que se correspondía con la situación de 1850, pero no con la de 1940.

Engels aún no elabora tan claramente como Lenin la diferencia entre la «toma del poder por parte del proletariado», es decir la construcción del «Estado proletario», y la «extinción de todo Estado». Esto es comprensible, pues Engels no se hallaba de modo tan inmediato como Lenin ante la tarea de trazar esta diferencia de modo nítido; Lenin debía conceder una mayor importancia al «período de transición» en 1917, cuando la toma del poder estaba próxima. Por tanto, determinó con mayor exactitud las tareas del período de transición.

Lenin postuló, en primer lugar, que la institución del Estado «burgués»

debía ser sustituida por el Estado *proletario*, es decir, por una *dirección estatal* de una «*naturaleza fundamentalmente distinta*». ¿Cuál era esa «naturaleza *fundamentalmente* distinta» del Estado proletario? Con la supresión del Estado burgués —decía Lenin— la «democracia» en su forma burguesa deberá llevarse a la forma proletaria «con *la mayor perfección y consistencia imaginables*»; el Estado como poder especial para oprimir a una clase determinada debe convertirse en una institución «que en realidad ya no es un verdadero Estado». Cuando la mayoría de la población reprime a sus propios represores, ya no hace falta un

poder especial de represión. Es decir: el contenido de la concepción leninista —basada en las ideas de Marx y Engels— de la «*extinción del Estado*» era la decisión *real*, no aparente, *viva*, no sólo sobre el papel, de la *población* respecto de la producción, la distribución de los productos, las reglas sociales, el crecimiento demográfico, la educación, la vida sexual, las relaciones con otras naciones. «En lugar de instituciones especiales —escribe Lenin— de una minoría privilegiada (funcionarios privilegiados, estado mayor del ejército permanente), es la propia mayoría la que puede ocuparse de estas cuestiones, y *cuanto mayor sea la participación de*

todo el pueblo en el ejercicio de las funciones del poder estatal, tanto menos necesitará este poder».

De ningún modo equipara Lenin los términos de «Estado» y «dominación de la burguesía»; de ser así no habría podido referirse a un «Estado» *después* de «destronada la burguesía». El «Estado» comprendía la suma de «instituciones» que antes estaban al servicio de la clase dominante, de la burguesía del dinero, pero que ahora dejaban de estar «*por encima de la sociedad*», a medida que la mayoría de la población asumía *ella misma* los negocios de la administración social («*autoadministración*»). Por tanto, la

extinción del Estado, el desarrollo hacia el autogobierno ha de medirse según el grado de la paulatina *eliminación* de las organizaciones *independizadas* y situadas por *encima* de la sociedad, y según el grado de inclusión de la masa, de la *mayoría* de la población, en la administración; es decir, de «*autogobierno de la sociedad*».

> La Comuna sustituye el parlamentarismo venal y podrido de la sociedad burguesa por instituciones en las que la libertad de opinión y de discusión no degenera en engaño, pues los parlamentarios deben trabajar ellos mismos, deben aplicar ellos mismos sus leyes, deben comprobar ellos mismos los resultados, deben responder

personalmente ante sus electores. Las instituciones representativas siguen existiendo, pero el parlamentarismo *desaparece* como sistema especial, como división del trabajo legislativo y ejecutivo, como situación privilegiada de los diputados. Sin instituciones representativas no podemos concebir la democracia (es decir, la fase anterior al comunismo; W. R.), ni siquiera la democracia proletaria; sin parlamentarismo, podemos y *debemos* concebirla si la crítica de la sociedad burguesa no es para nosotros una frase hueca, si nuestra aspiración a derrocar el dominio de la burguesía es seria y sincera, y no una frase «electoral» para cazar votos de los obreros… *El Estado y la revolución* (Ed. Progreso, Moscú, pág. 45).

Así pues, vemos aquí una nítida distinción entre «corporaciones de trabajo» y «parlamentos». Se aprueba a las primeras, se condena a los segundos. Lo que no se dice es qué y cómo representan estas *corporaciones*. Veremos que el posterior «estalinismo» fundó su poder de Estado en esta laguna objetiva de la teoría leninista del Estado.

Las corporaciones representativas, que en la Unión Soviética se llaman «soviets», surgidos de los concejos obreros, campesinos y de soldados, por una parte debían, por tanto, asumir la función de los parlamentos burgueses, convirtiendo ese «tugurio del parloteo»

(término de Marx) en una corporación *que trabajara*; de la línea de pensamiento de Lenin se desprende que ya en esta transformación del *carácter* de la corporación representativa existe una transformación de los representantes mismos: de «charlatanes» pasan a ser funcionarios responsables (ante *el pueblo*), *trabajadores y ejecutivos*; pero, por otra parte, son instituciones *no duraderas*, que *se van modificando a sí mismas continuamente* en la medida en que *la mayoría de la población es implicada ella misma en las funciones de la administración social*. La autoadministración de la sociedad, es decir, el autogobierno, será tanto más

completa cuantas más personas participen en ella; esto significa simultáneamente que cuanto menos sean los soviets «representantes» elegidos, tanto mayor será el número de funciones asumidas por el *conjunto de la población* que *determinan y llevan a cabo* la planificación social. Pues hasta ese entonces, los soviets *siguen siendo* órganos y corporaciones aisladas en mayor o menor grado de la sociedad total, aunque provengan de ella. También se desprende de la concepción leninista que las corporaciones representativas proletarias constituyen *funciones de transición*; están concebidas como mediadores entre el «poder estatal

proletario» que *todavía* es necesario y existe, pero que *ya se ésta extinguiendo*, y el *autogobierno de la sociedad* que todavía está en proceso de formación y no es capaz de actuar por sí solo, pero que *debe ser plenamente desarrollado*. De este modo, los soviets pueden coincidir crecientemente con la sociedad entera, que evoluciona hacia el autogobierno, o convertirse en meros apéndices carentes de independencia y en órganos ejecutivos del poder estatal proletario. Operan entre dos fuerzas: entre *un poder que todavía es un poder estatal*, y un *nuevo sistema social de autogobierno*. ¿De qué depende que los soviets cumplan su función progresiva y

revolucionaria o que se conviertan en estructuras vacías, meramente formales, de una corporación administrativa estatal? Al parecer, depende de lo siguiente:

1) De si el poder estatal proletario es fiel a su función de *ir eliminándose paulatinamente a sí mismo*;

2) de si los soviets no se consideran a sí mismos como meros ayudantes y órganos ejecutivos del poder estatal proletario, sino también como control de este poder y como la institución cargada con la grave responsabilidad de *ir transmitiendo la función de la conducción social cada vez más desde el poder estatal proletario a la*

sociedad en su conjunto;

3) de si *los hombres integrados en la masa van cumpliendo crecientemente su tarea de ir asumiendo poco a poco y de modo progresivo las funciones tanto del aparato estatal aún existente como de los soviets en cuanto no sean más que «representantes» de las masas*.

Este tercer punto es el decisivo, pues de su concreción dependían en la Unión Soviética tanto la «extinción del Estado» como el que las masas humanas trabajadoras asumieran las funciones de los soviets.

Por tanto, la dictadura del proletariado no debía ser un estado permanente, sino un proceso, en cuyo

comienzo se encontraría la destrucción del aparato estatal autoritario y la construcción del Estado proletario, y en cuyo *final* se hallaría la *autoadministración total*, el *autogobierno de la sociedad*.

Eran la función y el desarrollo de los soviets los que permitirían juzgar con mayor seguridad el curso del proceso social. No podía ocultarse tras ningún tipo de ilusiones si se tenía en cuenta lo siguiente: lo importante no era que en las elecciones de las corporaciones participara el noventa por ciento de la población en vez del sesenta por ciento anterior, sino la cuestión de si los *electores* de los soviets (y *no* los

representantes elegidos) *asumían realmente cada vez más la conducción social*. Una «participación electoral del noventa por ciento» no era una demostración del desarrollo progresivo del autogobierno social, aunque sólo fuera que por el hecho de no decir nada acerca del *contenido* de la actividad de las masas, además de no ser una característica del sistema soviético. En las democracias burguesas y hasta en «votaciones populares» fascistas existe también una «participación electoral del noventa por ciento o más aún». Es una parte esencial de la democracia laboral determinar la maduración social de una comunidad no por la cantidad de votos,

sino por el *contenido tangible y real de su actividad social*.

Volvemos, pues, a la pregunta fundamental que debemos formularle a *todo* ordenamiento social: *¿Qué ocurre en la masa de la población, de qué modo vive el proceso social al que se ve sometida?*

¿Adquirirá la población trabajadora la capacidad para extinguir el Estado autoritario que se erige por encima de la sociedad y contra ella, y para asumir sus funciones, es decir, para desarrollar orgánicamente el autogobierno social? ¿De qué modo adquirirá esa capacidad?

Según parece, Lenin tenía muy presente esta cuestión cuando recalcaba que de ningún modo podría eliminarse por completo y de inmediato a los funcionarios en todas partes, pero que de todos modos había que construir un nuevo aparato de funcionarios que sustituyera al antiguo, un aparato «*que paulatinamente vaya tornando superflua toda la maquinaria de funcionarios y vaya eliminándola*». Esto «*no* es una utopía, sino la experiencia de la Comuna, y es la tarea inmediata del proletariado revolucionario». Lenin no dio explicaciones de por qué la «eliminación de los funcionarios» no era

una utopía ni por qué la vida *sin* funcionarios, *sin* una dirección «desde arriba», sería ciertamente posible, necesaria y, aún más: la «*tarea inmediata del proletariado revolucionario*».

Este énfasis de Lenin sólo puede entenderse teniendo en cuenta la creencia profundamente arraigada y aparentemente indestructible de los hombres y de la mayoría de sus dirigentes en el infantilismo de la masa y, sobre todo, en la imposibilidad de poder bastarse sin una conducción autoritaria. «Autoadministración», «autogobierno», «disciplina no-autoritaria»: todo esto no provocaba

más que sonrisas compasivas y burlas por parte del fascismo. ¡Sueños de anarquistas!, ¡utopías!, ¡quimeras!, era lo que solía oírse. Es más: estos vocingleros burlones podían incluso remitirse a la Unión Soviética, a la exclamación de Stalin de que no podía *ni hablarse de una abolición del Estado* y de que, por el contrario, había que *fortalecer y extender el poder del Estado proletario*. ¡Lenin, pues, se había equivocado! El hombre es y será un súbdito; sin autoridad ni coerción no ha de trabajar, sino que «se entregará a sus vicios y será un haragán»; ¡no perdáis el tiempo y vuestras energías con quimeras absurdas! Pero entonces

hacía falta una corrección oficial de Lenin por parte de la dirección estatal de la Unión Soviética; había que exigir una declaración de que Lenin se había equivocado al escribir lo siguiente:

> No somos utopistas. No «soñamos» en cómo podrá prescindirse *en el acto* de todo gobierno, de toda subordinación; estos sueños anarquistas, basados en la incomprensión de las tareas de la dictadura del proletariado, son ajenos por completo al marxismo y, de hecho, sólo sirven para demorar la revolución socialista hasta el momento en que los hombres sean distintos. No, nosotros queremos la revolución socialista con hombres como los de hoy, con hombres que no puedan prescindir de la

subordinación y el control de los «inspectores y administradores» […]. Pero a quien hay que subordinarse es a la vanguardia armada de todos los explotados y trabajadores: al proletariado. Se puede y se debe comenzar inmediatamente, de hoy a mañana, a sustituir el «mando jerárquico» específico de los funcionarios públicos por las simples funciones de «inspectores y administradores» […]. Organicemos la gran producción nosotros *mismos*, los obreros, partiendo de lo que ha sido creado ya por el capitalismo, basándonos en nuestra propia experiencia de trabajo, estableciendo una disciplina rigurosísima, férrea, apoyada por el poder estatal de los obreros armados; reduzcamos a los funcionarios públicos al papel de

simples ejecutores de nuestros encargos, al papel de «inspectores y administradores» responsables, reemplazables y modestamente retribuidos […]. Ésa es nuestra tarea proletaria, por ahí se puede y se debe *empezar* cuando se lleva a cabo la revolución proletaria. Este comienzo, sobre la base de la gran producción, conduce por sí mismo a la «extinción» gradual de toda burocracia, a la creación gradual de un orden —orden sin comillas, orden *que no se parecerá en nada a la esclavitud asalariada* (cursiva de W. R.)— en el que las funciones de inspección y contabilidad, cada vez más simplificadas, las desempeñarán todos por turno, se convertirán luego en una costumbre y, por último desaparecerán como funciones *especiales* de un sector

especial de la sociedad. *El Estado y la revolución* (págs. 46-47).

Lenin no vio los peligros de los nuevos funcionarios estatales. Evidentemente, pensaba que los funcionarios provenientes del proletariado no harían un uso impropio de su poder, cultivarían la verdad y conducirían al pueblo trabajador hacia su independencia. No advirtió la abismal biopatía de la estructura humana. En realidad, no la conocía.

Hasta ahora, la literatura sociológica ha prestado demasiado poca atención al hecho de que Lenin, en su obra principal sobre la revolución, no se dedicara

principalmente al «derrocamiento de la burguesía» sino a las tareas *posteriores*: a la sustitución del aparato estatal capitalista por el proletario *y* a la sustitución de la dictadura proletaria (democracia social = democracia proletaria) por el autogobierno de la sociedad, autogobierno que debía caracterizar al comunismo. Especialmente en los escritos soviéticos a partir de 1937 se ve que en el centro de los esfuerzos se hallaba el *fortalecimiento* —y no el debilitamiento — *del aparato estatal proletario. En cambio, ya no hablaba de su reemplazo final por el autogobierno*. Sin embargo, es precisamente este punto el que tiene

una importancia decisiva para la comprensión de la Unión Soviética. No es casual que abarcara tantas páginas en la obra principal de Lenin acerca del Estado. Este punto fue, es y será el nervio motor de toda democracia social auténtica. Ni ahora ni antes ha sido mencionado por ningún político.

5. El programa del Partido Comunista de la URSS (Octavo Congreso del PCUS, 1919)

Bajo Lenin, el despotismo ruso fue transformado en la «democracia social» rusa. El programa del PCUS de 1919, a dos años vista de la Revolución, es una prueba de los esfuerzos *genuinamente democráticos* de los revolucionarios. Exige un poder estatal que evite el retorno del despotismo y asegure el establecimiento de la *autoadministración* de las masas. Pero no contiene *alusiones a la naturaleza*

de la incapacidad de las masas para ser libres. No sabe *nada sobre el miedo biopático a la libertad* y está muy alejado del conocimiento de la degeneración biológica de la estructura sexual del hombre. Las leyes sexuales revolucionarias proclamadas entre 1917 y 1920 avanzaban en la dirección correcta, es decir, hacia *reconocimiento* de las funciones biológicas de los seres humanos. Pero se quedaron estancadas en el formalismo legal. Intenté probar esto en el segundo capítulo de mi libro *La sexualidad en la lucha cultural* (1935). Así fracasó la transformación de la estructura humana y con ella la concreción del programa democrático.

Esta catástrofe de un esfuerzo revolucionario enorme debería servir de lección a todo nuevo esfuerzo democrático-revolucionario: *ningún programa liberador tiene perspectivas de triunfar si antes no se transforma la estructura sexual del ser humano*.

[*Extracto del programa del octavo congreso del PCUS*:]

1. Aun en su forma más democrática, sacralizada por lemas como los de la «voluntad popular», la «voluntad de todo el reino» o la «voluntad más allá de las clases», la república burguesa siguió siendo en verdad e inevitablemente una dictadura de la burguesía, una máquina para la explotación y opresión de la inmensa

mayoría de los trabajadores por parte de un puñado de capitalistas. No podía ser de otro modo, en la medida en que persistía la propiedad privada de la tierra y de los otros medios de producción. La democracia proletaria o soviética, por el contrario, transformó las organizaciones de masas precisamente de las clases oprimidas por el capitalismo: los proletarios, los campesinos pobres y los semiproletarios, es decir, la inmensa mayoría de la población, en la base constante y única de todo el aparato de Estado, tanto del local como del central, de abajo hacia arriba. *Precisamente por eso, el Estado soviético ha convertido en realidad, entre otras cosas y en una medida muy superior a la que puede darse en cualquier otra parte, la*

autoadministración local y provincial sin ningún tipo de autoridad impuesta desde *arriba*[40].

La tarea del partido consiste en trabajar incansablemente en la realización efectiva y total de este tipo más elevado de democracia que, para poder funcionar correctamente, requiere una continua elevación *del nivel cultural, de la organización y de la actividad espontánea de las masas*.

2. A diferencia de la democracia burguesa, que oculta el carácter clasista de su Estado, el poder de los concejos reconoce abiertamente que *todo Estado tiene que tener necesariamente un carácter de clase*[41] mientras no haya desaparecido la división de la sociedad en clases, y por consiguiente *todo poder estatal*. Por su verdadera naturaleza, el Estado soviético está

dispuesto de manera que reprima la resistencia de los explotadores, y como la Constitución soviética parte del punto de vista de que toda libertad es un engaño si se opone a la liberación del trabajo de la presión del capital, no vacila en privar a los explotadores de sus derechos políticos.

La tarea del partido del proletariado consiste en activar continuamente la represión de los explotadores, en combatir en el nivel ideológico los prejuicios hondamente arraigados que confieren un carácter absoluto a los derechos y libertades burgueses, y en aclarar al mismo tiempo que la negación de los derechos políticos, así como cualquier limitación de las libertades, es necesaria tan sólo como *medio de lucha transitorio* contra los intentos de los explotadores de retener

o restablecer sus privilegios. En la medida en que desaparezca la posibilidad objetiva de la explotación del hombre por el hombre, desaparecerá también la necesidad de estas medidas transitorias, y el partido perseguirá su limitación y su supresión total.

3. La democracia burguesa se ha limitado a extender formalmente los derechos políticos y las libertades —tales como el derecho de reunión y la libertad de prensa— a todos los ciudadanos por igual. En realidad, sin embargo, tanto la práctica administrativa como (y sobre todo) la esclavitud económica de los trabajadores, siempre hacían imposible servirse de estos derechos y libertades en una medida medianamente extensa en la democracia burguesa.

La democracia proletaria, en

cambio, reemplaza la proclamación formal de los derechos y las libertades por su concesión efectiva, y precisamente y más que nada los otorga a las clases de la población que eran oprimidas por el capitalismo, es decir al proletariado y al campesinado. A este efecto, el gobierno de los soviets expropia los edificios, las imprentas, las reservas de papel, etc., de la burguesía y los pone a la entera disposición de los trabajadores y de sus organizaciones.

La tarea del Partido Comunista de la Unión Soviética consiste en hacer gozar a capas cada vez más amplias de la población trabajadora de los *derechos y las libertades de la democracia y en darles la posibilidad material de hacerlo*.

4. Durante siglos y siglos, la

democracia burguesa ha proclamado la igualdad de todas las personas, independientemente de su sexo, religión, raza y nacionalidad, pero en ninguna parte el capitalismo ha posibilitado que esta igualdad de derechos sea una realidad; en su etapa imperialista, la opresión de las razas y nacionalidades se ha agudizado al máximo. Gracias a que el gobierno soviético es la autoridad de los trabajadores, ha podido concretar por primera vez en el mundo, por entero y en todos los terrenos, esta igualdad de derechos de modo real y efectivo hasta la completa eliminación de los últimos rastros de desigualdades entre el hombre y la mujer en el terreno del derecho matrimonial y familiar.

En la actualidad, la principal tarea del partido es el trabajo intelectual

destinado a erradicar definitivamente todos los vestigios de la desigualdad anterior y de los prejuicios, sobre todo entre las capas retrógradas del proletariado y el campesinado.

El partido no se limita a una igualdad de derechos formal de la mujer; por tanto, tiende a liberarla de las cargas materiales de la economía doméstica anticuada, a través de la sustitución por comunas domésticas, comedores públicos, lavanderías centrales, guarderías, etc.

5. El gobierno soviético asegura a las masas trabajadoras, en una medida incomparablemente mayor que bajo la democracia burguesa y el parlamentarismo, la posibilidad de *elegir y revocar diputados del modo que sea más sencillo y accesible para los obreros y campesinos; al mismo*

tiempo elimina los aspectos negativos del parlamentarismo, sobre todo la separación entre el poder legislativo y el ejecutivo, la ausencia de todo *vínculo entre las corporaciones representativas y las masas, etc.*

El Estado soviético también acerca el aparato de Estado a las masas porque no es *el distrito territorial, sino una unidad de producción (fábrica, taller) la que forma la unidad electoral y la célula fundamental del Estado.*

La tarea del partido consiste en esforzarse por lograr, a través de toda su labor en este sentido, un contacto más estrecho entre los órganos del poder y las masas de trabajadores, sobre la base de que *las masas concreten en la práctica la democracia en forma cada vez más estricta y completa, y especialmente sobre la base de que*

los funcionarios comiencen a responsabilizarse y a rendir cuentas de sus actividades de modo obligatorio.

6. Mientras que la democracia burguesa —pese a sus declaraciones— ha convertido al ejército en un instrumento de las clases pudientes, separándolo de las masas trabajadoras y enfrentándolo a ellas, quitando o dificultando el ejercicio de sus derechos políticos a los soldados, el Estado soviético une a los obreros con los soldados en sus órganos, los soviets, sobre la base de una total igualdad de derechos y uniformidad de intereses. Es una tarea del partido defender y desarrollar esta unidad de los obreros y soldados en los soviets, fortaleciendo la ligazón indisoluble entre el poder armado y las

organizaciones del proletariado y del semiproletariado.

7. El proletariado industrial urbano, que es el sector más concentrado, unido, consciente y combativo de las masas trabajadoras, ha desempeñado un papel dirigente en el curso de toda la revolución. Este papel se ha reflejado inmediatamente tanto en el surgimiento de los soviets como en todo el curso del desarrollo de los mismos en órganos de gobierno. Nuestra Constitución soviética refleja este hecho concediendo *ciertas prerrogativas* al proletariado industrial, con respecto las masas pequeñoburguesas de la tierra llana, que están más divididas.

El Partido Comunista de la Unión Soviética tiene que aclarar que estas prerrogativas, relacionadas

históricamente con las dificultades de la organización socialista de la tierra llana, son de naturaleza transitoria, y tiene que esforzarse para aprovechar constante y sistemáticamente esta posición del proletariado industrial como contrapeso frente a los estrechos intereses de índole gremial y profesional que el capitalismo ha cultivado en los trabajadores, para que de este modo los sectores más retrógrados y divididos entre los proletarios y semiproletarios rurales, y en el campesinado medio, se unan lo más estrechamente posible con los obreros progresistas.

8. Sólo gracias a la organización soviética del Estado estuvo la revolución proletaria en condiciones de destruir de un solo golpe y de raíz la vieja maquinaria estatal burguesa y el

aparato estatal de funcionarios y jueces. Pero *el nivel cultural insuficiente de las amplias masas*[42], la falta de experiencia en el servicio administrativo por parte de los representantes elegidos por las masas para puestos de responsabilidad, *la necesidad de recurrir, en circunstancias difíciles, a especialistas de la vieja escuela, y el llamado al servicio militar de la capa más desarrollada de los obreros urbanos, han llevado a un renacimiento parcial del burocratismo en el seno del orden soviético*[43].

El Partido Comunista de la Unión Soviética, que *libra la lucha más decidida contra el burocratismo, aboga por las siguientes medidas para superar este mal*:

a) Convocatoria obligatoria de todo

miembro de un soviet para realizar determinado trabajo en la administración pública:

b) *Estos trabajos deben realizarse de modo rotativo, para ir abarcando paulatinamente todas las ramas de la administración.*

c) *Toda la población trabajadora debe ir tomando parte en la administración del Estado.*

La realización completa e integral de todas estas medidas, que constituyen un paso más en el camino emprendido por la Comuna de París, y la simplificación de la tarea administrativa, junto con la elevación del nivel cultural de las masas trabajadoras, llevarán a la abolición de la autoridad estatal.

Hay que destacar los siguientes

puntos del programa como característicos de la democracia soviética:

1) Administración local y provincial autónoma, sin autoridades desde arriba.

2) Participación activa de las propias masas.

3) Privación de derechos políticos y limitación de la libertad como arma *transitoria*.

4) Otorgamiento *efectivo*, y no formal, de todos los derechos y libertades a todas las clases no capitalistas de la población.

5) Sufragio inmediato, muy simple, directo.

6) Derechos para elegir y revocar a los diputados.

7) Elecciones por unidades de producción, no por distritos.

8) Los funcionarios tienen que responsabilizarse y rendir cuentas de sus actividades ante concejos de obreros y campesinos.

9) Rotación de los miembros de los soviets en las ramas de la administración.

10) Inclusión gradual de toda la población trabajadora en el trabajo de la administración del Estado.

11) Simplificación de las funciones administrativas.

12) Abolición del poder estatal.

En estos principios históricamente tan decisivos hay *una* idea que está luchando por adquirir claridad: *la idea de simplificar de hecho la vida social*. Pero sigue detenida en el pensamiento político formal. No se describe la *naturaleza* de la política estatal misma. No puede negarse que a la propia masa se le da el marco de la libertad, pero aún no se le plantean *tareas* sociales *prácticas*. No está expresado el hecho de que *la masa de los hombres, tal cual es hoy día, no puede asumir la actividad estatal y* (*luego*) *la social*, pues el pensamiento político estatal de hoy fue creado originariamente por los primeros representantes estatales

jerárquicos, y se dirigía *contra* la masa. Seguimos políticamente hundidos en los sistemas de pensamiento de los estados esclavistas de Grecia y Roma, por mucho que hablemos de «democracia». Para que sea posible la autoadministración social no ha de modificarse sólo la forma del Estado. *El ser social y su dirección deben ser modificados de acuerdo con las tareas y necesidades de los hombres integrados en la masa*. La autoadministración social tiene que ir reemplazando paulatinamente al aparato estatal o asumir la función racional de éste.

6. La «introducción de la democracia soviética»

El octavo congreso del PCUS había fundado en 1919 la democracia soviética. En 1935, el séptimo congreso de los soviets proclamó la «introducción de la democracia soviética». ¿Qué significaba este disparate?

Para comprender el proceso de la «introducción de la democracia soviética» en 1935, dieciséis años después de la introducción de la democracia soviética, queremos ilustrarlo con un ejemplo:

En el transcurso de su estudio, un

estudiante de derecho criminal llega a la conclusión de que las acciones antisociales de los hombres no deben ser consideradas crímenes sino enfermedades y que, por tanto, no hay que castigarlas, sino curarlas y prevenirlas. En consecuencia, abandona la carrera de derecho y comienza a estudiar medicina. Reemplaza las actividades ético-formales por actividades prácticas y pertinentes. También reconoce que al comienzo de su actividad médica deberá aplicar algunos métodos no médicos. Por ejemplo, quiere renunciar a la camisa de fuerza como método terapéutico para enfermos mentales y sustituirla por una educación

preventiva. Pero aún se ve obligado, contra su voluntad, a emplear camisas de fuerza; hay demasiados enfermos mentales, no puede dar abasto y tiene que usar *todavía* los métodos anticuados y negativos, pero siempre con *la intención de sustituirlos alguna vez por otros mejores*.

Con el curso de los años, el trabajo va volviéndose superior a sus fuerzas. Nuestro médico no está a la altura de la situación; se sabe demasiado poco sobre las enfermedades mentales. Hay demasiadas: la educación las genera a miles diariamente. En su calidad de médico tiene que proteger a la sociedad contra las enfermedades mentales.

No puede llevar a cabo sus buenas intenciones; tiene que volver a recurrir a viejos métodos que años atrás condenaba acremente y que había querido reemplazar por otros mejores. Utiliza cada vez más camisas de fuerza; sus planes educativos fracasan; no puede funcionar como médico preventivo, y por tanto recurre a medidas contenidas en las viejas leyes. Fracasa el tratamiento de los criminales como *enfermos*; tiene que volver a *encerrarlos*.

Pero no reconoce su fracaso, ni ante sí mismo ni ante los demás. No tiene la valentía necesaria. Quizás ni siquiera lo sepa. Ahora afirma el disparate

siguiente: «*La introducción de camisas de fuerza y de cárceles para enfermos mentales y criminales es un gran avance en la aplicación de mi ciencia médica*. Es el *verdadero* arte médico y significa el logro de *mi objetivo inicial*».

Este ejemplo puede aplicarse hasta en sus más pequeños detalles a la «introducción de la democracia soviética» muchos años después de la introducción de la democracia soviética. Sólo puede ser entendida si se la confronta con la concepción básica de la «*democracia social*» y de la «abolición del Estado» expuesta por Lenin en *El Estado y la revolución*. En cambio, no

interesa tanto la fundamentación dada por el gobierno soviético para tomar esta medida. Una sola frase de esta fundamentación, reproducida en *Rundschau*, 1935, núm. 7, página 331, muestra que con este acto, con razón o sin ella, la concepción leninista de la democracia fue *anulada*:

> La dictadura proletaria ha sido desde siempre el único poder popular verdadero. Hasta ahora, ha cumplido exitosamente sus dos tareas principales: la destrucción de la existencia de los explotadores como clase, su expropiación y represión, y la educación socialista de las masas. *La dictadura proletaria sigue existiendo sin vacilaciones*...

Si los explotadores han sido destruidos como clase y la educación socialista de las masas ha sido un éxito, pero la dictadura continúa existiendo «sin vacilaciones», nos hallamos ante un disparate completo. Si las condiciones han sido cumplidas, ¿por qué la dictadura continúa sin vacilaciones? ¿Contra quién o qué se dirige, si los explotadores han sido aniquilados y las masas ya han sido educadas para asumir responsabilidades? Una formulación tan ridícula siempre oculta un significado verdadero: la dictadura continúa, pero ahora ya no se dirige contra los explotadores de viejo cuño, sino contra la masa misma. La cita continúa así:

> Esta fase socialista superior de la alianza entre obreros y campesinos da un contenido nuevo, superior, a la dictadura proletaria en su calidad de *la* democracia de los trabajadores. Este contenido nuevo exige también nuevas formas [...] y que se expresan en el tránsito al derecho al sufragio igual, directo y secreto para los trabajadores.

¡En otro pasaje, la democracia soviética es llamada la democracia «más democrática» del mundo!

No hagamos juegos de palabras: *la dictadura proletaria* (que con el tiempo debería haber sido sustituida por la autoadministración de las masas) *coexiste con la democracia «más democrática»*. Esto es un disparate

sociológico, una confusión de todos los conceptos sociológicos. Aquí lo único que importa es la cuestión primordial de *si se ha alcanzado realmente* el objetivo principal del movimiento social-revolucionario de 1917: la *abolición del Estado* y la *instauración de la autoadministración social*. Si ello es así, debe existir una diferencia esencial entre la «democracia soviética» de 1935 y la «dictadura proletaria» de 1919, por una parte, y por otra las democracias parlamentarias burguesas como Inglaterra y los Estados Unidos.

Se habla de una «democratización ulterior» del sistema soviético. ¿Cómo es posible? Hasta ahora creíamos que la

«dictadura proletaria» era por su naturaleza, tanto en el sentido de sus fundadores como *en la práctica*, completamente idéntica a la *democracia social* (= democracia proletaria). Pero si la dictadura del proletariado es lo mismo que la dictadura social, entonces no puede introducirse una democracia soviética dieciséis años después de la instauración de la democracia social, ni puede haber una «democratización ulterior». La «introducción de la democracia» implica ciertamente —no cabe ninguna duda— que hasta ahora *no* ha habido una democracia social, y que la dictadura del proletariado no era, pues, idéntica a la democracia social. Es

también absurdo decir que la democracia social es el sistema «más democrático», pues entonces la democracia *burguesa* es sólo «un poquito» democrática y la democracia social es «más» democrática (?). ¿Qué significa «un poco», qué quiere decir «más»? La democracia parlamentaria burguesa es en realidad una democracia formal; las masas eligen a sus representantes, pero no se autogobiernan a través de sus organizaciones laborales. La *democracia social* de Lenin pretendía ser una forma *cualitativamente* muy distinta de régimen social, y no sólo un mejoramiento *cuantitativo* del

parlamentarismo formal. Lenin quería que la dictadura estatal proletaria fuera reemplazada por la autoadministración fáctica y práctica de los trabajadores. La coexistencia de la «dictadura del proletariado» y la autoadministración de las masas trabajadoras es imposible, y como exigencia política es confusa y disparatada. En realidad, es la dictadura de la burocracia de partido la que domina a las masas bajo la apariencia de un parlamentarismo formalmente democrático.

Jamás debemos perder de vista el hecho de que Hitler siempre se basó en el odio justificado del hombre-masa contra la democracia ficticia y el

sistema parlamentario… y lo hizo con gran éxito. Después de semejantes maniobras políticas de los comunistas rusos, la potente consigna fascista de la «unidad del marxismo con el liberalismo parlamentario-burgués» debía causar una honda impresión. Hacia 1935 también se fue desvaneciendo la esperanza que las masas de todo el mundo habían depositado en la Unión Soviética. No pueden resolverse los problemas reales con ilusiones políticas. Hay que tener el valor de llamar a las dificultades por su nombre. No se confunden impunemente conceptos sociales claramente establecidos.

En la fundamentación de la «democracia soviética» se destaca la participación de la masa en la administración del Estado; se acentúa el patronato que las empresas ejercen sobre las autoridades, y se alaba el hecho de que «entre» los comisarios populares se encuentren concejos de obreros y campesinos. De todos modos, no es ésta la cuestión; lo que importa es lo siguiente:

1) ¿Cuál es la participación *real* de la masa en la administración pública? ¿Es esta participación una *asunción creciente de las funciones administrativas*, tal como exige la democracia social? ¿De qué manera se

desarrolla esta «participación»?

2) *Un patronato formal de una empresa sobre un sector del gobierno no es autoadministración. ¿Quién domina a quién: la autoridad a la empresa* o *la empresa a la autoridad?*

3) El hecho de que haya concejos «entre» los comisariados populares significa que son apéndices o, en el mejor de los casos, órganos ejecutivos de los comisariados, mientras que Lenin postulaba el *reemplazo de todas las funciones burocráticas gubernamentales por los soviets, que van generalizándose en la masa.*

4) Si la democracia soviética se «introduce» *simultáneamente* con la

«consolidación» de la dictadura del proletariado, esto significa un claro abandono del objetivo de una progresiva *extinción* del *Estado* proletariado y de la *dictadura* proletaria.

El único juicio posible, sobre la base de los hechos disponibles acerca de la introducción de la «democracia soviética», dieciséis años después de la introducción de la democracia soviética, es el siguiente: *no fue posible el tránsito de la dirección estatal autoritaria a la autoadministración de la sociedad*. Fracasó porque no se reconoció la *estructura biopática de la masa* y porque se desconocían los *métodos para reestructurarla*. La

expropiación y represión de los capitalistas individuales ha sido coronada por el éxito; pero *ha fracasado la educación de las masas para que fueran capaces de desmontar el Estado que las oprime, de llevarlo a su «extinción» y de asumir ellas mismas las funciones del Estado*. Por eso la democracia social, que había comenzado a desarrollarse durante los primeros años de la Revolución, fue extinguiéndose paulatinamente. Y, por eso mismo, el aparato estatal, que no había sido suplantado por nada, tuvo que *volver a consolidarse* para asegurar la existencia de la sociedad. La «introducción del sufragio universal» en

1935 significó, además de una traslación del peso político a la masa de los campesinos de los koljoses, la restauración de la democracia *formal*, de un derecho parlamentario aparente. Un aparato estatal burocrático cada vez más poderoso otorgaba este derecho a una masa de personas que no podía destruir el aparato, ni había aprendido a autoadministrarse. En la Unión Soviética no hay un solo indicio que revele la más mínima intención de poner algún día la administración de la sociedad al alcance de la masa trabajadora. Enseñar a leer y escribir, introducir la higiene y dar clases sobre la técnica de los motores son necesidades, pero no tiene nada que

vez con la autoadministración social. También Hitler las satisface.

Así pues, el desarrollo de la sociedad soviética se caracterizaba por la formación de un nuevo aparato estatal *autónomo*, que se había vuelto lo suficientemente fuerte para proporcionar a la masa de la población la *ilusión* de libertad sin que este mismo aparato fuera puesto en peligro, exactamente del mismo modo que el nacionalsocialismo hitleriano. La introducción de la democracia soviética no fue un avance sino un retroceso a las antiguas formas de la vida social, entre muchos otros pasos atrás. *¿Qué garantías hay de que el aparato estatal de la URSS se*

autoelimine a través de la educación de la masa hacia la autoadministración? De nada sirven los sentimentalismos: la Revolución rusa tropezó con una barrera que no conocía y que, por lo tanto, ocultó con un velo de ilusiones: *era la barrera de la estructura humana, una estructura que se había vuelto biopática en el curso de miles de años*. No tendría sentido echarle la «culpa» a Stalin o a cualquier otro. Stalin no ha sido más que una herramienta de las circunstancias. El proceso del desarrollo social es una caminata placentera sólo sobre el papel; en la cruda realidad se encuentra una y otra vez con dificultades nuevas y

desconocidas. Esto engendra retrocesos y catástrofes; hay que aprender a palparlas, conocerlas y dominarlas. Sin embargo, *un* grave reproche sigue en pie: un plan social prometedor debe ser revisado cuidadosa y honestamente. Hay que verificar con honestidad si el plan es incorrecto o si en su desarrollo se ha omitido algún factor; en ese caso, el plan puede ser modificado *conscientemente*, puede ser corregido, y de este modo se adquirirá un mayor dominio de la evolución. Se puede movilizar el pensamiento de muchas personas para superar la paralización del desarrollo liberador. Pero engañar a las masas con ilusiones y politiquería es

un crimen social. Si un líder de masas honesto no sabe cómo salir de una situación difícil, *renuncia* y cede su puesto a otros. Si no aparece nadie que sepa hacerlo mejor, le expone claramente a la comunidad los obstáculos que han surgido y espera, junto a la comunidad, si de todos modos aparece una solución, ya sea a través de los acontecimientos, ya por descubrimientos individuales. El politicastro teme semejante honestidad.

Desde la perspectiva del movimiento obrero mundial hay que formular el reproche de que se haya dificultado tanto la lucha de los trabajadores, por la democracia

auténtica y real, enemiga de la huera fraseología democrática. La actitud soviética daba la razón a los que desde siempre habían afirmado que «la dictadura del proletariado es una dictadura como cualquier otra. Ahora lo vemos con claridad, pues en caso contrario, ¿por qué habría que "introducir" la democracia?». Tampoco debería alegrarnos la alabanza a la URSS por parte de los sectores socialdemócratas («examen de conciencia», «democracia», «por fin»). Era un trago amargo, una formalidad. *A menudo es necesario un retroceso objetivo en el desarrollo, y hay que sobrellevarlo*; pero lo que no se puede

justificar es que este retroceso se oculte con ilusiones manejadas con el método fascista de la mentira. Imaginemos que Lenin, al introducir la Nueva Política (NEP) en el año 1923 hubiese dicho: «Hemos pasado de una fase inferior a una superior en la dictadura del proletariado. La aplicación de la NEP significa un inmenso paso hacia delante en el camino al comunismo». Ello habría minado inmediatamente la confianza en la dirección soviética. Al introducir la NEP, Lenin dijo en cambio:

> Es triste y cruel, pero por ahora no podemos hacer otra cosa. La economía de guerra ha impuesto dificultades imprevistas al comunismo. Debemos

> dar un paso atrás, para luego seguir adelante con más seguridad. Es cierto que damos un poco de libertad al comercio privado —es nuestra única posibilidad—, pero sabemos muy bien qué estamos haciendo.

En la «introducción de la democracia soviética» se echó de menos esta patente naturalidad y franqueza. Precisamente en 1935 era más necesaria que nunca: habría ganado millones de amigos en todo el mundo; habría movilizado el pensamiento; quizá habría evitado incluso el pacto con Hitler, pacto del que se responsabilizó a los trotskistas. Pero tal y como ocurrió, la democracia social de Lenin se convirtió

en el nuevo nacionalismo ruso.

En el *Diario Rojo de Leningrado*, el órgano central de los bolcheviques rusos, núm. 14, del 4 de febrero de 1935, se decía:

> Todo nuestro amor, nuestra fidelidad, nuestra fuerza, nuestro corazón, nuestro heroísmo, nuestra vida —todo es para ti, cógelo, oh gran Stalin, todo es tuyo, líder de la gran patria. Manda a tus hijos; ellos pueden moverse en el aire y bajo tierra, en el agua y en la estratosfera[44]. Los hombres de todos los tiempos y pueblos pronunciarán tu nombre como el más sublime, fuerte, sabio y hermoso. Tu nombre está en cada fábrica, en cada máquina, en cada rincón de la tierra, en todos los corazones

> humanos. Si mi querida mujer da a luz, la primera palabra que le enseñaré a mi hijo será: Stalin.

A quien hubiese predicho algo así en 1918 le habrían calificado de demente.

En el *Pravda* del 19 de marzo de 1935 (citado en *Rundschau* núm. 15, pág. 787, 1935) hallamos un artículo titulado «Patriotismo soviético», en el que el «patriotismo socialista» comienza a competir con el «patriotismo fascista»:

> El patriotismo soviético —el fogoso sentimiento del amor sin límites, de la devoción incondicional a la patria, la más profunda responsabilidad por su destino y por su defensa— surge poderoso de lo más

hondo de nuestro pueblo. Jamás el heroísmo en la lucha por el país de cada uno había alcanzado tan sublime altura como ahora entre nosotros. Toda la historia inimitable y maravillosa del movimiento revolucionario en Rusia, toda la historia de la Unión Soviética mostró y muestra de qué son capaces los trabajadores cuando se trata de su suelo patrio. En el trabajo ilegal, en las barricadas, en la tempestuosa carrera de la veloz caballería de Budyonni, en el fuego de metralla de los ejércitos imperecederos de la Revolución, en la armonía de las plantas y fábricas de la industria socialista, en el ritmo de trabajo de las ciudades y los pueblos, en la actividad del Partido Comunista: por doquier resonó y resuena el canto magno e inmortal de nuestro querido país liberado y dotado de un nuevo

orden.

¡El país soviético, cuidado y criado por Lenin y Stalin! ¡Cómo se deja acariciar por los rayos primaverales que brotaron de la Revolución de Octubre! Crecieron los arroyos, irrumpieron los ríos antes contenidos, todas las fuerzas del pueblo trabajador se pusieron en movimiento para abrir nuevas sendas a través de la magnificencia de la Unión Soviética, el brillo de su gloria y la potencia de su desarrollo histórico. Rápidamente crecieron los gérmenes de una vida de bienestar y una cultura socialista. Alzamos la bandera roja del comunismo a nuevas alturas en los distantes cielos azules.

El patriotismo soviético es el amor de nuestro pueblo a la tierra de la que la sangre y el hierro despojaron a los capitalistas y a los grandes

terratenientes; es el apego a la vida maravillosa cuyo forjador es nuestro gran pueblo; es la guardia combativa y poderosa en el este y el oeste; es la dedicación a la gran herencia cultural del espíritu humano, que en nuestro país y *sólo en él* (las cursivas son mías, W. R.) ha alcanzado tamaño apogeo. No debe sorprendernos, pues, el hecho de que lleguen extranjeros a los confines de la Unión Soviética, personas que han tenido una educación distinta, para prosternarse reverentes ante el refugio de la cultura, ante el Estado de la bandera roja.

¡Unión Soviética… primavera de la humanidad! El nombre de Moscú resuena en los oídos de los trabajadores, los campesinos y todos los hombres honrados y cultos de la tierra como un toque de rebato y

esperanza de un futuro luminoso y un triunfo sobre la barbarie fascista.

[…] En nuestro país socialista no pueden separarse los intereses populares de los intereses del país y su gobierno. La fuente del patriotismo soviético reside en el hecho de que el pueblo, bajo la dirección del Partido Comunista, se forja su propia vida. Tan sólo ahora, bajo el poder de los soviets, nuestro hermoso y rico país ha sido abierto realmente a los trabajadores. Y así es como el apego natural a la patria, al suelo bajo cuyo cielo hemos nacido, se agranda, convirtiéndose en la potente fuerza del orgullo de la patria socialista, de nuestro gran Partido Comunista, de nuestro Stalin. Las ideas del patriotismo soviético engendran y hacen crecer a los héroes, caballeros y millones de valientes guerreros que están dispuestos

a caer sobre los enemigos del país como un alud que todo lo devora y a borrarlos de la faz de la tierra. Nuestra juventud mama el amor al país junto con la leche materna. Tenemos el deber de educar a nuevas generaciones de patriotas soviéticos, para quienes los intereses del país son más elevados y más queridos que la vida misma […].

[…] Como a una tierna planta, nutrimos el gran espíritu invencible del patriotismo soviético con el mayor de los cuidados, con esmero y creatividad. El patriotismo soviético es una de las formas destacadas en que se manifiesta la Revolución de Octubre. ¡Cuánta fuerza, osadía, frescura juvenil, cuánto heroísmo, belleza y movimiento alberga en su seno!

En nuestro país, el patriotismo soviético arde como una llama

> gigantesca. Hace avanzar la vida. Calienta los motores de nuestros tanques de asalto, de los pesados bombarderos, de los destructores, y carga nuestros cañones. El patriotismo soviético cuida de nuestras fronteras, donde unos enemigos abyectos y condenados a morir amenazan nuestra vida pacífica, nuestro poder y nuestra gloria…

Esto es la peste emocional de la política. No tiene nada que ver con el amor natural a la patria. Es el torrente sentimental y cursi de un escritor que no conoce medios objetivos para entusiasmar a la gente. Puede compararse con la erección sexual de un impotente, lograda artificialmente

mediante el empleo de la yohimbina. Y los efectos sociales de semejante patriotismo son comparables a la reacción de una mujer sana frente a un acto sexual posibilitado por la yohimbina.

Quizás este «patriotismo soviético», extinguido el entusiasmo revolucionario, haya sido una preparación necesaria para la lucha, posterior contra el «patriotismo de Wotan»[45]. La democracia laboral nada tiene que ver con tales «patriotismos». Por cierto, podemos concluir infaliblemente que ha fracasado el liderazgo social racional cuando comienza a manifestarse semejante patriotismo de yohimbina. El

amor de una población a su tierra, la fidelidad al terruño y el apego a la comunidad lingüística son vivencias humanas demasiado profundas y serias para convertirlas en carroña política. Semejantes patriotismos de yohimbina no resuelven ni un solo problema objetivo de la sociedad humana de los trabajadores; con la democracia no tienen nada que ver. Allí donde irrumpe el patetismo cursi podremos concluir con toda certeza que los responsables tienen miedo.

No queremos tener nada que ver con esto.

Una transformación estructural auténticamente democrática, es decir una

estructura propia de la democracia laboral, puede controlar fácilmente sus propios logros. Cuando las masas comienzan a clamar por retratos gigantes de sus Führer, están en vías de volverse irresponsables. En tiempos de Lenin no existían un culto magnificado a la personalidad ni retratos gigantescos de los líderes del proletariado. Es sabido que Lenin rechazaba esas cosas.

La actitud con respecto al progreso técnico es otro síntoma de la reestructuración liberadora de la masa. En la Unión Soviética, la construcción del gran avión de transporte «Gorki» fue ensalzada como «hecho revolucionario». Pero ¿en qué se diferencia esta

construcción de aviones, en esencia, de la construcción de las grandes aeronaves en Alemania o en los Estados Unidos? Estos aviones son indispensables para proveer la elevada base industrial necesaria para la moderna democracia laboral. Esto es obvio y no debería ser objeto de disensión. Pero la cuestión esencial sigue siendo si la amplia masa trabajadora se identifica con la construcción de aviones de modo nacionalista y chauvinista, forjándose la ilusión de su superioridad respecto de otras naciones, o si la construcción de aviones sirve en la práctica para vincular las diversas regiones lingüísticas y las nacionalidades, es

decir para el internacionalismo. En otras palabras, la construcción de aviones puede tener un efecto reaccionario o democrático sobre la estructura caracteriológica. Puede servir para engendrar un chauvinismo nacionalista, si es manejado por políticos ávidos de poder; pero también puede servir para transportar a masas de alemanes a Rusia, de rusos a China y Alemania, de americanos a Alemania e Italia y de chinos a América y Alemania. De esta manera el alemán podría aprender a darse cuenta de que en el fondo no es muy distinto del trabajador ruso, y el trabajador inglés podría aprender a dejar de considerar al trabajador hindú

como un objeto de explotación nato.

Este ejemplo evidencia una vez más que el desarrollo técnico de una sociedad no es idéntico al desarrollo cultural; que la estructura del carácter humano constituye un poder social por sí misma, un poder social que puede estar dirigido hacia metas reaccionarias o internacionales, aunque la base técnica sea la misma. El economicismo es una tendencia catastrófica que debe ser combatida con toda energía.

Lo importante es que las masas trabajadoras aprendan a no seguir contentándose con gratificaciones ilusorias, que siempre terminan en una especie de fascismo, sino a considerar

la satisfacción real de las necesidades como algo completamente natural y *asumir la responsabilidad por lograrla*.

La organización socialdemócrata de los obreros vieneses consideraba que la creación del ferrocarril urbano de Viena, obra del ayuntamiento socialdemócrata, era un *hecho específicamente socialdemócrata*. Los obreros de Moscú, dirigidos por los comunistas —con lo cual, por principios de partido, debían ser hostiles a los socialdemócratas vieneses— consideraban que el ferrocarril metropolitano construido por la administración comunista moscovita era un *logro específicamente comunista*. Y

los obreros alemanes pensaban que el proyectado ferrocarril a Bagdad era una *conquista específicamente alemana*. Estos ejemplos prueban el carácter pestífero de la gratificación ficticia propia del irracionalismo político. Ocultan el simple hecho de que un ferrocarril alemán, uno vienés y uno moscovita se basan sobre exactamente los mismos principios del *trabajo*, internacionalmente válidos, principios que los obreros vieneses, berlineses y moscovitas siguen de idéntico modo. Estos obreros de distintas nacionalidades no se dicen: «Estamos todos interrelacionados por el principio de nuestro trabajo y su logro.

Conozcámonos y discutamos cómo podemos enseñarles a los obreros chinos a aplicar nuestros principios». ¡No! El obrero alemán está profundamente convencido de que su ferrocarril es distinto y mejor, digamos más «wotanístico», que el ferrocarril ruso. Por tanto, no se le ocurre ayudar al obrero chino a construir un ferrocarril. Al contrario: hipnotizado por su gratificación nacionalista ficticia, sigue a algún general montado en la peste, que quiere *robar* a los chinos el ferrocarril que ya poseen. De este modo, la peste emocional política genera división y enemistad entre los integrantes de una misma clase, y crea envidia, jactancia,

falta de principios e irresponsabilidad. La eliminación de la gratificación ilusoria, y su sustitución por la gratificación fáctica del interés del trabajo y de la cooperación laboral internacional, son condiciones previas indispensables para extirpar de raíz el Estado totalitario en las estructuras caracteriológicas de los trabajadores. Tan sólo entonces la masa trabajadora podrá desarrollar las fuerzas necesarias para adaptar la técnica a las necesidades de las masas.

En un artículo de los *Cuadernos Europeos* del 22 de noviembre de 1934, Hinoy llegó a la siguiente conclusión: «[…] los obreros (de la Unión

Soviética) no se sienten los gobernantes directos del país; tampoco la juventud; el gobernante es el Estado; pero la juventud siente este Estado como propio, y de allí surge su patriotismo».

En esa época eran comunes las comprobaciones de esta índole, y no dejaban lugar a dudas respecto a la cuestión de que la sociedad de la Unión Soviética de los años treinta, independientemente del juicio de valor que de ella tengamos, no tenía nada que ver con el programa originario del Partido Comunista, que culminaba en la tesis de la abolición del Estado. *Ésta es una comprobación objetiva que se atiene a los hechos reales, y no un*

programa político en contra de la Unión Soviética. Pido a los agentes de la GPU que tomen debida nota de esto. El asesinato de los que comprueben tales hechos no modificará los hechos en sí.

7. El desarrollo del aparato del Estado autoritario a partir de relaciones sociales racionales

Esta Segunda Guerra Mundial ha confirmado una vez más un hecho que desde siempre ha sido del dominio público: la diferencia *fundamental* entre el individuo políticamente reaccionario y el demócrata auténtico es su actitud respecto del poder estatal. Sobre la base de esta actitud puede evaluarse de *modo objetivo* el carácter social de una persona, sea cual fuere el partido al que pertenece. De acuerdo con esta

evaluación hay verdaderos demócratas entre los fascistas y auténticos fascistas entre los seguidores de partidos democráticos. Del mismo modo que la estructura del carácter, esta actitud respecto del poder estatal atraviesa todos los grupos políticos. También en esta cuestión el maniqueísmo, es decir, la atribución mecánica de determinada mentalidad a determinada pertenencia partidaria, es erróneo e inadmisible desde el punto de vista sociológico.

Es típico del reaccionario el postular que el poder estatal esté por encima de la sociedad; aboga por la «*idea* del Estado», que lleva en línea recta al absolutismo dictatorial,

cualquiera que sea la forma estatal que lo represente: un absolutismo monárquico, ministerial o abiertamente fascista. El demócrata auténtico, que conoce y aboga por la democracia laboral natural como la base natural de la cooperación internacional y nacional, siempre está empeñado en convertir en superflua la dominación estatal-autoritaria de los problemas de la convivencia social, a través de la eliminación de las causas sociales de estos problemas. (Es este empeño el que le caracteriza como demócrata auténtico.) Esto exige una fundamentación exhaustiva del desarrollo y de la función racional

inherente al Estado autoritario. Es estéril y no tiene sentido que combatamos una institución social irracional si no nos preguntamos por qué esta institución puede mantenerse e incluso parecer necesaria, pese a su irracionalidad. El desarrollo estatal ruso nos ha enseñado que el aparato de Estado fue convirtiéndose en una necesidad. Y no era muy difícil reconocer que, pese a toda su irracionalidad, tenía también la función racional de mantener unida a la comunidad lingüística rusa y de dirigirla después que las masas hubieron fracasado en el terreno social.

No vacilaríamos en condenar como

irracional la conducta de una madre que tratara a su hijo neurótico con un rigor autoritario. Comprenderíamos que este rigor enferma al niño, pero no debemos dejar de ver que un niño que se ha vuelto neurótico en un contexto familiar neurótico no irá a la escuela, por ejemplo, si no se le obliga a ello con medios autoritarios. Éste es el punto clave en el combate contra la educación autoritaria. Por lo tanto, el rigor autoritario de la madre presenta también un aspecto racional, aunque condicionado y limitado. No es racional por principio. Deberemos confesar esta función racional *limitada* si queremos abrigar la esperanza de que algún día

podamos convencer al educador que utiliza por necesidad el principio autoritario, de que este principio *puede* ser eliminado previniendo las enfermedades neuróticas en los niños.

El carácter *condicionada* y *limitadamente* racional también se aplica al Estado autoritario, aunque no nos guste confesarlo y por peligrosa que esta afirmación pudiera ser en boca de un dictador místico. Podría decir: «¡Escuchad! Hasta los demócratas sociales libertarios confiesan la necesidad y racionalidad del liderazgo autoritario». Ahora sabemos que *la «legitimidad» de la dirección autoritaria de la vida está dada por la*

estructura caracteriológica irracional de las masas. No hay otra manera de poder comprender la dictadura, y esta comprensión es la única esperanza para erradicarla de la vida de las personas. Pues sólo al reconocer la irracionalidad en la estructura de las masas humanas obtenemos los fundamentos sociales necesarios para combatir la irracionalidad y, junto con ella, la dictadura… para combatirlas no con ilusiones, sino objetiva y certeramente. Cuando se perturba la convivencia social, siempre se fortalece el poder del Estado. Esto se corresponde con el método moralista-autoritario de resolver las dificultades de modo *superficial*. Es

obvio que este método no elimina el mal, sino que sólo lo coloca en un segundo plano, desde el cual más adelante prorrumpe con mejor violencia y extensión. Si no hay otros medios para acabar con los crímenes sádicos aparte de la ejecución de los criminales, se empleará precisamente este método. Es ésta la naturaleza del orden estatal autoritario. La cuestión básica de la democracia laboral es, en cambio, averiguar cómo puede impedirse el desarrollo de un sadismo criminal. Tan sólo cuando comprendemos el origen de la compulsión a los crímenes, a la par de condenarlos, obtenemos una perspectiva clara y nítida del problema.

Obviamente, la prevención de los males sociales es uno de los medios principales para lograr la extinción del Estado. Según todos los indicios, la dirección social moralista-autoritaria seguirá en funciones en tanto no pueda sustituirse por los métodos del autogobierno. Esto vale para el Estado en general, así como para todas las otras áreas de la vida social.

El Estado, si bien es esencialmente una maquinaria opresiva, posee también otros aspectos. Al mismo tiempo es una suma de relaciones sociales autónomas. Éste había sido incluso su origen, en el que era idéntico a la sociedad; provino de ella y se enajenó cada vez más,

convirtiéndose en un poder violento por encima y en contra de ella.

Mientras existía una organización social como la sociedad gentil, que no padecía graves contradicciones internas, no hacía falta tampoco un poder especial encargado de mantener unido el organismo de esta sociedad. La naturaleza de la sociedad es tal que necesita un poder que evite su disgregación, su hundimiento y su disolución cuando se ve hendida por las poderosas contradicciones y dificultades de la vida. La división de la sociedad alemana, causada por los numerosos partidos políticos hostiles entre sí, fue lo que, entre otros factores, permitió que

el fascismo alemán tomara el poder. Su vertiginoso y potente ascenso mostró a las claras que a las masas alemanas les resultaba más importante la promesa de que se mantendría unida a la sociedad mediante el Estado, que cualquier orientación de partido.

Los fascistas no eran los únicos que hacían hincapié en la idea del Estado. Pero lo hacían mejor y más eficazmente que el gobierno socialdemócrata, los comunistas y los liberales. Y por eso triunfaron. Por tanto, es el cisma político de la sociedad el que da origen a la idea del Estado, y viceversa, es la idea del Estado la que engendra el cisma social. Es un círculo vicioso del que sólo se

puede salir si se va a la raíz del cisma como de la idea de Estado, y se los considera bajo un denominador común. Como ya sabemos, este denominador es la estructura caracteriológica irracional de las masas, que no captaron ni los partidarios de la idea del Estado ni los otros programas políticos. Uno de los mayores errores que se han cometido al juzgar las dictaduras es el de afirmar que el dictador en cuestión se ha impuesto, por así decirlo, desde «fuera» y contra la voluntad social. En realidad, hasta ahora no ha habido dictador alguno que no fuera una agudización de ideas sobre el Estado que ya existían previamente, y que aquél sólo

necesitaba exagerar para tomar el poder.

Ya en el siglo pasado, Friedrich Engels había desvelado la doble función racional e irracional del Estado y de la idea estatal:

> Así pues, el Estado no es de ningún modo un poder impuesto desde fuera a la sociedad; tampoco es «la realidad de la idea moral», ni «la imagen y la realidad de la razón», como afirma Hegel. Es más bien un producto de la sociedad cuando ésta llega a un grado de desarrollo determinado; es la confesión de que esa sociedad se ha enredado en una irremediable contradicción consigo misma, está dividida por antagonismos irreconciliables, siendo impotente para conjurarlos. Pero a fin de que estos antagonismos, estas clases con

> intereses económicos en pugna no se devoren a sí mismas y no consuman a la sociedad en una lucha estéril, se hace necesario un poder situado aparentemente por encima de la sociedad y destinado a amortiguar el choque, a mantenerlo en los límites del «orden». Y ese poder, nacido de la sociedad, pero que se pone por encima de ella y se divorcia de ella más y más, es el Estado.

Esta elucidación sociológica del concepto de Estado por el industrial y sociólogo alemán Friedrich Engels socavó por completo todas las filosofías del Estado que, de uno u otro modo, se basaban en última instancia en la idea platónica, abstracta y metafísica del

mismo. La teoría del Estado de Friedrich Engels no relaciona al aparato de Estado con valores sublimes y mística nacionalista, sino que da una imagen sencilla de la doble naturaleza del Estado: al exponer las bases sociales del aparato de Estado y destacar simultáneamente la contradicción entre el Estado y la sociedad, proporciona, tanto al sabio estadista de la talla de un Masaryk o de un Roosevelt como a todo ciudadano que trabaje, un medio poderoso para comprender el cisma de la sociedad y la consecuente necesidad de la existencia de un aparato de Estado… un medio para comprenderlos y para *eliminarlos*.

Intentemos ahora comprender la génesis de la doble naturaleza del Estado sobre la base de un simple ejemplo:

En los comienzos de la civilización humana, las tareas sociales de la convivencia y el trabajo podían realizarse de modo simple. Por tanto, eran también simples las relaciones interhumanas. Podemos estudiar este estado de cosas sobre la base de los restos de estas antiguas civilizaciones simples que se han prolongado y conservado hasta nuestros días. Recurramos una vez más a la bien conocida organización de los trobriandeños. Tienen una economía

natural, es decir una economía de uso. Su economía de mercado es insignificante. Un clan se dedica a la pesca, otro al cultivo de árboles frutales. Un clan tiene demasiado pescado y el otro demasiada fruta. Por tanto, truecan pescados por frutas y viceversa. Sus relaciones económicas de producción son muy simples.

Junto a las relaciones económicas existen determinadas relaciones familiares. Dado que los apareamientos sexuales son exogámicos, la juventud trobriandrefia de un clan entabla relaciones de naturaleza sexual con la de otro clan. Si concebimos la relación interpersonal social como toda relación

que sirve para satisfacer una necesidad biológica básica, las relaciones sexuales coexisten con las económicas en un plano igualitario. A medida que avanza la división del trabajo, a fin de satisfacer las necesidades, que se van tornando más complejas, los trabajadores individuales integrantes de la sociedad están cada vez menos en condiciones de desempeñar las múltiples funciones que les competen. Por ejemplo: Trasplantemos la sociedad de los trobriandreños, de economía natural, a cualquier región de Europa o Asia. Esta suposición es válida, pues todas las naciones de esta Tierra provienen de tribus y las tribus de

grupos de clanes. Asimismo, la economía de mercado y de dinero estuvo precedida en todos los casos por la natural. Supongamos ahora que en una población pequeña de esa índole, de unos doscientos o trescientos habitantes, surja la necesidad de entablar relaciones con otras poblaciones pequeñas. Por ahora, esta necesidad todavía es pequeña; *un* solo hombre de entre doscientos tiene la necesidad de comunicarle algo a una persona de otra localidad. Monta en su caballo y se dirige a la otra población para transmitir su mensaje. Ahora surge la técnica de la escritura, y poco a poco va creciendo la necesidad de contacto social con otras

poblaciones. Hasta este momento, cada cual había sido su propio mensajero pero ahora se le pide al hombre de a caballo que lleve varias cartas. Las poblaciones van creciendo; ya abarcan a dos mil o cinco mil personas. Cientos de integrantes de un pueblo tienen la necesidad de establecer una correspondencia con cientos de integrantes de otro pueblo. Con el desarrollo del tráfico de mercancías, el escribir cartas ha dejado de ser un acontecimiento curioso y raro. El envío de las cartas se convierte en una tarea cotidiana, vitalmente necesaria, y hacerlo del modo tradicional es cada vez más difícil. Nuestro pueblo discute

la cuestión y resuelve contratar a un «cartero». Para ello libera de todas sus demás tareas a un conciudadano que aún no se distingue en nada de sus camaradas, le garantiza su sustento y le compromete a encargarse del envío de las cartas de la comunidad. *Este primer cartero es la encarnación humana de la relación interpersonal entre la escritura y el envío de carta.* Ha surgido así un *órgano social* que por ahora no hace más que llevar a cabo el encargo de los muchos redactores de cartas. Nuestro cartero es un tipo primitivo de administrador social, cuyo trabajo vitalmente necesario aún se halla por completo y estrictamente al servicio

de la comunidad social.

Supongamos ahora que en el curso de varios años —y también a consecuencia de la nueva función del escribir cartas y del contacto social resultante—, las poblaciones primitivas se hayan convertido en pequeñas ciudades de, digamos, cincuenta mil habitantes. Ya no basta un cartero; hacen falta cien. Estos cien carteros necesitan una administración propia en la figura de un «cartero-jefe», que es un antiguo cartero dispensado del deber de transportar las cartas. A cambio de ello ha asumido el deber más extenso de ordenar del modo más práctico posible la actividad de los cien carteros. Aún no

«vigila» nada ni da órdenes. No se destaca de entre la comunidad de los carteros. Simplemente les facilita el trabajo determinando las horas de recogida y de reparto de las cartas. Se le ocurre la idea de confeccionar sellos postales, que simplifican toda la función.

De este modo se ha independizado una función social simple y vitalmente necesaria. «El correo» se ha convertido en un «aparato» de la sociedad, desarrollado a partir de ella a fin de mantenerla mejor unida, pero aún sin enfrentarse a esta sociedad como un *poder superior*.

Ahora bien, *¿cómo es posible que*

un aparato administrativo de esa índole se convierta en un aparato de poder que reprime a la sociedad? No a consecuencia de su función primigenia. El aparato primitivo conserva estas funciones sociales, pero poco a poco va desarrollando otras cualidades junto a su actividad vital. Supongamos que en nuestra población engrandecida hayan comenzado a desarrollarse las condiciones del patriarcado autoritario con total independencia del sistema postal. Por ejemplo, ya existen familias «aristocráticas» que se han desarrollado a partir de los primitivos jefes de la tribu. A través de la acumulación de dotes han desarrollado un doble poder;

en primer término, el poder que confiere la propiedad; en segundo término, el poder de prohibir a sus propios hijos las relaciones sexuales con las capas menos pudientes de la sociedad. Estas funciones del poder coinciden siempre con el desarrollo de la esclavitud económica y sexual. El patriarca autoritario, cuyo poder aumenta más y más, quiere impedir que otros miembros más débiles de la comunidad conserven sin obstáculos su contacto con otras poblaciones. También quiere impedir que sus hijas intercambien cartas de amor con hombres cualesquiera. Está interesado en que sus hijas se unan solamente a determinados hombres, a

hombres ricos. Ahora sus intereses de represión sexual y económica se apoderan de modo natural de aquellas funciones sociales autónomas cuyo manejo era originariamente patrimonio de la sociedad en su conjunto. Por su creciente influencia, nuestro patriarca podrá imponer la norma de que el correo ya no despache todas las cartas por igual, sino que envíe ciertas cartas y retenga otras, por ejemplo, cartas de amor en general y cartas comerciales determinadas. Para desempeñar esta nueva función, el correo designa a un cartero para la tarea de la «censura postal». De este modo, la administración social del tráfico de cartas adquiere una

segunda función que la enfrenta, a partir de ese momento, con la sociedad total: se ha convertido en un *poder autoritario*. Se ha cumplido el primer paso para el desarrollo de un aparato estatal autoritario a partir de un aparato social administrativo. Los carteros, por cierto, siguen repartiendo cartas, pero ya comienzan a husmear el contenido de las mismas y a determinar quién y qué puede escribirse. La comunidad social reaccionará con tolerancia o con protestas. Se ha creado la primera brecha en la comunidad social, se la llame «antagonismo de clases» o de otra manera. Lo que aquí importa no son las palabras, sino la diferenciación entre las

funciones sociales vitales y las que restringen la libertad. A partir de ahora, las puertas están abiertas de par en par a la arbitrariedad. Los jesuitas, por ejemplo, pueden servirse de la censura postal para sus fines. La policía de seguridad puede utilizar la censura postal para acrecentar su poder.

Este ejemplo simplificado puede aplicarse a la complicada maquinaria de la sociedad actual sin que las cosas se distorsionen. Es válido para nuestro sistema bancario, policial y escolar, para la administración de la distribución de alimentos y, por cierto, para la representación de la sociedad ante otras naciones. Podemos ganar claridad en

medio del caos de funciones estatales, si al evaluar cualquiera de ellas nos preguntamos qué es lo que corresponde a su función originaria de cumplir encargos sociales y qué a su función —adquirida *a posteriori*— de recortar la libertad de los integrantes de la sociedad. La policía de Nueva York o Berlín había nacido con la tarea de proteger a la comunidad contra los asesinatos y los robos. A ese respecto siguen siendo funciones útiles y autónomas de la sociedad. Pero cuando la policía de seguridad se arroga la facultad de prohibir juegos inofensivos en casas particulares, dictaminar si una persona puede recibir sola en su casa a

una persona del otro sexo, y determinar cuándo deben levantarse y cuándo deben acostarse, tenemos ante nosotros el cuadro de un poder estatal tiránico y autoritario, un poder estatal que está *por encima* de la sociedad y *en contra* de la misma.

La eliminación de las funciones de la administración social que actúan sobre y contra la sociedad es una de las tendencias inherentes a la democracia laboral. El proceso democrático-laboral natural no tolera otras funciones administrativas que las que sirven para mantener unida la sociedad y facilitar sus funciones vitales. De esto se infiere claramente que no podemos adoptar una

actitud mecánica «a favor» o «contra» el «Estado». Debemos trazar la distinción mencionada. Está claro, además, que el aparato de Estado de nuevo se convierte y tiene que convertirse en el órgano ejecutivo de la sociedad cuando actúa cumpliendo sus funciones laborales naturales en interés del conjunto de la sociedad. Con ello deja de ser «aparato de Estado» y pierde precisamente aquellas funciones que lo enajenan de la sociedad, lo colocan por encima y contra ella y lo convierten así en el germen de dictaduras autoritarias. Ésta es la genuina extinción del Estado. Se extinguen simplemente sus funciones irracionales. Las funciones racionales

son vitalmente necesarias y, por ende, persisten.

Esta distinción permite examinar todas las funciones administrativas vitales para probar si intentan colocarse de nuevo por encima y en contra de la sociedad, es decir, si comienzan a convertirse en un nuevo instrumento estatal autoritario. Mientras sirvan a la sociedad, son también una parte de la misma, una parte bien venida y necesaria, y entran en el terreno del trabajo vitalmente necesario. Si, en cambio, se convierten en dueño y señor, en tirano de la sociedad, reivindicando un poder autónomo, el aparato de Estado se convierte en el enemigo jurado de la

sociedad, que tendrá que tratarlo de acuerdo con ello.

No hace falta dar pruebas de que ninguno de los modernos y complejos organismos sociales podría existir sin un aparato administrativo. También es obvio que la tendencia hacia la degeneración del Estado no puede ser extirpada con facilidad. Aquí nos encontramos con un amplio campo de investigación para los sociólogos y psicólogos sociales. Una vez derribado el Estado autoritario, persiste la tarea de impedir una independización autoritaria de las administraciones. Ahora bien: como esta independización autoritaria es una consecuencia inmediata de la

incapacidad de las masas trabajadoras para regular, administrar y controlar sus propios asuntos, de ahora en adelante ya no podrá tratarse el problema del Estado autoritario sin tener en cuenta el problema de la estructura caracteriológica, y viceversa.

Esto nos lleva directamente a la cuestión del llamado «*capitalismo de Estado*», un fenómeno desconocido en el siglo XIX y que sólo comenzó a desarrollarse a partir de la Primera Guerra Mundial de 1914-1818.

8. La función social del capitalismo de Estado

Hasta finales de la Primera Guerra Mundial en Rusia, y en los Estados Unidos hasta la crisis económica mundial de 1930, las relaciones entre el sistema del capitalismo privado y el Estado eran simples. Para Lenin y sus contemporáneos, el «Estado capitalista» era simplemente el instrumento de poder de la «clase de los capitalistas privados». La simplicidad de estas relaciones se presentaba en las películas revolucionarias rusas aproximadamente de la siguiente manera:

El propietario privado de una fábrica intenta disminuir los salarios; los obreros, en cambio, piden aumentos de sueldo. El capitalista deniega el cumplimiento de esta exigencia; los obreros de la fábrica inician una huelga para imponer su reivindicación. El capitalista llama al jefe de policía y le encarga «restablecer el orden». El jefe de policía aparece aquí como un instrumento estatal del capitalista, con lo cual sólo expresa que el Estado es un «*Estado de los capitalistas*»: envía sus tropas, hace detener a los «cabecillas», los obreros se quedan sin dirección, pasan hambre y, voluntariamente o involuntariamente, regresan a sus

puestos de trabajo. El capitalista ha ganado. Esto exige una mejor y más estricta organización de la clase trabajadora. De modo parecido coincidieron el Estado y el capitalismo en los Estados Unidos, al menos en la opinión de los sociólogos que se habían puesto del lado de los trabajadores. Pero los últimos veinte años de enormes transformaciones sociales han aportado cambios que ya no coinciden con esa concepción simplista. Del sistema capitalista privado fueron surgiendo de modo cada vez más nítido unas corporaciones que se designaban genéricamente con el término «capitalismo de Estado». La sociedad

rusa había colocado en el lugar de los capitalistas privados el dominio ilimitado del Estado. No importa el nombre que se le diera: es obvio que, en el sentido sociológico correcto y estrictamente marxista, *el capitalismo de Estado había suplantado el capitalismo privado*. Como ya se ha dicho, el concepto de capitalismo no está determinado por la existencia de capitalistas individuales, sino por la existencia de la economía de mercado y del trabajo asalariado.

Como resultado de la crisis económica mundial de 1929-1933, se produjeron también en Alemania y en los Estados Unidos unos procesos

sociales que tendían al capitalismo de Estado. El Estado como organización por encima de la sociedad comenzó a independizarse también del sistema de la economía capitalista privada; en parte fue asumiendo funciones que antes habían estado en manos de los capitalistas privados, como por ejemplo la sustitución de la filantropía por la seguridad social; por otra parte, fue restringiendo los anteriormente incontrolados beneficios del capitalismo privado, en mayor o menor grado según los casos. Todo esto sucedió bajo la presión de la masa de asalariados y empleados; era el modo en que ejercían su influencia social. Nótese que no la

ejercían porque sus *propias* organizaciones asumieran la administración directa de los procesos sociales, sino de un modo totalmente diferente: ejercían sobre el aparato de Estado la presión necesaria para que se limitaran los intereses del capitalismo privado y se cumplieran lo mejor posible los derechos de los trabajadores manuales y los empleados.

En otras palabras: a causa de los acontecimientos revolucionarios acaecidos en la Unión Soviética y de la crisis económica, que comenzaba a manifestarse cada vez más en otras sociedades importantes se habían originado severas crisis generales y con

ellas la necesidad de movilizar el aparato estatal existente en ese momento para evitar el hundimiento de las sociedades. «El Estado» en su calidad de poder social autónomo revitalizó su función originaria de mantener unida la sociedad a cualquier precio.

Este proceso era muy evidente en Alemania. La necesidad de cohesión en la aguda crisis de 1929-1933 era tan fuerte, que la idea del Estado totalitario y autoritario podía penetrar prácticamente sin obstáculos. Si bien es cierto que la sociedad quedó cohesionada, no hubo solución alguna para los problemas que habían precipitado la crisis social. Esto es

fácilmente comprensible, dado que la ideología del Estado es incapaz de resolver *de hecho y en la práctica* los antagonismos de intereses. Este proceso explica numerosas medidas anticapitalistas del fascismo, medidas que hicieron creer a algunos sociólogos que se trataba de un movimiento revolucionario. Lejos de ello, el fascismo no era más que una virulenta transformación de la autocracia del capitalismo privado en capitalismo de Estado. En la industria de Goering, el capitalismo privado y el estatal confluyeron claramente. Dado que las tendencias anticapitalistas habían sido siempre muy fuertes entre los obreros y

empleados alemanes, este cambio sólo podía provocarse mediante métodos de propaganda anticapitalista. Fue justamente esta contradicción la que convirtió la marcha triunfal del fascismo en el prototipo del irracionalismo social e impidió su comprensión. Puesto que el fascismo había prometido simultáneamente la revolución contra el capitalismo privado a las masas y la salvación contra la revolución al capitalismo privado, sus movimientos no podían ser sino contradictorios, incomprensibles y estériles. Esto explica buena parte de la compulsión que empujó al aparato estatal alemán a la guerra. En el seno de la sociedad

alemana no existía posibilidad de ordenamiento práctico de la situación. Naturalmente, no podemos considerar como «solución de problemas sociales» el establecimiento de un silencio sepulcral con la ayuda de las cachiporras y las pistolas. Se había logrado una *ilusoria* «unificación de la nación». Hemos aprendido a conceder a los procesos que se basan en ilusiones una eficacia igual o incluso mayor que a la realidad palpable. En este sentido, la influencia milenaria de la jerarquía eclesiástica es una prueba irrefutable. Aunque no se había solucionado ni una sola dificultad objetiva de la convivencia social, la unificación

política ilusoria del Estado daba la impresión de un progreso logrado por los fascistas. Desde luego, el curso del tiempo probó que esta solución por vía estatal era insostenible. La sociedad estaba más dividida que nunca, pero la ilusoria unificación estatal había bastado al menos para preservar durante diez años a la sociedad alemana de su colapso formal. La solución *fáctica* de las discordias estaba reservada a procesos distintos y más fundamentales.

La función del Estado de crear la unificación de una sociedad desmembrada es la misma, ya se trate de un Estado que se llame capitalista, ya de uno que se llame proletario. Pero no

olvidemos la diferencia entre las intenciones iniciales: el Estado fascista-autoritario defiende abiertamente la naturaleza eterna de la idea de Estado y, por tanto, la eterna sumisión de las masas. El estado proletario de Lenin tenía la intención de socavarse progresivamente a sí mismo y de instaurar la autoadministración. Pero en ambos casos lo primordial es el «control estatal del consumo y la producción».

Introduzcamos de nuevo nuestro denominador común: la incapacidad de las masas trabajadoras para autoadministrar la sociedad. Así comprenderemos mejor que la evolución

del capitalismo privado al estatal ha sido, en los últimos veinticinco años, un proceso lógico.

En Rusia, las masas trabajadoras fueron capaces de derribar el antiguo aparato estatal zarista y colocar en su lugar un aparato de Estado cuyos dirigentes provenían de entre sus propias filas. Pero no pudieron avanzar hacia la autoadministración ni asumir la responsabilidad.

En otros países, las masas trabajadoras —formalmente muy bien organizadas— no fueron capaces de avanzar y de poner totalmente en práctica la autoadministración de sus propias organizaciones, aunque su

ideología así lo proclamara. Por eso el Estado fue asumiendo obligadamente cada vez un mayor número de funciones que en realidad incumbían a las masas. Por así decirlo, las asumía ocupando el lugar de las masas, como ocurrió en Escandinavia y en los Estados Unidos.

Pese a las diferencias fundamentales en el control estatal de la producción y el consumo en Rusia, Alemania, Escandinavia y los Estados Unidos a consecuencia del desarrollo histórico, existía sin embargo un denominador común: la incapacidad de las masas de administrar por sí mismas la sociedad. De esta base común de la evolución hacia el capitalismo de Estado se

desprende una vía simple y lógica que entraña el peligro del desarrollo de dictaduras autoritarias. El hecho de que un funcionario público sea un representante democrático o autoritario del Estado queda librado al azar. Aparte de la estructura e ideología de las masas trabajadoras, no hay en realidad ninguna garantía concreta que evite que surja una dictadura de la orientación capitalista estatal. Por eso mismo, en la lucha por la democracia auténtica y la autoadministración, tiene una importancia tan decisiva destacar y acentuar el papel de la estructura caracteriológica de las personas y el encauzamiento de la responsabilidad de

los hombres hacia los procesos del amor, el trabajo y la ciencia.

Por penoso y agobiante que sea, debemos enfrentarnos con el hecho de que nos encontramos con una estructura humana que se ha ido conformando en el curso de milenios de civilización mecanicista, y se ha manifestado como desvalimiento social y ansias de tener un Führer.

Los aparatos estatales alemán y ruso se desarrollaron a partir de antiguos despotismos. Por tanto, la sumisión caracteriológica de las masas alemanas y rusas era sumamente fuerte. Con la certeza de la lógica de la irracionalidad, la revolución desembocó en ambos

casos en un nuevo despotismo. El aparato de Estado norteamericano, en cambio, fue formado por grupos de personas que se habían sustraído al despotismo europeo y asiático huyendo a una tierra virgen y libre de tradiciones efectivas e inmediatas. Sólo de esta manera puede comprenderse que hasta el momento en que se escriben estas líneas no haya podido desarrollarse en los Estados Unidos un aparato estatal totalitario, mientras que en Europa todo cambio de régimen realizado bajo la consigna de la libertad se frustró y condujo invariablemente el despotismo. Esto vale tanto para Robespierre como para Hitler, Mussolini y Stalin. Si

queremos ceñirnos a los hechos, deberemos constatar —nos guste o no— que los dictadores de Europa, que se apoyaban sobre millones de personas, provenían siempre de las capas oprimidas del pueblo. No vacilo en afirmar que este hecho, por trágico que sea, encierra más material para el análisis social que los hechos relacionados con el despotismo de un zar o un emperador Guillermo. Los fundadores de la revolución americana tenían que partir de cero para construir su democracia en una tierra *extranjera*. Los hombres que realizaron esta tarea habían sido todos rebeldes contra el despotismo inglés. Los revolucionarios

rusos, en cambio, se vieron obligados a asumir y gobernar la totalidad de los hombres y mujeres de Rusia. Los americanos podían comenzar de nuevo; los rusos, por más que lo combatieran, arrastraban todo lo viejo. Tal vez esto explique también el hecho de que los americanos, en cuya memoria pervivía su propia huida del despotismo, tuvieran con respecto a los fugitivos de la catástrofe de 1940, una actitud totalmente distinta, más abierta y accesible que la de la Unión Soviética, que había cerrado sus puertas. También permite explicar que los intentos de mantener vigentes los viejos ideales democráticos y la tendencia al

desarrollo de una auténtica autoadministración fueran mucho más vigorosos en los Estados Unidos que en otros lugares. Con esto no dejamos de ver los numerosos errores ni los retrasos impuestos por la tradición; pero, sea como fuere, los renovados intentos auténticamente democráticos tenían lugar en América, no en Rusia. Queda por ver si la democracia americana logrará percibir a tiempo y en profundidad que el fascismo no es una cuestión nacional o de partido, y si logrará dominar la tendencia hacia formas dictatoriales de las propias masas. Sólo el tiempo podrá probar si los americanos son capaces de resistir

la compulsión de la irracionalidad o sucumben a ella. Quiero destacar que no nos preocupa la cuestión de la culpa o la mala voluntad, sino pura y exclusivamente la descripción de procesos evolutivos en base a condiciones determinadas y previamente existentes.

Resumamos brevemente las conexiones entre la estructura de las masas y la forma del Estado:

La influencia de la estructura del carácter de la masa es decisiva para la forma de Estado, independientemente de que se exprese pasiva o activamente. Es la estructura de las masas la que tolera el imperialismo. Es ella la que lo apoya

activamente. Es la estructura de las masas la que puede derribar a déspotas, sin ser capaz de impedir que surjan nuevos despotismos. Es ella la que promueve y apoya esfuerzos auténticamente democráticos, si el Estado actúa en esta dirección. Es ella la que desencadena movimientos nacional-revolucionarios cuando fracasa el movimiento de liberación auténticamente democrático e *internacional*. Es ella la que se refugia en la ficticia unidad de familia, pueblo, nación y Estado, cuando falla la democracia; pero también es ella la que mantiene y desarrolla el proceso del amor, el trabajo y el conocimiento. Por

consiguiente, esta *sola* estructura es capaz de *arraigar en sí misma las tendencias genuinamente democráticas de una administración estatal*, asumiendo pieza por pieza la administración que está «por encima de ella» y aprendiendo a ejercerla a través de *sus propias organizaciones laborales*. Viene a ser lo mismo, es decir, no tiene una importancia crucial que esta transformación de la administración estatal en autoadministración se desarrolle rápida o lentamente. Es mejor para todos si este proceso se da en forma orgánica y sin derramamientos de sangre. Pero esto sólo es posible si los representantes del

Estado sobre la sociedad son plenamente conscientes de que no constituyen sino órganos ejecutivos delegados de la comunidad humana trabajadora; de que son, en el estricto sentido del término, órganos ejecutivos *por necesidad*, es decir, órganos ejecutivos que tienen su origen en la necesidad que crean la ignorancia y la miseria en las que viven millones de personas; de que, en rigor, tienen la tarea de buenos educadores a quienes se les ha confiado unos niños para que los conviertan en adultos independientes. En una sociedad que tiende a la democracia auténtica, jamás debe perderse el principio de que es tarea del Estado el ir

haciéndose a sí mismo cada vez más superfluo, del mismo modo que un educador se vuelve superfluo cuando ha terminado de cumplir con su deber respecto del niño. Entonces, y sólo entonces, no habrá ni deberá haber un derramamiento de sangre. Sólo en la medida en que el Estado se desconstruye a sí mismo de un modo claramente visible y comprensible para todos, se hace posible *orgánicamente* un desarrollo en el sentido de la democracia laboral; y en la misma medida en que el Estado quiere perpetuarse y olvida su tarea educativa, provoca la compulsión de la sociedad humana a recordarle que no ha surgido

más que por necesidad y que debe desaparecer junto con la necesidad. La responsabilidad, pues, pesa tanto sobre el Estado como sobre las masas. Es una responsabilidad en el buen sentido, no en el malo. El Estado no sólo tiene que alentar el más irrefrenable anhelo de libertad de las masas trabajadoras; tiene el deber de *añadirle a este anhelo de libertad la capacidad de libertad*. Si no lo hace, si reprime las ansias de libertad o incluso abusa de ellas y obstaculiza el camino a la autoadministración, entonces testimonia su carácter fascista. Y habrá que pedirle cuentas por todos los daños y peligros ocasionados por su olvido del deber.

10

LA FUNCIÓN BIOSOCIAL DEL TRABAJO

1. El problema de la «disciplina laboral voluntaria»

El trabajo es la base de la existencia social del hombre. Esto lo destaca cualquier teoría social. En este contexto, sin embargo, el problema no es el hecho de que el trabajo sea, efectivamente, la base de la existencia humana, sino si por su naturaleza está en *contradicción* o en *armonía* con las necesidades biológicas del hombre integrado en la masa. La teoría económica marxista demostró que todo lo que se produce en cuanto a valores económicos nace por el gasto de

fuerza de trabajo humana *viva*, y *no* por el gasto de material *muerto*.

En su calidad de única fuerza que genera valores, el trabajo humano merece un interés y un cuidado muy especiales. En una sociedad que se halla bajo la compulsión de la economía de mercado y no de la de uso, es imposible pensar en términos de un cuidado y un tratamiento cuidadoso de la fuerza de trabajo humana. El propietario de los medios de producción (ya sea el Estado, ya el capitalista) compra esta fuerza de trabajo y la consume como cualquier otra mercancía. El «salario»[46] que recibe el trabajador corresponde aproximadamente al mínimo de lo que

necesita para reproducir su fuerza de trabajo. La economía de beneficio no tiene interés en cuidar la fuerza de trabajo, puesto que la progresiva mecanización y racionalización del mismo libera tantas otras fuerzas de trabajo, que por cada fuerza de trabajo gastada se encuentran de inmediato fuerzas nuevas en cantidad suficiente.

La Unión Soviética abolió la economía del beneficio *privado*, pero no la economía de beneficio *estatal*. Su intención original era transformar la «racionalización» *capitalista* del trabajo en una socialista. Liberó las fuerzas productivas del país y redujo la jornada laboral en general; de este modo

pudo atravesar la grave crisis económica de 1929 a 1932 sin verse afectada por el paro laboral. No cabe duda de que con sus medidas de racionalización, al principio parcialmente socialistas, la Unión Soviética logró satisfacer las exigencias de la economía del conjunto de la población. De todos modos, el problema fundamental de una democracia auténtica, de una democracia *laboral*, es *que el trabajo modifique su naturaleza de modo que de ser un deber penoso pase a convertirse en una satisfacción placentera de necesidades*.

La investigación analítica del carácter de la función laboral del ser

humano (una investigación no concluida, ni mucho menos) nos proporciona una serie de claves para posibilitar en el futuro una solución *práctica* de la cuestión del *placer en el trabajo*. Con una exactitud satisfactoria podemos distinguir dos tipos básicos de trabajo humano; el *compulsivo-desagradable* y el *natural-placentero*[47].

Para comprender esta distinción hace falta que en primer lugar nos liberemos de algunas visiones mecanicistas del trabajo humano. La psicología experimental sólo se ocupa de los métodos que permiten lograr un máximo aprovechamiento de la fuerza de trabajo humana. Cuando habla del

placer del trabajo, se refiere a los logros de un científico o un artista que trabajan de modo autónomo. Incluso la teoría psicoanalítica del trabajo cae en el error de guiarse sólo por el modelo de los logros intelectuales. *Para ser correcta desde la perspectiva de la psicología de masas, la investigación del rendimiento laboral tiene que partir de la relación entre el trabajador y el producto de su trabajo*. Esta relación tiene un trasfondo socioeconómico referido al *placer* que el trabajador obtiene de su trabajo. El trabajo es una actividad biológica fundamental que, igual que la vida en general, descansa sobre una pulsación

placentera.

El gozo que obtiene de su trabajo un investigador «autónomo» o académico no puede convertirse en una medida universal del trabajo. Desde el punto de vista social (cualquier otro planteo nada tiene que ver con la sociología), el trabajo del siglo XX está dominado siempre por las *leyes del deber* y de la *necesidad de subsistencia*. A los cientos de millones de trabajadores de todo el mundo el trabajo no les proporciona placer ni una gratificación biológica. Su estructura es esencialmente la del tipo del *rendimiento laboral compulsivo*. Este trabajo se caracteriza por oponerse o la *necesidad de placer biológico* del

trabajador. Es realizado por deber y por conciencia, para sobrevivir, y por lo general está al servicio de otros. El individuo que trabaja no tiene interés en el producto de su trabajo, por lo que éste se convierte en una carga exenta de placer. Un trabajo que se basa sobre cualquier tipo de compulsión, en vez de basarse sobre el placer, no sólo resulta biológicamente antieconómico sino también económicamente poco productivo.

El problema es trascendental y es muy poco lo que se sabe sobre él. Para comenzar, intentemos obtener un panorama general. Es evidente que el trabajo mecanicista, biológicamente

insatisfactorio, es un producto de la concepción de vida mecanicista global y de la civilización de las máquinas. ¿Puede conciliarse la función laboral biológica con la social? Sí, es posible, pero previamente hay que corregir de raíz las concepciones e instituciones tradicionales.

En la artesanía del siglo pasado existía aún una relación plena entre el trabajador y el producto de su trabajo. Pero si un obrero de una planta de la Ford, por ejemplo, tiene que realizar día tras día y año tras año la misma manipulación en un detalle del producto a terminar, y jamás llega a ver el producto entero y terminado, es evidente

que no puede hablarse de un trabajo *gratificante*. La división especializada y mecanizada del trabajo, junto con el sistema del trabajo asalariado en general, produce el efecto de que el trabajador no tenga una verdadera relación con la máquina.

Se objetará que en realidad existe una *necesidad* de trabajar, y que existe en el trabajo una alegría «natural» inherente al *acto* mismo de trabajar. Efectivamente, existe un placer biológico ligado a la actividad, pero las formas que encorsetan esta actividad en la economía de mercado destruyen el placer del trabajo y el impulso a trabajar, impidiendo que se manifiesten.

Sin duda, una de las tareas de primer orden de la democracia laboral consiste en *armonizar las condiciones y formas del trabajo con la necesidad de trabajar y el placer en el trabajo*, es decir, en *eliminar la antítesis* entre la alegría de vivir y el trabajo. Aquí se le abre un campo muy vasto al pensamiento humano: ¿sería posible, y de qué modo, proseguir con la racionalización y la mecanización del trabajo *sin* matar el placer en el trabajo? Es perfectamente posible que el obrero tenga contacto con todo el producto del trabajo sin que se elimine la división del trabajo. La alegría vital en el trabajo es un elemento esencial e indispensable en la

reestructuración del ser humano que se transforma de esclavo del trabajo en dominador de la producción. Cuando los hombres vuelvan a obtener una relación inmediata con el producto de su trabajo, también asumirán con alegría la responsabilidad por su trabajo. Hoy día carecen de esta responsabilidad o la rechazan.

Alguien podría invocar a la Unión Soviética y decirnos: «Vosotros, los partidarios de la democracia laboral, sois unos utopistas y soñadores, pese a que os jactáis de observar la realidad sin sentimentalismos. ¿Dónde esta la supresión de la división del trabajo en el paraíso obrero de la Unión Soviética?

¿Qué se ha hecho de la abolición del sistema salarial y de la economía de mercado? ¡Contemplad los resultados de la mismísima revolución obrera, y veréis cuán imposibles e ilusorias son las concepciones epicúreas del trabajo!».

La respuesta a estos argumentos es la siguiente: a pesar de los grandes progresos de las ciencias naturales, hoy, en 1944, el misticismo de las masas es más fuerte que nunca. Esto es cierto. Pero cuando un objetivo —en este caso, la racionalidad de las masas humanas— no ha podido alcanzarse, esto no implica la *imposibilidad* de hacerlo en el futuro. La cuestión básica sigue siendo si el

objetivo del trabajo placentero es justo o injusto. Si esta meta es justa y deseada por todos, queda por averiguar qué obstáculos se oponen al logro de la misma. Con los objetivos racionales, ocurre lo mismo en el campo de la ciencia que en el de la técnica. El hecho de que hasta ahora no se haya podido llegar a la cima del Everest no demuestra que sea imposible hacerlo. ¡El problema son los últimos ochocientos metros!

Es precisamente en este punto donde se revela claramente la antítesis entre la democracia laboral y la política: nuestros periódicos están llenos de debates políticos que no tienen en cuenta

ni una sola dificultad del proceso del trabajo de las masas. Esto es comprensible, pues los políticos no tienen la menor noción de lo que es el trabajo. Imaginemos ahora que una comunidad en la que reina la democracia laboral vedara sus periódicos al irracionalismo y los pusiera a disposición de la discusión de condiciones laborales placenteras. La masa trabajadora presentaría tal cantidad de propuestas y sugerencias, que la politiquería se volvería imposible para siempre. Imaginad con cuánta alegría los maestros de obras, ingenieros, obreros especializados de todo tipo, expondrían cada paso del

proceso laboral y presentarían mejoras, inventos, etc. Discutirían, competirían entre sí. Habría fuertes debates, lo cual sería magnífico. Han tenido que pasar siglos para que apareciera la idea de construir las fábricas no como cárceles, sino como colonias de reposo, con mucha luz, ventilación, cuartos de baño, cocinas, etc. La presión de la economía de guerra hizo introducir la música de radio en la fábrica. No se puede calcular el alcance que tendría este proceso si los que dispusieran de los periódicos fueran los trabajadores y no los políticos.

Durante los primeros años de la economía soviética hubo signos de

democracia laboral. Por ejemplo se daba mucha importancia a la sustitución de la educación técnica *unilateral* de la joven generación por una preparación *universal* para la vida profesional; con esto se intentaba evitar las consecuencias nocivas de la división del trabajo. Se redujo la brecha entre el trabajo «intelectual» y el «manual». La juventud recibía una preparación espiritual y corporal tan múltiple que se podía emplear a cada miembro de la sociedad en cada lugar del proceso laboral. En las empresas, por ejemplo, los trabajadores intercambiaban periódicamente sus puestos de trabajo, y también lo hacían trabajadores de

distintos tipos de empresas. Cuando obreros especializados bien entrenados pasaban a formar parte de la dirección de una empresa, después de un tiempo se les volvía a enviar a las máquinas para evitar que perdieran el contacto con el trabajo y se convirtieran en burócratas administrativos.

La *autoadministración de las empresas* halló su expresión en el establecimiento de las llamadas «ternas directivas»; todas las empresas eran dirigidas por obreros elegidos por el conjunto del personal. De este modo, el personal de la empresa tenía una participación directa en la dirección. Se celebraban «consejos especiales de

producción». Estos hechos y muchos otros mostraban que se estaba *preparando* el restablecimiento de la unidad entre placer laboral y rendimiento laboral. En este punto, el enemigo de la democracia laboral podría invocar con aires de vencedor que la mayor parte de estas conquistas no pudieron ser mantenidas y que, por ejemplo, con el curso del tiempo los consejos de producción del personal de las empresas degeneraron en meras formalidades o fueron abolidos por completo. Deberemos contestarle: ¿acaso los hermanos Wright no han hecho posible que los hombres volaran, pese a que habían fracasado los intentos

de Dédalo e Ícaro en la Antigüedad y los de Leonardo da Vinci en la Edad Media? *Los primeros intentos de establecer una democracia laboral en las empresas fracasaron en la Unión Soviética porque la transformación en la dirección de las empresas no se vio acompañada de una transformación de la estructura humana*. Es una lección; la próxima vez se podrá hacer mejor.

La *terna directiva* y la *autoadministración de las empresas* fueron abolidas cuando *un solo* gerente se convirtió en *director* de la empresa, asumió la responsabilidad individual y adquirió una posición directiva independiente. Este «director» aún

provenía de la capa obrera, es decir de la plantilla de la empresa en cuestión. Pero muy pronto este dirigente *autónomo* de la empresa debía desarrollar todas las cualidades de un supervisor, burócrata o directivo que había dejado de pertenecer a la masa de los trabajadores. Por cierto, es aquí donde encontramos las raíces de la nueva «clase dominante» de la Unión Soviética. Pero esto no refuta el hecho de que todo proceso laboral es y debe ser natural y necesariamente un proceso laboral democrático. La presencia de la autorregulación del trabajo es espontánea. Lo que importa es modificar la estructura de los trabajadores de

modo que esta democracia laboral natural se libere de los obstáculos de la burocracia y desarrolle *sus propias formas y organizaciones*. El demócrata laboral familiarizado con los procesos de trabajo no niega las dificultades; por el contrario, las destaca, porque le importa comprenderlas y superarlas. No celebra el hecho de que existan dificultades, retrocesos y fracasos, cosa que sí hace el político para erigir sobre ellos su poder sobre las masas. El demócrata laboral no los emplea para demostrar la imposibilidad de crear una economía de uso y reestructurar a las personas, sino que son precisamente las dificultades las que le enseñan a

corregir sus acciones. Para un paralítico es fácil reírse cuando un corredor falla en un salto.

Ya muy al comienzo, la Unión Soviética se encontró con una gran dificultad; el hecho de que precisamente los obreros especializados e interesados mostraran poco entusiasmo por la política. Basta con citar las palabras de un funcionario:

> Lo más importante es el amor a la ocupación de cada uno: los obreros cualificados son la mejor reserva del Partido. Su oficio les satisface; siempre buscan nuevos caminos para mejorar su trabajo. Son muy conscientes. Si uno habla con ellos y les pregunta por qué no ingresan en el Partido, contestan que

> no tienen tiempo. Dicen que se interesan por los métodos para mejorar el acero y mezclar el hormigón. Luego inventan algo propio: herramientas, etc. *Estamos interesados precisamente en este tipo de obreros, pero aún no hemos encontrado un camino para acercarnos a ellos* (las cursivas son mías, W. R.); son, sin embargo, los mejores y los más desarrollados. Siempre están activos y buscan mejorar su producción.

Este funcionario tocó una cuestión central de la relación entre la política y el trabajo. También en Alemania se decía una y otra vez: «Los partidos que luchamos por la libertad tenemos concepciones correctas, y los obreros

nos comprenden; pero no quieren tener nada que ver con la política; también nos resulta muy difícil ganarnos a los obreros industriales». Aparte de las desilusiones políticas que habían distanciado a la clase obrera industrial alemana del Partido Comunista en los años posteriores a 1923, existía una circunstancia con un papel destacado y que jamás era tenida en cuenta o no era comprendida: *los políticos no entendían nada de problemas técnicos y estaban completamente aislados del trabajo concreto*. El obrero fabril muy interesado en su trabajo tenía que «adaptarse a la política» si pertenecía a algún partido. Los políticos no estaban

en condiciones de desarrollar ellos mismos actitudes e ideas social-revolucionarias a partir del proceso de trabajo; simplemente, del trabajo no sabían nada de nada. En cambio, intentaban convencer a los obreros con alta política abstracta, que no les interesaba y les resultaba ajena. Por el contrario, cada detalle de la democracia laboral se puede desarrollar orgánicamente a partir de los *aspectos técnicos del trabajo*. «¿Cómo instalaremos nuestra empresa cuando tengamos que administrarla? ¿Cómo la racionalizaremos para facilitar el trabajo? ¿Qué conocimientos debemos adquirir aún para poder dirigir mejor la

empresa? ¿Cómo organizaremos las cuestiones de la comida, la vivienda, el cuidado de los niños?». Preguntas como éstas tienen que producir a todos los que realicen un trabajo responsable la siguiente sensación: «*Esta empresa es nuestro niño difícil*». La alienación del trabajador respecto de su trabajo sólo puede eliminarse si los propios trabajadores aprenden a dominar los *aspectos técnicos* de la empresa que, después de todo, mantienen viva ellos mismos. Ésta es la manera de superar la brecha entre el trabajo especializado y la responsabilidad social, brecha que arruina la vida social. El trabajo y la responsabilidad se convierten en una

unidad; entonces, la antítesis entre el placer en *el trabajo y las condiciones mecánicas del trabajo* queda eliminada. Bajo el fascismo en Alemania, el obrero no estaba interesado en lo más mínimo en el proceso laboral. Era un súbdito «conducido», irresponsable, que debía obedecer las órdenes del Führer responsable de la empresa, o tenía la ilusión nacionalista de que representaba a la empresa como «alemán»; no como productor socialmente responsable de valores de uso, sino como «alemán». Esta actitud nacionalista, ilusoria, caracterizó todo el trabajo de la NSBO[48] en Alemania, que ponía todos sus esfuerzos en encubrir el efectivo

desinterés de los obreros por el trabajo mediante una identificación ilusoria con el «Estado». Ahora bien: la sociedad es la sociedad y la máquina es la máquina, independientemente de que funcionen en Alemania, en América o en Honolulú. La sociedad y la máquina, al igual que el «trabajo», son hechos *internacionales*. *El «trabajo alemán» es un disparate*. La democracia laboral natural elimina la falta de interés; no la encubre con una identificación ilusoria con el «Estado», el color de los cabellos o la forma de la nariz, sino que la elimina a través de la responsabilidad real de cada trabajador por su producto y por la sensación: «La empresa es nuestra». Lo que importa no

es la «conciencia de clase» *formal* de pertenecer a determinada «clase», sino el interés técnico por la *ocupación* de cada uno, la ligazón objetiva con el trabajo, que coloca la *conciencia de la especificidad laboral* en el lugar del nacionalismo y de la conciencia de clase. Sólo cuando experimentemos una estrecha vinculación objetiva con nuestro trabajo estaremos en condiciones de comprender cuán devastadoras son las formas del trabajo en las dictaduras y en las democracias formales, y no sólo para el trabajo mismo, sino también para la alegría en el trabajo.

Llamamos «*libidinosa*» la relación

de un hombre con su trabajo cuando este trabajo le causa placer. Dado que *el trabajo y la sexualidad* (en el sentido más estricto y en el más amplio del término) están estrechamente interrelacionados, la relación con el trabajo es al mismo tiempo una cuestión propia de la economía sexual de las masas; la higiene del proceso laboral depende del modo en que las masas aplican y satisfacen su energía biológica. *El trabajo y la sexualidad provienen de la misma energía biológica.*

La revolución política, sustentada por obreros, no había logrado inculcar el sentimiento de que los propios

obreros tienen la responsabilidad de todo. Ese error originó la regresión a medidas autoritarias. Ya en los comienzos, el gobierno de la Unión Soviética tuvo que lidiar con la dificultad de que los obreros no cuidaran las herramientas. Jamás cesaron las quejas sobre el abandono de los lugares de trabajo, una enorme fluctuación de los obreros en las empresas, etc. En el *Börsen* del 22 de mayo de 1934 se publicó un escueto informe sobre el hecho de que la situación en los distritos de explotación de carbón era «insatisfactoria», sobre todo en el más importante distrito de Donbas. El informe señalaba que se

consiguió aumentar la producción diaria de 120 a 148 mil toneladas en enero de ese año sólo tras la adopción de una serie de medidas extraordinarias, entre las que figuraba el envío de ingenieros y técnicos supernumerarios de las oficinas a las minas, etc.; pero ni siquiera entonces estaban funcionando todas las máquinas, y en marzo de 1934 la producción diaria se redujo nuevamente a 140.000 toneladas. Una de las causas principales era la «negligencia» que se evidenciaba en el tratamiento de la maquinaria. Otra causa era que muchos obreros *trataban de abandonar las minas «a consecuencia del comienzo de la primavera»*; según la prensa, la culpa

de ello había que atribuirla a la «falta de interés». En el curso de enero-febrero, 33.000 (!) obreros abandonaron las minas y se emplearon 28.000 obreros nuevos. Se tiende a creer que se podría haber evitado esta emigración masiva si la dirección se hubiera preocupado por proporcionar a los obreros *mejores viviendas y las necesarias posibilidades recreativas en su tiempo libre*.

Esto daba en el clavo del ascetismo y de la alienación humana de los economistas. El «tiempo libre» debería estar destinado ciertamente al esparcimiento y a *gozar de la vida*. No puede negarse que en las empresas se

instalaron clubs, teatros y otros medios de entretenimiento. Es decir que se sospechaba la importancia de la energía vital para la higiene del proceso laboral. Pero oficialmente, y sobre todo en las formulaciones de la ideología social, se declaraba que «el trabajo es *el contenido* de la vida» y se lo *oponía* a la vida sexual.

En la película *El camino hacia la vida*, estalla en *primavera* una revuelta en la fábrica de los desamparados. Destruyen las máquinas y se niegan a trabajar. En esta película la revuelta se explica como consecuencia de una inundación de los rieles que había impedido la llegada del material para el

trabajo; la «explosión», pues, era atribuida a la «ausencia de los medios de trabajo». De todos modos, era evidente que los muchachos, que vivían sin muchachas en sus colectivos, habían sufrido un acceso de fiebre de primavera, acceso desencadenado pero no provocado por la detención del trabajo. *La sexualidad insatisfecha se convierte fácilmente en rabia.* Las «explosiones en las cárceles» son estallidos de sadismo provocados por la insatisfacción sexual. Cuando son 33.000 los obreros que abandonan de pronto una empresa y *precisamente en primavera*, no se puede dudar de que el motivo son las condiciones sexo-

económicas insatisfactorias en la Unión Soviética. Por «condiciones sexo-económicas» no entendemos solamente la posibilidad de tener una vida sexual ordenada y satisfactoria, sino también todo lo relacionado con el placer y la alegría vital en el trabajo. Los políticos soviéticos, en cambio, practicaban una especie de terapia laboral contra las necesidades sexuales. Y algo así no queda sin consecuencias. En el curso de más de una década de lecturas de la bibliografía soviética oficial no hallé ni una sola insinuación sobre estas conexiones biológicas tan decisivas.

La relación entre la vida sexual de los trabajadores y el rendimiento

laboral tiene una importancia decisiva. No es cierto que el rendimiento sea mayor cuanto mayor es la cantidad de energía sexual que se sustrae de la gratificación. Por el contrario: *cuanto más satisfactoria sea la vida sexual, tanto más pleno y placentero será el rendimiento laboral* si todas las condiciones externas se cumplen. La energía sexual *satisfecha* se transforma espontáneamente en interés por el trabajo y una urgencia por trabajar. Si, en cambio, la necesidad sexual no se satisface y está reprimida, el trabajo es *perturbado* de diversas maneras. Por tanto, un principio básico de la higiene del trabajo en una sociedad

democrático-laboral es el siguiente: *no sólo hace falta establecer las mejores condiciones laborales externas, sino también crear las precondiciones biológicas internas para permitir que el impulso biológico hacia la actividad se despliegue con plenitud. El asegurar una vida sexual plenamente satisfactoria para las masas obreras es, por ende, la condición más importante para que el trabajo sea placentero*. El grado en que el trabajo destruye la alegría de vivir de una sociedad, el grado en que el trabajo se presenta como un deber (ya sea para una «patria», ya para el «proletariado», ya para la «nación» o para cualquier otra

ilusión, sea cual fuere el nombre que se le dé), es una guía segura para juzgar el carácter antidemocrático de las capas dirigentes de esa sociedad. La «alegría de vivir», la «democracia laboral», el «autogobierno», el «placer en el trabajo» y la «sexualidad natural» forman una unidad tan indivisible como el «deber», el «Estado», la «ley y el orden», el «sacrificio», etc.

La filosofía académica se devana inútilmente los sesos en el intento de establecer si existe o no una necesidad biológica de trabajar. También aquí la falta de experiencia viva impide hallar la solución del enigma. El afán de acción se origina en las fuentes

biológicas de excitación del organismo; ese afán es, por tanto, natural. Pero el origen de las formas del trabajo no es biológico, sino social. El afán de acción del hombre, que parece desenvolverse de modo lúdico, cumple espontáneamente tareas y metas objetivas y se pone al servicio de la satisfacción social e individual de necesidades. Si lo aplicamos a la *higiene del trabajo, hay que organizar a éste de manera que se desarrolle y se satisfaga la necesidad biológica de acción*. Esta función excluye cualquier tipo de trabajo compulsivo moralista-autoritario, pues no tolera un tono de mando. Exige:

1) *El establecimiento de las mejores condiciones externas de trabajo (protección del trabajo, reducción de la jornada laboral, variedad en la función laboral, establecimiento de una relación inmediata del trabajador con respecto a su producto).*

2) *La liberación de los impulsos naturales a la acción* (evitar la formación de armaduras caracteriológicas rígidas).

3) La creación de todas las precondiciones para que la energía sexual *pueda* convertirse en un interés por el trabajo. Para ello, la energía debe:

4) Ser *susceptible de gratificación y gratificarse efectivamente*. Esto exige asegurar todas las condiciones de *una vida sexual plenamente gratificante, sexo-económica y socialmente afirmada* de la masa de los trabajadores (*viviendas decentes, contracepción*, una economía sexual positiva en el gobierno de la sexualidad infantil y adolescente).

Si comprendemos objetivamente las regresiones acaecidas en la Unión Soviética, podremos llegar a la siguiente conclusión: las dificultades inherentes a la modificación de la estructura de las masas fueron valoradas de modo incorrecto.

Se creía que la estructura

psicológica era un factor de segundo orden y meramente «ideológico». Los elementos que se condenaban a partir de una perspectiva más o menos *moralista* y se motejaban de «viejas tradiciones», «comodidad», «apego a la mentalidad pequeñoburguesa», etc., eran en realidad —y según pudo comprobarse más tarde— un problema mucho más vasto y difícil de resolver que la tecnificación de la economía. Amenazado por los poderes hostiles, belicistas e imperialistas, el gobierno soviético se vio forzado a poner en marcha la industrialización con toda urgencia; por eso recurrió a métodos autoritarios. Se descuidó e incluso se abandonó los

esfuerzos iniciales que apuntaban hacia el autogobierno social.

Sobre todo, fracasó el esfuerzo por convertir el trabajo compulsivo y autoritario en voluntario y biológicamente placentero. El trabajo se seguía realizando bajo la presión de una fuerte competencia o mediante el mecanismo de la identificación ilusoria con el Estado. Tal y como Stalin expresó en el decimoséptimo congreso del PCUS, se inició una «despersonalización del trabajo», una «indiferencia respecto del material» con que se trabajaba y respecto de los productos que debían llegar de la empresa a los consumidores. La

inspección obrera y campesina, instaurada en 1917 en el Comité Central para controlar al mismo, y que era una institución consecuentemente democrática, resultó insuficiente. Stalin constató:

> Por su organización, la inspección obrera y campesina no puede satisfacer los requerimientos de un buen *control* de la ejecución del trabajo. Hace algunos años, cuando nuestro trabajo era más simple y menos satisfactorio en el terreno económico, y cuando se podía contar con una inspección de todos los comisarios populares y todas las organizaciones económicas, la inspección obrera y campesina era adecuada. Pero ahora que nuestro trabajo ha crecido en el terreno

económico y se ha vuelto complejo, y que ya no existe la necesidad ni la posibilidad de inspeccionarlo a partir de un punto central, la inspección obrera y campesina debe ser modificada. Ahora ya no necesitamos una inspección, sino una *vigilancia de la puesta en práctica de las decisiones del Comité Central*. Ahora necesitamos un control de la puesta en práctica de las decisiones de las instancias centrales. Ahora necesitamos una organización que, sin fijarse el fastidioso objetivo de inspeccionarlo todo, sea capaz de concentrar toda su atención en el control y en la vigilancia del modo en que se ponen en práctica las resoluciones de las instituciones centrales. Una organización de esa índole sólo puede ser la Comisión Soviética de Control del Consejo de las

Comisiones Populares de la Unión Soviética, que trabaje por encargo del Concejo de los Comisarios Populares y tenga representantes territoriales *que sean independientes de las organizaciones locales*. Pero para que esta comisión tenga la suficiente autoridad y sea capaz, en caso necesario, de pedir cuentas a cualquier funcionario responsable, es necesario que los candidatos a integrantes de las Comisiones Soviéticas de Control sean *propuestos* por el Congreso del Partido y ratificados por el Consejo de los Comisarios Populares y el Comité Central de la URSS. Creo que sólo una organización de esa índole será capaz de fortalecer el control soviético, la *disciplina soviética* [...].

Es necesario *que los miembros de esta organización puedan ser elegidos*

y destituidos únicamente por el órgano supremo, el Congreso del Partido. No caben dudas de que una organización como ésa será realmente capaz de *asegurar el control de la implementación de las decisiones de los órganos partidarios centrales y de fortalecer la disciplina de partido* (todas las cursivas son mías, W. R.).

Aquí se destaca claramente el cambio de la autoadministración de las empresas en dirección al control autoritario de las mismas. La «inspección obrera y campesina» que en los inicios debía controlar la dirección del Estado, desapareció por completo y cedió su sitio a la verificación de las tareas encargadas a los obreros y

campesinos a través de órganos designados por el Estado. Ante esto, los obreros y campesinos callaron; el fracaso de la democracia social era *completo*. Siguió sin ser nombrada ni reconocida la incapacidad de las masas humanas para ser libres.

Esta modificación se había convertido en necesaria en interés de la cohesión de la sociedad rusa. *La autoadministración de la masa de trabajadores no se había desarrollado* o era insuficiente. No se había desarrollado ni podía hacerlo porque el partido de los comunistas había proclamado en su tiempo el principio de la autoadministración, pero no conocía

los medios para llevarlo a la práctica. Si antes la inspección obrera y campesina había tenido la tarea de controlar y vigilar a todos los comisarios soviéticos y todas las organizaciones económicas en tanto que representantes elegidos del Congreso de los Soviets, si antes era, pues, la masa —que a fin de cuentas elegía al soviet— la que, por así decirlo, tenía *el control del partido y la economía*, ahora esta función quedaba transferida al partido y a los *propios* órganos del partido nombrados por el partido e *independientes de las organizaciones soviéticas locales*. Si la inspección obrera y campesina era una expresión de

la tendencia social hacia la *autoadministración* y al *autogobierno de la masa*, la nueva «*comisión de control*» era la *expresión de la puesta en práctica autoritaria de las resoluciones del partido*. Se trataba, pues, de una entre muchas regresiones desde la decisión de que la masa se autorregulara hacia el control autoritario de la sociedad y su economía.

¿Podía considerarse este paso como una consecuencia de la naturaleza —de por sí discutible— de los soviets? He aquí nuestra respuesta: lo que fracasó no fueron los soviets como representantes de los trabajadores, sino su manejo por parte de los políticos. El gobierno

soviético *tenía que* terminar a toda costa con los problemas de la economía y de la disciplina laboral. Puesto que había fracasado el principio de la autorregulación, el resurgimiento del principio autoritario era *inevitable*. Esto no significa que estemos de acuerdo con el principio autoritario; por el contrario: si destacamos este retroceso catastrófico lo hacemos para preguntarnos por los *motivos* de esta involución, y para ayudar a que la autorregulación social triunfe, a pesar de todo, a través de la *eliminación* de las dificultades. *La responsabilidad de este proceso recae, plena y pesada, sobre las mismas masas trabajadoras*. Si las propias

masas no producen a partir de sí mismas la educación para eliminar sus propias debilidades, seguirán estancadas en las formas de dominación autoritaria. Nadie puede ayudarlas. Ellas, sólo ellas, tienen la responsabilidad. Esto, y sólo esto, es cierto y nos da esperanzas. No se le puede reprochar al gobierno soviético el hecho de que recurriera a métodos de control autoritarios y moralistas; *debía* hacerlo para que no peligrara todo. Lo que hay que reprocharle es que se olvidara del autogobierno, que bloqueara el desarrollo futuro de éste y que no creara las condiciones necesarias para este desarrollo. Lo que hay que reprocharle al gobierno soviético es que

se olvidara de que el Estado debe extinguirse. Hay que reprocharle que no haya convertido el fracaso del autogobierno y la autorregulación de las masas en punto de partida de nuevos y mayores esfuerzos; que quisiera creer y hacer creer al mundo que, pese a todo, esta autorregulación estaba en pleno proceso de desarrollo y que imperaban el «socialismo pleno» y la «auténtica democracia». Las ilusiones siempre impiden la materialización real de lo que simulan; por eso, el primer deber obvio de todo demócrata auténtico es reconocer tales dificultades en el desarrollo, revelarlas y ayudar a superarlas. Una sincera profesión de fe

dictatorial es mucho menos peligrosa que una democracia fingida. Contra la primera de ellas podemos defendernos; la democracia fingida es como una enredadera en el cuerpo de un hombre que se está ahogando. A los políticos soviéticos no podemos evitarles, pues, el reproche de la deshonestidad. Fueron más nocivos que Hitler para el progreso de la democracia auténtica en el mundo. Este reproche es duro pero inevitable. Además de hablar de la autocrítica hay que *ejercerla en la práctica*, por dolorosa que sea.

El fracaso de la autoadministración y el autogobierno en la Unión Soviética llevó a una organización de la disciplina

laboral que se manifestó claramente en la presentación militarista del primer plan quinquenal. La ciencia de la economía era un «fuerte» que debía ser «conquistado» por la juventud. Los periódicos informaban sobre «campañas» y «frentes» a modo de informes de guerra; los ejércitos obreros «libraban combates», había brigadas que corrían al asalto de «desfiladeros». «Batallones de hierro» tomaban «sectores de combate bajo fuego graneado». Se designaban «cuadros». A los «desertores» se los exponía al escarnio público, se realizaban «maniobras», se daba la «voz de alarma» y se «movilizaba». Una

«caballería ligera» tomaba posesión de «destacamentos» en peligrosos «ataques».

Estos ejemplos de la bibliografía soviética bastan para mostrar que la puesta en práctica del gigantesco plan quinquenal sólo era posible con ayuda de una ideología tomada de un clima de guerra y que a su vez lo creaba. En su base estaba el hecho real de la incapacidad de las masas para ser libres. La industrialización acelerada sirvió para armar al país que se encontraba en una situación comparable a un estado de guerra después de que la revolución social occidental no se produjera y dado el fracaso de la

autoadministración soviética. La diplomacia soviética se encontraba en aquel entonces ante la difícil tarea de postergar cualquier conflicto bélico, sobre todo la confrontación con el Japón por el ferrocarril de China oriental y por la Manchuria. Sin embargo, debido a las circunstancias objetivas del desarrollo de aquel entonces, aquello que era inevitable e incluso útil en lo inmediato —porque realmente permitía que la Unión Soviética se armara contra asaltos imperialistas— tuvo dos efectos devastadores:

1) El hecho de que durante dos años se mantenga a un pueblo de 160 millones de habitantes en un clima de guerra y se

le llene de ideología militarista, tiene una influencia ineluctable sobre la formación de la estructura humana. Aunque se logró el propósito de esta ideología de guerra, la estructura militar de la dirección de las masas obtuvo poderes autónomos. La «devoción altruista» como *ideal* de vida en la educación de las masas fue conformando una psicología de las mismas que hizo posible desarrollar acontecimientos tan poco liberales como los procesos, las ejecuciones y las medidas coercitivas de todo tipo. A la vista de todo esto, ¿quién subestimaría el papel de la biopsicología en el desarrollo hacia una sociedad libre?

2) Si un gobierno que se siente inmerso en un medio hostil ejerce durante años una determinada influencia ideológicamente belicista sobre la masa y olvida su verdadera tarea en medio del tumulto de la solución de graves y acuciantes problemas, es fácil que mantenga este clima y que incluso lo agudice, aun cuando —*después* de logrado su propósito— este clima se haya vuelto superfluo. Las masas son y siguen siendo ajenas, vegetan u ocultan sus penurias con un griterío chauvinista irracional.

La regulación autoritaria del proceso laboral se adecuaba totalmente al clima de guerra en que vivían los hombres

soviéticos. No se pensaba ni se podía pensar en convertir los métodos de trabajo en autoadministrados. El heroísmo, sobre todo el del comsomol en su lucha por levantar la industria, era admirable. Pero ¿en qué se diferencia la naturaleza del heroísmo del comsomol del heroísmo de la juventud hitleriana o de un guerrero imperialista? ¿Dónde queda la lucha por la libertad *humana* (no por la nacional)? Es equívoco atribuir menos valor al heroísmo de un soldado inglés o alemán en la Segunda Guerra Mundial que al de un comsomol en la construcción de la industria. Si no separamos estricta y nítidamente la emoción ante el heroísmo del objetivo

de conseguir la libertad, es fácil que nos desviemos por un camino que nada tenga ya que ver con una clara persecución del objetivo (¡¡la *autoadministración*!!). Por cierto, el heroísmo era «necesario», pero al no concretarse la reestructuración libertaria de la masa humana, tampoco se alcanzó esa situación social por la que generaciones de luchadores por la libertad habían entregado lo mejor de sus mentes y hasta sus vidas. Puesto que el interés por el trabajo estaba «despersonalizado», se volvió a recurrir al «incentivo de la ganancia». Se reintrodujo el sistema de los *premios*, se establecieron diferencias en los suministros y

viviendas de los trabajadores, según el valor de su fuerza de trabajo; es más, incluso se reimplantó el más severo sistema de salario a destajo. Todo esto era «necesario», pero debería haber quedado claro que estas medidas llevaban por un camino opuesto al del objetivo inicial.

La regulación autoritaria y moralista del trabajo tuvo también su expresión en el hecho de que se aplicaran «cerrojos» para impedir que los obreros abandonaran sus puestos de trabajo. De este modo, los obreros tenían que comprometerse a permanecer en sus empresas hasta la finalización de un plan quinquenal. Puesto que un 40% de la

industria de la Unión Soviética en la época del plan quinquenal servía a la producción de material bélico, el trabajo tenía que intensificarse considerablemente para que la industria de los productos de consumo no se redujera. Así, por ejemplo, se establecían «noches de trabajo» mediante la incentivación de la ambición. En tales «noches» se realizaban competiciones de imprenta, empaquetado de confites, etc. En varias empresas se introdujo una pizarra *negra* y otra *roja*. En la pizarra negra se apuntaban los nombres de los trabajadores «haraganes», en la roja los de los trabajadores «buenos y

diligentes». Nada se supo sobre el efecto de la elevación moral de unos ni de la degradación moral de otros en relación a la formación del carácter. Pero por todo lo que sabemos sobre la aplicación de tales medidas, podemos concluir con seguridad que el efecto que causaron sobre la formación de la estructura humana fue desastroso. Los que figuraban en la pizarra negra tenían que desarrollar vergüenza, envidia, complejos de inferioridad y, ciertamente, un odio profundo; los apuntados en la pizarra roja podían triunfar sobre sus competidores, sentirse vencedores, dar rienda suelta a su brutalidad y a sus ambiciones. Sin

embargo, los derrotados en esta competencia no eran necesariamente los «peores». Al contrario: podemos suponer que varios de entre los «negros» eran hombres con una estructura libre, aunque neurótica. Y el vencedor no era necesariamente un hombre liberal, puesto que los elementos que se le incentivaban son los que conocemos como propiedades esenciales del ambicioso, del arribista, del fanfarrón, en una palabra, del hombre apestado.

Un poema introducido para incentivar la disciplina laboral nos muestra lo poco que se pensaba en que el Estado debía extinguirse y entregar

sus funciones a los hombres que le estaban subordinados:

Es braucht der Staat für die Kolchose
zahllose stählerne Agitatoren.
Vorn Pazifik bis Minsk, von Wjatka bis
Krim
harrt fetter Ackerboden der Traktoren.

Es ruft der Staat!
Voran, voran! Mann für Mann!
Tretet an!

Den Hammer Nacht und Tag
schwingen wir Schlag auf Schlag,
bauen täglich hundertmal
dem Land ein neues Ross aus Stahl.

(El Estado necesita para el *koljós* / innumerables agitadores férreos. / Desde el Pacífico hasta Minsk, desde Wjatka hasta Crimea / el suelo fértil

aguarda a los tractores. // *¡El Estado llama!* / ¡Adelante, adelante! ¡Hombre por hombre! / *¡A formar filas!* // Noche y día hacemos cimbrar / el martillo golpe a golpe, / y todos los días cien veces le construimos / al país un nuevo corcel de acero.)

«*El Estado necesita*» en vez de «*nosotros* necesitamos». Esto podrá no significar una diferencia para el político que todo lo vea desde la perspectiva económica; para la reestructuración de los hombres tales formulaciones tienen una importancia *decisiva*.

Un signo destacado de la miseria en que se hallaba la función laboral era el llamado movimiento de Stajanov. Se

llama stajanovistas a los obreros que superaban ampliamente la productividad media en las empresas. Stajanov había sido el primer obrero industrial que había establecido récords de rendimiento laboral. Es evidente que el fundamento del stajanovismo era la falta de interés de las masas obreras por el trabajo. No tiene sentido adoptar aquí una actitud de sabelotodo. La Unión Soviética estaba obligada a aumentar la producción. Puesto que las masas trabajadoras fallaron, apeló al recurso del amor propio del récord y al salario muy escalonado. Pero la necesidad de este proceso no debe distraernos del problema principal: un *mínimo*

incremento del interés por el trabajo y de la capacidad laboral habría convertido en superfluo todo el movimiento stajanovista. Pero esto, a su vez, habría exigido un cambio completo en la política sexual y la educación sexual de la sociedad soviética. Y no había ni conocimientos ni voluntad para hacerlo.

La desviación stajanovista tuvo efectos desastrosos sobre la formación de la estructura caracteriológica. Sólo los más ambiciosos y brutales son capaces de destacarse en este trabajo competitivo. La gran masa de los trabajadores queda ajena o rezagada. Se produce una brecha entre la masa de los

trabajadores medios y unos pocos deportistas del trabajo, que se convierten fácilmente en una nueva clase dominante. Mientras *la amplia mayoría* de los trabajadores no asuma el trabajo social con entusiasmo y con la conciencia de la *responsabilidad personal*, no puede hablarse de una transformación de la disciplina compulsiva en el trabajo placentero. Y hasta que esto ocurra, continuarán las quejas sobre los trabajadores, sobre la producción exigua, el acentuado absentismo y el mal trato a las máquinas. La nueva brecha entre los trabajadores genera envidia y ambición entre los más débiles, y jactancia y arrogancia racial

entre los más fuertes. No puede surgir un sentimiento de solidaridad colectiva. Predominarán las denuncias y las reacciones características de la peste emocional.

Los juicios de ideólogos nacionalsocialistas o fascistas constituyen una buena medida a la hora de evaluar el carácter democrático o antidemocrático de un proceso. Hay que estar alerta cuando las alabanzas parten de políticos disciplinadamente nacionalistas, chauvinistas, militaristas o imperialistas. Por ejemplo, esto es lo que informaba Mehnert:

> A menudo ocurre que los

comsomols que llegan como brigada de choque a una fábrica para ayudar a incrementar la producción no son recibidos muy cordialmente, pues los métodos con los que incitan a los obreros a un mayor rendimiento no suelen ser muy considerados. Los corresponsales obreros, sobre todo, que sacan todo a luz y lo publican en la prensa, suelen ser muy odiados. La falta de herramientas y materias primas, las condiciones de vivienda —por lo general, pésimas— y la resistencia pasiva de muchos obreros a menudo superan las fuerzas de los comsomols, y ha habido casos en que éstos se acercaban con cantos de victoria y tenían que marcharse con lágrimas de desesperación.

Hasta allí, el informe sobre los

hechos. Ahora, la alabanza del espíritu soviético en boca del fascista:

> Este mito es simple y claro. En nuestra época carente y ávida de mitos ejerce un efecto fascinante. Y como todo mito, ha creado un *ethos*[49], un ethos que hoy ya llevan incorporado millones de rusos y que todos los años capta a muchos más. Este *ethos* les dice a los rusos: «La miseria es grande, y los objetivos que nos hemos fijado están lejanos. Sólo los conquistaremos luchando contra todo el mundo, que nos teme y nos odia, contra enemigos alrededor y dentro de nosotros. En la medida en que nos vayamos acercando al socialismo, nuestras penurias disminuirán. Pero sólo podemos vencer si luchamos todos para uno y uno para todos. Todos somos responsables. Si

durante una guerra una fábrica produce fusiles de mala calidad, comete un crimen contra el pueblo en su conjunto y no sólo contra los soldados que mueren por ello. Si hoy día una planta produce máquinas inservibles, comete un crimen contra el socialismo, contra todos los que luchamos por construirlo. La deserción del frente de batalla no es una falta cometida contra un oficial, sino una traición a los camaradas. La deserción del frente del plan quinquenal y del socialismo no es una huelga contra un empresario, sino un crimen contra cada uno de nosotros. Porque éste es nuestro país, y nuestras son sus fábricas y su futuro».

La estructura humana que surge de semejante «disciplinación» del trabajo

está imbuida a la vez de fanatismo religioso y de una resistencia pasiva y abúlica. Siempre ha ocurrido que el *ethos* de unos pocos, con su disciplina, tenía como consecuencia la incompetencia de la amplia mayoría. El mito y el *ethos* tal vez sean heroicos, pero siempre son medidas peligrosas, no-democráticas y reaccionarias. *Lo que importa es el carácter, la voluntad, la convicción, la alegría de asumir la responsabilidad y el entusiasmo de las amplias masas trabajadoras*. Ellas mismas tienen que poder y querer defender su vida y la plenitud de sus vivencias. Puede elevarnos, quizás, un *ethos* basado sobre la miseria de las

masas y que exija tales sacrificios y disciplina que sólo unos pocos puedan corresponderle; un *ethos* que es y será tan grande que fracasan hasta sus defensores. Pero no resolverá jamás un solo problema objetivo de la comunidad social. Un demócrata auténtico, un demócrata del trabajo, al que con semejante *ethos* se le escapan las masas, sólo dirá: *¡Al diablo con este «ethos»!*

¿Fue necesario el régimen autoritario y nacionalista del trabajo en la Unión Soviética?

¡Sí!

¿Fue capaz de armar al país?

¡Sí!

Este régimen, ¿fue una medida

liberadora para establecer la autoadministración de la sociedad soviética?

¡No!

¿Solucionó los problemas sociales latentes, allanó el camino para solucionarlos? ¿Contribuyó a la pacificación de la sociedad? ¿Qué hizo por la pacificación?

¡Nada!

Por el contrario, generó una naturaleza humana limitada al nacionalismo, con lo cual creó la base para la dictadura *roja* de un solo hombre.

La evaluación de la estructura liberal o de la tendencia liberadora de

una sociedad nada tiene que ver con el poderío militar. El hacer la guerra, construir la industria, agitar las banderas y realizar desfiles son juegos de niños comparados con la tarea de fundar una especie humana que sea libre. Donde dominen el belicismo y el patriotismo chauvinista, es fácil que amigos y enemigos se pongan de acuerdo. La confusión idiomática de Babilonia no era nada comparada con la que domina el término «libertad». Guiémonos una vez más por las expresiones de un disciplinado militarista, que lucharía con la misma honestidad y convicción subjetivas por una América que avanzara hacia la democracia que por

una América que se encaminara hacia el fascismo.

En 1943, el capitán Rickenbacker realizó una visita oficial a la Unión Soviética. Una vez de regreso, el *New York Times* del 18 de agosto publicó un extenso artículo sobre las impresiones de Rickenbacker. Cito:

> […] El capitán Rickenbacker señaló que mientras en los últimos años Rusia ha ido hacia la derecha, los Estados Unidos, en el mismo tiempo, «han tendido hacia la izquierda».
>
> —Si se mantiene esa tendencia, verán ustedes a Rusia emergiendo de esta guerra como la mayor democracia del mundo, mientras que si nosotros seguimos por el camino que hemos

emprendido, nos encontraremos donde ellos estaban hace veinticinco años —declaró.

—¿Sugiere usted que Rusia avanza hacia el capitalismo, mientras que nosotros vamos hacia el bolchevismo? —se le inquirió.

—Sí, en cierto sentido —respondió.

[…] Entre las cosas que le impresionaron particularmente en Rusia se encuentran la disciplina de hierro en las plantas industriales, los severos castigos por el absentismo crónico, hasta llegar al traslado de los ausentes de su puesto de trabajo a la asistencia social, los incentivos materiales, las horas extras obligatorias y la ausencia de «problemas laborales».

—Los rusos —dijo el capitán Rickenbacker— trabajan ocho horas diarias, seis días y medio a la semana,

con tres horas adicionales por día.

[…] —El bolchevismo en Rusia no es lo que los entusiastas simpatizantes comunistas de aquí nos han hecho creer. Durante los últimos doce meses ha habido un evidente y constante avance hacia la derecha. En ningún lugar del mundo he visto tanto respeto por la jerarquía en el ejército como el que pude observar en Rusia, desde abajo hasta arriba, lo cual lleva al capitalismo y a la democracia. Los uniformes de los oficiales han sido copiados en buena medida de los antiguos modelos zaristas, y la prensa está vendiendo héroes prerevolucionarios a la gente.

Hemos aprendido a escuchar voces conservadoras, a comprenderlas y a darles la razón en los puntos en que la

tienen. A la vez hemos aprendido a comprender de qué modo surgen hechos conservadores y evoluciones reaccionarias de la biopatía de las masas humanas. Nos diferenciamos de un hombre autoritario y disciplinado como Rickenbacker porque el descubrimiento de estos hechos no nos provoca ninguna alegría. En cambio, buscamos los procesos naturales que no deben quedar sepultados, para que el hombre que se atiene a la disciplina no tenga razón. Si en la Unión Soviética domina la democracia concebida tal como la que describe Rickenbacker, nada queremos tener que ver con ella. No se pueden igualar los términos

«capitalismo» y «democracia». No se puede inferir la libertad a partir de la destreza bélica. No se puede alabar a la Unión Soviética actual y rechazar el desarrollo de la democracia social rusa en tiempos de Lenin, sin cerrarse toda posibilidad de aclarar la situación. Ante todo, hay que conocer la historia de un país y su cruenta lucha por liberarse de la esclavitud, para no afirmar disparates como los antes citados. Rickenbacker recomienda la Unión Soviética de 1943 como un modelo para América. La recomienda porque le molesta el absentismo en las empresas americanas. Le impresiona la facilidad con que la dictadura parece solucionar las

dificultades sociales. Pero si ello es así, ¿a qué viene el parloteo sobre la libertad, la guerra de liberación, el nuevo mundo? Esta confusión lingüística babilónica es una consecuencia de la politiquería. Finalmente, quiero hacer a tiempo una advertencia sobre la gran probabilidad de que, si las cosas siguen así, América entre en guerra con Rusia. Esta Rusia no tolerará a su lado ni una América auténticamente democrática ni una genuina democracia en Alemania. Uno de los muchos motivos será la mala conciencia que pesa gravemente sobre la dirección de un Estado que salió a conquistar la libertad para el mundo y terminó en el antiquísimo chauvinismo

que los fundadores de la Unión Soviética habían combatido con tanta energía.

11

¡DAD RESPONSABILIDAD AL TRABAJO VITALMENTE NECESARIO!

Las condiciones sociales han vuelto a adquirir fluidez en todas partes. La caída del Führer, del irracionalismo político italiano ha inaugurado este proceso. Tarde o temprano le seguirá la caída del irracionalismo político alemán. El proceso de la reconstrucción social en Europa comenzará con un vacío en la vida social caracterizado esencialmente por un caos político. Hay que preparar a tiempo el cumplimiento del deber social del trabajo por parte de los trabajadores de todas las profesiones y organizaciones de vital importancia, para que pueda dominarse

este caos social. No hay que suponer que alguno de los partidos políticos tradicionales, o de los nuevos que se vayan creando, será capaz de gestar un reordenamiento *efectivo* y racional de las condiciones sociales. Por eso es necesario que, en cuanto las circunstancias lo permitan, los representantes más destacados y prudentes de todas las ramas laborales de vital importancia no atados a ninguna línea política, se reúnan en conferencias nacionales e internacionales para discutir y resolver las tareas prácticas de la vida individual y social de las que son responsables, en una cooperación propia de la democracia laboral. Una

vez que esas conferencias de trabajo apolíticas y estrictamente prácticas hayan comenzado a funcionar, las cosas se desarrollarán por sí mismas con la lógica y consecuencia propias del trabajo objetivo y racional. Desde hace tiempo ha quedado claro, y de modo independiente en diversas partes de Europa y América, que la responsabilidad de todo el desarrollo futuro recae pura y exclusivamente sobre el trabajo vitalmente necesario de todas las ramas profesionales, esto es, sobre las espaldas de sus representantes, y no sobre alguna corporación que sólo se caracterice por su orientación ideológica.

1. ¿Qué es la democracia laboral?

La democracia laboral es el proceso natural del amor, el trabajo y el conocimiento, que gobernó, gobierna y gobernará la economía, la vida social y la vida cultural de los hombres mientras exista una sociedad. La democracia laboral es la suma de todas las funciones vitales que han crecido de un modo natural, se desarrollan de un modo natural y gobiernan orgánicamente las relaciones interhumanas naturales.

La democracia laboral no es un sistema ideológico. Tampoco es un

sistema «político» que pueda ser impuesto a una sociedad mediante la propaganda de partidos, políticos individuales o grupos cualesquiera con una ideología común. No hay una sola medida política formal mediante la que pueda «introducirse» la democracia laboral. No puede ser introducida del mismo modo que se instaura una república o una dictadura totalitaria, y esto por un simple motivo: *La democracia laboral natural está siempre presente y funciona sin cesar, más allá de que tal o cual partido político o grupo conozca o no, de su existencia*. El proceso de la democracia laboral natural puede estar en total

contradicción con las instituciones sociales o estar de acuerdo con ellas en mayor o menor grado. Pero en todas partes donde funciona este proceso de la democracia laboral, exige que las ideologías e instituciones sociales armonicen con las necesidades y relaciones interhumanas naturales, del modo en que se expresa claramente en el amor natural, en el trabajo social vitalmente necesario y en la ciencia natural. Estas funciones sociales vivas pueden ser refrenadas o fomentadas; los hombres trabajadores pueden tener, o no, conciencia de ellas. Pero *jamás se las puede destruir*. Por tanto, constituyen la base sólida de todo

proceso social racional.

Los sistemas ideológicos políticos se basan sobre visiones del proceso natural de la vida. Pueden refrenar o fomentar el proceso vital natural. De todos modos, ellos mismos no funcionan *en el fundamento* de la sociedad humana. Pueden ser democráticos; en ese caso fomentan el proceso vital natural de los hombres. Y pueden ser dictatoriales y autoritarios; en ese caso se verán envueltos en un conflicto mortal con este proceso.

La democracia laboral no puede imponerse como sistema político. En todos los trabajos vitalmente necesarios, los que trabajan son conscientes de su

responsabilidad por el acontecer social, o esta conciencia crece orgánicamente, como un árbol o el cuerpo de un animal. Este crecimiento de la conciencia de la responsabilidad social es la condición más importante para que los sistemas políticos no proliferen como tumores en el organismo social; tales sistemas políticos tarde o temprano *tienen que* provocar el caos social. Por otra parte, esta conciencia de la responsabilidad es la condición más importante para que las instituciones de la sociedad humana vayan armonizando poco a poco con las funciones naturales de la democracia laboral. Los sistemas políticos nacen y mueren sin que cambien cosas

esenciales en el fundamento de la vida social y sin que ésta deje de funcionar. Sin embargo, el pulso de la sociedad humana se detendría para siempre si las funciones vitales naturales del amor, el trabajo y el conocimiento se interrumpieran durante un solo día.

El amor natural, el trabajo necesario para la vida y la investigación de la naturaleza son funciones vitales *racionales*. Por esencia no pueden ser sino racionales. Por tanto, se oponen diametralmente a cualquier tipo de irracionalidad. El irracionalismo político, que infesta, desfigura y destroza nuestra vida es, en el genuino sentido psiquiátrico, una perversión de

la vida social, una perversión provocada por el no-reconocimiento y la exclusión de las funciones vitales naturales de la regulación y determinación de la vida social.

Todo tipo de dominación totalitario-autoritario se funda sobre el irracionalismo inculcado en las masas humanas. Toda concepción política dictatorial, sea quien fuere el que la represente, odia y teme a su enemigo mortal: odia y teme las funciones del amor, el trabajo y el conocimiento. No pueden coexistir. La dictadura sólo puede reprimir las funciones naturales de la vida, o explotarlas para sus propósitos de dominación; pero jamás

las puede fomentar o proteger y, menos aún, ejercerlas ella misma, sin cavarse su propia fosa.

De esto se desprende que:

1) No es necesario, y sólo sería catastrófico, introducir nuevos sistemas de concepciones políticas. Lo que hay que lograr es la coordinación de las funciones vitales naturales con la regulación de los procesos sociales futuros. No hace falta crear nada nuevo; simplemente debemos apartar los obstáculos que ponen trabas a las funciones sociales naturales, sea cual fuere la forma de estos obstáculos.

2) Los representantes de estas funciones naturales de la vida son los

mejores trabajadores de todas las ocupaciones necesarias para la vida. No son sus inclinaciones políticas personales las que les permiten funcionar de manera democrático-laboral, sino exclusivamente su actividad como obreros industriales, granjeros, maestros, médicos, educadores de párvulos, escritores, administradores, técnicos, científicos, investigadores, etc. Si los representantes del trabajo vitalmente necesario se unieran en una corporación internacional, dotada social y legalmente de una autoridad objetiva, ello significaría el fin, el inevitable fin del irracionalismo político internacional.

3) La producción y el consumo sociales están interrelacionados orgánica y naturalmente. El establecimiento de corporaciones que dieran una expresión práctica y formal a esta interrelación natural constituiría una firme garantía social contra nuevas catástrofes provocadas por el irracionalismo. La responsabilidad por el desarrollo de la satisfacción de las necesidades humanas recaería exclusivamente en los consumidores y los productores; no sería necesario que se la impusiera una administración estatal autoritaria contra su voluntad y bajo protesta. Esta aceptación de la responsabilidad por el propio destino,

representada en las corporaciones del consumo y la producción en todos los terrenos (corporaciones que ya existen y que no deben ser creadas), sería un paso decisivo para establecer la autoadministración democrático-laboral de la sociedad. Puesto que todos los procesos laborales son interdependientes y están orgánicamente entrelazados; puesto que, además, el consumo determina la producción, está ya presente en la base social una organización que ha crecido naturalmente, que funciona de modo orgánico, y es la única capaz de asumir la responsabilidad por la ulterior evolución social en Europa.

4) La democracia laboral natural no es ni «de izquierdas» ni «de derechas» en el terreno político. Abarca a todos los que realicen un trabajo vitalmente necesario, por lo que está orientada exclusivamente *hacia delante*. Por su naturaleza, no tiene la intención de oponerse a las ideologías y tampoco a las ideologías políticas; pero su naturaleza también determina que, para que pueda funcionar, deba enfrentarse con estricta objetividad a toda tendencia ideológica y, ciertamente, a todo partido político que la obstruya de manera irracional. En el fondo, sin embargo, la democracia laboral no está «*en contra*», como suele suceder en política, sino que

está *a favor* de la formulación y solución concreta de problemas.

2. ¿Qué hay de nuevo en la democracia laboral?

No son nuevas la idea de que la democracia es la mejor forma posible de la convivencia social, ni la de que el trabajo y el consumo son las bases naturales de la existencia social; ni tampoco su actitud antidictatorial, ni su voluntad de luchar por los derechos naturales de todos los hombres trabajadores de todas las naciones del planeta. Por todas estas reivindicaciones, ideales, programas, etc., han abogado desde hace siglos las organizaciones liberales, las socialistas,

las originariamente comunistas y otras organizaciones políticas.

Lo que hay de nuevo en la democracia laboral es que sus representantes no fundaron partidos políticos para tratar de obtener una organización democrático-laboral por la fuerza, ni se dieron por satisfechos con la mera repetición ideológica de estas viejas vindicaciones, ideales y programas. Lo nuevo es que los demócratas laborales se preguntaron de manera auténticamente *científica* por qué hasta ahora todos los programas, reivindicaciones e ideales democráticos han sufrido tantos fracasos y han tenido que ceder su lugar en Europa y Asia a

dictaduras reaccionarias.

Lo nuevo es que por primera vez en la historia de la sociología un futuro orden *posible* de la sociedad humana no se deriva de ideologías o de condiciones que deban crearse, sino de procesos naturales presentes y en desarrollo desde siempre. Lo que hay de nuevo en esta «política» es el *rechazo de toda política y toda demagogia*. No se despoja a las masas trabajadoras de su responsabilidad social; por el contrario, *se las carga* con esa responsabilidad. Los demócratas laborales no tienen ambiciones de convertirse en Führer políticos, ni se les permite desarrollar semejantes

ambiciones. Es nuevo que la democracia laboral convierta conscientemente la democracia formal (que se expresa en la mera elección de representantes del respectivo credo político, sin una responsabilidad ulterior por parte de los electores) en una democracia auténtica, real y práctica a escala internacional, sustentada por el desarrollo orgánico y progresivo de las funciones del amor, el trabajo y el conocimiento. Y también es nuevo el hecho de que no combata el misticismo y la idea del Estado totalitario a través de actitudes políticas, sino mediante funciones vitales prácticas que responden a sus propias leyes.

La democracia laboral aporta un conocimiento decisivo al ideario de la libertad: las masas humanas que trabajan y llevan la carga de la existencia social no son conscientes de su responsabilidad social ni capaces de asumir la de su propia libertad. Éste es el resultado de la milenaria opresión del pensamiento racional, de las funciones naturales del amor y de la comprensión científica de lo vivo. Todo lo que hay de peste emocional en la vida social deriva de esta incapacidad y falta de conciencia. Es nueva también la afirmación de que la política es y tiene que ser de por sí y en sí no-científica, es decir, que es una expresión del

desvalimiento, la pobreza y la opresión de los hombres.

En una palabra: la democracia laboral es una función básica biosociológica y natural de la sociedad, una función que se ha descubierto, y no un programa político.

Soy el único responsable de este breve resumen y exposición.

12

EL CALCULO BIOLÓGICO ERRÓNEO EN LA LUCHA HUMANA POR LA LIBERTAD

El hombre es un pobre diablo. Pero no lo sabe. Si lo supiera, ¡qué pobre diablo que sería!

PALLENBERG

1. Nuestro interés por el desarrollo de la libertad

Este ensayo quiere hacer constar un cálculo biológico erróneo que, según nos enseña la historia, han cometido hasta ahora todos los movimientos por la libertad; es un error de cálculo que ahogó los esfuerzos liberadores en su propio germen o frustró regímenes de

vida social satisfactorios que ya habían sido alcanzados. Esta empresa se basa en la convicción de que únicamente la *democracia laboral* puede crear los fundamentos de una libertad *auténtica*. Por mi experiencia en discusiones sociales me parece probable que se me tome a mal el revelar lo erróneo de este cálculo. Mi exposición plantea las más elevadas exigencias a la voluntad de cada cual para averiguar la verdad; significa en la práctica un gran esfuerzo en la lucha diaria por la existencia; *transfiere toda la responsabilidad social a los hombres y mujeres que trabajan en las fábricas, granjas, clínicas, oficinas, laboratorios, etc.*

Nuestra experiencia nos dice que los hechos de naturaleza *fundamental*, es decir, los hechos que trascienden la politiquería cotidiana y conciernen a la prehistoria de la humanidad y hasta a su constitución biológica, suelen ser rechazados con diversos argumentos, pero en el fondo siempre por un motivo irracional. Si reina la paz, si todo sigue su curso tranquilo, se dice: «De todos modos, las cosas van bien; la Liga de las Naciones nos asegura la paz, los diplomáticos solucionan de modo pacífico los conflictos internacionales, los generales son meramente decorativos. ¿Para qué, pues, plantear cuestiones que tendrían importancia sólo

en caso de guerra? Acabamos de concluir una guerra para suprimir todas las guerras y, por tanto, no hay motivo para enfadarse». Cuando estos argumentos resultan ser ilusiones, cuando han fracasado la Liga de las Naciones y la diplomacia, y una nueva guerra, la más extensa y brutal que conoce la historia, está haciendo estragos, toda la atención está puesta en «ganar la guerra». Se dice: «Primero tenemos que ganar la guerra. Ahora no hay tiempo para verdades profundas. Las tomaremos en consideración en cuanto hayamos ganado la guerra, pues entonces también tendremos que ganar la paz». Es decir: se separa pulcramente el

guerrear y el triunfar, el finalizar las hostilidades y el concluir la paz, y sólo después se quiere conquistar la paz. No se quiere ver que es precisamente *durante la guerra cuando tienen lugar esas convulsiones sociales profundas que destruyen viejas instituciones y transforman a los hombres* y que, por tanto, *las semillas de la paz germinan en las devastaciones de la guerra*. Las ansias de paz del ser humano nunca son tan fuertes como durante una guerra. Por tanto, en ningún otro estado de la sociedad existen tantos y tan vigorosos impulsos para modificar las circunstancias que generan las guerras. El hombre aprendió a construir represas

cuando padeció inundaciones. *La paz sólo se puede construir durante la guerra, ahora y de inmediato.*

En vez de aprovechar a tiempo las enseñanzas de la guerra para construir un nuevo mundo, se postergan decisiones importantes hasta que los diplomáticos y los políticos están tan ocupados con tratativas de paz y reparaciones, que nuevamente no hay tiempo para considerar los «hechos profundos». Pues —así se dice en el período de transición entre la guerra y la paz ficticia— «primero hay que reparar los destrozos causados por la guerra, las empresas tienen que readaptar su producción bélica a los tiempos de paz,

estamos atiborrados de trabajo. Posterguemos estos problemas para cuando tengamos nuevamente todo instalado en forma pacífica». En el ínterin se olvidan las enseñanzas de la guerra y todo queda dispuesto de tal modo que en el curso de *una* generación estalla una nueva guerra aún más terrible y, junto con ella, aparece la «falta de tiempo» para ocuparse de las «verdades profundas». Las emociones de los tiempos de guerra pronto vuelven a convertirse en la rigidez y apatía emocionales de siempre.

Quien, como yo, haya vivido estas «faltas de tiempo» y estos argumentos por segunda vez en el curso de una vida

de cuarenta y cinco años; quien reconozca en la nueva catástrofe todos los rasgos de la guerra anterior; quien —aunque a disgusto— deba admitir que desde la primera catástrofe en el fondo no ha cambiado nada (salvo el mejoramiento de los medios para matar y un desarrollo más extendido de los sadismos humanos), llegará inevitablemente a la conclusión de que *por algún extraño motivo, las masas no quieren ir al fondo del secreto de las guerras* y temen las verdades que podrían procurarles la dolorosa curación.

A la gente le gusta considerar la guerra como una «tormenta social».

Dicen que «limpia» la atmósfera, tiene sus grandes ventajas, «fortalece a la juventud», incita al coraje. Por lo demás —siguen diciendo—, siempre ha habido guerras y siempre las habrá. Son acontecimientos de origen biológico, pues, según Darwin, existe una «lucha por la existencia».

Si ello es así, ¿por qué se organizan conferencias de paz? Dicho sea de paso, jamás he oído decir que los osos o los elefantes se dividan en dos bandos y se aniquilen unos a otros. *En el reino animal no hay guerras entre ejemplares de una misma especie. Igual que el sadismo, la guerra entre congéneres es una aportación del «hombre*

civilizado». No, lo cierto es que por algún motivo los hombres evitan rastrear las causas de la guerra. E, indudablemente, hay métodos mejores que la guerra para lograr que la juventud sea sana y fuerte, como por ejemplo una vida sexual gratificante, un trabajo placentero y seguro, el deporte universal y la liberación de la peste de los chismes de viejas solteronas. En suma, esos argumentos no son más que palabras.

¿De qué hecho se trata?

¿Por qué los hombres le temen?

¿Es posible que en su fuero íntimo todos los hombres conozcan este hecho, pero que no osen confesárselo ni a sí

mismos ni a los demás?

Este hecho se expresa en lo siguiente: *a causa de una milenaria desfiguración social y educacional, las masas se han aniquilado biológicamente y han perdido su capacidad para ser libres; no son capaces de establecer una coexistencia pacífica*.

Esta sucinta afirmación no sólo contiene la respuesta a las tres preguntas antes formuladas, sino que además suena cínica y desesperanzada. Nadie quiere percibir este hecho; ni siquiera quieren oírlo. Ningún estadista democrático sabría qué hacer con él. Todo hombre sincero lo conoce. *Todos los dictadores*

han erigido su poder sobre la falta de responsabilidad social de las masas. La han aprovechado conscientemente y sin ocultarlo. Durante años, más de la mitad de las masas civilizadas de Alemania conocieron la afirmación de que la masa sólo devuelve lo que se le inculca. Su reacción fue una lealtad sumisa. La masa es la que ha conducido a esta situación ignominiosa. Es ridículo afirmar que el gran jefe psicópata *por sí solo* haya podido abusar de setenta millones de personas.

«¿Cómo? —dirá el politicastro y benefactor de la humanidad—; ¿decís que los americanos son incapaces de ser libres? ¿Y los heroicos rebeldes en

Checoslovaquia y en Yugoslavia, los comandos británicos, los mártires noruegos, los ejércitos de la Rusia soviética? ¿Cómo os atrevéis a ofender tan gravemente a las democracias?».

No nos referimos a grupos militares, a gobiernos, minorías, a científicos o pensadores individuales. Cuando de la auténtica libertad social se trata, no importan los grupos. *El curso de la sociedad es determinado pura y exclusivamente por la mayoría de los hombres que trabajan*, tanto cuando toleran pasivamente la tiranía como cuando la apoyan activamente. Las *masas mismas*, ¿son acaso capaces de administrar la sociedad, sin que sus

estadistas o partidos les digan cómo y qué es lo que deben hacer? La masa es capaz de gozar de las libertades *dadas*, de realizar un trabajo *asignado* y de estar en contra de la guerra y a favor de la paz. Pero hasta ahora ha sido incapaz de proteger el trabajo social contra los abusos, reglamentarlo a través de sus propias organizaciones, promover un desarrollo rápido y progresivo, impedir las guerras, dominar su propia irracionalidad, etc.

Es incapaz de hacerlo porque hasta ahora jamás ha estado en condiciones de adquirir y ejercitar esta capacidad. Y no hay otra respuesta a esta guerra que la autoadministración de la sociedad a

través de las masas estructuradas en organizaciones de producción y de consumo. *Quien tome a las masas en serio exigirá que sean plenamente responsables, pues sólo ellas tienen intenciones de vivir en paz*. Ahora bien: al amor de la paz debe agregarse la *capacidad* responsable de la libertad.

Por amarga que sea esta verdad, hay que decir que el fascismo se encuentra bajo la forma de la falta de responsabilidad en las masas de todos los países, naciones, razas, etc. El fascismo es el resultado de la desfiguración milenaria de los seres humanos. Podría haberse desarrollado en cualquier país, en cualquier nación.

No es un rasgo de carácter específicamente alemán o italiano. Se manifiesta en cada ser humano. La expresión austríaca de «*Da kann man halt nix machen*»[50] señala este hecho del mismo modo que la americana de «*Let George do it*». Que este hecho se deba a una antigua evolución social no modifica en nada el hecho mismo; no podemos responsabilizar a «evoluciones históricas» en vez de a los propios hombres vivientes. Los movimientos socialistas de liberación sucumbieron precisamente por trasladar la responsabilidad a la «evolución histórica», en vez de conferírsela a los hombres vivientes. Los *acontecimientos*

de los últimos veinte años exigen la responsabilidad de las masas populares trabajadoras.

Si por «libertad» entendemos sobre todo la *responsabilidad de cada ser humano de que el encauzamiento de la existencia personal, laboral y social sea racional*, podemos decir que *no hay nada que cause un miedo mayor que la instauración de la libertad general*. Si no rescatamos y respondemos sin miramientos esta cuestión central, jamás habrá una paz que dure más de una o dos generaciones. La solución social de este problema consumirá más razonamientos, más decencia, más escrupulosidad, más cambios económicos, educativos y

sociales en la vida social de las masas, que la suma de todos los esfuerzos de todas las guerras pasadas y futuras, y de los programas de reconstrucción después de las guerras. Este problema y su solución contienen todo aquello que los más audaces y sufridos pensadores de la historia intentaron comprender bajo el concepto de revolución social internacional. Somos los protagonistas y los que cargamos con los sufrimientos de una gigantesca transformación social. Ya que hay que sufrir, que por lo menos «sangre, sudor y lágrimas» tengan un objetivo racional. Este objetivo reza: *¡Que las masas trabajadoras sean responsables de la vida social!* Esta

conclusión se desprende —con una lógica estricta— de las siguientes apreciaciones:

a) *todo acontecer social está determinado por la actitud de las masas*;
b) *la masa es incapaz de ser libre*;
c) *cuando la masa alcance por sus propios medios la capacidad para ser libre, esto significará la auténtica libertad social*.

¿Qué es lo que me empuja a abandonar la actitud general de ocultamiento de estos hechos universalmente conocidos, sobre todo

cuando no tengo aspiraciones de liderazgo político?

Existen diversos motivos. Durante muchos años me resistí a hacerlo, porque temía las consecuencias. Una y otra vez postergué la formulación escrita de estas ideas. Trataba de hallar excusas diciéndome que, después de todo, no era un político, y que la política no me incumbía; o que estaba demasiado ocupado con mi biofísica orgónica y no debía recargarme con un problema social básico penoso, ingrato y sin perspectivas inmediatas de solución. Intenté convencerme de que era mi oculta ambición política la que me llevaba a inmiscuirme en el vórtice de

las ideologías políticas irracionales; y no quería ceder a semejante ambición. ¡Tarde o temprano, los políticos y estadistas responsables harían patentes estas cuestiones!

Tras muchos años de penosas y agobiantes vacilaciones e intentos de evadir la formulación de este hecho, finalmente tuve que ceder ante la presión que la investigación de los fenómenos vitales ejercía sobre mí y mis colaboradores. Existe un deber de manifestar la verdad; ningún otro deber, por muy estimado que sea, puede medirse con aquél. Cumplir con este deber es tanto más difícil por cuanto tales comunicaciones de la verdad, en

vez de ser consideradas como algo natural, tal y como están las cosas hacen que quien las formula corra peligro de muerte.

En el fondo, esto no es más que una recopilación de hechos que conocíamos desde hacía tiempo, aunque sin relacionarlos:

a) La humanidad está biológicamente enferma.

b) La política es la expresión social irracional de esta enfermedad.

c) Todo lo que sucede en la vida social está determinado activa o pasivamente, voluntaria o involuntariamente, por la estructura de las masas.

d) Esta estructura del carácter se ha formado a través de procesos socioeconómicos, que a su vez son cimentados, perpetuados por aquélla. La estructura caracteriológica biopática de los hombres no es más que la fosilización del proceso histórico autoritario. Es la reproducción biofísica de la opresión de las masas.

e) La estructura humana está animada por la contradicción entre el anhelo de libertad y el temor a la libertad.

f) El miedo a la libertad de la masa humana se expresa en la rigidez biofísica del organismo y en la inflexibilidad del carácter.

g) Toda forma de liderazgo social no es sino la expresión social de una u otra cara de esta estructura de las masas.

h) Lo que ha arruinado el funcionamiento biológico de los hombres no es el tratado de paz de Versalles, o los pozos petrolíferos de Bakú, o doscientos o trescientos años de capitalismo, sino cuatro o seis milenios de civilización mecanicista y autoritaria.

i) Las ambiciones de dinero y de poder son un sustituto de la felicidad de amor no satisfecha, sustentadas por la rigidez biológica de las masas.

j) La represión de la vida sexual natural de los niños y adolescentes sirve a la estructuración de protagonistas y

reproductores voluntarios de la civilización mecanicista y autoritaria.

k) Miles de años de opresión humana están comenzando a ser eliminados.

Éstos son más o menos los resultados de nuestra investigación del carácter y de su vinculación con el acontecer social.

Tenemos un triple interés en el desarrollo de un mundo libre: personal, objetivo y social.

l) El interés *personal* está determinado porque vemos amenazada nuestra existencia como miembros de esta sociedad mortalmente enferma. Quienes como yo ya en la Primera

Guerra Mundial perdimos nuestro hogar paterno, nuestra familia y nuestros bienes, quienes experimentamos tres años y medio de masacres, quienes vimos morir y perderse a muchos amigos, y participamos en migraciones masivas y destrucciones de bienes, etc., comprendemos cuánto tienen que sufrir hoy día millones y millones de personas en este planeta. ¡Queremos que cese este oprobio! ¡Es un oprobio el hecho de que un puñado de delincuentes prusianos y neuróticos perversos, que funcionan como Führer de tal o cual clase, puedan explotar el desvalimiento social de cientos de millones de personas trabajadoras y decentes! Y el oprobio es

aún mayor si tenemos en cuenta que estos mismos millones de hombres y mujeres son los que —inconsciente e ingenuamente— facilitan a estos maleantes el acceso al poder (también fuera de las fronteras de Alemania). No queremos más que realizar nuestro trabajo en paz, amar sin peligro a nuestras mujeres y a nuestros maridos, educar a nuestros niños sin los efectos de la peste; en una palabra, no queremos que en esta corta vida unos pocos delincuentes políticos nos perturben, nos engañen o nos tomen el pelo. ¡No queremos que la política siga destruyendo nuestras vidas! ¡De una vez para siempre!

2) Los protagonistas de la peste fascista han comprendido la incapacidad de libertad de las masas y la han presentado como un *hecho biológico absoluto*. Han implantado en el mundo unas teorías raciales seductoras e irracionales, dividiendo a la humanidad en razas superiores e inferiores biológicamente inmutables. Y aquellos más enfermos o más criminales, se han conferido a sí mismos el título biológico de «superhombres». Tenemos la respuesta a esta impostura: *la teoría racial es una visión mística de la vida. La alegría natural del amor y la seguridad vital del hombre serán los verdugos de esta visión*.

3) Nuestro instituto se halla ante una tarea trascendental. Tenemos que prepararnos para dos posibilidades fundamentalmente distintas:

a) En caso de que, a pesar de todo, esta Segunda Guerra Mundial haga salir finalmente a la superficie la respuesta al caos social y la haga llegar a la conciencia social, nos llamarán para cumplir grandes tareas. En este caso, tendremos que asumir una enorme responsabilidad. Para ello debemos *prepararnos* a tiempo. Tenemos que tener una clara idea de nuestras tareas. Para no fracasar, debemos tener claramente ordenadas nuestras experiencias en lo referente a reacciones

humanas y a los efectos de la peste fascista. Una tarea de esta índole sólo puede concretarse en el marco de la lucha general por el restablecimiento de la libertad *auténtica*. Si nos entregáramos a la ilusión de que los hombres tienen una estructura que les permita ser libres y autoadministrar su vida en todo momento, y que, por lo tanto, no se necesita más que destruir la plaga del fascismo de partido para que funcione la libertad social y la justicia prevalezca sobre la injusticia, la verdad sobre la mentira, la decencia sobre la vileza, entonces indudablemente sucumbiríamos junto con todo lo que se basa en semejantes ilusiones. *La*

evolución hacia la libertad exige una brutal ausencia de ilusiones, pues sólo entonces logrará eliminar la irracionalidad en las masas humanas y restablecer en ellas la capacidad de asumir su responsabilidad y de ser libres. Idealizar a las masas y compadecerse de ellas no haría más que regenerar una y otra vez la desgracia.

En Europa, organizaciones liberadoras de todos los matices se comportaban ante esta enfermedad de las masas como un curandero ante un paralítico, tratando de convencerle de que en realidad *no* está paralítico y podría bailar sin más una polka si no existiera el lobo malo (en 1914, el

fabricante de armas; en 1942, el gran jefe psicópata). Al paralítico le gustará oír semejante consuelo, pero no podrá caminar un solo paso. El médico *decente* procedería de modo «brutal»; evitaría cuidadosamente crearle falsas ilusiones al paciente. Trataría de establecer por todos los medios de qué tipo de parálisis se trata y decidir si se puede curar, Si en principio se puede, hallará los medios para hacerlo.

El dictador fascista declara que las masas son biológicamente inferiores, ávidas de autoridad, es decir, que en el fondo son esclavas por *naturaleza*, y que por eso la única posibilidad de gobernarlas es un régimen totalitario y

dictatorial. Resulta significativo el hecho de que todos los dictadores que hoy día reducen el mundo a la miseria provengan de las capas oprimidas de la población. Conocen muy bien esta enfermedad de las masas. Pero les falta una comprensión de los procesos naturales y de la evolución, y la voluntad de investigar la verdad, de modo que jamás se les ocurriría querer *cambiar* estos hechos.

Por otra parte, los dirigentes formalmente democráticos cometieron el error de considerar como un hecho, la capacidad de libertad de las masas, con lo cual se privaron de toda posibilidad de establecer la capacidad de libertad y

la autorresponsabilidad de las masas mientras estuvieron en el poder; se hundieron en la catástrofe y nunca volverán.

Nuestra respuesta es *científica y racional*. Se basa en el hecho de la incapacidad de las masas para ser libres, pero no lo considera absoluto, inmutable e innato —como hace el misticismo racial—, sino una consecuencia de condiciones de vida sociales y, por tanto, *modificables*.

De aquí se desprenden dos tareas importantes:

1. La elaboración y el esclarecimiento de las formas bajo las que se manifiesta la incapacidad de

libertad de los hombres.

2. La elaboración de las herramientas médicas, pedagógicas y sociales para establecer la *capacidad* de libertad de modo cada vez más profundo y extenso.

En este punto se hará una relación de los «errores» de los gobiernos democráticos: el pactar con la peste dictatorial, las muchas traiciones cometidas contra aliados democráticos (Inglaterra-España, Rusia-Checoslovaquia, etc.), el predominio de los intereses comerciales por encima de los principios (petróleo ruso para Italia durante la guerra de Etiopía, petróleo mexicano para Alemania durante la

guerra civil antifascista española, hierro sueco para la Alemania nazi, hierro y carbón americanos, etc., para el Japón), el comportamiento de los ingleses en Burma y la India, etc., la fe religioso-mística de socialistas y comunistas, etc. Estos «errores» pierden su importancia si los comparamos con los errores de las masas humanas, su apatía social, su pasividad, sus ansias de autoridad, etc. Recalquémoslo una vez más: *las masas trabajadoras son las únicas responsables de todo lo que ocurre, tanto de lo bueno como de lo malo*. No son sólo las que soportan la guerra, sino también las que la generan. De esta responsabilidad se desprende

necesariamente que *sólo las masas trabajadoras pueden establecer una paz duradera*. El punto esencial para lograrla no puede ser sino la extirpación de la incapacidad de libertad, extirpación que sólo puede ser emprendida por las propias masas. *Las masas incapaces de libertad necesitarán obtener poder social para poder adquirir la capacidad para ser libres y asegurar la paz*. Ésta es la contradicción y su solución.

b) En caso de que el final de ésta *no* haga salir a la superficie los hechos básicos de la conciencia social y las viejas ilusiones subsistan, es de suponer que nuestra situación actual no cambiará

mucho. En ese caso no podremos dejar de llegar a la conclusión de que las «píldoras» ilusorias —las libertades *formales*, las alegrías *formales* y la democracia *formal*— engendrarán en breve nuevas dictaduras y una nueva guerra. Entonces seguiremos a esta miseria social en el «aislamiento» y en la oposición, pero nuestra tarea no será más fácil. En medio del marco general de ilusiones deberemos conservar una actitud personal y objetivamente honesta. Deberemos luchar duramente por conservar *puras* nuestras ideas sobre la naturaleza del hombre y por profundizarlas. No será fácil para los trabajadores de la biofísica orgónica, la

psicología estructural y la economía sexual, sustraerse a las influencias de las ilusiones y conservar *puros y límpidos* sus conocimientos para las generaciones futuras. Estos conocimientos deberán estar presentes en una forma que permita su utilización práctica, si la comprensión de la peste psíquica masiva finalmente llegara a hacerse valer después de la sexta, duodécima o vigésima guerra mundial. En ese caso, no legaremos a nuestros herederos actos heroicos, condecoraciones de guerra, «recuerdos heroicos» ni experiencias de combatientes del frente de batalla, sino un conocimiento modesto, poco

llamativo, no vocinglero, pero *cargado de futuro*. Esta tarea también puede llevarse a cabo bajo las peores condiciones sociales. *Evitemos que la generación que esté madura para dominar la peste emocional cometa errores innecesarios y tenga que procurarse, en una nueva y ardua labor, las respuestas a los argumentos de la peste. Deseamos que pueda recurrir a viejas verdades dejadas de lado, y conformar su vida de modo más honesto y decente que la generación de 1940.*

En este punto, varios amigos nos preguntarán: «¿Por qué diablos no lucháis por el poder social para imponer

la importante verdad que habéis descubierto? ¿No es una cobardía por vuestra parte asumir una actitud política pasiva cuando afirmáis haber descubierto un hecho de vital importancia? ¡Luchad por conseguir puestos como ministros de higiene, funcionarios de enseñanza y educación, estadistas, etc!».

Comprendemos este argumento. Muchos de nosotros nos lo hemos planteado una y otra vez. Nos ha costado muchas noches de insomnio. El dilema es el siguiente:

Sin el poder para ponerlas en práctica, las verdades no sirven de nada; seguirán siendo académicas.

El poder, sea cual fuere su naturaleza, si no está basado en la verdad es una dictadura, en mayor o menor grado, de uno u otro modo, pues siempre se basa en el miedo de los hombres a la responsabilidad social y a la carga personal que significa la «libertad».

El poder dictatorial y la verdad no van juntos; se excluyen mutuamente.

Es un hecho histórico que la verdad siempre ha muerto cuando sus protagonistas ganan el poder social. *El «poder» siempre significa la sumisión de otros*. Pero los hechos verdaderos jamás pueden imponerse mediante la sumisión, sino sólo mediante la

persuasión. Esto lo hemos aprendido de las revoluciones francesa y rusa. Ni una sola de sus verdades sobrevivió más de unas décadas. En su época, Jesús representó una verdad inmensa. Esa verdad murió en el mundo cristiano cuando Jesús fue relevado por los papas. La profunda comprensión de la miseria humana de hace dos mil años dejó lugar a fórmulas nuevas, el cilicio fue reemplazado por los ornamentos cubiertos de oro, la rebelión contra la opresión de los pobres cedió su puesto al consuelo de la felicidad en el más allá. Las verdades de la gran Revolución francesa murieron en la República francesa y acabaron por

convertirse en politiquería, en la ignorancia de un Pétain o las negociaciones de un Laval. Las verdades de la economía marxista murieron en la Revolución rusa, cuando el término «Estado» sustituyó al de «sociedad», y el patriotismo nacionalista y el pacto con Hitler reemplazaron la idea de la «humanidad internacional». Murieron en Alemania, Austria y Escandinavia, pese a que los sucesores de los grandes luchadores europeos por la libertad tenían todo el poder social en sus manos. Casi cien años después del nacimiento de las verdades de los años de 1848, lo que gobierna es el producto de la vieja

basura. *El poder y la verdad no van juntos. También ésta es una verdad brutal y funesta.*

Es cierto que aquellos de nosotros que tienen experiencia política podrían luchar por el poder igual que cualquier politicastro. Pero *no nos queda tiempo, tenemos cosas más importantes que hacer*. Y no cabe duda de que el conocimiento que mantenemos como sagrado se echaría a perder en ese proceso. Para ganar el poder hay que llenar de ilusiones a millones de personas. También esto es cierto: Lenin se ganó a los millones de campesinos rusos —sin los cuales la Revolución rusa habría sido imposible— a causa de

una consigna que se contradecía con las tendencias verdaderas, colectivizantes, del partido ruso. La consigna era: «Tomad la tierra de los grandes latifundistas. Ha de ser vuestra propiedad *individual*». Y los campesinos le siguieron. No lo habrían hecho si en 1917 se les hubiese dicho que algún día esa tierra sería colectivizada. Esto lo demuestra la dura lucha por la colectivización de la agricultura rusa alrededor de 1930. En la vida social hay *grados* de poder y grados de mentira. *Cuanto mayor sea la adhesión a la verdad por parte de las masas, tanto menor será el tráfico por el poder*; cuanto más estén imbuidas de

ilusiones irracionales, tanto más extenso y brutal será el afán de poder individual.

Sería estúpido tratar de ganarse a las masas con la afirmación de que son ellas *mismas*, y no psicópatas aislados, las que tienen la culpa de la desgracia social, de que son *ellas mismas*, y no algún Führer elegido y aclamado por ellas, las responsables de su destino, de que *ellas* son las *únicas* responsables de cuanto ocurre en este mundo. Estas afirmaciones son el polo opuesto de todo cuanto han oído y absorbido hasta ahora, de modo que sería necio tratar de ganar el poder con estas verdades.

Pero lo que es *enteramente* posible es que la catástrofe mundial alcance un

estadio en que las masas se vean *obligadas a comprender la razón de su propio comportamiento social, a transformarse a sí mismas y a asumir ellas mismas la pesada carga de la responsabilidad social*. Pero entonces, *ellas mismas* ganarán poder y rechazarán con justa razón a los grupos que «conquisten» el poder «en interés del pueblo». Por tanto, no hay motivo para que luchemos por el poder.

En cambio, podemos estar seguros de que las masas nos necesitarán, nos llamarán y nos confiarán importantes funciones si alguna vez llegaran a la situación de autotransformarse racionalmente. Entonces seremos una

parte de esta masa: no sus Führer, no sus representantes electos, no sus custodios «desde arriba». Y, tal y como sucediera muchos años atrás en Austria y Alemania, grandes masas de personas acudirán a nuestras clínicas, establecimientos educacionales, conferencias y demostraciones de hechos científicos (*pero sólo si no dejamos de ser honestos*), para buscar respuesta a las cuestiones básicas de su vida. (Y no para exigirnos o esperar que les prescribamos cómo tienen que resolver sus tareas vitales). Pues si las masas humanas deben asumir ellas mismas la responsabilidad por su existencia social, tropezarán

invariablemente con sus debilidades, con la herencia de un pasado viciado, es decir, precisamente con aquellos hechos de su estructura, su pensar y su sentir que englobamos bajo el concepto de «incapacidad para la libertad». Y nosotros, en nuestra calidad de institución social, desvelaremos con gran satisfacción y lo mejor que podamos los mecanismos de la incapacidad para la libertad y todos los impedimentos de la evolución hacia la libertad, para así contribuir a este desarrollo de las masas hacia la auténtica libertad.

Para esto no necesitamos ningún poder. La *confianza* de los hombres y

mujeres de todas las edades, de todos los oficios, de todo color de piel y de cualquier concepción del mundo en nuestra absoluta integridad como médicos, investigadores, pedagogos, trabajadores sociales, biólogos, físicos, escritores, técnicos, etc., será infinitamente más sólida que todo el poder que hasta ahora han adquirido los políticos. Y será tanto mayor, cuanto mejor sea reflejada la realidad por nuestra actividad científica y práctica. No se puede conquistar esta confianza; surge sola si uno se atiene honestamente a su trabajo. De ningún modo debemos intentar adecuar nuestras ideas al pensamiento actual de las masas «para

ganar influencia». La confianza general en nuestras actividades sólo puede provenir de una maduración del conocimiento general sobre la naturaleza de la peste.

El hecho de que se nos convoque será un signo de que la autoadministración se está realizando de modo *efectivo*, y de que está despertando en las masas trabajadoras la voluntad de averiguar la «verdad profunda» y la autocrítica constructiva. No puede ser de otro modo, dado que nuestra organización es la única que penetra en la irracionalidad de la política y las viejas ideologías. A la inversa, nuestra permanencia en la

«oposición» será para nosotros un signo seguro de que la sociedad no está madura para comprender y eliminar la irracionalidad en su mecanismo. De todos modos, en ese caso el poder no nos ayudaría, y no haríamos más que degenerar hacia la irracionalidad.

Que esta renuncia consciente al poder no lleve a nadie a subestimar nuestra labor. No hacemos el papel de científicos «modestos» o «carentes de ambiciones». Nuestro trabajo se desarrolla en las fuentes de la vida, en la línea de las ciencias naturales fundamentales. La falsa modestia equivaldría a la autodestrucción. Es verdad; la «potencia orgástica» suena

pequeña al lado de «represa de Dneprostroi», la «coraza caracteriológica» parece insignificante al lado de «*black-out*», «orgón» tiene un tufillo académico al lado de «Bataan y Tobruk». Todo esto, desde un punto de vista *actual*. Sin embargo, ¿qué es lo que ha quedado de Alejandro Magno, comparado con las leyes de Kepler? y ¿qué de César, comparado con las leyes de la mecánica?, ¿qué subsiste de las campañas de Napoleón, comparadas con el descubrimiento de los microorganismos o el de la vida psíquica inconsciente? Y, ¿qué quedará del gran jefe psicópata, comparado con el orgón cósmico? La renuncia al poder

no significa la renuncia al régimen racional del ser humano. Sólo que la naturaleza de los efectos es distinta: a largo plazo, es profunda y revolucionaria, verdadera y aseguradora de la vida. Es indiferente el que los efectos se dejen sentir mañana o pasado mañana. Será cuestión de las masas trabajadoras el cosechar hoy, y no pasado mañana, los frutos del nuevo conocimiento. Ellas no son menos responsables de su vida y su actividad que el zapatero individual de sus zapatos, el médico de su paciente, el investigador de sus declaraciones, el constructor de sus edificios. No queremos ser partícipes ni de la

filantropía popular ni de la compasión por el pueblo. *¡Tomamos a los hombres en serio!* Cuando nos necesiten, nos llamarán. Y allí estaremos. Por mi parte, rechazo una lucha por el poder para imponer mis conocimientos.

2. Rigidez biológica, incapacidad para la libertad y concepción mecánico-autoritaria de la vida

Nos hallamos ante un hecho incontrovertible: *jamás en la historia de la sociedad humana las masas han sido capaces de conservar, organizar y desarrollar la libertad y la paz conquistadas en cruentas guerras*. Nos referimos a la *auténtica* libertad para el desarrollo personal y social, la libertad para encarar la vida sin temor, el estar libre de cualquier sumisión económica, de trabas reaccionarias puestas al

desarrollo; en una palabra, la *libre autoadministración de la vida*. Despojémonos de todas las ilusiones. En las propias masas actúa un poder reaccionario, asesino, regresivo, que destruye una y otra vez los esfuerzos de los luchadores de la libertad.

Este poder reaccionario se manifiesta en las masas en forma de un *miedo* general *a la responsabilidad* y un *miedo a la libertad*. Éstas no son valoraciones morales. Este miedo está profundamente arraigado en la constitución biológica del hombre actual. Sin embargo, esta constitución no está «en la esencia del ser humano», como creen los fascistas típicos, sino

que se trata de un producto histórico y es, por tanto, básicamente modificable. No es fácil exponer de modo claro y conciso el papel social del miedo a la libertad. Lo mejor será comenzar con un informe de James Aldridge, publicado en el *New York Times* del 24 de junio de 1942 bajo el título de «*British in Africa lack killer urge*» («A los británicos en el África les falta el impulso para matar»). Cito:

> El Afrika-Korps alemán venció al Eighth Army (octavo Ejército inglés) por su velocidad, ira, virilidad y tenacidad. Como soldados en el sentido tradicional, los alemanes son malos, absolutamente malos. Sin embargo, el

mariscal Erwin Rommel y su pandilla son hombres encolerizados y empecinados hasta la estupidez. Son viriles y veloces, son brutos con poca o ninguna imaginación. Son hombres prácticos, imbuidos de una vida muy práctica y dura, para combatir prácticamente: nazis entrenados para matar. Los comandantes alemanes son científicos que continuamente experimentan y mejoran la dura fórmula matemática de la matanza. Están entrenados como los matemáticos, ingenieros y químicos que se enfrentan a problemas complejos. No hay arte alguno en ellos, no tienen imaginación. Para ellos, la guerra es pura física. El soldado alemán está entrenado con la psicología del rastreador temerario. Es un asesino profesional, sin distracción alguna. Cree ser el hombre más fuerte

> de la Tierra. En realidad, se derrumba muy fácilmente y no es tan fuerte, y se le puede vencer completa y rápidamente si se emplean los mismos métodos despiadados y veloces que utiliza él… El soldado británico es el más heroico de la Tierra, pero no confundáis esto con dureza militar. Tiene la dureza de la determinación, pero carece de la dureza que le haga matar científicamente a su enemigo.

Es ésta la mejor descripción del militarismo maquinal que jamás haya leído. Revela de un solo golpe la completa *identidad de ciencia natural mecanicista, estructura humana mecánica y asesinato sádico*. Esta identidad ha hallado su más alta e

insuperable expresión en la ideología dictatorial totalitaria del imperialismo alemán. A esta trinidad maquinal se le opone aquella concepción de vida que *no* concibe al hombre como máquina, la máquina como amo del hombre y el militarismo como su mayor adorno. Esta concepción funcional viva ha hallado su último refugio en las democracias occidentales. No es seguro que pueda sobrevivir al caos.

Podrá sonar extraño en los oídos de un general el hecho de que yo afirme que las derrotas de las democracias, por trágicas y peligrosas que hayan sido, llevaban en su seno el signo de una profunda humanidad, diametralmente

opuesta al automatismo maquinal: *el aprecio por la vida humana*. Aldridge se equivoca al reprochar a los generales democráticos el hecho de que, a diferencia de los hombres-máquina, intenten ahorrar sangre humana. Se equivoca al exigir que los combatientes antifascistas aprendan a matar de manera aún más mecánica, más automática, más científica que el autómata prusiano. Quien intente vencer a los autómatas mecánicos con los medios de éstos, sólo saldrán de la sartén para caer en el fuego, es decir: en el curso del proceso de una matanza aún más científica se transformará *él mismo* en un autómata mecánico y será *él mismo* quien

continúe el proceso iniciado por su enemigo. Y con esto morirán los últimos restos de las esperanzas vivas puestas en una sociedad humana de otro tipo y en la que reine la paz perenne.

Es otro el camino de la lucha antifascista. Es el camino del reconocimiento claro y despiadado de los motivos históricos y biológicos que condujeron a semejantes matanzas. La destrucción de la peste fascista sólo podrá surgir de este reconocimiento, y no de que se la imite. No podemos derrotar al fascismo imitando y superando sus métodos, sin que nosotros mismos, querámoslo o no, degeneremos en seres fascistas. El camino del

fascismo es el de lo mecánico, lo muerto, lo rígido, el camino sin esperanzas. El camino de lo vivo es fundamentalmente distinto, más difícil, más peligroso, más honesto y lleno de esperanzas.

Dejemos de lado todos los intereses políticos actuales y concentrémonos en esta sola pregunta: *¿Cómo puede surgir una identidad funcional tan completa entre máquina, hombre y asesinato científico?* Esta pregunta puede parecer alejada de cuestiones como averiguar si los astilleros dan abasto para reemplazar los barcos hundidos, o si el monstruo mecánico llegará, o no, a los yacimientos petrolíferos de Bakú. No

desestimamos la importancia de estas cuestiones actuales. Si de pronto se quema mi casa, naturalmente lo primero que haré será tratar de apagar el fuego y salvar todos los manuscritos, libros y aparatos importantes que pueda. Pero tarde o temprano tendré que construir una casa nueva, y pensaré largamente acerca de qué es lo que ha causado el incendio, para evitar una nueva desgracia en mi casa nueva.

EN EL FONDO, EL HOMBRE ES UN ANIMAL. Los animales, a diferencia del hombre, no son mecánicos ni sádicos, y sus sociedades (dentro de la misma especie) son incomparablemente más pacíficas que

las humanas. La pregunta básica es: *¿qué es lo que ha llevado al animal humano a degenerar y a adquirir características mecánicas?*

Al decir «animal» no me refiero a nada malo, cruel o «bajo», sino a un hecho biológico. Ahora bien: el hombre se ha ido forjando la curiosa idea de que no es un animal, sino precisamente un «hombre», que desde hace mucho tiempo se ha despojado de todo lo «malo» y «animal». El hombre hace todo tipo de esfuerzos por distinguirse del malvado animal: para documentar su «ser mejor» invoca la cultura y la civilización, que lo separan del animal. Toda su conducta, sus «teorías del

valor», sus filosofías morales, sus «procesos simiescos», etc., demuestran que no quiere que se le recuerde que en el fondo es un animal que tiene muchísimo más en común con el «animal» que con lo que afirma y sueña ser. La doctrina del superhombre alemán tiene su origen en esta disociación. A través de su malignidad, de su incapacidad para convivir en una comunidad pacífica y de guerras como la actual, el hombre demuestra que su única diferencia respecto de los demás animales consiste en un sadismo sin medida y en la trinidad mecánica de la concepción de vida autoritaria, la ciencia mecanicista y la máquina. Si

observamos los resultados de la civilización humana en un período prolongado, hallaremos que las afirmaciones de los hombres no sólo son falsas, sino que están concebidas como a propósito para hacerles olvidar que son animales. *¿De dónde provienen las ilusiones de los hombres respecto de sí mismos, y cómo llegaron a forjarse semejantes ilusiones?*

La vida del hombre está escindida. Una parte de ella está regida por leyes *biológicas* (satisfacción sexual, ingestión de alimentos, relación con la naturaleza), una *segunda* parte está determinada por la civilización de la máquina (ideas mecanicistas sobre su

propia organización, su posición dominante en el reino animal, su actitud racial o de clase con respecto a otros grupos de hombres, sus ideas del valor sobre la posesión y la no-posesión, la ciencia, la religión, etc.). Su *ser un animal* y su *no serlo*, su raigambre *biológica* por una parte y su desarrollo *técnico* por otra escinden su existencia y su pensamiento. Todas las ideas sobre sí mismo desarrolladas por el hombre derivan siempre del modelo de las máquinas por él creadas. La construcción y el uso de las máquinas le han hecho creer que está progresando y llegando a una etapa superior de desarrollo en y a través de las máquinas.

Pero, además, ha conferido a las máquinas un aspecto y una mecánica animales. La locomotora posee ojos para ver y piernas para caminar, una boca para comer el alimento de carbón y aberturas de descarga para las escorias, brazos de palancas y dispositivos para emitir sonidos. De este modo, el producto de la técnica mecanicista se convirtió en una extensión del hombre mismo. En efecto, las máquinas constituyen una poderosa ampliación de la organización biológica del hombre. Le capacitan para dominar la naturaleza en un grado muy superior al que se lo permiten sus manos solas. Le dan el dominio del espacio y el tiempo; de este

modo, la máquina se convirtió en una parte del propio hombre, una parte querida y venerada. Sueña con que estas máquinas hagan su vida más fácil y le proporcionan una mayor capacidad para gozar. Desde siempre, su sueño ha sido gozar de la vida con ayuda de las máquinas. ¿Y cuál es la *realidad*? *La máquina fue, es y será el más peligroso destructor del hombre, si éste no se diferencia de ella*.

El progreso civilizador determinado por el desarrollo de las máquinas, vino acompañado de una *catastrófica malinterpretación de la organización biológica humana*. En la construcción de las máquinas, el hombre siguió las

leyes de la mecánica y de la energía sin vida. El desarrollo de esta técnica era muy alto, mucho antes de que el hombre comenzara a preguntarse cómo estaba construido y organizado *él mismo*. Finalmente, cuando el hombre se atrevió a descubrir sus propios órganos, muy poco a poco, con gran preocupación y a menudo amenazado de muerte por sus congéneres, interpretó las funciones de estos órganos del mismo modo en que desde hacía siglos había aprendido a construir las máquinas: las interpretó de modo mecanicista, carente de vida y rígido. *La concepción mecanicista de la vida es una reproducción de la civilización mecanicista*. Pero el

funcionamiento vivo es fundamentalmente distinto y no mecanicista. La energía específicamente biológica, el orgón, responde a leyes que no son las de la mecánica ni las de la electricidad. Atrapado en la imagen mecanicista del mundo, el hombre era incapaz de captar el funcionalismo específicamente vivo, no mecanicista. El hombre sueña con construir algún día un homúnculo al estilo Frankenstein o, por lo menos, un corazón o una proteína artificiales. Las ideas sobre el homúnculo que el hombre desarrolló en sus fantasías nos dan una imagen de un monstruo brutal, parecido al hombre, pero mecánico y estúpido, torpe y

dotado de fuerzas enormes que, una vez liberadas, son incontenibles y causan automáticamente una devastación. En la filmación de *El aprendiz de hechicero*, Walt Disney captó brillantemente este hecho. En tales fantasías del hombre acerca de sí mismo y de su organización echamos de menos toda expresión viva, bondadosa, social y unida a la naturaleza. Es llamativo, en cambio, que el hombre otorgue a los animales que representa precisamente aquellos rasgos que echa de menos en sí mismo y que no confiere a sus imágenes de homúnculos. También esto lo muestran excelentemente las películas sobre animales de Disney.

En sus fantasías, el «hombre» aparece como un monstruo mecánico, cruel, prepotente, falto de corazón e inanimado, mientras que el animal se presenta como un ser social, bondadoso, revestido de todas las virtudes y debilidades humanas. Debemos preguntarnos: ¿refleja el hombre una realidad en estas fantasías? La respuesta es que *sí*. Lo que hace es relatar muy plásticamente su contradicción biológica interna:

a) En la ideología: animal malo — hombre sublime;

b) En la realidad: animal bondadoso, libre — hombre-máquina brutal.

De este modo, la máquina repercutió de forma maquinal, mecanicista, falta de vida y rigidizante, sobre la idea del hombre acerca de su propia organización. Según esta idea, su organización es la siguiente: el cerebro es el «más elevado producto del desarrollo». El cerebro es una «central» que da órdenes e impulsos a los diversos órganos, del mismo modo que el «señor» gobierna a sus «súbditos» en un «Estado». Los órganos del cuerpo están conectados con el soberano, el «cerebro», mediante hilos telegráficos: los nervios. (Naturalmente, esta concepción es totalmente errónea, puesto que, en millones de organismos,

los órganos tenían un funcionamiento biológico adecuado mucho antes de que en estos organismos hubiera un cerebro. Y según demostró experimentalmente la fisiología, las funciones vitales básicas continúan durante bastante tiempo en un perro o un pollo a los que se les haya extraído el cerebro). Los lactantes tienen que beber cada tres horas tantos y tantos gramos de leche y dormir tantas y tantas horas. La alimentación debe contener *x* gramos de grasas, *y* gramos de proteínas y *z* gramos de hidratos de carbono. Hasta el día de la ceremonia nupcial, el hombre y la mujer carecen de instinto sexual; lo tienen precisamente ese día. Dios creó el mundo exactamente en seis

días y descansó el séptimo, igual que el hombre en las máquinas. Los niños tienen que tener *X* horas de matemáticas, *Y* horas de química, *Z* horas de zoología, todos por igual, y todos tienen que adquirir la misma cuota de sabiduría. La gran inteligencia corresponde a 100 puntos, la mediana a 80, la estupidez a 40. Con 90 puntos se accederá al doctorado; con 89, no.

Aún hoy, la vida psíquica es para el hombre un mero hecho nebuloso, místico o, en el mejor de los casos, una secreción del cerebro, guardada con todo esmero, por decirlo así, en distintos compartimientos. No es más que las heces, que son una excreción del

intestino. El hombre no sólo negó durante siglos la existencia de un alma, sino que, más aún, declaró falso todo intento de captar las sensaciones y las vivencias psíquicas. Pero simultáneamente construyó unas concepciones místicas a las que trasladó todo su mundo emocional de sensaciones. Persiguió con pena de muerte las dudas sobre sus concepciones místicas, independientemente de que se tratara de los «santos», la «pureza racial» o el «Estado». De esta manera, el hombre desarrolló sus concepciones mecanicistas y maquinales a la par de las místicas. Así fue como su comprensión de la biología quedó muy

rezagada respecto de su habilidad para construir máquinas. Así fue como renunció a comprenderse a sí mismo. La máquina creada por él le bastó para explicar las funciones de su organismo[51].

¿Es esta brecha entre la destacada habilidad industrial y la comprensión biológica un mero resultado de una falta de conocimientos? ¿O podemos sospechar una intención inconsciente, como si dijéramos, un destierro inconscientemente arbitrario de la comprensión de la propia organización? (En mi estudio experimental del orgón, aún no puedo dejar de sorprenderme de que decenas de miles de excelentes

investigadores hayan dejado de ver por completo el orgón atmosférico).

La respuesta irrefutable es que el retraso en la comprensión de lo vivo, su malinterpretación mecanicista y la sobreestimación de la máquina fueron y son intenciones inconscientes. Después de todo, el hombre podría haber construido máquinas en forma mecanicista y, al mismo tiempo, haber comprendido lo vivo de modo no maquinal, sino precisamente de manera *viva*. Una consideración profunda del comportamiento humano en situaciones importantes de la vida revela la naturaleza de esta intención.

La civilización maquinal no sólo

significó para el hombre un mejoramiento de su existencia animal, sino que más allá de ello tenía la función *subjetivamente* mucho más importante, pero *irracional*, de destacar una y otra vez el ser fundamentalmente *distinto del animal*. ¿Qué interés tiene el hombre —ésta es la pregunta siguiente— en gritar a viva voz una y otra vez, tanto en la religión como en el arte u otras manifestaciones vitales, que es un *hombre* y *no* un animal; que la tarea más elevada de la existencia humana es «matar lo animal» y cuidar los «valores»; y que hay que educar al niño para que de «animalillo salvaje» se transforme en un «hombre superior»?

¿Cómo es posible —debemos preguntar — que el hombre corte tan limpiamente la rama biológica en la que creció y en la que está definitivamente enraizado? ¿Cómo es posible —debemos seguir preguntando— que no vea las devastaciones de su salud, su cultura y sus ideas que esta negación biológica causa en su vida bajo la forma de enfermedades psíquicas, biopatías, sadismo y guerras? ¿Es posible que una comprensión inteligente admita que la miseria humana de este mundo puede ser eliminada, antes de que el hombre acepte plenamente su naturaleza animal? ¿Acaso no debe aprender a captar aquello que lo diferencia de otros

animales como un mero perfeccionamiento de la seguridad de la vida, no debe aprender a confesar la negación irracional de su verdadera naturaleza?

«¡Apartaos del animal; apartaos de la sexualidad!». Éstos son los axiomas de la formación de toda ideología humana, y no importa que un fascista los revista con el término de «superhombre» racialmente puro, un comunista con el «honor clasista», un cristiano con la «naturaleza espiritual y moral» del hombre o un liberal con los «valores humanos superiores». De todas estas ideas brota una y otra vez la vieja tonada monótona de «yo no soy un

animal; soy yo quien ha inventado la máquina, no el animal. *¡Y no tengo genitales como el animal!»*. Y esto está relacionado con una sobrevaloración del intelecto, del entendimiento «puro», mecánico y lógico frente al instinto, de la cultura frente a la naturaleza, del espíritu frente al cuerpo, del trabajo frente a la sexualidad, del Estado frente al individuo, del hombre superior frente al hombre inferior.

¿Por qué millones de automovilistas, radioaficionados, etc., ignoran los nombres de los inventores del coche y de la radio, mientras que hasta los niños conocen los nombres de los generales de la plaga política?

Una y otra vez, la ciencia natural le hace notar al hombre el hecho de que en el fondo es un gusano en el cosmos. El político apestado vuelve a convencerlo de que no es un animal, sino un *zoon politicón*, es decir, específicamente un no-animal, un portador de valores, un «ser moral». ¡Cuánto daño ha causado la filosofía estatal platónica! Es evidente por qué el hombre conoce mejor al politicastro que al científico naturalista: el hombre no quiere que se le recuerde que en el fondo es un animal sexual. *No quiere ser un animal*.

Desde esta perspectiva, el animal no posee inteligencia, sino únicamente «malos instintos», ni cultura, sino sólo

«necesidades materiales». Esto lo destaca preferentemente aquel tipo de hombre que considera que el contenido de la vida es el ganar dinero. La única función racional que puede tener una guerra genocida como la actual es la de desenmascarar la abismal irracionalidad y mendacidad de tales ideas. El hombre debería estar contento de estar tan libre de sadismo, perversiones y vilezas, y tan lleno de un modo de vida natural y espontáneo, como lo tiene cualquier animal, ya sea una hormiga o un elefante. La vanidad de la creencia humana de que la Tierra es el centro del mundo, el único planeta habitado, sólo es comparable a la irrealidad y lo

pernicioso de la filosofía que presenta al animal como un ser «sin alma», carente de toda moral, es más, contrario a la moral. Si se me ocurriera presentarme como un santo benevolente y a la vez le partiera a mi vecino el cráneo a hachazos, con razón me encerrarían en un manicomio o me llevarían a la silla eléctrica. Sin embargo, esa actitud no sería esencialmente distinta a la contradicción humana entre los «valores» ideales y el comportamiento real. Y el hecho de que el hombre concibiera esta contradicción en fórmulas sociológicas altisonantes, tales como «siglo de las guerras y las revoluciones», «reconfortantes

experiencias en la frontera», o «el más alto desarrollo de la estrategia militar y la táctica política», en nada modifica el hecho de que en ningún otro terreno actúe tan a ciegas y esté tan desesperadamente confundido como en el de su organización biológica y social.

Es obvio que esta actitud no es producto de un desarrollo natural, sino de la civilización maquinal. Es fácil probar que cuando la organización patriarcal de la sociedad comenzó a reemplazar la organización matriarcal, la opresión y la represión de la sexualidad genital en los niños y adolescentes fueron el mecanismo principal para adaptar la estructura

humana al orden autoritario. La represión de la naturaleza, de lo «animal» en los niños, fue la primera herramienta para la generación de súbditos maquinales, y ha seguido siéndolo. [Este proceso sociológico-económico, junto con sus efectos sobre la formación de la ideología y la estructura humanas, está descrito en (mi libro) *La irrupción de la moral sexual*]. El desarrollo socioeconómico de la sociedad ha seguido su curso maquinal de forma independiente hasta el día de hoy. Al mismo tiempo, ha ido evolucionando y ramificándose el fundamento de todas las ideologías y formaciones culturales: «apartarse de la

genitalidad» y «apartarse del animal». El intento del hombre de separarse de su origen biológico fue profundizándose y ampliándose con estos dos procesos, el social y el psicológico. También se volvió cada vez más profunda y más amplia la brutalidad sádica en los negocios y en la guerra, y más profundos y amplios lo maquinal en su naturaleza, la máscara en la expresión de su rostro, las defensas contra las sensaciones, y las inclinaciones perversas y criminales.

Han transcurrido sólo unos pocos años desde que comenzaron a conocerse las devastadoras consecuencias de este desarrollo biológico desviado. Nos sentimos tentados de juzgar la situación

de un modo demasiado optimista y fácil. Se podría argumentar como sigue: es completamente cierto que el hombre se equivocó al deducir su propia naturaleza a partir de la civilización maquinal. Ahora que hemos reconocido este error es fácil corregirlo: la civilización no puede ser sino maquinal, pero la actitud del hombre respecto de su vida puede transformarse fácilmente de mecánica en funcional y viva. Un ministerio de educación y cultura sabio podría dictar las normas correspondientes para modificar la educación. Dentro de una o dos generaciones, el error podría ser subsanado. Así se expresaban algunas personas inteligentes en la época de la

Revolución rusa entre 1917 y 1923.

Este argumento, en efecto, sería cierto si la actitud vital maquinal no fuera más que una mera «idea» o «actitud». Pero el análisis caracteriológico del hombre medio de todas las posiciones sociales ha sacado a luz un hecho que no debe ser subestimado. Se ha comprobado que las actitudes vitales maquinales no son un mero «reflejo» de los procesos sociales en la vida psíquica del hombre, como suponía Marx, sino mucho más que este reflejo:

En el curso de milenios de evolución maquinal, la visión mecanicista de la vida, cuyo efecto se

transmite de generación en generación, arraigó profundamente en el sistema biológico de los hombres. Al hacerlo, modificó efectivamente el funcionamiento del hombre en un sentido maquinal. En el proceso de matar su función genital, el hombre se volvió plasmáticamente rígido. Se armó contra lo natural y lo espontáneo que llevaba dentro de sí, perdió el contacto con la función biológica de la autorregulación y es presa de un profundo temor a lo libremente vivo.

Esta *rigidez biológica* se manifiesta esencialmente a través del anquilosamiento general del organismo y de una limitación comprobable de la

movilidad plasmática: está dañada la inteligencia, sepultado el sentido social, natural, la psicosis es general. En (mi libro) *La función del orgasmo* he descrito extensamente los hechos sobre los que se apoya esta afirmación. El llamado hombre civilizado efectivamente se volvió torpe, maquinal, falto de espontaneidad, es decir, se convirtió en un autómata y en una «máquina cerebral». Por tanto, no sólo cree que funciona como una máquina, sino que *efectivamente funciona de modo automático, mecánico-maquinal*. Vive, ama, odia, piensa de modo maquinal. Junto con la rigidez biológica y la pérdida de la función de

autorregulación natural, adquirió todas las posturas caracteriológicas que hallaron su expresión más madura en el estallido de la peste dictatorial: una concepción jerárquica del Estado, una administración maquinal de la sociedad, el temor a la responsabilidad, las ansias de tener un Führer y la sed de autoridad, la espera de órdenes, el pensamiento mecanicista en las ciencias naturales, la matanza mecánica en la guerra. No es casual que la idea platónica del Estado haya nacido en la sociedad esclavista griega. Tampoco es casual que perviva hasta el día de hoy: la servidumbre de la gleba fue reemplazada por la esclavitud interior.

La cuestión de la peste fascista nos ha internado profundamente en la organización biológica del hombre. Responde a una evolución milenaria y no, como creen los economistas, a una mera cuestión de los intereses imperialistas de los últimos doscientos o incluso veinte años. De ningún modo, pues, la significación de la guerra actual puede reducirse al interés imperialista en los yacimientos petrolíferos de Bakú o las plantaciones de árbol de caucho en el Pacífico. En la Segunda Guerra Mundial, el tratado de paz de Versalles tiene el mismo papel que la rueda de una máquina en la transmisión de la energía del carbón al pistón de vapor. La

concepción economicista de la vida, por buenos servicios que haya prestado, es totalmente inadecuada para comprender los estremecedores procesos de nuestra vida.

La leyenda bíblica de la creación del hombre a imagen de Dios, su dominio sobre el reino animal, etc., refleja claramente la acción represiva ejercida por el hombre contra su naturaleza animal. Pero día a día, sus funciones corporales, la procreación, el nacimiento y la muerte, el impulso sexual y la dependencia de la naturaleza, le recuerdan su verdadera naturaleza. Tanto más penosos se vuelven sus esfuerzos para cumplir con su «designio

nacional» o «divino»; ésta es la fuente de su antiquísimo odio contra toda ciencia natural auténtica que no se limite a la construcción de máquinas. Fueron necesarios varios milenios para que un Darwin lograra demostrar inequívocamente el origen animal del hombre. Pasó la misma cantidad de tiempo para que un Freud descubriera el hecho (por cierto trivial) de que el niño es enteramente y *ante todo* sexual. Y ¡qué clamor se levantó cuando el animal hombre oyó tales cosas!

El «dominio» sobre el animal conduce en línea recta al «dominio» racial sobre los «negros, judíos, franceses, etcétera». Obvio: más vale

ser un señor que un animal.

Para diferenciarse del reino animal, el animal humano negó en primer término, en el proceso del anquilosamiento biológico, las sensaciones de sus órganos, y finalmente dejó de percibirlas. Aún hoy día sigue siendo un dogma de las ciencias naturales mecanicistas el hecho de que las funciones autónomas no se experimentan y que los nervios vitales autónomos son rígidos. Y esto, pese a que todo niño de tres años sabe indicar exactamente que el goce, el miedo, la ira, los anhelos, etcétera, se desarrollan en el estómago. Esto, pese a que el experimentar el yo no es más que el

conjunto de las sensaciones de los órganos. Con la pérdida de las sensaciones orgánicas, el hombre no sólo perdió la natural capacidad de reacción e inteligencia del animal, sino que se obstruyó a sí mismo el camino para dominar sus problemas vitales; sustituyó la inteligencia natural autorregulatoria del plasma corporal por un gnomo en el cerebro, gnomo al que le confirió metafísicamente unas propiedades que en lo posible fueran metafísicas y maquinales al mismo tiempo. La sensación del cuerpo se volvió *efectiva* y rígida, maquinal.

En su educación, ciencia y filosofía de vida, el hombre está reproduciendo

constantemente su organismo maquinal. Esta mutilación biológica celebra su más resonante triunfo bajo la consigna de «alejarse del animal» en la lucha del «hombre superior contra el inferior» («hombre inferior» equivale a «hombre del bajo vientre»), en la matanza maquinal, científica y matemáticamente exacta. Pero no se puede matar exclusivamente con filosofías mecanicistas y máquinas. Por eso, el hombre se sirve del sadismo, este instinto secundario, nacido de la naturaleza oprimida, que es el único rasgo de peso que distingue estructuralmente al hombre del animal.

Sin embargo, este trágico desarrollo

maquinal-mecanicista, tan distorsionado, no surgió sin su antítesis. En el fondo de su naturaleza, el hombre anquilosado ha seguido siendo un ser viviente animal. Por inmóviles que estén su cadera y su hueso sacro, por rígidos que estén su nuca y sus hombros, por tensa que esté su musculatura abdominal, por mucho que infle su pecho con una actitud orgullosa/miedosa… muy en el fondo de sus sensaciones siente que es una porción de naturaleza organizada de manera viva. Pero como el hombre niega y reprime esta naturaleza en todos los planos, no puede adaptarse a ella de modo racional y efectivo; *por tanto, tiene que experimentarla de forma*

mística, ultraterrenal, sobrenatural, ya sea como éxtasis religioso, ya como experiencias de unión con el alma cósmica universal, ya como una sádica sed de sangre o una «ebullición cósmica de la sangre». Es sabido que semejante monstruo impotente desarrolla en primavera sus mejores ocurrencias para matar. El desfile militar prusiano revela todas las particularidades del hombre maquinal místico.

El misticismo humano, que por tanto constituye una de las últimas huellas de vitalidad, se convirtió también en la fuente del sadismo maquinal en el hitlerismo. Desde lo más profundo del funcionamiento biológico que queda, el

grito de «libertad» se vuelve a abrir paso una y otra vez a través de todo el anquilosamiento y toda la esclavización. No hay ningún movimiento social que pudiera presentarse con la consigna de «supresión de la vida» para conquistar a las masas. Cada uno de los muchos y variados movimientos sociales que reprimen la autorregulación de las fuerzas vitales proclama de alguna forma la «libertad»; el liberarse del pecado, la redención de la «atadura a la tierra», la libertad del espacio vital, la libertad de la nación, la libertad del proletariado, la libertad de la cultura, etc. Los diversos gritos de libertad son tan antiguos como la degeneración

maquinal del plasma humano.

El grito de libertad es un signo de la opresión. No cesará mientras el hombre se sienta preso. Los gritos de libertad, por distintos que sean, en el fondo expresan siempre lo mismo: *lo insoportable de la rigidez del organismo y de las instituciones maquinales de la vida, que se ven envueltas en un grave conflicto con las sensaciones naturales de la vida*. Sólo el día en que haya un orden social en el que cesen todos los clamores por conseguir la libertad, el hombre habrá logrado superar su mutilación biológica y social y habrá conquistado la auténtica libertad. Sólo cuando el hombre vuelva

a adaptar a su ser animal en el buen sentido, estará en condiciones de crear una cultura genuina.

Los «esfuerzos por llegar más arriba» no son sino el desarrollo biológico de las fuerzas vitales. Estos esfuerzos sólo son imaginables en el marco de las leyes del desarrollo biológico, y no *contra* esas leyes. La *voluntad* y *capacidad* de libertad no son sino la voluntad y la capacidad para reconocer y fomentar el despliegue de la energía biológica del hombre (con la ayuda de las máquinas). No puede hablarse de libertad cuando los hombres reprimen y temen el desarrollo biológico.

Bajo la influencia de los politicastros, la masa suele culpar de las guerras a los poderosos de turno. Los culpables de la Primera Guerra Mundial fueron los fabricantes de municiones; el de la Segunda, el gran jefe psicópata. *Esto es eludir la responsabilidad. La culpa de la guerra la tiene exclusivamente la propia masa humana, que tiene en sus manos todos los medios para evitar las guerras*. Es esa misma masa la que, en parte por su apatía, en parte por su pasividad, y en parte por su participación activa, posibilita las catástrofes de las que será la víctima más sufrida. *Destacar esta culpa de las masas y darles toda la*

responsabilidad significa tomarlas en serio. Por el contrario, compadecerse de las masas como de una pobre víctima, significa tratarlas como a un niño menor de edad y desvalido. Lo primero es la actitud del verdadero luchador de la libertad, lo segundo la posición del politicastro ávido de poder.

3. El arsenal de la libertad humana

Los reyes y emperadores suelen pasar revista a sus tropas. Los magnates del dinero pasan revista a las sumas de dinero que les otorga el poder. El dictador fascista de cualquier especie pasa revista al grado de irracionalidad de las reacciones humanas para ganar y mantener su poder sobre las masas humanas. El naturalista pasa revista a los conocimientos y medios de investigación existentes. Pero ninguna organización de liberación ha pasado revista hasta ahora al *arsenal biológico*

en el que se encuentran las armas para la realización y mantenimiento de la libertad humana. A pesar de la exactitud de nuestro mecanismo social, todavía no existe una definición de la palabra «libertad» desde la perspectiva de las ciencias naturales. Ninguna otra palabra se ha utilizado y entendido tan mal como ésta. Definir la libertad es lo mismo que definir la salud sexual. Pero *nadie quiere afirmarlo abiertamente*. A menudo se tiene la impresión de que el abogar por la libertad personal va unido a sentimientos de angustia y culpa, como si ser libre fuera un pecado prohibido o, al menos, algo que no está del todo bien. La economía sexual comprende este

sentimiento de culpabilidad: la libertad sin autodeterminación sexual es una contradicción en sí misma. Según la forma estructural dominante, ser sexual significa ser «pecador» o culpable. Hay muy pocas personas que vivan el amor sin sentimientos de culpabilidad. El «amor libre» se convirtió en un término difamatorio y perdió el sentido que los viejos luchadores de la libertad le habían dado. En las películas, el ser un criminal y el tener una sexualidad fuerte se representan como *una misma cosa*. No nos sorprende, pues, que se estime más al asceta y al reaccionario que a los apasionados pueblos de Oceanía; que una posición social elevada no armonice

con una actitud sexual natural; que la «autoridad» no deba tener oficialmente una «vida privada»; que los ascetas pudieran insultar y perseguir a un gran investigador como De La Métrie; que cualquier moralista perverso pueda hablar mal impunemente de una pareja feliz; que se pueda encarcelar a adolescentes por mantener relaciones sexuales, etc.

La meta de este artículo era demostrar el error de cálculo cometido hasta ahora por todos los luchadores de la libertad: *la falta de libertad social está cimentada sexo-fisiológicamente en el organismo humano*. En consecuencia, el dominio de la

incapacidad liberadora fisiológica es uno de los presupuestos básicos de cualquier combate auténtico por la libertad. No podemos dedicarnos aquí a exponer aquellos elementos de la libertad que son universalmente conocidos y defendidos, como por ejemplo la libertad de expresión, el estar libre de opresión económica y de explotación, la libertad de reunión y de asociación, la libertad de investigación científica, etcétera. Lo esencial era poner de relieve cuál es el *más poderoso obstáculo* para todos estos esfuerzos.

Comprendemos por qué hasta ahora no se había discutido públicamente la

incapacidad general de libertad de las masas. Esta constatación es demasiado oscura, demasiado deprimente y, además, impopular. Exige que la abrumadora mayoría se autocritique rigurosamente y realice ingentes cambios en todo su modo de vida. Exige que la responsabilidad por todo el acontecer social se traslade de minorías e islas de la sociedad a la inmensa masa de la que depende el trabajo social. Esta mayoría trabajadora jamás ha dirigido hasta ahora los destinos de la sociedad. Lo más que había conseguido era confiar la dirección de su vida a individuos decentes y no inescrupulosos. La forma «parlamentaria» de «gobierno» cedió

ante la presión de los hechos, pues simultáneamente *otros* grupos sociales y otras mayorías invistieron de poder sobre su destino a sádicos e imperialistas brutales. Es demasiado grande el peligro de que la organización social formalmente democrática degenere en dictadura cuando tiene que defenderse contra la dictadura autoritaria. Dado que no son las propias masas trabajadoras las que determinan su vida *de hecho* y *en la práctica*, el germen de la supresión de la libertad viene dado simplemente por el curso de los acontecimientos, y no por la mala voluntad de los representantes elegidos por el pueblo. La guerra, por ejemplo,

exige muchas medidas sociales que en el momento son sin duda necesarias, pero que a la larga tienen un efecto autoritario. Bajo estas circunstancias, el hecho de que el freno puesto a la libertad sea transitorio o duradero depende totalmente de la composición casual de un gobierno. Parece existir una conciencia general de esta situación, pues en todas partes se oye la afirmación cada vez más perentoria y clara de que no hay que contar con un retorno a la situación anterior y que hay que construir un orden mundial fundamentalmente nuevo. Esto es totalmente correcto, pero echamos de menos palabras concretas. *Echamos de*

menos que se cargue de responsabilidad por su destino ulterior a la mayoría trabajadora de la población, mayoría que hasta ahora sólo había tenido un papel social pasivo. Es como si por todas partes existiera un miedo oculto a trasladar la responsabilidad de las espaldas de un gobierno democrático y bienintencionado a las de aquellos que hasta ahora sólo habían sido electores, pero no *protagonistas responsables* de la sociedad. Este temor no está relacionado con malas intenciones o con maldad, sino con el conocimiento de la estructura biopsíquica concreta de las masas. La Revolución rusa, que había

comenzado a otorgar la responsabilidad a la masa, se pudrió y terminó en dictadura precisamente por este motivo. No obstante, la revolución social a causa de la transformación de la democracia formal en una democracia plena y de hecho, es la conclusión más esencial de esta guerra y de todo lo que la produjo. Repito la conclusión ineludible que surge de los hechos enunciados:

a) las masas humanas son incapaces de ser libres;

b) la capacidad general de libertad sólo puede adquirirse en la lucha cotidiana por la conformación libre de la vida;

c) por tanto, *las masas humanas incapaces de libertad tienen que tener el poder social para lograr ser libres y fundamentar la libertad*.

Quiero ilustrar la tarea práctica presente con un ejemplo de la vida de las plantas. Desde hace tiempo estoy observando la acción de las malas hierbas sobre el crecimiento de los pequeños retoños de abeto. Los tallitos rodeados por escasa maleza crecen robustos y en todas las direcciones, y el tronco desarrolla largas ramas a poca altura sobre la tierra. Las pinochas están llenas de savia. La planta tiende hacia arriba sin impedimentos, se dirige hacia el sol, está «sana», su desarrollo es

«libre». En cambio, un brote de picea en un sitio en el que hay mucha mala hierba, desarrolla un tallo sin hojas, torcido y aplastado por la maleza. La formación de las ramas es imperfecta, muchas hojas se marchitan y otras no llegan a desarrollarse. Muchos de esos brotes no logran traspasar la mala hierba. La influencia de la mala hierba se manifiesta directamente en la deformación de la planta, que tiene que luchar duramente por abrirse camino hacia la luz solar y en este proceso se tuerce. Una vez quitada la maleza de esos brotes, siguen creciendo mejor, se desarrollan más plenamente, pero la anterior influencia de la mala hierba

persiste en forma de un mal crecimiento, un tronco torcido, un mal desarrollo de las hojas, etc. En cambio, todo brote *nuevo* que cae sobre tierra libre de malezas se desarrolla libre y plenamente desde el principio.

Creo que podemos comparar sin más el desarrollo libre de una sociedad con el brote de abeto que crece libre, la sociedad dictatorial con el brote aplastado por la mala hierba y las democracias formales que se encuentran bajo la presión de las dictaduras con el tallo que logra abrirse camino pero al precio de su distorsión biológica. En el presente no hay ninguna sociedad democrática que pueda desarrollarse de

acuerdo con leyes naturales, libres y autorreguladoras, sin la influencia deformante de condiciones externas e internas dictatoriales y autoritarias. La experiencia del fascismo ha puesto a nuestra disposición numerosos medios para poder reconocer a tiempo el hitlerismo dentro y fuera de sus propias fronteras. *Desde el punto de vista biopsíquico, el hitlerismo no es sino la forma más desarrollada del mecanismo maquinal, sumada a la irracionalidad mística de las masas humanas*. La mutilación de la vida individual y social no es otra cosa que la influencia secular de todas las instituciones autoritarias e irracionales sobre el hombre de hoy. El

fascismo no ha creado estas circunstancias de la nada, sino que ha aprovechado viejas condiciones de opresión de la libertad y las ha llevado a su posición más extrema. Por tanto, la generación que lleva en su forma de ser las huellas de los milenios autoritarios sólo puede abrigar la esperanza de llegar a respirar un poco más libremente. Ya no puede contar con convertirse en un abeto plenamente desarrollado y adulto de acuerdo a las leyes naturales, una vez que se haya exterminado la mala hierba, es decir una vez que se haya destruido la maquinaria fascista.

Dicho de otro modo; *ya no puede*

eliminarse la rigidez biológica de la generación actual, pero las fuerzas vivas que aún actúan en ella pueden ganar espacio para desarrollarse mejor. En cambio, todos los días nacen hombres nuevos, y en el curso de treinta años la raza humana quedará biológicamente renovada, en caso de que nazca sin trazas de desfiguración fascista. Lo que importa es en qué condiciones nace esta nueva generación: ¿se tratará de condiciones que salvaguarden la libertad, o de condiciones autoritarias? De aquí surge clara y unívoca la tarea de la higiene social y la legislación social:

Hay que hacer todos los esfuerzos

posibles y emplear todos los medios para preservar las generaciones venideras de la influencia de la rigidez biológica de la vieja generación.

El fascismo alemán había nacido de la rigidez y deformidad biológica de la anterior generación alemana. El militarismo típicamente prusiano es la expresión extrema de esta rigidez, con su disciplina maquinal y sus desfiles, y aún la exagera con su «atrás las caderas, a sacar pecho». Se podía apoyar, además, sobre la rigidez y deformidad biológica de las masas de otros países, lo cual explica su éxito internacional. Y finalmente pudo extirpar, en el curso de una sola generación, los últimos rastros

de voluntad biológica liberadora de la sociedad alemana y transformar en poco más de diez años la nueva generación en autómatas rígidos, en máquinas de guerra no-pensantes. Por tanto, esto queda claro: es impensable que hombres biológicamente anquilosados y mecanizados puedan alcanzar la libertad y la autorregulación social. *Las principales armas del arsenal de la libertad son, pues, las enormes fuerzas vitales de cada nueva generación, esas fuerzas que aspiran a lograr la libertad. No hay, en lo esencial, otras armas*.

Supongamos que las democracias formales venzan en esta guerra, pero que

no adviertan el error de cálculo biológico en la lucha por la libertad —el anquilosamiento biológico general de las masas humanas— o que no quieran admitir su importancia social. En ese caso, toda generación venidera reproducirá invariablemente la rigidez, creando de una u otra forma nuevas concepciones de vida temerosas y autoritarias; en el mejor de los casos habrá libertades mutiladas, con un mal funcionamiento biológico, y sólo se las podrá conseguir mediante una ardua lucha. Las masas nunca estarán en condiciones de desarrollar la responsabilidad plena por su existencia social. Por lo tanto, quien *no* tenga

interés en la autorregulación de la sociedad no necesita hacer más que *impedir* que las nuevas generaciones se liberen de la presión del anquilosamiento de la vieja generación; para ello bastará con que emplee cualquiera de los medios de poder que son el dinero, la posición social y la fuerza.

La tarea se compone de hechos sociales, médicos y educativos:

En el terreno social es menester rebuscar todas las fuentes de la desolación biológica del hombre y crear leyes apropiadas para salvaguardar un desarrollo libre. Formulaciones generales del tipo de «libertad de

prensa, de reunión y de palabra», etc., son obvias, pero no bastan ni mucho menos, pues con estas leyes el hombre irracional tiene los mismos derechos que el hombre que ambiciona la libertad. Puesto que la mala hierba siempre prolifera y crece más rápidamente que un árbol decente, el hitlerismo finalmente tiene que vencer. Importará no limitar el «hitlerismo» a los que llevan la insignia fascista, sino encontrarlo y combatirlo científica y humanamente en la vida cotidiana. En el proceso de arrancar la mala hierba del fascismo en los sucesos pequeños de la vida de todos los días, se formularán solas las leyes para combatirlo.

Bástenos un ejemplo: quien quiera conducir un coche tiene que demostrar que sabe hacerlo sin poner en peligro la seguridad de los demás. Tiene que conseguir un carnet de conducir. Quien ocupe más habitaciones de las que puede pagar estará obligado a alquilar un piso más pequeño. Quien desee establecer una zapatería, deberá probar que está preparado para hacerlo. Sin embargo, en este nuestro siglo XX no hay ley alguna que proteja a los recién nacidos de la incapacidad educacional y las influencias neuróticas de los padres. Se puede —y, según el modelo fascista, se debe— echar al mundo a montones de niños, sin que nadie pregunte si podrán

alimentarse y educarse de acuerdo con los ideales tan ensalzados. El tópico sentimental de la familia numerosa es típicamente fascista, independientemente de quién lo propague[52].

En cuanto a la medicina y la educación, habrá que eliminar el vergonzoso hecho de que cientos de miles de médicos y maestros administren el bienestar de cada nueva generación sin haber adquirido la más mínima noción de las leyes del desarrollo biosexual del niño pequeño. Y esto sigue ocurriendo cuarenta años después del descubrimiento de la sexualidad infantil. Esta ignorancia de los educadores y los médicos genera

hora a hora y día tras día una mentalidad fascista en millones de niños y jóvenes. De aquí se desprenden inmediatamente dos exigencias:

1) Todo médico, educador, trabajador social, etc., que ha de ocuparse de niños y adolescentes, deberá demostrar que él mismo es sano desde la perspectiva de la economía sexual, y que ha adquirido conocimientos exactos sobre la vida sexual entre el primer y el, digamos, decimoctavo año de vida. En otras palabras, los *educadores deben educarse obligadamente en el terreno de la economía sexual*. La formación de concepciones sexuales no debe quedar

librada al azar, a la arbitrariedad y a la influencia de la moral neurótica compulsiva.

2) *Hacen falta leyes severísimas para proteger el placer vital natural de los niños y adolescentes*. Esta exigencia puede parecer radical y revolucionaria, pero el fascismo, crecido a partir de la frustración sexual infantil-juvenil, tuvo —y eso lo confesará cualquiera— un efecto *negativo* aún mucho más radical y revolucionario que todo lo que podría llegar a lograr la protección social de la naturaleza en un sentido positivo. Toda sociedad democrática está llena de intentos aislados para lograr un cambio positivo. Pero estas islas de

comprensión se ahogan en los vahos pestíferos difundidos en toda la sociedad por los educadores y médicos biológicamente anquilosados y moralistas.

No tiene mucho sentido entrar aquí en detalles. Cada medida individual surgirá espontáneamente con tal de que se adapte *al principio básico de la afirmación sexual y a la protección social de la sexualidad infantil y juvenil*.

En el terreno económico, son únicamente las relaciones laborales naturales, es decir, las interdependencias naturales, las que formen el marco y las bases de la

reestructuración biológica de las masas humanas.

La suma de todas las relaciones laborales naturales la llamamos democracia laboral, que es la forma de la organización natural del trabajo. En términos de su naturaleza, estas relaciones laborales son *funcionales*, no mecánicas. No pueden organizarse arbitrariamente, sino que resultan espontáneamente del propio proceso laboral. La dependencia mutua entre un carpintero y un herrero, un naturalista y un esmerilador de cristales, un pintor y la producción de la pintura, un electricista y la metalurgia, está determinada por las interrelaciones de

las *funciones* laborales. No es posible concebir una ley arbitraria que pudiera modificar estas relaciones laborales naturales. Quien trabaje con un microscopio no puede independizarse del esmerilador de cristales. Sólo las leyes de la luz y la técnica dictan la naturaleza de las lentes, del mismo modo que las leyes de la electricidad determinan la forma de las bobinas de inducción, y la naturaleza de las necesidades humanas define las actividades del hombre. Las funciones naturales del proceso laboral escapan a cualquier tipo de arbitrariedad humano-mecanicista y autoritaria. Funcionan libremente y son *libres* en el estricto

sentido del término. Hasta el gran jefe psicópata dependía de ellas. Sólo ellas son racionales y sólo ellas, por tanto, pueden determinar el ser social. El amor, el trabajo y el conocimiento abarcan todo aquello a lo que se refiere el concepto de democracia laboral.

Es cierto que las funciones naturales del trabajo, el amor y el conocimiento pueden ser mal utilizadas y ahogadas, pero se autorregulan en virtud de su naturaleza. Esto siempre ha sido así desde que existe el trabajo humano, y seguirá siendo así mientras exista un proceso social. Estas funciones fundamentan *el hecho* (y no la «exigencia») de la democracia laboral.

El concepto de democracia laboral, por tanto, no es un programa político, ni el avance intelectual de una «planificación económica» o un «nuevo orden». La democracia laboral es un *hecho* que hasta ahora había sido pasado por alto. No se puede organizar la democracia laboral, del mismo modo que no puede organizarse la libertad. No podemos organizar el crecimiento de un árbol, un animal o un hombre. *En virtud de su función biológica, el crecimiento de un organismo es libre en el sentido más estricto del término*. Lo mismo rige para el crecimiento natural de una sociedad. Se regula solo y no necesita una legislación o una reglamentación.

Digámoslo una vez más: sólo se lo puede inhibir o abusar de él.

Ahora bien, la función de todos los tipos de dominación autoritaria es *obstaculizar* las funciones autorreguladas naturales. La tarea de un orden *auténticamente* libre no puede ser sino la de *eliminar* todo tipo de obstáculos puestos a las funciones naturales. Para ello hacen falta leyes severas. De este modo, cuando la democracia se encara de modo serio y sincero, coincide con la autorregulación natural del amor, el trabajo y el conocimiento. Y la dictadura, es decir la irracionalidad de los seres humanos, coincide con la obstaculización de esta

autorregulación natural.

La conclusión terminante de todo esto es que la lucha contra la dictadura y la sed irracional de autoridad de las masas humanas sólo puede consistir en dos acciones fundamentales:

En distinguir todas las fuerzas vitales naturales en el individuo y la sociedad.

En distinguir todos los obstáculos que operan en contra del funcionamiento espontáneo de estas fuerzas vitales.

Hay que fomentar las primeras y excluir los segundos.

La regulación humana de la existencia social jamás puede afectar las

funciones naturales del trabajo. La civilización, en el buen sentido, no puede significar otra cosa que la creación de las mejores condiciones para el *desarrollo* de las funciones naturales del amor, el trabajo y el conocimiento. Si no se puede organizar la libertad, puesto que toda organización se contradice con la libertad, de todos modos pueden, es más, *deben* organizarse las *condiciones* que garanticen el libre desenvolvimiento de las fuerzas vitales.

A las personas que trabajan con nosotros no les dictamos lo que tienen que pensar ni cómo deben pensarlo. No «organizamos» su pensamiento. Pero

exigimos que cada trabajador de nuestra especificidad se libere de la falta de libertad en el pensar y el actuar que ha adquirido a través de su educación, para que se liberen sus reacciones espontáneas de manera racional.

Es una tontería concebir la libertad en términos de que la mentira goce de los mismos derechos que la verdad ante los tribunales. Una auténtica democracia laboral no otorgará a lo místico-irracional los mismos derechos que a la verdad, ni a la represión de los niños el mismo poder que a su libertad. Es ridículo discutir con un asesino sobre su derecho a matar. Sin embargo, este error es cometido una y otra vez en el trato

con los fascistas. No se concibe el fascismo como una irracionalidad y vileza organizadas a través del Estado, sino que se le considera una «forma estatal» con igualdad de derechos. Esto sucede porque se lleva el fascismo *dentro* de uno mismo. Desde luego, también el fascismo «tiene razón» alguna vez. Igual que el enfermo mental. El problema es que no sabe cuándo.

Vista de este modo, la libertad se convierte en un hecho simple, de fácil comprensión y manejo. No hace falta conquistar la libertad, pues ya está presente de forma espontánea en todas las funciones vitales. *Lo que debe conquistarse es la eliminación de todos*

los obstáculos puestos a la libertad.

Visto de este modo, el arsenal de la libertad humana es enorme y superabundante en medios, tanto biológicos como maquinales. No hace falta conquistar nada extraordinario. Sólo hay que liberar lo vivo. El antiquísimo sueño puede volverse realidad, si la realidad es comprendida. En este arsenal de la libertad encontramos:

—*El conocimiento vivo y espontáneo de las leyes naturales de la vida por parte de los hombres y mujeres* de todas las edades, posiciones sociales y color de piel. Hay que eliminar el soterramiento y la distorsión

de este conocimiento causados por concepciones e instituciones hostiles a la vida, duras, rígidas, maquinales y místicas.

—*Las relaciones laborales naturales de los hombres y su placer natural en el trabajo*, que están llenos de fuerza y futuro. Hay que eliminar el soterramiento de la democracia laboral natural debido a restricciones y regulaciones arbitrarias, hostiles a la vida y autoritarias.

—*La sociabilidad y la moralidad naturales* están presentes en los hombres. Hay que eliminar el repugnante moralismo que sepulta la moralidad natural y luego invoca los impulsos

criminales que él mismo ha creado.

Esta guerra elimina, más que todas las guerras anteriores, muchos obstáculos de la autorregulación natural, obstáculos cuya eliminación parecía impensable en tiempos de paz. Por ejemplo, la atadura fascista y autoritaria de la mujer a la cocina, los negocios turbios, la usura, las fronteras nacionales artificiales, etc. No somos de aquellos que afirman que las guerras son necesarias para que progrese la cultura humana. La cuestión es, en cambio, la siguiente: la organización maquinal-mística y autoritaria de la sociedad y la estructura humana vuelven a provocar una y otra vez las matanzas maquinales

de la guerra. Lo vivo y libre en el hombre y la sociedad se rebelan contra esto. Puesto que en la guerra la mutilación del hombre y la sociedad se manifiesta en una medida inaudita y mortal, lo vivo se ve obligado a realizar un esfuerzo que no sería capaz de hacer en circunstancias menos acuciantes, por no haberse comprendido a sí mismo hasta ese momento.

Confesamos que el hombre, desde hace miles de años, desde que cayó bajo la influencia de la producción de máquinas, ha permitido que su cuerpo degenere en máquina y su pensamiento se vuelva irracional. Pero no vemos cómo sería posible deshacer la

degeneración maquinal del organismo y liberar las fuerzas autorreguladoras y libres en el ser humano, si las masas siguen sometidas a la presión y la influencia de la máquina. Ningún hombre sensato nos exigirá o esperará que abolamos la civilización del maquinismo al modo de los destructores de máquinas de la Revolución Industrial. No existe un contrapeso significativo contra las influencias biológicamente devastadoras de la técnica maquinal. Se necesitan hechos más palpables que los hallazgos científicos para eliminar el anquilosamiento biológico de los hombres. Y es muy probable que esta guerra —así nos dicen—, con su

disciplinación y automatización de las actividades humanas, reforzará el anquilosamiento biológico en lugar de eliminarlo.

Esta objeción es totalmente correcta. En efecto, con los medios técnicos que la humanidad posee, no hay ninguna perspectiva de anular el desarrollo biológico distorsionado de la raza de los animales humanos. Durante mucho tiempo vacilé en publicar el conocimiento que había obtenido en mis estudios de la reproducción biológica de la civilización del maquinismo. Me decía que de nada sirve proclamar verdades que no puedan tener un efecto práctico.

La salida de este angustioso dilema se me presentó espontáneamente cuando me pregunté cómo había llegado yo mismo a estas formulaciones funcionales en la psiquiatría, la sociología y la biología, formulaciones que con tanto éxito podían poner de manifiesto y sustituir el mecanicismo y el misticismo en estos tres terrenos. No me considero un superhombre extraordinario.

No soy muy distinto del hombre medio. ¿Cómo llegué, pues, a hallar una solución que los demás no habían podido encontrar? Poco a poco se fue evidenciando que había sido mi dedicación profesional de varias décadas al problema de la energía

biológica lo que me había obligado a liberarme de concepciones y métodos mecanicistas y místicos. Era la única forma de poder realizar mi trabajo relativo al organismo vivo. En suma, *mi trabajo me obligó a aprender a pensar funcionalmente*. Si hubiera cultivado sólo la estructura místico-maquinal que me había inculcado mi educación, no habría descubierto ni un solo hecho de la biofísica orgónica. Sin embargo, en el momento en que pisé el terreno prohibido de la contracción orgástica del plasma, abrí el sendero oculto que conducía al descubrimiento del orgón. En una consideración retrospectiva vi con claridad que había pasado por

innumerables puntos críticos de este desarrollo, puntos adecuados para retrotraerme de una visión viva y funcional de las cosas a una visión maquinal y mística. No sé cómo escapé del peligro. Lo seguro es que la concepción funcional de la vida, que contiene tantas respuestas esenciales al caos actual, se alimentaba del manejo de la energía biológica, de la energía del orgón. Ésta es la respuesta que hallé en lo que respecta a mi persona. Ahora bien, creo que esta respuesta tiene validez general:

La *ignorancia* de las leyes del funcionamiento biológico generó el maquinismo y colocó el misticismo en el

lugar de la realidad viva. El orgón cósmico, es decir la energía específicamente biológica en el cosmos, en cambio, no funciona de modo mecanicista y ni es místico. Esta energía orgónica tiene sus propias leyes específicamente *funcionales*, que no pueden concebirse en términos de fluidos eléctricos positivos y negativos ni en rígidos términos mecanicistas. Obedece a leyes *funcionales*, como las de la atracción, disociación, expansión, contracción, radiación, pulsación, etc. Dudo —¡cuánto lo lamentarán los técnicos de la matanza mecánica!— que la energía orgónica sirva para algún tipo de asesinato. Esta guerra, o la próxima,

harán crecer enormemente la necesidad de funciones que aseguren la vida. La radiación vital orgonótica es una contribución nada despreciable de la economía sexual al desarrollo ulterior del género humano. Tarde o temprano, círculos y grupos de personas cada vez más amplios se familiarizarán con las funciones del orgón. En el proceso de la elaboración de la energía vital cósmica, los hombres se verán obligados a aprender a pensar en términos funcionales vivos para poder dominar el orgón cósmico. Del mismo modo aprendieron a pensar en términos *psicológicos* cuando se abrieron las puertas al conocimiento de la sexualidad

infantil, y en términos *económicos* cuando se revelaron las leyes de la economía. Del mismo modo que las leyes mecanicistas de la naturaleza muerta hicieron anquilosarse al hombre mismo, cuando éste las comprendió y las colocó bajo su dominio, cada nueva generación que domine el proceso de la función vital orgonótica en grado creciente, aprenderá a comprender, amar, proteger y desarrollar *lo vivo*. Y esta energía es ciertamente válida.

Pido que no se confunda esta conclusión con una proclama redentora. Tal y como destaqué repetidas veces en otros escritos, me considero un «gusano en el cosmos» y un mero instrumento de

determinada lógica científica. Me faltan por completo los delirios de grandeza que ayudaron al general pestífero en la concreción de sus designios criminales. Me falta la convicción de ser un superhombre, con lo cual también me falta la convicción de que las masas humanas se componen de subhombres de raza inferior. La conclusión de gran alcance, que extraje del descubrimiento del orgón para aplicarla al problema social de la devastación biológica del hombre, es una conclusión modesta pero *verdadera*; se la puede comparar poco más o menos con la conclusión de que se puede superar la fuerza de gravedad de la Tierra llenando un globo con un gas

cuyo peso específico sea menor que el del aire. No dispongo de remedios que nos permitan —como esperan muchos de mis amigos— hacer efectivos cambios políticos inmediatos. Hechos como la «autorregulación biológico-natural», la «democracia laboral natural», el «orgón cósmico», el «carácter genital», etc., son armas que la economía sexual brinda al género humano para que pueda eliminar situaciones esclavizantes como el «anquilosamiento biológico», la «coraza caracteriológica y muscular», el «temor al placer», la «impotencia orgástica», la «autoridad formal», la «servidumbre frente a la autoridad», la «falta de responsabilidad social», la

«incapacidad de libertad», etc., etc. Es parte de la naturaleza de esta tarea el que se realice con la alegría que brindan el trabajo, la investigación y los descubrimientos, con el placer de la percepción de la decencia espontánea y la sabiduría de la naturaleza. Nada tienen que hacer aquí las esperanzas de obtener medallas, riquezas, un reconocimiento académico y popularidad, y por cierto que no la realizamos por el placer sádico que brindan la tortura, la opresión, el cultivo de la mentira y el engaño, la dirección de las guerras y la matanza de vidas. ¡Eso es todo!

13

ACERCA DE LA DEMOCRACIA LABORAL NATURAL

1. Investigaciones sobre las fuerzas sociales naturales para vencer la peste emocional

Lo que he de presentar a continuación es un saber humano general y espontáneo, un saber que no está socialmente organizado y que, por tanto, hasta ahora no ha podido madurar y tener un efecto práctico en el común de las gentes.

Una vez más, los acontecimientos sociales han entrado en una riada de enormes convulsiones. Por doquier se formulan las preguntas: ¿qué sucederá?,

¿qué debe hacerse?, ¿qué partido, qué ministerio, qué tipo de agrupación política asumirá la responsabilidad por el destino futuro de la sociedad europea? No tengo respuestas a estas preguntas que están en boca de todos. Este artículo no se plantea dar consejos políticos. Su única intención es alertar sobre un hecho real, práctico y racional que no es nombrado en ninguno de los muchos debates políticos sobre la conformación del mundo después de la guerra. Es el hecho que en los círculos de científicos, médicos, pedagogos, trabajadores sociales, etc., se ha designado con el nombre de «*democracia laboral natural*». Ahora

quiero describir qué es la democracia laboral natural; entiéndase bien: qué *es*, y *no* qué debería ser.

En el año 1937, es decir dos años antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial, cuando la tormenta se cernía sobre Europa, se publicó en Escandinavia un pequeño escrito sobre *La organización natural del trabajo en la democracia laboral*. El escrito no estaba firmado. Sólo se decía que lo había redactado un trabajador de laboratorio con el consentimiento de otras personas dedicadas a una tarea práctica. Se publicó en alemán; no estaba impreso, sino sólo mimeografiado; luego también fue

traducido al inglés. No tuvo mucha difusión, pues no lo sustentaba un aparato de propaganda política ni una ambición política. Pero fue aclamado dondequiera que fuese leído. Circuló a pequeña escala en París, Holanda, Escandinavia, Suiza, Palestina. Algunas docenas de ejemplares también cruzaron ilegalmente la frontera alemana. Sólo fue comentado en un semanario socialista alemán en París; por lo demás, no llamó la atención en absoluto. Lejos de tener un papel revolucionario en los acontecimientos políticos, cayó pronto en el olvido, en medio del trajín del momento. No era, desde luego, un escrito político, sino todo lo contrario,

un escrito *contra* la política redactado por un trabajador. Pero contenía dos cosas que de algún modo quedaban grabadas en la memoria y aparecían una y otra vez, como en un segundo plano, en las conversaciones de personas de distintas mentalidades y profesiones. Una de ellas era la palabra «democracia laboral». La otra eran dos oraciones. Sonaban como divorciadas de la realidad, alejadas de la política, utópicas y, en el fondo, desesperanzadas: «*¡Basta, basta de política, de una vez y por siempre! ¡Acometamos las tareas prácticas de la vida real!*».

Curiosamente, el único periódico

político que había dedicado un largo artículo a ese escrito también había centrado su crítica en torno a la palabra «democracia laboral» y a las dos oraciones, que parecían una consigna. El artículo demostraba simpatías por la democracia laboral, pero rechazaba de plano la consigna. A quienes conocían el escrito, esta contradicción les demostraba que no había sido realmente comprendido. Aparentemente, el opúsculo había sido escrito por un ex socialista. Se distanciaba nítidamente de los partidos socialistas de todos los matices, pero, en contradicción con su propia consigna básica, estaba lleno de formulaciones y discusiones políticas.

A pesar de las grandes fallas y la falta de claridad del escrito, un sociólogo alemán lo leyó entusiasmado y lo llevó ilegalmente a Alemania. En el curso de los seis años siguientes, los años de la guerra, no se tuvo ninguna noticia del escrito. Sin embargo, en el año 1941 se publicó una continuación de este primer escrito, con el título de *Problemas adicionales de la democracia laboral*. También este panfleto circuló ilegalmente en varios países europeos e incluso fue «interceptado» por la policía secreta americana, el FBI.

El término *democracia laboral* arraigó en los círculos de sexo-

economistas y vegetoterapeutas totalmente informales y carentes de una organización fija. La palabra cobró vida propia. Se la empleaba cada vez más; se hablaba de instituciones democrático-laborales, de «familia de trabajo», etc., y se comenzó a reflexionar sobre la cuestión. En medio del caos de la guerra, un economista sexual de un país europeo ocupado escribió una carta diciendo que se había traducido el escrito y que estaba preparado para ser publicado en cuanto las circunstancias lo permitieran.

En el curso de los últimos cuatro años de guerra profundicé en el contenido conceptual del término

«democracia laboral». Intenté comprender y elaborar el contenido de la palabra. Para ello me basé en conversaciones mantenidas al respecto con amigos de diversos oficios en Noruega. Cuanto más me sumergía en el concepto, tanto más claros quedaban sus contornos, y tanto más pleno y vigoroso era su contenido. Finalmente, tenía ante mí una imagen que coincidía perfectamente con un gran número de hechos sociales dejados de lado, pero decisivos.

Quiero describir lo mejor que pueda lo que esta imagen expresa. No tengo intención alguna de hacerle propaganda. Tampoco la defenderé en debates que

me hagan perder tiempo.

Lo que sigue es mi actual concepción de la democracia laboral natural.

2. El trabajo en contraste con la política

Un médico que quiera tener acceso a los pacientes debe demostrar exactamente el grado de sus conocimientos prácticos y teóricos. En cambio, un político que se propone determinar el destino de muchos millones de hombres y mujeres trabajadores (y no sólo el de unos centenares de personas, como el médico), no necesita probar sus aptitudes en nuestra sociedad.

Parece que este hecho es una de las causas principales de la tragedia social

que asola en forma crónica la sociedad de los animales humanos desde hace miles de años, con enormes estallidos individuales. Sigamos analizando lo mejor que podamos la citada contradicción.

El trabajador práctico de cualquier oficio, independientemente de que provenga de círculos pobres o ricos, tiene que adquirir una determinada instrucción. No lo elige «el pueblo». Los trabajadores con muchos años de experiencia comprobada, y que se hallan en pleno proceso de trabajo determinan más o menos detenidamente si el futuro trabajador está calificado para realizar su tarea social. Ésta es la exigencia,

aunque a menudo se adelante a los hechos. De todos modos, es orientadora. En los Estados Unidos esta exigencia incluso se ha llevado al extremo de que una vendedora en grandes almacenes tiene que acreditar que posee estudios universitarios. Por exagerada y socialmente injusta que sea esta exigencia, no deja de mostrar claramente la clase de presión social que se ejerce hasta sobre los trabajos más simples. Cualquier zapatero, carpintero, tornero, mecánico, electricista, albañil, constructor de calles, etc., tiene que satisfacer grandes requerimientos.

Un político, en cambio, se sustrae a cualquier prueba de esa índole. Basta

una buena dosis de astucia, de ambición neurótica y de poder, unida a la brutalidad, para ocupar los más altos puestos de la sociedad humana con tal de que existan las correspondientes condiciones sociales caóticas. Hemos visto en los últimos veinticinco años que un mal periodista pudo embrutecer a los cincuenta millones de italianos, llevándolos finalmente a la miseria. Durante veintidós años hubo mucho ruido y pocas nueces, junto con matanzas y asesinatos, hasta que un buen día el fantasma desapareció sin ton ni son, de modo que uno no podía menos que pensar: «*¡Aquí no ha pasado nada!*». De este alboroto gigantesco, que hizo

contener la respiración a todo el mundo y arrancó a muchas otras naciones de su vida habitual, no quedó *nada*; ni un solo pensamiento duradero, ni una sola institución útil, ni siquiera un callado recuerdo. No hay nada que pueda describir de modo más simple y claro la irracionalidad social que arrastra periódicamente nuestras vidas hasta el borde del abismo.

También un aprendiz de pintor de brocha gorda, totalmente fracasado en su oficio, es capaz de estar durante veinte años en boca de todos los seres humanos, sin haber llevado a cabo una sola tarea útil, objetiva y práctica. También en este caso se trata de un

alboroto gigantesco que un día se convierte en un: «Aquí no ha pasado nada». El mundo del trabajo sigue su curso callado, tranquilo, vitalmente necesario. Del gran alboroto no queda más que un capítulo en los libros de historia mal orientados y que sólo constituyen una carga para nuestros hijos.

Esta antítesis entre el trabajo y la política, antítesis que todos comprenden y que todo hombre o mujer que trabaje conoce muy bien, contiene enormes consecuencias para la vida social práctica, si uno se toma el trabajo de pensar consecuentemente en ella hasta el final. Afecta más que nada al sistema de

partidos políticos, que en todo el planeta domina la ideología y la formación de la estructura de los humanos. No es parte de nuestra tarea tratar aquí la cuestión de cómo se fue desarrollando el actual sistema de partidos políticos a partir de los primeros sistemas de dominación patriarcal y jerárquica de Europa y Asia. Aquí sólo nos importa el efecto del sistema de los partidos políticos sobre el curso de la sociedad. El lector ya debe de sospechar que la democracia laboral natural es un sistema social *existente* (no uno que deba instituirse) y que su relación con el sistema de los partidos políticos es la misma que la del fuego con el agua.

La antítesis entre el trabajo y la política nos conduce a lo siguiente: la elucidación y eliminación de situaciones caóticas, independientemente de que se trate de un organismo social, animal o muerto, requiere una prolongada labor científica y práctica. Sin entrar en detalles, designemos brevemente como «hombre *científico*» a todo aquel que realice un trabajo *vitalmente necesario* que requiera la comprensión científica de hechos. En este sentido del término, el tornero de metales de una fábrica es un hombre científico, pues su trabajo se basa en los frutos del trabajo y de la investigación propios y ajenos. Confrontemos ahora a este hombre

científico con el místico, incluido el ideólogo político.

Cualquier hombre científico, ya se trate de un educador, de un tornero, un técnico, un médico o cualquier otro profesional, tiene que cumplir y salvaguardar el proceso social del trabajo. Socialmente hablando, su situación es difícil: tiene que demostrar en la práctica todas y cada una de sus afirmaciones. Tiene que trabajar esforzadamente, pensar, buscar nuevos caminos, reconocer errores; si es un investigador tiene que examinar y refutar teorías falsas, exponerse a la maldad humana con cada logro fundamentalmente nuevo y luchar para

poder avanzar. No necesita el poder, pues con el poder no se pueden construir motores, producir sueros curativos, realizar vuelos en la estratosfera, criar niños, etcétera. El hombre trabajador y científico vive y actúa sin armas.

Comparada con la de un trabajador, la situación social del místico y el ideólogo político es sencilla. Nadie les pide que demuestren sus afirmaciones. Pueden prometer que harán bajar a Dios del cielo y subir al diablo del infierno, y que crearán el paraíso en la tierra desde la sede ministerial, con la seguridad de que no se les exigirá una rendición de cuentas por engaño. Sus afirmaciones están protegidas por el bien cuidado

derecho democrático de la libre expresión de ideas. Si lo pensamos con el suficiente detenimiento, nos damos cuenta de que algo debe de andar mal en el concepto de la «libertad de expresión» si es posible que un pintor malogrado pueda conquistar en pocos años y de modo *completamente legal*, haciendo uso de la libertad de expresión, una posición social en el mundo como jamás la ha obtenido ningún pionero de la ciencia, el arte, la educación y la técnica en la historia humana. La conclusión es evidente: nuestras ideas sobre cuestiones sociales son en algún punto catastróficamente incorrectas y necesitan una corrección

radical. Sobre la base de cuidadosas investigaciones clínicas sexo-económicas sabemos que es la educación autoritaria de los niños, que los convierte en súbditos temerosos, la que asegura a los bandoleros de la política la obediencia y la fe de millones de personas adultas y trabajadoras.

Analicemos ahora en otro sentido la contradicción entre el trabajo y la política.

En la portada del periódico oficial del Instituto Orgón siempre aparece el lema: «*El amor, el trabajo y el conocimiento son las fuentes de la existencia humana. ¡También deberían*

gobernarla!». Sin la función del *amor* natural entre hombre y mujer, entre madre e hijo, entre compañeros de trabajo, etc., sin *trabajo* y sin *conocimientos*, la sociedad humana no podría existir un solo día más. En mi calidad de médico no me incumbe considerar aquí alguna ideología política o necesidad diplomática actual, por importante que pueda parecer. Mi tarea es, objetivamente, sólo la de describir hechos importantes pero desconocidos. Es un hecho, tal vez lamentable, que ninguna de las tres funciones básicas de la vida social sean tocadas de algún modo por el sufragio universal y secreto, ni hayan incidido

jamás en la historia de la democracia parlamentaria. Por el contrario, las ideologías políticas, que nada tienen que ver con las funciones del amor, el trabajo y el conocimiento naturales, gozan del acceso, sin impedimentos ni controles, a todo tipo de poder social, sobre la base del sufragio universal y el sistema de partidos. Quiero destacar aquí prestamente que estoy *a favor* del sufragio universal y que siempre lo he estado. Lo cual no modifica en absoluto el hecho firmemente establecido de que la institución social del sufragio universal de la democracia parlamentaria no coincida de ningún modo con las citadas tres funciones

básicas de la existencia social. El hecho de si el voto parlamentario salvaguarda o daña las funciones sociales básicas queda librado al azar. No hay ninguna estipulación en la legislación de la democracia parlamentaria que conceda al amor, al trabajo y al conocimiento algún tipo de prerrogativas en la conducción del destino de la sociedad. Esta dicotomía entre el sufragio democrático y las funciones sociales básicas tiene repercusiones catastróficas en la base del acontecer social.

Aquí sólo quiero nombrar brevemente las muchas instituciones y leyes que obstaculizan expresamente estas funciones. No creo que jamás

ningún grupo científico o político haya destacado esta contradicción fundamental de modo nítido, claro y comprensible para todos. Sin embargo, constituye el meollo de la tragedia biosocial del animal humano. Los sistemas de partidos políticos no corresponden de ningún modo a las circunstancias, tareas y metas de la sociedad humana. Entre otras, la prueba clara y evidente de ello es que un zapatero no puede convertirse sin más ni más en un sastre, ni un médico en un ingeniero de minas, ni un educador en un carpintero; pero en cambio un republicano estadounidense puede convertirse de la noche a la mañana en

un demócrata sin que medie ningún cambio objetivo en su mentalidad, un comunista en la Alemania prehitleriana en un fascista, un fascista en un comunista, un liberal en un comunista o un socialdemócrata, y un socialdemócrata en integrante del Partido Nacional Alemán o en social-cristiano, fortaleciendo o debilitando así el programa ideológico del partido en cuestión y determinando con ello del modo más inescrupuloso el destino de toda una nación.

Esto muestra claramente el carácter irracional de la política y su contraste con el trabajo. No quiero discutir aquí la cuestión de si los partidos políticos

tuvieron alguna vez un fundamento objetivo y racional en el cuerpo social. No viene al caso. *Hoy día* los partidos políticos no tienen nada concreto que plantear. Los acontecimientos prácticos y positivos de una sociedad no tienen nada que ver con fronteras o ideologías partidarias. Una prueba de esto la tenemos en el *New Deal* de Roosevelt. Las llamadas coaliciones de partidos son improvisaciones de último momento a falta de una orientación objetiva; allanan las dificultades sin darles una solución real. La realidad es que no pueden dominarse realidades palpables con opiniones que se cambian como te cambias de camisa.

Estos primeros pasos en la elucidación del concepto de democracia laboral ya nos han llevado a comprender algunos puntos esenciales del caos social, lo cual nos obliga a seguir con nuestra línea de pensamiento sobre democracia laboral natural. No hacerlo sería una omisión inexcusable, pues nadie puede saber en qué punto del pensamiento humano hallaremos la respuesta al caos creado por la política. Seguimos, pues, el camino emprendido, del mismo modo como se busca un sitio adecuado para establecerse en la selva virgen.

Esta misma empresa de orientarse en el caos social debe ser considerada

como una porción de trabajo práctico y racional. Dado que la democracia laboral se basa en el trabajo y no en la política, es posible que este «trabajo relativo al organismo social» pueda conducir a un resultado práctico y aplicable. Sería la primera vez que el *trabajo* se adueñe del problema social. Y este trabajo sería democrático-laboral, en cuanto que podría inducir a otros sociólogos, economistas y psicólogos a que trabajasen en la cuestión del organismo social. Dado que este trabajo ataca la política como principio y como sistema, es seguro que se le opondrán ideologías políticas. Será interesante e importante observar

cómo se comportará en la práctica la sociología democrático-laboral en esta contienda. El modo de pensar democrático-laboral, tal como lo concibo, opone a la ideología política el punto de vista de la *función social* y del *desarrollo social*, es decir, hechos y posibilidades; no le opone otra concepción política. Es un proceso parecido al que se produce en el terreno de la moral; la economía sexual combate los daños que causa la moral compulsiva, pero no, como es habitual, con otro tipo de moral, sino con un conocimiento concreto y con técnicas prácticas sobre la función natural de la sexualidad. Dicho de otro modo, la

economía social orientada hacia la democracia laboral tendrá que ser probada en la vida práctica del mismo modo que la afirmación de que el vapor contiene energía se prueba a través del movimiento de las locomotoras. Por lo tanto, no hay ningún motivo para que entablemos discusiones ideológicas o políticas acerca de la existencia de la democracia laboral, su utilidad práctica, etc.

El trabajador cuyas ideas y acciones se guían por la democracia laboral no se declara *contrario* al político. No es su culpa o intención el hecho de que el resultado práctico de su trabajo descubra el carácter ilusorio e

irracional de la política. Los que se dedican a trabajos prácticos, cualquiera que sea su oficio, están intensamente ocupados en tareas prácticas para mejorar la vida. No están «en contra» de tal o cual cosa. Sólo el político, que no tiene tareas prácticas, está siempre *en contra* y jamás *a favor* de cosa alguna. Este «estar en contra» caracteriza a la política en general. No es el político, sino el trabajador, quien realiza lo que es productivo en la práctica, esté o no de acuerdo con las ideologías del político. Muchos años de experiencia han demostrado inequívocamente que el trabajador práctico siempre entra en contradicción con el político. Quien

trabaje, actúe y esté a favor del funcionamiento vivo se opondrá, pues, a la política, quiéralo o no. El educador está *a favor* de una educación objetiva de los niños pequeños; el campesino está *a favor* de las máquinas necesarias para la agricultura; el investigador está *a favor* de que los hallazgos científicos se demuestren en la práctica. Uno puede convencerse fácilmente de que dondequiera que un trabajador esté *en contra* de este o aquel logro, no lo está haciendo en su calidad de trabajador, sino bajo la presión de influencias políticas u otras influencias irracionales.

La afirmación de que una realización laboral positiva jamás está en contra,

sino únicamente a favor de tal o cual cosa, parece inverosímil y exagerada. Esto se debe a que nuestra vida laboral está totalmente penetrada por opiniones cuyo fundamento es irracional y que no se diferencian de los juicios objetivos. ¿Acaso el campesino no se opone al obrero y éste al ingeniero, etc.? ¿No está tal o cual médico en contra de tal o cual medicamento? Se nos dirá que el estar «a favor» *y* «en contra» está determinado por la naturaleza misma de la libre expresión democrática. Yo afirmo, en cambio, que fue precisamente esta comprensión formal y no objetiva del concepto de la libertad de expresión la que contribuyó de manera sustancial

al fracaso de las democracias europeas. Presentemos un ejemplo: un médico está en contra de determinado medicamento. Esto puede deberse a dos motivos:

1) El medicamento es realmente malo y el médico es consciente; en este caso el fabricante del medicamento ha trabajado *mal*. Su trabajo no se ha visto coronado por el éxito y, aparentemente, él no estaba guiado por un fuerte interés objetivo en producir un medicamento que funcionara bien. El productor no estaba motivado por la función del medicamento sino, digamos, por la obtención de beneficios materiales. Se trataba, por tanto, de un motivo irracional, pues no se adecuaba a la

finalidad. En este caso, el médico actúa de modo *racional*, en interés de la salud humana, es decir, que al defender la salud se opone automáticamente al medicamento. Actúa racionalmente, pues la meta de su trabajo concuerda con el motivo de la formulación de su opinión.

2) El medicamento es bueno y el médico no tiene escrúpulos. Este médico no está *en contra* del medicamento porque esté interesado en la salud humana, sino, por ejemplo, porque recibe dinero de la competencia para que recete otro medicamento determinado. No cumple con su función de médico; el motivo de su libre expresión de opiniones nada tiene que

ver con su contenido ni con su función laboral. Este médico se opone al medicamento porque en el fondo ambiciona el *beneficio* y no la salud. Pero la obtención de ganancias no es el objetivo del trabajo de un médico. Por eso se expresa severamente «*en contra*» y no «a favor».

Podemos aplicar discrecionalmente este ejemplo a cualquier otro terreno laboral y a cualquier tipo de expresión de opiniones. Nos convenceremos de que el estar siempre *a favor* de algo es inherente al proceso laboral racional. El estar-en-contra no viene dado por el propio proceso laboral, sino por la existencia de funciones irracionales de

la vida. De ahí que *todo proceso laboral racional se dirija espontáneamente y por esencia contra las funciones vitales irracionales*.

El lector atento que tenga alguna experiencia en el mecanismo de la vida no dejará de sentir que esta clarificación del concepto de la libertad de expresión brinda a los esfuerzos democráticos un punto de vista realmente nuevo y mejor. «*Lo que daña los intereses de la vida es un trabajo mal hecho, es decir, no es trabajo alguno*», es un principio que confiere un sentido racional al concepto de democracia laboral, sentido racional que le falta al concepto de la democracia formal o parlamentaria. En

la democracia formal, el campesino está en contra del obrero y el obrero en contra del ingeniero, porque en la organización social dominan los intereses políticos en lugar de los intereses objetivos. Si la responsabilidad, en vez de dársela al político, se la damos (no al hombre que trabaja, sino) al *trabajo*, el antagonismo político entre el campesino y el obrero se convierte automáticamente en cooperación.

Todo esto habrá que ampliarlo, pues tiene una importancia decisiva. Por ahora nos detendremos en la cuestión de la llamada crítica democrática, la cual también se basa en el derecho

democrático de la libertad de expresión.

3. Nota sobre la crítica objetiva y la crítica irracional y rebuscada

El modo de vida propio de la democracia laboral insiste en que toda persona que trabaja tiene derecho a la discusión y la crítica. Esta reivindicación está justificada, es indispensable y debería ser inviolable. Si no se cumple, la fuente de la productividad humana puede agotarse fácilmente.

Sin embargo, a consecuencia de los efectos de la peste emocional general, la «discusión» y la «crítica» pueden

convertirse fácilmente en un peligro más o menos nocivo para el trabajo serio. Ilustrémoslo con un ejemplo.

Imaginémonos a un ingeniero que esté esforzándose por reparar un motor. El trabajo es complicado; nuestro ingeniero tensa al máximo su inteligencia y sus músculos para llegar a dominar la avería. Sacrifica sus placeres del tiempo libre y trabaja hasta altas horas de la noche; no se brinda ningún descanso hasta lograr su objetivo. En tales circunstancias pasa un hombre indiferente, lo observa un rato, coge una piedra y rompe los hilos conductores. Luego sigue su camino. Por la mañana, su mujer le había martirizado

con críticas durante el desayuno.

Pasa otro hombre totalmente indolente. Se burla del ingeniero. Dice que el ingeniero no entiende nada de motores, puesto que no ha podido arreglar ése. Y que es un hombre sucio: su cuerpo está bañado en sudor y grasa. Y también un hombre inmoral, porque en caso contrario no dejaría a su familia sola en su casa. Después de insultar al ingeniero durante algún tiempo, se marcha. Por la mañana había recibido una carta de su empresa, en la que se le avisaba de que quedaba despedido de su puesto de ingeniero electrotécnico. No era muy bueno en su profesión.

Pasa un tercer hombre totalmente

indiferente, le escupe al ingeniero en la cara y sigue caminando. Su suegra, muy ocurrente para martirizar al prójimo, acababa de hacerle una escena.

Estos ejemplos intentan ilustrar la «crítica» de los transeúntes indiferentes, que, como los salteadores de caminos, perturban sin sentido el trabajo honesto, un trabajo por el que jamás se han esforzado, que no conocen y que no les incumbe. Ésta es la manera en que, en un vasto sector de la sociedad, tiene lugar lo que injustamente se denomina «libre discusión» y «derecho a la crítica». Éste era el tipo de asalto que lanzaron las escuelas tradicionales de psiquiatras y teóricos del cáncer contra la entonces

aún embrionaria investigación de los biones. No querían ayudar ni hacerlo mejor, sino que querían destruir sin motivo una ardua labor. No revelaron los motivos de su actitud. Una «crítica» de esta índole es nociva, socialmente peligrosa, sus motivos nada tienen que ver con la cosa criticada, y ni está guiada por intereses objetivos.

Muy distintas son la discusión *auténtica* y la crítica *auténtica*. Ilustrémoslas con otro ejemplo.

Pasa un segundo ingeniero por el garaje de nuestro trabajador. Con su mirada de experto se da cuenta inmediatamente de que el ingeniero se halla en una situación difícil. Se quita su

chaqueta, se arremanga la camisa y trata de comprender, en primer término, cuál es la naturaleza de la avería y si el ingeniero que trata de arreglar el motor está cometiendo algún error. Le muestra una omisión importante y ambos se ponen a considerar los errores que pudieron cometerse en el trabajo. Le echa una mano al primer ingeniero, critica el trabajo y le ayuda *a hacerlo mejor*. La motivación del segundo ingeniero no es una suegra criticona ni un fracaso en su profesión, sino un interés objetivo en el éxito del trabajo.

A menudo es difícil distinguir entre los dos tipos de crítica descritos. El critiqueo irracional se oculta en general

muy hábilmente tras una aparente objetividad. Casi siempre se incluye equivocadamente a estas dos actitudes tan distintas en el concepto *único* de «crítica científica».

En un sentido objetivo y científico estricto sólo es admisible *un* tipo de crítica, la llamada crítica inmanente; es decir, el crítico debe cumplir varios requisitos antes de hacer valer su derecho a criticar:

1) Él mismo tiene que dominar el campo de trabajo que critica.

2) Tiene que conocer ese campo por lo menos al mismo nivel, si no más elevado, que la persona criticada.

3) Debe estar interesado en que el

trabajo se vea coronado por el éxito, y no en que fracase. Si sólo se propone perturbarlo, los motivos de su crítica nada tienen que ver con un interés objetivo; es un querellador neurótico, no un crítico.

4) Debe realizar su crítica *desde el punto de vista del campo de trabajo criticado*. No puede criticar desde puntos de vista *ajenos* al campo de trabajo en cuestión. No se puede criticar la psicología profunda desde el punto de vista de la psicología de superficie, pero se puede criticar la psicología de superficie desde el punto de vista de la psicología profunda. El motivo es simple: la psicología profunda está

obligada a incluir la psicología de superficie en sus investigaciones. Por lo tanto, tiene que conocerla. La psicología de superficie, en cambio, es *de superficie* precisamente porque no busca los motivos biológicos que están detrás de los fenómenos psíquicos manifiestos.

No podemos criticar una máquina eléctrica desde el punto de vista de una máquina que tiene la misión de calentar un ambiente. La única función de la teoría del calor en la máquina eléctrica consiste en capacitar al ingeniero para evitar un recalentamiento del motor eléctrico. Hasta aquí, los consejos de un experto en termología son aceptados con

gusto por el ingeniero electrotécnico. Pero sería ridículo criticar la máquina eléctrica porque no pueda calentar una habitación. En consecuencia, la economía sexual, que se propone la sexualidad *natural* de los niños, jóvenes y adultos de la neurosis, la perversión y la criminalidad, no puede ser criticada desde el punto de vista del moralismo antisexual, porque el moralista no quiere liberar, sino reprimir la sexualidad natural de los niños y adolescentes. Un músico no puede criticar a un minero, ni un médico a un geólogo. Un trabajo nos puede resultar agradable o desagradable, pero esto no modifica la naturaleza o la utilidad de este trabajo.

Estas observaciones sobre la crítica y critiqueo sólo tenían la intención de aliviar su posición ante los críticos a los jóvenes economistas sexuales y biofísicos del orgón.

4. El trabajo es racional por naturaleza

El análisis del concepto de democracia laboral nos ha llevado, como vemos, a un terreno de la vida humana al que desde hace miles de años se atribuye una enorme importancia, pero que a la vez parecía imposible de dominar y avasallador. Es el amplio y complejo terreno de la llamada «naturaleza humana». Aquello que algunos filósofos, poetas, políticos superficiales de salón, pero también grandes psicólogos, designan y lamentan con la frase «así es la naturaleza

humana», coincide totalmente con el concepto clínico sexo-económico de la «peste emocional». Podemos definirla como la *suma de todas las funciones vitales irracionales en el animal humano*. Ahora bien, si la «naturaleza humana», concebida como inmutable, es idéntica a la peste emocional, y ésta es a su vez idéntica a la suma de todas las funciones vitales irracionales en el animal humano; si, además, las funciones del trabajo son racionales por sí mismas e independientemente del hombre, entonces nos hallamos ante dos gigantescos campos de actividad de la vida humana, dos campos radicalmente enfrentados: por una parte, el trabajo

vitalmente necesario como función vital racional; por otra, la peste emocional como función vital irracional. No es difícil adivinar que, de acuerdo con el ideario de la democracia laboral, toda política que no se funde sobre el conocimiento, el trabajo y el amor y sea, por tanto, irracional, pertenece al terreno de la peste emocional. Así, el sistema de ideas de la democracia laboral contesta de modo simple la eterna y antiquísima pregunta de cómo podrá dominarse finalmente la famosa naturaleza humana: la educación, la higiene, la medicina, que han lidiado con la naturaleza humana desde el comienzo y sin obtener resultados

satisfactorios, encuentran en la función racional del trabajo vitalmente necesario un poderoso aliado en su lucha contra la peste emocional.

Para seguir hasta el final esta línea de pensamiento de la democracia laboral es indispensable que previamente nos liberemos por completo del pensamiento político e ideológico habitual. Sólo así será posible comparar el pensamiento fundamentalmente distinto, que proviene del mundo del amor, el trabajo y el conocimiento, con el pensamiento que tiene su origen en el mundo del poder y la gloria, y en las conferencias diplomáticas y políticas.

El político piensa en términos de

«Estado» y «nación»; el hombre que trabaja, *vive* «sociablemente» o «socialmente». El político piensa «disciplina», «ley y orden», donde el hombre trabajador medio siente «alegría del trabajo» y «orden laboral», «ordenamiento laboral» y «cooperación». El político piensa «moral» y «deber»; el hombre trabajador vive o quiere vivir una «decencia espontánea» y un «sentimiento natural de la vida». El político dice «ideal de la familia», cuando el hombre trabajador goza o quiere gozar del «amor entre el hombre, la mujer y los niños». El político dice «intereses de la economía y el Estado»,

mientras que el hombre simple que trabaja quiere la «satisfacción de necesidades» y el «aprovisionamiento de comestibles». El político dice «libre iniciativa de los individuos» y piensa en «ganancia», mientras que el hombre sencillo quiere un «espíritu emprendedor» y una «vía libre para su desarrollo».

El político domina irracionalmente las mismas áreas de la vida que domina de hecho o podría dominar racionalmente el hombre trabajador, si el irracionalismo político no se lo obstaculizara gravemente. A pesar de que las designaciones irracionales y las racionales se refieren a las mismas

áreas de la vida, se oponen diametralmente; no son términos intercambiables; en la práctica se excluyen mutuamente. Esto lo muestra la vida viva a través del hecho de que en toda la historia de la humanidad la disciplina estatal autoritaria frustró la sociabilidad y la alegría laboral naturales, el Estado dio muerte a la sociedad, la familia compulsiva sacralizada al amor entre el hombre, la mujer y los hijos, la moral compulsiva a la decencia que brota de la natural alegría de vivir, y el político al hombre trabajador.

Nuestra sociedad es regida esencialmente por conceptos —nótese

bien: por conceptos *políticos irracionales*— que se sirven del trabajo humano para lograr por la fuerza sus objetivos. Se necesitan instituciones reales para asegurar a la actividad vital de las masas la libertad de acción y desarrollo. La base social para estas instituciones no puede ser cualquier orientación o ideología política discrecional e intercambiable, sino pura y exclusivamente la función social del trabajo vitalmente necesario, tal y como resulta de modo natural por el entrelazamiento de las diversas ramas laborales vitalmente necesarias en los colectivos de trabajo.

Sigamos otro tramo del curso de la

línea de pensamiento de la democracia laboral a través de la espesura de las funciones vitales racionales e irracionales entrelazadas. Nos esforzaremos por seguir exclusivamente el curso lógico de las ideas, excluyendo en la medida de lo posible nuestros intereses personales. Para llegar a una conclusión aplicable, debemos adoptar la perspectiva de la democracia laboral incluso en esta consideración del propio concepto de democracia laboral, es decir, debemos obrar como si *quisiéramos cargar la democracia laboral natural con la responsabilidad de la existencia social*. Debemos, pues, probar su resistencia en todas las

direcciones; es decir, debemos realizar una reflexión *objetiva*. Si nos dejáramos llevar por nuestro interés personal en alguna actividad vitalmente innecesaria, nos excluiríamos automáticamente del marco de esta discusión.

Si sólo existiera la peste emocional en sus diversas formas, el género humano habría perecido hace tiempo. Ni las ideologías políticas, ni los rituales místicos, ni los aparatos de poder militar, ni las disputas diplomáticas, podrían por sí mismos proveer de alimentos a la población de un país cualquiera ni durante una hora, ni mantener el tráfico entre los centros de vivienda, construir casas, curar

enfermedades, asegurar la crianza de los niños, descubrir los secretos de la naturaleza, etc. En la concepción de la democracia laboral, las ideologías políticas, los rituales místicos y las maniobras diplomáticas sólo son necesarios en el dominio del irracionalismo social. No son necesarios en el dominio de la vida real, que sólo es gobernada por amor, trabajo y conocimiento.

Estas funciones vitalmente necesarias responden a sus propias leyes, surgidas de estas mismas funciones e inaccesibles a toda ideología irracional. Amor, trabajo y conocimiento no son «ideas», «valores

culturales», «programas políticos», «actitudes mentales» o «profesiones de fe». Son *realidades palpables*, sin las cuales la sociedad humana no podría subsistir un solo día.

Si la organización de la sociedad humana fuera racional, el amor, el trabajo y el conocimiento tendrían de modo natural prerrogativas y el derecho a determinar la existencia humana; el amor, el trabajo y el conocimiento, y no las instituciones innecesarias. Es cierto que, de acuerdo con la concepción de la democracia laboral, podría haber grupos de hombres que se armaran y se asesinaran unos a otros; otros grupos podrían deleitarse con rituales místicos;

y otros distintos podrían disfrutar con la discusión de ideologías. *Pero no podrían dominar, explotar las funciones biológicas básicas de la sociedad, ni absorberlas por completo en favor de sus intereses particulares. Por otra parte, tampoco podrían privar a estas funciones de todos sus derechos de determinación de la existencia social.*

El comportamiento social con respecto a estos dos grupos de actividad humana se caracteriza por una tremenda irracionalidad:

Un político está en condiciones de engañar a millones de personas con la promesa de que instaurará la libertad,

sin tener que cumplirla jamás. Nadie le exige una demostración de sus aptitudes ni de la viabilidad de sus promesas. De la noche a la mañana puede prometer exactamente lo contrario. Un místico puede imbuir a masas de personas en la creencia en una vida de ultratumba, sin que nadie se lo impida y sin tener que ofrecer ni un asomo de prueba. Traslademos ahora los derechos de un político y un místico a un ingeniero de ferrocarriles. Sería encerrado inmediatamente en una cárcel o en un manicomio si intentara persuadir con largos discursos a tan sólo dos docenas de personas que quieran viajar de una ciudad a otra, de que puede volar hasta

la Luna. Sigamos imaginando ahora que este ingeniero *exigiera* que se creyese, con armas en la mano, que su afirmación es verdadera, o que incluso hiciera encarcelar a las personas que aguardan ser transportadas, porque no dan crédito a sus palabras. El ingeniero de ferrocarriles tiene que transportar a la gente *en la práctica*, realmente y sin peligro, si quiere seguir siendo ingeniero de ferrocarriles.

No importa en absoluto que un constructor, médico, maestro, tornero, educador, etc., sea un fascista, un comunista, un liberal o un cristiano, cuando se trata de construir un edificio escolar, curar enfermos, tornear balas o

cuidar de los niños. Ninguno de estos trabajadores puede pronunciar largos discursos o hacer promesas fantasiosas; tiene que realizar un trabajo práctico y concreto. Debe colocar ladrillo sobre ladrillo; antes de comenzar, debe pensar cuidadosamente y fijar mediante planos cuántas aulas ha de tener la escuela, dónde estarán la ventilación y las salidas, dónde las ventanas, dónde la administración y la cocina. Ninguna persona que realice un trabajo práctico puede hacerlo mediante una ideología liberal, socialdemócrata, religiosa, fascista o comunista. A nadie le está permitida la charlatanería. Todos tienen que tener conocimientos exactos y

trabajar con rigor. Pero un ideólogo no deja de serlo aunque cambie el cielo por la tierra o los cuerpos por las almas. Mucho tiempo después de que un grupo político haya perdido todo prestigio en un país, continúa con sus viejos debates ideológicos en algún otro país, sin tener ningún contacto con la realidad. Esto no podría ser objetable si sus integrantes se contentaran con la satisfacción que les brindan los debates y no pretendieran imponer su ideología a otros o incluso determinar el destino de naciones.

Una vez intenté probar el sistema de pensamientos de la democracia laboral, que acabo de ejemplificar, en mi propia persona: sin duda habría confirmado el

diagnóstico de esquizofrenia formulado por algunos psicoanalistas exaltados y estaría en un manicomio si en 1933, cuando comencé a sospechar la existencia de una energía biológica universal a título de hipótesis, hubiera proclamado a viva voz que dicha energía existe con seguridad, que está en condiciones de destruir tumores cancerosos y que a la vez está relacionada con la gravitación, etc. Sobre la base de mis investigaciones biológicas habría podido dar a luz un sinnúmero de ideologías y fundar un partido político, digamos un partido democrático-laboral de la libertad; ese partido no habría sido peor que otros

que se plantean menos cuestiones prácticas. Gracias a mi influencia sobre las personas podría haberme rodeado fácilmente de mis propias SS y proveer a miles de hombres con insignias de la democracia laboral. Pero no me habría acercado un solo centímetro a la cuestión del cáncer o a la comprensión de las sensaciones cósmicas u oceánicas de los animales humanos. Hubiera establecido firmemente la ideología de una democracia laboral, pero habría seguido sin descubrir el proceso de la democracia laboral, proceso que está presente naturalmente, pero que hasta ese momento aún no había sido percibido. Tuve que trabajar muy duro

durante muchos años, observar, corregir faltas, dominar mi propio irracionalismo lo mejor que podía, comprender por qué la biología es simultáneamente mecanicista y mística, no maldecir, leer libros, disecar ratones, tratar diversas sustancias de cien maneras distintas… hasta que descubrí efectivamente el orgón, lo pude concentrar en acumuladores y volverlo visible. Tan sólo después de logrado esto podía plantearme la pregunta práctica de si el orgón tiene efectos curativos. Esta pregunta, por cierto, estaba gobernada por el desarrollo orgánico de mi proceso laboral. Esto significa que todo trabajo práctico y vitalmente necesario

tiene un desarrollo racional y orgánico que le es propio y en el que de ningún modo pueden saltarse etapas. Esto es la manifestación de una ley biológica fundamental y esencial que llamamos el «desarrollo orgánico». Un árbol tiene que medir un metro de altura antes de poder medir dos. Un niño tiene que aprender a leer antes de poder comprender la expresión impresa de las opiniones de otras personas. Un médico debe aprender anatomía antes de entender la patología. En todos estos casos, *el desarrollo* está dado *por el curso del crecimiento de un proceso de trabajo. El hombre que trabaja es un órgano funcional de este trabajo*. Puede

ser un órgano bueno o malo, pero eso no cambia nada fundamental en el proceso de trabajo. El hecho de que el hombre sea un órgano funcional bueno o malo depende fundamentalmente de la cuota de irracionalidad que tenga su estructura.

Obviamente, esta «ley del desarrollo orgánico» está ausente en las funciones irracionales. En ellas, la meta se presenta como una idea acabada mucho antes que nadie haya movido un dedo. La actividad se realiza de acuerdo a una idea terminada y preconcebida, y tiene que ser, por tanto, irracional por naturaleza. Esto lo patentiza el hecho de que, del pensamiento de los

irracionalistas mundialmente famosos, no quede nada que tenga pies y cabeza y que la posteridad pueda utilizar de algún modo.

En el curso de miles de años, la ley del desarrollo orgánico se manifiesta claramente en conexión con todas las artes técnicas y científicas. El descubrimiento de Galileo se originó en la crítica al sistema ptolomeico y prosiguió la labor de Copérnico. Kepler retomó la labor de Galileo, y Newton la de Kepler. Y muchas generaciones de hombres que trabajaban e investigaban pudieron desarrollarse con cada uno de estos órganos funcionales de procesos naturales objetivos. Nada queda, en

cambio, de Alejandro, llamado Magno, ni de César, Nerón, Napoleón, etc. Tampoco hallamos la menor conexión entre los irracionalistas, a no ser que quiera considerarse como conexión el sueño de Napoleón de llegar a ser un segundo Alejandro o César.

En estos hombres, el irracionalismo se revela por completo como una función vital no-biológica y no-social, e incluso anti-biológica y anti-social. Le faltan los rasgos más esenciales de las funciones vitales racionales, como la germinación, el desarrollo, la continuidad, la no-desviación del proceso, la interrelación con otras funciones, la fragmentación y la

productividad.

Apliquemos ahora el conocimiento obtenido a la pregunta de si en principio puede ser dominada la peste emocional. La respuesta es que sí. Por sádicos, místicos, charlatanes, faltos de escrúpulos y convicciones, reprimidos, superficiales y parlanchines que sean los animales humanos, *en su función laboral están naturalmente obligados a ser racionales*. Del mismo modo como se despliega y reproduce el irracionalismo en los procesos ideológicos y místicos, la racionalidad del hombre actúa y se reproduce en el proceso de trabajo. Es connatural al proceso de trabajo y, por tanto, al

hombre en su función laboral, el *no poder ser irracionales*, el *tener que* ser naturalmente racionales. El irracionalismo se excluye a sí mismo porque *perturba* el proceso de trabajo y vuelve inaccesible la meta del mismo. El contraste agudo e insalvable que existe entre la peste emocional y el proceso de trabajo se expresa claramente en lo siguiente: en una discusión sobre las funciones laborales, un hombre que trabaje siempre podrá llegar a un buen acuerdo con cualquier técnico, obrero industrial, médico, etc. Sin embargo, en cuanto se comience a hablar de ideologías, el acuerdo se hará trizas. Es significativo el hecho de que

tantos dictadores y políticos en general renuncien a su trabajo en cuanto ingresan en el terreno político. Un zapatero que se perdiera en un éxtasis místico y creyera ser un salvador del pueblo, enviado por Dios, invariablemente cortaría mal las suelas, cosería por donde no debe y, con el tiempo, no tendría dónde caerse muerto. Por este mismo proceso el político adquiere poder y fortuna.

El irracionalismo emocional, por tanto, sólo está en condiciones de perturbar el trabajo, pero jamás de realizarlo.

Verifiquemos esta línea de pensamiento de la democracia laboral a

partir de *su propio punto de vista*; ¿se trata de una ideología, una glorificación o idealización «del trabajo»? Me planteé esta pregunta en relación con mi tarea de instruir a médicos y educadores. La distinción entre el trabajo vitalmente necesario y racional, y la ideología vitalmente innecesaria e irracional, es decir la comprobación del carácter racional y de acción cuando comencé a sospechar la existencia de una energía de mi profesión en mi calidad de médico, investigador y maestro. A mis estudiantes de vegetoterapia no puedo solucionarles una dificultad práctica de su estructura o del tratamiento de un paciente

consolándoles con una vida de ultratumba promisoria o nombrándoles «mariscales de la vegetoterapia». Con el título de mariscal no adelantarían un solo paso en su capacidad para resolver los problemas reales. Por el contrario, la designación no haría más que ponerles en peligro y arruinarles. Debo decirles toda la verdad sobre sus debilidades y errores. Debo enseñarles a que los descubran ellos mismos. Para hacer esto dependo del curso de mi propio desarrollo y de mis experiencias prácticas. No tengo la ideología de que debo ser racional por motivos éticos u otros motivos. Mi conducta racional me la impone objetivamente mi trabajo. Me

moriría de hambre si no me esforzara por actuar de modo racional. Mi trabajo me corrige de inmediato cuando comienzo a desarrollar la tendencia de querer superar las dificultades mediante ilusiones, puesto que las ilusiones no sirven para eliminar una parálisis biopática, del mismo modo que tampoco un maquinista, un constructor, un campesino o un maestro pueden realizar sus respectivos trabajos con ilusiones. Tampoco exijo la racionalidad. Existe objetivamente y más allá de la peste emocional que llevo dentro de mí. No le ordeno a mi alumno que sea racional, pues eso no serviría de nada. Pero le educo para que lo sea y le recomiendo

en su propio interés que distinga lo racional de lo irracional que hay en él y en el mundo, y que lo distinga sobre la base de procesos laborales prácticos. Le sugiero que fomente lo racional y frene lo irracional. Un rasgo fundamental de la peste emocional en la vida social es evitar las dificultades de la responsabilidad y de la realidad de la vida cotidiana y el trabajo mediante la huida a la ideología, la ilusión, la mística, la vileza y el partido político.

Esta perspectiva es fundamentalmente nueva. No son nuevas la racionalidad del trabajo ni su influencia racional sobre el trabajador, sino el punto de vista de que esta

racionalidad e influencia racional existen *de por sí* y a partir de sí mismas, más allá de que yo lo sepa. Es mejor si lo sé, pues entonces puedo estar en armonía con el desarrollo orgánico racional. Esta perspectiva también es nueva para la psicología y la sociología. Es nueva para esta última porque hasta ahora la sociología había considerado como racionales las actividades irracionales de la sociedad; y lo es para la psicología porque ésta no dudaba de la racionalidad de la sociedad.

5. El trabajo que es vitalmente necesario y el que no lo es

Cuanto más profundizamos en la naturaleza de la democracia laboral natural, con tanta mayor claridad percibimos el enorme daño causado por las ideologías políticas en el pensamiento humano. Intentemos clarificar esta afirmación examinando el contenido del concepto de *trabajo*.

Hasta ahora habíamos contrastado el trabajo con la ideología política, igualando el trabajo con la «racionalidad» y la ideología política

con la «irracionalidad». Pero la vida viva jamás es mecánica. Este contraste crea un nuevo maniqueísmo irracional. Está justificado en cuanto que la política es, de hecho, esencialmente irracional, y el trabajo es, en comparación, esencialmente racional. Ahora bien: la construcción de un casino, ¿no es acaso un trabajo? Este ejemplo nos obliga a distinguir el trabajo *vitalmente necesario* del que no lo es. Debemos rubricar con la designación de «trabajo vitalmente necesario» todo tipo de trabajo *indispensable* para el mantenimiento de la vida humana y de la maquinaria social. Es, pues, vitalmente necesario todo trabajo cuya ausencia

dañaría o impediría el proceso vivo. Por el contrario, todo trabajo cuya ausencia no modificaría en absoluto el curso de la sociedad y la vida humana, no es vitalmente necesario. Debemos designar como *no-trabajo* toda actividad que daña al proceso vital.

Durante muchos siglos, la ideología política de clases dominantes que no trabajaban despreció precisamente el trabajo vitalmente necesario y presentó el no-trabajo como signo de sangre noble. La ideología socialista reaccionó con una inversión mecánica y rígida de la valoración: para ella, el «trabajo» estaba limitado justamente a las actividades que la sociedad feudal había

despreciado, es decir esencialmente al trabajo manual. En cambio, consideraba como no-trabajo cualquier actividad de la clase dominante. Esta inversión mecánica de la valoración ideológica coincidía totalmente con el concepto político de las dos clases sociales nítidamente separadas en los terrenos económico y personal, la clase dominante y la dominada. Desde un punto de vista meramente económico, la sociedad podía efectivamente dividirse en «poseedores de capital» y «poseedores de la mercancía fuerza de trabajo». En cambio, desde el punto de vista de la biosociología no pueden trazarse límites estrictos entre las

clases, ni ideológica ni políticamente, y menos aún en lo que respecta al trabajo. Es el descubrimiento del hecho de que la ideología de un grupo humano no coincide necesariamente con su posición económica, y que a veces la posición ideológica está en flagrante contradicción con la posición económica, lo que nos ha permitido comprender el movimiento fascista, un movimiento que no había sido comprendido hasta ese momento. En 1930 se volvió evidente el hecho de que existe una «brecha» entre la ideología y la economía, y que la ideología de una capa social puede transformarse en un poder social independiente de la

posición de clase.

Nuestra primera comprobación de que existen funciones biológicas fundamentales en el animal humano que nada tienen que ver con la división económica de las clases, fue la represión de la sexualidad natural infantil-juvenil, que supera las fronteras de clase. La represión de la sexualidad no sólo afecta a todas las capas y clases sociales de cualquier sociedad patriarcal, sino que, además, suele ser más pronunciada precisamente en las clases dominantes. La economía sexual incluso ha podido probar que una buena parte del sadismo que emplean las clases dominantes para oprimir y

explotar a otras clases debe atribuirse esencialmente al sadismo que brota de la sexualidad reprimida. Esta conexión entre el sadismo, la represión sexual y la opresión de clases está excelentemente expresada en el famoso *Till Eulenspiegel* de De Coster.

Las funciones sociales reales del trabajo también atraviesan y cortan las fronteras político-ideológicas de clases. En los partidos socialistas hubo muchos dirigentes políticos que jamás habían realizado un trabajo vitalmente necesario y que no sabían nada acerca del proceso laboral. Era habitual que un obrero renunciara a su trabajo cuando ascendía a funcionario político. Por otra

parte, las clases que el socialismo político designaba como «clases dominantes, que no trabajan», distinguiéndolas nítidamente de los trabajadores, contenían algunas corporaciones laborales esenciales. Qué mejor ejemplo para ilustrar la ceguera ante la realidad por parte de las ideologías políticas típicas, que el hecho de que las tropas escogidas de la reacción política austríaca, por ejemplo, se reclutaran entre los círculos de la Universidad Tecnológica. Nadie negará que los técnicos representan un trabajo vitalmente necesario. Estos técnicos eran ingenieros en las minas, constructores de locomotoras, aviones,

puentes, edificios públicos, etc.

Apliquemos ahora esta crítica democrático-laboral al concepto de capitalista: para la ideología política, el capitalista era el «dirigente de la economía» o «el parásito que no trabaja». Ambas concepciones eran mecánicas, ideológicas, político-ilusorias, no científicas. Hay capitalistas que *trabajan* y capitalistas que *no trabajan*. Hay capitalistas cuyo trabajo es vitalmente necesario y otros cuyo trabajo es innecesario. Aquí no tiene ninguna importancia cuál sea la orientación o ideología política del capitalista individual. La contradicción entre el trabajo y la política afecta al

capitalista del mismo modo que al asalariado, en una misma persona. Del mismo modo que un albañil podía ser fascista, un capitalista podía ser socialista. En suma, hemos llegado a la conclusión de que no es posible orientarse en el caos social con la ayuda de las ideologías políticas; la posibilidad de una orientación concreta es ofrecida por el ideario de la democracia laboral, que se basa en una apreciación realista del concepto de *trabajo*. Según esta orientación respecto del trabajo vitalmente necesario, la clase política de los capitalistas se divide en dos grupos opuestos y hasta antagónicos de empresarios que

trabajan, planifican y producen, frente a otros poseedores de capital que no trabajan, no planifican y hacen trabajar a otros para beneficiarse. Un Henry Ford podrá tener tal o cual visión política, y podrá ser ideológicamente un ángel o un hombre activo; ello no modifica el hecho de que fue el primer constructor americano de automóviles y modificó por completo el rostro técnico de los Estados Unidos. Sin duda, Edison fue política e ideológicamente un capitalista; pero quisiéramos conocer al funcionario político obrero que no utilice la bombilla eléctrica inventada personalmente por Thomas Edison, o que pudiera atreverse a declarar

públicamente que Edison fue un parásito ocioso de la sociedad. Lo mismo vale desde la perspectiva de la democracia laboral para los hermanos Wright, para Junkers, Reichert y Zeiss; y podríamos citar muchos nombres más. Esta es una clara distinción entre el capitalista que trabaja personal y objetivamente, y el poseedor de capital que efectivamente *no* trabaja y *sólo* ambiciona *beneficiarse*. Con relación al trabajo no constituye un tipo especial de clase, pues es fundamentalmente idéntico a cualquier burócrata de un partido socialista que, sentado en alguna oficina, determina desde allí «la política de la clase obrera». Nuestra experiencia con

respecto a los poseedores de capital que no trabajan y los funcionarios políticos de la clase obrera que tampoco trabajan, ha sido lo suficientemente catastrófica para que no nos orientemos por medio de conceptos ideológicos, sino por medio de actividades prácticas.

Desde el punto de vista del trabajo vitalmente necesario, numerosos conceptos políticos hondamente arraigados, y las «ciencias políticas» tributarias de aquéllos, se complementan y se modifican. El concepto de «trabajador» debe ser ampliado. El concepto de clases económicas se complementa con el hecho de la estructura humana, con lo cual se

restringe notablemente su importancia social.

Ahora expondremos las modificaciones conceptuales más importantes que se imponen a consecuencia de los acontecimientos sociales fundamentalmente nuevos, así como a causa del descubrimiento del hecho de la democracia laboral natural. Soy consciente de que varios ideólogos, al enterarse de estos cambios, pondrán muy digna y lealmente el grito en el cielo. Pero eso no modificará los hechos, aunque los ideólogos recurran a las pistolas. Ningún proceso político, sea cual fuere su envergadura, ningún fusilamiento de cientos de «ismos»

modificará el hecho de que un médico o un técnico, un educador o un campesino en América, la India, Alemania o dondequiera que esté, realiza un trabajo vitalmente necesario, y de que, en la vida cotidiana práctica, para bien o para mal, aporta infinitamente más al curso del proceso vital que todo lo que ha hecho el Comintern a partir de 1923. Nada ha cambiado en la vida de los hombres desde la disolución del Comintern en 1943. ¡Imaginémonos qué sucedería si China o América excluyeran un día del proceso social a todos los maestros o a todos los médicos!

La historia de los últimos veinte

años no deja lugar a dudas sobre el hecho de que las *ideologías de partido* que invocan la «supresión de las contradicciones de clase», la «instauración de la comunidad popular», la «defensa de la libertad y la decencia», etc., no sólo no han modificado en absoluto la existencia de las contradicciones de clase, la división de la comunidad humana y la opresión de la libertad y la decencia, sino que, por el contrario, las han agudizado y llevado a un extremo catastrófico. Por eso la solución científica de la tragedia social del animal humano debe comenzar por eliminar y corregir aquellos conceptos de las ideologías de

partido que convierten en un fenómeno permanente la fragmentación de la sociedad humana.

La democracia laboral no limita el concepto de «trabajador» al trabajador industrial; para evitar malos entendidos, denomina «*hombre que trabaja*»[53] a todo aquel que realice un trabajo social vitalmente necesario. El concepto de «clase obrera», reducido política e ideológicamente a los trabajadores industriales, ha alejado al obrero industrial del técnico y el educador, y ha enfrentado antagónicamente a los representantes de los diversos procesos laborales vitalmente necesarios. Esta ideología incluso había logrado

subordinar a los médicos y educadores al «proletariado revolucionario» al considerarles como «lacayos de la burguesía». No sólo los médicos y los maestros, sino también el proletariado industrial, objetaron esta división. Esto es comprensible, pues la conexión y cooperación objetiva y real entre los médicos de una población industrial y los obreros fabriles es mucho más profunda y seria que la conexión entre los obreros industriales y los detentadores del poder político. Dado que la cooperación e interrelación laboral de las diferentes ramas del trabajo vitalmente necesario han crecido naturalmente y se alimentan de intereses

naturales, sólo ellas están en condiciones de combatir la fragmentación política. Es obvio: cuando un grupo vitalmente necesario de obreros industriales degrada a un grupo igualmente necesario de médicos, técnicos o maestros al status de «sirvientes», y se eleva a sí mismo al status de «señor», los maestros, médicos y técnicos huyen refugiándose en los brazos de la idea del superhombre racial, porque no quieren ser sirvientes, ni siquiera «sirvientes del proletariado revolucionario»; y el «proletariado revolucionario» se echa en brazos de un partido político o un sindicato que no lo cargue de responsabilidades y al mismo

tiempo lo llene con la ilusión de la «clase dirigente». Esto no modifica el hecho de que esta «clase dirigente» —como se ha demostrado de modo inequívoco— no está en condiciones de asumir una responsabilidad social real, y que incluso practica el odio racial, como en los Estados Unidos, donde sindicatos de obreros blancos vedan la entrada a las fábricas a los obreros *negros*.

Todo esto es el resultado de conceptos ideológicos profundamente arraigados, bajo cuyo dominio la comunidad, que es producida por el trabajo, queda ahogada. Por eso, únicamente el concepto del *hombre que*

trabaja, el que *realiza un trabajo vitalmente necesario*, es capaz de superar la fragmentación y armonizar las corporaciones sociales con las organizaciones del trabajo vitalmente necesario.

Podemos predecir que esta clarificación de conceptos no complacerá a los ideólogos de partido. También podemos estar seguros de que en la posición respecto de esta clarificación de los conceptos, el grano práctico se separará de la paja ideológica de modo espontáneo y sin la intervención de algún aparato de poder. Quien afirme y abogue por la comunidad laboral natural, cuya base está dada por

el entrelazamiento de todos los trabajos vitalmente necesarios, será grano práctico. Por otra parte, aquel que considere más importante las ideologías y los conceptos partidarios que la comunidad de todos los hombres que trabajan, pese a que esas ideologías y esos conceptos devastan nuestra sociedad, intentará armar un gran escándalo con cualquier pretexto, con lo cual probará que es paja. Pero la clarificación de estos conceptos se encontrará con el conocimiento naturalmente presente de estas relaciones y, por tanto, con la necesidad de arreglar la vida social de acuerdo con la interrelación de todas las ramas

del trabajo.

En esta discusión en torno al concepto de trabajador, no he hecho más que seguir la lógica del pensamiento de la democracia laboral. *Tenía que* llegar al resultado reseñado, más allá de mi voluntad. Y había una razón muy simple: en el momento en que estaba escribiendo estas páginas, tenía que conseguir tablas y letreros para Orgonon[54]. No soy carpintero y por eso no sé confeccionar las tablas de madera. Tampoco soy pintor, y por eso no sé pintar un buen rótulo. Pero la instalación de los laboratorios requiere tablas. Por eso me vi obligado a buscar a un carpintero y un pintor, y discutir con ellos, en pie de

igualdad humana, cuál sería la mejor manera de confeccionar y rotular las tablas. Sin su consejo práctico y experimentado no habría podido salir adelante. Y no importaba en absoluto si me consideraba o no un académico y científico natural muy sabio; ni tampoco si el carpintero o el pintor tenían tal o cual «opinión» acerca del fascismo o el *New Deal*. El carpintero no podía considerarme un «sirviente del proletariado revolucionario», y el pintor no podía considerarme un «intelectual» totalmente superfluo. El proceso del trabajo nos obligó a intercambiar conocimientos y experiencia. El pintor, por ejemplo, para que no trabajara mal y

mecánicamente, debía comprender nuestro símbolo del método de investigación funcional; al enterarse de su sentido, se entusiasmó enormemente con el trabajo. Yo, por otro lado, aprendí mucho del pintor y del carpintero acerca del ordenamiento de letras y tablas que pudiera expresar correctamente para el exterior la función del Instituto.

Este ejemplo de la interrelación objetiva y racional de las ramas laborales es suficientemente clara para comprender mejor el profundísimo irracionalismo que domina la formación de la opinión pública y calla el proceso natural del trabajo. Cuanto más

concretamente intentaba visualizar el curso de mi trabajo en su interrelación con otras ramas laborales, cada vez mejor comprendía el mundo racional de las ideas de la democracia liberal. No cabe duda: el proceso laboral avanzaba *bien* cuando seguía los consejos de un fabricante de microscopios y un ingeniero electrotécnico, y cuando éstos, a su vez, permitían que yo les enseñara la función de una lente o de un aparato eléctrico en la especial aplicación de la física orgónica. No podría haber dado un paso más en la investigación del orgón sin la ayuda del esmerilador de cristales y el electricista; y éstos, a su vez, tuvieron que luchar duramente con

los problemas no resueltos de la teoría de la luz y la electricidad, que en algunos aspectos tal vez sean elucidados por el descubrimiento del orgón.

He expuesto adrede este hecho obvio de la interrelación de las ramas del trabajo de un modo un poco primitivo y extensamente, porque he ido convenciéndome de que esta situación, por simple que sea, parece extraña y nueva a las personas trabajadoras. Esto parece increíble, pero es cierto y también comprensible: el hecho de la interrelación natural y de la dependencia indisoluble de todos los procesos laborales no está representado de modo claro y simple en el pensar y el sentir de

los trabajadores. Todo hombre trabajador conoce esta interrelación de modo meramente práctico y automático a causa de su trabajo, pero le resulta extraño cuando se le dice que la sociedad no podría existir sin el trabajo de él, o que él es responsable de la organización social de su trabajo. Esta brecha entre la actividad vitalmente necesaria y la conciencia de la responsabilidad por esta actividad, la creó y conservó el sistema político de las ideologías, que divide al hombre que trabaja en *un* organismo con una actividad práctica y en *otro* que cultiva actitudes mentales irracionales. También esta afirmación resulta peculiar y

extraña. Pero nos podemos convencer fácilmente de que es correcta si cogemos un periódico cualquiera de Asia, Europa o donde sea, y lo estudiamos detenidamente, sin importarnos su fecha de publicación. No se habla casi nunca de los fundamentos y la naturaleza del proceso del amor, el trabajo y el conocimiento, de su vital importancia, de sus interrelaciones, su racionalidad, su seriedad, etc., y cuando se habla parece una casualidad. En cambio, los periódicos están llenos de alta política, diplomacia, procesos militares y formales que no afectan al proceso vital real de todos los días. De este modo, el trabajador medio empieza

a tener la sensación de que en realidad él mismo significa muy poco en comparación con los elevados, complejos y «sabios» debates sobre «la estrategia y la táctica». Se siente pequeño, insuficiente, superfluo, oprimido y como una *casualidad en la vida*. Se puede comprobar fácilmente la corrección de esta afirmación sobre la psicología de las masas. Hice estas pruebas a menudo y siempre obtuve el mismo resultado:

a) Algún hombre trabajador tiene una buena idea y mejora considerablemente su trabajo. Le pedimos que vuelque su descubrimiento grande o pequeño en un escrito y que lo

publique. Ante semejante petición, nos encontramos con una actitud extraña: es como si el trabajador, cuyo trabajo es importante e indispensable, quisiera esconderse dentro de sí mismo. Es como si quisiera decir (y a menudo lo formula literalmente): «¿Quién soy yo para escribir un artículo? Mi trabajo no cuenta». Esta actitud del trabajador respecto de su trabajo es un típico fenómeno de la psicología de masas. Aquí lo he presentado de modo muy simplificado, pero su esencia es la expuesta y cualquiera podrá convencerse fácilmente.

b) Acerquémonos ahora al redactor de un periódico cualquiera.

Propongámosle que concentre las «cuestiones de la táctica y la estrategia», formales y pertenecientes a la alta política, en dos páginas cualesquiera del periódico y que dedique la *primera* y *segunda* página del mismo a artículos sobre problemas cotidianos prácticos de la técnica, la medicina, la educación, la minería, la agricultura, el trabajo fabril, etc., y que lo haga todos los días y extensamente. Nos mirará perplejo y sin comprendernos, y dudará de nuestra salud mental.

Las dos actitudes básicas reseñadas en los ejemplos *a* y *b*, pertenecientes al hombre integrado en la masa y al fabricante de la opinión pública, se

complementan y condicionan mutuamente. La opinión pública es esencialmente *política*, y efectivamente aprecia muy poco la vida cotidiana del amor, el trabajo y el conocimiento. Y ello concuerda con el sentimiento de insignificancia social de los hombres que aman, trabajan y tienen conocimientos.

De todas maneras, es impensable una transformación racional de las condiciones sociales mientras el irracionalismo político tenga una participación del noventa y nueve por ciento y las funciones básicas de la vida social una del uno por ciento en la formación de la opinión pública y,

concomitantemente, en la formación de las estructuras humanas. La proporción inversa sería la mínima exigible para despojar del poder al irracionalismo político y lograr la autoadministración de la sociedad. Dicho de otro modo, *el proceso real de la vida tiene que tener también una voz enfática en los órganos de prensa y en las formas de la vida social, y tiene que coincidir con ellos*.

En esta ampliación y corrección de conceptos políticos tropezamos con una objeción seria, que reza: no se pueden excluir las ideologías sin más ni más, pues los obreros, campesinos, técnicos, etc., determinan el curso de la sociedad

no sólo a través de su trabajo vitalmente necesario, sino también a través de sus ideologías políticas. Las guerras campesinas del medioevo eran alzamientos políticos que tuvieron un efecto transformador de la sociedad. El Partido Comunista ruso ha modificado el rostro de Rusia. No se puede prohibir o impedir —siguen diciendo— la política o la formación de ideologías políticas. También son necesidades humanas y también tienen efectos sociales, igual que el amor, el conocimiento y el trabajo. A esto cabe replicar que:

1) El ideario de la democracia laboral no quiere prohibir ni impedir nada. Se dirige exclusivamente a la

concreción de las funciones vitales biológicas del amor, el trabajo y el conocimiento. Si alguna ideología política la apoyara en esta labor, la democracia laboral natural se vería fomentada. Pero si una ideología política se interpusiera en el camino de la democracia laboral, y lo hiciera con pretensiones y afirmaciones irracionales, de modo que las funciones biosociales básicas no pudieran operar, la democracia laboral se comportará del mismo modo que un leñador que quisiera talar un árbol y fuera mordido por una serpiente venenosa. Mataría la serpiente para poder seguir talando árboles sin ser molestado. No dejará de

talar árboles porque existan serpientes en el bosque.

2) Es cierto que las ideologías e ilusiones políticas también son hechos sociales que tienen un efecto real, y que no se las puede prohibir o eliminar sin más ni más con discusiones. A este respecto, el punto de vista de la democracia laboral es el siguiente: el hecho de que eso sea cierto es precisamente el origen de una buena parte de la tragedia del animal humano. El hecho de que las ideologías políticas sean realidades palpables no es una demostración de su carácter vitalmente necesario. La peste bubónica fue una realidad social sumamente importante,

pero nadie la habría considerado vitalmente necesaria ni sacado la conclusión, por su existencia, de que no sólo existen hombres con una vida viva, sino también la peste bubónica. Una población en una selva es un asunto vitalmente necesario y un hecho real, palpable y social. Pero también una inundación es un hecho de esa índole. ¿Quién igualaría la inundación destructora con la actividad colonizadora en la selva, y sólo porque ambas tienen efectos sociales? Fue precisamente la no diferenciación entre trabajo y política, entre realidad e ilusión; fue precisamente el error de concebir la política como una actividad

humana racional, como sembrar o construir, lo que llevó a que un malogrado aprendiz de pintor haya podido empujar a todo un mundo a la desgracia. Y es un destacado objetivo principal de este libro, que no fue escrito por placer, demostrar este error catastrófico en el pensamiento humano y excluir el irracionalismo de la política. Es una parte, y esencial, de nuestra tragedia social, el hecho de que los campesinos, los obreros industriales, los médicos, etc., no sólo influyan sobre la existencia social a través de sus actividades sociales, sino también e incluso primordialmente a través de ideologías políticas. Pues esta actividad

política inhibe la actividad objetiva, fragmenta toda especialidad laboral en grupos ideológicos que se combaten unos a otros, divide a los trabajadores industriales, limita las actividades de los médicos y daña a los pacientes; en una palabra, impide exactamente lo que dice querer lograr; paz, trabajo, seguridad de la vida, cooperación internacional, libre expresión de opiniones objetivas, libertad de creencias, etc., etc.

3) Es cierto que a veces hay partidos políticos que modifican el aspecto de una sociedad. De todos modos, desde la perspectiva de la democracia laboral seguimos afirmando

que estos fueron logros compulsivos. Cuando Karl Marx inició su crítica de la economía política no era un político ni un hombre de partido, sino un economista y sociólogo científico. Fue precisamente la peste emocional de las masas la que impidió que se le escuchara; la que provocó que Marx cayera en la pobreza y la miseria; la que le obligó a fundar una organización política, la famosa Liga de los Comunistas, que él mismo disolvió al poco tiempo; era la peste emocional la que transformó la ciencia marxista en el marxismo político de partido, que no tenía ya nada que ver con esa ciencia e incluso tiene una buena cuota de

responsabilidad en el surgimiento del fascismo. La expresión de Marx de que él «no era marxista» coincide totalmente con este hecho. Marx no habría recurrido a la creación de una organización política, si el pensamiento racional, y no el irracional, fuera norma en las masas humanas. La maquinaria fue a menudo una necesidad, pero una necesidad compulsiva, fundada en la irracionalidad humana. Si la ideología social coincidiera con el trabajo, si las necesidades, la satisfacción de las necesidades y los medios para la satisfacción de las necesidades fueran idénticas a estructura humana, no existiría la política, porque sería

superflua. Si no tenemos una casa, por necesidad vivimos en el hueco de un tronco. El hueco puede ser mejor o peor, pero no es una casa. La meta sigue siendo una casa decente y no el hueco del tronco, aunque hubiéramos estado obligados a vivir durante algún tiempo en un tronco. La meta de los fundadores de la política socialista, la meta olvidada por los políticos posteriores, fue justamente la supresión de la política y el Estado surgido de ella. Sé que es penoso que a uno le recuerden estas cosas. Exige demasiado pensamiento, rectitud, conocimiento y autocrítica, que un médico considere como objetivo principal de su actividad precisamente

la prevención de las enfermedades con cuya curación se gana la vida. Deberemos considerar como sociólogos racionales y objetivos a aquellos políticos que ayuden a la sociedad humana a exponer las motivaciones irracionales de la existencia de la política y su «necesidad», de modo tan completo que toda forma de política se vuelva superflua.

Esta crítica democrático-laboral de la política no se encuentra aislada. En América se ha generalizado el odio contra la politiquería y la comprensión de su nocividad social. También nos llegan noticias de que en la Unión Soviética el técnico se va imponiendo

cada vez más al político. Tal vez incluso el fusilamiento de algunos de los principales políticos rusos por orden de otros políticos tuvo un sentido social oculto a todos, por más que hayamos aprendido a ver en estos fusilamientos una expresión del irracionalismo político y el sadismo. Durante una década no pudo ser superada la política de los dictadores europeos. Si se quiere conocer la naturaleza de la política sin realizar un gran esfuerzo, basta con reflexionar sobre el hecho de que fue un Hitler quien pudo hacerle contener la respiración a todo un mundo y durante muchos años. Hitler como genio político fue una gigantesca revelación de la

naturaleza de la política en general. Con Hitler, la política alcanzó su máximo grado de desarrollo. Sabemos cuáles fueron sus frutos y cómo reaccionó el mundo. En una palabra, creo que el siglo XX, con sus enormes catástrofes, constituye el comienzo de una nueva era social libre de política. Desde luego, es imposible predecir cuál seguirá siendo la contribución de la política, y cuál la de las funciones conscientemente organizadas del amor, el trabajo y el conocimiento, en la erradicación de la peste emocional.

WILHELM REICH (Dobrzanica, Galitzia, Imperio austrohúngaro, 24-3-1897 — Lewisburg, Pensilvania, EE. UU., 3-11-1957) fue un inventor, postulador de la teoría del orgón, médico, psiquiatra y psicoanalista austriaco de origen judío nacionalizado estadounidense.

Fue miembro de la Sociedad Psicoanalítica de Viena, siendo inicialmente discípulo de Freud. Sin embargo, sus teorías se independizaron más tarde del psicoanálisis institucional. De sus estudios de Freud, los puntos que más le interesaron fueron el inconsciente, la neurosis y la libido.

Filósofo que trató de lograr la síntesis entre el marxismo y el psicoanálisis, mientras que algunos lo califican como uno de los pensadores más «lúcidos y revolucionarios» del siglo XX, cuyos libros fueron quemados; otros aseguran que sus ideas y teorías bien podrían catalogarse como delirios.

Fue expulsado de los círculos comunistas y de la escuela psicoanalítica por lo radical de sus planteamientos, perseguido por los nazis en Alemania por su libro *Psicología de masas del fascismo*, expulsado de Dinamarca y Noruega por presiones del gobierno nazi, y, finalmente, juzgado en Estados Unidos durante la *Caza de Brujas* del Senador McCarthy, donde se le diagnosticó esquizofrenia progresiva, siendo lanzados sus manuscritos a la hoguera en el Incinerador Gansevoort de Nueva York el 23 de octubre de 1956 (lo que sólo logró aumentar la curiosidad por su persona). Un año después, Reich murió en la cárcel de un

ataque al corazón, un día antes de apelar su sentencia.

Notas

[1] *Deutsches Reichsgesetzblatt* (hoja del Reich con nuevas leyes).

N.º 213. 13 de abril de 1935:

A causa del decreto del 4-2-33, los impresos *Qué es conciencia de clase* de Ernst Parell (seudónimo de Wilhelm Reich), *Materialismo dialéctico y psicoanálisis* de Wilhelm Reich, los números 1 y 2 de la serie de escritos político-psicológicos de la Editorial para Política Sexual de Copenhague-Praga-Zurich, así como todos los impresos que aún han de aparecer en la misma serie de escritos, se incautan y

requisan policialmente para Prusia, puesto que atentan contra la seguridad y el orden público.

41230/35 II 2 B 1
Berlín, 9-4-35
GESTAPO

N.º 2146, 7 de mayo de 1935:

Por decreto del presidente del Reich, del 28-2-33 se ha prohibido en lo sucesivo la distribución de todos los impresos extranjeros de la serie de escritos político-psicológicos de la Sex Pol (Editorial para Política Sexual, Copenhague, Dinamarca, y también

Praga, Checoslovaquia, y Zurich, Suiza) en el interior de la nación.

III P 3952 53
Berlín, 6-5-35
R. M. d. I. (Ministerio del Interior del Reich) <<

[2] Cfr. prólogo a la tercera edición. <<

[3] Llamados «proletarios» por los marxistas. <<

[4] La letra bastardilla es mía, W. R. <<

[5] Puesto que el economista no conoce ni reconoce procesos anímicos, para él la palabra «psicosis de masas» no significa, como para nosotros, un hecho social gigantesco de alcance histórico, sino una *nada* secundaria y sin relevancia social. <<

[6] «Las ideas de las clases dominantes son en cada época las ideas dominantes, es decir que la clase que tiene el poder material dominante en la sociedad tiene también el poder ideológico dominante. La clase que dispone de los medios de producción materiales dispone al mismo tiempo de los medios de producción ideológicos, de tal modo que las ideas de aquellos que carecen de los medios de producción están sometidas a la clase dominante. Las ideas dominantes no son sino la expresión ideal de las relaciones materiales dominantes, son esas mismas relaciones materiales bajo la forma de

ideas, o sea la expresión de las relaciones que hacen de una clase la clase dominante; en otras palabras, son las ideas de su dominación» (Marx). <<

[7] La cual, pese a su idealismo, contiene más verdades sobre la vida viva que todas las sociologías y muchas psicologías marxistas juntas. <<

[8] Tras la toma del poder durante los meses de marzo-abril comenzó un asalto masivo contra los grandes almacenes, que pronto fue frenado por la dirección del NSDAP (prohibición de intervenir sin autorización en la economía, disolución de las organizaciones de los sectores medios, etcétera). <<

[9] Por «identificación» el psicoanálisis entiende el hecho de que una persona comience a *sentir que forma una unidad* con otra, a adoptar cualidades y posturas de ella, que antes no tenía, y a poder colocarse imaginariamente en su lugar; en la base de este proceso existe una modificación real de la persona que se identifica con otra «interiorizando» las cualidades de su modelo. <<

[10] Esto rige para Europa. En los Estados Unidos, el aburguesamiento de los obreros industriales difumina los límites. <<

[11] Para la comprensión de estas relaciones es especialmente instructiva la lectura de la obra *Die Moral der Kraft* (La moral de la fuerza) del nacionalsocialista Ernst Mann. <<

[12] El «complejo de Edipo» descubierto por Freud no es, pues, tanto la causa, sino más bien la consecuencia de la represión sexual social del niño. Pero los padres perpetúan las intenciones de la sociedad autoritaria de modo totalmente inconsciente. <<

[13] Es decir, jamás disuelto, enraizado en el inconsciente. <<

[14] Quien no haya superado su propia atadura respecto a la familia y a la madre, o quien, al menos, no sepa excluirla lúcidamente de sus juicios, haría mejor en no investigar la formación de la ideología. Quien pretenda que se trata de «freudismo» no hará más que demostrar su cretinismo científico. Hay que argumentar, no parlotear sin conocimiento de causa. Freud ha descubierto el complejo de Edipo. Sin este descubrimiento sería imposible toda política o interpretación sociológica tales del vínculo familiar, como lo está el economista mecanicista

de la comprensión de la sexualidad como factor social. Demostradnos nuestras eventuales aplicaciones equivocadas del materialismo dialéctico, pero no neguéis hechos que todo trabajador conocía muy bien antes de que Freud descubriera el complejo de Edipo. Al fascismo no se lo liquida con frases hechas, sino con conocimientos. Los errores son siempre posibles y corregibles, pero la estrechez mental en el terreno científico es reaccionaria. <<

[15] Después de una asamblea en Leipzig en el verano de 1932 estuve conversando sobre la crisis política con obreros socialdemócratas que acababan de asistir a dicha asamblea. Daban la razón a todos los argumentos esgrimidos en contra de la «vía al socialismo» propugnada por la socialdemocracia, y en los demás sentidos apenas si se distinguían de los trabajadores comunistas. Le pregunté a uno de ellos por qué no eran consecuentes y se separaban de sus dirigentes. La respuesta me dejó perplejo: hasta tal punto se contradecía con las opiniones

anteriores: «*Sin duda nuestros dirigentes saben lo que hacen*». Aquí se había vuelto palpable la contradicción en que se debatía el trabajador socialdemócrata: la adhesión a los dirigentes, los cuales previenen las críticas simultáneas a su política, de modo que jamás llega a traducirse en acciones. Se comprendía mejor la grave falta cometida al tratar de ganarse al obrero socialdemócrata denigrando a sus dirigentes. Puesto que se identificaba con ellos, semejante actitud no podía sino repugnarle. La podredumbre interna de la socialdemocracia alemana se evidenció claramente cuando unos pocos hombres

armados arrestaron a Severing, el ministro socialdemócrata del Interior, poco antes de la toma del poder por Hitler. Doce millones de socialdemócratas no hicieron nada por impedir el arresto. <<

[16] El posterior hundimiento de Noruega, en 1940, se debió también, en gran medida al mismo efecto del conservadurismo socialdemócrata. Así, por ejemplo, el gobierno socialdemócrata había prohibido las exhibiciones públicas de las asociaciones militares. Pero en 1939, los únicos que todavía marchaban en grupos por las calles y realizaban ejercicios eran los fascistas noruegos. Semejante «liberalismo» ha contribuido en gran medida a favorecer la traición de Quisling. <<

[17] El irracionalismo político ha quedado patente en la posterior alianza militar entre los superhombres y los subhombres. <<

[18] El término alemán *Blutschande*, deshonra u oprobio de la sangre, es sinónimo de "incesto". En este mismo capítulo. W. R. discutirá los alcances de esta concepción nacionalsocialista del término. (*N. del T.*) <<

[19] El *Times* escribía el 23 de agosto de 1933: «El hijo y la hija del embajador estadounidense en Berlín se contaban entre los extranjeros que, el domingo 13 de agosto, vieron cómo se conducía a una joven por las calles de Nuremberg: tenía la cabeza rapada y de las trenzas cortadas pendía un cartel con la siguiente inscripción: "Me he entregado a un judío". Algunos extranjeros más fueron también testigos oculares de la escena. En Nuremberg siempre hay turistas extranjeros, y el desfile se desarrolló de un modo tal que poca gente en el centro de la ciudad dejó de

ver a la joven. Ésta, a la que algunos extranjeros han descrito como delgada, frágil y, a pesar de su cabeza rapada y su estado, particularmente bonita, fue conducida a lo largo de una serie de hoteles internacionales al lado de la estación, por las calles principales, en las que el populacho bloqueaba la circulación, y de restaurante en restaurante. Iba escoltada por Sturmtruppen y la seguía una muchedumbre que un espectador digno de crédito cifra en unas dos mil personas. La joven tropezó varias veces, tras lo cual las SA volvían a ponerla en pie e incluso la alzaban para que hasta los espectadores más alejados pudieran

verla; en esas ocasiones el populacho gritaba y se burlaba de ella y, a modo de diversión, la invitaba a pronunciar un discurso.

»En Neu-Ruppin, en los alrededores de Berlín, se condujo bajo la vigilancia de las Sturmtruppen a una joven que no se había puesto de pie cuando se entonaba la canción de Horst-Wessel. Llevaba sendos carteles en la espalda y sobre el pecho con la siguiente inscripción: "Yo, criatura desvergonzada, he osado permanecer sentada mientras se cantaba la canción de Horst-Wessel, con lo cual menosprecié a las víctimas de la Revolución Nacional". Más tarde,

volvió la misma joven a ser paseada por las calles. La hora del espectáculo había sido anunciada previamente en el periódico local, de modo que pudiera reunirse una muchedumbre importante». <<

[20] Cf. al respecto a Morgan: *Urgesellschaft* (La sociedad arcaica) y a Engels: *El origen de la familia*, así como a Malinowski. *Das Geschlechtsleben der Wilden* (La vida sexual de los salvajes) y a Reich: *La irrupción de la moral sexual*. <<

[21] Esto se ha probado en *La irrupción de la moral sexual* de W. R. <<

[22] El mismo principio domina la ideología fascista de la capa dirigente masculina (Blüher, Roehm, etc.). <<

[23] Compárese la valoración de la «casta impura» en la sociedad patriarcal hindú. <<

[24] Herta Heinrich: *Hakenkreuz, Vierklee und Granatapfel* (Zeitschrift für Sexualwissenschaft, 1930, p. 43). <<

[25] Todos los datos pertenecen a Löwenthal, John: *Zur Hakenkreuzsymbolik* (Zeitschrift für Sexualwissenschaft, 1930, p. 44). <<

[26] *«Welt vor dem Abgrund», «Der Einfluss des russischen Kulturbolschewismus auf die anderen Völker», Deutscher Volkskalender*, 1932 («El mundo al borde del abismo», «La influencia del bolchevismo cultural ruso sobre los otros pueblos», *Calendario Popular Alemán* de 1932). <<

[27] Estas observaciones de Smidowitsch eran en realidad irónicas y estaban destinadas a criticar la vida sexual de los jóvenes. <<

[28] Papen le allanó el camino a Hitler y tuvo más tarde un importante papel como diplomático fascista. <<

[29] Ejemplo (de una noticia proveniente de Hamburgo en agosto de 1933): «*Campo de concentración para deportistas náuticos "inmorales"*. Hamburgo. La policía de Hamburgo ha instruido a su fuerza para que vigile especialmente a los deportistas náuticos, que en muchos casos "hacen caso omiso de las más elementales normas de la moral pública". La policía da a conocer públicamente que actuará sin contemplaciones y que llevará a un campo de concentración a los canoeros que contravengan las normas, para que allí se los instruya en las materias de

decencia y moral». <<

[30] Es cierto que los nacionalsocialistas rechazaron el concordato de Baviera del 15 de julio de 1930 y el prusiano del 1.º de julio de 1929. Pero este rechazo sólo afectaba a la dotación de 1931 de 4.122.370 RM (Reichsmark, marcos alemanes). En cambio no atacaron el aumento de los salarios de los sacerdotes en Baviera, que de 5,37 millones de RM en 1914 pasó a 19,7 millones en 1931 (¡año de grave crisis!). Extractamos los datos siguientes sobre el concordato de Baviera de un artículo de Roben Boeck titulado *Konkordate sehen dich an* (Los concordatos te

miran). Según el concordato del 25 de enero de 1925, a la Iglesia se le concedía lo siguiente:

1) Los sacerdotes son *funcionarios públicos*.

2) El Estado admite que la secularización de 1817 (expropiación de bienes de la Iglesia) inflingió una grave injusticia a la Iglesia, y deja que ella decida si quiere reclamar los bienes o su valor en dinero, que suma sesenta millones de marcos-oro.

3) El Estado tiene que gastar casi el 50% de los ingresos provenientes de las forestaciones del Estado bávaro, para poder pagar una parte de sus

contribuciones a la Iglesia; por tanto, prácticamente ha hipotecado a la Iglesia los ingresos forestales.

4) La Iglesia está autorizada a recaudar impuestos para sí (*impuesto eclesiástico*) sobre la base de las listas civiles de contribuyentes.

5) La Iglesia tiene derecho a adquirir *nuevas propiedades* y a mantenerlas como posesión inviolable y protegida por el Estado.

6) El Estado se compromete a asignar y a pagar «*una vivienda acorde a su dignidad y a su rango*» a los altos dignatarios eclesiásticos.

7) La Iglesia, sus sacerdotes y sus 28.000 monjes gozan de una *libertad ilimitada* en el ejercicio de sus actividades religiosas e industriales (producción de libros, cerveza y aguardiente).

8) En las universidades de Munich y de Würzburg se nombrarán sendos *Profesores de filosofía* y *de historia* que sean hombres de confianza de la Iglesia y que dicten sus conferencias en sentido eclesiástico.

9) El Estado garantiza la *enseñanza de la religión* en las escuelas primarias, y el obispo o su representante tienen el derecho de protestar contra anomalías

en la vida religioso-pública de los alumnos católicos y contra las influencias perjudiciales o indebidas (!) que reciban. Dicha protesta se podrá formular ante las autoridades públicas y exigir que se ponga remedio a la situación señalada.

Según estimaciones cautelosas, a la Iglesia católica de Baviera se le garantizaban, a través del concordato, *asignaciones en metálico*, valores de propiedad, exenciones impositivas de terrenos e industrias e ingresos propios, por un valor de mil millones de marcos.

El Estado bávaro le pagó a la Iglesia católica 13 millones de marcos en 1916,

28.468.400 marcos en 1929 y 26.050.250 marcos en 1931.

Obviamente, el servicio de la Iglesia debe de ser provechoso para el Estado. La Sima del concordato entre el Reich alemán y el Vaticano en julio de 1933 no produjo relaciones fundamentalmente nuevas, ni decisivas para la psicología de masas, de la Iglesia con el Estado. Las funciones económicas básicas de la Iglesia quedaron intocadas. <<

[31] Sin embargo, hacia 1934, los antiguos conceptos antisexuales y moralistas han reaparecido como signo del fracaso de la revolución sexual en Rusia, acompañados por la reinstauración del matrimonio compulsivo y la legislación sexual reaccionaria. (Cf. *La revolución sexual*). <<

[32] En inglés en el original (*N. del T.*)

<<

[33] Cf. al respecto mi descripción clínica en *The Function of the Orgasm* (La función del orgasmo), 1942. <<

[34] Cf. al respecto la obra maestra de De Coster, el *Till Eutenspiegel*, que a mi criterio hasta ahora no ha sido superada en cuanto a calor humano liberal se refiera. <<

[35] Los morfinómanos son siempre orgásticamente impotentes; por eso intentan domeñar sus excitaciones de modo artificial, sin lograrlo de modo duradero. Por lo general son sádicos, místicos, vanidosos, homosexuales y torturados por una angustia que los consume y que intentan reducir mediante un comportamiento brutal. <<

[36] Bibliografía sobre la cuestión religiosa en la URSS. «*Schule und Kirche in Sowjetrussland*», *Süddeutsche Arbeiterzeitung*, 26-9-1927; «*Kirche und Staat in der Sowjetrepublik*», Stepanow, *Jahrbuch für Politik und Wissenschaft* 23-24. «*Kirche und Staat*», Jaroslawski, *Jahrbuch* 1925-26. «Die *Freidenkerbewegung in Russland*», v. Muzak, *Der Freidenker* n º 6 «Das *Verhältnis von Kirche und Staat im neuen Russland*», Jakoby-Weimar, *Neue Bahnen*, 1928. *Sobre la religión*, de V. I. Lenin. *Die Kulturrevolution in der*

Sowjetunion, Elgers, *Verlagsanstalt proletarischer Freidenker*, 1931. «*Die sozialistische Kulturrevolution im 5-Jahresplan*», Kurella, *Internationaler Arbeiterverlag*. «*Antireligiöse Propaganda im Dorf*», Feodorow. «*Sozialistischer Aufbau des Dorfes und die Religion*», Wogan. <<

[37] Cf. *Reich: Die Sexualität im Kulturkampf* (La sexualidad en la lucha cultural), 1935. *Die Sexuelle Revolution* (La revolución sexual), 1966. <<

[38] Obra de W. Reich. (*N. del T.*) <<

[39] Cf. por ejemplo los informes de Malinowski sobre la disciplina laboral entre los trobiandeños, que se regían por el matriarcado. Discuto esta cuestión en *La irrupción de la moral sexual* (1934). <<

[40] Todas las cursivas me pertenecen (W. R.). Cf.: También el principio de la autoadministración local de los Estados Unidos después de la emancipación de 1776. <<

[41] Este importante punto de vista democrático se perdió más tarde. Se acentuó el «Estado», pero ya no se agregaba que la «dominación de una clase» es una característica esencial de todo aparato de Estado. Pues si no existieran las clases, dominantes y dominadas, no habría un aparato estatal, sino un mero aparato administrativo de la sociedad. <<

[42] El «nivel cultural insuficiente» es una concepción racionalista de la estructura humana; no concuerda de ningún modo con el hecho de que la mentalidad sumisa está hondamente enraizada en el propio cuerpo, de que se ha convertido en una segunda naturaleza, de modo que *las masas reproducen una y otra vez su propia opresión*. (W. R.) <<

[43] Aquí se ve la íntima conexión existente entre la burocracia y la incapacidad de los seres humanos para ser libres. (W. R.) <<

[44] ¡Como si los hijos de la «gran patria alemana» o de los Estados Unidos no pudieran hacer lo mismo! <<

[45] Wotan, dios de la mitología germana. (*N. del T.*) <<

[46] En este caso, las comillas implican un juego de palabras, ya que en alemán *Lohn* (salario) significa también «premio», «recompensa», etc. (*N. del T.*) <<

[47] Cf. Reich, *El análisis del carácter*, 1933. Colonia, 1970. <<

[48] NSBO: Nationalsozialistische Betriebszellen-Organisation (Organización Nacionalsocialista de las Células de Empresa). Una célula de empresa era una subdivisión administrativa del Servicio de Trabajo Alemán. <<

[49] *Ethos*: genio, carácter nacional, espíritu distintivo de una comunidad. (*N. del T.*) <<

[50] «¡Qué se le va a hacer!». (*N. del T.*)

<<

[51] La trágica escisión entre organización biológica y técnica, entre lo vivo y lo automático-maquinal en el hombre, se expresa claramente en los siguientes hechos: ni un solo hombre integrado en la masa de este planeta quería la guerra. Todos, todos sin excepción, fueron víctimas de la guerra, sin salvación posible, como de un robot monstruo. Pero *este monstruo es el propio hombre rigidizado*. <<

[52] Lamentablemente, ha vuelto a aparecer en el progresista plan Beveridge en Inglaterra en 1942. <<

[53] Reich utiliza en realidad el (intraducibie) participio activo que correspondería a la forma “trabajante”. (*N. del T.*). <<

[54] Casa y laboratorio de investigaciones de Reich en Rangeley, Maine (EE.UU.). <<